
Prometí destruirte,
AMOR
RAQUEL MINGO

Prometí destruirte,
AMOR

RAQUEL MINGO

Título: *Prometí destruirte, amor*
2ª edición: enero 2024
© Raquel Martín Mingo, 2018
Maquetación: Raquel Martín Mingo
Diseño de portada: Raquel Martín Mingo

Imágenes de portada:
Adobe Stock
Imagen Nueva York diseñado por Chris Schippers (421927) de pexels.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin la autorización expresa y por escrito de la autora.
Esta es una obra de ficción. Personajes, situaciones, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora, o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas, organizaciones, hechos o diálogos son pura coincidencia.
Las canciones o fragmentos de las mismas que aparecen se usan para darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
NOTA DE AUTORA
DEDICATORIA

SINOPSIS

Kana de Trarr, heredera al trono de Traguian, vive consumida por el odio y la sed de venganza hacia el único hombre al que se ve capaz de amar.

Ha hecho una promesa, y aunque su corazón grite de pena, no dudará cuando tenga en sus manos la vida de aquel que traicionó a su familia.

Por eso, fiel a sí misma, consigue poner en jaque al príncipe Reskan en varias ocasiones, incluso llegando a herirle de gravedad, a pesar de que en cada intento su determinación se tambalea, pues ese hombre cada vez se parece menos al monstruo en que se empeña en convertirle y más al joven al que un día creyó querer.

Reskan Cetriar no solo no pudo olvidar nunca a la muchacha de ojos violetas y melena cobriza a la que se vio obligado a abandonar en un lejano país, tantos años atrás, sino que, ahora, la mujer en la que se ha convertido, domina sus pensamientos y sus fantasías nocturnas.

Enredados en una maraña de sentimientos encontrados donde los celos, la intriga, el rencor, la codicia y el amor lo condicionan todo, Res hará lo que sea necesario para proteger y volver a conquistar a Kana… Incluso dejarse matar.

PRÓLOGO

Hace rato que la brisa se llevó las horquillas de su cabello, ahora lo tiene suelto hasta las caderas, y el viento parece reírse al jugar con cada hebra.

Pero la muchacha no lo nota, está abstraída en sus pensamientos. Acaba de decidir su futuro y no le agrada lo que ve en él.

Conoce su destino, el final del camino que cada uno debe encontrar, si no lo decidieron por ti aun antes de existir.

Ella nació para disponer de la vida de miles de seres humanos con sabiduría y con bondad. Al menos así se suponía que tendría que ser, piensa con algo muy parecido a la desesperación royéndole las entrañas al recordar el motivo por el que se encuentra allí, a punto de abandonar todo lo que le importa y le es querido.

Durante un instante, la muchacha deja de mirar el horizonte que tantos recuerdos le trae para centrarla en sí misma: sus zapatos, su vestido, sus manos temblorosas. Y por primera vez siente vergüenza de sí misma, porque de repente comprende que no representa la prístina institución que ella creía, símbolo inquebrantable de equidad y de justicia. En su mundo todo está profanado por la corrupción, la perversidad y la muerte.

Poco a poco sale de su letargo, observa por última vez cada centímetro del lugar que se halla a sus pies, donde nació y donde ha vivido toda su vida.

Es probable que no vuelva nunca más. Por ello, con esa última mirada tiene que recoger cada detalle para llevárselo consigo adónde quiera que vaya.

—¡Algún día volveré! —grita al vacío con los puños apretados. El eco reparte su juramento a cada rincón, mientras las lágrimas ruedan por el rostro de Kana de Trarr, por derecho, reina entre reyes y aunque no lo sabe todavía, mujer para amar.

Mientras le da la espalda al único mundo que ha conocido, un solo pensamiento ocupa su mente: regresar.

CAPÍTULO 1

La fiesta estaba en pleno apogeo. Después de más de una hora, todos los invitados se encontraban ya en el gran salón de la suntuosa mansión. Todos excepto el más importante, el objeto constante de las murmuraciones de la gente de bien: el príncipe Reskan Cetriar.

La única que parecía no divertirse era la deslumbrante mujer que se encontraba un tanto apartada de los demás, tan regia como una reina, con su copa de vino blanco sujeta con descuido entre sus dedos.

Su bellísimo rostro mostraba una clara expresión de hastío, aunque debía reconocerse que solo tras traspasar la barrera de su impresionante sonrisa, fabricada sin duda para subyugar y descolocar al más pintado, uno llegaba a darse cuenta de la inexpresividad de aquellos increíbles ojos.

El hombre que se mantenía oculto entre las sombras, con la esperanza de permanecer en el anonimato un poco más, seguía sin poder apartar la vista de ella. Sonrió con cinismo, la verdad era que la mujer, aún en su postura estática y sin abrir la boca, lograba atraer la atención de cualquiera, lo cual supuso que a pesar de todo era su intención, pensó mientras deslizaba la mirada por las curvas que el vestido de terciopelo morado se esforzaba por realzar. Este tenía un gran escote que se curvaba hasta el borde de los hombros y que dejaba casi al descubierto sus voluminosos y erguidos pechos. Sus enaguas eran de la misma tela, aunque de un tono más oscuro, tirando a púrpura, con complicados y hermosos bordados, los mismos que lucía en el ajustado corpiño, tanto, que pensó que estallaría ante semejante esplendor. Era caro, bonito y llamativo. «Como su dueña», se dijo, ampliando la sonrisa, a la vez que la excitación de la conquista iba apoderándose de él.

Había observado que todos y cada uno de los hombres solteros de la fiesta se le habían acercado en algún momento, pero después de ser despedidos con cortesía aunque con cierto filo cortante, no habían vuelto a intentarlo. Y por supuesto aquello añadía un toque más de desafío al reto que intuía que significaría aquella joven.

«En cuanto consiga romper el hechizo que ha echado sobre mí, me acercaré y le haré el amor apasionadamente sobre el suelo, con todos los invitados mirándonos». Volvió a sonreír, «sin lugar a dudas es una bruja», y salió de entre las sombras.

Haliana se aburría. No era que la fiesta no fuese divertida, las celebraciones de Trea se destacaban por la cantidad de gente invitada, su alta clase social, la buena música y el esplendor de la comida, pero la verdad era que le parecían todas iguales y si algo había tenido ella en los últimos cuatro años eran festejos de ese tipo, tantos, como para que le durasen toda la vida.

En ese momento vio como la anfitriona se acercaba a su lado y dejó de divagar. Amplió tanto su sonrisa que pensó que se le resquebrajaría la cara y levantó la copa hacia ella.

—Haliana, no pareces divertirte.

—Al contrario, es una fiesta estupenda. ¿Quién no la disfrutaría?

—Imagino que tú. —Acusó en tono ofendido.

—Oh, no te enfades —pidió, cogiéndole las manos—. Es solo que estoy un poco cansada de esta monotonía. —Señaló el salón y a sus ocupantes.

—Yo estoy contenta con ello, pero entiendo que tú eres diferente. No, no me interrumpas, siempre lo he sabido. Necesitas otras cosas aparte de ir de compras y a reuniones sociales, por

muy suntuosas que sean estas. —Se calló durante un momento, mirándola con aire pensativo y después añadió—. Tal vez necesites un hombre.

—¡Trea, cómo puedes decir algo semejante!

—Oh, no te escandalices de ese modo. Sabes lo que pienso acerca de tu virginidad. Una puede divertirse un poco con un hombre guapo hasta que encuentre a otro merecedor de su mano. Y con tu fortuna no te faltarán pretendientes, incluso sin el detallito de tu falta de virtud…

— Y tú conoces mi opinión sobre las relaciones extramatrimoniales.

—Sí, pero si tan solo cambiases un poquito sobre ese punto...

—Ni hablar, y ya no quiero discutir más este tema. Eres libertina y lujuriosa.

—Querida... —En ese momento se hizo un gran silencio y después se escuchó un murmullo de gente que hablaba al mismo tiempo. Al mirar hacia donde provenían las voces, descubrieron que alguien era rodeado por un numeroso grupo de personas—. Así que ya ha llegado mi invitado... —Volvía a tener ese aire pensativo que Haliana conocía tan bien de su amiga y tembló por dentro. Cuando se ponía a maquinar algo más que comprar vestidos o hacer fiestas era temible —. Tal vez yo haya encontrado a tu hombre —le susurró al oído antes de alejarse para recibir al recién llegado.

Haliana permaneció donde estaba, preguntándose cómo salir del lío en que su anfitriona iba a meterla en los próximos minutos. ¡Como si no la conociera!

Durante la última hora y media, nadie había dejado de cuchichear y preguntar cuándo llegaría el invitado de honor. Desde el lugar en el que se encontraba, alejada un tanto de los demás y creyéndola ensimismada en sus pensamientos, habían soltado sus lenguas para criticar o alabar, según el caso.

—[...] dicen que no hay mujer que se le resista...

—[...] es un hombre poderoso y con mucho dinero...

—[...] su padre no durará mucho y él heredará el trono...

—[...] sí, es un buen partido, tendré que presentarle a mis tres hijas doncellas y si ninguna de ellas le gusta, aún tengo dos casadas...

Sí, era un príncipe, el príncipe Reskan... no recordaba el apellido.

Los más maliciosos decían que su padre, el rey, había decidido abdicar en favor de su único hijo varón y si eso era cierto, pronto heredaría un gran y lucrativo reino. No le extrañaban, entonces, los comentarios perversos y ruines de los demás invitados. Sonrió con amargura, qué no darían los ricos por ser más ricos aún.

Eso era algo que no impresionaba en lo más mínimo a la muchacha, al contrario que al parecer, a cualquiera de las doscientas personas que se encontraban en la sala.

Suspiró mientras observaba a Trea dirigirse hacia ella como un barco mercante, cogida del brazo del príncipe, con su típica expresión de intrigante que le recordaba a un gato relamiéndose de placer anticipado. Y mientras la pareja se acercaba se dispuso a examinar a conciencia al invitado.

Reconoció que era un hombre guapísimo, de un metro noventa de estatura, hombros muy anchos, cintura estrecha y piernas recias. Tenía el pelo más largo de lo que la moda aconsejaba, pero de un tacto suave como la seda, imaginó ella. Lo calificó de rubio ceniza, aunque muchos de sus mechones eran tan claros como el trigo. Sus manos se veían fuertes, lo notó mientras gesticulaba con ellas al hablar con su amiga; grandes y hábiles. Durante un instante se las imaginó acariciando su cuerpo despacio y con gran pericia, haciéndola gritar con el dulce sufrimiento que provocaba el placer.

En ese momento, sus ojos se encontraron y supo que ese hombre podría hacerla sentir lo

mismo con una sola de sus miradas. Sí, poseía una mirada poderosa, penetrante hasta la turbación más absoluta. Sus ojos eran azules grisáceos, como el cielo limpio de un día de verano. Su nariz agraciada y la mandíbula firme como solo la de un hombre tenaz y terco podía serlo.

Una leve sonrisa curvó los labios femeninos, no era justo juzgarlo sin conocerlo, pero no le simpatizaba en absoluto.

Entonces se fijó en sus finas y elegantes ropas, pero lo que más llamó su atención fueron los abultados músculos de pecho, brazos y muslos que se dibujaban con total claridad a través de su traje.

«La verdad es que el hombre es endiabladamente atractivo, un ejemplar digno de una buena cópula, como diría Trea», pensó y tuvo que tragarse las ganas de soltar una carcajada.

Reskan no prestaba atención a lo que su anfitriona le decía, aunque procuraba disimularlo para no ofenderla.

Se consideraba un hombre de emociones controladas, pero se encontraba con los sentimientos de un muchacho que no sabía dominar su ansiedad.

En todo momento fue consciente del escrutinio de la joven y él, un hombre que desde los dieciocho años había estado siempre seguro de su atractivo físico, se preguntaba angustiado si habría salido victorioso del exhaustivo examen.

A medida que se acercaba a ella, el mundo fue diluyéndose poco a poco hasta que solo quedaron ellos dos.

Observó sin disimulo esos pechos altos y firmes, tan generosos. Su cintura de avispa, las caderas redondeadas y las largas piernas, como a él le gustaba que fueran. Claro, que debían serlo, pues calculó que mediría alrededor de metro setenta y cinco. Sonrió, ya que era más alta que algunos de los invitados varones de la fiesta, ni qué decir de las mujeres, pero era perfecta para él, en todos los sentidos.

Suspiró para sí, un modelo sin fin de curvas peligrosas.

Despacio, pasó de su cuerpo a su cara y entonces fue cuando creyó que se encontraba en el cielo. Era una hembra hermosa hasta decir basta, con esa deslumbrante mata de pelo cobriza que le envolvía las caderas de manera tan sugestiva y que con toda seguridad habría sido criticada por todos los asistentes, ya que la etiqueta permitía tan solo que fuese recogida.

La combinación de pelo rojo y ojos de un violeta tan intenso era sobrecogedora, además de muy extraña. Estaba seguro de que la mujer no era de ese país, a decir verdad, solo había visto esa mezcla en un lejano reino en el que una vez fue bienvenido y, para ser más exacto, a una niña maravillosa a la que idolatró cuando era muy joven. Sus ojos se nublaron y apretó la mandíbula con rencor. La vena de su cuello comenzó a palpitar de un modo peligroso.

Pero para cuando se encontró frente a la visión de pestañas largas y labios carnosos y sensuales su expresión era de total cortesía.

—Halia, creo que en toda la fiesta eres la única que aún no ha conocido al príncipe.

—No he tenido ese placer —murmuró entre dientes al tiempo que le dedicaba una de sus mejores sonrisas.

—Bien, ahora lo tienes —contestó la otra complacida—. Res —le dijo, aún cogida de su brazo —, ella es lady Haliana Antal Quiveska.

—Encantado de conocerla. —Le besó la mano con galanteo.

—Lo mismo digo —contestó siguiendo el protocolo.

—Bien, yo... he de ir a revisar unos detalles. Si me disculpáis... —Y sin esperar respuesta se marchó. Haliana pensó que no había sido una excusa muy elaborada y que, gracias a la buena

voluntad de su amiga, ahora tendría que entretener al invitado de honor hasta que ella regresase.

—¿Quiere bailar, lady Haliana? —Se le ocurrió que si lo hacía no debería hablar con él y tal vez, cuando terminase la pieza habría llegado alguien para socorrerla.

—Será un placer. —Con lo que la muchacha no contaba era con lo que sentiría al estar en sus brazos tanto tiempo. Las sensaciones que recorrían su cuerpo, destruyendo cualquier recelo que pudiese albergar hacia el príncipe, la dejaron sin aliento. «¿Cómo será que un hombre como este te tumbe en el suelo y te posea con salvaje abandono?».

—¿Cómo dice?

—¿Uhmm?

—Creí que me estaba hablando, pero lo dijo tan bajo que no logré escucharla. —Y ella dio gracias por ello.

—Oh, pensaba en voz alta —aclaró, aliviada en gran medida porque no tuviese un oído demasiado fino.

—¿Lo hace muy a menudo?

—¿Hacer qué? —El hombre sonrió, aceptando con estilo la aparente falta de interés femenino sobre su persona.

—Creo que no le entretiene mi compañía, ¿no es cierto?

—Disculpe, estoy algo distraída —«Llenando mi mente de imágenes íntimas entre los dos»—. ¿Qué le parece la velada?

—Aburrida, como todas.

—¿Por qué viene, entonces?

—Forma parte del protocolo. Además, Trea es una buena amiga mía y, si he de ser sincero, ya estaba un poco enfadada porque he rechazado muchas de sus invitaciones.

—¿Y eso le preocupa?

—No la entiendo.

—El hecho de que una mujer esté enojada con usted por algo tan trivial como no asistir a una de sus fiestas.

—Sí, cuando aprecio de verdad a la dama en cuestión.

—¿Sabe que Trea está casada? —preguntó con cierta dureza en la voz, matiz que por supuesto no le pasó desapercibido a aquel consumado seductor.

—Desde luego, aunque debo reconocerle que eso no afectaría en nada mi decisión de seducirla, que no es el caso. Por otro lado, he encontrado de manera inesperada a una dama que ha acaparado toda mi atención. —Su mirada se posó en sus labios, en sus senos y por último regresó hasta sus ojos, de manera que sus intenciones quedaron muy claras. «Por supuesto, ya veo tus manos por debajo de mi falda». Pero ese semental arrogante y bravucón iba listo si pensaba seguir ese camino con ella. Petimetres más listos que él lo habían intentado y fracasado de forma estrepitosa—. ¿De dónde es, Haliana?

—¿Disculpe? —inquirió, ocultando el nerviosismo que siempre se apoderaba de ella ante esa pregunta.

—Sus rasgos no pertenecen a esta zona. Su nombre es extranjero, ¿verdad? Aunque no consigo identificar en qué parte del mundo podríamos encontrar tan perfecta combinación. ¿Conoce Traguian? —La joven tropezó y hubiese caído de no ser porque el hombre la sujetó con firmeza—. ¿Se encuentra bien? —Parecía preocupado.

—Sí, hace mucho calor aquí. Si me disculpa... —Tenía toda la intención de desembarazarse de forma definitiva de él.

—Salgamos a la terraza. —Y sin dejarle alternativa, la obligó a cogerle del brazo y la sacó de

la sala. Fuera, la brisa apaciguó un poco sus nervios.

—¿Mejor?

—Sí, gracias, pero no es necesario que esté aquí conmigo. Se está perdiendo lo mejor de la fiesta.

—Ya le he dicho que estas cosas me hastían. Y a decir verdad, prefiero su compañía a toda esa gente encopetada y presuntuosa. Usted es más... auténtica. —Haliana se sintió muy mal tras aquellas palabras, el hombre no tenía ni idea de lo equivocado que estaba. «Puede que no sea vanidosa, ni me dé esos aires de riqueza, a pesar de que la poseo, pero no soy sino un fraude, una gran mentira». Y bajó los ojos para que no pudiese leerlo en ellos. Reskan malinterpretó el silencio de la joven, cogió su barbilla y la obligó a mirarle—. No he querido decir que sus amigos sean así, muchacha, tal vez solo algunos de los presentes reúnen esas características.

—No se preocupe, no me ha ofendido.

—Entonces espero que siga pensándolo después de esto.

—Después de... —No tuvo oportunidad de terminar la frase pues él se apoderó de su boca con tal rapidez y maestría que ya no pudo pensar más que en las sensaciones que ese beso le provocaba; intensas y reveladoras, ya que en ese momento comprendió que podía hacer lo que Trea le había aconsejado: buscar un hombre que apaciguase sus pasiones, que saciase su apetito. Un hombre como el príncipe Reskan.

El beso terminó antes de lo que hubiese deseado, pero había sido mejor así. «Quién sabe hasta dónde habría sido capaz de llegar de seguir », meditó consternada. Por ello, no pudo enfrentar su mirada ardiente, tanto como la suya propia.

—¡Reskan Cetriar, así que aquí estás! ¡Por fin te encuentro, hombre!

—¿¡Qué!? —preguntó la joven, con sorpresa e ira. Sus ojos denotaban un odio tan inmenso que Reskan sintió una punzada de inquietud en el pecho.

—¿Qué ocurre, lady Haliana?

—¿Cetriar, es ese su apellido? —Seguía sin creerlo, no podía ser él.

—Sí, lo es, pero no entiendo que tiene eso que ver con...

—Res, cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos... Oh, disculpen, no vi que estabas acompañado, amigo, y por una mujer tan hermosa. —El recién llegado comprendió que no era el mejor momento para entrometerse entre la pareja, no podía pasarle desapercibido el sentimiento que llenaba los ojos de la exuberante dama. Se preguntó qué habría hecho su amigo para merecer tal ira y lo compadeció por tener que afrontar algo que, sin estar relacionado con él mismo, le erizaba el vello de la nuca—. Te veré más tarde, Res. Milady... —Y se marchó de inmediato.

La joven se recogió el vestido para salir huyendo del lugar, no quería volver a ver al hombre, no vivo, y ella se encargaría de que esa condición no durase mucho tiempo.

En cuanto al príncipe, no iba a permitir que se marchase de tal modo, necesitaba saber por qué la sola mención de su apellido había provocado la aparición instantánea de la aversión y la rabia en el hermoso rostro, en lugar de la expresión embriagadora que había logrado que asomase en los últimos minutos. Por eso, la cogió del brazo de modo que no pudiese marcharse sin una buena explicación. «¡Una muy buena!».

—Por favor, no se vaya. —En contraste con sus pensamientos, bastante sombríos, se mostró dulce, casi suplicante.

Haliana se soltó con mucha más fuerza de la que en ese momento creyó que tendría y le escupió en la cara sus últimas palabras.

—Volveré... —Y desapareció entre las sombras.

CAPÍTULO 2

Atriana tenía dieciséis años cuando sus padres acordaron casarla con el joven y apuesto rey de otra corona cercana a la suya, que se propuso con ahínco conquistarla para adornar su mesa y, por qué no, apoderarse de su reino y de su fortuna.

Les había obedecido porque los amaba y respetaba, pero sabía que no podría amar al muchacho con aires de grandeza que la perseguía por los rincones de la casa intentando llevarla a la cama. Esos ojos que la desnudaban sin reparo también mostraban en ocasiones una crueldad descarnada, cuando no se sentía observado. Pero ella no era una persona fuerte, por lo que cumplió su palabra y terminó unida a aquel monstruo al que empezaría a conocer pocas horas después.

En cuanto pudo zafarse de los invitados a la boda, la arrastró a la habitación y le ordenó que se desnudase, mientras se sentaba a mirar. Sus manos, entorpecidas por la ignorancia y el desaliento, la llevaron a recibir una buena bofetada y el desgarro de su hermoso vestido nupcial, para acto seguido ser violada brutalmente. La vejación a la que fue sometida casi fue peor que el terrible dolor o las carcajadas que profería cuanto más gritaba ella. Presa de la histeria, casi sonrió al llegar a la conclusión de que, un día, nada de todo eso le causaría emoción alguna.

Pero ese momento tardaría bastante en llegar, pues sintió lo mismo cuando, un rato después, excitado de nuevo, volvió a montarla con la misma furia y sangre fría.

Un año después el rey le dio la soberana orden de quedar encinta o la golpearía para que entrase en razón. Se rio con amargura, como si no lo hubiese hecho ya hasta la saciedad. Por supuesto, nunca dejaba marcas visibles, jamás le pegaba en la cara, eso destruiría su belleza y daría que hablar. Aunque cada vez aparecía menos en público debido a las tremendas palizas que le daba por los más ínfimos motivos. La excusa por su ausencia siempre era la misma: se les decía que estaba indispuesta, por lo que se comentaba que la reina era de naturaleza débil y salud enfermiza, cosa que podía ser ratificada las pocas veces que hacía sus funciones de anfitriona por la tez pálida y la lentitud de sus movimientos, únicos signos visibles de los palos en su cuerpo.

Un día, tal vez el único en el que el Dios en el que creía se acordó de ella, este la favoreció poniendo un bebé en su vientre. La alegría que eso le produjo, sumada a la certeza de que su marido no volvería a pegarle hasta que el embarazo llegase a su fin, desapareció cuando este sobrevino. Lo que el rey pidió fue un hijo varón, lo que tuvo, una niña con piel sonrosada y ojos chispeantes. Aun sabiendo que en cuanto se recuperase lo suficiente como para levantarse sería molida a golpes, dio gracias mil veces al Señor por darle la oportunidad de vengarse de la peor manera del vil hombre que, con sus acciones, la estaba matando en vida.

Y en verdad, a los pocos días, Riork le dio tal paliza que todos creyeron que no sobreviviría. Pero lo que ninguno podía saber, era que el único motivo por el que se agarró a la vida fue el hecho de que no dejaría que su inocente criatura quedase en manos de aquel tirano.

Así fue como comenzó a vivir Kana de Trarr, viendo cómo la dulce Atriana envejecía cada día más rápido, pero como un reto, su belleza no disminuía.

La pequeña siempre fue consciente de que su padre la odiaba, tardó un poco más de tiempo en averiguar que la razón era su sexo, pero ya no importaba pues, con su mente despierta, había sido testigo de los maltratos que le infringía a su madre y aprendió a aborrecerlo con mayor intensidad de la que él detestaba todas las cosas que le rodeaban.

Una mañana, cuando Kana salía de su habitación, se encontró metida en el barullo que unos cuantos criados estaban armando. Al pasar a su lado, los murmullos y exclamaciones cesaron y dieron paso a un silencio tal, que más parecía que hubiesen estado tramando derrocar al rey en vez de cuchichear y desmadejar chismes, como estaba segura que hacían.

—¿Qué ocurre aquí?—preguntó intentando parecer enfadada por el hecho de que desatendieran sus obligaciones para dedicarse a tales banalidades, aunque sin conseguirlo, pues conocía lo duro que trabajaban todos ellos a las órdenes de su padre.

Kaileen, una niña de ocho años, la misma edad de Kana, miró a ambos lados del pasillo para cerciorarse de que no había ningún esbirro del rey espiándolas antes de dirigirse a ella. Kana ni siquiera se dio cuenta de ello, tan acostumbrada estaba a hacerlo ella misma.

—Kani, ¿es que no lo has oído? —preguntó entusiasmada de poder informar a la princesa.

—¿Oír qué? —En su voz no había rastro alguno de curiosidad y, aunque la otra niña lo notó, no se afligió por ello pues ya sabía que pocas cosas interesaban a la muchacha.

—Pues que se acercan al castillo dos carruajes a gran velocidad y dicen que son muy lujosos, pero no llevan ningún tipo de escolta, lo cual resulta de lo más extraño, ¿no te parece?

—Humm. —Se limitó a responder.

—¿Quiénes crees que serán?

—Otro gorrón que, amparándose en la supuesta estrecha amistad que lo une a mi padre, viene a comer y beber gratis y el hij… Su Majestad estará encantado —sentenció y se marchó a dar instrucciones a Adela, la cocinera. Si su presentimiento era cierto necesitarían mucha comida y bebida para aplacar el hambre que estos tendrían y que, a falta de manjares, saciarían con cualquier otro bocado, se dijo pensando en las criadas jóvenes que se escondían cuando tales eventos ocurrían, terribles actos que tenían la aprobación directa del soberano.

El entusiasmo que momentos antes embargaba a la pequeña Kaileen se esfumó con la misma rapidez con la que había llegado. Consideraba a Kana su amiga a pesar de que perteneciese a la casa real y ella no fuese más que la hija de dos criados. Tal vez porque se hubiesen criado juntas o por tener la misma edad, pero el hecho era que comprendía a la princesita más de lo que ella creía y le dolía ser testigo de la forma en que se estaba forjando su carácter. Ya no tenía alma de niña, ni disfrutaba con las cosas que estas hacían. Se parecía más a su prima Rodett, que trabajaba en la lavandería, y les llevaba diez años. Y no pudo evitar preguntarse cómo sería en realidad cuando tuviese dicha edad.

A Kana y a su madre no se les permitió salir a recibir a los desconocidos, como de costumbre debieron conformarse con mirar desde una de las ventanas del salón.

A pesar de la distancia ambas pudieron apreciar la belleza deslumbrante de la joven madre. Su porte distinguido, la postura altiva y arrogante y las ropas de la mejor calidad, hablaban de riqueza y de poder. Era indudable su nobleza, y el resplandor de sus joyas realzaba si cabía más sus muchas virtudes. Lo mismo podía decirse de su hijo, un mocosete de cabellos rubios y tez bronceada, demasiado alto para su edad y con aire orgulloso, sus ojos alcanzaron a ver a la hermosa niña de pie frente a la ventana observándolos con curiosidad reprimida. Kana pensó que era como un cachorro de león, dispuesto a saltar sobre su presa a la menor provocación, pero tranquilo e impasible de momento.

El amo del castillo escuchó con atención las vagas y difusas explicaciones de la visitante. Según ella era la esposa del rey de un lejano país, del que se negó a decir el nombre. Sin duda eso la convertía en reina, si su historia era cierta, por supuesto, cosa que, por extraño que pudiera resultar, no ponía en entredicho. Una hermosa dama, como buena cuenta de ello dio Riork.

Aunque no era más bonita que su esposa, el amar a su marido la dotaba de una belleza deslumbrante e irresistible que hacía tiempo que en Atriana había desaparecido bajo los morados de los golpes y la sombra de la desesperanza y el miedo.

Riork la deseó en el acto para sí, por lo que accedió a darle cobijo hasta que estuviese lista para volver a su hogar, «no hasta que la haya disfrutado bien», se prometió, y la trató con la cortesía que un invitado real merecía.

No le importó no saber de dónde venía, ni quiso indagar sobre las razones que la llevaron a escapar de su protegido ambiente de riquezas y de amor y abandonar a su esposo, motivo por el cual deberían azotarla, pensó, pero dio gracias al cielo porque tan buena suerte le acompañase. Y en ese momento empezó a tejer las redes con las que capturaría su cuerpo.

De inmediato, Kana encontró en el niño un compañero de travesuras y un amigo leal, pasaban los días jugando y riendo y, poco a poco, ambos comenzaron a abrir su corazón para que el otro pudiese ver lo que había en él.

Reskan le contó muchas cosas de su vida en el castillo, pese a todo, tampoco él le confió el nombre de su país y la joven jamás se lo preguntó, pues en su enorme sed de intimidad veía reflejada la del muchacho.

Pasaron las semanas y la princesa supo que no podría separarse de su nuevo compañero sin sentir un gran dolor. También Atriana lo comprendió y rezó porque la niña tuviese más fuerza de la que creía.

Pero al mes de llegar la pareja, sucedió algo terrible que fue el principio de odios y venganzas que incluso diez años más tarde, aún estarían sin hallar satisfacción.

Ajeno al dominio público del castillo, los avances del rey en su intención de congraciarse con la reina Nadina fueron parados en cada intento, mostrando una y otra vez el evidente desinterés que la invitada tenía en el hombre. Su mujer sabía de los deseos del lujurioso y sádico gobernante, incluso quiso advertir a la pobre víctima que se alejase con su hijo y reemprendiese el camino hacia su esposo, pero no tuvo oportunidad. Esa misma noche Riork violó a la mujer, y presa del pánico porque se lo contase a su marido y que este desencadenase una guerra, la estranguló y la arrojó por un precipicio.

Si lo hubiese pensado un poco quizá no habría permitido que su loco arrebato de pasión descontrolada lo cegara hasta tomarla por la fuerza, pero una vez llegados a ese punto matarla había sido la única alternativa viable y el barranco la única solución que se le había ocurrido con tan poco tiempo y tantos nervios. Matar siempre lo ponía frenético, pero le excitaba casi más que el propio sexo. Y esa noche había tenido de ambos, así que estaba eufórico.

Había muchos despeñaderos en los alrededores del castillo y la conclusión oficial fue que Nadina, abrumada por las preocupaciones, salió a pasear cuando todos dormían para pensar con claridad y en soledad si debía o no volver a su casa. La noche era oscura como boca de lobo y ella no conocía el lugar y con seguridad, perdida en tales cavilaciones, no advirtió que se hallaba al borde del precipicio y cayó por él. Al fin y al cabo, varios hombres habían muerto de la misma forma en noches mucho más claras que esa.

Atriana no dudó nunca que la reina fuese asesinada, pero tampoco se lo dijo a nadie.

Los siguientes tres años para Kana fueron más tenues gracias a aquel niño convertido ya en un joven de catorce, guapo y sin ese aire desgarbado de antaño. Ahora era más silencioso que entonces, pero también más maduro para comprender los problemas y las privaciones de su compañera. Les había tomado cariño a las dos damas, madre e hija; la primera había ocupado el lugar de la suya propia al morir esta, tal vez, porque nunca lo intentó y en cuanto a su ángel,

como él la llamaba con cariño… Sabía, en lo más profundo de sí, que el lazo que les unía no se rompería jamás.

Al único de la familia a quien odiaba por su trato a las mujeres era a Riork, jamás le perdonaría la desesperanza que habitaba en los ojos de la reina. Esta no había tenido tanta suerte como la pequeña, ella no había encontrado a nadie que mitigase su dolor y la acompañase en los momentos difíciles. Amaba a Reskan por facilitarle las cosas a Kana y porque era un muchacho que se ganaba el aprecio de cualquiera a cada instante.

Pero, sin saberlo, la mujer pronto dejaría de sufrir para siempre…

A sus espaldas, como todo lo que Riork hacía, visitó a la comadrona que la había asistido en el aborto cinco años atrás y, para su sorpresa, descubrió que la golfa no podía engendrar más. ¿Para qué le servía entonces esa vieja y desgastada mujer si no podría darle el barón que tanto ansiaba? ¿Para qué la había soportado esos trece años si no le proporcionaría un heredero? ¿Iba él a conformarse con una hija raquítica como la madre para apoderarse del trono? ¿*Su trono*? No.

Entonces empezó a disfrutar de la maquinación de su muerte y cómo lo haría para que la culpa no recayese en su persona. ¿Pero sobre quién, si no?

Reskan disfrutaba de su paseo a caballo cuando escuchó entre las sombras la indiscutible voz del rey junto con la de Teor, el lacayo de este y tan malvado como él. Algo tramaban cuando se habían alejado tanto del castillo y era bien sabido que el déspota odiaba cabalgar. Bajó del caballo y se acercó sin ser visto.

—¿Me has entendido bien, Teor? ¿No tendré que repetírtelo?

—No, Majestad, está muy claro.

—Tiene que salir bien, justo como la última vez.

—¿Se refiere a cuando mató a la reina extranjera? Todos creyeron que se despeñó…

—¡Calla, estúpido, alguien podría escucharnos!

—Tiene razón, lo lamento.

—Esa perra engreída… Si hubiese accedido de buen grado a compartir mi cama no habría tenido que obligarla. Estrangularla fue lo menos que se merecía por rechazarme. Pero quería tanto a su marido…

Reskan desenvainó su espada y salió de entre la maleza. Bastó un segundo para que el hombre se diese cuenta de que iba a morir en manos de aquel muchacho y buscó a la desesperada un modo de salvarse. Sonrió socarrón al divisar a su hija que, sin darse cuenta, galopaba hacia ellos.

—Teor, si muero, no importa cuándo o en qué forma, mata a mi hija.

—¿Qué?

—¡Lo que has oído, imbécil! —Moduló la voz de forma que desmintiese sus anteriores palabras—. Kana, querida, ven aquí. —Al mirar hacia el claro, Reskan comprendió de inmediato el peligro, pero ya era demasiado tarde para intentar algo, pues la muchacha tenía la cintura rodeada por el brazo del padre. Se maldijo por no haber prestado la debida atención, pero sentía como la sangre se le agolpaba en la cabeza y los oídos le rugían con furia. Apenas podía pensar con claridad y se repetía como una letanía que su madre no había muerto de forma accidental, sino que ese cabrón la había asesinado por no someterse a él—. Obedecerás mis órdenes, ¿verdad, Teodoric?

—Por supuesto, Majestad.

—En cuanto a ti, hijo, solucionaremos ese problemilla más tarde. En este momento tengo obligaciones que requieren mi atención. —Azuzó a su caballo y salió disparado hacia el resguardo que ofrecía el castillo… y sus soldados.

—Señor, ¿qué ocurrirá ahora? Ese chico no se detendrá hasta acabar con usted.

—Lo sé, pero se me ha ocurrido una idea que matará dos pájaros de un tiro. —Y se dispuso a prepararlo todo.

Al anochecer, Reskan recibió un mensaje del rey. Decía que se reuniese con él en sus habitaciones y allí aclararían el asunto. «Nada de hablar», se prometió, «solo morir». Apenas podía contener la impaciencia, llevaba horas esperando, ya que sabía que no encontraría a esa sanguijuela aunque derrumbase el castillo y sobre todas las cosas no quería poner en peligro a las dos mujeres.

Se detuvo al llegar a la puerta. ¿Y si era una trampa? Pero aunque le fuese la vida en ello no podía detenerse, no después de encontrar al culpable de tan vil crimen. Cuando intentó abrir comprobó que estaba cerrada. ¿A qué jugaba, por el amor de Dios? Miró hacia la puerta contigua, la de la reina, por la cual, a través de un vestidor, se podía acceder al dormitorio del hombre. Se dirigió hacia allí con el entrecejo fruncido. Cogió el pomo y lo sintió húmedo y, al mirarse la mano, comprobó que era sangre. Sin pensárselo dos veces empujó la madera con fuerza, casi con violencia, y entró como un huracán. Al momento su rostro expresó todo el horror de lo que estaba viendo allí dentro.

Atriana estaba muerta, apuñalada y fue como si le arrancasen el corazón del cuerpo. La dulce Atriana, justa y silenciosa, tierna y… reina masacrada. Se arrodilló a su lado, cerca de la cama y lloró amargamente la pérdida de semejante mujer.

—¿Quién, buen Dios, quién pudo hacer esto? —Lo dijo con tanta rabia que cualquiera hubiese podido creer que los muros temblaron.

Kana recorría el largo pasillo hacia la habitación de su madre, el rey estaba de muy mal humor cuando le ordenó que se presentase en sus aposentos para averiguar por qué esa maldita mujer estaba retrasando la cena.

—Y entérate de dónde se ha metido Reskan de paso. —Le había gritado, como tenía por costumbre.

La muchacha encontró a las dos personas que buscaba en la cámara de Atriana. Su amigo, a los pies de la cama con las manos ensangrentadas y en sus ojos una expresión enajenada. Y tumbada, su madre… muerta, con el rostro rígido y blanco como la cera. Lo que la hizo perder el control fue ver el puñal que tenía en el vientre, arma que reconoció propiedad del joven.

—¡Noooooo! —Se oyó gritar, pero sin poder creer lo que veía. Reskan alzó la cabeza apenas escuchó el lamento de la joven.

—Kana, no veas esto, por favor. —Se levantó y fue hacia ella. Sentía la terrible necesidad de abrazarla fuerte y hacer solo suyo su sufrimiento.

—¿Vas a matarme a mí también? —En sus ojos había odio y se quedó petrificado donde estaba, jamás había visto ese sentimiento en la joven, tan fuerte, tan terminante, ni siquiera hacia su padre.

—¿Qué quieres decir?

—Te encuentras en la escena del crimen, tus manos llenas de sangre y es tu puñal el que atraviesa a mi madre… —Las lágrimas rodaban por su rostro, el dolor daba paso a la histeria más absurda y a un sentimiento de venganza inusitado en ella. Él miró las pruebas que lo acusaban y supo quién le había tendido la trampa.

—No pensarás que lo hice yo.

Kana supo que había llegado el momento, una niebla se apoderó de su mente y la invadió la locura. Corrió hacia el cuerpo sin vida y le arrancó el cuchillo. Instantes después se lanzó sobre su nuevo enemigo con el arma sobre su cabeza.

—¡Asesino! —Y fue lo último que hizo. Reskan tuvo que esquivarla y derribarla o le hubiese matado. La depositó con cuidado en el diván y suspiró. Era consciente de que tenía que huir, pero no pudo evitar demorarse unos segundos más en recordar cada detalle de ella. Por último se dispuso a escapar, ya podía escuchar las voces de los soldados que venían por él.

—No fui yo, cariño, y algún día lo sabrás. —Dio media vuelta y salió de su vida, sin atreverse a mirar atrás.

El día del entierro fue apacible y soleado, tal vez en honor al carácter de la reina.

Kana se acercó al féretro abierto para dar el último adiós, pensando con el corazón destrozado que había en su cara una expresión de paz como jamás la tuvo en vida.

—Reza porque no le encuentre, madre, porque entonces uno de los dos morirá. —Miró a su padre, que fingía estar abatido, pero pudo reconocer en su cara los signos del aburrimiento y el regocijo. Se detuvo a su lado, sufriendo más que nunca la pena y la decepción por no poder sentir nada por ese hombre, incapaz de acercarse en busca de consuelo, segura de que no lo recibiría, consciente de los numerosos ojos que los observaban. Esperó a que él la mirase, lo cual sucedió unos segundos más tarde de lo debido y sentenció—. Dimos a un hombre techo, comida y lujos. Le obsequiamos con amistad y cariño. Curamos sus heridas, atendimos sus pedidos y escuchamos sus penurias. Nada de todo esto nos fue devuelto. No se nos pagó con gratitud. A cambio nos ofrecieron traición, engaño y muerte. Yo ordeno que nunca más se hable de Reskan Cetriar. —Dicho aquello se marchó, sin esperar a que terminara el sepelio. Su corazón se quedaba allí, y a su madre no le importaría que no participara en aquella farsa, y que prefiriera manejar su dolor en la intimidad de su dormitorio.

Nadie se atrevió a hablar, aun cuando hacía rato que su figura se había borrado en el horizonte.

CAPÍTULO 3

Caballo y jinete se compenetraban a la perfección, galopaban a un ritmo endemoniado y si alguien les hubiese visto en ese momento habría pensado que la yegua de color bayo poseía la capacidad de volar y moverse al compás del viento.

Hacía rato que el pelo de la mujer se había soltado de la trenza en que lo llevaba, pero no lo notó, azuzaba al caballo a comerse los kilómetros y este obedeció de inmediato. La orden ni siquiera habría sido necesaria, Princesa Escondida podía percibir lo que su dueña sentía y sabía que en ese momento necesitaba descargar su ansiedad y su furia y por eso se obligaba a correr aún más allá de sus fuerzas.

Tan solo al llegar al río la joven se dio cuenta de que jadeaba por el esfuerzo, miró su montura y vio que estaba exhausta. No era de extrañar, pues debían de haber llevado ese paso durante media hora al menos.

Se detuvo en el claro, se bajó despacio, y permitió finalmente que la yegua se acercase al agua para refrescarse. Se sintió culpable por haberla forzado tanto, pero al encontrarse con la mirada de su apreciada compañera no vio en ella reproche alguno, sino más bien una pregunta callada. No pudo evitar sonreír.

—No, Princesa, el ejercicio no me ha hecho olvidar el odio que ha surgido de nuevo en mi alma, nada podrá mitigarlo hasta que él esté muerto. —Le dio la espalda y elevó la vista al cielo —. Hoy hace un día hermoso. —Se volvió para mirar el río, las aguas apacibles, tentadoras y fue consciente del calor que hacía esa tarde—. Creo que un buen chapuzón ayudará a calmar mi espíritu. —Dicho esto se desprendió de la última prenda del masculino traje de montar, compuesto por una camisa blanca, chaquetilla corta y ajustados pantalones y se zambulló al instante—. ¡Vamos, Princesa, no seas cobarde, reúnete conmigo!

Reskan se detuvo al escuchar esas palabras, hacía una hora que buscaba a la muchacha sin éxito alguno, pero el bosque parecía más un laberinto, hecho para que su dueño se aislase de la realidad y pudiese disfrutar de una merecida soledad. Se había perdido hacía rato, no obstante se negó a emprender el regreso sin haber visto a ese sueño de mujer que le había perturbado tanto los últimos días. Debía descubrir el porqué de aquel súbito cambio de actitud o no conseguiría concentrarse en nada más. Se dirigió hacia donde provenía esa risa cristalina que lo embargaba de una emoción que no podía o no quería identificar y casi cayó del caballo al descubrirla en el río. Se la quedó mirando con la boca abierta, incapaz de mover un solo músculo, como tampoco de ocultarse.

Haliana salía del agua a lomos de su yegua, desnuda como una diosa de la belleza, con ese aire etéreo que distingue a estas de un simple mortal, los senos erguidos, el pelo húmedo rodeándole las caderas y las gotas resbalando por ese magnífico cuerpo. Quiso acercarse y lamerlas todas para después empalarla con su excitada verga, quería escucharla gritar y suplicarle más. En el acto, sintió como su pene se hinchaba y cobraba vida propia, provocándole un dolor tan angustioso que se removió inquieto en la silla. Su semental, de por sí nervioso dada la proximidad de la yegua, salió trotando de entre los árboles, quedando a la vista de la joven.

Haliana se sobresaltó al descubrir al observador, por un momento su sorpresa fue tan grande

que no pudo reaccionar, pero un instante después, ya recuperada de su desconcierto inicial, la rabia la atravesó como un cuchillo. Ese patán la había espiado en su propia casa, violando su intimidad y viéndola como ningún hombre tuvo la osadía jamás, dándole un motivo más para querer matarlo.

—Te encuentras en mi propiedad, márchate. —Sin darse cuenta había comenzado a tutearlo y el hombre comprendió que el saber su nombre de algún modo había marcado un antes y un después. No dijo nada, prefería ese cambio de pronombres.

—¿Así recibes a tus invitados? —La pinchó y admitió para sí que lo hacía porque no le gustaba nada lo que estaba sintiendo solo por estar junto a ella. Y porque tenerla en cueros a un par de metros lo estaba volviendo gilipollas, por supuesto, reconoció dándose una colleja mental —. He de admitir que tu falta de atuendo me parece un detalle exquisito, pero reconozco que estoy sorprendido. —«Ojiplático», se rectificó a sí mismo, intentando no ponerse bizco mientras la seguía con la mirada cuando ella comenzó a recoger sus cosas. Haliana estaba fuera de sí, controlándose a duras penas para no desmontarle de un empujón y atravesar su negro corazón de una estocada limpia. Se volvió de golpe cuando sintió que él agarraba su brazo con fuerza—. No te marches todavía —pidió, con una voz que no reconoció como suya. Empezaba a sentirse enfermo, una cosa era ver ese cuerpo desnudo y otra muy distinta tocarlo.

—Suéltame. —Ordenó ella.

—No. —Empezó a retorcerse para liberarse—. No puedo, ¿sabes? Eres una visión deslumbrante para mis sentidos, hace rato que me siento mareado por querer poseerte. Necesito tocarte o acabaré por reventar mis pantalones. —La muchacha miró de manera instintiva hacia abajo y algo en su interior se regocijó ante el enorme bulto que presionaba contra la tela. Tragó con dificultad un par de veces movida por la antorcha que, sin saber cómo ni cuándo, ardía entre sus piernas. Nunca llegó a darse cuenta de que él bajaba la cabeza hacia ella, fue un hecho cuando sus labios estuvieron sobre los suyos. De forma inconsciente abrió la boca para permitir que le introdujese la lengua. Se besaban con voracidad, con pasión y lujuria. Reskan estaba asombrado de la facilidad con la que se había rendido, pero no tuvo tiempo de meditarlo mucho, pues su deseo se incrementaba con cada segundo que pasaba. Se daba perfecta cuenta de que ella no era capaz de pensar frente a sus besos, por lo que aprovechó para tumbarla sobre la hierba. Introdujo la rodilla entre sus muslos y muy complacido escuchó su jadeo al sentir el roce de su pierna contra su pubis. Sin demora presionó aún más y la joven gimió con violencia, «Dios, qué sensible tiene esa zona…». Acarició los maravillosos pechos y los pezones se endurecieron bajo el contacto. Apretó sus nalgas hacia el duro miembro y susurró—. ¿Sientes mi devastadora pasión, cariño? —El cuerpo de ella se tensó como si la hubiera abofeteado en lugar de estar proporcionándole placer.

Al instante el hombre se dio cuenta de su error, su docilidad solo había sido una artimaña, pero su mente estaba tan nublada por el cuerpo que tenía debajo que no pudo reaccionar con la velocidad necesaria para esquivar el cuchillo que atravesó su brazo, causándole una herida profunda que por fortuna no tocó músculo.

La siguiente vez sí se apartó con rapidez cuando la hoja del puñal voló hacia él, rodando para quedar fuera de su alcance. Eso le dio el tiempo necesario a Haliana para levantarse y echar sus ropas a lomos del caballo. Reskan se estaba incorporando y la mujer se giró para enfrentarlo de nuevo, solo que en esa ocasión le quitó el arma de las manos antes de poder usarla. Le sujetaba los brazos, pero no las piernas, por lo que sonriéndole confiada lo golpeó con todas sus fuerzas en la ingle. Él se dobló en dos de dolor, soltándola.

Durante un segundo, sopesó la posibilidad de quedarse a rematarlo, pero su cuchillo no se

encontraba por ninguna parte y comenzaría a recuperarse muy pronto, ya que la herida del brazo, aunque sangraba bastante, no lo mataría. «Lástima».

De un manotazo en el anca espantó a su montura y subió a su propio caballo.

—Otro día terminaré lo que hoy he comenzado. —Él levantó los ojos un instante hacia ella y después miró hacia otro lado. Haliana espoleó al animal y salió al galope. Nada podía responderse al por qué había deseado que el hombre terminase lo que había comenzado sobre la hierba.

Reskan estaba bastante bebido en ese momento, se encontraba en compañía de Briadan, compañero de juergas y de guerras, incondicional apoyo en cualquier ocasión.

Sonrió para sí mismo, tan solo había sido necesario decirle que pretendía emborracharse y lo había llevado a rastras a la primera taberna que encontraron a su paso, le había sentado una bonita camarera en las rodillas y pedido cuatro botellas de whisky. Eso sí que era amistad, por cierto.

—¿Es esto suficiente para empezar? —preguntó su amigo, levantando una de sus siempre irónicas cejas—. ¿O busco otro par de muchachas, por si nos quedamos con ganas? —Reskan soltó una carcajada, divertido.

—No, amigo, puede que incluso me sobre esta —dijo el príncipe, apretándole uno de los enormes pechos que la muchacha se esforzaba en aplastar contra su boca. La tercera botella hacía tiempo que había surtido efecto, de ahí el buen humor de ambos hombres.

—¿Tú crees? Tal vez estás haciéndote viejo o quizá alguna dama de alta alcurnia te ha robado el corazón, *finalmente*. — Recalcó la última palabra, sin abandonar en ningún momento su buen humor, pues era bien sabido que su primo era tan adepto a las mujeres como escurridizo al matrimonio. Aunque esa última afirmación hizo que el rostro de Reskan cambiase.

—Ya me cansé de ti, mujer. Márchate. —Y dándole una palmada en las nalgas la despreció, cosa que enfadó a la criadita, que ya estaba segura de haberse ganado la atención del apuesto ricachón. Viendo el semblante sombrío de su camarada, también Briadan despachó a su compañera a fin de poder hablar a solas.

—¿Qué ocurre, Res, acaso he dicho algo que te ha molestado? Si es así, lo siento.

—No tienes por qué disculparte, tan solo es que… —Miró a su acompañante durante un momento, como sopesando las probabilidades de ser comprendido y supo que había perdido de antemano frente a la preocupación sincera y desinteresada que había en sus ojos—. ¡Oh, qué demonios! En efecto hay una mujer.

—¡Ajáááá! Lo sabía. ¿Y de quién se trata? No te habrás enamorado de Elisabetta, ¿no? —Su rostro mostraba una clara expresión de espanto y eso lo hizo sonreír.

—No. —Fue todo lo que dijo.

—¿De Selene? He de reconocer que es un bello ejemplar, pero de corazón tan frío como un témpano de hielo. No puedo creerlo, de verdad que no. —Meneaba la cabeza, asombrado.

—Y haces bien. En la cama sabe derretir hasta al hombre más helado, pero en la vida diaria dejaría mucho que desear.

—¿Y entonces quién? ¿Tienes una nueva amante de la que aún no sé nada? ¿Cómo te has atrevido a ocultármela, a mí, que soy tu ángel de la guarda, que te busco las mejores faldas del país? Eso sí que es ser desagradecido. —Parecía indignado y Reskan estaba seguro de que en efecto lo estaba, pero solo a causa de la cantidad de alcohol ingerido—. ¿Y bien, vas a decírmelo o seguirá siendo un secreto?

—No la conoces. Es una hembra hermosa, la más bonita que yo haya conocido y he tratado

con muchas, bien lo sabes. Es inteligente, dulce, amable… y agresiva como una pantera, vengativa y loca.

—¿Loca has dicho? Creo que deberíamos pedir otra botella de whisky si me vas a contar esto. —Y le hizo una seña al tabernero pidiendo la bebida.

—Lo que has oído. Será mejor que te pongas cómodo porque es una historia complicada.

—Estoy impaciente.

—La conocí en la fiesta de Trea, al parecer son amigas íntimas y quedé impresionado ante tanto esplendor. Fue amable conmigo, incluso me aventuré a besarla en el jardín y no se ofendió. Me atrevería a decir que habría aceptado más si lo hubiese intentado… —Res esbozó una sonrisa un tanto presumida ante el alzamiento de cejas de su amigo.

—¿La jovencita se habría ido a la cama contigo?

—No, hombre, te he dicho que es una dama. —La defendió con ardor y ese hecho lo sorprendió, dadas las circunstancias.

—Conozco a un par de docenas de damas que fueron felices en tus brazos…

—¿Vas a dejarme terminar o doy por acabada la conversación?

—Soy todo oídos.

—El hecho es que todo iba bien hasta que Alexander me divisó en el jardín y me llamó. Y cuando conoció mi nombre los ojos que hacía un momento manifestaban simpatía y deseo se mostraron fríos y hablaron de odio encarnizado.

—¿Así por las buenas? —El joven mostraba un claro escepticismo.

—Sin más —confirmó.

—¿Y no te dio ninguna explicación?

—No, tan solo me amenazó de muerte. —Briadan se atragantó con el último trago de su vaso y empezó a toser.

—¿Qué? ¿Está loca? —El príncipe rio entre dientes.

—¿Tú qué crees?

—De atar. ¿Qué hace en la ciudad, en lugar de en un manicomio?

—No sé, Brian, pero de no ser porque pienso llegar al fondo de todo este asunto ya la estarían juzgando por intento de asesinato. —El barón volvió a ahogarse y maldijo mientras se sacudía el licor de la chaqueta ante la mirada divertida del otro.

—Intento de… —Tuvo que beberse el whisky de un solo trago para aclarar sus ya embotadas ideas—. ¿Lo hizo?

—Ya ves que sigo vivito y coleando.

—No, idiota. ¿Te hirió?

—Bueno, eso sí. —Reconoció furioso consigo mismo—. Tengo una fea herida en el brazo y un insistente dolor en… —Frunció el ceño, molesto—. Otras partes de mi cuerpo.

—¿Y qué hiciste?

—En ese momento estaba algo ocupado. —Admitió entre dientes. Su primo asintió.

—Pero lo harás, ¿no?

—Sí, aunque aún no sé bien qué —comentó, contrariado.

—¿Y estás seguro de que no la conozco? Si es tan amiga de Trea es muy probable que hayamos coincidido varias veces.

—La verdad es que no sé mucho de ella, solo donde vive y que se llama Haliana…

—¿Lady Haliana Quiveska? —preguntó asombrado.

—Sí. ¿Entonces sabes quién es?

—Cómo no. ¡Si cuando llegó fue la comidilla de Crasia durante semanas!

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace cuatro años, creo. Apenas era una niña, tenía diecisiete primaveras, pero traía consigo una de las fortunas más grandes del país y estaba completamente sola. Nos presentaron hace dos años y bueno, aparte de lo evidente —No hizo falta que dijera nada más. La joven era guapa a rabiar—, me pareció fresca, sagaz e ingeniosa. Para nada el tipo de ganado al que estamos acostumbrados —dijo tras un guiño cómplice. Res tenía que darle la razón. Aquella joven, aunque aún no tuviera muy claro si estaba desequilibrada, era única—.Y bien, camarada, ¿llamo de nuevo a nuestras muchachas? Por la forma en que nos miran estoy seguro de que se hayan muy bien dispuestas a recibirnos de nuevo. —Reskan volvió la cabeza en dirección a las mujeres. En efecto parecían bastante deseosas de acercárseles. Conocía esa mirada, la de alguien hambriento de dinero. Por supuesto sus ropas denotaban una gran riqueza y los dos hombres se sabían muy apuestos, así que era de suponer que las "señoras" estarían ansiosas por disfrutarlos.

—¿Crees que después de cuatro botellas seremos capaces de tumbarlas sobre el duro jergón donde estoy seguro deben dormir?

—Estoy de acuerdo en que la blanda cama de una dama es más apetecible, pero tienes que reconocer que, si en verdad estamos tan ebrios como afirmas, ninguna señorita hará el trabajo por nosotros al igual que estas…

—¿Mujerzuelas, tal vez? —Ayudó a su primo con una buena dosis de ironía.

—Exacto.

—He de concederte al menos eso, amigo, pero pareces olvidar que yo sí tengo un par de señoritas de más o menos buena reputación a mi disposición. —Se jactaba innecesariamente pues Briadan poseía casi un regimiento de muchachas, inocentes y experimentadas, a su alcance. Era un seductor consumado y había que reconocerle el mérito de embaucar, con la misma facilidad, a cualquiera de ellas.

—Oh sí, la margarita sin sustancia y la rosa con corazón de gelatina, dos buenas opciones, a mi entender. —También él se burlaba, pues si bien era cierto cuanto acababa de decir, las dos damitas eran ejemplares dignos de mención y con seguridad tan buenas en la cama como imaginaba. Miró a su compañero por si su broma le había molestado y comprobó que no podía parar de reír.

—Buena comparación, sí, señor —dijo aún entre risas, aunque su alegría se borró al observar al otro.

—¿Qué vas a hacer con la muchacha, Res?

—Aún no lo he decidido.

—Si quieres mi consejo, en esta cuestión debieras regirte por la cabeza. Y me refiero a la que tienes sobre los hombros. Y antes de que digas nada, es obvio que ella te interesa. —Reskan no quiso enfrentarse a su perspicaz mirada.

—Es bonita. —Se limitó a decir, olvidando los halagos que había proferido hacia ella un rato antes.

—Ya. ¿Y?

—Y veremos qué pasa.

CAPÍTULO 4

La vida fue muy dura para Kana después de la muerte de su madre.

Perdió a Atriana y a Reskan de un mismo golpe y eso la dejó en la más completa soledad. Llena de dolor se encerró en sí misma. Dio la espalda a criados, a vasallos y a familiares. Se desentendió de todos, refugiándose en un mutismo peligroso, a lo cual ayudó que los niños de los alrededores, por orden de sus padres, siempre hubiesen procurado no acercarse al castillo, y en consecuencia al rey, al igual que los criados de la casa, quienes tenían prohibido hablarle, amenazados bajo penas importantes, aunque siempre hubo alguno de ellos que, cuando no eran vigilados, le propinaban una caricia, una sonrisa o una palabra amable.

Tampoco tenía familia que la apoyase en momentos tan duros. Su padre se encargó de ello cuando se casó con Atriana. Incluso tenía un tío al cual ni ella ni su madre habían visto nunca. Nació poco después de la boda y cuando sus padres le hicieron saber la noticia, instándole a visitarlos a fin de conocerlo, Riork mandó una misiva comunicándoles que su hija se encontraba demasiado enferma para viajar. Esa fue la excusa predominante en la vida de Atriana y su hermosa niña. Aunque había muchas otras, inventadas para el mismo fin: que ninguna de ellas pudiese salir al exterior y que el exterior no pudiese alcanzarlas.

Aun así, durante aquellos primeros años, Kana consiguió esconder su odio y su amargura y mostrarse justa y bondadosa. A tal causa el joven Reskan contribuyó bastante. Hasta el día del asesinato.

La niña traviesa y sonriente se convirtió en un ser solitario y callado. Siempre le gustó jugar con los criados y con cualquier vasallo o caballero, cuando disponían de un momento y se cercioraban de que ningún espía del rey estuviese cerca. El día que enterró a su madre olvidó sus nombres y sus caras. Ya no había nada por lo que reír.

Al principio, los aldeanos entendieron el sufrimiento de la joven pero, pasado el tiempo, cuando su retraimiento se convirtió, a los ojos ignorantes del pueblo, en soberbia y altivez, creyeron que había cambiado y que iba camino de convertirse en el fiel reflejo de su padre. Qué otra cosa cabía suponer, si la muchacha vivía en contacto diario con él y ya no estaba la madre para guiarla. Nadie comprendía a la joven heredera y, con el correr del tiempo, a nadie le importó.

Ni siquiera le impactó saber que su padre contraería matrimonio de nuevo a los pocos días. A pesar de tener oportunidades, rehusó conocer a la futura reina, tan segura estaba de que al fin Riork había encontrado a la horma de su zapato. Imaginó una mujer dura, fría y tan malvada como él y se sumió en la autocompasión. Ahora debería defenderse de ambos y no estaba segura de que el enorme espíritu luchador que su madre le había inculcado pudiese soportar esa carga adicional, así que la detestó desde el primer instante.

Estaba preparada para muchas cosas, pero cuando llegó el momento, solo vio ante sí a una hermosa mujer, llenos sus ojos de bondad. Y pensó que tal vez se había equivocado.

Fue una apreciación justa porque Saggana Morlan, en su interior, era igual a Atriana. Tenía dieciocho años, rasgos armónicos y un cuerpo pleno. La vivacidad de su mirada contrastaba con la salvaje tiranía de la de su marido, aunque ella no llegaba a verlo; estaba enamorada.

A lo largo de toda su vida, Kana se preguntó innumerables veces cómo un ser tan despreciable había conseguido el cariño de tales mujeres, pero jamás encontró una respuesta satisfactoria para

esa incógnita.

Saggana era una mujer de sentimientos profundos, por lo que sintió como propio el dolor que evidenciaba la pequeña. Ajena a lo que le depararía el futuro, se sentía la mujer más dichosa del mundo y se prometió que repartiría su dicha con su nueva hija, a la que adoptó de inmediato como si fuese suya.

Pero la historia se repetiría una vez más y la felicidad desapareció tan rápido como había llegado.

Violaciones y dolor le esperaban a la mujer y ni siquiera el consuelo de que Kana la tratase como a una segunda madre la ayudó a fortalecer su alma. Aun a tan corta edad, Kana comprendió que si bien Atriana y Saggana eran iguales en casi todo, hermosas por fuera y por dentro, existía un aspecto básico en el que se diferenciaban por completo.

Mientras que su madre había sido fuerte interiormente, sobreponiéndose a cualquier golpe, la bondad del corazón de Saggana no podía compensar la debilidad de su espíritu. Con cada abuso de su marido, cada crítica y vejación a la que era sometida, se hundía cada vez más profundo en un mar de desesperación tal, que muy pronto ella misma deseó morir.

Si hubiese sabido cuan cerca de realizarse estaban sus deseos se habría sentido horrorizada.

Después de cinco años de matrimonio, la unión no había dado frutos y el ansia de Riork de un vástago varón le estaba llevando de manera casi irremediable a la más completa locura.

Y así fue, como en su delirio, una mañana fría y gris subió de dos en dos los escalones, dispuesto a terminar con aquella maldita frígida y estéril. La encontró en su dormitorio y sin molestarse en cerrar la puerta avanzó directo hacia ella.

La mujer apenas alcanzó a ver la cara contorsionada de rabia y odio y supo que estaba poseído por una maldad tal que bien podía matarla si no conseguía tranquilizarlo antes. Poco sabía ella que eso era, justo, lo que él se proponía. «¿Qué he hecho?», se preguntaba una y otra vez. «¿Cómo he podido enfurecerlo tanto?». Y en silencio y presa del pánico se preguntó si Kana estaría escondida en un lugar seguro. Acto seguido su marido comenzó a golpearla con brutalidad. Al primer puñetazo cayó al suelo y allí fue donde recibió las patadas en la espalda, cabeza y estómago. Saggana rugió de dolor, pero nadie apareció. Por una razón cruel del destino parecía que el castillo estaba desierto. La reina confió en que Riork se cansaría de castigarla, pero habría entendido la verdad de su situación si hubiese podido verle la cara.

Riork estaba disfrutando. Experimentaba casi un placer sexual y cada golpe que daba era como un pequeño orgasmo.

—¡Grita, perra, nadie podrá oírte! ¿Olvidaste que hoy los hombres fueron de caza y las mujeres tienen día de colada? Maldita zorra. ¡Grita más fuerte! —Y la golpeó con más fuerza. En efecto Saggana gritó más fuerte, tanto que Kana pudo escucharla desde donde tendía la ropa con las mujeres, en la parte posterior del castillo.

El sonido era muy tenue y Kana se preguntó qué era. Sin saber por qué se puso pálida y tuvo el terrible presentimiento de que se trataban de gritos de mujer. Con un temblor recordó que su madrastra estaba en el interior… y también Riork. Sin perder un instante tiró el montón de ropa mojada que hasta entonces había tenido en las manos y corrió hacia el castillo. Subió las escaleras en dirección a los aposentos del matrimonio y al llegar arriba pudo escuchar los gemidos ahogados, parecidos a los de un animal herido que ya no tiene ni fuerzas ni voz para seguir luchando.

Asustada, entró como una tromba, pero no estaba preparada para la escena que se desarrollaba en el interior.

—¡Nooo…! —gritó, presa de la histeria.

—Kana, corre… —susurró Saggana. Extendió un brazo hacia ella, en contradicción con sus palabras. Con ese gesto le pedía ayuda y a la vez ratificaba su amor y confianza en ella. Poco podía hacer la muchacha, lo sabía y hubiese querido gritarle que no hiciese caso de sus súplicas y se marchase para siempre de ese lugar. Ella era ahora un testigo de la perfidia de su padre y como tal no la dejaría con vida. El asesinato era un delito muy grave, incluso para un rey. Era muy posible que el Consejo tomase cartas en el asunto y, para alguien como Riork, el castigo impuesto sería equivalente a la muerte.

Con un suspiro dejó caer el brazo todavía estirado hacia la joven y comprendió que estaba muerta antes de cerrar los ojos.

La niebla de locura que había invadido la mente de Riork se extinguía poco a poco. Habían pasado horas desde que Saggana había hecho su último movimiento, recordó que alzó los brazos pidiendo ayuda o tal vez abrazando a Dios, se jactó, todavía eufórico de poder. Pero antes… dejó de sonreír y se esforzó en recordar, ella había dicho algo, como si le hablase a alguien, un susurro nada más. ¿Qué había sido? Se cogió la cabeza con ambas manos y la apretó con fuerza. Abrió los ojos y la mueca cruel volvió a su cara. «Kana, corre…». Y mientras ella se escapaba, él había estado vanagloriándose de haber sobrevivido a dos esposas, matándolas a ambas.

Tenía que empezar a perseguirla ya. Se detuvo con impaciencia. No, la estúpida niña no tenía adonde ir, jamás había salido de Traguian. Lo más seguro era que se hubiese escondido y esperase el momento oportuno para buscar ayuda en la familia de su madre. Sin duda era más fácil eso que vagar sola como una pordiosera. De todas formas debía impedirlo, una vez que llegase al castillo de sus abuelos contaría con su protección, sabrían de la muerte de Saggana a manos de su marido y podían conjeturar sobre el fallecimiento de Atriana. De cualquier modo, clamarían venganza en tanto por una como por las dos esposas. Y no podía arriesgarse a una guerra con otra casa real, al fin y al cabo podía morir en la contienda sin un heredero al trono y entonces la pequeña zorra lo heredaría todo. De inmediato mandó a sus guardias a vigilar en las cercanías del antiguo reino de Atriana con orden de matar a la chica en cuanto asomase la nariz por allí.

Pero Kana jamás pensó en la posibilidad de buscar a su familia. Estaba demasiado cerca de su padre y solo en el fin del mundo podría sentirse a salvo. Recogió algunas ropas, una fortuna en joyas y en monedas de oro, a su fiel criada y amiga Kaileen y a otra media docena de sirvientes deseosos de abandonar al tirano, y huyeron del castillo. En las horas que Riork estuvo disfrutando del espectáculo que él mismo había provocado, ellos habían salido del reino y se despedían de todo lo querido y conocido, cada uno portando un fardo con las riquezas que la muchacha había conseguido reunir.

Kana tarda un poco más en decir adiós, los demás solo dan la espalda a la crueldad y los malos tratos, ya se han despedido de sus familias y no ha sido una escena triste. Saben que si logran escapar les espera una vida mejor, les han deseado suerte y rezan para que la ira del rey no los alcance. Nada saben de las razones que tiene para huir, de momento no se siente capaz de hablar de ello.

Poco a poco sale de su letargo, observa por última vez cada centímetro del lugar que se halla a sus pies, donde nació y donde ha vivido toda su vida.

Es probable que no vuelva nunca más. Por ello, con esa última mirada tiene que recoger cada detalle para llevárselo consigo adónde quiera que vaya.

—¡Algún día volveré! —grita al vacío con los puños apretados. El eco reparte su juramento a cada rincón, mientras las lágrimas ruedan por el rostro de Kana de Trarr, por derecho, reina entre

reyes y aunque no lo sabe todavía, mujer para amar.

Mientras le da la espalda al único mundo que ha conocido, un solo pensamiento ocupa su mente: regresar.

CAPÍTULO 5

Haliana había consentido en acompañar a Trea al baile tan solo porque tras dos semanas de reclusión voluntaria en su casa estaba muerta de aburrimiento. Había llegado a un punto, por irónico que pareciera, en que echaba de menos las fiestas que había criticado días antes.

Además estaba cansada de pensar. En su interior tenía lugar una lucha de voluntades, de sentimientos contradictorios. Por las noches soñaba que el príncipe le hacía el amor con lujuria y desenfreno y a la mañana siguiente lo maldecía y juraba venganza. A veces creía imposible que hubiese sido capaz de realizar una atrocidad como aquella, pero eso solía ser después de uno de sus episodios nocturnos, por lo que, cuando estos acababan, la realidad se imponía a cualquier fantasía. Al fin y al cabo, habían sido demasiados años sabiéndole culpable.

Trea, cansada también del incomprensible retiro por parte de su amiga, estaba deseosa de asistir a la reunión y el hecho de que la mayoría de sus amistades estuviesen fuera de la ciudad por diversas razones fue la excusa perfecta para arrastrarla con ella.

Una vez allí, Haliana casi prefería haberse quedado en la tranquilidad de su habitación, lo que por cierto no le ocurría a su compañera, la cual sin duda alguna, estaba divirtiéndose como nunca. «¿Qué encontrará de interesante entre todos estos pavos reales?», se preguntó exasperada.

—Eres demasiado hermosa para esconderte entre las sombras. Podrías inducir a un hombre a cometer locuras amparado en la oscuridad. —Le reconoció de inmediato, sin necesidad de volverse para verlo. Temblaba por dentro, no sabía si de rabia por atreverse a abordarla después de conocer su intención de matarlo o de anticipación por la amenaza oculta en sus palabras. Con esfuerzo logró controlarse para enfrentarlo.

—¿Qué haces aquí?

—Humm, veo que sigues sintiendo el mismo apego por mí, a pesar de que hace ya varias semanas desde tu último ataque de histeria…

—Ten cuidado, no esté padeciendo de nuevo esa enfermedad hoy y te saque los ojos. He de admitir que es una posibilidad que me atrae bastante.

—Siempre tan cariñosa. En cuanto a mi presencia en la fiesta, soy el acompañante de mi hermana. Ha venido a pasar unos días conmigo y como a toda mujer, le gustan estas frivolidades. De otro modo no estaría aquí, ya sabes cuánto me aburren estas cosas.

—Qué bien, habré de agradecérselo a ella entonces. —Se dio la vuelta para marcharse cuando él la agarró del brazo. Su mirada era amenazante.

—Puedes tener contra mí lo que desees, pero en lo que respecta a mi hermana mantente alejada de ella. Si sufre un ligero mareo te lo haré pagar. No bromeo, Haliana.

—¿Cómo puedes pensar eso? No soy una asesina. —Estaba asombrada y dolida de que pudiese creer que le haría algún daño a la muchacha.

—¿Y cómo le llamas al hecho de atentar contra mi vida? —Levantó una ceja de modo inquisitivo, dando a entender que tenía sobradas razones para pensar lo peor de ella.

—Justicia. —Soltó su brazo y atravesó la sala para saludar a unos amigos.

Durante un momento Reskan se quedó donde estaba, asimilando aquella palabra dicha con tanta vehemencia. «¿Justicia? ¿Mi vida a cambio de qué?». Finalmente fue en busca de una copa de whisky, parecía ser la única medicina posible frente al dolor de cabeza que la muy zorra le hacía padecer.

Haliana estaba tan furiosa que le costaba trabajo respirar, pero casi todo su rencor estaba dirigido hacia ella misma. Durante un momento se había alegrado de encontrarlo allí, solo al mirarlo de frente le asqueó lo que veía. Se afanaba en insultarla cuando no tenía motivos para hacerlo. «¡Al diablo con él! No permitiré que me arruine otra noche».

—¿Una copa de vino? —Casi con pena dejó de pensar en el bastardo que la acosaba de día y de noche para enfrentarse a la hermosa joven que tenía enfrente.

Calculó que tendría unos cuatro o cinco años menos que ella, de una belleza indescriptible, casi etérea y un aire de sabiduría y bondad como pocas veces había visto en jovencitas de su edad. La observaba con insistencia y comprendió que le había formulado una pregunta sin obtener respuesta alguna.

—Sí, gracias. —Y cogió la copa que le ofrecía.

—Mi nombre es Helailla. ¿Y el tuyo?

—Disculpa, me llamo Haliana. —Al mirarla descubrió una chispa de entendimiento en sus ojos grises azulados y se preguntó qué la habría provocado. Se sintió bastante desconcertada porque la tutease de buenas a primeras, pero decidió dejarlo pasar y seguir su ejemplo.

—Haliana, he oído hablar de ti, aunque no sé si para bien o para mal. —Halia pensó que la sinceridad de la joven rayaba en la irreverencia, pero la encontró refrescante.

—¿Sí? ¿Y puedo saber quién te ha informado? —La joven miraba entre la gente, como buscando a alguien.

—Mi hermano.

—¿Tu hermano? —Una incómoda sospecha comenzó a rondarla—. ¿Y quién es…? —La frase quedó inconclusa. Pudo ver al hombre que se acercaba hacia ellas con paso enérgico y mirada furibunda.

—Res, al fin he conocido a tu dama vengadora y no me parece tan salvaje como habías dicho. —Haliana se ruborizó con intensidad, no tanto por saber la forma en que se refería a ella en presencia de otros, sino porque era esa niña tan dulce la que lo expresaba en voz alta. La famosa e intocable hermana de Reskan…

—Bien, ya que no son necesarias las presentaciones por qué no vamos al salón, el baile ya ha empezado y estoy seguro de que querrán escoger a los más apuestos jóvenes para encandilarlos con cientos de sonrisas.

—Estás en lo cierto, hermanito. —Y se colgó de su brazo. Reskan obligó a la otra mujer a cogerse del que tenía libre y se agachó para susurrarle al oído.

—Recuerda mi advertencia, mujer, o desatarás tal furia que ni cien tornados la aplacarán. —Un escalofrío atravesó la espalda de la joven, quiso creer que fue por la amenaza implícita en las palabras dichas, pero se preguntó si no sería por tener tan cerca al hombre.

Sabía que no podría contenerse mucho más.

El hombre que había cambiado su vida para siempre estaba sentado a la mesa frente a ella y debía permanecer impasible a su mirada burlona.

Sonrió con cierta amargura. Reskan no creía que de verdad quisiese matarlo, a pesar de haberlo intentado. Tal vez, incluso pensaba que era una treta de mujer para despertar su interés.

¿Cómo hacerle entender sin desvelar nada? ¿Cómo confesarle que tan solo un vestigio de cordura controlaba su mente y su cuerpo para no arrojarse sobre él y alcanzar la paz con su sangre?

No relacionaba el pasado, por lo tanto no podía calibrar la magnitud de su odio.

Sintió el escozor de las lágrimas en los ojos, lágrimas de rabia, venganza e impotencia. Inclinó la cabeza para ocultarlas cuando comenzaron a caer sin control sobre el mantel.

El esfuerzo de mantenerse sentada, fingiendo interesarse en la conversación le pareció demasiado. Ni siquiera era capaz de ver lo que comía y si le preguntasen, le sería imposible nombrar un solo plato de los que habían servido hasta el momento.

Apretaba tan fuerte el pie de la copa de vino que este se partió en trocitos. Por fortuna ninguno de sus compañeros de mesa lo notó, ya que ambos estaban enfrascados en sus respectivas conversaciones.

Escondió las manos bajo la mesa para ocultar los puños apretados a los costados de su cuerpo, sin importarle que la palma húmeda significara que estaba sangrando a causa de algunos trozos de cristal incrustados en la piel. Aun así, no disminuyó la presión. Necesitaba aquel dolor para calmarse.

Reskan no dejaba de observar a la muchacha. La mujercita era un enigma, algo del todo incomprensible para él. Sí, un reto que ya había aceptado, aunque ella no lo supiese aún. «Debo hacerlo, pues la damita me atrae demasiado».

Tal vez, la inquina que parecía tenerle se debía a alguna de sus antiguas amantes, una de esas "señoritas" que se le entregaban abiertamente para, una vez consumado el hecho, deshacerse en lágrimas, asegurando que él no debía haberse tomado tantas libertades. «¿Cómo podré encontrar un marido ahora? Pensará que no soy decente. A menos que…». Sonrió. Ese "A menos que…" siempre significaba que tal vez él quisiese hacerse cargo de la situación y casarse con ellas. Cosa que, por cierto, no estaba dispuesto a ofrecer. Después de poner las cosas en claro las desfloradas lo acusaban de propasarse, le gritaban y al fin, para la paz metal del supuesto "degenerado", se marchaban para siempre de su vida. Gracias al cielo.

Con sinceridad, él no tenía escrúpulos ni por supuesto cargo de conciencia, en tomar la virginidad de una mujer que hacía de su captura una batalla planificada hasta el más mínimo detalle. Si ella era capaz de sacrificar su virtud en aras de la victoria, él muy bien podía tomarla sabiendo que nunca perdería.

Pero volviendo al tema en cuestión, pudiera ser que la muchacha fuese amiga de alguna de las descarriadas y de ahí toda esa situación.Volvió a sonreír, de eso de deduciría una gran lealtad y un apasionamiento que, bien encauzado, haría las delicias de cualquier hombre. En otras palabras, si lograba hacerla olvidar su rencor y encaminaba esa furia y esa pasión hacia otro terreno no menos peligroso como era el acto del amor… Sería muy interesante averiguar qué saldría en la metamorfosis.

Suspiró resignado. Sea como fuese, debería vencer su resistencia. Y eso iba a ser tarea difícil. «Pero no imposible», se prometió.

De todas formas no la consideraba peligrosa, aunque en una ocasión hubiese estado muy cerca de acabar con su preciada existencia. Aun así sabía que no era una asesina. Había mucha gente que confiaba en ella. Trea la adoraba y también su marido. Y en los cuatro años que llevaba en el país se había ganado el respeto de mucha gente importante.

Nadie podía negar que era encantadora, amable y dulce. Características mucho más arraigadas que una simple máscara para ocultar su verdadera personalidad. Ella era tal como se la veía.

«Y muy susceptible…», añadió para sí, encantado, ya que le divertía sobremanera enfurecerla. La cólera le proporcionaba un atractivo suplementario aunque del todo innecesario a su ya deslumbrante belleza. Sus ojos brillaban como carbones encendidos, sus mejillas se coloreaban,

sus labios se entreabrían, incitadores y sus pechos subían y bajaban a causa de la respiración entrecortada. Un acontecimiento digno de ver, por cierto. Por eso la había acicateado toda la noche, sus ojos llenos de humor y se había divertido de lo lindo cuando ella le lanzaba dardos envenenados con los suyos.

Hasta que la vio llorar.

No lo habría notado de no haber estado mirándola con fijeza. Con la cabeza baja, parecía que estudiaba con interés su comida, como queriendo recordar cada ingrediente porque el plato le pareciese exquisito. Pero en silencio, lloraba.

Observó a sus compañeros de mesa para descubrir si alguno de ellos habría podido molestarla. A su izquierda tenía a Trea, imposible que su amiga la hubiese ofendido, además parecía estar enfrascada en una conversación de mujeres sobre la moda de los sombreros ese verano.

Miró a su derecha, donde la botarate de la anfitriona había colocado a su hermana. También era poco probable que Helailla hubiese dicho o hecho algo desagradable y de todos modos mantenía una animada charla sobre caballos con uno de los invitados.

Volvió a concentrar su atención en Haliana y como si ella hubiese sentido su escrutinio, levantó la mirada hacia él. Reskan pensó que su corazón se rompería, tal fue la desolación que leyó en sus ojos. Un segundo después la joven rompió el contacto visual y retomó su actitud de derrota. Fue entonces cuando pensó que tal vez él era la causa de su llanto y eso lo desmoralizó aún más. «¿Qué he hecho yo?», se preguntó frustrado. «Puede que además de susceptible también sea demasiado sensible y le hayan dolido mis puyas y mis burlas…», pero las veces que se habían encontrado ella las utilizó de igual forma para defenderse de sus bromas. Nada de todo eso tenía sentido. Era una mujer fuerte, ningún comentario irónico la afectaría de ese modo.

Poco a poco fue dándose cuenta de otros cambios, los brazos agarrotados, como si estuviese haciendo mucha fuerza con ellos, la rectitud de su espalda y su cuerpo estremeciéndose de forma convulsa, como si sufriera un gran dolor, aunque no pudo especificar si físico o mental.

De todas formas era más que evidente que de un momento a otro se desmoronaría y sabía que ella sufriría aún más si la explosión tenía lugar en el atestado salón. Tenía que llevársela de allí, pero ¿cómo? No podía agarrarla y sacarla sin más.

Muy despacio, como si le costara un gran esfuerzo, Haliana se levantó. Se sostenía en parte gracias a la silla, con las manos ocultas entre los pliegues de la falda. Reskan supo que sin ese apoyo se caería y eso fue lo que le hizo reaccionar. Se puso en pie, rodeó la larga mesa y fue a su encuentro, viendo como ella abandonaba la seguridad de su asiento y daba un paso atrás para alejarse. Como temía, las piernas le fallaron, y la oscuridad se cernió casi por completo sobre ella. Sintió cómo la levantaban en brazos y escuchó una disculpa que le resultó incomprensible. En medio de la semiinconsciencia pensó que estaría inventándose algo para explicar el incidente. No le importó lo que dijera, ni que la apretase contra su cuerpo, tan solo quería descansar…

Volvió en sí unos minutos más tarde. Estaba oscuro y por los ruidos y los movimientos a su alrededor comprendió que se encontraba en un coche, pero le sorprendió que ella no se moviese, tardó un poco más en darse cuenta de las manos que la abrazaban con fuerza a fin de que estuviese cómoda. Levantó los párpados y se encontró con aquellos ojos grises que tanto conocía, clavándose en los suyos con una mirada serena pero alerta.

No se molestó en ignorarlo, ni en preguntarse adónde la llevaba. Estaba exhausta, tanto física como mentalmente y sabía que si él aprovechaba la oportunidad para cualquier cosa que se le ocurriese no lo detendría, aunque quisiese no podría, tal era su estado de agotamiento. Se limitó a dejarse abrazar y de nuevo apoyó la cabeza en su pecho.

Llegaron a los pocos minutos y supo, sin necesidad de preguntar, que estaba en casa de él. Allí

la llevó hasta una habitación del piso superior y la depositó con cuidado sobre la cama. Le miró, sin miedo, carente de toda expresión.

—Hal, querida, a estas horas solo mi mayordomo se encuentra levantado, así que me temo que tendré que desvestirte yo mismo.

Sonaba como una disculpa y si pensaba que iba a recibir gritos de protesta o que lucharía para conservar su ropa lo iba a defraudar. Se limitó a asentir con la cabeza y suspirando le cedió el control.

Fue muy tierno al hacerlo, sin provocar nerviosismo o pánico por parte de la muchacha. A decir verdad, antes de terminar de quitarle el vestido ella ya tenía los ojos cerrados y aunque no se durmió hasta que salió de la habitación, mantenía un agradable estado de irrealidad, provocado por el cansancio y el estrés, los dos factores que habían causado su reciente desfallecimiento. También fue consciente de que en silencio y con el ceño fruncido, le vendó la mano que se había herido al romper la copa. Casi le pareció que estaba furioso, pero no se puso a pensar mucho en ello. Otra cosa ocupaba su mente.

«¿Hal?». Sonaba bien.

Reskan fue a su habitación después de dejar a Haliana, sus pasos eran rápidos y se le veía agitado. El ayuda de cámara entró detrás de él, fastidiado. Había estado junto al príncipe desde que nació y aunque tenía muy mal genio y a veces lo descargaba contra él, después de tantos años podía juzgar su humor y en ese momento no era muy bueno.

El príncipe se quitó la chaqueta y la tiró con fuerza sobre la cama, al darse la vuelta descubrió a su criado. Se dispuso a despedirlo, no tenía ganas de una de sus frecuentes "confrontaciones de opinión". La verdad era que el viejo se las ingeniaba muy bien para desafiarlo.

—Márchate, Doner, me desvestiré solo.

—Empieza a ser una costumbre, *alteza* —contestó con ironía. Llevaba toda la vida utilizando su nombre para dirigirse a él, a veces "muchacho" bastaba y cuando ambos estaban muy enfadados lo llamaba "estúpido y arrogante crío", como cuando era niño. El apodo terminaba con cualquier discusión, pues los dos recordaban las travesuras que habían compartido años atrás y pasaban un buen rato jactándose de ellas.

—¿Qué quieres decir, pedazo de…? —Recurrió a todo su autocontrol para mantener la calma. «Pero si se atreve a retarme lo estrangulo. ¡Vaya si lo hago!». Aunque sin darse cuenta, no fue la imagen de su ayudante la que le vino a la cabeza, sino la de sus poderosas manos alrededor del frágil cuello de una mujer de cabello rojizo y ojos de un violeta intenso. Eso le subió el ánimo de manera considerable—. ¿Y bien? —preguntó con voz melosa.

El criado no se dejó engañar por aquel tono suave. Se abstuvo de soltar la carcajada que le subía por la garganta, pues el muchacho estaba que se subía por las paredes y sería una locura provocar aún más su ira. Su expresión ya era feroz.

—Bueno, es bien sabido que su carácter ha sido bastante agrio e irascible en las últimas semanas, durante las cuales mis servicios no han sido requeridos con la regularidad apropiada…

—¡Fuera! —Lo cortó, perdida ya la paciencia—. ¡Vete o te retorceré el pescuezo! —Se acercó a él, sus intenciones claras en su rostro crispado.

—Vale, vale, pero no es culpa mía que la muchacha lo rechace, aunque no me extraña, de verdad…

—Te voy a… —Pero el otro hombre se apresuró a salir del dormitorio, cerrándole la puerta en las narices.

Reskan fue hasta la cama, se sentó y se aconsejó respirar hondo media docena de veces.

Entonces pensó en su invitada, lo que le obligó a volver a coger aire, de nuevo enfadado. ¡Qué demonios, estaba furioso!

Lo que había ocurrido esa noche escapaba a su comprensión y eso lo desesperaba.

Haliana sufría, eso era innegable. Era el por qué lo que no llegaba a entender. Por mucho que se esforzaba no encontraba una respuesta a eso. «Y si no sé lo que pasa, ¿cómo puedo ayudarla?».

La idea misma de querer proteger a la muchacha lo sorprendía demasiado como para poder analizarla con detenimiento. Cerró los ojos. Podía hacer tantas conjeturas como quisiese, pero nunca descubriría la verdad por sí solo y eso le hacía sentirse inútil e impotente.

Rememoró su mirada opaca, sin viveza ni energía, vacía. Como si nada le importase ya. Incluso su odio desapareció con los demás signos de emoción.

Su expresión se volvió tormentosa al recordar su mano ensangrentada. Un recuerdo doloroso regresó a su conciencia, el de otras manos manchadas con sangre, otra mujer de cabello anaranjado y preciosos ojos violetas. Otro mundo, le parecía entonces.

Tal vez mostraba tanto interés en la mujer que descansaba en la habitación de al lado porque le recordaba a la niña que una vez compartiera sus secretos con él. Aquella que le brindó amor cuando necesitaba de él. Suspiró resignado. Aquello pertenecía al pasado y seguramente Kana no le perdonaría jamás.

Se preguntó si ya se habría casado y pensó que era muy probable que sí. A fin de cuentas era una princesa heredera y debía ofrecer la sucesión. Eso lo entristeció unos momentos, deseando haber podido cambiar el pasado para que su presente fuese más pleno.

Sacudió la cabeza con pesar, intentando deshacerse de tales pensamientos. Mañana tendría que enfrentarse con la pequeña arpía que cobijaba en su casa. ¡Maldición! ¿Por qué se había lastimado de tal forma?

Por fin comprendía los temblores de su cuerpo y la fuerza con la que parecía apretar algo. Había imaginado que eran los bordes de la silla, no sus delicadas manos, hiriéndose para castigarse. ¿O no?

«¡Dios, ayúdame a comprender!».

Reskan abrió los ojos con desgana, sabía que era avanzada la mañana porque el sol estaba alto e iluminaba el dormitorio. Podía oír a los trabajadores fuera y a las criadas por el pasillo. Aun así era reticente a levantarse, la noche anterior la había pasado pensando en el fastidioso problemilla que había dejado entrar en su hogar.

Al recordar el día de ayer se desperezó sin ceremonias y se levantó. No era consciente del panorama que representaba frente a la cama, desnudo, todo músculo y piel morena, con el sol enmarcando cada una de sus perfectas líneas. Como un Dios mítico, indiferente a la belleza terrenal, pero seguro gracias a su posesión más absoluta.

Cuántas veces, sin él saberlo, las mujeres con las que pasaba la noche lo habían visto en momentos idénticos a ese y admirado cada fibra de su ser, suspirando porque quizás esa fuese la última oportunidad en que lo verían así o deseando impacientes que llegase el siguiente interludio de amor. Y a cuántas, en secreto, Reskan había despreciado por venderse al mejor postor. Que él fuese el más rico y el más atractivo era una suerte.

Acababa de ponerse la fresca bata de seda azul, cuando sonaron dos suaves golpes en la puerta y sin esperar su respuesta se abrió. «Este insolente criado lleva tanto tiempo trabajando para mí que es consciente de que ya es como un padre y se atribuye libertades que ni mi progenitor tomaría». Se dio la vuelta para enfrentarse al ayuda de cámara.

—Bien, bien, Doner. Ante todo buenos días y luego, para no perder la costumbre, recordarte que es una muestra de excelente educación el que después de llamar a la puerta uno espere a que le permitan entrar. Solo como recordatorio, ya sabes, puesto que soy perfectamente consciente de que ya te he instruido sobre este tema en cientos de ocasiones… —Sonrió, como siempre estaba disfrutando la regañina.

—Muchacho, podemos seguir discutiendo este tema toda la mañana si es lo que quiere, pero pensé que le gustaría saber, con la mayor celeridad, que su damisela ha mandado llamar un coche y la última vez que la vi estaba bajando las escaleras para marcharse de esta casa de la manera más rápida y discreta posible. Así como si no quisiese encontrarse con cierto déspota que reside en ella —musitó la última frase por lo bajo, único reconocimiento de las anteriores palabras del joven que, a fin de cuentas, eran la misma cantinela de cada mañana. Reskan se irguió y todos sus músculos se tensaron.

—¿Qué? —En su interior sintió rabia, desilusión, tristeza y un cierto dolor que no quiso aclarar—. ¿Se ha ido?

—Bueno, es posible que la alcance si sale corriendo… —dijo desde la ventana. Al volverse, el otro hombre ya no estaba.

Reskan salió como alma que lleva el diablo, sin saber muy bien lo que haría al llegar a la calle, temeroso de no encontrarla ya y de verla de nuevo, admitió.

Cuando el sol le dio de lleno no parpadeó ni movió un solo músculo. Se limitó a mirar su espalda, mientras se preparaba para subir al carruaje.

Haliana lo sintió detrás de ella y supo que al menos le debía el reconocimiento de su presencia. Se giró para encararlo y lo descubrió en la entrada, inmóvil y con una expresión impasible. Aun con la distancia que les separaba tanto el cochero como el viejo Doner, que no se perdía detalle desde la ventana del dormitorio principal, sintieron la tensión en el aire. La muchacha mantuvo la mirada unos segundos más y después simplemente subió al vehículo. El coche partió de inmediato y no tardó mucho en perderse de vista.

Pero había un hombre, de pie en la calle, agarrando con fuerza el marco de su puerta, que siguió allí mucho tiempo después, incluso cuando la avenida comenzó a llenarse de gente con ganas de disfrutar de un día soleado como ese.

CAPÍTULO 6

La risa lo sacó de su ensimismamiento y se giró para descubrir la procedencia de ese sonido armónico y familiar. Antes de volverse ya sabía que era su hermana y resultaba un hermoso espectáculo el verla allí, corriendo en medio de árboles y plantas, unas veces detrás, otras delante de su querido perro Bastian, un mastodonte de casi un metro de alto y un desconcertante aspecto de golfillo. Era una mala bestia, como el propio Reskan podía afirmar por las pocas veces que había discutido con Helailla e invariablemente había terminado tendido en el suelo, con el enorme sabueso encima y una expresión exultante y por demás amenazadora en esa carota estúpida.

Durante unos minutos observó con detenimiento a la joven y se quedó anonadado, como si la viese por primera vez. ¡Demonios! ¿Cuánto tiempo hacía que no la miraba *de verdad*? Esa criatura era… no, esos calificativos no podían aplicársele a su hermana. ¡Pero si casi estaba teniendo pensamientos lujuriosos con ella! Se obligó a fijarse en cada detalle con ojo clínico y quien le hubiese visto habría creído que se trataba de un comerciante con vistas a comprar un buen pura sangre.

Sus… oh, sus pechos eran grandes, exuberantes, no esos botoncitos que recordaba. Su cintura estrecha, demasiado para mantener la cordura de un hombre. Sus pantorrillas y el principio de sus muslos descubiertos, visibles debido a que tenía levantadas las faldas para correr sin tropiezos, bien torneadas, hermosas, perfectas, al igual que las caderas, tan redondeadas y sugerentes, capaces por sí solas de quitarle a un varón el sentido. Su trasero… bueno, su trasero era superior, de esos que llamaban la atención cuando una mujer caminaba con esa elegancia característica de las féminas y que la distinguía de un hombre a kilómetros de distancia. ¡Joder, demasiado bonito para no tentar a quien seguro no le convenía!

¡Maldición! ¿Qué iba a hacer con ella? Porque estaba claro que la responsabilidad era de él. Su padre no habría advertido el cambio producido en la muchacha ni aunque el mismo Dios se lo señalara con el dedo y seguro que tampoco eso le preocuparía, se limitaría a decir: «¿Y qué si tengo una hija bonita, de qué otro modo podría ser siendo quién fue su madre? Encárgate tú de esto muchacho, que tus funciones te lo permiten». Aunque Reskan sabía que después comenzaría a mirar de reojo a Helailla y a espiarla por las habitaciones para cerciorarse de los cambios operados. Ni qué decir de su actitud si algún joven incauto osaba pestañearle a la niña. Sería como ver estallar la pólvora y pobre del chiquillo culpable de tal situación, sería afortunado si conseguía salir vivo de ese embrollo, «o al menos castrado», añadió para sí.

Aun así debería encargarse Reskan de espantar a los moscones que el dulce panel de miel de su hermana atraería con seguridad. Su padre estaba viejo y se sentía cansado. No era demasiado mayor, pero el dolor de las tragedias pasadas había mitigado su fortaleza, aunque sabía que en parte fingía esa debilidad para que su hijo aceptase la cada vez mayor carga de responsabilidades que delegaba en él.

En su opinión, alguna que otra alegría devolvería la luz a su vida, tal vez si le contase... Se obligó también a borrar ese pensamiento en particular, su cabeza necesitaba un descanso en ese tema.

Suspiró. Si por lo menos su más reciente problema tuviera la cara fea como un caballo... Bueno, siempre había pensado que era hermosa, por supuesto, todos los Cetriar lo eran y si se le

añadía a eso la belleza deslumbrante que había sido su madre... Su mandíbula se endureció al recordar a Nadina, y su mirada se volvió fría y llena de promesas de odio y venganza.

Volvió a escucharla reír y en sus ojos apareció de nuevo la calidez de la que estaban provistos momentos antes. Como era frecuente en las últimas semanas se sintió impotente. ¡No era justo que ningún hermano tuviese tamaño problema ante sí! Solo había que mirarla de reojo para quedar sobrecogido por esos cálidos ojos grises, esa nariz respingona y esa boca curva, llena, erótica.

¡Y encima ese pelo! Tantos bucles rubios hasta la cintura y el sol entremezclándose en ellos por pura envidia. ¿Y si la obligaba a cortárselo un poco, tal vez por encima de las orejas? Un hábito de monja y un par de puñetazos en zonas estratégicas, no muy fuerte claro, lo suficiente para tapar esos ojos hechiceros...

No, era imposible golpear a la pequeña, se aseguró desamparado.

La primera noticia que tuvo de que su hermana lo había visto fue cuando dejó de estar sentado en el tronco del árbol y pasó a estarlo en el suelo, para segundos más tarde verse aplastado contra él por la mole del chucho ese que tanto odiaba. Si pudiese retorcerle el pescuezo sin que su hermana lo supusiese, ya vería, ya.

—¡Quita de encima, perro sarnoso o te voy a dar tal patada en el culo que...!

—¡Res! —Lo reprendió la muchacha riendo—. En el fondo lo adoras y si no fuese por esa ridícula situación en que estás lo reconocerías.

—¿Reconocer que aprecio a esta enorme bola de pelo? ¡Jamás! —dijo en tono ofendido—.Y si le tuvieses algo de cariño a tu hermano mayor lo sacarías de esta... ¿Ridícula situación?

—Está bien, está bien, pero ¿sabes que con los años te estás volviendo muy gruñón?

—¿Ah, sí? —La miró amenazador mientras se levantaba y se sacudía la ropa.

—Por supuesto, a veces pareces un extraño, con tus responsabilidades y tu cabeza fría, con el que ya no me gusta nada compartir mis secretos. —Todo signo de ficción y también de vida desapareció del rostro del hombre.

—¿Es cierto, Lalla? —Su hermana fue consciente de la palidez inusual, al igual que de los músculos contraídos.

—¡Claro que no! Oh, Reskan, perdóname, no hablaba en serio. Tú siempre serás mi confidente, mi mejor amigo. ¡Créeme! —Su vehemencia lo conmovió. Había miedo y arrepentimiento en los jóvenes ojos, y Reskan pudo ver pequeñas lágrimas acumuladas en ellos. Sus puños estaban crispados alrededor de su camisa, como suplicándole.

—Claro que te creo, pequeña, pero por un momento temí que fuera verdad y me asusté, porque nunca querré a nadie como a ti. —Y ambos sabían que era cierto. Su amor era inquebrantable y ni el tiempo ni la distancia lograrían destruirlo. Permanecieron allí mucho tiempo abrazados, el sol enmarcando una escena prefecta, como si de dos enamorados se tratase.

—¡Bueno, ya era hora de que regresarais! ¿Dónde diablos estabais?

—Paseando, papá, una costumbre que deberías adoptar. Aunque entiendo que eres demasiado viejo para intentarlo.

—¡Ja! Niña irrespetuosa, ponte a tiro y verás la de azotes que te doy. —Helailla se acercó a su padre por detrás y riendo lo abrazó y le plantó un sonoro beso en la mejilla. Los tres sabían que era una amenaza vacía, jamás había pegado a ninguno de sus dos hijos y no iba a empezar entonces. Mientras acariciaba el pelo de su hija su mirada cayó en el perro de la muchacha y una lenta sonrisa se dibujó en su cara.

—Bien, bien, y mira quién os acompañó en el paseo, ni más ni menos que el caballero Bastian,

increíble personaje, sí señor. Creí que ese perro y tú no hacían buenas migas —dijo, mirando ahora a Reskan, al cual no le pasó desapercibido el tono socarrón de la conversación, al igual que a su hermana, que se reía sin disimulos.

—Y no las hacemos —contestó malhumorado, lo cual le valió una franca sonrisa del hombre mayor—. Salí a tomar el aire y no fue sino más tarde que tropecé con estos dos.

—Tropezar se parece bastante, pero yo utilizaría arrollar o desmontar, aunque fuese de un árbol. Incluso aplastar estaría bien.

—Cállate, niña.

—¿Así que otra vez lo usó de alfombra?

—Sí, papá y fue de lo más gracioso, de veras.

—No sé por qué, pero siempre me pierdo la diversión.

—Si hacéis un solo comentario más, pensaré seriamente en asesinar a mi familia, por no hablar de rapar a este chucho. —Una sonrisa maliciosa apareció en su cara y casi se relamió de placer.

—Ni se te ocurra —dijo Helailla dejando los brazos de su padre para proteger a su fiel amigo. Había una mirada de censura y recelo en esos ojillos traviesos—. Te juro que te arrepentirás.

—Ja, ja, estoy seguro de que sí, pequeña... —La muchacha se tranquilizó, pero Reskan aún quería hacerle pagar la burla de momentos antes—. Pero aun así lo pensaré. —Y ella borró la sonrisa que había comenzado a formar.

Reskan pasaba por delante del dormitorio de su hermana cuando escuchó sus gritos. En unos segundos estaba a la cabecera de su cama.

—¿Qué ocurre, Lalla?

—Nada, solo fue una pesadilla. —Su rostro estaba envuelto en sombras, pues la habitación estaba a oscuras, pero escuchó dolor y sufrimiento en las palabras. Se sentó en el borde de la cama, a su lado y estiró los brazos hacia ella. La muchacha lo vio, ya que la iluminación del pasillo arrojaba cierta luz al interior. Reskan se estremeció pues el abrazo desesperado acentuó su preocupación. No la soltó, pero sus músculos se endurecieron y también su voz cuando habló.

—¿Vas a contármelo? —Se separó un poco de él y lo miró tratando de distinguir sus rasgos. Recordó la conversación que habían tenido en el bosque, cuando ambos se sintieron parte del otro y supo que debía hacerlo, a pesar del dolor que también a él le infringiría.

—Soñé con mamá. —Hizo una pausa para descubrir su reacción. Sus ojos se volvieron fríos y su expresión más amenazadora, pero Helailla sabía que tan solo era el recuerdo lo que le atormentaba. Lo que iba a decir podría impulsarle a cumplir la promesa de venganza hecha años atrás. Y fue eso lo que la hizo dudar.

Reskan se esforzó en tragar la flema de odio y dolor que le subió a la boca. Cada vez era más difícil posponer lo inevitable. Llevaba años rogando a su padre que le permitiese obrar en consecuencia al daño recibido pero, en cada ocasión, Eidrian se negaba en redondo a considerar el devolver la ofensa y el no saber sus razones lo enfurecía más. Pero aún era consciente de los temblores que envolvían a la joven y toda su expresión cambió.

—Cuéntamelo, pequeña. Sabes que no estoy enfadado contigo, tal vez un poco celoso, porque pudiste verla en tu mente y yo hace tiempo que olvidé sus facciones. Ayúdame a recordar —le pidió con suavidad, casi implorante, pues la necesidad era de ambos.

—Sí —dijo con algo más de firmeza. Respiró hondo antes de seguir—. Primero vi el salón, no sé a qué casa pertenecía ni quiénes eran los que estaban en ella. Había un baile y todos reían, la música era extraña pero magnífica. A pesar de escucharla con claridad todo estaba en silencio.

¿Cómo puede ser?

—Todo es posible en sueños, cariño. —Fue solo un susurro, pues se dio cuenta de que la joven hablaba para sí misma, como en un trance y no quiso que la magia de aquel momento se esfumase. El sueño era hermoso, no podía ser de otro modo tratándose de su madre. Todo lo hacía con elegancia, incluso en la irrealidad. Escuchó con atención, había tantas lagunas en su memoria... Ambos eran muy jóvenes cuando murió y Eidrian jamás se repuso lo suficiente de su pérdida como para compartir sus propios recuerdos.

—La luz era muy tenue y sentí que me adentraba un poco más en el salón. Fue entonces cuando alguien notó mi presencia. Como si la hubiesen llamado, una mujer se dio la vuelta. Era mamá, tan hermosa y elegante como siempre y su cara expresaba una clara sorpresa. Era obvio que no esperaba verme allí. De inmediato vino hacia mí y su sonrisa borró a toda aquella gente, de repente estábamos solo ella y yo en aquel enorme salón. ¡Oh, Reskan, me besó! ¿Puedes creerlo? Y sentí aquel gesto en toda su magnitud, fue tan real como tus brazos alrededor de mí ahora. Me dijo cuánto nos echaba de menos. Su voz era suave y dulce, tal como la recordaba. Pasó largo rato hablando de papá. Me contó historias divertidas y me hizo llorar. Me enseñó a perdonar, ¿sabes? Me miró de frente y me dijo que ya era una mujer, que mi cuerpo y mi mente me proclamaban como tal, que tuvieseis cuidado o huiría con algún apuesto joven que dilapidaría mi dinero y ensancharía mi vientre. —Los dos se echaron a reír, una risa suave y serena. Las lágrimas de sus ojos desmentían aquella hilaridad, pero lo hicieron igual—. También me contó que el destino a veces no es el que deseamos, que la justicia llega cuando menos se espera, que en el amor todo vale y que juguemos a encontrarlo. —Se calló un momento, durante unos segundos bajó los ojos a sus manos y los mantuvo allí, después lo miró con intensidad y Reskan supo que su adorada madre lo había recordado en el sueño de su hermana. Pareció que ella tomaba una decisión y continuó su relato—. Me dijo que la venganza te carcome, Res, que la llevas en tu alma y que algún día la vida pondrá las cosas en su lugar. Y me advirtió, que si has de vengarte, te asegures de que vas contra quien la ha de recibir. Que has tenido mucho tiempo para pensar en ello y comprender que no deben sufrir los inocentes, o su muerte no habría tenido sentido y nunca debería ser redimida. Me preguntó sin palabras y respondí que sí. Lo había entendido. Después abrí los ojos y estábamos aquí. Sentí cómo su mano me acariciaba el pelo y sentada a mi lado me dijo: «Volveré niña, cuando alguno de los tres necesite de mi ayuda, allí donde los sueños se hacen realidad y la realidad no es más que un sueño... Desde allí os velaré». Y entonces, sin dejar de mirarme, empezó a alejarse, sin moverse. Le supliqué, oh, Reskan, te juro que le pedí que se quedara, lloré y cerré los ojos con fuerza, reteniéndola con el pensamiento, tratando de que no sucediera, pero aun así, cuando volví a abrirlos solo escuché una risa de júbilo y unas palabras distantes. «Estoy a tan solo un suspiro de distancia… Oh, Lalla, qué contenta estoy de haberte visto... Mereció la pena tantas esperanzas puestas en vosotros...». —Helailla lloraba desconsolada y Reskan la abrazó con una fiereza capaz de consolarles a ambos. Siempre había sido así y no cambiaría bajo la mano de ningún hombre.

Eidrian también lloraba, pero solo. Al oír los primeros gritos corrió hacia el dormitorio de la joven y al llegar escuchó la conversación entre sus dos hijos. Las lágrimas corrían por sus mejillas y rezaba para que su amada también visitase su cuarto. Recordó lo que Nadina había dicho en el sueño y se preguntó si Reskan lo habría entendido o lo habría tomado como las simples palabras de una mujer o peor aún, como la dramática fantasía de una jovencita con mucha imaginación. Esperaba que fuese la primero opción, pues esa era la razón por la que él no había arrasado el reino donde su esposa fue muerta. Solo un hombre y su lacayo debían pagar y

él se encargaría de que pronto lo hiciesen.

Hasta el momento los hombres que había mandado tras el asesino no habían tenido suerte pues el muy cabrón se hacía acompañar por un regimiento de soldados, una barrera humana por completo impenetrable allá donde iba, pero alguna vez la muralla se resquebrajaría y alguien a sus órdenes pasaría por ella para hacer justicia. Solo había una orden: traerlo a sus pies, no importaban los medios mientras estuviese vivo. Únicamente él lo mataría.

Por supuesto Reskan no sabía nada de eso, y el padre temía que al final se impacientase y se precipitase a una muerte segura. Esperaba mucho de su hijo y no era que muriese a manos del hombre que ya había matado a la madre.

Por primera vez en años dejó que los dolorosos recuerdos atravesaran su mente, clavándose como cuchillos en su viejo corazón, aniquilado junto a su amada esposa, a tantos kilómetros de distancia.

Con los ojos cerrados con fuerza rememoró el estúpido error de juventud que causó aquella tragedia que había asolado a su hasta entonces feliz familia y que unos pocos y en cierto modo insatisfactorios escarceos amorosos habían destruido para siempre.

No tenía excusa ni justificación alguna y mucho menos a tenor de las consecuencias que se produjeron después. En aquel momento, la monotonía que se imponía al convivir día tras día con la misma persona, las enormes responsabilidades de la corona, el peso que implicaba una familia... Todo ello lo llevaron a dejarse llevar por la franca y dulce mirada de una muchachita de diecisiete años a la que convirtió en su amante e instaló en una casa cerca de la mansión familiar de la ciudad, motivo por el que las visitas a esta eran más frecuentes, aduciendo a negocios cada vez más prolongados.

Pero Nadina lo conocía bien y no se dejó engañar. Herida de muerte por un dolor cegador que le impidió pensar en nada más que en vengarse, su esposa huyó mientras uno de esos “negocios” tenía lugar entre las sábanas de seda de la casa alquilada, llevándose lo que más le dolería al rey, su heredero. En esos momentos, su hija estaba de viaje, visitando a unos primos y tuvo que partir sin ella ya que si no aprovechaba ese momento su marido la daría caza enseguida. Cargó un carruaje con lo preciso y con todo lo de valor que pudo encontrar y se llevó a su fiel criada y a dos lacayos, mísera defensa si decidían atacarlos, pero ningún guardia estaría de acuerdo con su plan si lo exponía. Así que aduciendo que se marchaba a la ciudad para reunirse con su marido, tomó la dirección contraria en cuanto desapareció de su vista. Se negó en redondo a llevar protección, lo cual despertó de forma automática las sospechas de la guardia real, no obstante tuvieron que aceptar su orden de no seguirla. Cuando uno de los escoltas fue a la residencia de la familia en la ciudad para constatar que la reina se había reunido sin problemas con su esposo y descubrió que ninguno estaba allí, todas las señales de alarma se encendieron en las cabezas de los soldados, que no pudieron hacer nada salvo esperar el regreso de su rey. Para el momento en que este llegó a casa y se enteró de la huida de sus seres más queridos, explicada con detalle en una larga carta de su mujer, ya hacía días que se habían marchado.

Los buscó sin descanso, pero no pudo encontrarlos y solo él sabía que estaba pagando por haber sido un cabrón.

Se secó las lágrimas, de vuelta al presente. Reskan estaba en casa, su pequeña cada vez se parecía más a su mamá y esta les había dado algo para recordar. Se prometió que intentaría olvidar el dolor, al menos lo suficiente para contarles todos los años felices que aquella mujer le había dado y los que le estaba proporcionando por medio de sus hijos. Con esa promesa cerró los ojos. Cuando se durmió solo un ser inexistente pudo ver esa sonrisa que tanto amó una vez. Tampoco nadie vio a esa mujer irreal meterse en el sueño de Eidrian.

Reskan sabía que tardaría bastante en dormirse. Últimamente parecía su sino. Había sido una buena idea venir a casa, al menos hasta que llegó. Aquí sus problemas lo habían seguido. Por ejemplo en la conversación con su padre después de la cena, cuando Helailla se retiró a su habitación.

El diálogo empezó de manera inocente. Eidrian se interesó por sus actividades y los numerosos compromisos que debía atender. La charla fluyó con facilidad, eran muchas las anécdotas y cotilleos que podía relatarle. Al rey le gustaba estar enterado de tales minucias y ambos disfrutaban con la opinión que les merecía. Los dos estaban relajados, sentados en sendos sillones con una copa en la mano y el silencio de la noche envolviéndolos. Reskan se encontraba bien, sentía una paz y una tranquilidad de la que no había disfrutado desde hacía tiempo y por eso se encontraba con la guardia baja cuando su padre decidió atacar.

—¿Cuándo piensas casarte, hijo? —Todos sus sentidos se pusieron alerta y supo que como siempre, con aquella pregunta, tendría lugar una discusión. Tenía claro que esa sería como las demás, su padre terminaría marchándose acalorado de la habitación y él sonriendo porque había ganado de nuevo.

—No en los próximos días —contestó como era su costumbre. Procuró permanecer serio. Difícil tarea teniendo en cuenta lo que se avecinaba. «Oh, padre, ¿Por qué no abandonas? Voy a capear esta tormenta como tantas otras»—. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Por qué siempre me dices la misma sandez? Hablo en serio.

—Siempre lo haces, padre. —Guardó silencio adrede.

—¿Y bien? —preguntó exasperado.

—Y bien nada. Sabes lo que pienso del matrimonio y, te guste o no, lo retrasaré tanto como me sea posible. ¿Te satisface esto? —Sabía la respuesta, pero era revitalizante provocarlo.

—¿Que si me gusta? Maldito cabezota. ¡Pues no, no me gusta nada! —Eidrian golpeó el sofá con el puño, su cara estaba congestionada de rabia, su posición en el sofá sugería que solo un esfuerzo sobrehumano le impedía levantarse y golpearlo y eso hizo que Reskan ladease la cabeza a fin de que no viese la sonrisa que había escapado de sus labios—. ¿Te estás riendo de mí? —Su tono de voz en esos momentos era mortal y si no tenía cuidado en efecto se levantaría y lo molería a golpes.

—Claro que no, solo encuentro divertido que cada vez que vengo a casa tengamos la misma tonta discusión, eso es todo.

—¿Así que tonta? ¿Eso es todo? —Su padre inspiró hondo un par de veces—. Te machacaré los huesos si tengo el mínimo indicio de que te burlas de mí.

—Lo sé y nunca se me ocurriría, aunque, a decir verdad, no sé si todavía estarás en condiciones físicas de hacer semejante hazaña. —Eidrian se giró con brusquedad para enfrentarse a su hijo.

—¿Cómo? —preguntó en tono meloso. Reskan no pudo contenerse esa vez y estalló en carcajadas. De inmediato el hombre mayor se levantó y avanzó hasta él. Res dejó de reír y estiró los brazos en actitud defensiva.

—Oh no, no voy a pelear contigo. Después de todo en alguna parte debe haber una ley que prohíba pegar a alguien de la tercera edad... —El monarca levantó el puño, listo para romper algún que otro hueso sin la más mínima pizca de compasión—. ¡No en el salón y pasada la medianoche! ¡Piensa en Helailla y en el pésimo humor que tendrá cuando vea los desperfectos que ocasionaremos en el mobiliario! —Bajó el brazo.

—¿Mañana? ¿En el campo oeste? —Su tono era esperanzado.

—Solo era una broma y lo sabes. Aún eres capaz de tumbar a un oso, pero si lo deseas sí,

mañana al alba estaría bien. —Con eso la ira del otro se apaciguó. En unas horas se desquitaría de la manera en que lo prefería, pero entonces lo haría utilizando otra táctica que molestaría más al muchacho, por ello más placentera para él. Volvió a sentarse y cerró los ojos. Reskan pensó que la tormenta había amainado y se repanchingó en su sillón.

—¿Y qué hay de lady Haliana Quiveska? —El hijo dio un respingo y miró al padre con sorpresa. Seguía con los ojos cerrados.

—¿Qué sabes? —preguntó a bocajarro, siguiendo la misma técnica del otro.

—Que has tenido algunos... *encontronazos* con ella. —Enfatizó la odiosa palabra—. Y que pareces muy interesado en conquistarla.

—¿Me espías? —preguntó en un tono mortalmente sereno, lo cual era una clara indicación de su furia contenida.

—Procuro enterarme de todo lo que afecta a mi familia.

—¿Lo haces? —preguntó de nuevo.

—No hijo, no te espío, pero sabes que hay veces en que no puedo esperar a que regreses para enterarme de lo que sucede fuera de aquí. Es tan simple como que tengo un hombre de confianza que se encarga de informarme. Aunque es más divertido cuando eres tú quien lo hace. —Reskan se relajó.

—¿Qué te ha contado de ella?

—La verdad es que poco, demasiado poco diría yo para quedarme tranquilo. Estaba en el baile la noche que la conociste y presenció lo que él calificó de... "inmediata atracción entre ambos". —El rey sonrió y recordó que eso había llamado de inmediato su atención. Hacía tiempo que el joven no se interesaba de forma tan clara por una mujer y eso era buena señal. De hecho, muy buena. Si no fuese por lo demás... —. Dijo que la muchacha era más de lo que un hombre podía soportar sin perder la chaveta. Hermosa hasta lo indecible y un cuerpo espigado y suave, vestida a la última y con una fortuna en joyas. —Guardó silencio para obtener la conformidad del chico.

—Hasta ahí es correcto. —Ofreció de mala gana.

—Lo suponía. —Esa vez no se atrevió a sonreír. De todas formas ya parecía bastante mortificado por el giro que había tomado la conversación y por primera vez en mucho tiempo Eidrian sentía que podía ganarla. Si era así, él mismo buscaría a la jovencita en cuestión para darle las gracias—. Bien, todo parecía marchar a la perfección hasta que se enteró de tu apellido y parece ser que te odió desde ese instante. A partir de ahí mi hombre comenzó a investigarla para averiguar si en el pasado pudiste haberla ofendido de alguna manera.

—No le he hecho nada —contestó enfurruñado.

—Eso es lo que no me gusta. Llegó hace cuatro años y antes de eso es como si no hubiese existido. ¿Cómo es posible? ¿De dónde viene, quién es su familia? No puedo entenderlo hijo, de verdad que no puedo. Viene de Dios sabe qué lugar, acompañada de media docena de criados y con una misteriosa fortuna como único respaldo. —Bebió un largo trago de su copa y lo miró a los ojos—. ¿Qué pasó en la cena de Blyton? —Reskan pensó por un momento no contárselo, era algo muy personal, pero su padre era uno de sus mejores amigos y nadie lo comprendería tanto como él, ni guardaría mejor el secreto.

—No pudo soportar estar cerca de mí. —Su tono había sido seco, pero él pudo sentir el dolor en la voz del joven y se preguntó qué sentiría en realidad por esa extraña mujer. Se prometió que lo averiguaría y que conocería a esa tal Haliana. Después prestó atención pues Reskan comenzó a contarle la historia completa, "olvidando" algunos puntos ultrajantes que prefirió quedarse para sí mismo.

—¿¡Qué!? —Había dudado en contarle el intento de asesinato, pero al fin decidió que debería

hacerlo para que se hiciese una idea exacta del problema.

—Perdí un poco de mi preciada sangre azul, pero no fue nada. —Se preguntó por qué mentía si la herida había sido de relativa importancia. «Bruja, deja de perseguirme».

—De todos modos los dos sabemos cómo se llama a eso. —Calló un rato, Reskan supuso que evaluando la situación—. ¿Qué vamos a hacer? —El hijo sonrió. No le sorprendía el uso del pronombre, supo que desde el momento en que le contó lo ocurrido el problema había pasado de ser solo suyo a ser de ambos y eso parecía restarle peso a la carga que hasta entonces había llevado él solo.

—De momento nada. —Su padre lo miró con suspicacia—. No me provocó un daño importante y estoy seguro de que no intentaba matarme. —Ya eran dos las veces que la protegía. Eidrian pareció no notarlo.

—Estás enamorado de ella. —Afirmó.

—¡No, por Dios! —contestó horrorizado.

—Sí, lo estás. Y quiero que en cuanto se aclare este asunto os caséis.

—¿Estás loco? Sí, debes estarlo. No lo haría ni aunque fuese la única mujer en el mundo. ¡Joder, si ni siquiera me gusta!

—¿Ah, no? Creí entender lo contrario. Bueno, tal vez esté chocheando...

—No me casaré con ella.

—Bien, entonces se la presentaré a Briadan, estoy seguro de que ellos dos...

—No se casará con Briadan.

—Bien Reskan, de verdad no te entiendo. Es una hembra hermosa y si no la quieres para ti lo mejor que puedes hacer es dársela a tu mejor amigo. No seas egoísta, hijo.

—Si no te callas... —Amenazó.

—Bueno, entonces solo me queda una solución. Habrá que juzgarla. Sí, al fin y al cabo intentó matarte y nadie osa levantar la mano contra un Cetriar. Nadie que esté vivo. —La cara de Reskan estaba congestionada por la ira, mantenía la mandíbula tensa y los puños apretados a los costados de su cuerpo. Sus ojos daban miedo.

—Nadie va a juzgarla ni va a morir por una tontería como esa. La protegeré con mi propia vida, incluso contra ti, padre. —Este suspiró. Parecía abatido, pero cuando levantó la cabeza había una sonrisa en su boca y en sus ojos.

—Pero no estás enamorado de ella, ¿verdad? —Reskan comprendió la trampa. Hasta un niño habría visto cómo la tendían, pero como un verdadero imbécil se había dejado dominar por la imagen de su suave Haliana primero en brazos de Briadan y luego colgando de una soga en la plaza para disfrute del pueblo y se dejó dominar por el miedo. «Pero no la amo», se aseguró a sí mismo, «no la amo en absoluto».

Esa vez fue Reskan quien salió de la habitación dando un portazo que hizo temblar los muros del castillo.

A la mañana siguiente estaba de muy mal humor. Inmediatamente después de desayunar salió a cabalgar. Necesitaba pensar. Y a solas. Si veía la sonrisa socarrona de su padre lo mataría.

Helailla lo vio a lo lejos y supo que no debía acercarse. Por algún motivo estaba segura de que su hermano había venido huyendo de algo. Por supuesto no de algún enemigo, no era un cobarde. Pero ese pensamiento solo acentuó su preocupación.

A él le encantaba enfrentarse a las dificultades. Disfrutaba desafiando al peligro. Conocía el motivo, por supuesto, aunque pocas personas lo sabían, porque desde el día en que regresó de aquella pesadilla se había convertido en un hombre muy celoso de su intimidad. Todo era demasiado personal para compartirlo, tan solo ella y Eidrian contaban con su absoluta confianza.

Suspiró con resignación, sabiendo de la lucha interior que se desarrollaba en su interior desde hacía años. Ella misma la sentía, también estaba llena de deseos de venganza hasta que supo de los hombres que su padre había mandado, pero era algo que Reskan debía ignorar hasta que fuese un hecho consumado.

Todo eso le hizo recordar su sueño de la noche pasada. Había sido tan real, tan auténtico y mágico, que se había dormido con la esperanza de que regresase de nuevo. No había ocurrido así, por supuesto, pero lo convertía en un regalo aún más precioso a sus ojos. Y había sido suyo, aunque le encantó compartirlo con su hermano y habría querido hacerlo con su padre si no hubiese sabido que sería demasiado doloroso para él.

Helailla refrenó sus pensamientos pues vio que Reskan había dado por terminado su paseo y se dirigía hacia ella.

—Un día de perros, ¿no crees?

—No sé qué decirte, Res, hay cierta paz cuando el sol desaparece y el cielo se vuelve oscuro.

—Mentecata romántica, lo que estás pensando es en una cita entre amantes en alguna solitaria cueva a causa de las inclemencias del tiempo. —Bufó.

—Sí, eso también. —Su sonrisa era contagiosa y el hombre tuvo que apretar un tanto los labios para no seguirla.

—Todas las mujeres sois iguales —dijo en un falso tono ofendido. Detrás de ellos escucharon los inconfundibles pasos de su padre, rápidos y firmes, y Reskan desmontó del caballo por si tenía que darle un par de mamporros, después de todo. Al llegar junto ellos, Eidrian miró con fijeza a su hijo durante unos segundos. Luego desvió la cabeza y miró al horizonte.

—Celebro ver a mis dos hijos juntos, sobre todo después de que ninguno bajase a desayunar. —Lanzó una profunda mirada de reproche que no surtió efecto, pues eran muchas las veces que por una razón y otra no se encontraban hasta bien avanzada la mañana.

—Oh, papá, ¿nos esperaste? —preguntó la fresca con falsa inocencia y preocupación.

—Si no fueses una muchacha pequeña y débil te pondría como un tomate ese trasero tuyo que tienes... —Calló para observarlo durante unos segundos, dejando la amenaza suspendida en el aire, pero, en cuanto sus ojos se clavaron en la zona en cuestión, se entrecerraron y lo miraron con mucha más atención. Después levantó la vista y se giró hacia Reskan—. ¿Tú te has dado cuenta de que *eso* es todo un *culo*? —Enfatizó la última palabra, con lo que hizo enrojecer hasta la raíz del cabello de la muchacha—. ¿Pero es que estás ciego? No, sino eres más que un inútil. Habrase visto, te pasas el día entero mirando el de todas las mujeres y te despistas con el de tu hermana. ¡Pero qué vamos a hacer ahora! —Cerró la boca porque no se le ocurría nada más que decir para demostrar su indignación por el hecho de que la pequeña tonta estaba permitiendo que su cuerpo evolucionase. ¡Y de qué manera, joder!—. Lalla, ¿alguna otra parte de tu cuerpo es... esto, tan evidente como esa? —Señaló su trasero, avergonzado de tratar un tema como ese con su niña.

—Pero, padre —contestó Res en su lugar—, ¿acaso no te has fijado en que aproximadamente a este nivel... —Señaló su propio pecho—hay un par de cosas que llaman poderosamente la atención? —dijo con risa mal contenida. Había algo extraño en la forma de actuar de Eidrian ese día. Para empezar nunca se hubiese dado cuenta del cambio producido en su hija y parecía ágil de nuevo, sin la pesadez que había tenido en los últimos tiempos. Su cara estaba roja como la grana, signo de la rabia que lo consumía, aunque también de salud. Y sus palabras, bueno, hacía muchos meses, a decir verdad, desde que dejó de estar bien, que no lo insultaba de esa manera. Era muy raro y se prometió descubrir qué había producido el cambio. También se dijo que debería agradecerle a su hermana ese sorprendente desarrollo corporal que tanto estaba afectando

al viejo, al fin y al cabo, si este terminaba de entender la situación, Reskan estaba seguro de que si no se había recuperado del todo, lo haría en los próximos días mientras la vigilaba con ojos de halcón y espantaba a los moscones que sin duda alguna se pegarían a algo más que los talones de la muchacha si podían. Morirían antes de conseguirlo, ya se encargaría él de eso, pero se prometió darle los suficientes quebraderos de cabeza como para que volviese a ser el mismo de siempre.

Eidrian pareció desechar el tema por poco importante aunque al joven no le pasaron desapercibidas las mal disimuladas miradas de reojo que le echaba a su ruborizada e incómoda hermana.

El hombre mayor miró hacia el cielo y con voz calma y en apariencia natural comentó: —¿Sabéis que a vuestra madre le encantaban estos días? —Los dos hermanos se miraron sorprendidos. Reskan arqueó una ceja de manera inquisitiva. —Decía que cualquiera podía ver la belleza de un día soleado, pero que solo unos pocos sabían apreciarla en uno gris, con el viento azotando sus ropas y la lluvia cayendo sobre sus caras. —Pareció más que lo leyese en un libro en lugar de recordarlo, y los muchachos estuvieron casi seguros de que había intentado memorizar todas y cada una de las palabras dichas por su esposa. Se quedó pensativo un momento—. Era algo así como: «Un día de viento y tormenta tiene la capacidad de apaciguar tu corazón o de marchar al ritmo atronador de este». —La voz de Helailla fue casi un susurro al preguntar.

—¿Y a ti papá, cuál de las dos emociones te produce? —Él la miró a los ojos y parecían limpios y más jóvenes que de costumbre.

—¿Hoy? Tranquilizador, por supuesto, y renovador también. —Entonces los observó a los dos —. Espero que algunas cosas cambien a partir de hoy. —El silencio los embargó y también una cierta sensación sin definir. Dirigieron su atención al cielo, los tres con el mismo pensamiento en mente y fue entonces cuando entre las amenazadores nubes surgió un inesperado rayo de luz, pálido y débil, pero suficiente para alimentar sus esperanzas. Cada uno de ellos sintió por primera vez que quizá podrían vencer a sus fantasmas interiores y con ello solucionar sus mayores problemas. Los tres pidieron que así fuera.

Por su parte Reskan estaba resuelto a volver, no sabía lo que encontraría al llegar, pero lo temía más que a la muerte.

De todas formas estaba decidido, no solía echarse atrás cuando tomaba una decisión y no iba a hacerlo por una insignificante mujer, por muy adorable que fuese su cuerpo, muy angelical su cara, muy seductora su voz... ¡Maldición! Que se fuese al infierno, ojalá no volviese a verla nunca, ni a hablarle, ni a tocarla...

CAPÍTULO 7

Haliana estaba asustada, sabía que el hecho de tener miedo no la convertía en una cobarde, pero aun así no le gustaba. Era una sensación que había tenido durante demasiado tiempo y nunca se acostumbraba a ella. Odiaba estar angustiada.

Había pasado la noche pensando en lo que debía hacer y ahora, con la luz de la mañana, seguía dándole vueltas y sin tener una solución.

Por un segundo detestó estar sola y tener que enfrentarse a eso sin ayuda, pero desechó la idea casi antes de que hubiese cristalizado.

Recogió la carta que había dejado caer al suelo momentos antes y la miró sin verla. Pertenecía a Kaileen, antigua criada del castillo de su padre y ahora amiga y dama de compañía. Volvió a leerla.

«Querida Kaileen:

De nuevo le doy las gracias a Su *Alteza* por su bondad al enseñarnos a leer y a escribir pues ahora tenemos la oportunidad de avisaros del peligro que corréis.

Supimos, ya hace dos años y por mediación del barón Domenie Arnau Astin de Adler, dónde os encontráis. Al principio recelamos de él, pero cuando nos entregó vuestra misiva comprendimos con alivio que os hallabais bien y a salvo.

Ruego a la princesa que nos perdone por el enorme aunque necesario riesgo al que la someteremos con esta carta, esperamos que entienda las horas de vigilia provocadas por la indecisión entre la prudencia y el deber. Si hemos roto nuestro juramento de silencio ha sido porque las cosas aquí se están volviendo insostenibles.

Cuando os marchasteis Su Majestad pasó meses enviando soldados a buscaros, algunos sabíamos que para mataros, pero otros creyeron que el rey se había ablandado y lo hacía por preocupación. No os encontró, gracias a Dios, y después de tanto tiempo de infructuosa búsqueda se puso furioso porque si su hija había sobrevivido sería una amenaza a su reinado y a su propia existencia.

Se volvió más cruel si es posible y sumado a eso la incongruente muerte de la reina Saggana, se ganó el descontento del pueblo.

Ahora el Consejo ha mandado hombres hacia todas las rutas para averiguar si Su Alteza sigue con vida y si es así, traerla y decidir si es capaz de gobernar en lugar del padre. A su vez, Su Majestad ha enviado a sus propios hombres para conseguir que la joven no llegue a destino.

Tanto si unos u otros la encuentran corre un gran peligro.

Por favor, hija, comunica todo esto a la princesa y dale la fuerza que en algún momento pueda necesitar para continuar. Hagáis lo que hagáis, manteneos con vida.

Rezaremos para que así sea.

Con amor, tus padres».

Haliana dobló la carta con cuidado y la metió de nuevo en el sobre. Después se dirigió al estudio y tras abrir la caja fuerte escondida entre las estanterías repletas de libros, la guardó

dentro y cerró.

Se sentó en la cómoda silla de cuero detrás de la enorme mesa de madera y cerró los ojos con fuerza.

No quería irse de allí. Le gustaba ese país, se sentía libre y segura, era parte de algo. Estaba lejos de intrigas y de odios inmerecidos. Además tenía las mismas oportunidades aquí que en cualquier otro lugar. Si se marchase tendría que empezar de nuevo. Pensó en sus amigos, podía pedirles ayuda si tenía problemas, pero ¿qué haría en un lugar extraño?

Apenas oyó los suaves golpes en la puerta, tan ensimismada estaba en sus pensamientos. Abrió los ojos lentamente y miró hacia la entrada.

—Adelante. —La joven pequeña y rubia se acercó a la mesa y observó a su señora.

—Halia, ¿estás bien? —Había preocupación en su voz, pero también comprensión y consuelo. Suspiró en silencio, con la llegada de la carta había recordado su posición y con ella su verdadero nombre. Hacía tantos años que utilizaba el de Haliana que creía que en verdad se llamaba así y lo mismo ocurría con los hombres y mujeres que habían recorrido con ella medio mundo hasta crear un hogar allí. Ninguno de ellos, desde que pudieron pensar con claridad en el salón privado de una posada muchos días y kilómetros después de haber huido, volvió a utilizar el nombre o el tratamiento de princesa. Todos sabían que hacerlo significaría morir. Le indicó con un gesto una de las sillas y sirvió dos pequeñas cantidades de whisky. Ella lo necesitaba y su amiga lo haría pronto. Lo bebió de un solo trago y obligándose a no toser aguantó con los ojos llenos de lágrimas a que las entrañas dejasen de arderle. Cuando lo consiguió se secó los ojos y volvió a mirar a la chica. Sabia a lo que venía, a decir verdad la esperaba hacía rato.

—¿Todos están abajo, esperando la decisión? —No se molestó en contestar a su anterior pregunta y tampoco en explicar esa última. La muchacha asintió—. ¿Qué crees que deberíamos hacer, Kaileen?

—En mi opinión este es un lugar tan bueno como cualquier otro, hemos hecho grandes cosas aquí. Creamos un hogar para todos nosotros, inventamos una historia convincente, conocimos gente que nos agrada y a la que agradamos, con independencia de lo que seamos. Hemos hecho de este nuestro rincón. A nadie le apetece empezar de nuevo la misma ardua tarea, sobre todo a ti, que adoras este lugar. Si han de encontrarnos lo harán allá donde estemos. Si nos quedamos podemos defendernos, prepararnos aquí. En otro sitio nos hallarán indefensos. Pero tú ya has pensado en todo esto.

—Sí. —El silencio las embargó y se limitaron a permanecer así, pensando en todas las probabilidades y rechazándolas una a una. Kaileen se acercó a la mesa, cogió su vaso y al igual que había hecho ella se lo tomó de golpe. Después de unos instantes en los que no pudo respirar y se atragantó debido a lo fuerte de la bebida, se sentó.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Nos quedamos.

Trea sabía que habían ganado esa batalla. Sonrió para sí, consciente de que ella sola no habría tenido nada que hacer frente a la férrea voluntad de la muchacha. ¿Férrea voluntad? Terquedad sería más exacto. Cabezona, obstinada... y obtusa, todos excelentes calificativos para Haliana. Pero la oportuna aparición de Domenie había salvado la situación.

Él, con su encanto y atractivo, sus modales suaves y palabras enérgicas había convencido a la muchacha de que se la veía cansada y agitada. A decir verdad, si la duquesa no la conociese tan bien pensaría que estaba huyendo de algo, dada las muchas veces durante el paseo que se daba la vuelta y escudriñaba la multitud de personas que habían salido a disfrutar del soleado día.

Era por su actitud que había utilizado todos los ardides posibles para que aceptase ir a su casa de campo y relajarse durante unos días. Lo imaginó con toda claridad: mañanas cabalgando en pura sangres a velocidades vertiginosas, comidas en el jardín, visitas en el saloncito dorado, llamado así porque toda la estancia se teñía de ese color cuando entraba el sol por los altos ventanales que cubrían toda la amplia pared —y ella estaba segura de que esas visitas se sucederían una detrás de otra cuando se supiese que la bella y rica lady Haliana estaba en su propiedad—, y soberbias fiestas por la noche. Llenas, por supuesto, de los petimetres enamorados que habrían pasado la tarde bebiendo su té y comiéndose a su amiga con los ojos.

Se recostó en la silla mientras los dos jóvenes continuaban su charla, observándolos con cierto aire ausente, perdida en los días posteriores a la llegada de la muchacha al país.

Recordó la de habladurías que surgieron entonces, reconociendo que los chismes habían tenido bastante fundamento en su caso. Una muchacha de diecisiete primaveras, sola a excepción de cuatro mujeres más o menos de su misma edad y tres hombres no mucho mayores, ninguno de su familia, no eran una carta de presentación muy recomendable. Tampoco ayudó que comprara de inmediato la más cara y magnífica mansión de los alrededores, rodeada de todos aquellos bosques e incluso con un río que los cruzaba y sin hacer caso de las convenciones que la obligaban a presentarse en sociedad en cuanto llegó, se encerrara en su propiedad durante un mes.

Se sabía que era una de las muchachas más ricas del país, pero nada se conocía de la procedencia de esa fortuna y poco de la de ella misma. Según la joven sus padres habían muerto y no tenía más parientes, tampoco tutor, puesto que sus padres confiaban en ella y sabían que haría buen uso del dinero. Le aconsejaron que de darse el caso en que tuviese que valerse por sí misma, empezase en cualquier otra parte del mundo, donde creyese que sería feliz, lejos de recuerdos dolorosos y donde le fuese más fácil defenderse de los cazafortunas que la rondaban incluso cuando ellos vivían, y así lo hizo. Al parecer recorrió varios lugares hasta llegar allí y le gustó tanto la casa que decidió quedarse.

En opinión de Trea la historia tenía muchas lagunas, pero pareció que la buena sociedad la aceptó sin más, encandilada por el aura de misterio que rodeaba a la joven beldad y convirtiéndola de la noche a la mañana en la nueva sensación de la ciudad.

Trea se retiró al interior de la casa para ofrecerle cierta intimidad a la pareja, aún dándole vueltas al asunto, sin llegar a imaginar que necesitó todo ese mes de reclusión para inventar la historia de su llegada, pero sobre todo para creer, de una vez por todas, que de verdad habían conseguido escapar y que eran libres.

Domenie miró a la mujer que yacía junto a él en la hierba y sonrió perezoso.

La joven tenía las mejillas sonrosadas a causa del aire purificante y el sol, los ojos cerrados aunque no dormía —muestra de ello eran los movimientos casi imperceptibles de sus larguísimas pestañas—, los labios entreabiertos, invitadores y la respiración tranquila.

Pensó cuánto deseaba a aquella mujer, pero sobre todo cuánto la amaba. Sus ojos se tiñeron de añoranza sin saber por qué, hasta entonces nunca había compartido intimidad alguna con ella, sin embargo anhelaba hacerlo. Hubo un tiempo en que pensó en cortejarla, pero sabía que aunque le aceptase nunca sería completamente suya. Guardaba una parte de sí misma que no regalaría a nadie y eso lo turbaba porque lo quería todo de la mujer que había atrapado su corazón. En ese momento se preguntó si Haliana sería capaz de amarlo y si eso cambiaría en algo sus actos. Parecía poco probable, Haliana no permitiría que el amor afectase a sus planes.

Conocía su pasado, el horrible sufrimiento que había padecido año tras año durante toda su

vida, las muertes que se cernían sobre ella en sueños, toda la maldad que la mayoría de la personas no conocían nunca. Él quería recompensarla, hacer de su vida un camino de rosas, encontrar motivos de alegría en cada gesto. Quería que fuese feliz.

Sin embargo, también él tenía miedo. Estaba enterado del episodio de la carta, se lo había contado dos días antes y sabía que tenían que tomar medidas, pero cuáles, era una pregunta difícil.

Recordaba que había tardado dos años en saber que lady Haliana Antal Quiveska era una farsa y su profunda sorpresa al enterarse. En los últimos veinticuatro meses había pasado por distintas fases, desde sentirse honrado por ser digno de su confianza —estaba seguro de que salvo la gente que trabajaba en la casa de Halia solo él conocía su secreto—, hasta saberse un completo idiota, cuando su orgullo sufría un duro golpe al constatar que de no haber sido porque en aquel entonces se dirigía a un país vecino a Traguian por una cuestión de negocios y la joven se vio obligada a contarle su vida anterior, con el fin de pedirle que se acercase al reino de su padre con el falso motivo de que al estar en las inmediaciones quería presentar sus respetos al rey y así entregar en secreto la nota con su paradero a los dos criados, jamás sabría que lady Haliana era en realidad la princesa Kana de Trarr.

—¿Por qué tanto silencio, Domenie? —El joven se sobresaltó y se giró para mirarla. Seguía relajada y con los ojos cerrados.

—Solo pensaba.

—¿En qué? —Se la notaba interesada y decidió decirle la verdad.

—En que te quiero. —Dejó de respirar esperando su reacción.

La mujer abrió los ojos y lo vio inclinado sobre ella, muy cerca. Sin embargo, no le molestaba esa cercanía como con muchos hombres, era más, le agradaba, como también el hecho de que ese joven viril y apuesto estuviese interesado en ella. Él la deseaba, podía apreciarlo en ese momento y se había dado cuenta muchas otras veces a lo largo de esos años y decidió que cuando intentase besarla lo dejaría. Tenía ganas de saber qué podía sentir por él.

El acontecimiento no tardó en ocurrir, el barón salvó los centímetros que los separaban muy, muy despacio, dándole tiempo de sobra para que se lo impidiese. No lo hizo y un instante después sintió el roce de sus labios en los suyos, la ligera presión al principio y un poco más fuerte después. Haliana se dejaba hacer, expectante, y Domenie no pudo soportarlo más y la abrazó con fuerza, modificando el suave intercambio en un beso abrasador, pero sin dejar, aunque con mucho esfuerzo, que la pasión le desbordase para no asustarla. Lo que no sabía era que ella estaba tan subyugada como él y disfrutaba demasiado de sentir su lengua acariciándola para pensar en inquietarse. Tan solo tuvo miedo después, al separarse jadeando y con los ojos brillantes de pasión, cuando se preguntó si era bueno sentir aquello. Acababa de descubrir que le interesaban dos hombres muy distintos y aunque eso no la convertía en una prostituta, tenía la certeza de que habría quiénes lo pensarían.

Era normal sentir deseo por Domenie, se dijo. Era demasiado atractivo para mantenerse impasible, pero también ansiaba a un hombre al que odiaba y eso sí debía ser un pecado. Además reconocía que los besos de Reskan la enardecían muchísimo más que los del barón. Sintió la mirada penetrante de su amigo sobre ella y lo miró a su vez.

—Oh, Haliana, te quiero tanto... —Notó la angustia y la desesperación en su voz y la tristeza la embargó. Por nada del mundo quería hacerle daño, pero de momento era incapaz de amar a nadie y no supo cómo decírselo.

—Domenie... Yo te aprecio, eres mi amigo, mi mejor amigo y confío en ti por completo. No hay nada en ti que me desagrade, eres atractivo, encantador y un caballero. Incluso tus besos me

gustan. Mucho. —Admitió un poco ruborizada—. Pero tú conoces mi secreto, sabes que aún tengo que recorrer un gran camino y que es muy posible que mi vida termine en él. Durante un tiempo, mucho tiempo, no puedo pensar siquiera en enamorarme de nadie, pero cuando sea posible, te prometo que lo intentaré. —Rezó por no haber sonado muy dura y que él comprendiese. No había hecho bien al darle esperanzas, lo mejor que podía hacer era buscar una buena mujer que bebiese los vientos por él. Ya había unas cuantas condesas y marquesas y hasta una duquesa que darían media vida por pertenecerle la otra mitad, pero era sordo a sus ruegos, solo había una muchacha a la que él quería poseer. La única que de momento le estaba prohibida. A su lado, Domenie pensaba lo mismo y se reía por dentro de la ironía de la vida. Suspiró, la decisión estaba tomada desde hacía tiempo.

—Te ayudaré en tu lucha, daré la vida por ti si es necesario y después veremos. Tal vez haya una oportunidad para nosotros. —Haliana le cogió la mano con fuerza y el barón la miró. Había gratitud y una promesa en su mirada y él se perdió en aquellos ojos de un profundo violeta.

—Si la hay, la encontraremos.

—Sí, como que Dios existe que lo haremos. —También él apretó la pequeña mano y selló ese momento con otro dulce beso.

Haliana llevaba ya un mes en la casa de campo que Trea tenía. Bueno, casa era una palabra ridícula para llamar a aquella mansión de tres plantas y más habitaciones que un palacio. Todo allí era majestuoso, al fin y al cabo la dueña era una duquesa podrida de dinero, como a su marido le gustaba decir. La verdad era que el dinero era de los dos, puesto que ambos fueron al matrimonio con una fortuna a sus espaldas, pero lo más importante era que no había sido una unión por conveniencia, pues se idolatraban el uno al otro.

En realidad había sido una buena idea salir de la ciudad. Estaba disfrutando de lo lindo en compañía de sus amigos, sonrió, incluso el duque, siempre lleno de compromisos, se escapó de sus responsabilidades para pasar esos días con ellos.

Tan solo las noches incomodaban a la joven. Podía soportar bastante bien las visitas de las tardes, pero las continuas y tediosas fiestas nocturnas que Trea insistía en organizar para ella, la sofocaban más de lo que la mujer podía soportar. Su anfitriona insistía en que el hecho de haber ido al campo a descansar no significaba que se recluyese y decepcionase a sus pretendientes. Pero la joven vivía en una continua tensión por si el príncipe decidía asistir. Por supuesto siempre estaba invitado, pero de momento y, gracias a Dios, no se había presentado a ninguna de ellas. El enfrentamiento era inevitable, ella misma le buscaría cuando estuviese preparada, pero aún no había ideado un plan para acabar con él. Así que con el paso de los días y la ausencia del enemigo, se fue relajando hasta alcanzar cierta placidez.

Levantó la vista al cielo, de momento no quería profundizar más en el asunto, disfrutaba demasiado de todo aquello para volver a llamar a la superficie al odio que bullía dentro. Prefería que durante unos días más se quedase donde estaba, durmiendo.

Haliana se había convertido en el alma de la fiesta, cosa increíble teniendo en cuenta el desagrado que sentía ante tales eventos. Pero para la joven ese era diferente. Se trataba de un baile de máscaras y le recordó con suma claridad los años felices en que su madre todavía vivía y lo pasaban tan bien. Cómo le gustaba a la mujer que se disfrazasen y fingiesen ser quienes querían, qué de noches pasaron cosiendo los nuevos vestidos para utilizarlos al día siguiente. ¡Cuántas y qué hermosas historias inventaron!

Ahora, con su traje de princesa, ¡cómo se reía a espaldas de todos por la gran ironía!

Estaba más bien borracha y lo sabía. Los criados no habían dejado de llenarle la copa con aquel champán tan exquisito y por supuesto ella no había parado de beberlo, pero todos lo hacían.

También Trea estaba pasando lo suyo, pensó con una risita mientras veía cómo su marido, alegre, la sujetaba por la cintura para que no cayera. Su amiga se reía a carcajadas de algo que este le comentaba al oído y pronto tuvo lágrimas en los ojos de tanto reír. Al principio, todavía sobria, había quedado atónita ante el burbujeante júbilo de la joven y qué decir de su esposo y Domenie, pero horas después, con unas copas de más, nadie se contenía demasiado.

Ah, qué bien se sentía Haliana esa noche... Tan bien que no sintió la repulsión y el odio que debería haberle atravesado el corazón cuando aquella figura conocida vestida de romano con aquella especie de faldita corta y esas piernas bien visibles se acercó a ella con decisión. Se quedó a medio metro de ella y la miró con fijeza.

—¿Un romano? ¿Y qué puede hacer aquí un romano? Hay que reconocer que es original, sí señor, no veo a otro en esta fiesta. —Se tambaleó un poco y entrecerró los ojos, como concentrándose—. Bueno, ¿y quiénes son estos que vienen contigo? ¿Acaso no me los vas a presentar? —Reskan cerró de golpe la boca. Había abierto los ojos como platos cuando ella empezó a hablarle, casi amistosa. Sin mucho convencimiento giró la cabeza para ver de qué le hablaba. Por supuesto no había nadie con él—. Oh, querido, no te enfades pero tus amigos vienen disfrazados como tú. ¡Cuántos romanos en el mismo baile! —Volvió a balancearse y Reskan no pudo evitarlo y se rio a carcajadas. ¡Estaba borracha, por eso no lo despedazaba con sus palabras ni intentaba matarlo! ¡Y él que había pensado que con su retorcida mente estaba actuando así para luego saltarle a la yugular cuando más desprevenido estuviese! Echó un vistazo al salón, parecía ser un síntoma general pues todos estaban más o menos en las mismas condiciones, sobre todo las mujeres, poco acostumbradas a beber. Volvió su atención a la joven más bonita de la reunión y comprobó que le estaba observando las piernas desnudas con descaro y una cierta lujuria y todo su cuerpo se tensó. Iba a ser una gran noche, se dijo, porque tenía toda la intención de aprovecharse del lastimoso estado de la muchacha.

—¿Damos un paseo, Haliana? —La muchacha miró alrededor suyo, suspicaz. ¿Con quién hablaba ese hombre? Tardó un ratito en comprender que se lo decía a ella, claro que fue de alguna ayuda que el príncipe la cogiese de la mano y la arrastrase por todo el salón hasta los jardines. Sacudió la cabeza con fuerza en un intento de despejarse. Algo no iba bien, lo presentía, pero por alguna razón no lograba mantener el hilo de sus pensamientos lo suficiente para acordarse. Suspiró, ya lo recordaría.

—No vayas tan deprisa, por favor, me estoy mareando. —El hombre se detuvo en seco y miró su cara cenicienta.

—¿Vas a vomitar? —Esperaba que no, tenía que aprovechar el momento y no le serviría de nada si se ponía enferma. Por supuesto no iba a forzarla, pero sí a destruir un poco ese autocontrol que le destrozaba los nervios y sobre todo estaba decidido a arrancarle la razón del descomunal odio que sentía hacia su persona.

—No... no lo sé —dijo tragándose la bilis que le subía a la boca. A pesar de sus sentidos embotados sabía que echar la cena delante de un príncipe no estaría bien visto. Reskan la sentó en uno de los bancos de piedra, lejos de la casa y de las miradas curiosas y le apretó el hombro para que lo mirase.

—¿Estarás bien si te dejo aquí sola un segundo? —No pudo hablar, tragó otra arcada y solo entonces asintió. Él se quedó de pie, observándola un momento más y después se alejó corriendo.

Haliana se recostó en el banco, cerró los ojos y se obligó a respirar profundo. Cuando Reskan volvió, creyó que se había dormido y se arrodilló a su lado. La joven sintió algo fresco en la frente y creyó que moriría de contento—. ¿Te sientes mejor?

—Sí. —Y era cierto, aún se sentía mareada y su cabeza era un caos de palabras y sonidos, todo parecía dar vueltas, pero las náuseas habían cedido y el paño mojado disminuyó su sofoco—. ¿Por qué no te has casado? —Él se volvió con brusquedad para mirarla y vio curiosidad en su expresión. La pregunta le había sorprendido lo suficiente como para no tener otra respuesta a mano más que la verdad.

—Una vez conocí a alguien con quien me hubiese gustado hacerlo, pero éramos muy jóvenes y había muchas cosas que nos separaban. Malentendidos y mucha maldad de alguien con poder nos alejaron... para siempre. —La alarma se encendió en la mente de la muchacha sin saber por qué.

—Tú tienes poder.

—Entonces no. —Su voz sonaba sombría y amenazadora, no podía verle el rostro ya que él miraba hacia la casa, pero pudo apreciar una nota de sufrimiento en su tono y la embargó la pena. Sin darse cuenta de lo que hacía le tocó con suavidad la mejilla. Reskan apoyó la cara en la pequeña mano, la caricia había sido como el aleteo de una mariposa y se sintió inundado de una ternura años atrás pisoteada. Su intención era mirarla a los ojos, pero en el camino los suyos se detuvieron en el escote del vestido. De por sí ya era revelador, pero en esa postura, medio inclinada hacia él, sus opulentos senos casi se escapaban de la tela y en respuesta su ingle se levantó de un salto, sin el impedimento que habrían supuesto los pantalones. No estaba seguro de si debía sentirse agradecido o no de llevar en esos momentos la falda romana.

—Tengo que irme. —Por supuesto eso aplastó sus pensamientos, aunque nada más. «¡No puede dejarme con esta hinchazón!».

—¿Por qué? —preguntó con voz quebrada.

—Ha sido muy agradable nuestra conversación, pero ahora debo buscar a Domenie. —«Me prometió un beso a medianoche», pensó ilusionada.

—¿¡Qué te prometió qué!? —preguntó furioso. Maldijo esa manía que tenía la joven de hablar consigo misma, pero agradeció que esa vez lo hubiese hecho lo suficientemente alto para escucharla. «¡Eso, yo aquí medio muerto de necesidad y ella se va a darle a otro lo que yo necesito! ¿Y quién coño es ese Domenie? Porque no ha dicho el señor Domenie de tal, sino que lo ha nombrado con mucha familiaridad... ¿Estará prometida? ¡Joder!».

—Nada, son cosas mías, ya sabes que hablo sola. —La joven no tenía ni idea de la rabia que estaba provocando, aún no era capaz de pensar con claridad, lo único que sabía era que ansiaba ese beso en ese instante. Reskan se puso de pie de un salto y la obligó a hacer lo mismo. Lo hizo con tal brusquedad que el estómago volvió a revolvérsele. La abrazó con fuerza y creyó que le rompería las costillas.

—No hace falta que te ofrezcas a cualquiera querida, yo mismo te daré lo que tanto ansias. —La besó con rudeza, casi con violencia, y Haliana se preguntó por qué estaba siendo cruel cuando momentos antes se había comportado con tanta ternura. Se estaba poniendo muy mala, no podía respirar y volvía a tener arcadas, pero el príncipe no disminuyó la presión. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y pensó que si no la soltaba se desmayaría. Hizo un último esfuerzo por soltarse y cuando él separó su boca un instante suplicó.

—No, por favor... —Reskan la soltó como si quemara para después, con una maldición, volver a abrazarla, esa vez con delicadeza. Le apoyó la cabeza en el pecho y acarició su pelo con las manos y después con la boca. Ella sintió los tranquilizadores besos y poco a poco las lágrimas

cedieron. Minutos después los dedos masculinos le alzaron el mentón y mirándola a los ojos la besó con dulzura. El cambio fue muy agradable y en algún recoveco de su mente pensó que no había comparación posible entre la magistral manera de hacerla perder el sentido solo con los labios de la que era capaz Reskan y los besos del barón, por mucha experiencia que tuviera este último. Su pasión comenzó a despertar a medida que el beso se hizo más insistente, pero no de aquella forma feroz que el anterior. Llegó un momento en que lo deseó tanto como él a ella, y su cuerpo transmitió la noticia al hombre que había provocado aquella reacción con tanta maestría. Sabía que tenía el permiso de ir más allá y lo hizo con prontitud. Acarició los senos maduros, bajando la tela hasta dejarlos descubiertos y los besó también, provocando jadeos entrecortados que le aguijonearon su ya palpitante miembro e introdujo un rodilla entre las piernas de ella y presionó contra su pubis. Haliana soltó un gritito delicioso, pero llena de miedo se apartó de él e intentó salir corriendo. Reskan la cogió por un brazo y la acercó de nuevo a él. Necesitaba más, mucho más—. No Reskan, para —suplicó. Él lo hizo echando mano de todo el autocontrol que tenía. Pero al mirarla a los ojos, tan inflamados de deseo como los suyos, casi la tumbó en la fresca hierba y la hizo suya.

—Te poseeré, lo sabes y también lo quieres, no puedes evitarlo. Tu cuerpo me reclama, tu mente es mía.

—No es cierto. —Res levantó una ceja en señal de burla.

—¿No? ¿Y por qué arqueas tu espalda para acoplarte mejor a mí? —Haliana se dio cuenta de que, en efecto, lo hacía—. Así que como los dos queremos lo mismo yo tomaré la decisión final.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó alarmada.

—Voy a reclamarte de la única manera que pareces entender. Del único modo en que te rindes a mí, suave y entregada. Y lo vas a hacer gritando de placer. Todos se van a enterar de que vamos a hacer el amor tú y yo.

—No... —susurró alejándose de él, lo que provocó que fuese tras ella.

—Resístete cuanto quieras, acabarás cediendo. —Con suavidad aunque con firmeza la llevó al banco y la tumbó. Antes de que tuviese tiempo de intentar escapar se colocó sobre ella y le subió las faldas despacio. «Va a hacerlo», pensó ella y con desesperación buscó la manera de impedírselo, porque quería impedirlo, ¿no? Y de repente tuvo la solución, quiso llorar de alegría o de desilusión, no lo supo bien. Reskan escuchó las voces y tardó cierto tiempo en reconocer el sonido. Cuando lo hizo levantó la cabeza y le dedicó una sonrisa socarrona—. Parece ser que hoy no será la gran noche, pero prepárate porque ocurrirá pronto... —Dicho eso se levantó y permitió que la joven saliera corriendo hacia la casa. La siguió con la vista para cerciorarse de que llegaba bien a la entrada dados sus embriagados sentidos y después permaneció allí, con los puños apretados y la mirada perdida en la falda de su disfraz. Al fin y al cabo, no había sido una buena idea la elección del traje, pensó observando el enorme bulto que levantaba la tela.

Era bien entrada la mañana, el sol se colaba a raudales en la habitación y caía a chorros sobre la dama que, misericordiosamente, aún dormía ajena a los padecimientos que sufriría en cuanto volviese a la vida.

A pesar del sueño, en su cara se reflejaba una tensión impropia de una persona dormida, casi como un preludio de lo que sentiría cuando despertase, aunque por razones diferentes a la noche de festejo y alcohol.

Los párpados temblaron de forma imperceptible y la respiración se agitó con los primeros pinchazos. Intentó seguir durmiendo, sin querer sentir ni recordar, pero le resultó imposible. Abrió los ojos con cautela, fue inútil, ya que los aguijonazos aumentaron hasta hacerse insoportables. Las náuseas de la noche anterior volvieron renovadas y en mayor magnitud y supo

que esa vez no las controlaría. Retiró las mantas y se levantó con celeridad, el dolor y el mareo la hicieron caer de rodillas al suelo y tuvo que medio gatear, medio arrastrarse como un animal herido hasta el orinal. Llegó justo a tiempo de vaciar las entrañas, las arcadas eran fuertes y le sacudían todo el cuerpo. Iba a morir, estaba segura y al mirar la cama supo que lo haría allí en el suelo, era impensable que pudiese llegar hasta ella por sus propios medios. Se dejó caer a pesar del frío que sentía y casi comenzó a llorar de desesperación. ¡No volvería a probar la bebida nunca, ni una mísera copa de vino en la cena! Comenzó a temblar sin control y sus gemidos ahogados no alertaron a nadie. La casa estaba silenciosa a pesar de estar muy avanzado el día y procuró reconfortarse pensando que la mitad de los invitados estaría igual que ella, pero eso no mitigó su agonía.

Escuchó como la puerta de su habitación se abría y con mucho esfuerzo dirigió la vista hacia allí, así pudo ver como Reskan la cerraba tras de sí con cuidado de no hacer ruido para que nadie le viese entrar en un dormitorio que no era el suyo, sino en el de una mujer. Un instante después, el hombre se dirigía con paso seguro aunque silencioso hacia la cama y se detuvo en seco al observarla vacía. La buscó con la mirada y al encontrarla en el suelo con aquel aspecto tan lamentable que estaba segura tenía corrió a socorrerla. Solo echó una rápida e inexpresiva mirada hacia el orinal y, cogiéndola en brazos con suma delicadeza, la llevó a la cama. Al tocar la almohada Haliana emitió un sonido ronco, mitad sufrimiento, mitad enfado. Acababa de acordarse de que lo odiaba y sin tener las fuerzas necesarias para aclarárselo se conformó con el pequeño gesto.

Reskan sabía que la joven aún no lo había recordado todo, cuando sus pensamientos volviesen a la noche anterior desearía arrancarle todos los miembros del cuerpo, en especial uno muy querido por él. Había ido allí seguro de que ella estaría demasiado enferma para enfrentarse a los increíbles acontecimientos de unas horas antes, su cerebro aún no funcionaba con normalidad, el dolor lo impedía y eso era lo que le permitiría ayudarla en esos momentos.

La tapó con las mantas y humedeció un trapo en agua fría para ponérselo en la frente, sonrió con mordacidad al recordar haber hecho lo mismo durante la fiesta y alejándose de ella salió de la habitación.

Si antes lo había dudado ahora estaba segura de que detestaba al hombre, el muy bellaco la dejaba para que muriese sola. Debía reconocer que estaba más cómoda en la cama que en el suelo, ¿pero qué importancia tenía si dejaba ese mundo sin haberle arrancado el corazón al bastardo insensible? Durante unos segundos se encontró mejor gracias al fresco paño, pero cuando se convirtió en un simple trapo tibio y mojado se sintió más incómoda si era posible.

Reskan entró tan sigiloso como la primera vez y mientras se acercaba, Haliana lo miró con el entrecejo fruncido. «¿Viene a seguir ayudándome o a quitarse un problema del medio y acelerar lo inevitable?», pensó mientras observaba con concentración el vaso que traía consigo. ¡Bien posible era que estuviese más que harto de guardarse las espaldas de ella y la envenenase para salvarse él mismo en un futuro próximo!

El príncipe se sentó en el borde de la cama y la ayudó a incorporarse, mirándola con seriedad.

—Bebe. —Su voz era suave, pero no dejaba de ser una orden. No obedeció—. Vamos, Hal querida, te sentirás mejor después. —¿Otra vez ese diminutivo? ¿Y por qué siempre iba seguido de ese querida tan familiar? Examinó el líquido del vaso y lo miró, suspicaz—. ¿Crees que voy a envenenarte? —Afirmó convencida y él soltó una sonora carcajada—. Es cierto que te has convertido en un problema, aunque no del modo que piensas, pero nunca recurriría a algo tan bajo como eso, te lo aseguro. —Intentó convencerla, y la muchacha suspiró, derrotada. Estaba demasiado cansada y enferma para seguir protestando. Asintió y cuando le acercó el vaso a los

labios frunció la nariz, olía a mil demonios y estaba segura de que sabría aún peor, pero se obligó a bebérselo de un trago y hasta la última gota. Agotada, se dejó caer otra vez—. Así está mejor, preciosa. —Mantenía en la cara una sonrisa estúpida que quiso borrar de un sopapo, pero se aguantó y unos minutos más tarde se sumió en un compasivo sueño. Ni siquiera notó que su salvador volvía a mojar el paño para mantener su frente fresca.

Cuando volvió a despertar estaba sola y el malestar había desaparecido por completo. Al fin y al cabo no iba a morirse y agradeció tal circunstancia. Después de ese pensamiento los acontecimientos de la noche anterior regresaron con aplastante claridad, su cerebro parecía ensañarse en recordar cada detalle.

El odio volvió a bullir en cada rincón de su cuerpo, pero ¿hacia quién iba dirigido, hacia el hombre que se aprovechó de su debilidad o hacia ella misma que permitió que el alcohol obnubilase sus ideas? Ahora sabía qué era lo que sentía que iba mal entonces, pero era demasiado tarde para remediarlo.

Decidió marcharse lo antes lo posible, Trea refunfuñaría un rato y con seguridad Domenie también, pero esos dos no alterarían sus planes. Era hora de irse, estaba harta de encontrarse con el príncipe a cada momento y en todo lugar. Planearía su estrategia y la próxima vez sería ella quien lo buscase a él. Y para nada bueno, se juró.

CAPÍTULO 8

La batalla era sangrienta por demás, todas lo eran.

Hacía rato que esta tenía ya un ganador. El problema era que los perdedores no se daban por enterados, querían creer que si seguían diezmando al enemigo acabarían por dar la vuelta al marcador. Dacross sacó la espada del cuerpo del hombre al que solo unos momentos antes había atravesado. Lo miró impasible y después se giró para observar el campo sembrado de muertos. El combate había terminado y el último enemigo había caído. No sintió euforia ni triunfo ante la victoria, más bien un vacío instalado en su pecho y una fría repulsión. La lucha había sido necesaria e inevitable, pero eso no la hacía más soportable. Vio a sus hombres, tranquilos, pero con su misma expresión en los ojos, a ninguno le gustaba matar —no los habría escogido de no ser así—, pero todos y cada uno de ellos pelearía para salvar a su gente y a sus reyes, como a él mismo, su príncipe.

Se quedó allí, parado entre los cadáveres, agotado y furioso contra los hombres que debían matar o morir por avaricia y odio.

Sus ojos color café se oscurecieron hasta hacerse casi negros cuando un pensamiento inundó su mente. Intentó rechazarlo, pero se negó a marcharse y apretó los puños, impotente.

Él tendría una hermana si la maldad de un hombre no se la hubiese arrebatado, una mujer dulce como la miel que nunca conoció. Cuánto le habría gustado ver su rostro una sola vez para poder recordarla el resto de sus días, pero no ocurrió así.

Ahora tendría treinta y nueve años. Sería una mujer madura pero no vieja y habría vivido para ver a su pequeña hija hecha una mujer, o tal vez no. Se enfureció de nuevo al pensar que era muy posible que la muchacha también hubiese muerto. Dos ángeles caídos por el demonio. Había prometido venganza, al igual que su padre, pero como este, no la tomaría hasta estar seguro de la identidad del culpable.

¿Por qué ese muchachito iba a asesinar a la mujer que lo cuidó durante tres años? ¿No había muerto su madre en las mismas extrañas circunstancias? ¿Y la segunda esposa, quién había segado su vida? Los tres crímenes se parecían lo suficiente como para pensar en un mismo asesino, y el joven Reskan había huido cinco años antes del último crimen. No, era más que probable que lo hubiese hecho el bastardo de Riork.

Una sonrisa cínica y algo perversa asomó a sus labios. No podía entrar en Traguian, ni en ese momento ni tampoco tiempo atrás para ver a su hermana y a su sobrina, pero en los últimos dos años había conseguido infiltrar a un par de criados de confianza en el castillo y lo mantenían más que informado. Sabía de la crueldad y avaricia del rey y que jamás demostró cariño o amor por su esposa e hija. El pueblo entero le temía y despreciaba y hasta él llegaron los rumores de que el Consejo se había cansado y había mandado a sus hombres a buscar a la princesa y si aún estaba viva, llevarla de inmediato al reino para comprobar que estaba capacitada para suceder al padre.

El dolor de la pérdida era demasiado grande para no intentar sofocarlo y así lo hizo, escondiendo la angustia tan dentro de sí que fuese difícil sacarla a la superficie.

Se giró, dispuesto a marcharse a casa cuando la flecha le atravesó el pecho. Cayó al suelo de rodillas, derribado más que por el impacto por el dolor. Vio como la camisa se teñía con rapidez de sangre y se maldijo cien veces por haber despreciado la armadura. Casi se atragantó de risa al ver la ironía de la situación, había decidido no utilizarla porque entorpecería sus movimientos en

la lucha y el momento en el que la había necesitado había sido después de la refriega.

Comenzó a tambalearse y la vista empezó a nublársele, pero se obligó a enfocarla hacia el lugar desde donde se había disparado la flecha.

Allí estaba, un hombre corpulento, con una rodilla en tierra y aún apuntándole con el arco, presto a disparar de nuevo.

Joder, cómo dolía aquello, si al menos alguno de sus hombres se hubiese percatado de lo sucedido, pero todos se habían retirado del lugar de la masacre, con seguridad sabiendo lo que su jefe sentía y dejándole unos minutos en soledad. ¡Malditos idiotas, esos minutos iban a costarle la vida! La segunda flecha fue a parar casi en el mismo lugar que la primera. ¡El cabrón tenía puntería! Sin poder remediarlo y sin querer evitarlo tampoco, se desplomó en el suelo, moribundo.

Su último pensamiento fue que aquel hombre no pertenecía a los que habían tomado parte en el combate, su ropa era distinta. Alguien había intentado matarlo.

EI terrorífico y desgarrador alarido inundó la casa con su eco.

Haliana despertó temblando y empapada en sudor. El grito había partido de su garganta y había brotado con toda la furia y el más puro miedo que la pesadilla le había producido.

Oyó las distantes voces de los criados e intentó que el pánico no se transmitiese a su voz cuando les diese explicaciones. La puerta se abrió con violencia y pudo ver a Kaileen a su lado, con su blanco camisón y su rostro preocupado.

—¿Qué ocurre, Halia? —Había cogido su mano y la apretaba con fuerza, imaginaba la fuente del dolor que sin lugar a dudas embargaba sus ojos. No respondió. La joven lo comprendió y girándose para encarar a los demás los despidió—. Vamos, no ha sido más que una pesadilla. Volved a vuestras habitaciones. —Cuando solo quedaron ellas dos volvió a mirarla—. ¿Estás bien?

—Supongo que sí. —Permaneció largo rato cogida a su mano, tenía la mirada perdida—. Vuelve a la cama.

—No voy a dejarte —afirmó.

—Quiero estar sola. Por favor. —Soltó sus dedos de los de ella y giró la cabeza hacia la ventana.

—Está bien. Avísame si me necesitas. —La muchacha se había levantado y se dirigía a la puerta. En su voz había un mudo reproche, y Haliana supo que la había ofendido. No le importó. No quería disculparse y la dejó ir. La puerta se cerró tras ella.

No se movió, no pensó, no lloró. Tan solo revivió una y otra vez cada imagen de aquel sueño.

Sangre, dolor, alaridos, risas macabras, golpes, soledad. Sufrimiento. Quiso gritar de nuevo, pero ahogó las ganas de hacerlo.

Era el momento, lo había postergado demasiado y estaba fallándole al recuerdo de su madre y sobre todo a la promesa que le hiciera en el entierro. Miró el retrato de Atriana colgado encima de su cama y le suplicó el valor necesario para hacerlo.

Él tenía que morir.

Reskan estaba profundamente dormido, por primera vez en muchas semanas llevaba descansando de un tirón toda la noche. Su sueño era profundo, tanto que no escuchó los movimientos de la sombra que con sigilo se acercaba a él, pero sí sintió la punta de la espada que se clavó en su garganta. Aquel roce fue suficiente para despejar de inmediato su cerebro

embotado. Por supuesto no fue tan estúpido de mover un solo músculo, ese hombre estaba allí para matarlo y tan solo necesitaría esa pequeña invitación para cortarle la yugular, y él quería vivir, aunque solo fuese para cargarse a ese hijo de puta.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz queda. Algo le cayó en la cara.

—Vístete. —La voz era apenas un susurro, del todo indescifrable. El filo se clavó un poco más en la carne, cortándola apenas—. Un solo movimiento en falso y te rebano el pescuezo. —Reskan le creyó, en su tono había la suficiente determinación y advertencia como para asesinarlo en su propia cama. Muy despacio levantó una mano para coger la prenda que le había arrojado. Se incorporó y con mucho cuidado de moverse lo justo se puso los pantalones. La espada se apretó con más fuerza—. Ahora vamos a salir. Iremos al precioso jardín trasero de tu casa y si me pones un poquitín nervioso te despanzurro en el camino. ¿Me has entendido?

—¿Qué diferencia hay aquí o en la calle? —preguntó, furioso.

—Oh, no has comprendido las reglas. En esta habitación mueres ahora y con seguridad, una víctima sorprendida por un intruso, un ladrón tal vez. Fuera aún tienes una oportunidad. Será un combate justo, uno contra uno y tienes la posibilidad de vivir y matarme en el intento. Aunque por tus actos no merezcas esa gracia, aun así te la concedo. ¿Ves que magnánimo soy? —El príncipe no podía sentirse más aliviado. No sería una ejecución al fin y al cabo. Podría luchar con él y vencer. Y vencería, se prometió.

—Bueno. Si así están las cosas, ¿nos vamos? —La risa fue ronca, apagada.

—¿Piensas que la segunda opción es mejor? Bien, salgamos, pronto descubrirás que debiste haberme tentado a ensartarte en la cama. —Dicho eso lo empujó hacia la puerta—. Una gracia de las tuyas y no lo cuentas, amigo.

No intentó nada. Ya no había motivo pues se habían decidido las bases. Siguió al hombre hasta el jardín abierto y esperó. Se mantenía tras él, por lo que no pudo ver su rostro. Quería saber si le conocía de algo antes de matarlo. De todas formas no había mucho que ver, aún no había amanecido y solo la iluminación de las casas colindantes arrojaba cierta luz. Escuchó un ruido a su espalda y un instante después una antorcha alumbró el lugar. Frente a él, a unos cien metros, una espada estaba clavada en el suelo, esperándolo. Dio un paso al frente y sintió el aguijonazo de nuevo.

—Tranquilo. Primero me alejaré un poco de ti y luego la cogerás. —Escuchó sus pasos—. Ahora.

Reskan no se volvió, fue directo a por el arma y una vez que la tuvo en la mano se giró. El asombro casi lo hizo caer.

—Tú. —Fue todo lo que pudo articular.

—¿Te sorprende? —La voz femenina semejó un grito en la noche—. Te avisé que volvería y yo siempre cumplo mis promesas.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¿Creer? En mi opinión hasta ahora lo he hecho muy bien. Y no has visto lo mejor. —Se quitó la chaqueta, su cara una máscara de odio.

El hombre la miró con fijeza, sin entender nada de toda aquella situación. No podía pretender que se batiesen a duelo, ¿verdad? Observó su postura, confiada y arrogante. El pelo recogido en un moño, la holgada camisa negra y los ajustados pantalones de hombre, también negros. Sin mencionar la espada. Fijó la vista en el arma sujeta con mano firme y segura, sin temblores. Se preguntó si sería en verdad tan diestra como parecía y afirmaba. No daba la impresión de pesarle mucho y eso era desconcertante pues ninguna mujer podía levantarla un palmo del suelo.

—Es especial. —Levantó los ojos hacia ella—. Mi espada, no es como la tuya. Fue hecha

exclusivamente para mí, con las condiciones necesarias para que pudiese utilizarla. Es mucho más liviana que una normal y por lo tanto más rápida. Pronto lo descubrirás —añadió con una maligna sonrisa.

—No voy a luchar contigo. —Su respuesta fue tajante.

—¿No? ¿Porque yo sí voy armada? —No entendió la insinuación—. En fin, da igual. La decisión de igualar los marcadores es tuya. Yo no tendré remordimientos en matarte aunque no te defiendas. —Avanzó un paso e hizo una burlona reverencia. Después lo miró a los ojos—. Cuéntaselo a tus nietos. Si sobrevives. —El primer toque le rasgó el torso. Le habría atravesado sino se hubiese apartado con rapidez. Haliana continuó su ataque y Reskan no quiso hacer otra cosa que defenderse. No podía matarla, ni siquiera herirla. Recordaba esa piel suave y sin imperfecciones y no sería él quien la marcase. «¡Idiota, esta caballerosidad va a matarte!». Las diferencias entre ambos eran muy pronunciadas. Mientras que él poseía más fuerza y resistencia, ella tenía más agilidad y elasticidad. Para ser sincero debía reconocer que era jodidamente buena y que aunque estaba cansada no cejaba en su empeño. Recibió una nueva herida y otra, hasta que tuvo varias de ellas en todo el cuerpo. La muchacha avanzaba y él retrocedía. Estaba más que harto, pero nada podía hacer sin herirla. Pensó en quitarle la espada, pero como si ella le leyese el pensamiento saltó hacia atrás en el momento en que hacía el intento. Ella respiraba entre jadeos y aunque la noche era fría el sudor le empapaba la camisa y las sienes. Él no estaba fatigado, pues sus entrenamientos diarios duraban horas, pero no permitiría impasible que lo matase, así que comenzó a responder. Su fuerza la arrolló y solo tenía tiempo de parar sus embestidas, cosa que hacía bastante bien, por cierto, aunque con considerable esfuerzo. Dentro de nada se agotaría, pero no cedería un palmo hasta ese momento. La respiración de Reskan se volvió entrecortada y la miró furioso, deseoso de estrangularla.

—¿Por qué? —preguntó mientras se miraban el uno al otro durante un pequeño respiro. Ella se lanzó al ataque de nuevo.

—¿Por qué? Una buena pregunta, pero es aún mejor mi respuesta. Tan solo la sabrás si logras vencerme. Si lo hago yo la venganza será mucho más dulce. Morirás sin saber la razón.

Utilizó el momento que él necesitó para asimilar sus palabras para hacerle la zancadilla. Reskan cayó con fuerza y antes de que pudiese levantarse le atravesó el hombro con la espada, más de la mitad de esta estaba incrustada en la carne y en el suelo, pero él no pensó en la tortura que le producía. Tan solo era consciente del dolor que destelló en los ojos de Haliana en el momento de ensartarlo. Fue como si sufriese por lo que estaba haciendo, pero se sintiese obligada a ello.

En ese momento sonaron voces y pasos y Reskan supo que venían a socorrerlo. Miró a la joven que mantenía la vista clavada en la espada que aún lo atravesaba, como hipnotizada y supo lo que estaba sintiendo. Poco a poco los sonidos alcanzaron a la muchacha y saliendo de su estupor miró en la dirección de la que provenían. En unos instantes se les echarían encima.

—Vete. Vete antes de que olvide que aún quiero protegerte. —Ninguno de los dos pudo creer que tales palabras saliesen de la boca del hombre. Se miraron a los ojos, la mujer sacó la espada del hermoso cuerpo y con las miradas entrelazadas intentó clavársela de nuevo, esa vez en el corazón. Reskan lo vio en los ojos de ella un segundo antes de que lo intentara. Momento suficiente para esquivarla con destreza y quedar fuera de su alcance. Ninguno de los dos habló y un instante después ella se volvía hacia su caballo mientras el primer hombre llegaba hasta el herido, los ojos de este fijos en la figura que se alejaba al galope.

Cuando Briadan se acercó a él y lo incorporó hasta dejarlo sentado, Reskan sintió el dolor en el

hombro en toda su magnitud, que era mucha. Un gemido involuntario escapó de su garganta seguido de una florida maldición.

—Estás perdiendo mucha sangre, compañero.

—No me digas. —Refunfuñó el otro.

—¿Podrás llegar solo a casa o tendré que cargarte como a un saco de patatas?

—¿Quieres que te golpee? —Se limitó a contestar. Cerró los ojos un momento al levantarse, estaba algo mareado. Su amigo le pasó un brazo por los hombros y lo ayudó a caminar, cuando alcanzaban la parte posterior de la casa se volvió y miró el horizonte.

—No hay nada que ver, hace tiempo que se marchó. —El príncipe se giró y lo miró.

—¿La viste?

—Yo sí, pero fui el único. —Se calló un momento—. ¿Por qué lo hizo, Reskan?

—No lo sé, pero ahora estoy seguro de que hay una razón valedera para todo esto. Tal vez no lo suficiente para matarme, pero ella lo cree así.

—En mi opinión ha enloquecido. Ya no es la mujer que conocía. Esa joven encantadora ha muerto —dijo en tono sombrío y apenado.

—No, Briadan, sigue estando ahí. Pero la mantiene oculta para poder llevar a cabo lo que se ha impuesto. Hoy la vi, hace tan solo un momento, cuando me atravesó. Fui testigo del dolor que cruzó su rostro al herirme. No sé, compañero, no tengo todas las respuestas. —Lanzó una amarga carcajada—. A decir verdad no tengo ninguna, pero las encontraré. —Prometió con una mirada despiadada.

—Lo que yo creo es que tú también has perdido la chaveta. Ya son dos veces las que ha intentado matarte y que tú la absuelves de todos los cargos. —También él miró el horizonte—. Supongo que debo odiarla. Será difícil, pero lo conseguiré —dijo en voz baja, bastante molesto con la idea, pues su inclinación natural era adorar a las mujeres, no detestarlas.

—No, no lo hagas.

—¿Acaso tú no la odias, Res?

—¿Puedes creerlo? —Suspiró con pesadez y procuró enfocar la vista hacia su amigo. Lo veía todo borroso y también sabía que en un momento perdería el conocimiento, pero debía convencer a Briadan de que no tomase represalias contra la joven. Solo él se vengaría, nadie más —. Piénsalo de otra manera, sé objetivo. Imagina que tienes poderosos motivos para querer ver muerto a alguien, alguien a quien no conoces. —El barón levantó una ceja, demostrando su escepticismo—. No, en serio, supón que de verdad crees tener razones para desear su muerte y ejecutarle personalmente. Estás seguro de que ha hecho algo horrible que lo merece. En tu corazón lo sabes y aunque te duele hacerlo porque no eres un asesino, estás obligado a ello por tu honor...

—Res, las mujeres no tienen honor.

—Eso es una soberana tontería. —Rechazó el hombre, imaginando a Haliana luchando con él a punta de espada, una espada que había mandado hacer de encargo para ella, mucho más liviana, para que pudiese sostenerla sin agotarse—. De verdad no me cabe en la cabeza que tú mismo lo creas. Claro que las mujeres son honorables, tal vez no tantas en relación con los hombres y la mayoría de ellas no hasta nuestros extremos, pero existen al fin y al cabo. Bien, ¿qué harías entonces, amigo? ¿Lo olvidarías y te quedarías tan fresco?

—Me aseguraría de estar en lo cierto.

—¿Lo harías? —preguntó en tono burlón.

—No, supongo que no. Si creyese tener la razón de mi parte con seguridad lo eliminaría. Y no le daría la posibilidad de un enfrentamiento justo. Seguramente.

—Seguramente. Por eso no la juzguemos de momento, ¿de acuerdo? De todas formas ella ya odia por los tres. —Comenzó a aflojar la presión de su brazo alrededor de la cintura de su primo y dejó caer la cabeza—. Creo que a fin de cuentas tendrás que cargarme como a un saco de pa... —Y eso fue lo que Briadan hizo, aunque Reskan no llegó a darse cuenta.

¡Había fallado! La rabia iba acumulándose en su interior de manera descontrolada. Casi lo había logrado. Había estado tan cerca de conseguirlo que estaba empezando a verlo todo rojo a causa de la ira producida por el reciente fracaso. ¡Maldita fuera la suerte del bastardo hijo de...! Debía calmarse o volvería allí a rematarlo y de paso la matarían a ella. Él ya no estaba solo y no era tan tonta como para presentarse sin más, sería como llamar a la puerta anunciando su visita.

No solo estaba enfadada porque siguiese con vida. La verdad y lo peor de todo era que esa otra parte de ella misma se alegraba, no, se regocijaba de esa realidad. Había sentido tanto dolor cuando le clavó la espada, un sentimiento tan intenso en su magnitud, tan profundo y desgarrador... Fue como si la hubiesen herido a ella y durante un momento no pudo hacer más que mirar con horror aquel metal incrustado en su cuerpo, sintiendo tanto miedo y repulsión por lo que acababa de hacer que notó como el mundo giraba descontrolado a su alrededor, presa del mareo y la conmoción.

Era la primera vez que atacaba a alguien de manera deliberada y no era para nada una experiencia que pensara repetir. Bueno, tendría que hacerlo de nuevo cuando lo matase y era seguro que lo haría, pero después de eso volvería a la dama gentil que se suponía era. O al menos lo intentaría.

Sacudió la cabeza. En ese momento tenía problemas más acuciantes que resolver. Como era, por ejemplo, qué hacer una vez que lo había enfrentado directamente. Porque él clamaría venganza, eso seguro. No solo era un hombre arrogante y con poder sino que era por todos sabido que respondía a la menor ofensa con violencia y ni mucho menos lo dejaría correr.

No podía volver a su casa ni pedir refugio en la de Trea. Era culpable de intento de asesinato y a esas horas toda la ciudad lo sabría. Sería una proscrita. «Oh, Dios, ¿qué voy a hacer?».

Entonces se le ocurrió. Recordó la residencia de dos plantas que había adquirido un año antes para huir por esa ruta y descansar allí si su padre la encontraba. Nadie estaba enterado de que fuese suya y jamás la había visitado a excepción del día que la compró, e incluso en aquella ocasión se cercioró de que no pudiesen reconocerla. Rio con ganas, recordando haberse enterado hacía unas semanas de que estaba muy cerca de Vadia, el país de la familia real Cetriar. ¿Cómo se le ocurriría buscarla en las puertas de su casa?

Instalarse a tan corta distancia conllevaría algunos riesgos, desde luego. Hasta allí podrían llegar rumores de la visita de la dueña a la casa y despertar la curiosidad de quien no convenía, pero también era muy probable que pasase por alto esa idea por considerarla ridícula. De todos modos no tenía otro sitio y no perdería el tiempo buscándolo. Montó en su yegua y partió al galope hacia su momentánea salvación. Solo Dios sabía cuánto le duraría la paz.

Conocía la respuesta. Hasta que él la encontrara.

Reskan deseaba hacerlo con un ansia obsesiva. Consagraría su vida a ello si era necesario. Estaba decidido a recorrer el mundo entero hasta que la tuviese cogida de esos magníficos pelos que poseía. La torturaría, la mataría y le haría el amor con violencia, aún no sabía en qué orden.

Estaba tan furioso que ya había molido a golpes a tres de sus hombres por pequeños errores pero esas peleas eran lo único que lo salvaban de asesinar a alguien.

No la encontraba. Habían pasado tres semanas desde su último encuentro y no estaba más cerca de averiguar su paradero que cuando empezó la búsqueda.

Su herida aún le imposibilitaba un poco el movimiento del brazo, pero el dolor no era tan

insufrible como al principio, cuando se infectó y comenzó a subirle la fiebre. Salvo la primera vez, cuando desmayado lo habían llevado a su habitación y una de las criadas lo había curado, solo había permitido que Briadan lo atendiese porque era consciente de que en sus delirios, que iban y venían a su antojo, podía confesar la identidad de su atacante y no quería que se supiese, aún. Según le había contado el barón no solo la nombró, también la insultó, la maldijo, la deseó, la llamó y prometió que la liquidaría, todo en un caos de palabras sin sentido en las que se mezclaron nombres como Traguian, Kana y asesino.

La paciencia hacía mucho que se le había acabado. Sus hombres estaban exhaustos debido a los largos días y noches en continuo movimiento en busca de una sola pista que los llevase a ella. El mismo Reskan sentía que no tenía fuerzas ya para seguir a lomos de su caballo, pero se obligó a continuar.

Era más que frustrante. Vigilaban su casa, la de Trea y la de todos y cada uno de los amigos de la joven. Incluso la de ese odioso barón que al parecer intimaba con su dama. Cómo se llamaba... Ah, Domenie Arnau Astin de Adler. A ese ya le ajustaría las cuentas cuando solucionase su más inminente problema. No sabía si rebanarle el pescuezo y mandarle a Haliana su cabeza en una bandeja o arrancarle el corazón y mandárselo a Haliana en una bandeja o cortarle esa piltrafa de la que estaba tan orgulloso y que esperaba no conociese la joven personalmente y mandársela a Haliana en una bandeja. Sí, creía que esa última opción le parecía la más satisfactoria. Tendría que pensarlo bien, pues cuanta más forma adquiría en su cabeza, más le agradaba.

Uno de los soldados comenzó a ladearse en la silla. Reskan lo vio, sin duda se había dormido. Su grito dejó sordos a la mayoría de los hombres y consiguió, con una infalibilidad absoluta, que el muy vago cayese de cabeza al suelo y despertase de inmediato.

Nadie estaba seguro de episodios de ese tipo. La infructuosa búsqueda le estaba poniendo los nervios de punta a su jefe y no se atrevían a respirar por temor a que el príncipe no lo tomase a bien y les desollase la espalda con unos cuantos latigazos. Debían hallar una solución o no habría un solo hombre vivo al final de la cacería.

Por fin, bien entrada la noche se detuvieron para acampar. Se encendieron fuegos, se preparó comida y se sacaron mantas para dormir. Con un plato de comida en la mano, Reskan salió del campamento apenas unos metros, lo suficiente para apartarse de los otros, pero no demasiado como para quedar vulnerable contra un ataque por sorpresa. Desde allí divisó a los hombres de su guardia personal que después de hablar unas palabras cogieron su cena y se dirigieron hacia él. Suspiró resignado. Ese era el grupo más difícil de lidiar, dado que eran todos miembros de su familia y amigos íntimos. Esperó a ver qué querían para mandarlos de vuelta con los demás.

—¿Molestamos? —preguntó Briadan con una sonrisa inocente.

—Sí. —Gruñó, esperando que la parca respuesta los llevase en otra dirección, cualquiera que no fuese la suya.

—Bien —dijo y se sentó a su lado, los demás hicieron otro tanto.

Reskan observó a los seis hombres con suspicacia mientras ellos comían en silencio. Eran buenos hombres, reconoció. Valerosos, leales y de la máxima confianza, pero un tanto insufribles cuando se les metía entre ceja y ceja que debían ayudarlo. «¡Dios, el que sean de mi familia no les da derecho a tomarse esas libertades!». Les enseñaría una buena lección, a golpes claro, sino estuviese tan cansado. Sonrió para sí, no quería que los inútiles lo viesen y concedió que la mayoría de las veces sus acciones le reportaban mucho bien. Volvió a mirarlos, esa vez uno a uno y repasó sus cualidades.

Briadan era su primo y confidente. En realidad los seis hombres eran primos suyos, pero este era con el que más contacto había tenido, tal vez por la similitud entre sus edades. Estaba

enamorado de todas las mujeres y con sus cabellos negros y sus ojos azules, además de su complexión fuerte y gran altura como los demás y por supuesto el título de barón que ostentaba, era adorado por cada una de las féminas con las que se cruzaba.

Dariel era el hermano de Briadan. Pocos años mayor que este, poseía un carácter encantador tanto dentro como fuera de la cama, y en su favor había que decir que el que fuera conde no tenía nada que ver con su éxito en ese sentido. Su físico era muy parecido al de su hermano, pero sus ojos tiraban a grises.

Struan era marqués. De todos ellos él era el más apacible y silencioso. Estaba casado con una muchacha adorable que le había dado un hijo precioso, haciéndole el hombre más feliz de la tierra. De cabello claro y ojos color café, en sus tiempos de soltero había roto unos cuantos corazones, pero en la actualidad era un conquistador reformado por su mujer.

Osian se había convertido en conde había poco, tras la reciente muerte de su padre en una trágica caída de caballo. A pesar de su inexperiencia en el cargo, Res estaba seguro de que sería un buen líder porque era reflexivo y justo. También era un seguidor de pistas nato, cualidad muy apreciada en esa aventura en particular. Su pelo rubio con algunas mechas rojizas había encantado a las señoras antes de que una mujer le atara el lazo al cuello a él también.

Noa era el mayor del grupo con treinta años cumplidos. Por ese motivo sus opiniones prevalecían sobre las de los demás siempre que no fuesen tan disparatadas que no se tomasen en serio. A veces lo eran, pero solo porque en ocasiones tenía necesidad de buscar el peligro en sus acciones y terminaba atrayendo a todos en sus maquinaciones como hombres jóvenes y de sangre caliente que eran. Con sus ojos claros y su cuerpo magnífico desviaba las miradas femeninas hacia él a cada momento, a pesar de no tener un título muy alto, pues solo era barón.

Y por último estaba Álathan, o Alan como le llamaban todos. Era duque y su posición no evitaba que fuese bromista y risueño. De cabellos claros como los rayos del sol y unos ojos verdes en los que se veía una chispa de deseo y buen humor permanentes, las jóvenes incautas que se fijaban en él con asombro y curiosidad caían irremediablemente a sus pies, aun antes de que ellas mismas lo advirtiesen.

En fin, seis hombres que eran una cruz cuando una mujer se atravesaba en sus caminos y un incordio cuando él quería estar a solas.

Aun así permaneció callado, con cara agria y una expresión furiosa para que no se pusiesen muy cómodos. Todos habían terminado de comer y lo miraban con el entrecejo fruncido, calibrando la magnitud de su ira. No debió de ser mucha porque se arrellanaron en el suelo como si estuviesen decididos a pasar un buen rato allí. Los muy jodidos incluso parecían estar a gusto. ¡Como si estuviesen en un picnic en un día soleado coqueteando con jovencitas inocentes! Siguió esperando.

—Res, no podemos seguir así. —Empezó el bueno de Brian.

—Así ¿cómo?

—Sabes de lo que estoy hablando, no eres ningún obtuso aunque a veces lo parezcas. Todos estamos cansados. —Recalcó la frase, haciéndole rechinar los dientes—. Y tu humor y tus golpes, tus órdenes a gritos y tu ritmo incansable no hacen sino empeorar la situación.

—¿Y qué propones hacer, abandonar? —Rugió, incapaz de creer que pensase siquiera en marcharse sin la zorra. Que alguno de los otros estuviese harto de buscar a una mujer sin tener ni idea de por qué... ¡Pero él lo sabía! Y no se iba a ir sin ella, aunque tuviese que seguir solo.

—No, claro que no, pero si tan solo dejases de darnos una constante muestra de tu legendario mal humor facilitarías en gran medida las cosas. También si redujeses un tanto el ritmo, te lo agradeceríamos. —Terminó, irónico.

Reskan sabía que tenía razón, pero no quería hacer nada de lo que decía. Y no por obstinación, pero con cada día que pasaba era consciente de que su ira aumentaba a pasos agigantados y últimamente apreciaba una gran dosis de rencor entre sus agitados sentimientos, dirigida, sin lugar a dudas, hacia Haliana. Sentía que si demoraban mucho más en encontrarla acabaría estallando cuando al fin lo hiciese y ese día sería fatídico para la mujer. Por eso tenían que correr.

Sin embargo, era cierto que necesitaban descansar pues él mismo estaba exhausto. Así que asegurándose que todo lo que le pasase a la chica lo tenía merecido tomó la decisión de parar, aunque muy a su pesar.

—Está bien. Después de que durmamos unas horas volveremos a Vadia. —La sorpresa apareció en la cara de los seis hombres y si Reskan no hubiese estado tan cansado habría sabido ver lo humorístico de la situación.

Eidrian y Helailla también quedaron asombrados cuando aquellos quince hombres a caballo, maltrechos y de aspecto agotado, atravesaron el patio. Nada supieron de los motivos por los que Reskan los había mandado llamar, pero por el lamentable estado en que se encontraban debió de ser una ardua tarea. Mientras desmontaban averiguaron también, sin preguntar, que no habían tenido éxito alguno. Solo era necesario echar un vistazo al líder para comprenderlo y ninguno de los dos era tan tonto como para indagar más. Apreciaban demasiado sus pellejos. El rey sonrió, cuidando, claro, de que no lo viesen. La expresión del muchacho mientras ladraba órdenes a todo el mundo como un déspota era como para morirse del susto y dar gracias por ello.

Cuando no quedó nadie en el patio a quien destrozarle la vida, a excepción de su padre y de su hermana, sobre los cuales no tenía jurisdicción alguna y a los que lanzó una terrorífica mirada de advertencia, entró a grandes pasos en el castillo. Padre e hija no se movieron hasta que se oyó el portazo en la habitación del príncipe. Entonces, cogidos el uno del otro de la cintura también ellos entraron.

La mañana no trajo ningún cambio en el “agradable” carácter de Reskan. Las reconstituyentes horas de sueño en una cama blanda y cómoda en lugar de las agotadoras semanas al cielo raso solo supusieron para el joven horas de retraso en su búsqueda. Así que cuando se levantó y fue a desayunar su humor era aún peor que la tarde anterior, si eso era posible.

Eidrian y Helailla ya estaban en la mesa comiendo. Lo miraron con curiosidad, muriéndose por preguntar por su estado de ánimo y en caso de obtener una respuesta saber también la causa de este.

—No quiero hablar de ello. —Graznó más que contestó a la pregunta no formulada.

—Pues la verdad es que nosotros daríamos cualquier cosa con tal de “hablar de ello”. —Remedó con humor su padre sin mirarle, ya que había vuelto a prestarle toda su atención al magnífico desayuno que tenía enfrente.

—¿Incluso la vida? —Amenazó mientras se sentaba a la mesa y comenzaba a llenar su plato.

—¿Tan grave es? —preguntó ya serio, olvidándose en el acto de la comida.

Res miró a su familia con el entrecejo fruncido, pero pronto su expresión se suavizó lo suficiente como para no demostrar que quisiese matarles por su excesivo interés de momentos antes. Era evidente la preocupación que sentían y no quiso acentuarla más sin necesidad.

—No, es solo un asunto personal. —Lo cual, sin proponérselo, consiguió alarmarlos mucho más.

Reskan siempre comentaba con ellos sus problemas y el que esa vez les dejase fuera no solo les preocupó sino que los hirió profundamente. Si no confiaba en ellos no quedaría nada. Pero ninguno dijo en voz alta lo que pensaba y se limitaron a cambiar de tema. El joven enseguida se

dio cuenta de lo que había hecho y se prometió que cuando estuviese preparado hablaría con ellos del tema. De todas formas agradeció el respiro que le daban.

Mantuvieron una animada conversación sobre los chismes más jugosos de los alrededores en la que él no participó, sumido en sus propios funestos pensamientos, pero que contribuyó a calmarlo un poco.

De repente saltó de su asiento como si hubiesen gritado fuego y miró a su hermana echando chispas por los ojos.

—¿¡Qué has dicho!?

—Si vuelves a gritarme lo lamentarás. —Lo amenazó.

—Lalla...

—Si te interesa saberlo comentaba que corren muchos rumores sobre esa casa tan bonita que siempre me gustó, la que está justo después de Vadia y en la que nunca ha vivido nadie, ni siquiera cuando el año pasado cambió de dueño. Bueno, pues ahora la llaman la casa embrujada porque algunos campesinos aseguran haber visto a una mujer joven de cabello rojizo asomada a la ventana y que algunas noches se ve la luz de una vela en determinadas habitaciones. Pero como no está habitada y no se ha visto entrar ni salir a nadie todos creen que se aloja allí un fantasma. —Lo miró con intensidad—. ¿Tú crees en los fantasmas?

—Creo en "este fantasma". —Gritó sobre el hombro mientras salía corriendo del salón, y dejaba a su familia preguntándose si en efecto no habría perdido la razón de sopetón. Ninguno quería meter a Reskan en un manicomio, pero si era estrictamente necesario...

Haliana sentía una tensión ya familiar que se anudaba en su estómago, síntoma inequívoco de un peligro inminente.

Nunca dejaba de escuchar a ese "sexto sentido" pues así estaba preparada para enfrentarse con cualquier cosa que la amenazase.

Buscó con la mirada la fuente de ese peligro, pero no vio nada extraño. Todo estaba tranquilo y en silencio, demasiado, reconoció, y el nudo se apretaba por momentos.

No debió alejarse tanto, pensó. Pero estaba más que harta de ocultarse entre las cuatro paredes de su casa.

Había cometido una equivocación, podía olerlo. Algo la acechaba detrás de esos árboles. No solo era arriesgado estar sola en medio del bosque a pesar de seguir en su propiedad sino que cualquiera que se aventurase en sus tierras podía verla e ir con el cuento a Vadia. ¡Entonces sí que se enfrentaría a una amenaza bien real! Porque el príncipe no dejaría de investigar a la repentina y misteriosa mujer que vagaba tan cerca de su reino. Por un momento pensó que era él el que la vigilaba desde alguna parte. Fuese quien fuese tenía que salir de allí, por lo que se recogió el vestido y echó a correr hacia la casa.

Entonces lo vio. Frente a ella un hombre corpulento y con una barba descuidada la miraba malignamente, disfrutando del momento. Haliana pudo ver el arco que sostenía en la mano izquierda y pensó frenética que necesitaría tiempo para sacar una flecha, tensar la cuerda y disparar. Pero antes de que pudiese detenerse y dar la vuelta él ya había hecho todo eso.

La flecha se clavó en su pecho, sobre su seno derecho. Cayó al suelo y sintió el dolor derramándose por todo su ser. Llevó la mano hacia la zona herida y notó la sangre pegajosa empapándola. Salía demasiado deprisa y se debilitaba por momentos y con toda la fuerza de voluntad que pudo sacar en un momento como ese mantuvo los ojos abiertos y los sentidos alerta. Solo su respiración era agitada, pero procuró que el miedo no la venciese. Él seguía allí, no podía verlo, pero lo sentía. Vendría a rematarla y ella no podría evitarlo, tampoco supo si

quería hacerlo, tan cansada estaba de escapar de unos y otros. Cerró los ojos un instante, descansaría unos segundos y luego intentaría incorporarse y encarar al enemigo. No importaba si moría, pero no se lo pondría tan fácil esperando en el suelo el tiro de gracia. No volvió a abrirlos.

El hombre de color escuchó como la flecha rasgaba el aire y también el grito ahogado. No le costó descifrar el primero de los sonidos y el segundo fue inconfundible. Se dio la vuelta y echó a correr hacia este, sin importarle las ramas que impedían su avance y que caían a su paso. Cuando llegó a un pequeño claro lo primero que vio fue el cuerpo femenino caído, dio un paso hacia ella cuando por el rabillo del ojo percibió un movimiento. A cincuenta metros de él había un hombre con un arco en la mano y se acercó lo suficiente para que el arma no fuese efectiva. Se miraron el uno al otro y el recién llegado pudo ver el miedo reflejado en la cara del asesino de mujeres. Claro que él no era precisamente una muchacha indefensa, pues con sus dos metros diez y sus ciento cuarenta kilos en músculos distaba mucho de parecer débil, a pesar de no llevar ningún arma. Tan solo cuando escuchó los cascos de un caballo al galope desvió la vista para ver si tenía que luchar con algún cómplice, pero el hombre que apareció vestía demasiado bien para tener algo que ver con el otro y su expresión era lo bastante alarmante como para no preguntarse si el bastardo del arco no habría atacado a la dama del caballero, en cuyo caso tendría su merecido en un instante, pensó calibrando bastante bien la situación.

Reskan sintió un miedo tan espantoso cuando vio a Haliana tumbada en el suelo, los ojos cerrados e inmóvil, que sintió que moriría con ella. Cuando aceptó la verdad el pánico desapareció para dar paso a una furia y una locura total. Se dirigió hacia los dos hombres, creyéndoles colaboradores y decidió preguntar para saber quién moriría primero.

—¿Cuál de los dos lo hizo?

—¿A ti qué te parece, muchacho? —preguntó el gigante con los ojos clavados en el arco del otro, el cual estaba pensando en serio utilizarlo contra él mismo antes que enfrentarse a ellos. Sabía que si antes el negro le había parecido peligroso, no era nada comparado con el odio que mostraban los ojos del nuevo. Reskan vio el arma y supo lo que quería. Se adelantó, sus intenciones eran muy claras, pero el brazo de acero que lo sujetó lo detuvo. Tal vez debía enfrentarse primero con este, que era mucho más fuerte que el otro y sería mejor no darle la espalda. Lo miró, dispuesto para la lucha—. ¿No sería mejor que mirases si aún vive? —Una expresión de dolor cruzó el rostro del príncipe.

—Está muerta.

—¿Sí? ¿Le has tomado el pulso? ¿Has comprobado que no respira?

—¡No es necesario!

—No si ella es prescindible, pero yo me aseguraría antes de cavar una tumba. —Reskan echó un rápido vistazo en dirección a la joven—. Ve, yo solucionaré esto —dijo, haciendo un gesto hacia el agresor.

—No va a salir de aquí con vida. —Avisó.

—Tampoco lo pretendo. El hombre lo merece y sé que tú te mueres de ganas de hacerlo, pero estos minutos son preciosos para ella y yo tardaré apenas un segundo. —Reskan echó otra mirada a la muchacha.

—¿Por qué crees que confiaré en ti?

—Porque yo llegué antes y evité que la rematara. —Dicho eso le dio la espalda y se enfrentó al atemorizado hombre.

Reskan no perdió un segundo. Se arrodilló junto a la joven y con dos dedos le tomó el pulso en el cuello, comprobando que en efecto respiraba. Se mareó e incluso perdió algo el equilibrio, tan

grande fue el alivio que sintió. Con mucho cuidado la cogió en brazos y la incorporó apenas, apoyando la parte superior de su cuerpo en él. Ella no se movió, ni emitió sonido alguno, ni abrió los ojos. Estaba blanca como la cera y fría como el mármol, pero él la salvaría, costase lo que costase. De repente el cielo se oscureció, y el sol desapareció por completo. Se arriesgó a echar una mirada y vio que el causante de tan singular hecho era aquel hombre de color al que aún no sabía si podía llamar amigo. Buscó al hijo de puta que había atacado a su muchacha y lo vio despatarrado en el suelo. Miró al negro a los ojos.

—Está muerto —aseguró este.

—¿Por qué me ayudas?

—Porque ella no tenía ninguna posibilidad frente a él y porque pareces conocerla.

—¿Cómo te llamas? —preguntó mirando el hermoso rostro que tantos de sus sueños había asolado.

—Joseph, pero todos me llaman Eclipse. —Reskan sonrió, pero no dejó de observar a la mujer —. Hay que sacarle la flecha.

—Lo sé. —Continuó quieto, reacio a provocarle más dolor.

—La sujetaré mientras lo haces. —Lo miró entonces y supo sin lugar a dudas que sin él Haliana estaría muerta. Soltó el cuerpo suave y frágil para que el otro lo tomase y cuando lo hizo la miró y suspiró. Entonces o luego tendría que hacerlo y en ese momento, misericordiosamente, estaba inconsciente. Cogió la flecha con fuerza y tiró con rapidez. El desgarrador grito irrumpió en el bosque y espantó a sus habitantes. De nuevo en sus brazos, taponada la herida con un vendaje improvisado y bastante rudimentario, la joven abrió los ojos con esfuerzo, como si le pesasen mucho. Su respiración era demasiado lenta y trabajosa.

—No esperaba… esto de ti... Reskan… —Su voz era un susurro y tuvo que inclinarse para poder escucharla—. Mandar a… alguien para que acabe… conmigo y después... venir a rema... tarme. Incluso yo… te he ofrecido… más… —Comenzó a respirar con más dificultad y poco a poco sus ojos se cerraron.

—¡Yo no lo he hecho, yo no lo he hecho! —Al mirarla recordó otra ocasión en la que le decía similares palabras a otra mujer que tampoco lo escuchaba.

Reskan paseaba de un lado para otro en la elegante biblioteca, pasando por diferentes etapas, de la autocompasión al miedo y de este a la ira.

No podía tranquilizarse, a pesar de las tres cuartas partes de la excelente botella de whisky que se había metido entre pecho y espalda. Se sentó a reflexionar sobre las causas de su comportamiento, seguro de que no le encontraría más explicación que un rato antes.

Habían llevado a Haliana a su casa, consciente del escándalo que se desataría si hubiesen ido a Vadia. Tampoco estaba preparado para enfrentarse a los acontecimientos que dicho acto provocaría. Acordaron que habría sido un riesgo innecesario buscar un médico, innecesario porque Eclipse había asegurado que podía curarla sin exponerla al peligro de que la noticia se extendiese. Era posible que el hombre que había tratado de matarla no lo hubiese hecho por iniciativa propia, en cuyo caso quien quiera que hubiese mandado el ataque podría enterarse de dónde encontrarla para intentarlo de nuevo si no lo mantenían en secreto. De todas formas, Refugio, que era el nombre de la casa de la joven, estaba más cerca.

Durante un segundo olvidó sus preocupaciones para recapacitar sobre los ridículos nombres que esa mujer le ponía a sus propiedades: Refugio, Princesa a su yegua... ¡Y sin olvidar el de su mansión, que era nada más y nada menos que Venganza! ¿Sería este último por él?, se preguntó suspicaz. Decidió que era probable que sí, tan retorcida era esa mujercita.

Así que la habían subido a su habitación y entonces ella había vuelto en sí y en cuanto lo vio pidió, no, suplicó a Eclipse que lo echase de su casa. Gritó que había venido a matarla, que era un asesino… Dijo que en ese momento ella también estaba indefensa y que él lo utilizaría en su favor… Al final Reskan salió del dormitorio porque estaba casi histérica y con sus violentos movimientos estaba perdiendo mucha sangre. También admitió para sí que se había refugiado en aquella sala porque sus palabras lo habían herido. ¡Le retorcería el pescuezo sino fuese porque de todos modos era muy posible que muriese desangrada! Hundió los hombros y una agonía indescriptible lo consumió. Aparte de sus intentos de acabar con él la necesitaba, tanto física como mentalmente. Sin ella no tenía nada.

Hasta entonces no había comprendido lo miserable que era su existencia y aunque resultara sorprendente, ella la llenaba por completo. Había algo extraño en todo aquello, lo percibía. Sabía que no la había visto antes de aquella fiesta en casa de Trea y sin embargo…

La muchacha ocultaba algo.

Eclipse la observó, tranquila bajo los efectos del láudano y el agotamiento.

Había conseguido detener la hemorragia, pero aun así la pérdida de sangre había sido considerable para una niña de su constitución.

Se había pasado la última hora delirando, después de subirle una fiebre muy alta que aún intentaba bajar. Entonces empezó a decir cosas absurdas como llamar asesino al joven de la biblioteca, maldecir a su padre y jurar que algún día lo haría vivir en la oscuridad como él lo hizo con ella mientras vivió... Se preguntó quién sería esa “ella”. También gritó que quería de vuelta a su madre y en su voz había tanto dolor que el hombre no pudo por menos que preguntarse “de dónde” pretendía que regresase.

—Tengo que salir de aquí, tengo que irme o me pasará como a ella. ¡Ni viva ni muerta conseguirán que vuelva a Traguian…!

Eclipse levantó la cabeza de golpe, incapaz de creer lo que había oído. No, seguro que estaba equivocado, esa muchachita a la que él estaba ayudando a sobrevivir sin duda no era... No podía... Es decir... ¡Demonios, que lo colgasen si era quien creía que era! Se acarició el cuello, consciente de lo mucho que le gustaba tal cual estaba.

Pero entonces las piezas comenzaron a encajar.

La muchacha sola en el bosque lo había desconcertado, puesto que estaba claro que el hombre de la planta baja no la acompañaba en aquel momento. También había sido evidente que los dos ya se conocían bastante bien, si bien era cierto que mientras que en los ojos de él había sincera preocupación y una evidente atracción, en los de ella solo pudo vislumbrar odio, un violento y terrorífico odio, para ser exactos.

Ese hecho traía nuevas preguntas a su ya confundida mente, como por ejemplo, ¿por qué ese incomprensible rencor hacia el muchacho si le estaba salvando la vida? ¿Y por qué al verlo en su delirio lo tildaba de asesino? La respuesta se formó casi en el acto. Porque era Reskan Cetriar, el supuesto autor de la muerte de su madre. Recordó haber escuchado su nombre un rato antes pero no lo había relacionado con tal infame apellido. Y añadiendo a ese descubrimiento las palabras dichas acerca del padre y el ruego desesperado a Atriana, tenía delante de sus narices la respuesta final. Era ella. Claro que aún faltaba un detalle, se dijo, ansioso.

Eclipse no sabía de qué color tenía los ojos porque nunca se los había visto y temió que no fuesen del correcto ya que entonces tendría que empezar a buscar de nuevo. Su mirada se dirigió de forma inconsciente a la cama y allí se encontró con la de ella, turbia y pesada y de un maravilloso violeta. Suspiró, eran sin duda del tono adecuado.

Aprovechando su actual estado entre el sueño y la inconsciencia comenzó a formar un plan de

acción para sonsacarle información.

—¿Cómo estás, muchacha? —La joven entrecerró los ojos, intentando verlo. No respondió y el hombre se removió en el asiento, incómodo ante lo que iba a hacer—. ¿Princesa? —Algo se puso en funcionamiento al escuchar esa sola palabra, aunque de forma confusa.

—Sí, Kana de Trarr, princesa y heredera de Traguian... —El júbilo se apoderó de Eclipse, la había hallado…—. Ella murió. —El hombre hundió los hombros, sabiendo que todos habían tenido razón al pensar que estaba muerta y sintió un profundo dolor ante tal pérdida, aun sin haber conocido a la futura reina—. Y en ese momento nació Haliana Quiveska, heredera de nadie y huyendo de todos.

—¿Haliana es Kana? —preguntó en un susurro.

—No, Kana no existe, pero Haliana sí, por eso huye...

—¿Por qué, niña? ¿De qué tiene miedo?

—Ella conoce los secretos de Riork, las maldades que cometió hace cinco años. Ella puede destruirlo. —Cerró los ojos, era evidente que en unos momentos estaría dormida. Debía apresurarse.

—¿Cómo murió Kana? —Durante unos segundos no respondió, los ojos cerrados parecían advertir que el tiempo de las confesiones había terminado.

—Yo la maté.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho —contestó exasperada—. Ella tiene poder sobre el rey, sabe cosas que acabarían con él.

—Oh, pero antes dijiste que era Haliana quien las sabía, no la princesa.

—¡Pero las dos son la misma persona!

La fiebre había destruido sus últimas defensas y peligrado su vida durante toda la semana. Reskan entraba a verla solo cuando la joven estaba dormida y tranquila, sin delirios, como entonces.

Su piel estaba más blanca que la nieve y su frente húmeda pero más fresca que días anteriores, gracias a Dios. Había perdido mucho peso, se le notaban los huesos en la cara y el cuerpo y profundas ojeras le rodeaban los ojos, sin embargo al príncipe le parecía tan hermosa como siempre.

La muchacha comenzó a removerse en sueños y Reskan se levantó para salir de la habitación. No quería hacerlo, pero por razones que seguía sin comprender, Eclipse había logrado sacarle la promesa de que así lo haría. Claro que había ayudado en gran medida el hecho de que esa inmensa mole de músculos bien entrenados lo cogiese por el cuello y en esa posición tan precaria para su existencia e indigna para su orgullo le hubiese levantado medio metro del suelo. No sabía por qué, pero al parecer era importante para el hombre que las cosas se hiciesen a su manera y como parecía haberse auto declarado el arcángel vengador de la chica y además le había salvado la vida, Reskan sentía que le debía algo. Admitía que también era una circunstancia a tomar en consideración el que hubiese estado borracho toda la semana. Aunque no se le podía culpar, había pasado tanto miedo y era tan extraña para él esa continúa inactividad, que no había tenido más remedio que refugiarse en el excelente whisky que se guardaba en la bodega, además de las otras exquisiteces que llenaban los estantes de la misma.

Al final, la noche anterior, terminado el estupor en el que había estado sumido durante tantos días, decidió dejar de beber y dirigir de nuevo su vida. Así que mareado, débil y torturado por ese conocido e infernal dolor de cabeza consiguió, no sin mucha dificultad, llegar a su dormitorio y caer de bruces en la cama donde, vestido e incómodo, se quedó inconsciente en menos que

cantaba un gallo.

Reskan galopó hacia el castillo como alma que lleva el diablo. Lo decidió al amanecer, aún con ese malestar que precedía a una gran borrachera y con las ropas arruinadas de tan maltrechas habían quedado al dormir con ellas y claro estaba, de no habérselas cambiado en días.

Su intención había sido la de irse con las primeras luces del día, pero no pudo resistir la tentación de pasar unos minutos en la alcoba de la muchachita. ¡Y qué minutos…! Dormida, sin el odio que lo acompañaba desde hacía meses como una cadena al cuello, sin esas venenosas miradas o la continua retahíla de palabras rencorosas e hirientes que le lanzaba con asombrosa eficacia, la joven le había parecido un ángel y se había solazado con aquella imagen de serenidad y de belleza en estado puro. Durante esos pocos instantes había reinado la paz entre ellos, cosa increíble.

Bajó del caballo aun antes de que este se hubiese detenido y caminó a grandes pasos hacia el interior. Encontró a su padre donde esperaba, en la gran biblioteca convertida también en estudio. Entró y cerró la puerta con estruendo.

Eidrian miró a su hijo y supo que algo estaba muy mal, se reclinó en el asiento y con un gesto lo invitó a sentarse, gentileza de más, puesto que ya lo está haciendo.

Durante unos minutos ninguno habló, se limitaron a observarse mutuamente. Entonces Reskan suspiró y soltó sin más su preocupación más inmediata.

—Han intentado matarla.

No hacía falta aclarar de quién estaban hablando. Llevaba mucho tiempo preocupado por su hijo, con sus idas y venidas, su mal humor y esas malditas ausencias sin ninguna noticia suya. En ese momento estaba a salvo, frente a él, pero no se sentía tranquilo. Por muchos quebraderos de cabeza que la mujer le diese era una jovencita indefensa. Bueno, no tan indefensa, aclaró para sí, recordando la vez que había herido a su muchacho. Aun así nadie tenía derecho a atacarla.

—¿Cómo está?

—Ahora recuperándose, pero durante la última semana ha estado a punto de morir a cada minuto. —Eidrian fue consciente en ese momento de las ojeras y el aspecto demacrado del joven y ni qué decir del lamentable estado de sus ropas. Parecía que hubiese dormido con ellas.

—¿Sabes quién lo hizo?

—Oh, al autor material ya se lo están comiendo los buitres —dijo con rencor y satisfacción—. Pero creemos que hay alguien más detrás de esto.

—¿Creemos? —preguntó extrañado. Reskan pasó a contarle toda la historia, como también la participación del gigante de color—. Y este... Eclipse, ¿es de fiar?

—Sí, se preocupa por la muchacha. Impidió que aquel cabrón la rematara y la ha empujado a la vida durante todos estos días.

—Bien, entonces tenemos un aliado —comentó pensativo—. Me pregunto por qué.

—También yo al principio, padre. Ya sabes que no me fio ni de mi propia sombra. Pero ha demostrado su valía y lo que es más importante, lealtad.

—¿Hacia ti?

—No, hacia ella. Él no me debe nada, al contrario, yo tengo una gran deuda que saldarle. También fue el que ejecutó al maldito mientras yo cuidaba de Haliana. De todas formas, creo que tiene un señor, aunque habla y actúa como un hombre blanco. Tal vez su amo se lo permita. —Estuvieron unos minutos en silencio, cada uno pensando en cosas diferentes. Por fin, Eidrian habló.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. Tenemos que ser en extremo cuidadosos para que quién quiera que sea el que ordenó su muerte no se entere de que su hombre falló y tampoco del paradero de Haliana.

—¿No crees que sería más seguro para todos que os trasladaseis aquí? Existen grandes probabilidades de os descubran y de ser así, ¿cómo os defenderéis? Sois solo dos y teniendo en cuenta que la muchacha está muy débil, uno de vosotros deberá quedarse a su lado para defenderla de los atacantes. Si yo fuese el que intenta acabar con su vida me aseguraría de que esta vez no hubiese fracasos y el mejor modo de que eso no ocurra es mandando un contingente de hombres tal, que os fuese imposible defenderos de ellos. En el castillo hay cientos de personas que darán sus vidas por vosotros y te aseguro que estos muros son del todo inexpugnables para un grupo de cobardes asesinos de mujeres. Tan solo un ejército conseguiría plantarnos cara, a lo cual no se va a arriesgar. —Reskan escuchó con atención los argumentos de su padre, reconoció que todos eran ciertos. Siempre había sido un buen estratega. Gracias a Dios él había heredado ese rasgo, solo que estaba demasiado cansado para demostrarlo.

—Tienes razón. Lo difícil será convencer a esa cabezota.

—¿Convencerla? —preguntó asombrado el rey—. ¿De qué hay que convencerla, si puede saberse? ¡Estamos hablando de salvarle la maldita vida! —contestó indignado.

—Tú no la conoces.

—Y si mantiene esta estúpida actitud no la va a conocer nadie más. ¡Porque la van a matar!

—Lo sé, lo sé. Pero parece que ella aún no me tiene mucho cariño. De todas formas la sacaré de esa casa aunque sea a rastras. —Prometió.

—Bueno sí, pero ten cuidado con la niña, que está recuperándose. No vaya a ser que la descoyuntes, bruto. —Reskan levantó un ceja, sorprendido de que la defendiese de él y muy, muy divertido. Decidido a molestarlo aún más lo azuzó sin piedad.

—Tal vez sea mejor así. La arpía me da muchos problemas y aún no me he acostado con ella. Claro que estando en el castillo esta noche podría hacerlo, a fin de cuentas tú mismo has dicho que está débil y no podrá defenderse. Ni siquiera será necesario forzarla... —Eidrian se puso en pie de un salto, furioso.

—¡No en mi castillo! ¡Vamos, soy capaz de echarte a la calle mientras ella esté aquí! —Se cruzó de brazos, satisfecho. A ver qué se le ocurría ahora para contrarrestar su amenaza. También Reskan se levantó, calmado y sonriente, como si no hubiese creído una sola palabra. Bueno, ya vería, ya.

—Entonces tendré que encontrar la manera de entrar. ¿No crees, padre?

Eidrian se puso rojo como la grana y cogió lo primero que encontró sobre la mesa, que era un pesado pisapapeles, el cual arrojó con la intención de descalabrar al estúpido de su hijo. Este lo esquivó con agilidad y salió de la biblioteca riéndose a mandíbula batiente. Mientras, su padre lo maldecía con asombrosa profusión de insultos.

De todos modos no fue necesario llevar a la mujer a rastras.

Aunque la fiebre y los delirios habían desaparecido, sus fuerzas habían sido mermadas a conciencia por la enfermedad. Por lo tanto pasó todo el trayecto sumida en un profundo y reparador sueño. Lo cual fue una bendición para el príncipe, que estaba cansado y alerta ante una posible emboscada y no le apetecía nada enfrascarse en una pelea con esa tigresa.

Miró de reojo al hombre que lo acompañaba y se preguntó una vez más por qué venía con ellos. Ya había hecho más de lo necesario por Haliana, y Reskan estaba seguro de que tendría a su señor muy furioso por su larga ausencia. Así se lo había dicho por la mañana, al regresar de Vadia y lo había autorizado a marcharse a su hogar, pues no podía hacer más por la chica. Pero

Eclipse se negó en redondo a dejarla, asegurando que su “amo”, como lo había llamado con bastante regocijo, le estaría agradecido por lo que hacía, pues predicaba que era deber de los fuertes proteger a toda costa a los indefensos. Y así fue como se encontraban los tres camino de la fortaleza.

Haliana abrió los ojos y se desperezó poco a poco, consciente de que la debilidad la consumía por completo. Era sorprendente lo despacio que se recuperaba, no tanto por la herida en sí, sino por las repercusiones que esta había conllevado.

Recordaba de manera difusa la cara de un hombre negro y sus palabras suaves, consolándola. Era obvio que lo había soñado pues no conocía a nadie que se le pareciese. Lo que no sabía si era realidad o fantasía eran las muchas veces que creyó tener a su lado a Reskan. Suspiró, debía haberlo imaginado porque la verdad era que no recordaba haberlo visto, sino más bien sentido su presencia, lo cual no tenía mucho sentido.

Tal vez estaba volviéndose loca. Sonrió, bonito final para aquella historia.

Volvió la cabeza cuando escuchó que la puerta se abría con suavidad y vio a una hermosa jovencita que le sonreía. La conocía de algo pero, ¿de qué? Sus facultades aún estaban un poco embrolladas y decidió esperar a que le hablase o al menos a que se acercase para intentar reconocerla. Fue eso último lo que hizo la muchacha y cuando se sentó a su lado en la cama Haliana abrió la boca, pasmada. ¿Qué rayos hacia la hermana de Reskan en su casa? Volvió la cabeza hacia la ventana abierta por la que se escuchaban los variados trinos de los pájaros, intentando no demostrar su confusión. Poco a poco un profundo ceño se fue formando en su frente. ¿Desde cuándo tenía ella una ventana a ese lado de la cama? Paseó la vista por la habitación y abrió los ojos, de repente alerta. ¿Dónde estaba? ¡Porque con seguridad esa no era su maldita casa!

—Estás en Vadia —explicó Helailla, consciente de que eso era lo que se estaba preguntando.

Haliana sintió como el frío se apoderaba de su cuerpo y sin saber qué hacer cerró los ojos, una forma estúpida de borrar todo aquello, reconoció para sí misma. No solo estaba indefensa y demasiado débil para escapar a esa situación sino que la habían metido en la guarida del león. ¡Estaba en su reino, en su castillo! Donde él era dueño absoluto de todo y de todos y ni qué decir tenía que nadie le pararía los pies cuando la matase lenta y dolorosamente. Tal vez el padre lo intentase, el único que tenía más autoridad que el príncipe e incluso esa jovencita encantadora, pero en cuanto les refiriese el porqué de sus actos le dejarían el camino libre para actuar según su conveniencia e incluso era posible que su propia sed de venganza les obligase a quedarse a mirar.

Abrió los ojos y se enfrentó a la dulce mirada de la hermana de su enemigo.

—¿Por qué?

—Porque Res lo decidió así. —Aquello destruyó las locas esperanzas de la joven de que el bastardo no estuviese aún enterado de su presencia en el país. La otra mujer le cogió la mano con firmeza—. Deberías ver la sensatez de todo esto, Haliana. Aquí podemos protegerte. En el castillo hay cientos de soldados que están entrenados para ello. Si la persona que ordenó el ataque decide volver a intentarlo estaremos preparados. Reskan es una débil barrera entre una banda de asesinos y tú. —Con rapidez le relató las largas conversaciones mantenidas entre su padre y su hermano y su convencimiento de que había alguien más aparte del ejecutor que quería verla muerta.

Haliana estuvo a punto de gritarle que su hermano era uno de ellos, pero se calló, al igual que omitió el hecho de que estaba segura de que había sido su propio padre el que había ordenado la ejecución. Durante unos instantes sintió algo del pánico que una vez este le había provocado,

pero se obligó a borrarlo y en cambio se limitó a preguntarse cómo había conseguido encontrarla tan rápido. Hacía poco más de dos meses que había llegado la carta avisándoles de que iban por ella. Claro que esta habría tardado otro tanto en llegar, por lo que Riork habría dispuesto de cuatro meses para hallarla, pero aun así era pronto, a no ser que ya tuviese a gente rastreándola antes de todo eso, lo cual era bastante probable, conociendo lo obsesivo que podía llegar a ser. A decir verdad ella apostaría toda su herencia a que no habría dejado de buscarla ni un solo segundo en los cinco años que llevaba ausente.

De pronto se sintió cansada, exhausta de pensar, de huir, de tener miedo. Cerró los ojos y se durmió.

Soñó con unos ojos grises como el acero, vigilándola.

Haliana llevaba una semana en Vadia, aislada casi por completo pues solo las criadas y Helailla se acercaban a su habitación. Durante días temió que Reskan entrase como una tromba y le anunciase que había llegado el momento de ajustar cuentas, pero después de un tiempo comprendió que al menos esperaría hasta que estuviese recuperada para enfrentarse a ella.

Recostada contra un montón de mullidas almohadas, se contentó con cerrar los ojos y escuchar el trino de los pájaros al otro lado de la ventana, intentando hacer oídos sordos a la inquietud que poco a poco iba apoderándose de ella según pasaban los días sumida en aquella inactividad forzosa.

No escuchó el suave golpe en la puerta ni los pasos que se acercaron a ella. Después de unos minutos abrió los ojos y vio a un hombre maduro, apuesto y elegante observándola. No se sobresaltó, ni siquiera pestañeó, se limitó a mirarlo con la misma fijeza que él a ella.

Por supuesto sabía quién era. Uno no tenía que ser adivino para ver el increíble parecido entre padre e hijo. Era como ver a Reskan dentro de unos años, no muchos, tal vez veinte. Salvo esas pequeñas arrugas alrededor de los ojos y la boca y unas pocas canas en las sienes, eran como dos gotas de agua. Debió de romper muchos corazones en su juventud, entre ellos el de su esposa, pensó, recordando la tristeza y la desilusión que embargaban la cristalina mirada de la mujer, tantos años atrás.

El rey se sentó en la silla que había junto a su cama y siguió estudiándola con detenimiento. Era una muchacha hermosa, demasiado pensó, tanta belleza llevaría a un hombre a cometer los más atroces actos si andase en juego la posesión de semejante tesoro. Incluso él podría verse tentado por su exquisitez si no estuviese destinada a su hijo. Esa certeza lo sorprendió y asustó al mismo tiempo. Era un hombre maduro con sus cuarenta y cuatro años, su cuerpo era fuerte, lleno de músculos que el tiempo y el dolor no habían conseguido borrar y por Dios que tenía las mismas necesidades físicas de un hombre completo y apasionado como era, pero le aterró que una muchacha tan joven a la que no conocía y de la que sin embargo sabía, era demasiada peligrosa como para ser de fiar, lo atrajese de tal manera. Hasta podía ser tonta pensó, intentando convencerse de tamaña mentira, pues en sus hechizantes ojos se podía apreciar una inteligencia sagaz poco vista en una mujer de su corta edad. Se sintió incómodo bajo esa mirada, acontecimiento aún más sorprendente que el hecho de desearla.

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó para dejar de pensar tonterías.

—Bien, gracias. —Aquella respuesta constituía una mentira evidente, ya que cualquier tonto podía darse cuenta de las ojeras negras alrededor de los ojos, la palidez de su rostro y la pérdida considerable de peso, pero Eidrian comprendió que no admitiría nunca lo mal que se encontraba.

—Me alegro, todos queremos que te recuperes pronto. —«¿Para qué?», se preguntó ella en silencio. Como si le hubiese leído el pensamiento, el hombre continuó—. Será más fácil

protegerte sino hay que cargarte como a una niña. —Aquello picó su orgullo, que era lo que pretendía el hombre.

—No hay ninguna necesidad de protegerme y mucho menos de cargarme, se lo aseguro. De hecho, tengo la intención de marcharme de aquí mañana.

—Eso será por encima de mi cadáver, jovencita y del de Reskan, de paso.

—Puede arreglarse —contestó confiada.

—¿Tantas ganas tienes de vernos muertos?

—No tengo nada contra usted. —Lo cual ya constituía una buena respuesta, admitió para sí el monarca. También se dio cuenta de que no le dispensaba el trato pertinente a su elevada posición, sino que lo trataba como a un igual. Como nunca le había prestado mucha atención a esos ridículos protocolos decidió dejarlo pasar.

—¿Y contra mi hijo? —preguntó, tensando los músculos a la espera de una respuesta que ya conocía.

—Algún día lo sabrá. —Detectó una calma mortal y por completo anormal en su voz y la acuciante necesidad de saber el porqué de ese odio acérrimo se hizo más fuerte.

—¿Por qué no ahora?

—No es el momento.

—¿Lo será algún día, Haliana? —preguntó con suavidad, descartando todo protocolo entre ellos. Al fin y al cabo las circunstancias extremas en que se habían conocido parecían permitir eliminar las formalidades.

—Se lo juro. —Fue una promesa solemne, que a oídos del rey sonó claramente como una amenaza a la vida de Reskan.

Se levantó despacio, mirándola con una dureza impropia en él y salió en silencio de la habitación, donde dejó a la mujer triste, sola y cansada.

CAPÍTULO 9

Dacross leyó la carta por tercera vez consecutiva y de nuevo sintió la explosión de placer y alegría que sus letras provocaban en él.

Aún se hallaba postrado en una cama, pues habían sido largas semanas al borde de la muerte, pero tenía una razón para salir de aquel asfixiante cuarto y recuperar todas las fuerzas que había gastado en sobrevivir.

La maravillosa e increíble noticia se la había dado Joseph mediante aquella misiva y fue la primera vez en meses que no le echó de menos. Estaba haciendo algo mucho más importante que cuidarle las espaldas, se las estaba protegiendo a su sobrina.

Durante un momento sobrevino la duda, pues la joven de la que hablaba su amigo se llamaba Haliana. Lo más probable era que se lo hubiese cambiado para despistar a su padre, pero era evidente que no había sido una medida muy eficaz, puesto que habían estado a punto de asesinarla. Se frotó las recientes heridas del pecho y dominó su furia pensando que ese bastardo ya estaba muerto. Sonrió, su buen amigo se había encargado de ello y eso sin saber que el mismo hombre había estado a puntito de mandarlo al otro barrio a él también.

Claro que ese hecho sugería otro no menos importante. Si ese tipo había intentado matarlos a los dos y teniendo en cuenta que él estaba seguro de que la eliminación de la muchacha estaba organizada por Riok, eso significaba que también su intento de asesinato había sido una orden directa del rey.

Se levantó con decisión, un poco tambaleante. Odiaba ese mareo que lo dominaba noche y día y se reconfortó pensando que si, ¿cómo se llamaba ahora? Ah... Haliana lo sufría, bien podía él hacerlo con dignidad, por lo que se ordenó no vomitar bajo ninguna circunstancia aunque no muy seguro de poder obedecerse. Abrió la puerta con dificultad y más que gritar, graznó el nombre de su ayudante.

Sorprendentemente, dos segundos más tarde estaba frente a él y olvidándose de su malestar lo miró con fijeza, poniéndolo más agitado de lo que ya estaba al verlo levantado. Por norma era un hombre imperturbable, pero perdió los nervios y todo lo que tenía cuando vio como lo llevaban en brazos a su habitación, todo cubierto de sangre, semanas atrás. Desde entonces, parecía una madrecita sobreprotectora que no dejaba de revolotear a su alrededor cuidando de que se recuperase a cualquier precio. Y de esa ya tenía una, la suya propia, que aunque no era tan pesada como el criado, estaba muy preocupada por su salud. Apoyó una mano en el marco de la puerta, más para no caerse que otra cosa, pero que a los ojos del servicial hombrecillo pareció un claro gesto de intimidación.

—¿Duermes al otro lado de mi puerta, Sigur? —cuánto le había costado decir esas míseras palabras.

—No, Su Alteza. Estaba cerca y…

—¿Y?

—Y sí, Su Alteza, duermo justo al otro lado —confesó, avergonzado por intentar mentirle al príncipe y esperando su reacción. No es que tuviese que temer demasiado, el heredero era un buen hombre, pero en aquellos días se gastaba un humor de mil demonios.

—Bien, deja de hacerlo, maldita sea. Me pone nervioso saber que estás ahí, con la oreja pegada a la puerta por si me oyes lloriquear de dolor o incomodidad. Si necesito tu ayuda ten por

seguro que te lo haré saber y que querré que lo hagas deprisa. Como ahora, prepárame un baño, una buena comida caliente y ropa limpia. Ah y una botella de whisky. —Esperó a que la cara de sorpresa se disipase para dar paso a otra de rápida aceptación—. También quiero que tengas listas mis cosas para salir. En cuanto esté en condiciones de hacerlo, por supuesto —añadió al ver que iba a replicar—. Y más te vale que eso ocurra pronto, así que apresúrate.

—Sí, mi señor. —Salió literalmente corriendo en dirección a la planta baja.

Dacross cerró la puerta despacio y procuró llegar a la cama sin caerse en el camino.

Los labios del hombre, duros un momento, suaves al siguiente, enloquecían a la hermosa mujer de ojos dorados, llenos de deseo insatisfecho y la más pura lujuria.

Estaba acostumbrada a retozar con él, si es que alguna vez se podía una acostumbrar a la forma de hacer el amor de Reskan Cetriar.

Llegaba sin pedir permiso y se iba sin avisar, pero aquellos breves ratos de placer intolerable llenaban cualquier vacío que pudiese existir en su vida. Sabía que no era la única y que si bien su historia se remontaba al último año, podía acabar de forma rápida y limpia, si estaba dispuesta o con gritos y lágrimas sino cooperaba llegado el momento. Tampoco había esperanzas de avanzar hasta el matrimonio y hacía tiempo que había renunciado a la idea de una alianza con el príncipe, aunque eso no significaba que no lo desease. Era cuestión de saber cuál era su lugar.

Dejó de pensar, como siempre hacía, cuando el hermoso ejemplar de macho que ocupaba su cama comenzó a acariciarla entre los muslos.

Sus gemidos se hicieron más fuertes y su respiración más trabajosa. Lo necesitaba ya. Sentía un dolor sordo y un vacío inmenso dentro de sí, allí donde sabía que él entraría cuando fuese insoportable.

Tenía que acelerarlo o no podría soportar aquella dulce tortura. Con esa idea en mente deslizó la mano entre ambos cuerpos hasta agarrar con fuerza aquella virilidad grande, larga y fuerte, dura y potente. Lo acarició con destreza, disfrutándolo ella también. Sonrió, medio histérica por el placer que sentía, le tenía un especial cariño a esa parte del cuerpo de su amante.

Los dedos que se movían dentro de ella aumentaron el ritmo y la presión y creyó enloquecer al sentir que introducía uno más en su lubricado canal.

Aquella iba a ser la más placentera y aterradora unión de las que habían compartido y ella pensaba disfrutarla al máximo.

Ninguno de los dos pudo soportarlo por más tiempo y mientras clavaban la mirada el uno en el otro, Reskan embistió con fuerza en su interior.

Un gemido ronco escapó de una garganta y rasgó el silencio de la habitación. Ninguno supo de quién había salido y por supuesto no les importó. Lo único con sentido era lo que estaban sintiendo y no había palabras en el mundo que pudiesen expresarlo con coherencia o claridad.

Las acometidas se hicieron más rápidas y violentas, las caderas se alzaron al encuentro del más puro gozo, los gemidos se elevaron en la noche y la explosión de placer provocó un grito en ambos, dejándolos satisfechos y temblorosos.

Tardaron una eternidad en respirar con normalidad y cuando lo hicieron se quedaron dormidos uno en brazos del otro, agotados.

A la mañana siguiente Reskan fue el primero en despertar. Observó a la mujer que yacía a su lado y admiró sus formas desnudas a la luz del sol.

Eso fue lo que le llamó la atención la primera vez que la vio. Su increíble cuerpo y su aparente

desvergüenza en todo lo que hacía y decía.

No es que fuese poco menos que una prostituta. Elegía con cuidado a sus amantes, que no eran muchos, había que admitir. Todos ellos de encumbrada posición y excelente reputación.

Viuda desde hacía dos años y perteneciente a la nobleza, gracias a su muy enamorado y previsor marido, disfrutaba de una considerable fortuna, por lo que no dependía de ningún hombre, lo cual en sí suponía un enorme aliciente.

Se giró para observarla, cuidando de no despertarla todavía. Si había algo que le gustaba a Selene Saint Laoût casi tanto como el sexo, era dormir hasta altas horas de la mañana.

Un suspiro escapó de sus labios al recorrer con la mirada ese cuerpo perfecto. Su corta estatura la hacía parecer frágil y aunque en la vida real no lo era, sí se la podía considerar suave y femenina, grácil y elegante. Solo había que mirar sus generosos pechos, su estrecha cintura, más estrecha aún cuando se ponía ese horrible corsé... Sonrió, como hombre no comprendía la necesidad de apresar esa lozana carne con esqueletos de tela y ballenas, comprimiéndola hasta impedir casi por completo la respiración. Sabía que querían deslumbrar al sexo opuesto con esa cinturita que cabía en una mano, pero las incomodidades eran demasiadas para esa sola función. Y acariciándola con delicadeza pensó que era más atrayente tal como estaba que con esas rojas marcas en la piel.

También sus redondeadas caderas y las bien torneadas piernas llamaban poderosamente la atención, pero lo más deslumbrante era su rostro, tan hermoso con esos ojos color miel, infinitas y espesas pestañas, la boca llena y sensual y enmarcado por una deslumbrante cabellera rubia, larga, sedosa y rizada. La misma que caía ahora sobre el pecho del hombre, haciéndole cosquillas y despertando sus sentidos.

Pero aún no era el momento de aplacar el hambre que comenzaba a sentir.

Debía tomar una decisión y no tenía ni pajolera idea de por dónde empezar, como siempre que se enfrentaba al fascinante problema que lo aguardaba en casa.

Intentaba con cada fibra de su ser olvidarla pero hacía tiempo que había comprendido que era una causa perdida. Gobernaba sus pensamientos, sus sueños, su cuerpo.

Llevaba dos semanas fuera de Vadia, intentando borrarla de su vida, pero también dándole tiempo para recobrarse de su reciente herida. No quería enfrentamientos en la casa de su padre pero si era sincero consigo mismo y siempre lo era, cabía reconocer que la quería recuperada para cualquier discusión que tuviese lugar.

Selene se movió en sueños y eso dio al traste con sus conflictivas reflexiones pues el roce de la cadera femenina contra su ingle lo desconcentró por completo.

No pudo evitar comparar a las dos mujeres, aunque estuviese mal de su parte.

Las dos eran ejemplares hermosos, pero ahí acababan las semejanzas. Haliana era mucho más alta, sus pechos más llenos, mucho más llenos, rectificó. Su figura más plena, también. Si bien era cierto que su actual amante no le daba ni la mitad de problemas que la arpía de ojos violetas, no le inspiraba en los demás aspectos de la vida, excluyendo, claro, sus deberes en la cama, los cuales ejercía con impecable perfección.

Claro que no sabía cómo se desempeñaría la agresiva mujercita que tenía a pocas puertas de su propio dormitorio en cuestiones de amor, pero por las pocas y satisfactorias ocasiones en que pudo probarla estaba seguro de que sería la mejor de sus amantes. Y si era correcto decir que lo sacaba de quicio cada dos minutos, también era justo admitir que llenaba su vida de una forma como jamás habría podido hacerlo Selene.

Suspiró, de todas formas no había color entre su princesa de fuego y la muchacha acostada a su lado. Aunque eso no quisiese decir que no aprovechase la oportunidad que se le brindaba, se

aseguró con rapidez mientras sentía la femenina mano apretando su ya crecida virilidad.

Haliana se encontraba mucho mejor. Si bien debía tener cuidado de no hacer movimientos bruscos que aún le provocaban un gran dolor, hacía ya una vida casi normal.

Lo que más echaba de menos eran sus agotadores galopes a lomos de un brioso caballo y aunque disfrutaba de sus tranquilos paseos con Princesa Escondida, no era lo mismo.

En los últimos días, desde aquella tarde en que conoció a Eidrian Cetriar, su… relación había sido algo más que tensa, pero eso no evitó que al enterarse por Helailla de cuánto añoraba a su yegua, la cual había quedado en su casa a cargo de un mozo por orden de Reskan, esta fuese llevada a los establos del castillo y tratada como una reina. A pesar de que todos sabían que el príncipe la había dejado atrás a propósito, como medida preventiva para dificultarle la huida.

De todos modos abandonar Vadia había sido imposible hasta entonces. Durante las primeras semanas debido a su estado de debilidad y más tarde por el par de hombres que la seguían a todas partes, como sombras pegadas a sus talones. ¡Ah! Y ni qué decir del gigante de color que se afanaba con increíble efectividad en no perderla de vista.

Al principio creyó que había sido un delirio provocado por la fiebre, pero cuando se recuperó lo suficiente como para salir de aquel dormitorio al que había llegado a odiar como si fuera una celda, lo encontró al otro lado de su puerta y sin saber muy bien cómo, los dos habían llegado a encariñarse el uno con el otro y se había convertido en algo normal ver a la muchacha acompañada de aquel imponente hombre.

Pero Haliana ya estaba harta de que decidiesen su vida por ella. Llevaba muchos años haciendo su voluntad y era demasiado obstinada e independiente para aguantarlo durante un solo día más. Además su gente estaría preocupada, sobre todo Kaileen. Y también Trea y su marido. Se había marchado sin dar demasiadas explicaciones y por supuesto nadie esperaba que tardara tanto en regresar. Así que lo mejor era volver a casa y aprovechar la ausencia de Reskan.

Lo más complicado de su plan, sin duda alguna, sería convencer a Eclipse. Estaba segura de poder despistar a los hombres de Eidrian sin mucha dificultad, pero su amigo era otra historia. Era demasiado inteligente para dejarse engañar y aunque lo consiguiese, no pasaría mucho tiempo antes de que la encontrase. Y entonces estaría furioso. Pero con independencia de su respuesta partiría ese mismo día. No fuese que le diese por volver al principito y tuviese que lidiar también con él.

La rápida conformidaddel gigante la sorprendió, pero como de lo que se trataba era de salir de allí lo más rápido posible, no se entretuvo buscando explicaciones que tampoco necesitaba. Mientras dejaban atrás las fronteras del reino a todo galope, Haliana reconoció que Eclipse le estaba siendo de gran ayuda. No solo se había encargado él solito de los dos hombres que la custodiaban, sino también de los otros tres que los descubrieron en su precipitada huida, desmayándolos a todos. Y como no había tenido en cuenta su propio y precario estado de salud, se sintió muy agradecida por no tener que doblar ni el dedo meñique en aquella aventurilla. Aunque por desgracia aquel grandote no podía hacer nada para aliviar el terrible dolor que le producía cabalgar a aquella velocidad. Supo sin necesidad de comprobarlo que la herida se había abierto y estaba sangrando, pero nada la obligaría a detenerse. Nada.

Sintió sus ojos observándola, siguiendo todos sus movimientos.

Se giró para encontrarse de nuevo con su mirada, cálida y repleta de admiración pero extraña, pues estaba segura de no conocer en absoluto a su dueño.

Era una sensación desconcertante y aterradora, teniendo en cuenta los peligros que amenazaban su vida. Se preguntó si sería un hombre de su padre, dispuesto a matarla en aquella fiesta rebosante de pares del reino. No daba el tipo, desde luego, la gentuza que mandaba Riork para tales menesteres no se caracterizaba precisamente por su valentía, y aquel hombre no parecía para nada un cobarde. Claro que las apariencias casi siempre engañaban. Si tuviera que apostar diría que estaba siguiéndola, estudiándola para saber sus costumbres y poder predecir sus pasos. Entonces esperaría el momento idóneo, cuando estuviese sola, para llevar a cabo sus órdenes.

Una idea espeluznante se coló en su conciencia, negándose a salir hasta que la hubiese considerado. Recordó cuánto había insistido Eclipse para que asistiera a aquella fiesta, a pesar de sus repetidas negativas a salir de casa, así como también su expresión triunfal cuando al final aceptó. Tal vez había sido una tonta al confiar en él, podía ser que ese fuera su propósito desde el principio, ganarse su amistad para empujarla a las garras del rey.

Tal vez, tan solo tal vez, estaba equivocada. El grandote había sido su amigo, le había salvado la vida, no podía estar traicionándola porque hubiese sido más fácil dejarla morir cuando pudo hacerlo. Era inocente, lo sabía.

Claro, que también era posible que aquel extraño fuese un espía de Reskan que habiéndose enterado de su huida de Vadia quisiese seguirle los pasos para saber dónde estaba en todo momento. A los hombres les gustaba creer que tenían las situaciones y a las mujeres controladas. «Si ellos supieran».

Suspiró, fuese quien fuese y mandado por cualquiera de esos hombres, estaba claro que se encontraba allí por ella.

Volvió a girarse para tenerlo localizado y se topó con una pared de músculos de acero. Alzó un poco la cabeza y lo vio allí, sobre ella, apreciando cada detalle de su cara y su cuerpo y con una irritante sonrisa conocedora. Haliana se preguntó qué creía el hombre que sabía. Aquellos ojos escrutadores volvieron a los suyos, compartiendo un secreto del que ella no tenía ni idea.

—Lady Haliana Antal Quiveska, ¿verdad?

—Depende, ¿quién lo pregunta? —El hombre lanzó una suave carcajada y la joven se encontró aceptando el cálido brillo de esos ojos color café, apreciando el hermoso rostro de líneas puras y sensuales y comiéndose con los ojos el más que apetecible cuerpo tallado en piedra que se ofrecía con tanta generosidad desde esa distancia.

—No te conviene mirarme así, ¿sabes? —comentó, divertido. Aquello sacó a Haliana de su ensoñación pues las groseras palabras le recordaron al arrogante príncipe de Vadia. Pero aun sabiendo que este hombre no era trigo limpio, no pudo enfadarse. Lo miró y sonrió, dispuesta a saltar a su cuello ante la menor señal de peligro, por muy magnífico que le pareciese.

—¿Así, cómo? —preguntó tan dulce que ella misma sintió arcadas.

—Como si no hubieses visto un hombre como yo nunca. —Lo miró sin parpadear. Menudo egocéntrico estaba hecho ese idiota.

—A decir verdad —contestó parpadeando varias veces con coquetería—, he visto a otro par que te aventajan considerablemente. —Lo cual no era del todo cierto, pues solo Reskan era superior en belleza, aunque Domenie también era muy atractivo.

—¿Ah, sí? Bien, comprobémoslo. —Dicho eso la cogió de la mano y la llevó fuera, en dirección al jardín.

Ella lo siguió con docilidad hasta que nadie pudo verlos, entonces se retorció intentando liberarse. No pudo hacerlo, por supuesto, pues aunque su fuerza era superior a la de la mayoría de las mujeres no era comparable a la de él, entrenado desde hacía años para la guerra. Aun así le

costó mucho esfuerzo llevarla hasta donde pretendía.

Haliana dejó de forcejear al instante pues su mirada se clavó en Eclipse, apenada y furiosa. Ambos hombres se saludaron como dos viejos amigos y la muchacha vio confirmadas sus sospechas, era innegable que la había traicionado. Sus ojos dijeron lo que su silencio callaba, demostrando el desprecio y el sufrimiento que aquella decepción le producía. Por su parte Eclipse se sintió herido en lo más vivo ante la rapidez con la que ella lo había condenado, olvidando las veces en que había salvado su pequeño y respingón trasero en las últimas semanas.

—No pienses lo peor, niña, no es lo que parece. —Intentó justificarse, pero no podía hacerlo sin descubrir lo que solo el otro hombre debía decir.

—¿Y qué crees tú que parece? Yo solo veo a un hombre que fingió ser mi amigo para atraerme adonde quería. Solo veo a un traidor.

—¿Me condenas sin escuchar tan siquiera lo que tengo que decir? —La joven lo miró sin pestañear.

—Exacto. —Una chispa de dolor cruzó el rostro de color y sin mediar más palabra se marchó, orgulloso pero abatido.

—No deberías haberlo tratado con tanta dureza. —La reprendió el desconocido con una nota de acero en la voz que hasta entonces no le había conocido—. Joseph es totalmente leal. —Ella lo enfrentó.

—Sí, pero ¿a quién?

—A ti. Y a mí, que es lo mismo.

—¿Te parece? —preguntó con sarcasmo.

—Después tendrás la oportunidad de comprobar lo equivocada que estás y de pedirle perdón. Aún hay otro tema que debemos zanjar. Ahora. —Volvió a cogerla y la arrimó a él. Haliana no se resistió, buscando la ocasión propicia para atacarlo—. Vamos a ver si esos dos amigos tuyos en efecto pueden compararse conmigo —susurró pegado a su boca. Un segundo más tarde estaba besándola. No introdujo su lengua, ni hizo movimiento alguno para acercarla más, ni siquiera fue un beso pasional. No le pareció repulsivo, pero tampoco consiguió despertar en ella ni la más mínima emoción. Decepcionada pensó que era una verdadera pena que un hombre tan buen mozo como ese no supiese besar. Durante un fugaz instante se preguntó que más no sabría hacer en cuestiones de amor. La respuesta que se le ocurrió le puso los pelos de punta. El beso terminó, a Dios gracias y abrió los ojos, intentando descubrir qué le había hecho sentir a él. La contestación no parecía muy halagüeña tampoco para ella, pues su expresión imperturbable y su respiración calmada no eran indicios de una gran excitación—. Mi querida Kana —susurró con extrema dulzura—. No nos hemos presentado como corresponde. —El hermoso rostro se había puesto blanco como el papel al oír su verdadero nombre en labios del desconocido. La sorpresa era comprensible, dado que era la primera vez en cinco años que lo escuchaba. Aquello también despejaba la duda sobre la identidad del hombre, puesto que solo uno de los secuaces de su padre podría saber quién era ella en realidad. El extraño sonrió con mordacidad y le dedicó una reverencia formal—. Dacross Severn a tu servicio. Espero que recuerdes que ese es el apellido de la familia de tu madre, por lo que deducirás que solo puedo ser tu tío. —Nada, nada podía haberla preparado para esas palabras. Durante un rato pensó que las había imaginado y luchó para sacarlas de su mente. Pero el hombre era real y la miraba con una sonrisa divertida y cariñosa, como si supiese que necesitaba tiempo para asimilarlo. Entonces lo ocurrido hacía un momento cobró un nuevo significado. Se tocó los labios.

—Me has besado. —Acusó, recordando el supuesto parentesco que los unía.

—Es cierto, ¿no? —admitió él, para nada arrepentido.

—¿Por qué? —Rezó con fervor para que no fuese de esos hombres que deseaban a las mujeres de su propia familia pues no sabría cómo enfrentarse a una situación así. El príncipe soltó una fuerte carcajada, comprendiendo a la perfección lo que estaba pensando.

—Eres muy hermosa... Haliana. Y si no fueses de mi familia me vería tentado por tus increíbles encantos, que son muchos. Pero cuando te miro solo veo a mi sobrina. —La joven tragó con esfuerzo, pues sus preciosos ojos oscuros reflejaban esa alegría y ese amor de los que hablaba—. El beso solo ha sido una muestra de afecto y he de admitir que una ocasión para probarte. La respuesta ha sido satisfactoria para ambos, ya que no hemos sentido nada fuera de lugar dada nuestra relación.

—¿Y Eclipse? —Cambió con rapidez de tema, pues no se sentía muy cómoda con el actual.

—Ah, mi buen y fiel amigo Joseph. Te advertí que no habías sido justa con él. Estaba buscándote mientras yo me recuperaba de cierta herida provocada por el mismo arco que casi acabó contigo. Fue una coincidencia que te encontrase ese día, pero no lo demás. Se quedó contigo para protegerte de otros posibles ataques y desenmarañar la verdad acerca de tu galán, el príncipe Cetriar.

—No hay nada que desenmarañar. La única verdad es que él mató a mi madre. ¡A tu hermana!

—En mi opinión alguien se esforzó mucho por hacernos pensar eso en aquel momento, y entiendo que sea lo que necesitas creer, pequeña, pero te mentiría si no te dijese que creo que fue tu padre y no él quien asesinó a mi querida Atriana. —Ambos estaban furiosos, pero por diversos motivos. Mientras que Dacross pensaba en la pérdida de la muchacha a la que nunca había tenido la oportunidad de conocer, Haliana sumaba a su dolor la certeza absoluta de que Reskan era el culpable. No podía permitirse creer ni por un instante que fuese inocente, por su propio bien sería mejor que estuviese en lo cierto—. Hal, te ciega tu sed de venganza. Tienes miedo de admitir que durante diez años has odiado a quien no debías porque entonces el hombre tendría el camino despejado para llegar a tu corazón. ¿Qué te horroriza más, comprobar que te equivocaste o aceptar que podrías amarlo?

—¡No lo amo! Y más vale que sea yo la que tiene razón en este tema. ¡Puesto que he intentado matarlo en dos ocasiones! —gritó, enfadada. Nadie la había llamado Hal aparte de Reskan y eso la convenció aún más de lo parecidos que eran su tío y su enemigo. En cuanto a la referencia a sus sentimientos hacia Res, la inquietaba, porque había cierto trasfondo de verdad en sus palabras que ella no se atrevía a analizar en profundidad.

—¿Qué? Dios mío, dime que no hablas en serio. —Por supuesto se quedó muda mientras lo miraba con ojos desafiantes—. Lo has hecho, ¿verdad? Maldita sea, claro que lo has hecho.

—Ahora no importa, al menos hasta que Reskan venga por mí, cosa que hará.

—Que se le ocurra ponerte una mano encima y verá de lo que soy capaz. —Prometió, muy calmado—. Aunque no es ni más ni menos que lo que te mereces —añadió para mortificación de la joven.

—¿De parte de quién estás? —preguntó indignada.

—De la tuya, sin lugar a dudas. Y de la suya si como supongo es inocente —agregó con rapidez al ver su amplia sonrisa, la cual se borró en el acto tras sus últimas palabras.

—Te he dicho…

—Y yo te digo que te calles, niña malcriada y cabezota. Me alegro de conocerte. —Aquella pequeña y simple frase cortó la diatriba que estaba dispuesta a lanzarle. Fue entonces cuando todo comenzó a tener sentido, cuando comprendió que tenía una familia y que aquel hombre lleno de arrogancia y seguridad estaba allí para cuidar de ella. Era una experiencia nueva y demasiado agradable como para no regodearse en ella un momento. Se quedó sin aliento

mientras asimilaba la importancia del hecho en sí. Nunca más estaría sola, ahora tenía un tío. Se acercó a él, tímida y solo cuando le abrió los brazos ella corrió a su encuentro, estrujándose contra aquel fornido cuerpo sin vergüenza.

—Te quiero, Dacross. —Suspiró contra su cuello.

—Y yo a ti, pequeña. Siempre estaré a tu lado, te lo juro. —Haliana sonrió, simplemente contenta de estar allí.

Pero el que de ninguna forma sonreía era el hombre que los observaba desde escasa distancia. Solo había alcanzado a ver el dulce abrazo y las tiernas palabras de amor de los dos amantes y ese cuadro había sido suficiente para despertar sentimientos de muerte y venganza impropios en él. Jamás le había importado tanto una mujer para tenerlos. En ese momento quería salir corriendo para lamer sus heridas en soledad. Después decidiría a quién mataba primero, si al hermoso niño rubio o a la zorra vengativa y tentadora.

Tan solo Eclipse vio a Reskan salir de su escondite y marcharse cabizbajo, ocultando el dolor desnudo que brillaba en sus iris plateados.

—¡Lady Haliana, qué alegría volver a verla! Si me disculpa llamaré a mi madre para que la atienda personalmente. —El muchacho la miraba con arrobo y su cara estaba ruborizada de placer.

—Gracias, Amín —dijo, dedicándole una de sus mejores sonrisas. El chico tropezó con unos rollos de satén mientras retrocedía de espaldas, para poder seguir admirando a la dama de los ojos violetas que le hacía suspirar por los rincones desde hacía más de un año. Enderezó la mercancía con un suspiro de pesar y se alejó, abatido.

Haliana se dedicó a observar el local. Reparó en la belleza rubia que estaba siendo atendida por la dueña en ese momento. Vestía con mucha elegancia, a la moda y con colores fuertes pero para nada llamativos. Aprobó su gusto por la ropa.

El joven llegó hasta la mujer y esta se volvió hacia ella, le dedicó una gran sonrisa, consciente de la fortuna que la joven se gastaba en su establecimiento cada vez que venía. Se disculpó con la otra clienta prometiendo regresar en unos minutos y se acercó a ella con grandes pasos.

—Lady Haliana, qué placer tenerla aquí. Con su hermosura alegra mi humilde tienda más que cualquier otra de las damas que la visitan. —Solo estaba lisonjeándola, pues la modista era la más conocida del país y su “humilde tienda” era un inmenso edificio en el corazón de la ciudad, tan rebosante de aristócratas clientas que no se podía encargar un par de guantes si el nombre de una no estaba anotado en su abarrotada pero selecta agenda.

—Me halaga, señora Tolkien. ¿Cómo está su hermana? Me enteré de que ya es tía de nuevo. Felicidades.

—Muchas gracias. Si, en efecto ha traído al mundo a una dulce niñita, muy bonita, por cierto —declaró, orgullosa—. Pero bueno, no quiero hacerla perder más tiempo del necesario. Su encargo está listo, como le prometí.

—Perfecto. Mientras lo esperaba he visto esta tela y he pensado en comprarla.

—Oh, por supuesto. Iré por sus vestidos y veremos qué corte le agrada para el nuevo. ¿De acuerdo?

—Muy bien. —La mujer se marchó en dirección al almacén donde tendría su vestuario nuevo cuidadosamente guardado, pero a mitad de camino fue interceptada por la encantadora rubia de ojos color miel. A Haliana no le importó. Tenía tiempo y lo peor que podía sucederle era que viese más telas que comprar, lo cual no era ninguna tragedia. Volvió su atención al retal plateado que había mencionado momentos antes.

—Yo elegiría ese raro tono violeta que coordina a la perfección con tus ojos. —Se dio la vuelta con brusquedad, reaccionando a la voz suave y aterciopelada.

Reskan se hallaba muy cerca de ella, sentado en el mostrador del fondo, con una pierna colgando y los brazos apoyados con negligencia en la rodilla. Había sido fácil pasarlo por alto cuando entró, pues aquel rincón de la tienda estaba sumido en sombras aunque la cara y la parte superior de su cuerpo quedaban ahora a la vista, puesto que se había inclinado hacia adelante con ese fin.

El corazón comenzó a latirle con frenesí mientras sus ojos la observaban con minuciosidad. Se maldijo en silencio por dejarse embaucar por una cara bonita y una sonrisa descarada, sabiendo en su interior que sus defensas se debilitaban por algo más que un físico espectacular. Había sido tan estúpida como para escuchar todas las razones que Dacross tenía para creer inocente a ese hombre y no pudo sino reconocer, mientras las esgrimía con lógica aplastante, que podían muy bien ser ciertas, pero se resistía a creerlas. Era la niña de once años que había visto a ese muchacho con las manos empapadas de la sangre de su madre y esa imagen aparecía en sus sueños cada noche, sin excepción.

—¿Qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo?

—¿Por qué crees que haría eso? ¿Me has dado algún motivo para proceder de forma tan drástica? —preguntó, irónico. Ella sabía a lo que se refería, pero decidió obviarlo debido al lugar en el que se encontraban.

—Esta es una tienda exclusivamente femenina ¿Qué puede hacer alguien como tú aquí? —El hombre sonrió, disfrutando de los esfuerzos de la joven por mantener una conversación civilizada y no perder por completo los estribos, que era lo que tenía ganas de hacer.

—¿Te refieres a que no hay nada interesante para un hombre en un local para mujeres? Oh, pero las hay, mi querida. De todos modos he venido escoltando a alguien. —Acompañó sus palabras con un gesto de cabeza, señalando algo detrás de la muchacha. Comprendió sin necesidad de volverse. No había nadie más en la tienda aparte de la rubia. Sonrió con burla.

—¿Esa muñeca dorada es tuya... querido Reskan? —Contraatacó. Se enfureció cuando este soltó una sonora carcajada, al parecer muy divertido.

—Bien podría decirse así. De momento me la quedo. —La miró con intensidad—. A no ser que quieras ocupar su lugar, en cuyo caso la cederé en el acto.

—¿Y cuánto tardarías en donarme a otro con la misma deportividad? —preguntó, decidida a seguir su juego un poco más. Al menos hasta que su pesada amante dejase libre a la vendedora y pudiese alejarse sin montar una escena.

—Mi hermosa Hal, a ti nunca te dejaría marchar. —Fue su tono serio, sin rastros de burla, y su mirada penetrante, lo que aceleró su corazón hasta amenazar con salírsele del pecho. Casi le creyó. Casi.

—¿Por qué?

—Porque eres única y de lo más atrayente por ello. Porque llenas mis más locas fantasías y mis más atroces pesadillas. Pero sobre todo porque eres una muchachita que conocí hace muchos años y por la que sentí un gran cariño. —Haliana se puso blanca como el papel, podía sentir como la sangre desaparecía de su rostro y pensó que se caería allí mismo. Él no podía saberlo—. Me la recuerdas a menudo, aunque eres muy diferente en muchos aspectos. Ella era dulce, inocente y buena, mientras que tú eres agresiva, traicionera y vengativa —hablaba mirando a la calle, como perdido en pensamientos demasiados personales para compartirlos y sin embargo era eso lo que estaba haciendo—. Pero a veces cuando te miro la veo a ella. Irónico, ¿no crees? —dijo, volviéndose para observarla. Por fortuna había tenido tiempo de recuperarse, pues no

entendería su reacción.

—Diría que la has olvidado con facilidad —comentó, mirando por encima del hombro—. Tu *amiga* parece entretenerte muy bien, aunque debo admitir que si lo que está comprando es un indicio de tu generosidad, está inmejorablemente pagada.

—¿Eso significa que mi oferta te tienta?

—No necesito dinero y cuando quiera ser la puta de un hombre rico elegiré a alguien mucho mejor que tú.

—Mejor que yo no sé si es —señaló con un filo peligroso en la mirada—. Pero tu nuevo benefactor parece cumplir el resto de tus requisitos. En mi humilde opinión tu guapo principito es demasiado mocoso para ti, pero no hay duda de que sus arcas están bien llenas. —Haliana lo miró con fijeza, intentando descubrir de qué demonios hablaba. Luego cayó en la cuenta. Se refería a Dacross, por supuesto. En las últimas semanas se la había visto en su compañía a menudo y dado que nadie sabía que eran familia, podría ser que algunos llegaran a la conclusión de que eran… el qué, ¿amantes? Solo de pensarlo rio con ganas. ¡Eso sí que era divertido!

—Bueno sí, Dacross y yo somos muy íntimos y puedo asegurarte que me ha visto en situaciones en que ningún otro hombre me ha hallado —confesó, pensando en las innumerables noches que había despertado bañada en sudor y abrazada con desesperación a él debido a las aterradoras pesadillas, pero eligió a propósito sus palabras para que él creyera que confirmaba su suposición. Reskan abandonó su posición indolente y en dos zancadas se situó junto a ella. La agarró con fuerza de los brazos, apretándola contra él, sin importarle que estuviera haciéndole daño.

—Jamás pertenecerás a otro. De un modo u otro serás mía, Haliana, te lo juro. Al menos mientras descubro qué horrible crimen he cometido para que me odies así. —El joven no podía saber cuán exactas eran sus palabras, pero la muchacha sintió su impacto como el de una bala en pleno pecho. De un empujón lo apartó de sí y lo enfrentó llena de rencor.

—Me entregaré a cualquiera antes que a ti, cabrón, porque cualquier alimaña es preferible a que tú me toques. Y lo mejor es que no puedes hacer nada para evitarlo porque solo yo soy dueña de mí misma. Confórmate con tus zorras de gustos caros, diviértete, solázate con ellas, pero olvida que me has conocido hasta que yo vaya por ti. Consérvame en tus pesadillas, Reskan Cetriar, porque los muertos alguna vez salen de sus tumbas para reclamar justicia.

Confundido e impactado por aquellas crueles palabras, Reskan salió de la tienda, dejándola sola, agotada y preguntándose cómo era posible que habiendo ganado aquella confrontación se sintiera tan derrotada.

Selene había observado toda la escena con suma atención. Por desgracia no había podido escuchar ni una sola palabra de lo que habían hablado pues estaba al otro lado de la estancia, pero incluso desde allí la furia que había embargado a Reskan cuando abrazó con fiereza a la desconocida mujer había sido más que evidente, e incluso el gesto en sí contenía una confianza que no debería existir entre dos personas que no se conocían. ¿O sí se conocían? Estudió a la beldad morena durante un momento, reparando en la agitación que intentaba ocultar. Esa parejita se traía algo entre manos y se preguntó, muerta de celos, qué tipo de relación mantendrían esos dos. Ni siquiera el evidente rechazo de la mujer hacia el príncipe suavizó su rabia, pues Res sí estaba interesado. Lo conocía lo bastante bien como para interpretar sus gestos corporales y su seductora sonrisa y tenía a aquella virgencita en su punto de mira.

Sus ojos se encontraron con los de su rival a través de la tienda, manteniendo un pulso de voluntades que ninguna parecía dispuesta a perder. Selene dio un paso al frente, dispuesta a obtener las respuestas que deseaba, pero la señora Tolkien aprovechó que Su Alteza dejaba sola a

su ilustre clienta para correr a su lado, puesto que ya había terminado con ella. Maldijo, sabiendo que había perdido una oportunidad de oro, pero consciente de que Reskan esperaba fuera, echó una última mirada en dirección a la joven y salió de la tienda.

Haliana escuchaba a la modista sin enterarse de nada de lo que decía, solo estaba atenta a la acompañante de Cetriar, que abandonaba el local. Sabía que había querido enfrentarla y que solo la oportuna aparición de la propietaria la había salvado de ser abordada por esa mujer, a la cual no tenía ganas de conocer.

—[…] ¿No le parece? —La muchacha lo miró sin comprender, había perdido el hilo de la conversación desde hacía rato. Le dedicó una de sus mejores sonrisas, como si pasar la mañana en su tienda fuera lo más delicioso que se le podía ocurrir.

—Son de una inmejorable calidad, como siempre. Envuélvalos, por favor.

—Por supuesto. ¿Ha decidido al final utilizar esa hermosa tela de la que me hablaba antes?

—Sí, la plateada. —Hizo una pausa, reflexionando—. Y también la violeta, dicen que hace juego con mis ojos.

CAPÍTULO 10

Riork se paseaba furioso por el gran salón. Había echado a todos los que estaban en él, la mitad a gritos y el resto a puntapiés.

Tenía ganas de matar a alguien, pero sabía que esa vez no podía permitírselo. Vigilaban cada uno de sus pasos, cuestionaban sus decisiones, minando su autoridad, volviendo su posición insostenible. Se sentía acorralado y no le gustaba la sensación. Era el rey, la máxima expresión del poder y se veía obligado a limitar sus actuaciones para seguir en él.

Todo era culpa de Kana, por ella afrontaba ese terrible trance. Su odio hacia la muchacha era, con mucho, el más grande que había sentido jamás.

Despreciaba su condición de mujer, su vulnerabilidad, su carácter amable y débil. Aunque hacía cinco años que no la veía estaba seguro de que no había cambiado. Era como su madre, una frígida escrupulosa.

Volvió a llenar su copa y la apuró de un trago. El Consejo quería destituirlo, quitarle lo que era suyo. Por desgracia tenía heredero, y parecía que les serviría para quitarle a él del medio, aunque no fuera un varón, siempre y cuando se comprobase que estaba capacitada para hacerlo. En circunstancias normales Riork habría estado tranquilo a ese respecto, pues ninguna mujer estaba preparada para otra cosa que no fuese atender al marido, cuidar a los hijos, mantener limpia la casa y abrirse de piernas cada vez que el esposo lo requiriese, eso sí, resignada y rezando para que acabase cuanto antes. Jamás podría dirigir un reino de las dimensiones de Traguian.

Pero aquella puta había demostrado ser lista como el demonio, ocultándose de sus hombres durante cinco largos e infructuosos años. Ni una sola pista sobre su paradero en todo ese tiempo y para colmo, uno de sus mejores hombres había desaparecido mientras la buscaba. Se trataba del mismo tipo al que le había encargado la muerte de su cuñado y aunque había estado cerca, este había conseguido recuperarse de sus heridas.

Suspiró. Habría sido fácil quedarse ambos reinos con su hija y el tío bajo tierra pues sin heredero legal para Antrea, el país de Dacross, y una vez que los padres de este sufriesen un desafortunado y muy conveniente accidente, como viudo y padre de dos descendientes directos de la casa real y a falta de otros parientes consanguineos, pediría el reino para él y si esa estratagema no funcionaba, tomaría las armas y se haría con el país a la fuerza.

El temor de que los hombres del Consejo encontrasen a Kana antes que él lo volvía loco. Si eso sucedía y no podía eliminarla antes de que llegasen a las fronteras de Traguian todo estaría perdido. El descontento del pueblo era cada vez más evidente, en ese momento desde el más humilde de los aldeanos hasta el más encumbrado miembro de la nobleza poseía el poder de desacreditarlo. Le parecía inconcebible que cualquiera de ellos tuviese voz ni voto y aunque intentaba remediarlo intimidando a familias enteras, tenía las manos atadas para actuar con más firmeza. Nadie creía que pudiese hacer lo prometido, y las voces que se alzaban pidiendo justicia tapaban cualquier amenaza vacía.

En el pasado, si alguien estaba disconforme se lo liquidaba sin más y todo quedaba en silencio por temor a que eso mismo les pasase a los demás, pero de repente era fácilmente sustituible por una jovencita dulce e ignorante.

Le había dado cientos de vueltas a la idea de desmantelar el Consejo, pero sería difícil explicar las muertes de las siete personas más influyentes del país después de él mismo.

En la oscuridad, sumido en sus pensamientos y en los vapores del alcohol, se dispuso a encontrar una solución que le permitiese seguir en el poder y acabar de manera definitiva con sus dos problemas más acuciantes: Dacross y sobre todo, Kana.

De pequeño, Riork de Trarr siempre fue el segundón de la familia.

Con un hermano gemelo cinco minutos mayor que él pocas posibilidades cabía tener de suceder a su padre en el trono. Así fue como se convirtió en un niño envidioso y vengativo. Nada era lo bastante bueno para él, siempre ansiaba lo que le estaba otorgado a su hermano Sirus.

Desde que tuvo edad para comprender cuál era su posición empezó a aborrecer a sus padres, seguro de que él había nacido primero en ese parto doble y que por alguna razón habían mentido. Pero su más acérrimo odio lo guardaba para ese otro hermano, el que le había quitado todo lo que por derecho le correspondía. Durante su niñez y la mayor parte de su juventud, estuvo convencido de que Sirus ocupaba su lugar y jamás lo perdonó por ello.

Detestaba verse reflejado en la figura del otro porque la semejanza aumentaba la ilusión de que debía ser él y nadie más quien ostentase el título de futuro rey de Traguian. Asimismo, despreciaba a su hermano por lo que consideraba debilidad de carácter y ningún don de mando, sin ser capaz de reconocer su bondad ni su sentido de la justicia.

El odio, la avaricia y el despecho lo llevaron al borde de la locura, cometiendo actos imperdonables hacia quienes lo querían y también hacia aquellos que lo respetaban dada su condición de príncipe. No confiaban en él y le temían más que a una plaga de enfermedades, pero tampoco nadie se atrevía a delatarlo.

Con los años, la maldad de aquel muchacho fue aumentando hasta que decidió que era hora de deshacerse del molesto Sirus, que a cada momento truncaba sus planes.

Ocurrió el día que el hijo mayor se prometió con la bonita y dulce Arián, princesa de un reino vecino. Él contaba dieciocho años y la muchacha dieciséis y pensaban casarse en unos meses. Con urgencia, se comenzaron los preparativos y el ajuar de la novia y la alegría de los dos países se evidenciaba en todo momento. Eran tiempos de dicha, de fiesta y de promesas de futuro.

Riork estaba furioso. Si el matrimonio se llevaba a cabo y tenían un heredero todo habría terminado para él y como no estaba dispuesto a que eso sucediese se propuso cortar aquello de raíz.

Estudió a la prometida, vigilando cada movimiento para hallar la mejor ocasión de actuar. Ni siquiera la encontraba atractiva, no comprendía lo que el otro había visto en ella pues le parecía demasiado pálida con sus cabellos rubios, demasiado flaca de cintura y muslos, demasiado esmirriada con aquellos pechos pequeños y las caderas estrechas.

Pero la falta de atributos en la joven no iba a significar un impedimento para realizar sus maquinaciones, de modo que cuando encontró la oportunidad que buscaba la utilizó sin más.

La noche anterior, durante la cena, escuchó a los dos tórtolos comentarle a su padre que por la mañana temprano irían a cabalgar. Un dato importante para Riork en la inocente conversación fue que no llevarían escolta porque deseaban que fuese un paseo romántico. Con el poco tiempo que últimamente habían pasado solos a causa de la desenfrenada carrera contra reloj para que todo estuviese listo en la fecha prevista, esperaban disfrutar de unas horas en soledad. Aquello fue un golpe de suerte inesperado, pero bienvenido para él y cuando a la mañana siguiente la pareja salió del castillo, alegres y confiados, Riork los esperaba escondido, deseoso de realizar la inminente tarea.

Nada sabían de los planes maquiavélicos los dos jóvenes que se miraban con amor y timidez, solo tenían ojos el uno para el otro, en un día soleado y acompañados por el canto de los pájaros.

Un rato después, mientras decidían dónde extenderían la manta para desayunar, la bala que atravesó el cuerpo del hombre los pilló a ambos desprevenidos. Tan solo se escuchó el grito de la muchacha y el sonido seco que hizo el joven al caer desde el caballo.

Aunque Arián intentó llegar hasta él mientras las lágrimas le nublaban la visión, le fue imposible porque las garras de un desconocido se le clavaron en los brazos. Otro hombre, al que reconoció como Teor, asesor de confianza del rey, se agachó frente al caído y le dijo a su alteza que aún vivía, pero no la miraba a ella sino a un punto a su derecha. Arián volvió la cabeza y vio a su futuro cuñado. De pie y con los brazos cruzados observaba con evidente satisfacción a su hermano. La joven emitió un jadeo ahogado al comprender la magnitud del peligro, aunque no se lo hubiesen advertido nunca, cosa que sí hicieron, había intuido que era más que prudente mantenerse alejada de aquel personaje.

El sonido atrajo la atención de aquel demonio y se acercó a ella, sonriendo con malicia. Cuando habló su voz fue burlona y despectiva.

—Mi querida Arián, me temo que lo que voy a hacerte no será de tu agrado, pero aunque no eres ni con mucho mi modelo preferido de mujer, voy a disfrutarlo al máximo por el público que me he asegurado de proporcionarnos.

—¿Por qué haces esto? ¡Sirus es tu hermano!

—Durante dieciocho años no he podido olvidarlo ni un momento, querida. Él ocupa un lugar que me pertenece, el trono debió ser mío y no suyo y al fin va a pagar por ello.

—¿Por qué así? Traguian es lo suficientemente grande para los dos. Si se lo pidieses estoy segura de que…

—No quiero despojos, ni caridad y solo puede haber un monarca en el reino. Te aseguro que ese seré yo.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué te he hecho para que me incluyas en tu venganza?

—Mi pequeña ratita. ¿Tan pronto se ha esfumado tu amor? ¿Intentas salvarte aunque él vaya a morir? —Un sollozo escapó de la garganta de la muchacha al escuchar la sentencia de muerte de su prometido.

—No, si mi muerte sirve para salvar la suya tómala, te la doy gustosa. Tan solo quiero entender qué papel juego yo en esto.

—Qué romántica y desinteresada es tu actitud. Qué de emociones despiertan en mí tus palabras. —Se burló—. Bueno, supongo que tienes derecho a saber por qué vivirás un infierno en los próximos minutos. Solo eres un instrumento más para hacerle daño. A decir verdad, cuando termine contigo él mismo deseará morir. —Sin añadir más se dio la vuelta y se dirigió hacia el hermano.

—¡No! —Arián intentó debatirse pero el hombre que la sujetaba le propinó una bofetada que la dejó atontada.

—¡No tan fuerte, imbécil! Tiene que estar consciente o no servirá para nada. —Miró una vez más a la chica—. Aún le queda algo de tiempo, ratita. Debe estar vivo para lo que me propongo hacer —Se dirigió a Teor, que todavía estaba inclinado sobre el herido—. Despiértalo. Empieza la función. —Fue hasta la joven y la cogió con fuerza del pelo—. Ayúdale. —Ordenó al hombre que hasta entonces la tenía apresada—. Pase lo que pase no permitáis que nos pierda de vista y sujetadle fuerte, que peleará como un toro salvaje. Mejor pensado y para estar más seguros, atadle las manos detrás de la espalda y los tobillos. —El lacayo se apresuró a cumplir las órdenes y una vez inmovilizado Teor le puso un frasquito bajo la nariz que consiguió devolverle la lucidez. Sirus abrió los ojos y lo primero que vio fue a su hermano sujetando a su amada por el pelo, estaba llorando y sus ojos demostraban tanto pánico que se propuso levantarse para

ayudarla a pesar del dolor que sentía en el hombro izquierdo. Pero no pudo hacerlo. Comprendió que dos hombres lo sujetaban y creyó que lo hacían para mantenerlo erguido a pesar de que estaba de rodillas, pero cuando intentó mover las manos y se dio cuenta de que las tenía atadas, así como también los pies, pensó que tal vez no estaban allí para ayudarlo. Reconoció al criado de haberlo visto en alguna ocasión rondando el castillo, pero no estaba preparado para ver que el otro era Teor, el supuesto fiel asesor de su padre. Estaban en apuros y se obligó a mantenerse consciente para encontrar la manera de salir airosos de esa situación.

—¿Qué quieres, Riork? —preguntó, aparentando serenidad, aunque su cabeza luchaba frenéticamente para no sumirse en la oscuridad, intentando a la vez pensar en escapar. Tenían que salir vivos de allí, Riork lo ignoraba, pero Arián estaba embarazada.

—Interesante pregunta, pero eres más inocente de lo que pensaba si no sabes la respuesta.

—¿La sucesión al trono? ¿Ambicionas el poder de gobernar el país?

—¿Así que lo imaginabas?

—Siempre lo he sabido. Eres demasiado codicioso para conformarte con lo que tienes.

—Chico listo.

—Déjanos ir y lo tendrás, te lo juro.

—Ja, ja. Estúpido, por si no te has dado cuenta ya lo tengo. Y yo te juro que no saldrás vivo de aquí. —Tiró con más fuerza del pelo de la joven, arrancándole un grito de dolor—. Tampoco tu dulce puta, aunque para ella tengo planes y seré bueno contigo, te dejaré mirar.

—¿Qué quieres decir? —El miedo se apoderó de Sirus, imaginando lo que pretendía, pero rezando con fervor por equivocarse.

—Te lo mostraré. —Dicho eso, arrancó la parte superior del traje de montar de la mujer, llevándose consigo la camisola y dejando sus senos a la vista. Arián intentó taparse, pero Riork le sujetó los brazos con una de sus manos y con la otra le cogió un pecho y lo apretó con brutalidad, provocando un grito más fuerte que el anterior.

—¡Déjala, maldito seas!

—En algún momento lo haré, hermanito, solo que para entonces ni a ti mismo te servirá, a no ser que te guste follarte a una muerta.

—¡Te mataré si le haces daño! —El otro fingió no escucharlo y terminó de arrancarle la ropa, dejándola desnuda frente a los cuatro hombres.

—En verdad no sé lo que has visto en ella. Sus tetas son demasiado pequeñas y está escuálida. Aunque supongo que lo que te interesa es este capullo rosado que guardan sus muslos. —Mientras hablaba metió la mano entre las piernas de la joven y le introdujo tres dedos, haciéndole daño—. Lo que imaginaba, es muy estrecha y me dará más placer, ¿verdad, hermano? ¿Ya la has probado? Sí, estoy seguro. —Sin decir nada más y siempre con la mirada fija en el herido la tiró al suelo.

Arián intentó incorporarse, pero bastó una bota en su vientre apretándola contra la hierba para que no pudiese moverse. Mientras tanto Riork se bajó los pantalones hasta las rodillas y se tumbó sobre ella. Luchó cuanto pudo, pero la fuerza del hombre era muy superior a la suya y el final estaba claro para todos. Hacía rato que Sirus había dejado de gritar, no porque se hubiese rendido sino porque ya no tenía voz. Tres veces había intentado pelear pero las patadas en la espalda y finalmente la llave en el cuello, amenazando ahogarlo, terminaron de inmovilizarlo. Si no conseguía parar los acontecimientos al menos debía vivir para vengarse.

Riork la penetró con toda la violencia de que fue capaz, arrancando un rugido de dolor por parte de la mujer. La embestía con brutalidad, provocando todo el daño posible, una y otra vez salió de su frágil cuerpo para volver a entrar más profundamente.

Sirus creyó volverse loco, no podía hacer otra cosa que mirar con horror aquella horrible violación pues cada vez que cerraba los ojos el brazo que encerraba su cuello apretaba un poco más, dificultándole la respiración. De todos modos de nada le servía no ver la escena pues su mente se obstinaba en enseñarle las crueles imágenes de lo que sucedía a solo unos metros de él. Empezó a verlo todo borroso a causa de la herida en el hombro, pero lo que más le afectaba eran los angustiosos gritos de Arián. La muchacha no había conocido físicamente a otro hombre más que a él y siempre la había tratado con ternura. Había sido un acto de amor, muy diferente a la agresión a la que estaba siendo sometida en esa mañana soleada y tranquila, que había comenzado como un paseo entre dos enamorados.

Por fin, con un gemido de satisfacción Riork dejó el cuerpo de la chica y se arregló la ropa. Miró a su hermano y cuando vio el sufrimiento que había provocado y las lágrimas que resbalaban por sus mejillas soltó una carcajada. Se giró hacia la jovencita que después de todo le había proporcionado un gran placer y la escupió en la cara. Sin dejar de mirarla, se dirigió hacia el herido.

—Ya sé por qué te interesaba esta ratoncita, es una buena furcia y me ha hecho pasar un gran rato. —Miró con fijeza a su enemigo, consciente de cuanto le afectarían sus siguientes palabras —. Siervo, es tu turno de montar a la yeguita.

—Basta. ¿No es suficiente lo que ya le has hecho? —preguntó Sirus.

—No, aún tienes que retorcerte un poco más.

—Ten misericordia, Riork. Arián está embarazada.

—Me parece que ya no, hermanito. —Incluso desde esa distancia el joven pudo ver la sangre que salía de entre las piernas de la joven. Estaba teniendo un aborto. Riork ocupó el lugar del criado, sujetándole con fuerza mientras el otro hombre se acercaba a ella, quitándose con impaciencia los rotos y malolientes pantalones.

—Vamos, detenle. Solo tú puedes hacerlo. ¡No permitas que lo haga!

—Oh, pero no puedo hacerlo. Le prometí a ese andrajoso que se tiraría a tu perra, es el pago a sus servicios. Lo comprendes, ¿verdad? —Se escuchó un gemido y al prestar atención a la escena que se desarrollaba Sirus emitió un sollozo. Aquel vagabundo ya estaba violándola. En una nota de histerismo, el príncipe pensó que el muy cabrón no tardaría mucho en acabar, pues sus gritos de placer eran tan fuertes que se correría enseguida. En efecto, en un par de minutos el hombre tuvo su orgasmo y al levantarse estaba empapado en sangre—. ¿Qué me dices, Teor? ¿Tú también quieres solazarte con la putita?

—No, Su Alteza. Nunca conseguiría quitar las manchas de mi ropa y este atuendo es de mis preferidos. De todas formas morirá desangrada en unos minutos.

—Comprendo tu reticencia a estropear ese fino traje con aquel despojo. Pero para que mi querido hermano vea que tengo una veta de misericordia no consentiremos que la muchacha siga sufriendo. Tú, ven aquí y ocupa mi lugar. —El siervo terminó de ponerse los pantalones e hizo lo que su amo ordenaba. Mientras, Riork caminó hasta ella, se arrodilló a su lado y sacó un puñal. Cogió la cabeza de la joven, que abrió los ojos y lo miró, sin odio ni miedo, sin dolor, tan perdida estaba ya en las profundidades de la muerte. Con un solo y rápido movimiento Riork le cortó el cuello. Ningún sonido salió de la garganta de la joven, nada más que un chorro de sangre que manchó la cara de su asesino.

—¡Noooooo! ¡Noooooo! —Sirus se revolvió como un león, obligando a sus captores a soltarlo, se levantó y cayó al suelo al dar el primer paso, ya que no podía andar con los tobillos atados. Comenzó a llorar con amargura, sacando al exterior toda la angustia y el sufrimiento que sentía derramándose por todo su ser. Nada podía ser peor que eso, ni la muerte, ni la más horrible

tortura que su hermano pudiese idear para él. Mientras los sollozos continuaban rasgando el aire pensó en Arián como la había visto una hora antes, alegre y vivaz, con las mejillas sonrosadas por el ejercicio y el rubor de estar enamorada, con los ojos llenos de promesas y esperanza y las lágrimas que hacía rato se habían acabado y secado volvieron a afluir a causa del recuerdo. Su pequeña Arián, su dulce y querida Arián estaba muerta. Flotaba entre los ángeles en el Paraíso que él estaba seguro debía existir para las almas buenas y bondadosas como ella. Su joven e inmaculada Arián, hermosa entre las mujeres, etérea entre los espíritus. Dónde quiera que estuviese, siempre suya.

Quería levantarse, echar a correr y vengar la muerte de su amada. Quería por encima de todas las cosas destruir la vida de Riork antes de matarlo, lo mismo que pretendía su hermano para él y que ya había conseguido. Él ya había muerto, lo hizo en el mismo momento en que la muchacha había dejado de respirar. Pero había una diferencia abismal entre los dos hombres, mientras que Riork cometía tales aberraciones solo por avaricia, Sirus clamaba justicia, aun sabiendo que no la tendría, pues estaba seguro de que moriría mucho antes de que acabase el día. No tenía miedo a la muerte, ya nada le importaba salvo reunirse con su prometida en algún lugar lejos de esa vida, donde no existiesen monstruos capaces de matar o morir por una insaciable ambición. Cerró los ojos, dispuesto a dejar ese mundo y rezó para que ocurriese pronto.

—¿Quiere que lo mate, Su Alteza? —preguntó el criado.

—No, yo mismo me encargaré de eso cuando sea el momento. Puedes irte, tu trabajo ha concluido.

—¿No necesita que le ayude a sujetarlo?

—¿Crees que puede moverse en su actual estado, estúpido? La pérdida de sangre y sobre todo la de su amorcito lo han destruido ya. Desaparece de mi vista y mantén la boca cerrada. Ya has visto lo que ha sucedido aquí, si hablas será mucho peor para ti. Al fin y al cabo se trata de mi familia y soy magnánimo en cuanto a ellos se refiere, pero no tendré clemencia contigo. ¿Me he explicado con claridad? —Un miedo cerval apareció en los ojos del siervo, que se limitó a asentir con la cabeza, temeroso de que si hablaba aquel hombre cruel notase su pánico y decidiese liquidarlo sin más. Reconoció el error que había cometido al aceptar el trabajo. Entonces no había pensado más que en meterse entre las piernas de la hermosa y altiva princesa. Su título y su belleza lo habían obnubilado porque la hacían inalcanzable y pensó que el beneficio bien merecería el riesgo, pero en ese momento no estaba tan seguro. Sin decir una palabra se dio la vuelta y salió corriendo como alma que lleva el diablo. Una vez que desapareció en el bosque Teor se volvió hacia su señor.

—¿Voy tras él, Majestad?

—Sí, acaba con esa asquerosa rata. No quiero cabos sueltos y con un par de cervezas esa escoria sería capaz de delatarnos. Ve y termina de una vez. —Cuando el asesor del rey salió en busca del desdichado, Riork se arrodilló al lado de su hermano—. ¿Disfrutaste del espectáculo? —preguntó, burlón.

—Desátame y enfrentémonos a esto con igualdad.

—Mi querido Sirus, no puedo arriesgarme a que escapes o me venzas. Si bien es cierto que estás herido y que has perdido una cantidad considerable de sangre aún cabe la posibilidad de que ganes. Siempre fuiste mejor que yo con un arma en las manos. Temo que nunca he sido muy honorable, ¿verdad? —Rio con ganas su broma, dispuesto a disfrutar al máximo ese momento y reacio a darlo por terminado.

—¿Por qué te ha llamado Teor Majestad? Aún no eres el rey.

—Oh, pero lo seré. En unos minutos pasaré a ser el nuevo heredero al trono y a su debido

momento el monarca absoluto de Traguian. Al fin y al cabo nuestros padres se hacen viejos...

—¿Piensas acabar con ellos también?

—Pues claro. Si los dejo pueden vivir eternamente y eso no me conviene. Pero está el problema de que se tardará un tiempo en olvidar el brutal ataque que unos asesinos cometieron contra ti y tu prometida. Por supuesto, yo me mostraré debidamente desconsolado por tu trágica muerte, como cualquier hermano que se precie. Con un poco de paciencia y de tiempo dejará de ser sospechoso que todos los miembros de la familia real mueran en extrañas circunstancias, dejándome a mí como única alternativa para la sucesión.

—No te saldrás con la tuya.

—Reconozco que es un plan atrevido, pero sin riesgo no hay gloria. ¿No opinas lo mismo? —Sirus no contestó—. Bueno, ya no eres divertido, hermanito. Y eso me obliga a matarte cuanto antes porque las posibilidades de que me sorprendan en este claro del bosque aumentan a cada segundo que paso aquí. Debería decir que lamento lo que estoy a punto de hacer, pero ya sabes que no es así. Adiós hermano, te veré en el infierno. —Dicho eso sacó el puñal con el que había matado a Arián, sonrió por la ironía de aquel acto y hundió el cuchillo en el corazón de Sirus, que murió segundos después. Oyó unos pasos apresurados a su espalda y se levantó para enfrentarse con el intruso. Respiró aliviado cuando reconoció a Teor.

—El trabajo está hecho, Majestad.

—El mío también.

Ambos hombres montaron en sus respectivos caballos y abandonaron la escena del crimen. En sus corazones nadie podría encontrar una pizca de arrepentimiento.

CAPÍTULO 11

Los insistentes golpes en la puerta amenazaban con echarla abajo si no se apresuraba a abrir.

Su dolor de cabeza se acentuó con aquel molesto sonido y maldijo en voz alta a su hermana por ser tan vital y no haberse corrido aquella juerga la noche pasada, como había hecho él. Estaba claro que era Lalla quien venía a destruir esa paz que tan precariamente había conseguido para ese día. Fue necesario amenazar al mayordomo y al ama de llaves para que saliesen de la casa, pues llevaban tanto tiempo a sus órdenes que casi formaban parte de su familia y no confiaban en que pudiese cuidarse solo durante todo un día. El resto de los criados se había marchado sin discusión, contentos de tener tiempo libre. Y ahora su pequeña y alborotadora hermana estaba allí para sacarlo de la casa y obligarlo a acompañarla a algún estúpido compromiso al que habría prometido su asistencia sin consultarle. Eran tantas las ocasiones en que había hecho lo mismo que ya no le sorprendían aunque nunca dejaban de fastidiarlo, sobre todo después de la fiestecita que se había montado hasta hacía unas pocas horas.

Despacio se dirigió al vestíbulo y sin ninguna gana y con cara de pocos amigos abrió la puerta, dejando entrar tanto a la molesta de su hermana como a la irritante luz de aquel soleado día.

—¿Vas a dejarme de pie en el vestíbulo, Res? —Captó en seguida el tono de censura de la muchacha e hizo caso omiso de él.

—No eres bienvenida, así que no tengo por qué ser simpático —contestó, hosco.

—¿De mal humor? Entonces hubo noche de parranda y estás disgustado porque te sientes fatal y quieres encerrarte a oscuras en tu habitación para lamer tus heridas en soledad. ¿Es así?

—Muérdete la lengua, arpía.

—Lo que suponía, entonces. Bien, pues de entrada te digo que ni tus borracheras ni tus jolgorios hasta el alba van a significar un cambio en mis planes, así que ya te estás vistiendo porque nos vamos en diez minutos. —La mirada que le dirigió su hermano estaba llena de promesas de venganza. Estaba tentado de negarse, pero cuando vio cómo la joven levantaba la barbilla, desafiante, pensó que de nada le valdría pues aunque consiguiese escabullirse esa vez la muy bruja se las ingeniaría para hacérselo pagar en cualquier otra ocasión. De todas formas, con el dolor de cabeza que tenía estaba seguro de que sería incapaz de dormirse de nuevo, pero en un gesto infantil de rebeldía se juró una cosa, no iba a ir a ninguna parte sin desayunar primero. ¡Y que esa pesada gritase cuanto quisiese!

Media hora más tarde su humor no había mejorado, pero se permitió una leve sonrisa al observar como la princesita andaba delante de él, tiesa como una escoba. La cabeza seguía martilleándole igual, ¡pero era tan reconfortante saber que era el responsable de que la buena disposición de la muchacha se hubiese agriado, comparándose, casi, a la suya!

En dos zancadas la alcanzó y enlazando su brazo al de ella la obligó a seguir su propio ritmo, más pausado.

—Vale, ¿y adónde me llevas esta vez? —preguntó con voz jovial solo para molestarla más. Pero en contra de todo pronóstico, Helailla dejó de debatirse para soltarse del masculino brazo y su boca dibujó una maligna sonrisa, lo cual provocó en el hombre un profundo ceño.

—Oh, ¿no te lo había dicho, Res querido? —Su voz, de repente melosa, solo fue un indicio más para comprender que no le gustaría la respuesta. La tentación de regresar a casa en ese mismo momento fue apremiante, pero la sofocó y siguió andando.

—Seguramente no será tan malo como quieres hacerlo parecer.

—No, para ti será peor —dijo, muy complacida. Reskan se paró en seco y la miró con los ojos entrecerrados.

—Pues no me moveré de aquí hasta que sepa con exactitud el lugar al que vamos.

—¿Quién dijo miedo? —preguntó divertida.

—Contesta.

—Bueno, verás. Acaba de llegar un barco que transporta alrededor de cincuenta niños de todas las edades y nacionalidades, todos huérfanos.Y algunas damas, entre las que me encuentro, los hemos acogido en una enorme casa propiedad de la iglesia hasta que se les encuentre un hogar adecuado. Pero hasta entonces hemos de alimentarlos, vestirlos y cuidarlos y eso requiere tiempo, dinero y voluntarios. Y como tú no tienes ninguna obligación urgente en Vadia y estás en la ciudad...

—¿Estás diciéndome que pretendes que me ocupe de dar de comer y contar cuentos a una pandilla de críos sin hogar? —preguntó, incrédulo.

—Oye, lo de los cuentos es una idea fantástica, me ocuparé de que se compren libros para entretener a esas criaturas. ¿Ves cómo si te lo propones puedes ser de alguna utilidad?

—Yo me voy a mi casa. Cuando tengas un rato vienes y me cuentas cómo os va. Incluso te daré dinero para ayudar.

—Oh no, no vas a escaquearte de ninguna manera. Me acompañarás y cumplirás con tu obligación como todos nosotros.

—¿Mi obligación? Este ni siquiera es mi país. Bien pensado, me marcharé al mío, al fin y al cabo Vadia necesita que su heredero permanezca allí para que las cosas funcionen. Nuestro padre es demasiado viejo para hacerlo solo. Buena suerte, hermanita. —Tras decir aquello se soltó del brazo femenino y comenzó a andar en dirección a su casa, pensando en recoger un par de cosas y marcharse cuanto antes. Esa vez Lalla no lo embaucaría. ¡Esa vez no!

—¡Reskan Cetriar, quédate donde estás! —El aludido detuvo sus pasos y comenzó a maldecir entre dientes. Con toda seguridad lo convencería, siempre lo hacía. La joven llegó hasta él y lo fulminó con sus preciosos ojos grises, los brazos en jarras y uno de sus pies golpeando el suelo —. Es responsabilidad de los más afortunados ayudar con todos los medios posibles a los caídos en desgracia, máxime si estos son unos pobres niños desvalidos y carentes de familia. ¿Cómo crees que habría sido tu infancia si hubieses estado en su lugar? —Ambos se quedaron en silencio, recordando lo que la muerte de su madre había hecho con sus vidas—. No quise decir eso... —Se disculpó con un hilo de voz.

—Lo sé, no pienses más en ello. —Helailla lo miraba con los ojos llenos de lágrimas, sin decir nada. Parecía un animalito herido, y el joven sabía que era así como se sentía. La abrazó con fuerza, traspasando parte de su dolor a él mismo. Después de unos minutos la soltó y acarició con suavidad su mejilla, delicada como el pétalo de una rosa. Por primera vez comprendió que la muerte de Nadina había afectado mucho más profundamente a la joven que a su padre o a él mismo. Ella tenía cuatro años cuando ocurrió y había perdido también a su hermano, quedando al cuidado de un padre devastado por la pérdida de su amada esposa y de su heredero. Con el regreso de Reskan años después, el dolor de la muchacha se había mitigado un tanto, pero el miedo y la soledad seguían ahí, latentes en lo más profundo de su corazón, acechando implacables para resurgir a la menor oportunidad—. Bien, ¿aún quieres ayudar a esos mocosos o te has rajado? —Una débil sonrisa se dibujó en los hermosos labios femeninos a la vez que un dejo de esperanza aparecía en sus ojos.

—Vendrás conmigo, ¿verdad?

—Claro. Si te dejo sola eres capaz de adoptarlos a todos y llenarnos el castillo de niños gritones.

—Bueno, no a todos, pero quizá a cinco o seis...

—Ni lo sueñes. Llegaremos a esa casa dos y te aseguro que saldremos de allí dos. —La suave risa de la muchacha los acompañó el resto del camino.

Estaba harto de aquel lugar. No es que le desagradasen los niños, por muy sucios, hambrientos y desamparados que estos estuviesen, pero llevaba más de hora y media encerrado en aquella habitación con un par de voluntarias más y veinte chiquillos cansados y asustados.

Nunca había tenido mucha paciencia, sin embargo, hasta un santo se vería tentado de estrangular a los pequeños y en particular a su hermana. Lalla había desaparecido hacía media hora, aduciendo que debía encargarse de supervisar las restantes salas ya que disponían de poco personal, el cual había sido ofrecido por las amistades más cercanas, pero el resto aún tardaría en llegar, así que se marchó sin más y lo dejó solo frente a aquella horda de pequeños salvajes.

De repente un leve tirón en la parte inferior de su chaqueta de terciopelo atrapó su atención. Bajó la mirada casi hasta el suelo y descubrió a un niño de unos seis años que lo miraba con expectación. De inmediato el muchachito se ganó su interés. Tenía las mejillas sonrosadas, como si hubiera estado corriendo y su mirada ansiosa se desviaba de forma constante hacia atrás. Llevaba una chaqueta y un pantalón verde y las dos prendas le quedaban cortas. Su pelo era de un rubio muy claro y sus ojos grises como el acero. El parecido entre ambos era tan grande que Reskan solo pudo mirarlo con asombro. Aquellos pícaros ojos volvieron a él de nuevo y creyó ver en ellos una súplica silenciosa. Entonces se quedó rígido como un palo y se agarró con desesperación a la masculina mano. El príncipe siguió la mirada del niño y divisó a su hermana dirigiéndose hacia ellos con evidente furia. Eso lo sorprendió, pues Helailla parecía disfrutar mucho con el trabajo que se había autoasignado. Cuando intentó coger al pequeño este se escabulló hasta quedar detrás de Reskan, pero sin soltarse de su mano en ningún momento.

—Ven aquí, demonio del infierno o te daré tal zurra que no podrás sentarte en una semana. —La boca del hombre se abrió, estupefacta, sin emitir sonido alguno. Jamás, jamás en su vida había escuchado a la joven hablar con semejante lenguaje—. Cierra la boca, Res y dame a este condenado para que lo mate. —El niño se encogió aún más y con sus cortos bracitos se afanó en abarcar las piernas de aquel muro que lo separaba con efectividad de la atemorizante mujer.

—¿Qué demon... qué ha hecho el pequeñajo para que utilices ese vulgar vocabulario?

—¿Que qué ha hecho? Mientras le daba de comer este mocoso me ha tocado... eh... mis... Oh Reskan, por aquí —dijo, apuntando a sus pechos, levemente visibles bajo el encaje del vestido—. Y cuando lo he regañado, el muy descarado me ha levantado la falda y las enaguas para ver lo que tenía debajo. —Cuando terminó de hablar, el príncipe se quedó muy callado, hasta que una ingobernable carcajada escapó de su garganta.

—¿Eso ha hecho? —exclamó, aún entre risas.

—Sí, dámelo y lo asaré vivo.

—Oh vamos, Lalla, no vas a dañar al crío solo por eso, ¿verdad? —Se enjuagó las lágrimas, todavía risueño—. Es natural que un muchacho de su edad tenga curiosidad por saber qué se oculta entre tantas capas de ropa. Diablos, si hasta yo mismo siendo algo menor que él hice algo semejante con mamá y puedo asegurarte que ella fue mucho más comprensiva que tú.

—¿De veras hiciste eso? Este libertino tendría que ser tu hijo, de lo parecidos que sois.

—Oye, que no lo es —dijo muy serio, pensando en que quizás su hermana creía que de verdad era el padre del avispado muchachito.

—Pues debería serlo, sí señor. —En los ojos de la joven había algo que no podía identificar, como una chispa de esperanza... La miró con fijeza, pensando que quizá se precipitaba en sus conclusiones. Con seguridad ella no pretendía... Le había dejado muy claro que no sería posible.

—¿Qué quieres decir, exactamente? —La joven levantó la mirada, cautelosa, hacia aquellos ojos grises que parecían penetrarla hasta lo más hondo. Seguro que ya se había dado cuenta de lo que maquinaba, era demasiado perspicaz para no coger al vuelo sus insinuaciones. Lo cierto era que quería quedarse al muchacho, por muy descarado que fuese.

—Recuerdo lo que has dicho. ¿Pero al menos podrías pensarlo? Por favor. —Estuvo a punto de negarse en redondo ante tal absurda petición, pero en ese momento una manita regordeta se agarró de nuevo a la suya. Observó al pequeño de ojos grandes y mirada franca, como solo la de un niño podía serlo. A todas luces necesitaba a alguien que cuidase de él, ¿pero podía él ser ese alguien? Era demasiado independiente para ello. Maldición, si ni siquiera estaba casado. ¿Qué figura materna podía darle al mocoso? Bueno, era indiscutible que la liante de su hermana se encargaría gustosa de esa parte, ¿pero qué sabía Lalla de ser madre si aún era una niña? ¿Y él, tendría la paciencia de educar a un jovencito como aquel, que acariciaba los pechos de una dama y se metía bajo sus faldas en cuidadosa expedición? Pensó en su padre y en que se había prometido darle algo que le devolviese las ganas de vivir. ¿Y qué mejor que un nieto para enseñarle todas aquellas cosas que debido a los años que pasaron separados no había podido mostrarle a él? Un niño, aunque no fuese hijo carnal de Reskan, ayudaría a Eidrian a restablecerse por completo y aportaría alegría al castillo de Vadia. También supondría nuevas y complicadas responsabilidades para los tres y era un tema que debía pensar con seriedad y tiempo.

—Lo prometo. Tomaré una decisión, pero no ahora, cariño.

—Es todo lo que pido. —Su rostro mostraba tanta dicha que se vio obligado a aclarar su posición.

—No he dicho que nos lo quedemos, Lalla.

—Lo sé, lo sé. —El príncipe observó la expresión ansiosa y alegre del muchacho, que había seguido la conversación con atención, entendiendo lo suficiente para saber que quizá el enorme señor y la ya tranquilizada señorita lo llevasen con ellos a su casa.

—Pero no permitas que ningún otro le eche el ojo, ¿eh?

—Deberías conocerme lo suficiente para saber que si hay una sola posibilidad de que sea nuestro, nadie se acercará a él con intenciones de llevárselo.

—Ya. —Se frotó los ojos con insistencia, y la joven recordó que no había dormido en toda la noche y que debía encontrarse fatal, sin hablar de las dos horas que llevaba en aquella habitación repleta de niños.

—¿Estás cansado? —preguntó, preocupada.

—Tengo un dolor de cabeza de mil demonios y esta sala empieza a sofocarme.

—¿Por qué no das una vuelta por la casa? —Sus ojos se iluminaron, recordando algo que había visto hacía un rato—. Hay una habitación, al fondo de la casa, que podrías encontrar particularmente fascinante.

—¿De veras? ¿Está ventilada y oscura y sin ningún crío a la vista? ¿Y con un poco de suerte tiene una enorme cama desocupada? —preguntó en un tono esperanzado.

—No, no reúne ninguna de esas características, pero de todos modos acércate a ella, estoy segura de que lo que verás será de tu interés.

—Lo dudo —comentó, decepcionado—. Pero haré lo que dices. —Se dio la vuelta para salir, pero el hombrecito de seis años no estaba dispuesto a que lo dejase con la joven, después de todo

era posible que volviese a enfadarse con él. ¿Y quién lo defendería entonces si el señor se iba? Reskan lo miró, una sonrisa en sus hermosos labios—. ¿Quieres venir conmigo, pequeño? —El niño asintió con vehemencia—. El mocoso me prefiere a mí, hermanita y no dudo de por qué.

—Se llama Gilles y nació cerca de aquí, aunque se encontraba en Francia cuando sus padres murieron, así que deja de llamarlo mocoso.

—Bien, Gilles me prefiere a mí y no dudo de por qué —repitió con burla—. ¿Nos vamos, pequeño? Lady Lalla está muy quisquillosa. —Juntos salieron de la habitación y solo entonces Helailla se permitió una grandísima sonrisa. Res aún no lo sabía, pero ella había ganado. El niño iría con ellos cuando terminasen allí.

Reskan se quedó petrificado en la puerta de aquella otra sala. Si para algo no estaba preparado era para aquella visión. Cerró los ojos, pensando que al volver a abrirlos la imagen habría desaparecido, pero cuando lo hizo seguía allí y se dispuso a disfrutarla mientras no se advirtiese su presencia.

Lalla había tenido razón, lo que había en esa habitación le interesaba.

Haliana estaba sentada en una silla con una niñita de unos tres años subida en su regazo, jugando con los lazos del hermoso vestido de la muchacha. Tanto la pequeña como los otros diez niños de diferentes edades y sexo la miraban embelesados, mientras escuchaban su relato con suma atención. Parecían hipnotizados por el habla suave y melodioso y la radiante sonrisa que les regalaba. También Reskan se sentía así. Intentó concentrarse en el cuento y llegó a escuchar alguna de las frases. Se trataba de una historia de princesas y hombres malvados, del coraje de una hermosa mujer y su venganza contra un apuesto y cruel joven, pero poco a poco el hombre dejó de escuchar para fijar de nuevo toda su atención en la mujer que robaba sus sueños y eclipsaba a las demás féminas.

Estaba tan hermosa rodeada de críos, relajada y sin mostrar ese enfermizo y perpetuo rencor. Nunca se le había permitido contemplar esa faceta de la muchacha, ya que a él le tenía reservado ese odio acérrimo, las palabras cortantes y el desprecio en su mirada. Quedó subyugado por esa otra Haliana que nunca llegaría a conocer.

Un rayo de luz descansó sobre su cabeza, rebelando el rojo anaranjado de su cabello, sujeto en un complicado recogido, dejando unos mechones sueltos que acariciaban sus rosadas mejillas. Las largas y negras pestañas, oscurecidas sin ningún método artificial, parecían levantar aire cada vez que las agitaba. Aquellos labios jugosos y sensuales se entreabrían con cada dulce sonrisa. Tenía tantas ganas de llevársela a la cama...

—¿Y el príncipe y la princesa no se casaron? —preguntó una niña de unos diez años, bastante desilusionada.

—No, Marguerite. El odio que ambos sentían les impedía estar juntos.

—¿Pero cómo podían odiarse si se amaban? —Quiso saber otro chaval, algo más mayor.

—¿Quién ha dicho eso?

—Tú lo dijiste —contestó una muchachita que a una mirada extrañada de la joven explicó—. Bueno, no lo hiciste con palabras, pero lo diste a entender en el cuento. Los dos hicieron cosas estúpidas para que el otro las supiese y a pesar de que no querían verse se buscaban sin descanso. Por eso el príncipe cuando entraba en una habitación llena de gente escudriñaba la multitud en su busca y por el mismo motivo a la princesa se le aceleraba el corazón amenazando salírsele del pecho cuando sus miradas se encontraban por encima de las cabezas de tanta gente —explicó con paciencia para que la narradora lo entendiese.

Haliana sopesó las palabras dichas con inocencia e inteligencia y con temor se preguntó sino

esconderían algo de verdad. Lo negó tajante. ¿Pero acaso se engañaba a sí misma? Nunca lo había hecho y no empezaría entonces. Era evidente que se sentía más que atraída por Reskan Cetriar pero, ¿estaba enamorada de él? La respuesta que le vino a la punta de la lengua fue un no rotundo, aunque se contestó con demasiada rapidez para su gusto.

Ivener, la pequeña querubín que se había apropiado de sus rodillas, reclamándolas para sí, volvió a tirar con insistencia de las cintas de su vestido. Sin prestar mucha atención, la mujer arrancó los bonitos lazos, dándoselos a la pequeña, que emitió un gritito de placer al tener en su poder el increíble tesoro y estampó un sonoro y húmedo beso en la boca de su hada madrina. La suave risa de la joven endulzó la habitación y el corazón del hombre que la observaba y provocó tímidas sonrisas entre los niños sentados a sus pies. Tan solo el príncipe fue consciente de que con el inesperado regalo de la muchacha había destrozado para siempre el carísimo vestido plateado, que reconoció como el modelo que había encargado hacer con la tela que escogió aquella mañana cuando acompañó a Selene a la modista. Al fin y al cabo, no le había hecho caso cuando le recomendó el violeta, pensó con una sonrisa.

—Y bien, señorita, no nos has contestado a la pregunta. ¿Cómo pueden dos personas quererse y odiarse al mismo tiempo? —«Eso es, Halia. ¿Cómo?», preguntó en silencio Reskan, esperando con impaciencia la respuesta de la temporal maestra. Haliana sopesó la cuestión, decidiendo cuál era el mejor modo de explicar a esos chiquillos algo tan complicado.

—En ocasiones nos enamoramos de quien no debemos. No queremos hacerlo, pero aun así ocurre porque nadie manda en los sentimientos de cada uno, ni siquiera uno mismo. Puede que haya muchas cosas que te desagradan del otro, sin embargo, sigue teniendo algo que lo hace irresistible para ti, y provoca ese amor del que hablamos. A su vez, esa persona puede haber hecho cosas horribles, crímenes atroces que no se pueden justificar o pequeñas cosas que tú no quieres olvidar y que a la larga destruirán todo el cariño que le tenías. —Sonrió, satisfecha de su explicación.

—¿Quieres decir que el amor se puede terminar, pero el odio no?

—Jesamar, eres muy joven todavía y sé que es difícil de entender, pero el odio es la única emoción capaz de anular cualquier otro sentimiento. El amor puede acabarse, sí, pero el odio difícilmente se olvidará.

—Pues entonces cuando sea mayor no quiero enamorarme si también tengo que odiarlo —replicó, hosca, la pequeña a la que se había dirigido antes.

— Oh cariño, no tiene por qué ser así. Debes enamorarte de un caballero amable y educado, que te trate bien y acepte tus razonamientos, pero sobre todo que sea digno de tu amor.

—¿Pero no se supone que las mujeres no tienen ideas que merezca la pena considerar? Tan solo los hombres tienen derecho a opinar. —Reskan se esforzó muchísimo por no soltar una risotada al oír al chaval de doce años que hizo tan interesante comentario y al observar el ceño de Haliana.

—Esas estúpidas aseveraciones parten siempre de los hombres machistas y me avergüenza que tú las repitas, Seth. Las mujeres son inteligentes por naturaleza, tanto o más que vosotros, pero muchas se ven obligadas a asumir solo los papeles de amante esposa y madre para que no os sintáis amenazados. Esta es una sociedad cruel para las mujeres, pero algún día cambiará, ya lo verás.

—¿Ves? Yo soy inteligente, más que tú por lo menos y nunca más te dejaré darme uno de esos besos húmedos y asquerosos solo porque tú lleves los pantalones y tengas derecho. —Prometió una chiquilla de once años al chaval llamado Seth.

La masculina carcajada, que Reskan ya no pudo evitar soltar, volteó las cabezas de todos los

presentes hacia la entrada. Haliana inspiró con fuerza, para nada preparada a ver a ese hombre en particular en aquella casa.

El corazón le martilleaba en el pecho, acelerando su respiración, lo cual le recordó la conversación mantenida con los niños y fue solo entonces cuando le vino a la mente el odio que sentía. La desconcertó ese olvido momentáneo pero sobre todo la enfureció. No debía descuidarse nunca o estaba segura de que caería en las garras de ese malnacido. Pero cabía admitir ante sí misma que estaba muy apuesto con su elegante traje de terciopelo azul, su cabello rubio ceniza algo despeinado y los ojos chispeantes de buen humor. Aunque lo más impactante era la imagen que representaba con aquel muchachito en sus brazos. El jovenzuelo se agarraba a su cuello con fuerza, no por miedo a caer sino más bien para estar seguro de que no perdería a ese grandote. Parecía más un padre afectuoso que un asesino sin escrúpulos. «Pero yo sé de lo que es capaz. Puede engañar a mucha gente, pero no a mí».

Se levantó para salir de aquella habitación antes de provocar un enfrentamiento delante de tanto público. La niñita que aún sostenía en sus brazos comenzó a llorar, sabía que iba a dejarla, y la joven se apresuró a consolarla.

—No te irás ya, ¿verdad, Halia?

—Sí, se me ha hecho tarde —contestó sin mirar a nadie. No quería ver la desilusión y la soledad que sus jóvenes rostros sin duda mostrarían.

—Pero nos prometiste quedarte a comer.

—Lo sé, es que olvidé que tenía cosas que hacer.

—Pero lo prometiste —insistió Jesamar, con grandes lágrimas en sus inocentes ojos.

Haliana miró uno por uno a los niños, consciente de que unas horas más significarían mucho para aquellos seres sin familia. El cariño y la atención que ella les había proporcionado durante toda la mañana para ellos era un regalo precioso que atesorarían durante mucho, mucho tiempo. Se arriesgó a echar una mirada al hombre que continuaba en el vano de la puerta y vio en sus ojos el desprecio que en ese momento sentía por ella. Sabía lo que pensaba, que por una lucha entre ellos dos destrozaría los corazones de once muchachitos. También ella se preguntaba si merecía la pena hacer eso solo para no estar en la misma sala que él. Sonrió a la niña.

—Sí, lo prometí y las promesas hay que cumplirlas, ¿verdad?

—¿Significa eso que te quedas? —preguntaron esperanzados los niños.

—Claro. Lo que tengo que hacer esperará. ¿Por qué no vamos al jardín y jugamos al escondite?

—¿Podemos?

—Por supuesto que podemos. Además hará más fresco, aquí el aire está un tanto enrarecido. —Reskan sonrió, sabiendo que el comentario iba dirigido a él. Se apartó para dejar pasar a los niños, pero volvió a obstaculizar la salida cuando fue el turno de la joven—. Sal de mi camino.

—Creo que no. Me parece que tendrás que pedirlo por favor.

—No tientes a tu suerte, Cetriar. Da gracias de que compartamos el mismo aire y te esté permitiendo respirarlo. —Como siempre le sucedía, el príncipe quedó asombrado de la magnitud del odio que aquella mujer sentía por él. Tenía que averiguar la causa de tanto resentimiento o se volvería loco de remate.

—¿Por qué? Dime de una maldita vez qué he hecho para que quieras vengarte. —Haliana sonrió con dulzura, sorprendiéndolo una vez más.

—Ya te dije que lo sabrías. Segundos antes de que acabe contigo. —Le dio un fuerte empujón, que lo obligó a apartarse al pillarle desprevenido y al no poder agarrarse a nada pues aún tenía cogido a Gilles.

Reskan se quedó un buen rato mirando por la ventana. Apenas era consciente de lo que pasaba en el exterior, tan solo tenía ojos para la morena del vestido plateado que contaba hasta cien y luego salía corriendo en busca de los niños escondidos. Desde donde estaba el príncipe podía ver a tres de ellos, uno estaba detrás de un árbol, otro debajo de un banco y el tercero andaba con sigilo detrás de Haliana, en un intento de rodearla y llegar sin ser visto a la meta.

Inmerso en sus sombríos pensamientos no escuchó los tenues pasos hasta que sintió una mano femenina sobre el hombro. No tuvo necesidad de darse la vuelta, sabía de quién se trataba solo con oler el característico perfume de su hermana.

—¿Te encuentras bien, Res?

—Perfectamente. —También ella dirigió su atención hacia la parte del jardín que daba a ese lado de la casa. Comprendió el motivo de su silencio y aunque era maravilloso saber que al fin Reskan se interesaba por una mujer en especial, deseó, como tantas veces en las últimas semanas, que se hubiese fijado en cualquier muchacha menos en esa.

—Es asombrosa la energía que posee.

—¿Quién? —preguntó mientras miraba con tristeza a la hermosa joven que corría con las faldas levantadas hasta la rodilla, intentando alcanzar al jovenzuelo que la aventajaba por unos pocos pasos, tan alejada de la imagen de las encopetadas damas de la alta sociedad. Por supuesto el chico llegó antes, ya que él no tenía esas capas de enaguas dificultándole los movimientos. Con una entrecortada risa Haliana se dejó caer en un manta dispuesta en el suelo para los que habían sido eliminados o habían llegado a la meta sin problemas. Sus mejillas estaban ruborizadas por el ejercicio y sus pechos subían y bajaban por entre el apretado corpiño. Al hombre le extrañaba que no se desmayase con ese corsé tan ajustado.

—Lady Haliana, por supuesto. Lleva aquí desde antes del alba, en cuanto alguna de las otras damas le avisó de la llegada del barco. Cuando llegó ya trajo consigo un montón de mantas y sábanas, comida y a todos los criados que pudo reunir. Y acaba de llegar un cargamento de juguetes y libros que ya han empezado a repartirse. El hombre encargado de traerlos ha dicho que tiene órdenes de milady de hacer una segunda entrega si esta no es suficiente. Eso sin hablar de que dos modistas han mandado sendos mensajes avisando de que a petición suya, dentro de una hora a lo sumo, vendrán con sus ayudantes para tomar medidas a todos los niños y prepararles ropa decente. Tampoco recuerdo haberla visto en el desayuno ni en el tentempié que organizamos hace un rato. Aun así se la ve fresca y despreocupada. Debo reconocer que es una mujer admirable.

—Sí, lo es —contestó, sin retirar la mirada del rostro ruborizado y alegre que encandilaba a los jóvenes que ya no participaban. Poco a poco todos fueron dejando el juego, agotados y aceptaron gustosos el vaso de limonada que ella iba repartiendo.

—A menudo pienso que esta es la verdadera Haliana, la que ríe con regocijo y comparte lo que tiene, que es mucho. No sé por qué, si siempre se muestra cruel contigo, pero siento que algo la obliga a fingir que ese es su carácter. Soy una tonta romántica, ¿verdad?

—Sí.

—Oh Res, deberías negarlo. —Refunfuñó.

—Ya. —Observó que el ambiente festivo parecía haber terminado, dadas las caras largas de los niños. Supuso que Hal no demoraría más su despedida—. Parece que el ángel de la guarda se marcha. ¿No crees que deberíamos recoger a los chicos?

—Sí, salgamos a echarle una mano. Creo que lo tendrá difícil para irse, con todos esos rostros tristes y suplicantes a su alrededor.

Los dos hermanos observaron en silencio la escena que se desarrollaba a escasos metros de ellos. La pequeña Ivener se aferraba al cuerpo de la mujer, su carita redonda surcada de lagrimones y una pena infinita gravada en su mirada azul.

Pero aún era más desgarrador lo que demostraban las tensas facciones de Haliana. En su hermoso rostro también se apreciaban las lágrimas. Caían, silenciosas, demostrando el tormento que sentía. En sus ojos un dolor tan profundo que resultaba desgarrador.

La joven miró a la niñita con cariño, sabiendo que nunca más la vería. Era tan bonita con esos ojitos grandes, los tirabuzones del color del trigo, largos y sedosos y su cuerpecito regordete, menudo y frágil. Qué sencillo le resultaría a su padre romper los pequeños huesos... Comenzó a temblar solo de pensarlo.

Deseaba más que nada poder quedársela para ofrecerle todas las cosas que podían comprarse con dinero, pero sobre todo para darle el amor y los cuidados que jamás tuvo ella en su infancia. Pero era un sueño imposible. Ni siquiera ella sabía los peligros que debería afrontar, las posibles situaciones violentas. Tal vez la muerte. No estaba dispuesta a arrastrar a la pequeña a una vida así, bajo la pobre excusa de estar a su cuidado. Ya tenía suficientes remordimientos por involucrar a sus criados en tan riesgosa aventura, aunque ellos mismos decidiesen en su momento aceptar la posibilidad de la muerte a cambio de la realización del mayor sueño de sus vidas, escapar de un rey cruel e inhumano y comenzar de nuevo, en cualquier lugar. Deseaban una vida digna, sin humillaciones ni dolor. Y hasta el momento ella había podido dársela, pero la cuestión de durante cuánto tiempo más podría hacerlo la inquietaba cada vez con mayor frecuencia.

Suspiró, intentando tragar el nudo que tenía en la garganta y que amenazaba con ahogarla. «No desfallezcas, no puedes llevártela. Ayúdala de otra forma. Consigue que no le falte de nada y mientras tanto búscale un hogar. Pero no el tuyo».

Soltó su mano de la de la niña y con un desgarrador sollozo corrió cuanto pudo para alejarse de ella. No fue consciente de que Helailla, llorando, tomaba en sus brazos a Ivener, consolándose ambas.

Tampoco vio a Reskan, que cerró los ojos y apretó los puños con fuerza, impotente.

CAPÍTULO 12

Tras la muerte del príncipe heredero, Sirus de Trarr y su prometida, la princesa Arián, el dolor y la apatía hicieron mella en Traguian. Se acabaron las risas y las fiestas hasta el alba. Los matrimonios y los bautizos se celebraban en la intimidad, sin pompa ni esplendor.

Había sido el acto criminal más atroz de los últimos veinte años.

Sin pistas para hallar a los culpables de tan horrendo crimen los corazones de los allegados a los muertos clamaban venganza. Era el caso de la familia de Arián, que habiéndose enterado de los horripilantes detalles de su muerte, así como de su posterior aborto, estaban dispuestos a entablar una guerra que aunque acabase con la mitad de las vidas de cada reino, ayudaría a paliar su sufrimiento.

Riork era consciente de que parte de las muchas conjeturas y acusaciones estaban dirigidas contra él, sobre todo habida cuenta de lo que ganaba con sus muertes. De algún modo debía dirigir las sospechas hacia otro lado y así mismo encontrar un culpable razonable con cuya ejecución el reino de Arián quedase satisfecho.

Tanto Riork como Teor, su cómplice, pasaron toda la noche buscando una solución y cuando la hallaron, arreglaron todos los detalles para que fuese perfecto. A la mañana siguiente salieron del castillo sin ser vistos, conscientes de que si el asesor contaba con la plena confianza del rey, no así su hijo, al cual era posible que estuvieran vigilando.

Cuando llegaron a la pequeña y vieja casucha desmontaron y se acercaron en silencio. Todo estaba tranquilo, demasiado teniendo en cuenta que allí vivían cuatro mocosos de corta edad. Cuando ya habían llegado a la cabaña el sonido de la puerta al abrirse los sobresaltó, pero instantes después ya apuntaban con sus espadas al hombre que salía con los brazos llenos de los desperdicios, sin duda para echárselos a los dos cerdos y las tres gallinas que andaban cerca de la casa. Al verlos, los restos de comida cayeron al suelo. Retrocedió un paso, asustado.

—Quédate donde estás. —Ordenó Teor.

—El rey ya estuvo aquí con sus hombres. —El joven habló con nerviosismo, echando una rápida mirada al interior de la casa. Riork entró en la minúscula habitación y vio a los cuatro niños durmiendo en el suelo. Salió de la choza, asqueado por el olor a pobreza que impregnaba la estancia.

—¿Sabes quién soy, campesino?

—Por supuesto, Alteza. Todo el mundo lo conoce, hasta el más humilde de sus siervos.

—Y ese eres tú, ¿verdad? Ven a caminar con nosotros o entraremos en esa pocilga que llamas hogar y nos pondremos cómodos. —No hizo falta que añadiese nada más, captó lo que implicaban sus palabras y se apresuró a cerrar la puerta y a seguirlos hasta que se internaron en el bosque, ocultándose a la vista de cualquiera.

—¿Qué puedo hacer por usted, mi señor?

—Puedes confesar que tú y tu padre acabasteis con la vida de mi querido hermano y su futura esposa. AI fin y al cabo la culpabilidad de tu progenitor ya ha sido probada, solo quedas tú.

—Ya le dije a su Majestad que yo no…

—No importa lo que le contaste a mi padre. Dirás lo que yo te ordene.

—Pero si lo obedezco me ejecutarán. ¡No puede pedirme eso!

— Por supuesto que puedo, estúpido. Ahora que mi hermano ha desaparecido de escena yo

soy la ley y te conviene cumplir mi voluntad. Por el bien de tu familia, claro...

—¿Qué… quiere decir?

—Hoy vas a morir, sea cual sea tu decisión. La cuestión estriba en si lo harás dejando a tu familia viva y con una cuantiosa renta o si morirás viendo cómo los miembros de tu prole caen uno por uno. La elección es simple: tú o todos.

—¿Por qué hace esto? Reconozco que es muy posible que mi padre tuviese algo que ver con el horrible crimen cometido contra la casa real, no era buena persona, pero yo no os he hecho mal alguno.

—Es cierto. Lo que ocurre es que tu padre está muerto y no puede confesar y el rey está seguro de que alguien lo ayudó. Así que, como ves, necesito un cabeza de turco, vivito y coleando. ¿Y qué mejor solución que ajusticiar a su hijo, sin duda cómplice?

—Por favor, Alteza, tenga piedad... —El sonido de alguien que se acercaba a la casa desvió la atención de los tres hombres, que entre los árboles vieron llegar a una mujer vestida con una camisa y una falda demasiado pequeñas para su exuberante figura, que se inclinaba para descargar un par de sacos de una destartalada carretilla.

—¿Tu mujer? —El siervo asintió, el terror reflejado en los ojos. —Tal vez deberíamos traerla aquí y demostrarte lo malo que puedo ser si no haces lo que digo. A pesar de la ropa barata puedo ver que es bastante bonita y en una mañana como esta me apetece tanto estar con una mujer...

—¡No mi señor, no lo haga, se lo suplico! —El puño del príncipe se incrustó en el estómago del indefenso siervo, doblándolo en dos y poniéndolo de rodillas en el húmedo suelo. Otro puñetazo golpeó brutalmente su cara de tal forma que el hombre creyó que le había roto la mandíbula. Escupir la sangre fue lo único que pudo hacer para no pedir clemencia o para abstenerse de insultar a aquel bastardo, por muy poderoso que fuese. Lo que pedía era una locura, pero conociendo su reputación no le extrañaba que hubiese tenido mucho que ver en el asesinato de su hermano. Claro que eso no iba a decírselo a él. Las risas de sus hijos le dijeron que ya habían despertado y atosigaban a su madre para que jugase con ellos. No se atrevió a mirarlos, por temor a que los otros dos se interesasen en ellos. Fue medio levantado del suelo cuando Riork lo cogió con fuerza de la basta túnica. Obedeciendo la orden silenciosa, lo miró a los ojos, inyectados en sangre y promesas de represalias.

—Tus súplicas poco me importan, necio. Voy a hacer esto con tu consentimiento o sin él. El hecho de que aparezcas en el castillo vivo o muerto no marcará ninguna diferencia, al menos para mí. O para ti. En cambio para tu familia significará la distinción entre la vida y la muerte. —Se calló un momento para dirigir su atención hacia el bullicioso grupo de niños y la mujer que los atendía. Luego volvió la mirada de nuevo hacia él—. ¿Qué me dices? —El campesino se mantuvo callado, incapaz de ofrecerle lo que le pedía—. ¿Necesitas que te demuestre que no hago falsas amenazas? Bien puedo traer aquí a tu esposa y después de violarla, matarla delante de ti, incluso frente a tus hijos. Claro que entonces los retoños quedarían solos y con seguridad perecerían de hambre y frío. O Puedo coger a esa preciosidad de hija que tienes. ¿Cuántas primaveras ha vivido? ¿Diez? Y dispensarle el mismo tratamiento que a la madre. Sí, creo que esta idea me complace más, pues al ser virgen me dará más placer causarle daño y te juro que le provocaré mucho. Sus gritos se oirán en el interior del bosque, pero como tu casa está tan apartada del pueblo solo nosotros los escucharemos... —El joven dejó caer los hombros, vencido.

—¿Podré despedirme de ellos?

—No tenemos tiempo para eso y podrían sospechar si lo hicieses. Diles adiós desde aquí. —Los ojos del hombre se llenaron de lágrimas mientras veía por última vez a su mujer y a sus

hijos. Estaban contentos, esperando su regreso con ansia, seguros de que traería un conejo para la comida. Desconocían que jamás volverían a verlo con vida. A partir de ese día serían tratados con desprecio e incluso con odio por la gente de la aldea pues entre él y su abuelo habían cometido el peor acto posible, atentar contra la casa real. Poco importaba que todas esas personas lo hubiesen conocido desde que nació, se fiarían de lo que les dijesen. Tan solo su esposa creería en su inocencia y nunca podría agradecerle su confianza y lealtad. Llorando en silencio se despidió lanzándoles un beso que no pudieron ver. Un momento más tarde se vio arrastrado hacia arriba con violencia—. Muy enternecedor. Vámonos ya. Por el camino te instruiré sobre lo que debes decir. Y no te salgas ni una letra del guión o ya sabes quién lo pagará. Si haces lo que te digo no les faltará nada.

Teor y el joven montaron en uno de los caballos y Riork en el otro. La enorme sonrisa que lucía en su rostro era fruto del placer de saber de su propia genialidad. Un paso menos para ser rey.

La forma en que el siervo fue llevado al castillo durante el último tramo, encadenado de pies y manos y con una cuerda en torno al cuello sujeta a la perilla de montar del príncipe, en principio fue una mera puesta en escena, pero Riork empezó a disfrutar de veras de toda aquella situación a medida que iban avanzando por el camino. Arrastrado por el suelo cuando el caballo comenzaba un moderado trote, sus ropas y su cuerpo arañados y desgarrados a causa de las piedras y las ramas que ocupaban el camino, fue un trato humillante y doloroso para un hombre inocente, pero quedando claro que su vida terminaría ese día poco importaba cómo lo tratasen.

Había sido aleccionado con eficacia y minuciosidad hasta que memorizó la historia de su falsa confesión. Fue después que lo cargaron de cadenas, pues desde ese momento pasaba a ser oficialmente el segundo cómplice en el asesinato. Aung, que así se llamaba, no se permitió pensar en otra cosa que no fuese su familia, temeroso de que si lo hacía perdería el poco valor que aún le quedaba.

La multitud que se reunía alrededor de los tres hombres aumentaba a medida que se acercaban al castillo. El rey, avisado de su llegada, salió para encarar a Riork por la forma en que trataba al campesino. Nada de lo que hubiese hecho el hombre podía justificar semejante trato y así pensaba decírselo a su hijo, aunque eso significase avergonzarlo en público y ganarse su animosidad. Pero antes de que pudiese decir nada, este tomó la palabra y lo que aseguraba era tan sorprendente que ya no sintió deseos de preocuparse por la suerte del maldito siervo.

—Padre, aquí os traigo al asesino de tu heredero y de su amada. Mi honor y el respeto que tú y mi hermano me merecéis me instaron a buscar al resto de los culpables. Ahora os lo ofrezco, para que administréis justicia. —Varios sonidos ahogados llegaron desde su espalda y el rey se giró para ver a su esposa y a la madre de la que debió ser su hija política, ambas con lágrimas en los ojos. También observó al que consideraba su consuegro. No había dolor en su expresión, tan solo odio. Se encaró de nuevo con el príncipe.

—¿Estás seguro de que fue él?

—Si.

—¿Qué pruebas aportas?

—La que más validez tiene. Su confesión.

—¿Ha confesado? —preguntó, sorprendido.

—En efecto y volverá a hacerlo en presencia de todos los interesados —dijo eso último ofreciendo una inclinación de cabeza en señal de saludo y respeto hacia el soberano del otro país, la cual fue correspondida mediante idéntico gesto.

Bustian de Trarr miró con suspicacia al único hijo vivo que le quedaba. Cuántas veces había

preguntado al cielo, rabioso, por qué de tener que quitarle a uno, no se había llevado a este en lugar de a su maravilloso Sirus. Sirus, el heredero del reino, querido y respetado por todos, justo y humano. A cambio le habían dejado al cruel y avaricioso Riork, al que ni su madre habría añorado de haber desaparecido. Su mirada se desvió a su fiel asesor, que no había abierto la boca desde que desmontara. Aunque se resistiese a creer en la inocencia del nuevo sucesor al trono debía aceptar lo obvio si Teor le concedía su apoyo.

—Bien, que las personas implicadas en este caso entren en la sala de justicia. Estableceremos un tribunal y dictaremos sentencia de inmediato. —Dio media vuelta y entró en el castillo, seguido de los demás. Nadie echó una mirada de lástima al preso. Merecía lo que iba a pasarle, a pesar de los horrores que padecería en las próximas horas.

Aung soltó todo lo que le habían obligado a decir. Habló de la envidia que habían sentido su padre y él mismo al observar pasear a la pareja en el bosque mientras ellos estaban cazando furtivamente para sobrevivir. Las ropas lujosas, los hermosos corceles, la felicidad que en definitiva se consigue con dinero les decidieron a atacarlos.

Ante la resistencia del príncipe Sirus a ser robado no hubo más remedio que matarlo, pues también los había reconocido, ya que durante la refriega a su padre se le había caído la máscara que llevaba para proteger su identidad y sabían que más tarde tomaría represalias, lo que supondría sus muertes.

Después de saquear su cuerpo en busca de monedas y joyas desviaron su atención a la princesa. Pretendían acabar con ella y despojarla de sus alhajas, pero la tentación de probar ese cuerpo limpio, suave y cálido, de tener debajo no solo a una dama sino también a una princesa real fue demasiado para dejarlo pasar. Así pues la violaron los dos, por turno y no fue sino hasta que acabaron de gozar que descubrieron toda esa sangre. Sospecharon que la mujer estaba embarazada y que estaba sufriendo un aborto. Terminaron cortándole el cuello para que no sufriese más y porque bajo ninguna circunstancia podían dejarla con vida.

Fue entonces cuando tuvo lugar la pelea. En aquel momento de exultante alegría por lo bien que habían salido las cosas, su padre lo estropeó todo al decir que él se quedaría con el botín obtenido para venderlo por una buena suma. Por supuesto no estuvo de acuerdo, pues el viejo muy bien podía timarlo. Sería muy propio de él jugarle una mala pasada hasta a su propio hijo. Se enzarzaron en una discusión bastante violenta que acabó con el hombre mayor muerto en el suelo de una puñalada y las joyas y el dinero enterradas cerca de su casa. Las traía consigo, para disminuir, en la medida de lo posible, el castigo.

El silencio que siguió a sus palabras fue denso y ominoso. Nadie se atrevía a hablar por temor a lanzarse sobre el asesino y no parar hasta matarlo. Por su forma de relatar las cosas y la expresión de tranquilidad en el rostro más parecía que les hubiese contado un cuento aprendido hacía tiempo que haber confesado su participación en tan atroz delito. Bustian de Trarr apretó con fuerza los brazos de su silla, incapaz de controlar la rabia que le subía por la garganta, pero a pesar de las furiosas emociones que sentía había algo que no le encajaba, aunque no podía dilucidar qué. Preguntó lo primero que se le ocurrió.

—¿Por qué has venido a contárnoslo?

—Majestad, he tenido miedo de que mi familia pagase por mis crímenes. Mi mujer y mis hijos son inocentes en todo esto, lo juro y si bien sé que su venganza recaerá sobre mí, le suplico que tengan clemencia con ellos.

—¿La misma que tú tuviste con mi hija y su futuro marido? —preguntó el padre de Arián, levantándose de golpe de su asiento. Bustian levantó una mano y miró a los ojos del hombre, en actitud conciliadora, con lo que consiguió que se sentase de nuevo.

—¿Por qué no confesaste cuando fuimos a interrogarte a tu casa? ¿Por qué has esperado hasta ahora?

—No quiero morir. Por eso callé, para salvar mi vida. Pero cuanto más tiempo pasa más preocupado estoy por el futuro de los que quedan en mi hogar. No podría desprenderme de las joyas sin salir del país. En mi avaricia no pensé en ello, tan solo en apropiarme de las alhajas para comprar cosas bonitas a mis seres queridos y el riesgo de que las encontrasen era demasiado grande. Cuando Su Alteza fue a mi casa hace unas horas me acribilló a preguntas para las que no tenía preparadas respuestas adecuadas. También me golpeó, sonsacándome con sus puños lo que sus palabras no consiguieron hacerme decir.

—Bueno, ya está bien. Este gusano ha declarado haberlos matado. Tan solo queda dictar sentencia, de muerte, por supuesto. Bustian, como soberano de este país y por estar bajo tu jurisdicción te exijo que lo hagas ya para que las almas de los dos muchachos descansen en paz y para que podamos marcharnos y empezar a echarles de menos. —El aludido sopesó las palabras del monarca en silencio, sintiendo lo mismo que todos los presentes: odio y rabia.

—Llevaos al prisionero al calabozo. Vamos a decidir la mejor forma de ajusticiar al asesino. —Murmullos de conformidad llenaron la enorme sala mientras arrastraban al preso fuera de ella.

Una hora más tarde Aung fue llevado a la plaza pública donde fue desnudado y atado a un poste de dos metros de alto, clavado allí hacía menos de quince minutos. Su rostro reflejaba angustia y algo de miedo, pero no había rastros de arrepentimiento. Esa actitud borró cualquier signo de lástima que pudiese haber existido entre el pueblo.

Teor se acercó al siervo, quedándose a unos cinco metros de él. Llevaba un largo y afilado cuchillo en la mano que probó pasándolo por su propio dedo, causándose una pequeña herida. Aung miró las pequeñas gotas de sangre, hipnotizado ante el oscuro color rojo.

La reina, madre del fallecido Sirus, se acercó al asesor y tomó el puñal. Con resolución se enfrentó al hombre que había matado a su hijo mayor y con un fluido movimiento lo rajó a la altura del pecho y le dejó un profundo corte en la carne. Devolvió el arma a Teor y con lentitud se dirigió hacia su marido y se dejó abrazar por él.

Poco a poco, todos los miembros de la nobleza presente en aquel momento en el castillo siguieron el mismo ritual, empezando por los títulos de más alto rango y terminando por los escalones inferiores. Veintiséis heridas presentaba y no había un solo lugar de su cuerpo que no sangrase a esas alturas. También el rey de Traguian había hecho lo propio. El único que no había participado era Riork, que se conformaba con ver realizados sus planes.

El preso se desvaneció una par de veces debido a la pérdida de sangre, pero fue inmediatamente reanimado con cubos de agua para que fuera consciente de cada minuto de la tortura.

Un silencio que pareció atronador a los oídos de los que llenaban la plaza se hizo lugar cuando el último de los verdugos devolvió el arma y regresó a su sitio. Fue el turno del otro rey de adelantarse. El padre de la princesa miró con odio a su asesino. Lo escupió en la cara y cogió el cuchillo, sopesándolo en la mano.

—Arián era una muchacha buena y tímida. Su hermosura pudo haber hecho de ella una mujer engreída y altanera, pero solo perfeccionó la belleza que ya había en su interior. También sirvió para que muchos hombres la ambicionasen y de forma indirecta para que la matasen esa trágica mañana. Ese día te sentiste muy orgulloso del trofeo que tienes entre la piernas, bastardo asesino, pero cuando termine contigo no te mostrarás tan presumido pues cuando haya cortado este colgajo que provocó tanto sufrimiento a mi pequeña y que le hizo abortar al que hoy sería el futuro heredero de este país, nada quedará de ti para que se te pueda llamar hombre. —Los ojos

del joven atado al poste se abrieron al comprender lo que iban a hacerle. Pretendían castrarlo como a un animal porque en su opinión se había comportado como tal. Su justiciero se acercó a él, cuchillo en mano.

—¡Nooo, nooo, por Dios, noo! Yo no lo hice, me obli... —El rey ya tenía su miembro en las manos y sin ceremonias comenzó a cortar. Los aullidos atravesaron los oídos de todos los presentes, pero ninguno desvió la vista, seguros de que se estaba administrando justicia.

El hombre alzó la mano con su trofeo atrapado en ella, en sus ojos la euforia de la venganza consumada. Poco a poco los gritos se convirtieron en lastimeros gemidos, al mismo tiempo que un charco de sangre empapaba el suelo. Antes de que muriese desangrado Riork cogió el ensangrentado cuchillo y le cortó el cuello. Segundos antes de morir, con la sangre saliendo a borbotones de la última herida, fijó los ojos, nublados de dolor y algo opacos en los del príncipe. Solo él pudo ver lo que estos transmitían y solo él los vería en pesadillas mucho tiempo después de aquel día.

Dos años después de aquella brutal ejecución, el poder de Riork había aumentado de forma considerable.

Fueron tiempos de relativa calma y normalidad, ya que aunque se apropiaba de lo que quería sin pensar en las consecuencias lo hacía con cierta discreción para no levantar sospechas que pudiesen perjudicarlo.

Pero el periodo de tranquilidad llegaba a su fin. Estaba harto de camuflar sus actos y de acatar las órdenes de un padre en su opinión viejo y acabado. Nunca le permitieron olvidar que había sido la segunda opción. Para el resto del mundo, los reyes atesoraban con cariño el recuerdo de Sirus, pero Riork era demasiado egoísta e inhumano para entenderlo de ese modo.

Era primavera y los árboles estaban repletos de hojas. Representaba la estación de la alegría y el renacimiento de las cosas buenas. Los bosques abundaban de animales de todas las especies y el verlos corretear o el oír el canto de los pájaros contribuía a levantar el ánimo. Aquella tarde en el salón, compartiendo un refresco, Bustian comentó con nostalgia que desearía llevarse a su esposa a algún lugar tranquilo, sin responsabilidades y celebrar su inminente aniversario de bodas.

—¿Y por qué no lo hacéis? —preguntó de buen humor el príncipe, quien ya iba fraguando una interesante idea.

—Tengo demasiadas obligaciones aquí, como bien sabes.

—Oh, pero yo estaré encantado de quedarme en tu lugar...

—Estoy seguro. —Riork prefirió ignorar el comentario y continuar convenciéndole para que se marchase.

—[...] Y Teor también estará. Es leal y confías en él, ¿verdad?

—Por supuesto. Aun así...

—Cariño, nuestro hijo tiene razón. Entre los dos son capaces de mantener tu reino intacto durante un par de días y desde que… Bueno, hace tiempo que no salimos de aquí. Hace un tiempo maravilloso y no estaríamos muy lejos.

—Sí, pero, ¿adónde iríamos? —preguntó, vacilante y con una chispa de ilusión.

—Bien, hace mucho que la cabaña del valle no se utiliza. Siempre le habéis tenido especial cariño a esa antigualla. ¿Qué mejor lugar para pasar una nueva luna de miel? —sugirió el joven.

—No sé…

—Oh, Bustian, de veras me encantaría disfrutar de unos pocos días a solas. —El matrimonio se miró con intensidad durante unos segundos y entonces el rey esbozó una amplia sonrisa, como

disfrutando de un recuerdo especialmente agradable. Su esposa se ruborizó y bajó los ojos. Riork pensó que vomitaría.

—¿Qué te parece si nos vamos mañana, Karina? Teor, ¿supondrá algún problema que nos marchemos tan pronto? —El asesor dirigió una leve mirada hacia Riork por encima de su copa.

—Ninguno, Majestad. Sabe que cuidaré de sus intereses como si fuesen los míos.

—Que en cierto modo lo son, ¿no? —ironizó el príncipe.

—Tus comentarios mordaces no son bienvenidos en esta casa, lo sabes. —Lo reprendió el rey.

—Como digas, padre.

—Entonces, si nos disculpáis, hoy nos retiraremos temprano, pues hay que hacer los preparativos para el viaje y saldremos al alba.

—Que disfruten de sus pequeñas vacaciones, Majestades.

—Sí, y recordad que como dijo alguien, en la vida debes imaginar que cada minuto es el último, porque llegará el día en que lo sea. —Con cierto desdén, alzó su copa en un brindis imaginario. Bustian lo observó con atención durante lo que parecieron horas. Después se dio la vuelta y con un brazo sobre el hombro de su mujer subieron las escaleras hasta su habitación. Riork se repanchingó aún más en su silla y apuró la copa de un trago. Teor lo observaba con tranquilidad, mostrando cierta suspicacia en su ladina mirada—. ¿Crees que aún se acuestan juntos? —preguntó con sarcasmo el joven.

—No sabría decirlo, Alteza.

—¿Qué no? Yo apostaría que sí. Eres demasiado eficiente como para no conocer tan nimio detalle. Dios, solo de pensarlo me entran nauseas. —Sus ojos se enfrentaron a los de su hombre —. Y bien, mi fiel asesor, ¿opinas que existe algún peligro allí fuera que pueda perturbar las vidas de mis amados padres?

—Yo diría que usted es su mayor amenaza, señor. —El príncipe rio con ganas de su descarada observación.

—Y dirías bien, Teor.

—Supongo que ya ha ideado algún inteligente plan para ocupar el lugar que le corresponde. Un plan que por desgracia acabará con las existencias de sus Majestades.

—Sí, una vez más estás en lo cierto. Pero como soy magnánimo, los dejaremos unos días de repugnante felicidad. Después, tú y yo terminaremos con su luna de miel.

Al amanecer del tercer día los dos hombres vigilaban desde sus monturas la pequeña, pero hermosa cabaña de madera. Todo estaba tranquilo y silencioso dada la hora que era, y los ocupantes de la casita dormían plácidamente. ¿Por qué mantenerse en guardia? Estaban de vacaciones y tan solo Teor y Riork conocían su paradero. Eran días de descanso, para el amor y la risa compartida. Nada podía estropearlo.

El sol comenzaba su ascensión en el cielo, pero aún podía decirse que era de noche. Los hombres desmontaron y con cautela se acercaron a la cabaña. Apalancaron las puertas tan silenciosamente como pudieron, aunque la quietud que reinaba el claro del bosque era tal que cualquier sonido, por mínimo que fuese, les parecía un grito de alarma.

Riork esbozó una sonrisa cuando inutilizaron todas las salidas. Encendió la antorcha que con tanta diligencia había traído Teor y con una mueca triunfal prendió los postes y la puerta delantera de la casa. Con rapidez, como yesca seca, la estructura comenzó a arder, sofocando sin duda a la pareja que descansaba en el interior.

Unos minutos más tarde ya se oían las alteradas voces de los ocupantes, que se afanaban, sin éxito, por salir al exterior, donde el ambiente era fresco y saludable.

Alguien se acercó a una ventana y Riork vio a sus padres cubriéndose la boca con un paño que

de nada les serviría en unos minutos más y la cara tiznada a causa del negro humo que invadía toda la estancia. Supo, para gran satisfacción propia, que también ellos lo habían visto, pues aun desde la distancia en que se encontraba llegó a distinguir sus expresiones horrorizadas. Instantes después se apartaron de la ventana y con un último esfuerzo lograron romper el cristal, consiguiendo así que penetrase algo de aire. Una a una las ventanas fueron despojadas de aquel accesorio tan preciado, pero las llamas comían cada vez más espacio, dejándoles prisioneros entre ellas. De todos modos por allí no podían salir, estas únicamente disponían de unos cristales pequeños, del tamaño de una mano, cuya función era dejar entrar algo de luz.

Mientras el día clareaba, un alarido traspasó el fuego y los árboles, llegando más allá de lo que pretendía. Luego no se escuchó nada más. Tan solo el avance del fuego irrumpía el tenebroso y tenso silencio del bosque.

Riork se quedó hasta que el techo y tres de las paredes se desplomaron. Mientras, su cómplice se deshacía de los cadáveres de los tres guardias, asesinados antes de que tuviesen ocasión de reaccionar.

—Teor, ¿recuerdas si le avisé a mi padre de los innumerables peligros que existen en el bosque? Animales salvajes, desprendimientos... Incendios... Trampas mortales sin duda. —Una cruel carcajada siguió a sus palabras.

El alarido provenía de su cabeza, lo sabía, no obstante en su agitado sueño le había parecido muy real. Siempre se preguntó si provenía de su madre o de su padre, pero nunca había conseguido descifrarlo. Volvió a escucharlo, poniéndole la carne de gallina y despertándolo de golpe. Una pesadilla, continuo recordatorio de sus crímenes, aunque intrascendente bajo su punto de vista. Un precio muy pequeño por disfrutar de todo lo que tenía. Intentó despejarse lo suficiente como para pensar con claridad sin conseguirlo del todo. La cantidad de alcohol que había ingerido cuando maldecía al Consejo y a Kana había reproducido la cadena de recuerdos del pasado.

Se encontraba de nuevo en el salón del castillo de Traguian, maldiciendo su suerte al tener aquella hija, capaz de quitarle con su mera presencia aquello por lo que había luchado tanto cuando era joven. Se permitió divagar un poco más sobre los acontecimientos de aquel día, complaciéndose con el resultado de aquellas muertes necesarias.

Aún recordaba aquel amanecer con suma claridad. A pesar de haber transcurrido tantos años solo tenía que cerrar los ojos para ver las caras de sus padres en la ventana, el horror de sus expresiones al comprender que era su propio hijo el que estaba quemándolos vivos y las implicaciones que ese hecho traía consigo. Riork estaba seguro de que durante esos instantes en que lo miraban como a un monstruo habían llegado a la atroz conclusión de que él mismo mató a su hermano y a su prometida. De que fue él quien la violó, provocando el aborto y de que implicó mediante alguna estratagema o amenaza al pobre siervo que sufrió tan dolorosa tortura.

Con seguridad habían querido morir después de saber todo aquello. Sería algo con lo que la pareja no podría vivir. Y él se limitó a hacer realidad su deseo. Sonrió, incluso tendrían que darle las gracias por ello.

También rememoró las presiones a las que fue sometido por los miembros del Consejo para que contrajese matrimonio. Era por todos sabido su mal carácter y su comprobada crueldad y se pensó que cuanto antes se casase y tuviese un heredero, mejor para el reino.

Por eso, un año después, se desposó con la hermosa Atriana. Joven, pura, inocente y estúpida Atriana, perfecta para parir a sus vástagos y para desconocer sus fechorías.

El resto era historia.

Una criada cruzó las sombras, sin prisas. El rey la examinó con cuidado, reconociendo a la hija

de la lechera. Era pequeña y regordeta, con las carnes prietas y blancas como la nata, a excepción de la cara y las manos, tostadas por el sol. Sus facciones eran suaves y tranquilas, con ojos almendrados del color de la miel y el pelo abundante, castaño oscuro. Observó sus pechos, enormes y desbordando el ajustado vestido de vasta lana gris. Creyó recordar que la joven y bonita sierva iba a casarse a finales de semana con el muchacho del herrero y sus latidos se aceleraron al pensar en la memorable noche de bodas que los recién casados disfrutarían mientras él se pudría en aquel enorme castillo. La muchacha estaba a punto de salir de la habitación, y Riork se apresuró a llamar su atención. Atención que pensaba conservar hasta bien entrada la mañana del día siguiente.

—Tú, mujer, ven aquí. —Escuchó el grito ahogado de la criada cuando se dio cuenta de su presencia. Con reticencia pero rápida, se acercó a él, manteniendo los ojos bajos y una expresión de total sumisión.

—Majestad, ¿qué puedo hacer por usted?

—Puedes subirte a la mesa y abrir mucho las piernas. —Bruscamente alzó sus ojos hacia los de él, llenos de sorpresa y temor.

—¿Co… cómo dice, mi señor?

—¿Qué hacías vagabundeando por mi castillo a estas horas de la noche?

—Yo venía de la iglesia, Majestad, de repasar los votos con mi prometido...

—Ah sí, he oído que te casas esta semana.

—El domingo, señor, si Dios quiere.

—Más exacto sería decir si *yo* lo permito, ¿no crees?

—Usted ya dio su autorización, hace tres meses. Rowland... El hijo del herrero vino a pedírselo y accedió a ello.

—Sí, lo recuerdo, sin embargo he decidido que no habéis pagado el precio adecuado por mi consentimiento.

—Pero se os dio una oveja y tres cerdos, mi señor —aseguró la joven, consciente de que si el rey pedía algo más sería imposible realizar la ceremonia, pues sus fondos habían desaparecido con aquel tributo.

—En efecto, pero si no recuerdo mal la oveja era de tu padre, dos de los cerdos del herrero y el tercero de tu prometido. ¿Qué me ofreciste tú?

—Yo no poseo nada. Lo poco que en mi casa se pudo reunir se utilizó como dote…

—Lo comprendo. Aun así creo que debes pagar, ya que eres una de las partes más interesadas en que esta cuestión se solucione a mi más entera satisfacción.

—¿Qué... Qué queréis, Majestad?

—Bien, como te he dicho antes quiero que te tumbes en la mesa y te subas las faldas, para acto seguido abrir las piernas para mí. —El horror que esas palabras provocaron en la muchacha inflamó aún más su deseo de poseerla.

—Por favor, mi señor, eso no… He de llegar pura al lecho de mi esposo…

—Deja de decir sandeces, entre siervos no existen esos prejuicios. De todos modos es la única manera de que consienta este matrimonio y si continuas resistiéndote te follaré de todos modos y no habrá boda. ¿Me he explicado con claridad o debo decir también que tu novio sufrirá las consecuencias de tu negativa a satisfacerme, así como también el resto de tu familia?

—Tenga misericordia, señor, y permita que me marche...

—Mis exigencias son claras, criada. Obedece o afronta las consecuencias. —Como estaba previsto, con lágrimas en los ojos y los hombros caídos como muestra de rendición la mujer hizo lo que le ordenaban.

Vulnerable y con sus partes más íntimas expuestas a la lasciva mirada del hombre, cerró los ojos con fuerza, lo que no consiguió detener su llanto silencioso, en espera de la violación. Riork se levantó de un salto dispuesto a disfrutar del festín que se le ofrecía. Antes de penetrarla con fuerza, destruyendo con una sola embestida la frágil barrera de su virginidad, el rostro de Kana reemplazó al de la joven tendida bajo él y con un grito de victoria y los ojos inyectados en sangre atravesó el cuerpo suave y caliente, imaginando que era su hija la yegua que en ese momento montaba.

CAPÍTULO 13

La mañana era clara y soleada. Era muy temprano, tanto que la mayoría de los criados seguían en la cama, pero como hacía años que tenía problemas para dormir siempre se levantaba al alba.

Sin nada específico que hacer se dirigió al exuberante jardín y arrodillándose en la tierra húmeda por el rocío inició el calmante y difícil proceso de mejorar lo inmejorable.

Eligió una camisa de hombre en un color amarillo pastel, pantalones masculinos de algodón negro y botas negras y lustradas de caña alta por encima de estos. Estaba cómoda e indecente con esas ropas y si alguien ajeno a la casa la viese así vestida la llevaría a la ruina social, pero la escasez de prendas la libraba del calor que aún a horas tan tempranas comenzaba a sentirse y el no llevar las innumerables capas de enaguas que dificultaban el movimiento y amenazaban con asfixiarla, al igual que el odioso corsé que apretaba la carne formando unas dolorosas marcas rojas, se le antojaba una sensación liberadora. Además estaba en su casa, qué demonios, se vestiría como quisiera.

Un par de horas después, con el sol achicharrándolo todo a su paso, sentía el pegajoso sudor recorrer cada parte de su cuerpo. Al levantarse se había recogido el pelo en un moño poco apretado que el tiempo y el esfuerzo había soltado parcialmente en largos mechones, los cuales se afanaba en apartar con bruscos manotazos. Gracias a Dios había recordado llevarse un sombrero de hombre con ala ancha que la protegía con eficacia de los malsanos rayos del sol. Sonrió, la sociedad no le perdonaría que mostrase el más leve bronceado en su suave y blanca piel. De nuevo se limpió el sudor de la frente con la mano, preguntándose por centésima vez por qué había decidido encargarse ella misma del jardín en un día como aquel.

De repente, vio unos menudos piececillos a su lado y sonriendo levantó la vista esperando ver a una de las muchachitas de Elena, la cocinera. Pero la niñita de tirabuzones rubios y ojos azules no era la hija de nadie. Sintió que el corazón se le detenía cuando se abalanzó sobre ella, abrazándola con fuerza y manchándole el vestidito rosado adornado con primorosas puntillas blancas. Cuánto había echado de menos a la pequeña, arrepintiéndose mil veces de no haberla llevado consigo a la casa, pero sabiendo que hacía lo correcto. Aunque una vez de nuevo en sus brazos dudaba de que fuese capaz de dejarla marchar.

Un movimiento a su derecha dirigió su atención hacia allí e instintivamente se le tensó el cuerpo al ver al príncipe, sonriente y lleno de satisfacción, sin duda disfrutando de lo lindo al comprobar que no era tan dura como aparentaba. Y sin embargo el brillo de admiración y orgullo que detectó en sus ojos azules mientras observaba la escena en silencio le impidió lanzarle algún comentario punzante.

Reskan se encontraba bien, muy bien a decir verdad. Durante días le había dado vueltas a la idea de llevar a la niña hasta su madre y al final no había podido evitar presentarse en su casa. Tenía el pleno convencimiento de que desde el momento en que Haliana la subió a su regazo, la mañana en que los huérfanos llegaron, la había adoptado, aún sin ser consciente ella misma de ello. Pero siempre podía equivocarse y mientras venían a caballo y le explicaba a la pequeña que iban a ver a la señora que la había cuidado aquel día y le había regalado los bonitos lazos de su vestido, Reskan rezaba en silencio porque la mujer no la rechazase. Pero sus expectativas se habían cumplido, ya que dudaba de que lo obligase a llevarla de vuelta a la casa provisional en la que aquellos críos sin hogar vivían. Aunque tenía muy claro que si no la quería para ella, Helailla

estaría encantada de que la adoptasen ellos mismos. Por Dios, si iba a convertir su casa en un infierno con tanto niño. Debía de estar ablandándose, no existía otra explicación posible. O eso o estaba volviéndose loco de remate, lo cual era una posibilidad muy real teniendo en cuenta que se encontraba a escasos metros de la mujer que quería verlo muerto con todas sus fuerzas y que había ido allí por propia voluntad.

Pero al mirar a Haliana, sudorosa y con las mejillas sonrosadas a causa del trabajo, con la cara tiznada de tierra y las manos sucias, no pudo ver el peligro que ella representaba.

Y estaba tan atractiva con la camisa pegada al cuerpo, revelando la plenitud de sus senos y con aquellos pantalones, tan ajustados como una segunda piel, enseñando aquel trasero tan bien formado…

De nuevo, como cientos de veces en los últimos meses, deseó con desesperación haberla conocido en otras circunstancias por completo diferentes a las actuales. Pero la realidad seguía ahí cuando volvía a abrir los ojos, mostrando a la misma mujer obsesiva y paranoica que, la verdad, ya lo tenía un tanto harto con aquella historia. Nada bueno podía salir de su relación, pero eso no impedía que como un completo imbécil, utilizase cualquier excusa a su alcance para volver a verla.

—Se ha pasado toda la semana rogándome que la trajese y te aseguro que puede ser muy persuasiva y cabezota.

—¿Rogándote? —Su voz sonó impersonal y seca y no lo miró mientras hablaba, pero demonios, ¡estaba hablándole!

—Bueno ya, no dialoga exactamente, pero se la entiende muy bien cuando quiere. —Su tono era defensivo, como si le molestase que estuviese sugiriendo que mentía. Haliana abrazó más fuerte a la pequeña, escondiendo la cara en su cuello para que no pudiese ver la leve sonrisa que apareció en su boca. A fin de cuentas desde la muerte de sus padres la niña no había vuelto a decir una palabra.

—No puedo quedármela. —Esa vez su voz fue seria y tajante.

—Por Dios. ¿Por qué? Se ve a la legua que le tienes cariño y ella te adora. ¿Qué más se necesita para convencerte? Tú puedes darle un hogar, comodidades y amor y como es tan pequeña, puedes enseñarle con facilidad el idioma. —Sopesó sus últimas palabras y luego en tono brusco preguntó—. ¿No la quieres porque es extranjera? ¿Eres una de esas personas con prejuicios? —La mujer se levantó, acomodando a la niña en sus brazos y lanzándole una mirada furiosa.

—Por supuesto que no. ¿Acaso ignoras que yo misma provengo de otro país?

—Lo siento. Sí, lo olvidé. Es solo que no consigo comprender tu negativa.

—No tienes que entender el porqué de mis actos. Limítate a aceptarlos.

—Ya vuelves a ser la bruja agria y vengativa de siempre. Y yo que tenía la esperanza de que estuvieses cambiando… —dijo eso último con cierto tono jocoso, como intentando provocarla.

—Bien, Cetriar, si tanto te molesta como soy ya sabes dónde está la salida.

—Ya, intentas echarme, pero no te va a resultar nada fácil hasta que aclaremos este tema. —Hizo caso omiso de la fulminante mirada que le dedicó y alzó la vista al cielo—. Hace mucho calor, ¿no te parece? ¿No crees que estaríamos más cómodos y fresquitos en esa hermosa terraza, sentados a la sombra con un gran vaso de limonada en la mano? Y si te empeñas también aceptaré unas galletitas, para no despreciártelas, ya sabes. —Haliana sentía que iba a explotar, pero se contuvo. Desterró de su mente la visión del retrato de su madre, colocado encima de su cama. Ante todo debía pensar en el angelito medio dormido que acunaba en sus brazos. Si él la adoptaba, estaba segura de que viviría rodeada de lujos y cariño pues Helailla y Eidrian la

adorarían—. Parece que se ha quedado dormida. La pequeña. —Aclaró, al ver que lo miraba sin comprender—. Yo creo que se ha dado cuenta de que es aquí donde debe estar, en tus brazos y todo eso…

La muchacha dio media vuelta y se dirigió a la mencionada terraza. Sonriendo, Reskan se limitó a seguirla, apreciando el contoneo de ese trasero cubierto solo por el pantalón de algodón. Iba a resultar, lo sabía.

A un golpe de campanilla apareció una joven rubia de ojos grandes y azules, pequeña y delicada.

—Kaileen, ¿puedes coger a Ivener mientras me lavo las manos?

—Claro. Y de paso arréglate la cara, la tienes llena de tierra. —El príncipe fue muy consciente del sobresalto que experimentó la rubia al verlo, pero se limitó a alejarse un poco y a arrullar a la pequeña. Haliana entró en la casa sin decir una palabra.

Cuando salió, apenas diez minutos después, se quedó con la boca abierta, literalmente. Reskan estaba arrellanado en una de las sillas de mimbre, con la dulce niña en sus piernas, la cual disfrutaba de una sabrosa galleta de chocolate. Disfrutar era la palabra exacta pues tanto sus manos, como su boca, así como el primoroso vestidito que llevaba, estaban repletos de ese ingrediente oscuro y pringoso.

Kaileen se reía tontamente de algún curioso comentario del hombre quien, por otra parte, parecía estar en su casa pasándoselo en grande.

Haliana sintió unos deseos terribles de abofetear a su amiga y de castrar al príncipe, lo cual solo significaba que estaba verde de celos. Volvió a sentir el impulso de la castración ante semejante pensamiento.

Se sentó, lo más lejos de ellos como pudo sin que pareciese evidente que detestaba la escena. Al observar la mesa entrecerró los ojos, jurando venganza. No solo había limonada y galletas, sino seis clases distintas de mermelada, croissants, bizcochos y pan de nueces recién salido del horno… que resultaba que era su preferido y había sido hecho para su desayuno. Sin contar la leche, el zumo de naranja y el té con limón.

Con una mirada entre interrogativa y sarcástica se enfrentó en silencio a la otra mujer.

—Es que Reskan tenía hambre —explicó. Aunque a ella le pareció más una justificación.

—¿Reskan? —Su voz tenía un filo peligroso que su amiga detectó al instante.

—¿Así que esta es la famosa Ivener? Es tan bonita como me dijiste. —La mujer intentó sin éxito desviar la conversación a temas menos espinosos. Pero eso no evitó que Haliana se sintiese traicionada y sus ojos lo decían por sí solos. Untó un croissant con mantequilla y mermelada y se lo comió con fiereza, tratando de mantenerse callada.

—Tienes apetito, ¿eh, Hal? No me extraña, con tanto trabajo… —comentó el maldito.

—Cierra la boca.

—Bueno, en mi opinión deberías cerrarla tú. Se te ve la comida… —La joven apretó la mandíbula y masticó con lentitud, como toda una dama. Pero que constase que había oído la risita disimulada de Kaileen.

—Halia, Res... Su Alteza me comentaba que han adoptado a uno de los pequeños huérfanos y que es un pícaro. ¿Sabes que el primer día se propasó con su hermana y le levantó las faldas para ver lo que llevaba debajo? Y él está furioso porque a cada rato la princesa le dice que está segura de que es hijo suyo, de lo que se parecen.

—Apuesto a que lo es. —Gruñó.

—Perderías. —Le retrucó él.

—Ya.

—Kaileen, ¿sabes que tu señora no quiere quedarse con este querubín? Está muy dispuesta a contarle cuentos por un día y a comprarle juguetes y ropa, pero cuando llega el momento de aceptar más responsabilidad se aparta como si la cosa no fuera con ella. Es fácil ser mamá por un día, ¿verdad, Hal? Pero si esa situación amenaza con ser permanente la rehúyes como la peste. —Pretendía ser hiriente y lo consiguió, pero ella se quedó callada, con los puños apretados y la mirada en el plato.

—Eso no es justo —espetó su amiga, levantándose de golpe de su silla—. No tienes idea de cómo vivimos nosotros o de por qué debemos negarnos a lo que más deseamos. Tú estás en tu gran castillo y no sabes nada de la vida real. Te limitas a descargar tu poder a diestro y siniestro y crees que con adoptar a un mocoso tendrás una plaza segura en el cielo. Bueno, las cosas no son tan sencillas para algunos de nosotros, aunque parezcamos tener la vida solucionada. Si Haliana renuncia a Ivener en mi opinión cometerá una equivocación, pero entiendo porqué lo hace y la admiro y respeto aún más por ello.

—Kaileen, ya basta. Has demostrado que quieres protegerme y me has hecho comprender que eres leal…

—¿Acaso lo dudabas? —preguntó, entre sorprendida y ofendida.

—Perdóname, durante un momento me ofusqué. De todos modos Su alteza tiene derecho a pensar lo que quiera y te aseguro que no es mi intención explicarle mis motivos.

—Bien. Ahora, si me disculpáis iré a ver cómo va la comida. —Con pasos rápidos y sin una sola mirada hacia el hombre, se marchó.

—Creo que la he ofendido y me disculpo por ello. —Se lamentó el príncipe.

—No hace falta. Ahora que te conoce es poco probable que le interesen tus disculpas. ¿Me haces un favor?

—Claro. ¿De qué se trata?

—Márchate. —Habían llegado al punto de siempre y Reskan estaba cansado de luchar con ella. Se levantó, con la niña en brazos, manchándose la chaqueta de montar de chocolate.

—Por supuesto. ¿Me la llevo?

—No, Ivener se queda. Juntas afrontaremos lo que haya de pasar. —Cogió a la niña y entró en la casa.

Después de unos segundos Reskan se dirigió al establo en busca de su caballo y en el camino llegó a distinguir la figura del pretendiente de Haliana, Dacross, entrando por la puerta principal.

Si antes solo se sentía desanimado, en ese momento estaba furioso.

—Tu tío acaba de llegar. —anunció Kaileen cuando Haliana se reunió con ella en la cocina.

—Lo sé. Le he mandado a acostarse hasta la hora de comer. Se ha pasado la noche y la mayor parte de la mañana emborrachándose y jugando a las cartas. Al menos ha ganado.

—¿Se ha marchado ese idiota arrogante?

—Sí, fue fácil después de tu impresionante diatriba.

—Oh, me saca de quicio que la gente hable por hablar. Además, de repente recordé que ese hombre mató a tu madre y que para ti debía ser muy difícil comer en la misma mesa que él. Reconozco que me perdí en esos ojazos, esos brazos fuertotes y esas piernas musculosas… Ejem… ¿Por qué no lo echaste, Halia? —preguntó, extrañada.

—No lo sé. Una noche asistí a una cena y él estaba sentado frente a mí. Me puse verdaderamente enferma, en el sentido estricto de la palabra. Creo que me desvanecí, tan grandes eran las ganas de alejarme de él para no matarlo allí mismo. Sin embargo, nos hemos visto tantas veces desde entonces que la mitad de ellas tengo que recordarme que es un asesino. Es como si

el roce hubiese provocado una extraña familiaridad. Pero a menudo me pregunto qué habría pasado entre nosotros si mi madre aún viviese. —Esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Contestando a tu pregunta te diré que pretendía persuadirlo para que se quedase a Ivener. Parece descabellado si tenemos en cuenta que es un criminal, pero por alguna razón estoy segura de que no solo no le haría daño a la pequeña sino que cuidaría de ella con cariño.

—¿Y lo has convencido? —preguntó, temerosa de la respuesta.

—Sí. —Percibió la tristeza de la muchacha, y sonrió—. Pero he decidido que viva con nosotros. A fin de cuentas, son tantos lo que dependen de mí que uno más no significará mucho. Y mientras tanto, esa niña traerá luz y calor a esta casa. A cambio, llenaremos su vida de alegría, mientras sea posible —añadió algo sombría.

—Oh no, ahora que me has dado esa maravillosa noticia no vamos a ponernos melancólicos. Será mejor que bañemos a esa mocosa malcriada. Estoy segura de que será una experiencia divertida y húmeda. —Ambas rieron con ganas. Eran tan pocas las ocasiones en que podían hacerlo que las aprovechaban al máximo. Mientras subían las escaleras hasta la habitación que le habían asignado a Ivener, al lado de la de Haliana y con una puerta que las comunicaba, Kaileen no pudo evitar preguntar algo—. Halia. ¿A veces no tienes dudas de si él lo hizo? Cuando es tan agradable o demuestra bondad o nobleza, ¿no te preguntas si lo que viste pudo ser una equivocación? ¿Que tal vez él estaba allí por alguna razón distinta al asesinato? —La dueña de la casa la miró con seriedad. Durante tres o cuatro segundos mantuvo los ojos cerrados, cuando los abrió siguió andando, seguida muy de cerca por su amiga.

—Constantemente —susurró.

Una semana después, muy animado gracias a unas cuantas copas y a una agradable charla con varios de sus amigos en un club privado, Reskan se dirigió sin prisa a casa de Elisabetta, su otra amante en la ciudad. Ella y Selene eran sus únicas aventuras “estables u oficiales”. Se encontraba con ellas en sus propias casas, siempre con discreción para no destruir sus reputaciones.

Iba a ver Elisabetta porque esa noche, aparte de desear distracción femenina, necesitaba a una mujer dulce y tranquila. No como Selene, que era todo agresividad y fuego.

Rio con ganas en medio de la calle, recordando la vez en que Briadan comparó a esta última con una rosa con corazón de gelatina y a la encantadora italiana con una margarita sin sustancia. Las descripciones eran bastantes exactas pero como no pensaba casarse con ninguna y su intención era pasarlo bien con ellas mientras fuese posible, poco importaba que no dieran la talla fuera de la cama.

La razón por la que visitaba a esas horas a su querida, sin ni siquiera haberle avisado de su inminente llegada, era que su autoestima quedaba hecha unos zorros cada vez que veía a Haliana. En ese momento ansiaba una gran copa de coñac, un buen cigarro, un baño humeante y a la dulce Elisabetta en sus brazos, consolando su orgullo herido y alguna otra parte necesitada de su cuerpo.

Cuando llamó a la puerta silbaba la melodía de una canción subida de tono. Esperaba ver la cara sonriente de la hermosa mujer, avisada sin duda por el mayordomo de su visita. A ella le gustaba salir a recibirlo en persona, prescindiendo del protocolo. Pero para su sorpresa y desconcierto fue Naris el que le abrió con cara de pocos amigos y le pidió que pasara a la sala, donde debía esperar a milady. Todo fue demasiado formal y hasta ese momento no se dio cuenta de cuánto le agradaban la frescura y espontaneidad de la joven.

Cuando al fin llegó, la seriedad de su rostro, su paso mesurado y los rastros visibles de lágrimas lo preocuparon sobremanera. Nunca había visto llorar a la muchacha. ¿Y dónde estaban

las carreras por colgarse de su cuello o el beso apresurado y sensual que constituían su recibimiento habitual?

Se acercó despacio a él, colocó sus manos en los hombros masculinos, apenas rozándole y se puso de puntillas. En silencio y sin mirarle a los ojos esperó a que bajase la cabeza lo suficiente como para estar a la misma altura y le dio un ligero beso en los labios. Después se apartó cuanto pudo de él.

—¿Ocurre algo, Sabetta? —preguntó, cauteloso.

—Nada, estoy agotada, es todo. Y es muy tarde, ¿no te parece? Creo que al menos merezco la cortesía de que me avises con tiempo si vas a venir.

—Por supuesto. Es solo que lo decidí en el último momento. Pensé que te gustaría la sorpresa, pero si estás tan cansada tal vez sea mejor que me marche y venga en otro momento. —La joven calló, sorprendiéndolo con su pasividad—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué me tratas con tanta frialdad? ¿Solo estás molesta porque no mandé recado de que pensaba venir?

—Claro que no. Es que… no quiero que nos veamos más.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo hagas más difícil, Res. Si lo piensas comprenderás que no te importa. Hay demasiadas mujeres que te desean como para que te preocupe una menos.

—Está bien, no quieres verme. Pero merezco una explicación, ¿no te parece? —Avanzó hacia ella, pero se paró en seco cuando retrocedió, asustada.

—No hay nada concreto. Solo deseo comenzar una nueva vida. Tal vez casarme y tener hijos, no lo sé. Pero tengo que empezar por alguna parte y lo haré dejándote. Vamos Res, he herido tu orgullo, pero no tu corazón. Nunca me quisiste y esto no supone una tragedia para ninguno de los dos. No lo convirtamos en una, por favor.

—Ni por un momento me he tragado la historia del marido y los mocosos. Me insultas si me consideras tan estúpido. Y antes de irme vas a decirme la verdad. Por Dios que vas a hacerlo. —Ella miró a ambos lados de la habitación, fijándose en la puerta que estaba a espaldas del hombre. Este se hartó de tanta estupidez, llegó a su lado y la tomó con fuerza por los hombros. La muchacha soltó un involuntario grito y la soltó como si se hubiese quemado. Un segundo más tarde la empujó, tirándola en un sillón y acercándose tanto que no tenía espacio para salir. Allí sentada, a ella le pareció que medía mucho más de un metro noventa y su posición se le antojó insostenible. Muy cabreado a esas alturas, Reskan se inclinó hasta que casi tocó su nariz con la suya—. Ahora vas a decirme qué demonios pasa. —Elisabetta continuó en silencio, con lágrimas en los ojos que no consiguieron conmoverlo ni un poquito—. Te aseguro que no me marcharé hasta que cantes como un ruiseñor.

Y cantó, claro que lo hizo. Y lo que dijo lo dejó tan estupefacto que durante un rato se limitó a mirarla, boquiabierto. Después se despidió, para siempre.

Mientras abandonaba definitivamente a su amante, azorado al principio al comprender por fin las cosas y furioso después por tantas mentiras, mientras bullía dentro de sí el odio por lo que había ocurrido tantos años antes y un sentimiento de venganza demasiado tiempo postergado, no sintió remordimientos ni pena al dejarla. «Demasiado suave para mi rudo paladar».

Fustigó a su caballo, obligándolo a correr como si los persiguiese el mismo diablo.

Cuando llegó a casa de Haliana, en un vestigio de autocontrol, decidió darse un paseo por el jardín antes de entrar. Lo que quería hacer era irrumpir en ese mismo momento, pero sabía, con pasmosa seguridad, que la mataría en cuanto la viese. Necesitaba unos minutos, o tal vez horas, para tranquilizarse lo suficiente como para poder enfrentarse a ella sin utilizar la violencia.

Pasó mucho tiempo vagando por el bosque, en el que se había internado sin darse apenas cuenta. Cuando llegó al claro donde una vez la vio salir desnuda del río y donde intentó liquidarlo por primera vez, pudo distinguirla dada la claridad de la noche, ya que la luna llena iluminaba su piel desnuda, blanca y brillante.

Pero no estaba sola, sino que un hombre al que de momento no reconoció estaba encima de ella, besándola y manoseando sus pechos. Algo estalló en su interior, algo sin nombre, peligroso y violento.

Haliana se sentía bastante mareada. La cantidad de vino que había tomado durante la cena, sumado a la copa de coñac que le siguió, nubló sus sentidos lo suficiente como para encontrarse tumbada en el suelo, con los senos descubiertos y acariciados por Domenie, quien estaba sobre ella, posición que no recordaba haberle permitido. Gimió entre pequeños temblores cuando el hombre los lamió y aún más cuando mordisqueó con pericia sus pezones. Parpadeó varias veces, diciéndose que no estaba viendo a Reskan por encima de su cabeza. Ahí tenía la certeza de que había bebido demasiado. A decir verdad no comprendía por qué no se limitaba al agua, si el alcohol le sentaba tan mal.

—Parece que esta noche todos tenemos las mismas ideas. De follar, me refiero. —La voz del príncipe, porque era él y no una visión provocada por la bebida, interrumpió a Domenie, que se levantó y protegió con su cuerpo a la joven, dándole la intimidad que necesitaba para ponerse el vestido que segundos antes tenía enrollado en la cintura. Se incorporó, tambaleante y jadeó cuando el mundo comenzó a girar frente a sus ojos. Se agarró a la manga de la chaqueta de su acompañante, incapaz de mantenerse en pie a causa del mareo. Los ojos de Res se entrecerraron al observar los torpes intentos de la muchacha por aclarar sus sentidos y seguir en posición vertical. Se la veía demasiado pálida y desorientada. Dirigió su atención al maldito canalla que le rodeaba la cintura en gesto protector—. ¿Aprovechando las circunstancias?

—¿Qué insinúa?

—Digo que la señorita está obviamente borracha y que hay que ser bastante despreciable para intentar seducirla en su estado.

—¿Cómo se atreve? ¿Quién se cree que es para juzgar el comportamiento de los demás? No me parece muy caballeroso presentarse en casa de una dama a estas horas de la madrugada y mucho menos sin ser invitado.

—¿Y considera que el hecho de haber bebido más de la cuenta y por lo tanto ser más permisiva que en otras circunstancias constituye una invitación? —Contraatacó, furioso.

—¡Ya basta! ¿Qué demonios haces aquí, Reskan, cuando sabes de sobra que no eres bienvenido en Venganza? —preguntó la mujer.

—Venganza. Ahora empiezo a comprender el porqué de los nombres de tus pertenencias. ¿Cómo se llama tu yegua, Princesa Escondida? Me parece algo rebuscado, pero que le viene como un guante a tu situación, ¿verdad? —Haliana había palidecido ante las primeras palabras. Ahora sintió que se ponía enferma—. He venido a hablar contigo y a aclarar ciertos asuntos. Así que despídete de tu amante.

—Por encima de mi cadáver, amigo. Ella no se quedará a solas con usted.

—Bien, eso es fácil de solucionar. Y en este momento tengo el ánimo y las ganas de hacerlo.

—¡No! Domenie, márchate. Hablaremos mañana.

—Ni hablar. Me quedo aquí y que este presuntuoso intente echarme, ya veremos quién termina en el suelo.

—Te he dicho que te vayas, Dom. Esto no te concierne, es un asunto entre él y yo.

—Maldita sea, Haliana. ¡Ya sabes porqué está aquí!

—Sé cómo manejar esto, llevo esperándolo cinco años y no necesito tu ayuda a estas alturas. Vamos, ¡vete!

—Está bien. Pero me estoy cansando de que me apartes de tu vida cada vez que quieres hacer algo sola.

—Estoy sola, ¿no lo entiendes? Siempre estaré sola.

—No si yo puedo evitarlo. —Dicho eso montó en su caballo y desapareció en el interior del bosque.

—Bonito discurso el de tu amante. ¿Cuántos tienes, Kana?

Un escalofrío recorrió la columna de la mujer al escuchar su verdadero nombre de boca de aquel hombre. Lo sabía todo. Se arrepintió de haber hablado con una de sus fulanas, pero a lo que estaba hecho, pecho. Alguna vez tenía que llegar ese momento, lo único que había provocado era que se produjese antes de lo esperado.

—Así que tu puta ya te lo ha contado.

—Bueno, tuve que sonsacárselo, por supuesto. Pero imagina mi sorpresa al enterarme. Voy a visitarla para disfrutar de un agradable interludio amoroso y la encuentro asustada y recelosa. Después de aplicarle el tercer grado me confiesa que os encontrasteis en una donación para los pobres y los sin hogar y que al enterarte por alguna de las malintencionadas cotillas de la ciudad de que era mi querida dijiste algo así como que te extrañaba que yo pudiese reconocerlas, tan numerosas eran y que estabas segura de que cuando quería llevarme a alguna a la cama les preguntaba el nombre y la dirección, ya que no la profesión pues esta era evidente. Elisabetta, porque se llama así, te escuchó y en un arranque de celos te espetó en medio de la sala que lo que te pasaba era que estabas celosa de la atención que yo le dedicaba. Te aseguro que ese comportamiento es muy impropio en Sabetta, quien por lo general suele ser dulce y callada pero debiste sacarla de sus casillas al insultarla delante de la alta sociedad. Entonces la arrastraste fuera de la casa y le espetaste que por nada del mundo deseabas que un asesino como yo te prestase la más mínima atención. Al preguntarte a qué te referías le dijiste que diez años antes había matado a una mujer, habiendo salido de rositas de ello. Figúrate su desconcierto y su posterior temor al ser avisada de que el criminal, o sea yo, estaba en su casa, con la obvia intención de acostarme con ella. —Se pasó la mano por el pelo, en un débil intento por tranquilizarse, antes de mirarla con ira apenas contenida—. He sido un tonto, ¿no? Debí darme cuenta hace mucho tiempo. El parecido entre ambas, el odio encarnizado que sientes por mí, las veces que me llamaste asesino, el que no se sepa nada de tu vida anterior a tu llegada al país... Sí, he sido un completo estúpido. —Concluyó, furioso—. De ahí a reconocerte como Kana de Trarr, princesa real, heredera natural del trono de Traguian, había un paso.

—Todo es cierto. Sería una tontería negarlo a estas alturas. Bien, ya sabes por qué quiero matarte a toda costa.

—Yo no lo hice.

—Claro. ¿Y qué otra cosa ibas a decir? —Reskan la observaba con la cabeza ladeada, como si viese un bicho raro. Tardó sus buenos diez segundos en darse cuenta de que si antes estaba apoyada contra un árbol, en ese momento estaba parcialmente tumbada en el suelo. De lado, con la cabeza apoyada en el tronco y las piernas encogidas. No era una posición muy digna, pero la cabeza se le antojaba muy pesada y el mundo no había dejado de girar en ningún momento.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó, hosco, como si en su actual estado de ánimo le costase ser caballeroso con ella. Con seguridad querría matarla y bien, ¿por qué no? Ella quería cargárselo a él.

Con un esfuerzo sobrehumano consiguió ponerse de pie. Primero se colocó de espaldas, luego consiguió despegar la espalda del árbol, después se puso a cuatro patas, en una posición muy graciosa para toda una princesa de sangre azul. Por fin, apoyándose en las manos, alzó el trasero y después el resto del cuerpo. Sonrió satisfecha por su hazaña y el hombre estuvo a punto de seguirla, pero se contuvo a tiempo, recordando que estaba muy enfadado. Aún podía verla en brazos del barón. El hecho de que ella permitiera de buen grado las caricias de aquel pomposo patán y no las suyas lo había enfurecido al punto de sentir que algo se quebraba en su interior. Solo ahora comprendía que si ella se le resistía era porque lo creía culpable de la muerte de Atriana. Cerró los ojos, dulce Atriana, segunda madre y gran amiga. La joven no lo sabía, pero tenían mucho en común, los dos habían perdido a su madre a edad muy temprana, asesinadas a manos de un hombre sin escrúpulos, y ambos eran capaces de sentir un odio intenso que lo arrasaba todo a su paso. El problema consistía en que ella había elegido mal al culpable. ¿Pero podía censurarla? Si él mismo hubiese visto lo que Kana presenció, habría estado seguro de encontrar al criminal con las manos en la masa.

La muchacha al menos tenía pruebas, aunque no lo viese hundiendo el arma en el cuerpo. ¿Pero qué excusas podía esgrimir él? Porque era tan cierto como que se moría de ganas de ayudarla a montar la yegua en la que sin éxito intentaba subirse, que durante todos aquellos años la había recordado con nostalgia, sí, pero una pequeña parte de él también la había odiado, porque si había alguien que representaba todo cuanto había perdido en aquella época de su vida en Traguian, aparte de Riork, era Kana de Trarr.

Abrió los ojos como platos. Esa idiota había conseguido encaramarse a su montura y se iba tan fresca, galopando a una velocidad vertiginosa, como si no estuviese borracha como una cuba.

Con un juramento la siguió, antes de que se partiese la crisma.

Cuando llegó a la casa ella ya estaba dentro. Estaba un poco desorientado, bueno mucho. No conocía la casa y para colmo ya habían apagado las luces, por lo que no veía más allá de sus narices. Si se escuernaba en el suelo esa loca se las iba a pagar. Añadió esa muy posible afrenta a su larga lista de delitos. Se golpeó con algo en la espinilla y jurando como un marinero se prometió que la condenaría a cadena perpetua o a trabajos forzados. Aun en su situación sonrió imaginando que maravillosos y placenteros trabajos le encomendaría.

Cuando escuchó el femenino quejido supo sin lugar a dudas que el “objeto” con el que había tropezado era la propia Kana, tendida en el suelo, al parecer dormida como un tronco. La cogió en brazos e indeciso miró hacia la escalera.

—Kana —susurró. No respondió—. Kana. —Silencio—. ¡Hal!

—¿Qué?

—¿Cuál es tu habitación?

—Humm.

—Mujer insufrible, ¡contéstame!

—Ay. No me grites, que me duele la cabeza.

—Si no me dices ya mismo dónde está tu dormitorio te va a doler algo más que la cabeza.

— Dame una pista.

— Tu lindo traserito.

—Arriba, la quinta puerta a la derecha.

—Buena chica. Espero que siempre seas tan obediente —dijo, intentando provocarla. Podía haberse ahorrado el esfuerzo porque había vuelto a dormirse.

Abrió la puerta y entró. Se quedó allí parado, en medio de la habitación, sin poder apartar la vista del retrato colgado encima de la enorme cama. Qué bella había sido Atriana, con sus

hermosos ojos violetas y el pelo rojo como el fuego. Kana se parecía mucho a ella, pero era, si cabía, más hermosa que la madre.

Los recuerdos de aquellos años que pasó en Traguian lo asaltaron sin piedad. El perfume de Atriana, tan perfecto y atrayente, que su hija había usado también de niña y que por alguna razón había preferido cambiar con los años, impregnaba la habitación y al mirar el retrato, se sintió transportado al pasado.

La joven que sostenía en sus brazos se desperezó y abrió los ojos.

—¿Dónde estamos? —El príncipe la depositó con cuidado en el lecho y se tumbó a su lado. Apoyado en un codo, indolente, la observó.

—En tu cama.

—¿Y qué haces tú aquí? —preguntó, sin sobresaltarse.

—Creo que voy a hacerte el amor. —Haliana lo miró, procurando enfocarlo con claridad y sintió tantas ganas de dejarlo hacer lo que decía que se asustó. Intentó incorporarse, pero una mano en su estómago bastó para detenerla—. No tengas miedo. No lo haré si no lo deseas. —Prometió.

—Oh, Reskan. Ahora no estoy segura, pero creo que existen numerosos motivos para no permitírtelo.

El hombre sonrió, por supuesto que había muchas razones para que no diesen aquel paso, pero estaba harto de aguantarse las ganas de saborearla y el saber que era la mujer que una vez había idolatrado, el ver sus pechos semidescubiertos debido a que se le habían desabrochado un par de botones del corpiño y su larguísima melena suelta, esparcida por toda la cama, le provocaron una erección instantánea. Además estaba borracha y sería una locura aprovecharse de ella en esas condiciones, ¿pero acaso tendría otra oportunidad de adorar su cuerpo tal y como deseaba hacer desde hacía meses? Con toda seguridad la respuesta era un rotundo no.

Sin dejar de mirarla a los ojos fue soltando cada uno de los botones del vestido y cuando acabó con el último separó los bordes, encontrando el apretado corsé y el principio de la camisola.

Muy, muy despacio para no asustarla, le quitó el vestido y las enaguas y admiró las largas y preciosas piernas femeninas. Se deshizo también del corsé, sin poder evitar mostrar un gesto de disgusto y con un movimiento rápido y preciso deslizó la fina y semitransparente camisola a través de su cuerpo hasta el suelo.

Se apartó, la mirada brillante, para observar extasiado la completa desnudez de la muchacha. Su cuerpo era aún mejor de lo que había soñado. Más perfecto que el de cualquier mujer que hubiese poseído. Haliana no se cubrió, como lo habría hecho otra, sino que se movió, dulce e incitante, suave y acogedora.

Reskan se despojó de sus propias ropas, intentando no apresurarse para que ella fuera acostumbrándose a la visión de su cuerpo. Cuando estuvo totalmente desnudo se quedó allí parado, disfrutando del examen lujurioso al que estaba siendo sometido. No había pudor alguno en la lasciva mirada de la joven, sino admiración y deseo. Sin poder soportarlo más, el hombre se reunió con ella en la cama y cubrió su exquisito cuerpo con el suyo, fuerte y dorado. Suspiró ante la devastadora sensación.

El beso fue avasallador, una mezcla perfecta entre dulzura y voluptuosidad. La entrega de la joven y la suya propia fueron absolutas, sin esconderse nada. Reskan absorbió el azucarado y embriagador néctar de su boca, aspiró su perfume, dibujó con besos sus facciones y se enardeció al sentir su apasionada respuesta.

Con su mirada siempre fija en sus ojos cogió sus pechos con ambas manos, sintiendo cómo se desbordaban, juguetones. Pellizcó sus pezones, grandes y rosados, volviéndolos duros y rugosos.

Los gemidos de Kana incendiaron su entrepierna, instándolo a poseerla, aunque se controló. Ella no estaba preparada, no todavía. Abrió sus piernas e inspiró con fuerza.

—Humm... Y yo que estaba seguro de que no podría verte más hermosa… —Fue apenas un susurró, pero Haliana lo escuchó. Su mente, embriagada por la bebida y el deseo registró las palabras y se ruborizó ante su significado.

—Res...

—¿Sí?

—No entiendo lo que me ocurre. Siento cosas para las que no tengo nombre, pero que me asustan. Solo sé que te necesito...

—Estoy aquí —Le aseguró, abrazándola fuerte.

—Enséñame lo que es disfrutar de la pasión con otro ser humano —Le pidió con fervor, temerosa de perderse aquel momento repleto de magia y emociones—. Hazme sentir.

—Te lo prometo, mi amor. —Él se inclinó entre sus muslos. Sintió su cálido aliento en sus partes más tiernas e intentó cerrar las piernas, pero se las sujetó con fuerza, manteniéndola en esa posición.

—¿Qué vas a hacer? —En su voz se apreciaba el temor a lo desconocido.

—Solo lo que me has pedido —contestó con una sonrisa a medio camino entre la dulzura y la travesura—. Voy a darte placer con mi boca y mi lengua hasta que grites basta. —Mientras hablaba le acarició con los dedos el sexo, húmedo y caliente.

—Pero no puedes…

—¿Por qué? Tan solo me detendrás si me lo prohíbes. ¿Vas a impedírmelo? — preguntó, con la expresión y el tono de voz de un niño al que le habían ofrecido el mejor regalo del mundo y luego le habían dicho que no era para él. Haliana lo imaginó haciendo las cosas escandalosas que sugería y sintió algo húmedo que se abría paso desde su interior.

—No. Voy a suplicarte que lo hagas. —Soltó, envalentonada por el alcohol que corría libre por sus venas, muy segura de que quería experimentarlo todo con ese hombre. Reskan rio, aliviado de no haberla asustado con su franqueza y aún más de que no se hubiese negado. Se comportaba con tanta naturalidad y se mostraba tan desinhibida que por momentos olvidaba que era virgen. Porque a pesar de haberla pillado in fraganti un rato antes con ese fantoche y de haber pensado que Dacross era otro de sus amantes, estaba seguro de que no se había acostado nunca con un hombre.

—No tienes que suplicar, cariño. —Con delicadeza introdujo dos dedos entre los pliegues de su sexo, hasta llegar a su vagina, deliciosamente lubricada. La mujer tuvo un espasmo y alzó las caderas por instinto, hundiendo los dedos más profundo en su interior. Abrió los ojos como platos y la miró con sorpresa—. ¿Te gusta, Kana? —Ella cerró los ojos, incapaz de mirarlo mientras hacía algo tan íntimo con su cuerpo—. ¿Te gusta lo que hago? —Volvió a preguntar, sacando los dedos y hundiéndolos de nuevo en su carne.

—Síií... —susurró, sin poder ocultar el gemido que lo confirmaba. El joven sonrió, confiado y orgulloso.

—Aún será mucho mejor, querida. Te lo prometo.

—Si va a mejorar, es muy posible que no sea capaz de soportarlo. —El príncipe dejó escapar una sonora carcajada.

—Te aseguro que podrás. —Observó sus ojos cerrados—. Mírame, cielo. —A Haliana nunca le habían dedicado tantos apodos cariñosos en toda su vida. Le encantaba que Res lo hiciese, la hacía sentirse apreciada. Alzó la mirada hacia él—. Tu belleza es tan deslumbrante que no hay un solo hombre que no matara por estar en mi piel ahora mismo. Sé lo afortunado que soy de que

hayas decidido hacerme este regalo y voy a asegurarme de que no te arrepientas nunca de lo que va a ocurrir entre nosotros. —Había una nota demasiado seria e intensa encerrada tras la tierna sonrisa, sin embargo, la joven solo tenía oídos para las palabras, tan dulces e inesperadas. Tan insólitas.

Volvió a arrodillarse entre sus piernas y un segundo después de notar su cálido aliento en su pubis tenía su boca sobre él, como había prometido.

Haliana no estaba preparada para la lengua caliente y mojada que lamía su clítoris y penetraba donde instantes antes habían estado alojados los masculinos dedos. Los movimientos le provocaron una sensación nueva y aterradora, demasiado asombrosa para describirla con palabras. Sintió escalofríos y mareas de calor, un desbordante placer y un insoportable dolor, pero por nada del mundo le pediría que se detuviese. Algo extraño y arrollador se estaba apoderando de la parte inferior de su cuerpo hasta que la tensión pareció que la iba a hacer estallar.

Reskan estiró los brazos hacia ella, sin dejar de darle placer con la boca y entrelazó los dedos con los suyos. Cuando llegaron los espasmos la joven, sin salir de su asombro, alzó las caderas y tensionó el cuerpo. Un profundo gemido salió de su garganta y el hombre creyó morir al escucharlo. Las manos se apretaron más fuerte y sus respiraciones agitadas fueron lo único que se escuchó en la habitación.

Poco a poco, Haliana se relajó y dejó de estrujar los dedos del príncipe. Este pasó la lengua por sus pliegues una vez más e incorporándose se colocó de nuevo sobre ella. Un beso, ligero como el vuelo de una mariposa, cayó sobre su boca pero la muchacha estaba demasiado estremecida aún para devolverlo.

Un par de minutos más tarde se sintió con ánimo suficiente para abrir los ojos y mirarlo. Al verlo borroso se prometió no beber nunca más pues sus sentidos desorientados no solo por lo que acababa de experimentar, sino también por el maldito alcohol que había ingerido durante la cena, le impedían estar del todo consciente de lo que ocurría.

Reskan pensó que no podría aguantar mucho más. La pasión que lo consumía era intensa e incendiaria, como la mujer que yacía a su lado. Sentía un dolor sordo y profundo en su miembro, henchido por el anhelo de la satisfacción.

La besó en la boca con toda la pasión que sentía por ella y al acariciarle los pechos descubrió los pezones duros, señal de que comenzaba a excitarse de nuevo.

La necesidad lo empujó a coger la pequeña mano y llevarla con cautela hasta su dura entrepierna. Ella no la retiró, pero se quedó inmóvil y agarrotada.

—Por favor, tócame... —Haliana obedeció, al principio un poco torpe, después con bastante entusiasmo, y el hombre se vio obligado a detenerla para no tener su orgasmo allí mismo, entre sus delicados dedos—. Al contrario de lo que pensé cuando te vi hace un rato con el barón, estoy bastante seguro de que no eres demasiado experimentada en estas lides. ¿Aún eres virgen? —La joven abrió los ojos, ofendida, pero luego comprendió que después de haberla encontrado semidesnuda en brazos de Domenie la pregunta tenía su lógica.

—Yo nunca le permití… Dom no me tocó como tú.

—Comprendo. —La imagen del rubio príncipe abrazándola y susurrándole palabras de amor y devoción le instigaron a hacer la siguiente pregunta—. ¿Ha habido algún otro? —Esa vez Haliana estuvo a punto de abofetearlo y lo hubiera hecho de no ser porque Reskan lo leyó en sus ojos y le cogió ambas manos—. Si te lo pregunto es porque he de saberlo para minimizar el dolor que con toda seguridad sentirás si esta es tu primera vez. Y la pregunta no es tan descabellada, maldición, si bien es cierto que las mujeres deben llegar puras al matrimonio no todas lo hacen.

Y para una princesa las reglas no son tan estrictas, aunque haga cinco años que no ejerces como tal.

—Pues bien, da la casualidad de que tus sospechas son infundadas, porque no voy por ahí atiborrándome a longanizas.

—¿Qué has dicho? —preguntó, atragantado de la risa.

—Bueno, se lo oí decir a la hija del párroco en cierta ocasión, hablando a escondidas de cierta señora famosa por sus muchas indiscreciones amorosas. —El príncipe siguió mirándola con una sonrisa tonta.

—A la hija del cura, ¿eh? —Mientras estaba desprevenida introdujo una rodilla entre sus muslos y le abrió las piernas. Ya serio la miró—. No puedo aguardar más, cielo. Espero que estés preparada para mí porque obviamente yo lo estoy para ti. —Se incorporó un poco con los brazos para que ella verificase sus palabras. Cuando observó lo que le indicaba abrió los ojos como platos.

—Res… Es demasiado gruesa para…

—Oh no, cabrá, te lo aseguro... Incluso cuando alcance su máxima expresión. —Lo miró, boquiabierta—. Sí, aún tiene que hacerse más grande. —Con una paciencia que no le quedaba acarició los suaves pétalos, encontrándola húmeda y dispuesta. Introdujo un dedo en su interior y suspiró—. Cariño, estás muy mojada y necesito con urgencia enterrarme en ti. —Abrió aún más sus piernas y colocó su miembro en la lubricada entrada. Metió la punta y parte del grueso tronco y jadeó de placer. El agudo gemido de la mujer lo paró en seco, manteniéndolo inmóvil en esa posición. Sus ojos volaron hasta su rostro—. ¿Qué ocurre? —graznó, a causa del esfuerzo de contenerse.

—Me haces daño.

—¡Jod…! —Comenzó a retirarse, pensando que tal vez no estaba preparada del todo.

—Reskan, no te enfades. —Eso lo detuvo, manteniendo parte de su sexo dentro de ella.

—¿Enfadarme? ¿Por qué?

—Siento no ser... apropiada para ti... —La mirada de asombro que le dirigió cortó sus palabras.

—¿Apropiada? Dios, si existe en el mundo una mujer más apropiada para mí que tú me como tu camisón. Es normal que seas estrecha, pero te aseguro que mi espada entrará como si estuviese hecha para tu vaina. Solo tienes que relajarte y yo haré el resto.

Sin previo aviso Reskan entró en su cuerpo de una sola embestida. Todo el cuerpo de la mujer se puso tenso y el grito que intentó con todas sus fuerzas ahogar rompió el corazón del hombre. Habría dado cualquier cosa por evitarle el dolor, pero sabía que no había nada que hubiese podido hacer para ahorrárselo. Pronto desaparecería, mientras tanto lo único que podía hacer era quedarse quieto para que su cuerpo se adaptase y se acostumbrase a ese elemento extraño que había introducido en él.

Dos diminutas lágrimas escaparon de aquellos hermosos ojos color violeta, pero ningún otro sonido salió de su boca. Reskan la miró, preocupado de que el daño hubiese sido mayor de lo que pensaba. A pesar de su vasta experiencia en ese campo se sentía con un colegial con su primera conquista. E incluso aquella ocasión distaba mucho del momento actual pues esa experiencia había ocurrido a los quince años, pocos meses después de regresar a Vadia y su aprendizaje había estado a cargo de una consumada maestra en tales artes, dama de compañía de Helailla. En aquel momento el único inexperto había sido él y no tuvo que preocuparse de lastimar a la mujer. Desde entonces se había ocupado de algunas desfloraciones, algo normal cuando las mujeres se le echaban literalmente encima, pero ninguna primera vez le había asustado tanto como esa.

—Cielo, ¿te encuentras bien? Siento haberte lastimado, pero era la única manera de hacerlo.

—No ha sido tan malo. De verdad —aseguró, al verlo tan preocupado.

Res besó sus ojos, su nariz, sus orejas, para después dedicarse por entero a su dulce boca. Cuando sintió que estaba mareada por la maestría de sus labios y su lengua, comenzó a moverse muy despacio, en un baile tan antiguo como la vida.

Poco a poco el dolor y el malestar iniciales dieron paso a las sensaciones más exquisitas que Haliana hubiera experimentado jamás y rápidamente deseó más, algo que su cuerpo reconocía aunque su cabeza no entendiese aún.

Las acometidas se hicieron más rápidas y fuertes a medida que sus mutuas necesidades aumentaban. Las respiraciones se volvieron más profundas e irregulares, los cuerpos se abrazaron más estrechamente, el placer se enroscó en sus entrañas, amenazando con arrastrarlos en la marea de perturbadoras emociones de que eran presa.

—Sí, mi vida, disfrútalo. Así...

—Res... —El joven escuchó la nota de desesperación que tiñó su grito.

—No te asustes. Pronto va a llegar tu liberación... Dios y la mía...

—Oh, no pares, por favor...

—Nada ni nadie en el mundo me impediría seguir, cielo. —Sus cuerpos estaban húmedos de transpiración, les costaba trabajo respirar y mucho más hablar, pero sentían que el lazo de las palabras los ataba aún más que el propio acto—. Dime lo que quieres que haga, qué te gusta.

—Podrías... ¿Podrías hacerlo más profundamente? Necesito sentirte más dentro.

Un gemido salió de la garganta masculina antes de hacer lo que le pedía. Levantó las piernas de la mujer y las colocó sobre sus anchos hombros. En esa posición la penetración se volvía mucho más profunda, haciendo que Haliana se sintiese casi desgarrada por dentro.

Reskan la embistió con más fuerza, perdido ya todo el autocontrol que poseía. No recordó que hasta hacía solo unos minutos la muchacha era virgen, no pensó más que tenía que ser tierno. Solo quiso llegar a la culminación y que Hal lo acompañara en la experiencia.

Cuando ella tuvo su orgasmo, mucho más intenso que el primero, gritó su nombre mientras las oleadas se sucedían una tras otra. Un minuto después Reskan la siguió con un ronco gemido de placer, abrazándola con fuerza. Se resistía a salir de su interior. Se sentía agotado y más saciado que nunca en su vida. También estaba asustado. Esa muchacha no solo era la niñita con la que pasó tan buenos ratos en su infancia. Ni la joven que lo odiaba con una intensidad aterradora porque lo consideraba el asesino de su madre. Era la mujer que le había proporcionado los momentos de mayor placer y satisfacción de cuantos había disfrutado. Jamás, ni en sus sueños más locos, había fantaseado que fuese tan maravilloso.

No era solo el haberse acostado con ella. Podía tener un clímax con cualquier mujer medianamente atractiva. Pero con ella había sentido algo especial, único, mágico.

Y si sumábamos a todo eso la enorme e insana atracción que ejercía sobre él, la certeza de que a pesar del peligro que afrontaba estando a su lado, haría cuanto estuviese en su mano para seguir viéndola o la constancia de que cuando se le pasasen los efectos del alcohol le despreciaría aún más por lo que acababa de pasar entre ellos en aquella cama de sábanas revueltas, el resultado más lógico era la frustración, la impotencia y un miedo casi paralizante, y sin embargo no cambiaría por nada lo que habían hecho.

Era una mujer apasionada, en su corazón, en su cabeza y en sus venganzas. Era su mujer y no pararía hasta hacérselo comprender. Con desgana se separó de ella y se tumbó a su lado.

—Cariño, ¿estás bien? —susurró en su oído, sin poder evitar mordisquear en el proceso el lóbulo de su oreja.

—Mmmm.

—¿Eso es un sí?

—Ajá. —Lo miró con ojos somnolientos—. ¿Y tú, cómo te sientes?

—Como si hubiese muerto y estuviese en el cielo. Nunca sentí esto con ninguna otra mujer, Hal. Te lo juro.

—También es nuevo para mí. Espero con ansia tu próxima lección, aunque ahora estoy muy cansada. Claro, que si insistes declararé que no lo suficiente como para probar de nuevo.

Reskan observó su miembro, dolorosamente erguido y después a la exquisita criatura amodorrada entre sus brazos, sus pechos descubiertos y sus pezones erguidos, apuntando hacia él. No, sería mejor dejarla descansar. Había sido una noche muy intensa para ambos y las sensaciones demasiado nuevas como para no permitirse analizarlas en profundidad.

—Es mejor que duermas, princesa, y recuperes fuerzas para enfrentarte a mí en otro momento. Cuando llegue la mañana me odiarás más si eso es posible y prefiero aguantarme las ganas de tenerte otra vez y que intentes descuartizarme solo por quitarte la virginidad. —Aguardó, esperando la lógica reacción a sus palabras, pero la joven ya se había dormido profundamente. Suspiró y se acomodó en la enorme cama, decidiendo si era mejor marcharse o esperar al día siguiente y enfrentarse a la furia que con toda seguridad sobrevendría.

Cerró los ojos, la necesidad de dormir abrazado a ella, de sentir el calor de su cuerpo por el resto de la noche, fue superior a las pocas ganas que tenía de irse. Unos minutos después se durmió, no sin antes pensar que las luchas se intensificarían a partir de ese momento. Lo que hasta entonces habían tenido era una escaramuza sin importancia, la verdadera guerra estaba por comenzar.

CAPÍTULO 14

Las lágrimas caían, enormes y silenciosas, a través de su rostro.

Obstaculizaban su visión, pero su continuo fluir le impedía dejarse llevar y gritar.

Lo estaba haciendo todo mal. Ya antes había defraudado a todo el mundo, pero con lo de la noche anterior se había fallado a sí misma. Eso era quizá lo peor.

Miró el horizonte y se dio cuenta de que ya era de día. Calculó que llevaba allí cerca de tres horas aunque no era consciente de haber hecho otra cosa más que llorar y tampoco estaba muy segura de poder dejar de hacerlo.

Se preguntó con amargura qué iba a hacer, en qué otro lío se metería a causa de su estúpido y monumental orgullo o de su necesidad desmesurada de venganza.

Era consciente de que había muchas cosas que estaban mal en ella. Supuso que era debido a que se había perdido su infancia, o a que nunca podría olvidar tantas muertes y desgracias, a no haber tenido madre la mayor parte de su vida o a la continua necesidad de huir de su padre. Todos esos traumas marcaban a fuego el alma de la gente y los obligaban a ser como eran. Había personas que lo arrastraban consigo el resto de sus vidas, y Haliana sabía que siempre sería una de ellas.

Pero nada de eso justificaba que le hubiera entregado su virginidad al asesino de su madre. ¿Cómo podría mirar a Dacross a la cara, cómo podría seguir llamándola su adorable y valiente sobrina? ¿Cómo podría perdonarse a sí misma?

Lo peor de todo era que había disfrutado tanto en sus brazos... Se rio en voz alta mientras seguía derramando lágrimas de dolor y vergüenza, de asco. Era casi gracioso que cuando estaba borracha no pudiese recordar los motivos por los que debía alejarse de Reskan y que cuando se encontraba sobria rememorase sin embargo, con todo lujo de detalles, las cosas terribles que hacía con él.

El llanto dio paso a una intensa sensación de vacío y el dolor quedó reducido a una pena más o menos soportable.

Una idea, repentina y sorprendente, atravesó su mente como el rayo que rasgó el cielo, anticipando la tormenta.

Reskan la deseaba, incluso después de enterarse de quién era en realidad. ¿Entonces por qué no utilizar esa atracción para atraparlo? Era muy arriesgado pero merecería la pena si con eso conseguía lo que hasta entonces no había podido: acabar con él de una vez por todas.

Durante unos instantes sintió los remordimientos mordisqueando su conciencia por pensar en una estratagema tan rastrera como utilizar su cuerpo para atraerlo a la trampa, remordimientos provocados por el recuerdo de aquella noche compartida, de lo maravilloso que había sido despertar acurrucada contra él antes de darse cuenta de quién estaba en su cama. Pero los desterró sin compasión. A veces el fin justificaba los medios.

Al contrario de lo que esperaba, no se encontró mejor ni más animada tras decidir cuál sería su siguiente estrategia. En su lugar se sintió como una comadreja. Y de nuevo las lágrimas invadieron sus mejillas por lo que iba a hacer.

Era un fastidio sentir aprecio por aquel a quien odiaba. Y también una contradicción sin sentido.

Como ya sabía que ocurriría, Reskan se encontró solo en aquella cama que olía a la mujer a la que había amado horas antes.

Meditó sobre si lo que había obligado a la mujer a marcharse era la cobardía o un dejo de sensatez. Como estaba claro que nunca se la podría tildar de cobarde solo quedaba suponer que había preferido evitar un enfrentamiento en su propia casa.

Claro que existía otro motivo para que en esos momentos no se encontrase a su lado en el cómodo lecho, meditó, con la vista fija en el dosel de damasco morado y blanco, y era que la noche anterior no solo se había acostado con su enemigo, también había perdido la virginidad, y todo ello fuera de los límites del matrimonio, algo que sin lugar a dudas afectaría a cualquier muchacha decente. Después de pensarlo un poco, llegó a la conclusión de que la joven necesitaba tiempo para meditar las consecuencias.

Abrió los ojos, conmocionado. De repente comprendió que en efecto podían existir consecuencias inesperadas. Kana podía estar embarazada.

Se incorporó, sin preocuparse por su desnudez. Con todas sus amantes había tenido la precaución de tomar medidas a fin de evitar embarazos indeseados. Pero la noche anterior no le había preocupado en lo más mínimo, ni siquiera se le ocurrió, para qué engañarse.

La responsabilidad era suya, dada la total inexperiencia de ella, incluso apostaría a que la joven no tenía idea de qué podía hacerse para evitarlo. Estaba seguro de que aún entonces no había caído en esa posibilidad.

Barajó la idea de ofrecerle matrimonio y se rio con ganas por lo descabellado de la idea. Jamás lo aceptaría, preferiría sin ninguna duda los fuegos del infierno antes que atarse a él de aquella manera. Claro que si estuviesen casados le sería más fácil deshacerse de él. Frunció el ceño al pensar en ello. Hasta era posible que si se le ocurría a la maldita, ella misma se lo propusiese. Sería capaz de inventar un bebé aunque no existiese, con tal de convencerlo. Llegado el momento, ni siquiera podría decir de quién había partido la idea, tan diabólica era esa mujer.

Con movimientos bruscos, se deshizo de las mantas y se paseó desnudo por la habitación, deteniéndose para observar el retrato que colgaba de la pared, encima de la cama.

—Maldita seas, Atriana y maldita mil veces tu perversa hija.

Alrededor de diez minutos después, el príncipe salía completamente vestido por la puerta de atrás. Justo en el mismo momento en que Haliana hacía todo lo contrario por la entrada principal.

Eclipse y Dacross estaban arrellanados en el sofá del salón de este último.

Parecía increíble lo fácil que se había adaptado a su nueva casa en la ciudad. Semanas atrás Haliana y él habían decidido que era mucho más seguro para ambos vivir por separado, por eso había elegido esa vivienda. Además, ese arreglo les permitía a ambos mucha más libertad y como se veían casi a diario no suponía ningún problema.

El príncipe se llevó la copa a la boca y después de beber un buen trago lo degustó con placer, era un excelente coñac.

—¿Qué piensas de ese muchacho, Cross? —El aludido observó su vaso, pensativo.

—¿Hablamos del enemigo acérrimo de Liana? —preguntó, cerrando los ojos.

—No me parece bien este nuevo nombre que le has elegido. Como si no tuviese suficiente con los que ya tiene. ¿Es que no puedes llamarla simplemente Haliana o Halia, como todo el mundo?

—Ninguno me parece adecuado. Además puedo llamarla como me dé la gana, soy su tío. —El enorme hombretón lo miró, molesto. En ocasiones como esa lamentaba haberle salvado la vida por primera vez en aquel enfrentamiento desigual, cuando tenía quince años. Aunque aquello le

hubiese valido la libertad.

—Y volviendo al tema de nuestra conversación...

—Vale. La verdad, que no creo en absoluto que matase a mi hermana. Parece más bien obra de Riork y si mi sobrina no estuviese tan cegada por la furia y la sed de sangre, sería capaz de verlo también.

—Quizá ayudaría que la muchacha no se sintiese tan atraída por él.

—Bueno, te concedo que un poquito interesados el uno en el otro sí están. Pero no te atrevas a sugerir nada más, bellaco. Que mi pequeña es aún una criaturita.

—¡Ja! Es toda una dama y muy mujer, por cierto, solo hay que mirarla para darse cuenta. Y en cuanto a lo demás, no seas ingenuo, si se le caen los calzones cada vez que él menea el rabo.

—¡Pero cómo te atreves... !

—¿Vas a negarme que tú no te has beneficiado a una cuantas *criaturitas* más jóvenes que ella?

—No, no voy a ser tan hipócrita, pero...

—¿Pero ella es diferente? Bien, creo recordar que lo único que la diferencia de esas otras es que es de tu familia. Así que déjate de monsergas, hermano.

—Te equivocas. Liana es muy joven para pensar en eso y tiene demasiados problemas para preocuparse por ello, además.

—Eso no te lo crees ni tú. Vamos, que ese gallito que la ronda se envalentone y verás cómo hay que casarla de urgencia. —Dacross se levantó de un salto y se lanzó sobre Eclipse, derribándolo con sillón y todo.

—No digas esas porquerías de mi sobrina.

—Pero hombre, ¿qué te pasa? La muchacha es muy dueña de hacer lo que quiera. ¡Así que deja de fastidiarme!

—¡Ah! Ahora quieres que lo deje. ¡Cuando has sido tú quien ha empezado! —Los dos niños, por llamarlos de alguna forma, comenzaron a rodar por el suelo, en un lío de piernas y brazos. Haliana se apresuró a coger el valioso jarrón de fino cristal que hasta hacía unos segundos decoraba la mesa de caoba y que había volado por los aires en medio de la refriega. Lo miró, ya a salvo en sus manos y pensándoselo mejor lo dejó caer, haciéndose añicos en el suelo. La pelea cesó y dos pares de ojos se clavaron en ella—. Maldición, pequeña, ese jarrón me costó una verdadera fortuna. ¿Tenías que estrellarlo para llamar mi atención? —preguntó malhumorado, aunque para nada apenado por la considerable pérdida de dinero que una vez representó el objeto en cuestión—. Bueno, verás, vi a dos estúpidos queriendo molerse a golpes y pensé que nada mejor que hacer algo igualmente estúpido para calmarlos. —Lo miró, toda inocencia—. ¿He hecho mal? —El príncipe frunció el ceño, pero no dijo nada. Eclipse se rio entre dientes y a cambio recibió un codazo en las costillas. Dejó de reír y comenzó a gruñir como un mastín. La mujer cogió un hermoso cenicero de mármol negro y lo elevó por encima de su cabeza.

—Vale, vale, estoy calmado. Muy calmado, ¿ves? —Con esfuerzo y murmurando por lo bajo se levantó y ayudó a su formidable amigo a hacer lo mismo, no sin antes dirigirle una mirada de esas que decían que ya arreglarían cuentas más tarde.

—Entonces ya no necesito esto, ¿verdad? —Bajó el cenicero y se lo lanzó. Dacross corrió hacia él, tirando de nuevo en el proceso a Eclipse, que se despanzurró en el suelo. Por fin y tras una caída en plancha, consiguió hacerse con la preciada pieza, que quedó precariamente sujeta entre sus dedos a solo tres o cuatro centímetros del suelo.

—Maldita seas, víbora. Si se llega a romper te estrangulo. Y le daré la razón a este, en lugar de defenderte.

—¿Y qué es lo que mi buen amigo dice de mí para que tú te veas en la necesidad de

defenderme?

—¿Quieres saberlo? Pues te lo diré. Eclipse afirma que si el principito al que dices detestar con tanto ahínco te propusiese ir a la cama con él, tú no te lo pensarías dos veces antes de decir que sí. Bien, ya lo he dicho. A ver quién te salva de esta, compañero. —Haliana se quedó en silencio, borrada ya su sonrisa—. ¿Ves? Sabía que no le haría ninguna gracia. ¿Estás bien, cariño? Ya le dije a este tarugo que se equivocaba, pero sabes lo testarudo y estúpido que puede llegar a ser. —Eclipse no dijo ni una palabra en toda la conversación. Se limitaba a mirarla con fijeza, como si estudiase su reacción.

—¿Y bien, Halia, qué dices tú? —preguntó en voz baja, sin quitarle los ojos de encima.

—Nada. Tu comentario no merece respuesta. Y demuestra que me conoces menos de lo que afirmas. —Se dio la vuelta, ocultándoles el dolor por la traición que había cometido. Con resolución, se volvió hacia ellos—. ¿Y por qué, entre todos los temas disponibles, habéis elegido este en particular?

—Porque estaba a punto de comentarle a tu tío que no creo que Cetriar intentase matarte aquel día en el bosque, aunque tú lo acusaste de ello. Ya hemos aclarado que el arquero es el mismo que intentó acabar con Cross y está claro que Reskan no pudo haber ordenado aquello, ya que no tenía motivo alguno para desear su muerte. ¿De verdad sigues pensando que él ordenó tu ataque?

—No. Estamos de acuerdo en que mi querido papaíto me encontró.

—Hablando de eso, también tenemos que tener en cuenta que es posible que Riork no sepa dónde estás. Podría haber mandado a sus esbirros a buscarte y que uno de ellos te hallase. Pero como Eclipse lo mató cabría suponer que no tuvo tiempo de decírselo. Por supuesto no podemos bajar la guardia, pero es una posibilidad, ¿no? —Los tres cavilaron sobre esa nueva idea planteada por el príncipe y decidieron que no debían descartar nada.

—De todos modos jugamos con cierta ventaja, pues ni tu padre ni Cetriar conocen tu verdadera identidad —comentó el hombretón.

—Reskan sabe quién soy. —Un ominoso silencio se hizo en la habitación.

—¿Cómo es posible? —preguntó su tío.

—Me temo que fui algo indiscreta con una de sus amantes y ella le fue con el cuento.

—¿Qué? Por el amor de Dios, Liana, ¿en qué estabas pensando? Nunca has sido una estúpida, pero maldita sea, esta vez te has comportado como tal.

—Lo sé. Me limité a decirle que Reskan había matado a una mujer hacía años. Por supuesto, en cuanto se lo contó no tuvo que pensar mucho para descubrirme. Fue una tontería, pero aquella furcia me sacó de mis casillas y puse en peligro no solo mi vida sino también las vuestras. Lo lamento, lo solucionaré.

—Deja de decir sandeces, mocosa. Ha sido algo tonto y peligroso, pero nada trágico. Es lógico que estallaras, has estado soportando una gran tensión desde hace cinco años, sin contar con nadie para protegerte y consolarte. A decir verdad, me siento más tranquilo, pues al fin has dado muestras de que eres un ser humano. Lo único que lamento de todo esto es que ya no vayamos un paso por delante.

—Halia, sé que hemos hablado de esto y que no te gusta que lo hagamos, pero tengo que decir una vez más que no considero al joven Cetriar el asesino de tu madre. —Eclipse se apresuró a seguir, impidiendo la réplica de la mujer—. Soy consciente de que todas las pruebas lo acusan y de que tú misma lo viste en la habitación de la reina, pero he conocido a ese hombre y lo he discutido con Dacross. Ninguno de los dos creemos que lo hiciera. —Calló, esperando que ella rechazase de plano la idea, pero se mantuvo callada—. ¿No es posible que tu padre lo amañase para que pareciese que todo había ocurrido como tú piensas que pasó? La verdad, después de

contarnos como Riork mató a Saggana a golpes, con increíble sangre fría, nos inclinamos a pensar que fuese él y no Reskan quien cometió el crimen. A fin de cuentas, por la horrible forma de tratarla, sabemos que no le tenía ningún aprecio. Dudo de que se lo haya tenido a nadie más que a él mismo y cuando pasaron los años sin que le diese ese hijo varón que tanto ansiaba, bien pudo decidir acabar con ella para poder volver a casarse. Es mucho más fácil asociar esa imagen de asesino sin escrúpulos a Riork que al muchachito enamoriscado que te seguía a todas partes. —De nuevo, el silencio se apoderó de la estancia. Los dos hombres miraban expectantes a la joven, la cual permanecía frente a la ventana, de espaldas a ellos.

—He pensado mucho en esto en los últimos tiempos, pero mi opinión sigue siendo la misma. Todo lo que decís es perfectamente lógico, pero sé lo que vi. —Se dio la vuelta y los miró—. Os agradecería que en el futuro evitéis esta conversación pues no conseguiréis cambiar mi decisión. —Dicho eso, salió de la habitación y después de la casa.

Sabía que ellos estaban convencidos de que su padre era el culpable de todas esas muertes innecesarias, incluida la de Atriana. Pero ella no pensaba lo mismo en cuanto a esa última. Reskan lo había hecho. Debía haberlo hecho o ella habría cometido un enorme error con él.

Ni siquiera se atrevía a imaginar que fuese inocente, pues entonces ¿qué había hecho, en nombre de Dios?

No solo las acusaciones o la persecución continúa a la que lo había sometido. ¿Cómo enmendaría los intentos de asesinato, las heridas que en estos le había infligido? ¿Cómo lavaría su reputación hasta ahora intachable y que ella había manchado de forma intolerable al contarle a su amante que era un asesino? Si en verdad era culpable nada de aquello importaría, pero si había sido una trampa, si en verdad Atriana había muerto en manos de Riork, tendría que pagar un precio muy alto por su error.

Y con cada día que pasaba, su convicción de estar en lo cierto con respecto a aquel hombre se debilitaba. Que Dios la amparase.

Haliana sabía que la había visto. Habría sido difícil no hacerlo en aquella sala, casi vacía a excepción de unos pocos madrugadores. Ella misma había querido llegar temprano con el fin de disponer de tiempo para examinar con tranquilidad los objetos a subastar y decidir por cuáles estaba dispuesta a pujar. La otra mujer debió de pensar lo mismo y de reojo advirtió que la observaba con curiosidad.

No quería un enfrentamiento en público pero tampoco estaba dispuesta a renunciar a una interesante tarde de compras pues ya había decidido conseguir un par de artículos. Además estaba aburrida y llevaba dos días esperando con verdadera expectativa esa venta. Había algo muy estimulante en el hecho de luchar civilizadamente con otros por un mismo objeto, subiendo la apuesta hasta límites inverosímiles. No, no renunciaría y se marcharía.

—Haliana, me alegro de volver a verte. —Suspiró apenada, debería haber sabido que aquella niña malcriada y cabezota no la dejaría en paz. Se giró y la miró, parpadeando sorprendida ante los ojos inocentes y la ancha sonrisa de la muchacha.

—Princesa Helailla, supongo que no puedo evitarla con tan pocas personas como hay en este momento, pero eso no significa que debamos ser agradables la una con la otra, ¿verdad? —contestó con rigidez. La sonrisa se borró en el acto y en su lugar apareció una mueca que se parecía bastante a la pena. Casi sintió remordimientos.

—Pensé que podríamos ser amigas, pero veo que tú, que usted, no piensa lo mismo. Bien, creí que debía agradecerle su inestimable ayuda con los niños huérfanos, ya que no pude hacerlo aquel día. También quería expresarle mi felicitación por decidir adoptar a Ivener y decirle que

nosotros también acogimos a un pequeño. Pero supongo que nada de esto le interesa. Adiós, lady Haliana, espero que haga alguna buena compra, pues los marqueses de Bobalión detestan desprenderse de las posesiones que reunieron durante generaciones, sin embargo necesitan el dinero desesperadamente, como sabrá. Buenas tardes. —Se giró para marcharse y Haliana sintió una opresión en el pecho al observar los correctos, pero secos modales de la joven, sabiendo que era una persona alegre y extrovertida por naturaleza.

—Helailla, espera. —La aludida se volvió, en su mirada se mezclaban el recelo y la expectativa—. No quise ser desagradable. Bueno, sí, aunque te pido disculpas por ello. Pero no puedes negarme que existen motivos de peso para que nunca seamos amigas, por utilizar tus mismas palabras.

—Sí, hablando de eso, quizá puedas aclararme cuáles. La familia Cetriar te dio cobijo cuando estabas herida y creo que todos fuimos más o menos agradables contigo, dadas las circunstancias. Según recuerdo, en agradecimiento tú te escapaste, como si te tuviésemos prisionera. Personalmente tampoco te he hecho nada. Entonces, aparte de ser la hermana de Res, ¿por qué otro motivo me guardas rencor? —La verdad de aquellas palabras abofeteó a la mujer con fuerza. No era justa, lo sabía, pero la única razón que tenía para no intimar con ella era precisamente su parentesco con el asesino de su madre.

—Sabes que él es la causa de nuestra mutua animosidad.

—Bien, tal vez mutua no sea la palabra apropiada pues no me caes mal ni te guardo rencor por tus rencillas con mi hermano. Sé que piensas que tienes un buen motivo para odiarlo, pero te aseguro que es una buena persona y que cualquiera sea la ofensa que crees que ha cometido o no lo hizo o no fue intencionado. —Haliana comprendió que Reskan, para protegerla, no le había contado la mayor parte de la historia. Ni el porqué de sus deseos de venganza, ni las veces que atentó contra su vida. Suponía que era mejor así.

—No sabes casi nada de esta historia.

—No y tal vez si no me tratasen como a una niña y me lo contasen, podría entenderlo.

—Helailla, es mejor que...

—Sí, ya sé lo que vas a decirme, así que ahórratelo. Estoy cansada de escucharlo en mi casa. —Haliana esbozó una involuntaria sonrisa que borró de golpe al comprender algo. Le gustaba aquella muchacha y por mucho que detestara admitirlo le caía bien—. ¿Vas a rechazarme de nuevo? Lo veo en tus ojos —explicó cuando la miró con una inquisitiva ceja alzada.

—Mira, Helailla...

—Llámame Lalla.

—¿Qué? Sí, claro. ¿Así te llaman tus amigos?

—No, así me llaman solo los miembros de mi familia.

—¿Y por qué entonces debería utilizar yo ese diminutivo?

—Porque estoy segura de en algún momento pasarás a formar parte de las filas de la familia Cetriar. —Soltó como si nada.

—Escucha, Lalla...

—Y a ti, ¿cómo tengo que llamarte? —La mujer la miró con los ojos entrecerrados, diciéndole sin palabras que no había conseguido hacerla olvidar el estúpido comentario anterior, pero decidió pasarlo por alto. Solo por esa vez.

—Bueno, yo preferiría lady Haliana, pero como estás empeñada en no mantener las distancias, Haliana estará bien.

—¿Nadie te llama de otra forma? —preguntó, en tono decepcionado, lo cual la obligó a sonreír.

—Vale, elige. Halia me llaman mis amigos, los cuales no son muchos. Y mi tío ha tenido la genial idea de rebautizarme Liana. ¿Cuál te gusta más?

—¿Cómo te llama Res? —La sonrisa se esfumó.

—Hal, querida —contestó entre dientes.

—Adoro ese —admitió la joven con aire soñador—, pero como es la forma en que Reskan te reclama como suya, me conformaré con Liana. Sí —dijo como si lo meditase a conciencia—, tu tío tiene buen gusto, al menos con los nombres. —Después de unos segundos de silencio, Helailla frunció el entrecejo y la miró con la sospecha brillando en sus inteligentes ojos grises—. ¿Tienes un tío? ¿Desde cuándo?

La joven maldijo para sí. La jovencita era tan inocente y simpática que por un momento no había medido sus palabras. Suspiró, tendría que encontrar una mentira creíble y por más perturbador que fuese, le disgustaba tener que engañarla.

—No es mi tío de verdad. Se trata de un antiguo amigo de mis padres al que hacía años que no veía. Se marchó cuando era una niña a recorrer el mundo y me lo encontré en la ciudad hace un par de semanas. —Cruzó los dedos por detrás, rezando porque creyese a pies juntillas la historia que acababa de confeccionar a toda prisa.

—Me alegra saber que aunque no es de tu familia, tienes a alguien que te quiere. Detestaba la idea de que estuvieses totalmente sola. —Haliana no pudo ver más que sinceridad en su serena expresión. Hasta cierto punto era agradable que alguien se preocupase de uno. Lo malo era que de repente tenía más gente a su alrededor que en toda su vida y eso podía llegar a ser peligroso si pretendía seguir viviendo en el anonimato. Demasiadas personas sabían ya su verdadera identidad y la lista podía aumentar de forma considerable si no tenía cuidado.

El sonido de una maza golpeando la madera atrajo la atención de todos, disolviendo las conversaciones que se desarrollaban en la sala, en ese momento atestada de gente. Vio que aún quedaban un par de asientos libres al principio de la fila y cogiendo de la mano a su acompañante la arrastró hacia allí. Una vez sentadas, observaron cómo colocaban el primer objeto a subastar.

—¿Ya has visto algo que te guste? —preguntó en un susurro la hermana de Reskan.

—Sí, dos o tres cosas. ¿Y tú?

—Ya lo creo, la mitad de las posesiones de los Bobalión quedarían estupendas en Vadia. —Haliana sonrió y la miró.

—Bien, no las compres todas.

—Oh, ya sé que no puedo. Res me advirtió que si hacía algo así, descontaría la enorme suma de mi dote, con lo cual quedaría prácticamente en la miseria y no encontraría un marido que me aguantara sin el aliciente de un par de arcones de oro. Por supuesto bromeaba, porque aunque comprase todo lo que se ofrece hoy aquí mi dote seguiría siendo impresionante, pero ya sabes cómo es Reskan. —Haliana se calló la boca, decidida a no insultar al hermano frente a su joven compañera. Pero si pudiese hablar...—. Liana —dijo, cogiendo su mano y sorprendiéndola—. Quiero pedirte algo. Si necesitaras ayuda, de cualquier tipo y en el momento que sea, no dudes en pedírmela. A pesar de todo, dije en serio lo de ser amigas y los problemas que tengas con mi hermano no afectarán ese hecho. Ven a mí si me necesitas. Te prometo que podrás contar conmigo.

Las dos muchachas se miraron, haciendo una promesa silenciosa y para siempre.

La maza volvió a golpear la mesa con fuerza. EI primer artículo había sido vendido.

Haliana se encontraba frente al alto ventanal del salón de su casa. Sus manos formaban puños a los costados de su cuerpo y su respiración era algo más agitada que de costumbre.

Estaba asustada y aquella emoción tan familiar en su vida le atenazaba el corazón, amenazando con ahogarla.

Pero esa vez su temor era diferente y por causas ajenas a las que normalmente lo provocaban.

Esa vez tenía miedo de ser rechazada o considerada no satisfactoria. Cerró los ojos y apoyó la frente en el frío cristal.

Hacía dos horas que Dacross le había contado que sus padres llegarían ese mismo día.

Había montado en furia, reprochándole no solo que los hubiese mandado venir, sino también que se lo dijese con tan poco tiempo de antelación. De repente se enfrentaba al dilema de conocer al resto de lo que quedaba de su pequeña familia y no sabía cómo afrontar la situación. ¿La querrían ellos? ¿La tratarían como a un miembro largo tiempo esperado o la repudiarían por no ajustarse a lo que esperaban de ella? ¿La envolverían en sus brazos o la insultarían por ser hija de Riork? ¿Esperarían que fuese una copia exacta de su madre o aceptarían que ella era un ser aparte y por tanto diferente? Todos esos interrogantes y otros más la acosaban sin piedad desde que se había enterado de su inminente llegada. Se obligó a enderezarse y respiró hondo, soñando con retrasar ese encuentro de manera indefinida.

Unos pasos rápidos y suaves atrajeron su atención. Había alguien detrás suyo y avergonzándose de sí misma se resistió a darse la vuelta para comprobar su identidad. Al fin, sabiendo que no podía demorarlo para siempre e ignorando los frenéticos latidos de su corazón, se giró despacio.

No había ninguna duda sobre la identidad de la emocionada señora que la observaba con la conmoción y la incredulidad reflejada en aquella conocida mirada violeta. Su propio parecido con el de la mujer era asombroso y al recordar el retrato de su madre, las lágrimas que un rato antes juró que no dejaría caer amenazaron con hacer justamente eso. Debía tener cincuenta y muchos años y con su hermoso pelo rojo salpicado de canas y su fino cutis de porcelana, aún daba muestras de la beldad que había sido en otros tiempos. Su cuerpo era esbelto y delgado y llevaba un hermoso vestido a rayas de colores neutros aunque no demasiado oscuros. Haliana observó que retorcía un pequeño pañuelo blanco de encaje como si estuviese nerviosa, lo cual la hizo comprender que no solo ella tenía dudas sobre cómo sería recibida y eso hizo que parte de su miedo y su ansiedad disminuyesen a niveles más tolerables.

La dama avanzó un paso, cautelosa y después otro y otro más. Cuando estuvo a su lado dejó caer el pañuelo y con un gemido la abrazó con fuerza. La joven tardó solo un segundo en seguirla y entre sollozos ambas mujeres permanecieron unidas largo tiempo.

Sin dejar de abrazarla, Haliana abrió los ojos y entre las pestañas húmedas vio a Dacross y a un hombre mayor, que las observaban con una intensa emoción.

El abrazo poco a poco se aflojó, como si la otra mujer hubiese advertido la presencia de los caballeros en la sala. Pareció leer el pensamiento de la muchacha y le susurró algo al oído.

—Acércate a él, pequeña. Tiene tantas ganas de abrazarte como yo, pero es demasiado orgulloso para correr a ti y tiene demasiado miedo de que lo rechaces. —Dicho eso, la soltó del todo.

Con pasos vacilantes, Haliana se acercó a su abuelo sin dejar de mirarlo a los ojos, tal como él hacía. Era un hombre fuerte y muy alto, como su hijo. Sus cabellos claros también veteados de plata y con alguna arruga más que su esposa, con seguridad debidas a los pocos años en que la aventajaba, así como al duro trabajo que había llevado toda su vida, aun así no le restaban ni un ápice de atractivo.

En sus ojos marrones se podía ver que no sabía cómo manejar la situación y sin pensar, Haliana se lanzó a sus poderosos y fuertes brazos, hundiendo la cabeza en su pecho.

Sintió que si él apretaba un poco más la partiría en dos, pero no le importó. Esa era su familia, los "queridos padres", como Atriana solía decir cuando se refería con infinita nostalgia a ellos. Recordó cuánto amor sentía la reina por ellos y la infinita tristeza que le había provocado no haberlos visto nunca más después de su boda con Riork. Vio, como si estuviese ocurriendo en ese instante, las lágrimas y la amargura de la mujer cuando tras otra de las palizas de su marido, ella decía: «Mi querido padre me vengaría si supiese lo que aquí ocurre» o «mamá tendría algún remedio para calmar el dolor de mi cuerpo. Ella entiende mucho de esto aunque su marido nunca sería tan cobarde como para pegarle». Después, despacio y con cuidado, se metía en la cama y su mirada se perdía en el techo. Haliana sospechaba que revivía los felices años que había pasado junto a su familia.

Y ahora esa familia le pertenecía a ella. La joven pidió perdón en silencio a su madre por ocupar su lugar, pero también le prometió que siempre habría un sitio en el corazón de todos los presentes para ella. Eso era algo que ni Riork, ni Reskan, ni nadie podría quitarle nunca.

Cuando se apartó, pudo ver que su abuelo tenía los ojos empañados y sus propias lágrimas fluyeron con más intensidad al ver las del hombre. Cuánta emoción embargaba aquella habitación que durante tantos años había estado fría y sin vida. Era asombroso cómo unas pocas personas podían cambiarla de tal manera en unos pocos minutos.

Los pasitos cortos y sonoros en el suelo devolvieron a la realidad a los presentes. Cuatro pares de ojos se desviaron a la niñita vestida de azul pastel que corría hacia Haliana, evitando difícilmente que la enorme muñeca que llevaba de la mano se le escurriese al suelo. Cuando a trompicones llegó a su lado, la muchacha la cogió en brazos y se giró hacia los demás.

—Os presento a Ivener, mi dulce hija. —El silencio que siguió a esas palabras resultó un tanto incómodo. Excepto Dacross, el resto frunció el entrecejo, pensativos. Al fin su abuelo se atrevió a hacer la pregunta que parecía flotar en el aire.

—¿Estás casada?

—No.

—¿No? ¿Estás diciéndome que tienes una hija y no te has casado con el padre? —Su mirada se volvió, dura, hacia su hijo. Este se limitó a encogerse de hombros. Entonces miró a su esposa, impotente—. Llana, di algo.

—No se me ocurre nada en este momento, Sabon.

—Bien, a mí sí. Mira Kana, comprendo que las circunstancias de la vida te han obligado a actuar según tu criterio porque por desgracia no has tenido a tu lado a nadie que te asesorase, y hasta apruebo que seas inteligente y valiente e incluso temeraria en ocasiones, como te calificó Dacross en la carta que nos envió. —Haliana lanzó una mirada cargada de reproche a su tío, pero este se limitó a reírse y como ella misma no estaba siendo muy buena en ese momento al permitir que sus abuelos creyesen que tenía una hija fuera del matrimonio, lo dejó pasar sin comentarios. Pero ya se vengaría, ya—. ¿De qué demonios te ríes, imbécil? —Lo increpó a su hijo—. Esta situación es insostenible y tú tendrías que haberle puesto remedio en cuanto te enteraste. Al menos antes de que llegásemos. Fíjate en qué estado está tu madre, que por una vez se ha quedado sin palabras. En cualquier otro momento habría dado gracias al cielo por tan maravilloso regalo, pero ahora podrías echarme una mano, mujer.

—Oh cariño, es que estoy tan contenta de encontrarme de pronto con una nieta y una bisnieta que me cuesta reaccionar con normalidad. Aunque de todos modos es muy injusto y descortés de tu parte decir esas horribles cosas de mí delante de la familia. Debo aclarar ante todos que no soy ninguna parlanchina y me siento en extremo ofendida de que lo creas así...

—Gracias a Dios ya te estás recuperando. Por un instante creí que habías enfermado por la

preocupación. —Su esposa le dirigió una mirada fulminante que cayó en saco roto porque el rey se limitó a guiñarle un ojo y volvió al tema principal de esa discusión—. Kana, dame ahora mismo el nombre de ese desgraciado libertino que te dejó embarazada y luego te abandonó.

—Bueno, señor, verá. El padre de Ivener murió hace algunos meses.

—Oh, eso cambia mucho las cosas, ¿verdad, querido?

—Calla, Llana, estoy pensando. Porque algo habrá que hacer, ¿no? —Dacross no pudo aguantar más y dejó escapar la sonora carcajada que había estado conteniendo. Haliana pensó que por muy agradable que fuese el que su recién adquirida familia intentase proteger su reputación, ya era hora de aclarar la situación.

—Maldita sea, hijo. Si no dejas de reírte te romperé la crisma, demonios.

—Sabon, cuida tu lenguaje, por favor. Me estás abochornando y ni qué decir qué pensará tu nieta de esa abominable forma de hablar que tienes cuando te enfadas. —El hombre tuvo la decencia de mostrarse contrito.

—Lo lamento, por supuesto. —Haliana decidió que ese era el momento de hablar, pues todos se habían tomado un respiro. Salvo el maldito tío, que aún seguía riéndose a mandíbula batiente.

—Bueno, en realidad no he tenido la oportunidad de aclarar que la madre de Ivener también murió junto con el padre.

Ante eso, su abuela no tuvo más remedio que dejarse caer en el sillón más cercano. En cuanto a su abuelo, se dirigió sin ceremonias a la mesa de las bebidas y se sirvió una generosa copa de coñac que se bebió de un trago. Después medió una copita de jerez y con tranquilidad se la llevó a su esposa e insistió sin palabras en que se la tomase entera. Dacross se limitó a seguir riendo, con lo cual dio pie a que Haliana pensase cómo callarlo. Era una pena que no estuviesen en la casa de él, pues el problema se habría solucionado estrellando alguna obra de arte contra el suelo. Por supuesto no iba a hacer semejante cosa en su salón, aunque le dio vueltas a la idea durante unos segundos de tirarle a la cabeza la bellísima figura de cristal con forma de bailarina que había adquirido tras una larga lucha con otro pujante y una considerable cantidad de dinero en la subasta de los Bobalión. Al final lo dejó pasar, era demasiado hermosa para estamparla contra la cabeza sin duda hueca de aquel cretino.

—¿Os parece que podríamos aclarar esto de una vez por todas? —Como todos callaron, se dio por supuesto que la respuesta era afirmativa. El rey miró a la joven—. ¿Eres o no eres la madre de la pequeña?

—Por supuesto que lo soy.

—Por el amor de Dios. En esta casa hay más obtusos que paredes.

—Te agradecería que no insultases, querido. A menos que te refieras a ti, en cuyo caso estoy de acuerdo.

—Llana...

—Oh, cállate, marido. Está claro que esta dulce criaturita era huérfana y mi querida nieta decidió adoptarla y proporcionarle un hogar y todo el amor que necesite. ¿No es cierto, cariño?

—Sí, señora. Al principio me negué a traerla aquí porque podría ser peligroso para ella si...

—Si tu padre te encuentra. —Terminó la anciana por ella.

—Exacto. Pero después pensé que hay tantas personas a mi cuidado que una más no significaría demasiado. Además Cross me ayuda mucho con ella, le tiene un gran cariño. ¿Le parece a usted mal que me la haya quedado?

—Vaya. Otra que llama a nuestro hijo por ese horrible apodo. Verdaderamente, esposa, hiciste mal en acortar su nombre. —Un suave codazo fue toda la respuesta que tuvo de la reina.

—Estoy muy complacida de que lo hayas hecho y muy orgullosa, también. Y por favor, no me

llames señora. Soy Llana, o Llanatia si lo prefieres.

—Gracias. —Todos observaron al rey y este a su vez los miraba sin saber qué era lo que había hecho mal.

—Por Dios, Sabon. ¿Vas a dejar que la niña use todas esas formalidades inútiles para dirigirse a ti?

—Demonios, Llana, la muchacha ya sabe que puede tutearme y mi nombre es Sabon. Sin diminutivos o apodos. ¿Está claro? Si es mi nieta, diablos. No espero que me llame señor o Majestad.

—Oh, qué maldita lengua tienes, amor. —La mujer comprendió su propio error aún antes de que todos se echasen a reír. Ya seria, se acercó a su nieta y quitándole de los brazos a Ivener, la dejó en el suelo. La mocosa se dirigió, cauta, hacia Sabon e intentó por todos los medios subirse a las altas rodillas. El hombre, inseguro, miró a las mujeres—. Vamos zoquete, cógela de una vez. Por imposible que parezca a la pequeña le has caído bien. —Con excesivo cuidado, el aludido hizo lo que se le ordenaba. Una vez en el lugar donde estaba decidida a quedarse, Ivener le plantó en la cara la enorme muñeca. Las risas que acompañaron a tal método para llamar la atención del anciano envalentonaron a la pequeña, que restregó su juguete por el rostro del hombre.

—Haliana, estoy muy feliz de haberte conocido. Eres todo lo que Cross había dicho y mucho más. Mi querida hija estaría orgullosa de ti y yo te quiero porque eres una parte importante de ella y porque sabes entrar en nuestros corazones. Ahora, tienes una familia que te apoyará en todo cuanto decidas realizar, aunque sea quedarte embarazada sin marido. Siempre estaremos a tu lado porque para nosotros eres única. También tu pequeña hija.

Las dos mujeres observaron a los hombres y vieron que estos asentían con gravedad, dando su aprobación a todo lo que la reina había dicho.

Haliana probó de nuevo el sabor de sus lágrimas y supo que nunca más se sentiría sola.

Ahora tenía una familia.

Reskan se hallaba frente a la puerta de Dacross y furioso contempló que también esta se hallaba cerrada. Sin duda eso le daba un matiz del todo diferente a la situación.

Se había preocupado cuando encontró en las mismas circunstancias la de Haliana y más aún cuando los pocos criados que se habían quedado no supieron o no quisieron decirle adónde había ido, pero pensó que la muy tonta había vuelto a escapar de él, tal vez para tomarse su tiempo en aceptar los últimos acontecimientos que habían ocurrido entre ellos. Era una actitud algo cobarde tratándose de su valiente guerrera, pero no debía olvidar que como mujer, los engranajes de su mente funcionaban de un modo por completo diferente a los suyos. Era posible que una vez libre de los efectos del alcohol se avergonzara de habérsele entregado y quisiera poner tierra de por medio, como si así fuera a borrar su pecadillo de medianoche. Cierto que la muchacha se saltaba casi todas las reglas, pero esa cuestión de moralidad y prejuicios estaba firmemente arraigada en los principios de la aristocracia. Sin embargo, al descubrir que también el enamorado estaba fuera de la ciudad todas sus suposiciones se iban al garete.

Nunca olvidaría la tarde en que los había visto abrazados mientras se confesaban su mutuo amor. Entonces creyó que algo moría en su interior, igual que cuando la había descubierto semidesnuda debajo del cuerpo de Astin de Adler.

Una furia sorda se apoderó de él al recordar ambos incidentes, aunque también se mezclaba a esa emoción la extrañeza y el orgullo de que a pesar de todo lo había elegido a él como su primer amante y no a cualquiera de los otros. Claro que con el barón había faltado muy poco, pues si no

se hubiese presentado en ese momento ese malnacido se habría aprovechado bien de la situación.

Apretó los puños con la vista fija en la maldita puerta cerrada a cal y canto, sintiendo una ira hirviente recorriendo todo su ser. Era obvio que se habían ido juntos. Sería demasiada coincidencia que ambos decidiesen cerrar sus casas al mismo tiempo.

Montando en su caballo con movimientos rígidos por el enfado se prometió que mataría al maldito. O mejor a los dos, pensó con una sonrisa malévola y fría como el hielo.

Estaban en Daria, por increíble que aún le pareciese a Haliana, a pesar de que llevaban allí casi una semana.

El mismo día de la llegada de sus abuelos, se había puesto al matrimonio en antecedentes sobre los intentos de asesinato de Dacross y ella misma y consideraron que la mejor solución era salir de escena durante un tiempo. Así no solo perderían a los que aún pudiesen estar acechándoles sino que les proporcionaría el tiempo que necesitaban para planear una estrategia y combatirlos.

Las discusiones a tal fin eran largas y fructíferas, pues ya disponían de dos o tres ideas. Pero Haliana siempre se ponía melancólica después de esas conversaciones. Todos lo entendían y no ponían reparos en que se alejase durante unas horas para levantar su ánimo. Las tierras en que se encontraban eran seguras a pesar de encontrarse a apenas cuatro horas de Traguian y más o menos a un día de Antrea y como además era evidente que nadie había podido seguir su incansable avance hasta allí, no corría peligro alguno.

Una vez más y a pesar de su sombrío humor, la joven se maravilló de los hermosos paisajes que la rodeaban. Le encantaba Daria, ese pequeño y maravilloso país, donde todo era verde y frondoso y la enorme mansión junto con la casi infinita extensión de tierra, propiedad de sus abuelos, le parecía un sueño.

Allí no existía peligro alguno de que Riork la buscase, pues no sabía que sus suegros poseyesen esa casa. Además, la propiedad era casi un fortín, dada la cantidad de soldados que habían sido requeridos con ese fin, sin contar con los cientos de aldeanos que habitaban aquellas tierras, todos fieles servidores, dispuestos a defender a la familia a cualquier precio.

Durante los días que llevaba en el país, había tenido tiempo de pensar en la noche que pasó en la cama con Reskan. La culpa y el dolor seguían ahí, pero ya no le atenazaban el corazón al recordar lo sucedido.

El problema no era haber perdido la virginidad sin estar casada. Bueno, al menos no era la peor parte del problema, rectificó para sí. Lo más humillante y despreciable de su comportamiento había sido hacerlo con ese hombre en particular.

Claro que haber disfrutado de todo lo que él le había hecho, haberle suplicado que no parase, haber confesado sus preferencias en un momento tan íntimo y haber gritado de satisfacción hasta casi quedarse afónica, no era lo que se dice una forma de proceder muy digna de una dama. Con una mueca pensó que tal conducta solo era aceptable en una furcia y la inquietud porque el príncipe la considerase precisamente eso la torturaba.

El sonido de unos cascos detrás de ella detuvo sus cavilaciones y la devolvió al presente. Se giró para encararse al intruso y sonrió cuando vio quién era.

Dacross bajó del caballo con agilidad y se acercó. Su semblante le dijo todo cuanto deseaba saber sin necesidad de palabras. Nada había cambiado en Traguian, al menos para mejor.

—¿Tan mal están las cosas?

—Peor.

—¿Qué ha hecho esta vez Riork? —Su tío la miró en silencio, casi como si calibrase cuánto debería decirle—. Quiero saberlo todo.

—¿Sientes algo por él, Kana? Aparte del odio que aseguras profesarle, claro.

—Vamos, Cross. Esta es una historia vieja. A causa de tu insistencia la hemos analizado desde todos los ángulos posibles y mi respuesta siempre es la misma. —El príncipe se pasó la mano por el pelo, en un gesto cansado.

—Pero es tu padre, Kana.

—Nadie puede discutir eso. Ni el propio Riork, por mucho que le gustase. El caso es que aunque por un terrible error de la naturaleza lleve su sangre, *no es* mi padre. Solo es un hombre enfermo de ansias de poder, que haría cualquier cosa por obtener más del que tiene y mucho más por conservar el que ya posee. Nunca fue cariñoso, ni me ayudó cuando las cosas eran difíciles. No me apoyó cuando lo necesitaba y no solo no me protegió, sino que ha intentado matarme y aún acecha en algún rincón para acabar conmigo. Asesinó a sangre fría a Saggana y casi consigue liquidarte a ti. ¿Cuántos más motivos crees que necesito para odiarlo?

—Sé todo lo que ha hecho, pero aun así...

—Un padre debe demostrar que lo es, al igual que un marido o un hermano.Y Riork lo único que ha probado es que es un hombre cruel y sanguinario. Amén de un loco. ¿Ahora vas a decirme qué demonios ocurre en Traguian?

—Está bien. No hace falta que hables de un modo atroz para que entienda que estás más que impaciente por conocer las noticias que tengo.

—¿Y bien? —Insistió la muchacha.

—Al parecer ese hombre no ha cambiado ni un poquito. Sigue siendo el monstruo que recuerdas, con la excepción de que la nobleza comienza a revelarse y el Consejo, en una reunión privada, decidió que era hora de tomar medidas contra él. Como ya sabes se determinó que la última línea de sucesión eres tú y mandaron alrededor de una docena de hombres de confianza a que recorriesen el mundo en tu búsqueda. Si no te encuentran, bien porque te hayas ocultado en el agujero más profundo o porque hayas muerto, no tendrán más remedio que liderar ellos el país mientras se buscan otras opciones. Y si resulta que estás viva y se te considera capacitada para tomar el mando, el actual rey será destituido y tú ocuparás su lugar.

—¿Y si me negase? —Aquello sí captó la atención del hombre.

—¿Vas a rechazar el trono?

—Bueno, verás, es algo más complicado que eso. Por ejemplo, primero tienen que encontrarme.

—Eso es fácil. Podemos avisar de que estás aquí y escoltarte hasta el mismísimo trono.

—¿Y no crees que Riork tendría algo que decir en este asunto? Porque a mí me parece bastante obvio que no tiene intención de renunciar así por las buenas. No estaría segura ni aun llegando al castillo y si además resultase que no me consideran apta para gobernar mi sentencia de muerte estaría firmada y enviada. Eso es lo que yo creo. —Dacross sopesó sus palabras y tuvo que admitir que tenía toda la razón del mundo. También se enfureció por no haberlo considerado. Al fin y al cabo después del discurso de su padre de la noche anterior no había podido pensar con claridad en nada que no estuviese relacionado con aquel maldito asunto. Por eso cuando uno de los espías que habían mandado para infiltrarse en el castillo y enterarse de lo que allí ocurría regresó y lo informó, se había limitado a buscar a su sobrina y ponerla al corriente sin meditar en las posibles consecuencias de meterla sin más en el país.

—Tienes razón, por supuesto. No he tenido tiempo de estudiar a fondo la situación y no es propio de mí lanzarme a dar opiniones sin tener claros los obstáculos.

—¿Tiene algo que ver la conversación con el abuelo en tu actual falta de estrategia? —El hombre la observó con intensidad.

—¿Conoces el tema que tratamos anoche?

—Claro que no. Por lo que yo sé es algo privado entre tu padre y tú. ¿Por qué iban a informarme a mí?

—Porque eres parte de la familia y porque cuando este asunto de tu seguridad esté solucionado, tú misma tendrás que soportar una charla parecida a la que yo afronté.

—Ahora sí que has picado mi curiosidad. ¿No podrías adelantarme nada? —Dacross se paseó furioso durante unos minutos en los cuales Haliana se quedó convenientemente en silencio. Después se plantó delante de ella y con voz resignada pasó a relatarle lo que tanto le preocupaba.

—Sabon quiere que me case. —La joven sonrió, aliviada.

—Oh, es eso. Por un momento me habías preocupado.

—Por un momento, ¿eh? Bien, déjame decirte que la idea del matrimonio no me atrae en absoluto, lo mire por donde lo mire.

—Vamos Cross, siempre has sabido que tendrías que casarte y procurar un heredero. A fin de cuentas, en algún momento serás rey.

—¿Y?

—Es tu obligación como príncipe heredero.

—Así que mi obligación, ¿no? Bien, eso soluciona otro de los problemas a los que deberás enfrentarte y debo decir que mucho mejor de lo que yo esperaba.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que te recuerdo que tú eres una princesa heredera.

—En efecto, para mi desgracia.

—Sí, bueno. Eso es un tema aparte. Pero verás, la verdad es que tú también deberás proveer un heredero para Traguian.

—¿Qué?

—Al fin y al cabo es tu obligación. —Remedó en su mismo tono de voz, haciendo que ella entrecerrara los ojos.

—No me escupas mis propias palabras. ¿Estás diciéndome que el abuelo ha dejado entrever que espera que me case en algún momento?

—Tal vez entrever no sea la palabra exacta, sino que dejó muy claro que lo harás. Y en cuanto a lo de en algún momento, yo diría que se refería a un futuro muy cercano. Ten en cuenta que ya has sobrepasado la edad conveniente para casarte.

—Prácticamente somos de la misma edad. —Gruñó.

—Sí, pero yo soy un hombre y no necesito buscar esposa hasta dentro de muchos años, a no ser que mi maldito y entrometido padre se salga con la suya, lo cual dudo porque no pienso dejarlo. Pero tu caso es diferente. Si tardas mucho en desposarte serás demasiado vieja para tener bebés. —La expresión de total asombro que cruzó su cara le hizo pensar al príncipe que por fin había conseguido que ella captase la situación. Nada podía saber el hombre de que hasta ese momento, cuando lo oyó hablar de niños, no se había dado cuenta de que en verdad podía estar embarazada en ese mismo instante. Se obligó a disimular, pues su tío la estudiaba con detenimiento.

—¿Crees... crees que soy vieja?

—Claro que no, Liana. Eres joven y hermosa y se necesitarán un par de décadas para poder decir con justicia que estás madurando.

—A veces me haces un lío —musitó, aún con la mente en otra parte. ¿Qué haría si en verdad esperaba un hijo? ¡Un hijo de Reskan!

—¿Cuándo? ¿Por qué?

—No dudas en llamarme Kana o Liana y no me acostumbro a tener tantos nombres.

—Es el hábito de pensar en ti como Kana cuando no sabíamos si estabas viva y la de apodarte Liana durante todas estas semanas. A veces hasta yo mismo me confundo, pero es una manía muy difícil de cambiar.

—¿Y si os limitáis todos a llamarme Haliana? De todos modos es peligroso utilizar mi verdadero nombre y hace tantos años que no lo uso que en la mayoría de las ocasiones no respondo a él.

—Sí, creo que tienes razón. Recuérdame que se lo comente a mis padres para que no haya equivocaciones.

—Bien. Aclarado esto, ¿por qué no me dices qué ha hecho Riork?

—Ya te lo he contado.

—Oh vamos, seguramente no me crees tan estúpida como para tragarme que has venido como alma que lleva el diablo solo para decirme algo que ya sé. Te creía más listo que todo eso. —Dacross suspiró, derrotado.

—En realidad no hay mucho más que contar, cariño. Se dice que con cada día que pasa sin llegar noticias sobre si estás viva o muerta su carácter se vuelve más desagradable y sus castigos más abundantes, rápidos y duros. Al parecer tanta incertidumbre lo está conduciendo de manera inexorable a la bebida y puede también que a la locura. —Calló unos segundos—. He oído que hace unas semanas violó a una de las criadas del castillo. La pobre niña iba a casarse en unos días, después de que tanto su familia como la del novio le hubiesen dado casi todo lo que tenían de valor a ese bastardo por permitir la boda. Por suerte el muchacho estaba enamorado de ella e insistió en desposarla a pesar de que cabe la posibilidad de que esté encinta. El matrimonio tuvo lugar en cuanto ella se recuperó de la agresión, lo cual sucedió bastantes días después. —La cara de la mujer expresó una mezcla de rabia y dolor que conmovió al hombre casi más que la propia noticia.

—¿Cuál de la muchachas? —preguntó en un susurro.

—La hija de la lechera, Shela, creo que se llama. Si mi información es exacta se casó con un tal Rowland. —Haliana la recordaba, por supuesto. Apenas era una mocosa cuando ella huyó de Traguian, así que ahora debía de tener diecisiete años, más o menos. La pena la embargó, aquella niña siempre había sido dulce y tímida y aún entonces, cuando todavía no conocía nada del amor ni de los hombres, parecía haberse convertido en la sombra del hijo del herrero, y le seguía a todas partes, jurando que llegaría a ser su esposa. Lo había conseguido, ¿pero a qué precio? Era obvio que al más alto.

Con un gran esfuerzo del que solo ella fue consciente, inspiró con fuerza y borró todo signo de expresión de su rostro. Sus ojos eran inescrutables cuando miró a su tío.

—¿Volvemos a la casa? Empieza a hacer algo de frío.

La figura se movió entre la gente intentando pasar desapercibida. La verdad era que lo estaba logrando, pues los campesinos estaban demasiado atareados vendiendo sus mercancías y los pares de la nobleza ensimismados en sus pensamientos o regateando a los comerciantes para fijarse en el muchacho alto y cubierto con ropas demasiado grandes para su larguirucho cuerpo.

En silencio, con la mirada baja y evitando llamar la atención, pasó junto a hombres y mujeres siguiendo un destino marcado de antemano aunque fingiendo no tener un rumbo fijo.

Anduvo despacio, pero con constancia y solo se atrevió a levantar la vista y descansar unos minutos cuando dejó atrás la ciudad y se internó en el bosque que colindaba con el imponente castillo.

Allí se apoyó contra el tronco de un viejo árbol y cerró los ojos, meditabundo. Había sido una

estupidez ir allí, pero ya sabía que continuaría con aquella locura hasta sus últimas consecuencias. Nada ni nadie podría evitarlo, aun cuando se preguntó si no estaría cometiendo un terrible error. Enderezó los hombros y se irguió, diciéndose que era una tontería abandonar a esas alturas, con la de riesgos que había corrido ya.

Se apartó del árbol y estiró de la larga camisa, del chaleco y de la enorme chaqueta que le llegaba casi hasta la rodilla. Haliana suspiró, esperaba que eso fuese suficiente para tapar sus formas de mujer. Cuando se miró en el espejo de su habitación le había parecido que su sexo quedaba sepultado bajo aquel aspecto varonil, pero las ropas bien podían subirse más de lo debido y enseñar sus torneadas piernas o su más que femenino trasero. La amplitud de la vestimenta, que con tanto cuidado había elegido, tapaba sin duda sus exuberantes pechos. El que hubiese tenido la ocurrencia de vendárselos ayudaba, sin duda alguna.

Con nerviosismo echó un vistazo alrededor, temerosa de no encontrarse sola. En el pasado, cuando vivía allí, siempre había hallado una sensación de paz al internarse en aquella espesura repleta de vida y color. Parecía que en ese lugar nunca estaba sola aunque tenía toda la intimidad que necesitaba. Pero ese día, los sonidos que todo bosque albergaba en su interior la sobresaltaban porque esos ruidos naturales tapaban cualquier signo que un ser humano pudiese producir.

Hacía mucho tiempo que no recorría esos parajes y en algunos momentos se sintió algo desorientada, debiendo detenerse para buscar referencias, prestando especial atención a su alrededor para poder seguir. Se dejó llevar por su instinto, que la guió a través de su memoria hacia puntos de repente recordados, avanzando con cautela, pero reconociendo el camino según lo transitaba. Y de repente allí estaba, frente a ella, el enorme sauce del que tantos y tantos buenos recuerdos guardaba. A pesar de haber madurado desde la última vez que lo viera, seguía pareciéndole mágico e imponente y con pasos vacilantes se acercó para inspeccionarlo. Sí, ahí estaban las letras grabadas con tosquedad en la dura corteza con un cuchillo afilado, mostrando el nombre de Reskan y el suyo, ambos dentro de un deformado corazón. Y un poco más abajo, hecho bastante tiempo después, el de su madre, en letras mayúsculas y subrayado dos veces. Con un gesto casi de veneración rozó las palabras con la punta de los dedos. Gimió sin darse cuenta y alzando la cabeza al cielo, tapado casi por completo por las copas de los árboles, inspiró con fuerza, atrapando el olor a tierra, flores y humedad que nunca había conseguido olvidar.

¡Cómo se alegraba de estar de nuevo en su amada tierra...! El hecho de que tuviese que regresar a Daria de inmediato no lograba enturbiar su estado de ánimo. Pero antes de pensar en volver había algo que tenía que hacer. Para eso había ido.

Con determinación dio la vuelta al árbol y quedó frente a uno de los laterales del castillo. Estaba quizá a un kilómetro de este, pero el edificio en sí no le interesaba para la aventura de esa mañana. Solo el pequeño trozo de parcela cercada capturaba su atención. Sin preocuparse en lo más mínimo por su seguridad caminó hasta allí. Abrió la verja blanca y se arrodilló junto a la tumba. Al contrario de lo que habría pensado estaba limpia y cuidada. Admiró la lápida, hermosamente tallada en forma de ángel y fue entonces cuando advirtió la docena de tulipanes amarillos que descansaban sobre la inscripción. No los retiró para leerla, se la sabía de memoria ya que había sido ella quien la encargó. «Aquí descansa una sufrida esposa, una abnegada madre y una admirable reina. Aquí yace Atriana de Trarr», recitó la joven en silencio.

Con curiosidad se preguntó quién habría puesto las recientes flores, pues no muchos sabían que los tulipanes amarillos habían sido las flores preferidas de su madre. Incluso las utilizaba para fabricar su propio perfume, junto con un toque de rosas blancas. Recordó cómo le había enseñado a prepararlo cuando en uno de sus cumpleaños, siendo muy pequeña, había intentado

hacerlo por sí misma para ofrecérselo como presente. Como no conocía los ingredientes había mezclado todas las flores que pudo encontrar, y el resultado obvio había sido un completo desastre. Aun así la reina se lo puso aquel día, diciendo que era el regalo más hermoso que jamás le habían hecho. Al día siguiente le mostró cómo mezclar las flores y hasta le permitió que hiciese un poco más para ella misma, ya que le gustaba tanto. No podía explicar por qué, pero cuando salió de Traguian dejó de usarlo y lo sustituyó por otro totalmente diferente.

Había pasado demasiado tiempo, perdida en cavilaciones y recuerdos. Echó un rápido vistazo al castillo y se aseguró de que no hubiese nadie en las ventanas. Eso era lo malo de preferir enterrar a Atriana allí, cualquiera que rondase en las inmediaciones del castillo podría verla. Claro que cuando decidió no sepultarla en el cementerio familiar, tan lúgubre y alejado de la fortaleza, no pensó que tuviese que visitarla a escondidas o que su propia vida corriese peligro por estar allí.

Una vez realizado su cometido se levantó y dio media vuelta, deseosa de volver a la seguridad de la casa de sus abuelos. Fue entonces cuando las dos mujeres se vieron, sorprendidas.

Haliana pensó en salir corriendo antes de que la reconociesen, pero algo la mantuvo donde estaba, blasfemando como un marinero, aunque solo para sí misma. De todas las personas que podían haberla descubierto tenía que ser esa en particular quien lo hiciera. Aquella la conocía lo suficiente como para penetrar en el disfraz que se había procurado. Rezó porque no fuese así. Se fijó en los tulipanes amarillos que llevaba en los brazos y supo quién cambiaba las flores y mantenía limpia la tumba. Quiso agradecérselo, pero habría sido una estupidez mayor que el seguir allí de pie. No, la mayor estupidez había sido volver, se corrigió.

Repuesta del sobresalto causado por la súbita aparición del desconocido muchacho, la otra mujer lo observó durante unos momentos. Entonces abrió los ojos, incrédula. Haliana salió corriendo en dirección al bosque antes de saber si daría la alarma o se mantendría callada.

Mara, que así se llamaba la criada, se agachó para recoger las flores que había dejado caer al suelo a causa de la impresión. Quitó las del día anterior y depositó con cuidado y cariño las nuevas. Después se levantó y se limpió la falda.

Despacio se dirigió de nuevo al castillo, cuestionándose porqué no le había preguntado a Su Alteza por su hija Kaileen.

De vuelta en Daria y mucho más tranquila en su habitación, Haliana se desprendió de sus masculinas ropas. No llamó a la criada, no solo porque no la necesitaría para desvestirse y ponerse el fino camisón de seda verde esmeralda, sino porque habría puesto el grito en el cielo si la hubiese visto llegar de esa guisa.

Cuando las ropas de hombre estuvieron tiradas en un montón a sus pies suspiró con resignación. Eran tan fáciles de poner y quitar y tan cómodas… Durante un segundo despreció el hermoso camisón que tenía en la mano, pues como toda la ropa que poseía era un gran estorbo. Recordó con pena y nostalgia la libertad de movimientos que le permitían aquellos pantalones y la libre respiración de la holgada camisa y la gruesa chaqueta. Pero la realidad se impuso y con otro suspiro, entonces de frustración, se puso el camisón y la bata.

La puerta de su habitación se abrió con estruendo, golpeando la pared con fuerza. Haliana se giró bruscamente para encararse con quien se hubiese atrevido a irrumpir en su dormitorio de aquella manera.

Cuando vio a Dacross y la cara que tenía, supo que se encontraba en un buen lío. Estaba furioso y no se molestó en ocultarlo. Entró con pasos airados, pero esperó a estar junto a ella para hablar, utilizando un tono calmado, frío y mortal.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí —contestó con cautela.

La fuerte y sonora bofetada la pilló desprevenida, al igual que el dolor que le nubló la vista o el sabor a sangre al morderse la mejilla por dentro. Trastabillando a causa de la violencia del golpe, se tocó el pómulo herido. De haber sido otro el que la hubiese pegado, se habría revuelto como una fiera, devolviendo el golpe. En cambio, se quedó allí, mirándolo sin expresión, negándose a dejarle ver la enorme pena y el sufrimiento que aquel acto le había dejado en el alma. Creyó que siempre estaría segura con aquel hombre, que jamás le haría daño. Se había equivocado y aquel error de juicio no era nada comparado con el miedo de sentirse de nuevo sola. No podría soportarlo, no ahora que conocía lo que era tener una familia.

Los ojos de su tío se dirigieron a la pila de ropa masculina que descansaba en el suelo.

—Has ido demasiado lejos esta vez, Liana. Admiraba que fueses intrépida y temeraria, pero ahora veo que fue una estupidez estimular esas cualidades, como yo quería calificarlas. —La joven se dirigió despacio a la ventana y estuvo unos minutos en silencio, mirando hacia fuera. Cuando habló, lo hizo firme y controlada.

—Me marcharé dentro de una hora.

—¿Qué? —Ella se volvió.

—No es por la bofetada en sí. He recibido muchas durante la mayor parte de mi vida. Pero tú has sobrepasado la línea de lo que te estaba permitido.

—¿Que yo he sobrepasado la línea? —preguntó, incrédulo.

—Voy a decírtelo una sola vez. Ni tú ni nadie tiene derecho a juzgar mis actos. No soy una pusilánime a la que hay que proteger incluso de ella misma. Yo tomo mis decisiones, acertadas o no y si en algún momento estas no te gustan, eres libre de romper esta relación. Ahora apártate de mi camino. —Dicho eso, intentó pasar a su lado, pero un brazo de acero le impidió salir de la habitación.

—¿Crees que aquí acaba todo? ¿Que porque te he dado un tortazo y cuestionado tus métodos para procurarte aventuras he dejado de quererte? Lo que has hecho es estúpido e impropio de ti.

—Ahí es donde te equívocas. Haberme disfrazado de hombre para volver al país en el que nací y está enterrada mi madre, donde mi padre espera ansioso para cortarme el cuello, es del todo típico de mí. No me conoces en absoluto si piensas lo contrario.

—Ese no es el tema.

—Por supuesto que lo es. Durante cinco años he vivido con la muerte pisándome los talones. Me he ocultado en las sombras mientras trazaba un plan de acción, esperando el momento oportuno y rezando por seguir con vida hasta entonces. Cuando tú y los tuyos aparecisteis pensé que ya no tendría que hacerlo sola. Que si moría aún quedaríais vosotros para vengar a los muertos. Ahora sé que no estabais conmigo sino que esperabais que yo os secundase. Bien, os equivocasteis, porque nunca he sido de las que siguen a los demás en mis causas. Yo peleo mis propias guerras, no espero sentada mientras otros lo hacen por mí.

—¿Y crees que eso es sensato?

—Sensato o no es mi modo de hacer las cosas. O lo comprendes ahora o vuelvo a enfrentarme a esto sola.

—Ni Sabon ni yo lo permitiremos. A estas alturas ya deberías saberlo. —Haliana soltó una carcajada de desprecio que molestó sobremanera al hombre.

—¿Piensas que eso marca alguna diferencia? Déjame decirte que no. Ahora márchate, tengo mucho que hacer antes de irme. —Con un movimiento brusco se desprendió del fuerte apretón y regresó a la ventana. Desde allí vio a sus abuelos caminando cogidos del brazo en dirección a la casa. Cerró los ojos y apoyó la frente en el cristal—. ¿Ellos ya lo saben? —preguntó en un

susurro.

—No. Piensan que saliste a cabalgar. —Se sobresaltó de manera casi imperceptible cuando escuchó la voz de su tío tan cerca de ella. Enderezándose se volvió para mirarlo.

—Bien. ¿Por qué no bajas a contarles lo que he hecho? Iré a despedirme cuando empaquete todas mis cosas.

—No vas a ir a ninguna parte, Liana. Será mejor que lo comprendas cuanto antes.

—¿Imaginas que existe alguna manera de impedírmelo? Si es así te ruego que me la digas, estoy ansiosa por descubrir cuál es.

—No voy a encerrarte en tu cuarto ni nada por el estilo. Tampoco voy a tratar de impedírtelo, pero quiero que sepas algo, hagas lo que hagas estaré siempre a tu lado, te protegeré de cualquier amenaza, hacia ti o hacia cualquiera de los tuyos. Pero me enfureceré, te gritaré y te abofetearé siempre que lo considere oportuno. No te apoyaré cuando considere que te embarcas en una descabellada correría de las tuyas, ni estaré de acuerdo contigo en todos tus razonamientos. Más te vale tener esto claro desde ahora. Y ya que estamos, te diré que si mi reacción te ha parecido excesiva, prepárate para afrontar la ira de Sabon y Llana. Cuando están juntos en algo y este algo es desagradable, ni el fuego del infierno te parecerá un lugar demasiado malo para esconderte.

—Acabo de decirte que me voy...

—Y yo acabo de decirte que te quedas. Pensándolo mejor creo que sí ordenaré a cada hombre de esta casa y de estas tierras que te prohíba salir de aquí. Aunque no será necesario, ¿verdad? A fin de cuentas no eres una cobarde y te enfrentarás a esto con valor y dignidad. —Haliana lo miró, llena de una ira sorda incapaz de esconder. Así que ese era su plan. Pretendía apelar a su sentido del honor y a su innata valentía para mantenerla allí. En sus palabras dejaba entrever que consideraba que si se marchaba era solo para escapar de ella misma y sabía con certeza que siempre aceptaba un reto cuando se lo ponían en bandeja delante de sus narices. Lo maldijo por eso—. ¿Y bien, te reunirás con nosotros para cenar o le digo a Marie que suba a ayudarte a empacar?

—Por supuesto me quedo. Has sido tan convincente... —contestó con voz melosa, dedicándole una de sus mejores sonrisas, aunque a todas luces falsa.

—Lo que yo pensaba. —Con esa última burlona observación salió del cuarto de su sobrina, cerrando la puerta con suavidad tras de sí, en marcado contraste a su anterior entrada.

En el pasillo el hombre se apoyó en la pared y cerró los ojos, las manos convertidas en puños. Cuando minutos después volvió a abrirlos tuvo que pasarse la mano para disipar la humedad que se había apoderado de ellos.

El ambiente estuvo algo más que tenso durante la cena, pero por increíble que pareciese sus abuelos no sabían de su aventura en Traguian, ya que la trataban con la amabilidad y cariño de siempre. Aunque eran muy conscientes del silencio que se levantaba como un alto muro de piedra entre tío y sobrina, no preguntaron la razón de tan repentina animosidad. O bien pensaban que era algo entre ellos dos y esperaban que lo solucionasen por sí mismos o preferían no saber qué los había llevado a esa situación.

Haliana seguía de mal humor pero la verdad era que parte de su enfado se había disipado durante la tarde, dejando un sentimiento de vacío y un dolor insoportable. Lamentaba que su relación con Dacross se hubiese enfriado hasta el punto de dirigirse solo las palabras estrictamente necesarias para evitar parecer descorteses, pero su orgullo le impedía dar cualquier paso hacia una reconciliación y presentía que al príncipe le ocurría lo mismo.

En cuanto a Dacross, odiaba toda aquella situación, pero no haría nada por evitarla o

mejorarla. Ya era suficiente no haber mencionado el incidente a sus padres, por lo cual aunque aquella estúpida muchacha no lo sabía, debería estarle muy agradecida, pues había dicho la verdad al asegurarle que el matrimonio era temible cuando se unía en una misma causa, lo cual, gracias a Dios, no ocurría muy a menudo.

También cabía admitir ante sí mismo que la principal razón de su mutismo en ese caso no había sido evitarle a Liana la bochornosa y desagradable escena con sus abuelos, sino que había optado por la prudencia porque si la joven se sentía presionada era muy posible que terminara marchándose como había amenazado con hacer y se enfrentase sola al mundo. Y él utilizaría cualquier método disponible para mantenerla bajo su protección.

Así que para desencanto y frustración de los reyes, tío y sobrina se excusaron justo después de la cena y por separado se dirigieron a sus respectivas habitaciones. Como consiguieron eso estando en el mismo pasillo y con sus dormitorios uno enfrente del otro constituyó un complicado interrogante para el sorprendido matrimonio.

A la mañana siguiente, muy temprano, Haliana estaba sentada en una roca ensimismada en sus pensamientos.

No había pegado ojo en toda la noche, lo cual era comprensible y en cuanto despuntó el alba arrojó las mantas a un lado, se puso el traje de montar y salió a todo galope a lomos de Princesa Escondida.

Sonrió al comprobar que Dacross no había cumplido su amenaza de ordenarles a los hombres que le impidiesen salir de la casa pues estos se limitaron a saludarla cuando pasó como un borrón a su lado.

Se abrazó las piernas y apoyó la cabeza en las rodillas, meditabunda. No se sorprendió cuando se encontró a Eclipse sentado a su lado, pero sí la irritó la manía que tenía el hombretón de salir de la nada tan silenciosamente como una mariposa.

Se preparó para la bronca que le iba a echar, pues aunque sus abuelos seguían en la ignorancia de sus correrías del día anterior, sabía que no tendría la misma suerte con el amigo de su tío. Pero él se limitó a permanecer callado, observando las montañas a lo lejos. Tal vez estaba decidiendo cómo encarar el asunto, pensó mientras lo miraba de reojo.

—No deberías juzgar con tanta dureza a Dacross, Haliana. Al menos no hasta que conozcas el porqué de su actitud.

—Ya sé el porqué. Y entiendo que lo único que quiere es protegerme, pero eso es algo que llevo haciendo sola cinco años y bastante bien, por cierto. No es para eso para lo que lo necesito.

—Tiendes a juzgar a la gente con precipitación, muchacha, y eso te pierde. —Hizo caso omiso de su mirada enfadada, decidiendo que ya era hora de que alguien le dijera cuatro cosas a esa jovencita—. A él no le gusta hablar de esto y la única razón por la que voy a hacerlo es para que comprendas que las cosas no son tan simples como crees. A veces el pasado nos marca de una manera indeleble y no nos damos cuenta hasta que la historia se repite. Entonces el miedo vuelve a aflorar y utilizamos cualquier recurso para mitigar la sensación y para que esta vez las cosas sean diferentes. Eso es lo que le está ocurriendo a tu tío en este momento y debieras comprenderlo y ayudarlo y no poner más trabas donde las dificultades ya parecen insuperables. —Hacía rato que la mujer le prestaba toda su atención y no solo por la curiosidad que aquellas enigmáticas palabras despertaron en ella. Ansiaba saber el porqué de la actitud de Dacross y disponer de armas para solucionar su actual situación. Con un gesto de cabeza lo animó a continuar—. Cuando Dacross era un crío le entristecía sobremanera no conocer a su hermana. A pesar de no haberla visto nunca la amaba con locura y cuando ella murió quedó destrozado. En

aquel entonces tenía solo doce años y no era más que un niño, pero se autoconvenció de que su obligación habría sido protegerla. Como puedes apreciar, tal afirmación era una estupidez porque siendo un mocoso no tenía la más mínima oportunidad, pero lleva diez años castigándose por ello. —Calló durante un momento y mientras la joven asimilaba la información él se limitó a mirar el horizonte, la vista perdida en algún punto del pasado—. Cuando tú desapareciste hace cinco años estuvo a punto de volverse loco. Todo el mundo te daba por muerta y él consideró que si bien con Atriana no había tenido muchas probabilidades, en tu caso tenía edad suficiente para haberte ayudado. Contaba diecisiete años y esta vez sí que no pudo perdonarse haber sido tan negligente en sus responsabilidades. —Hizo otra parada en su historia y la miró con ojos serios y teñidos de dolor. Dolor por el sufrimiento de su amigo—. Y entonces te encontré, y estabas viva y sola y tu vida amenazada por numerosos peligros y juró que en esta ocasión te protegería a cualquier precio. Ahora solo intenta cumplir su promesa, pero con independencia de tus perseguidores tú te empeñas en ponerle las cosas muy difíciles y el miedo a fracasar de nuevo y a perderte tal vez para siempre le carcome las entrañas. Cuando ayer se enteró de dónde estabas un sudor frío hizo presa en él y después de tantos años pude ver en sus ojos un terror y una desesperación similares a las que sintió en aquellas dos ocasiones anteriores. Pensé que te mataría si volvías sana y salva o que se lanzaría a una muerte segura para vengarte si no regresabas. Escapaste con muy poco, pequeña, y deberías estar agradecida por ello en lugar de culparlo por darte un bofetón. —Terminado su monólogo se levantó y sin decir más se internó en el bosque, dejándola cabizbaja y abatida.

Siempre conseguía hacer daño a quienes más la querían. ¿Cuándo aprendería a confortarlos en lugar de herirlos?

Dacross apretaba con suavidad la manita frágil y regordeta de Ivener, en un intento de que no saliese corriendo a investigar todas las cosas nuevas y desconocidas que el campo podía ofrecerle a una niña como ella.

Su humor había mejorado bastante desde la noche anterior, pero la inquietud y el miedo seguían allí, aunque había relegado aquellas emociones al rincón más profundo de su mente. Aun así seguían molestándolo.

Su férrea decisión de no casarse se reafirmó aún más. Sería muy posible que de sus hijos alguna fuese hembra y la aterradora posibilidad de tener que vigilar y proteger a una hija tanto o más que a su sobrina lo dejaba sin respiración. No, si no le aseguraban que todos sus descendientes serían varones se abstendría del matrimonio. Que su padre despotricase lo que le diera la gana, que no iba a claudicar en ese asunto.

Regresó a la realidad, aquella mocosa estaba tirando con bastante insistencia de su mano, sin duda para arrastrarlo en persecución de una mariposa o algo por el estilo.

Cuando intentó localizar el objeto en cuestión, divisó a Haliana a lo lejos, de pie y mirando al cielo. ¿En qué estaría pensando tan concentrada? Imaginó que tan solo sufría en silencio, como era su costumbre. Nada de pedir ayuda, nada de demostrar sus sentimientos en público.

La manita de Ivener se escurrió de la suya y salió corriendo hacia la joven. Él la imitó. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Haliana cogió a la pequeña en brazos, restregando juguetonamente la nariz contra su cuello. La niña comenzó a reír, dichosa y se retorció muerta de cosquillas.

Al levantar la vista, vio a Dacross a su lado y por su expresión neutra no fue capaz de descifrar

su estado de ánimo. Se concentró en el bello paisaje que se extendía ante ella mientras su hija se entretenía con su colgante, sintiendo el incómodo silencio como una tercera presencia entre ellos.

Qué complicadas se hacían las cosas entre dos personas que se querían y cuyo trato normal era fácil y amistoso, cuando el fuerte lazo que los unía se rompía momentáneamente. La brecha que surgía de esa ruptura se agrandaba con cada palabra que no se decían, con cada segundo de tensión contenida, con cada sombra de dolor que ambos se provocaban. ¿Pero cómo cerrarla si el orgullo les impedía tender una mano amiga? Él no comprendía lo que sentía y ella no aceptaba su sobreprotección. ¿Debería volver a intentar explicárselo?

Dacross observó su hermoso perfil, indeciso sobre cómo llevar la situación. Su arrogancia ilimitada, debía reconocer, le dificultaba mucho las cosas.

Pensó en el cambio que había dado su vida desde que la joven había entrado a formar parte de ella y se asombró de lo a gusto que se había sentido durante esas últimas semanas. Tenían mucho que perder si no arreglaban la situación. ¿Pensaría igual Haliana?, se preguntó, alcanzando a escuchar el suspiro involuntario que escapó de los labios femeninos.

—¿Apenada? Parece que siempre lo estés —comentó a la ligera. La mujer no respondió y el príncipe frunció el entrecejo, contrito. Si esa cabezota quería ponérselo difícil, por Dios que tiraría la toalla y la dejaría librada a su propia suerte. Pero mientras hilvanaba el pensamiento supo que no lo haría, lo cual lo enfadó más.

—No voy a cambiar cómo soy —dijo la muchacha, casi como si hablase para sí misma—. No es mi intención hacerte las cosas más difíciles, ni causarte disgustos innecesarios. Incluso intentaré hablar contigo de mis planes futuros para que podamos discutirlos y buscar la manera de llevarlos a cabo lo mejor posible. Pero habrá veces en que actúe por mi cuenta, y te enfadarás y gritarás, y aun así lo haré.

—Bien. —Aceptó con un extraño nudo en la garganta—. Yo procuraré no ser tan autocrático y dejar de ofenderme cada vez que cierta damita discuta cada una de mis sugerencias como si estuviese atentando contra su derecho a la libertad. Y ten por seguro que te estaré vigilando para estar más atento cuando tengas uno de esos accesos de individualidad y decidas hacer algo sola. Y te ataré a la cama si es necesario hasta que atiendas a razones. —Haliana sonrió tras esa última afirmación.

Dacross la abrazó por detrás y estiró los brazos para abarcar también a Ivener. Sin lógica alguna después de sus anteriores razonamientos pensó que si en verdad tenía una hija algún día, desearía que se pareciese a Haliana. Y lo mismo podría decirse de su esposa.

CAPÍTULO 15

Briadan se sintió tentado de aceptar la sugerencia de pasar la noche con la hermosa Selene, abrazado a sus caderas y enterrado en su cuerpo.

Imaginó la escena y su miembro se alzó, en molesta rebelión. Por desgracia hacía mucho que no estaba con una mujer —dos días completos para ser exactos— y la visión de generosos pechos, mostrada sin reparos por aquel vestido que no ocultaba nada, sumada a la promesa de aquellos ojos dorados, lo sacó de quicio.

Entonces pensó en la razón que habría llevado a la "dama" a ofrecérsele y solo pudo suponer una cosa. Debía de estar muy disgustada con Reskan, pues ese era el único motivo que se le ocurría para que intentase seducir a su primo. Por norma era muy discreta con sus otras aventuras y nunca se enfrascaba en una de ellas hasta cerciorarse de que el tipo en cuestión no perteneciese al círculo íntimo del príncipe, ya que era de dominio público que de todos sus amantes, Cetriar era su preferido. Briadan pensaba en secreto que pretendía llevarlo a la iglesia e imaginaba que el propio Reskan lo sabía, pero que la dejaría soñar despierta mientras tuviese ganas de pasarlo bien con ella.

Era muy posible que estuviera descuidándola, embarcado como estaba en la obsesiva idea de desentrañar el misterioso secreto que representaba la bella y vengativa Haliana, y por aquel motivo la beldad rubia le lanzaba aquella dulce y provocativa invitación, con el fin de poner celoso a su principal amante. No lo conseguiría, si de verdad a Reskan le importara Selene, no permitiría que otros hombres la disfrutaran.

Levantó su vaso en dirección a la mujer que lo miraba con deseo contenido al otro lado de la pista de baile, comiéndosela con los ojos mientras la desnudaba mentalmente en un repaso lento y exhaustivo. O tal vez no tan mentalmente, si había que juzgar el sonrojo que se extendía desde su preciosos pechos hasta los altos pómulos.

Se preguntó una vez más si aceptar las insinuaciones y disfrutar de una memorable noche en brazos de aquella hermosura, ya que a su entender era imperdonable negarse a montar una potranca como esa, privándose de una muy saludable cabalgada.

Era la querida de Reskan, se recordó fastidiado y pensando solo en eso negó con la cabeza en dirección a la mujer y salió de la casa, tan incómodo dentro de los pantalones que imaginó que todo el mundo en aquella maldita fiesta podía darse cuenta de sus dificultades para caminar recto.

Mientras esperaba a que se acercase su carruaje se maldijo en silencio por su férreo sentido del honor y la amistad. ¿Dónde encontraría un bocado tan suculento como el que dejaba en aquel salón? De todos modos, si no era él, Selene encontraría otro incauto y afortunado hombre con el que revolcarse el resto de la noche.

Estuvo a punto de regresar al salón y aceptar su oferta. ¡A fin de cuentas amigos los había a patadas!

Reskan leía, ocioso, uno de los muchos periódicos del club.

En la mano sostenía una copa de excelente coñac, como todo lo que se servía en aquel salón y abstraído por la interesante e intrascendental lectura daba pequeños sorbos al líquido ambarino.

Se sentía a gusto acomodado en el espacioso y mullido sillón, apartado de las mesas de juego y la charla vacía de los otros socios.

Su humor no era el mejor en esos momentos pero la tranquilidad en el ambiente familiar que se allí respiraba calmó sus anteriores malestares como si una hermosa mujer estuviese dándole un lento y dulce masaje en su dolorido cuerpo.

Divertido a causa de su propia y extravagante fantasía balanceó una pierna, apoyada en su otra rodilla y dio otro trago al coñac.

Mientras lo hacía, sus ojos se desviaron hacia el hombre que entraba en aquel momento, advirtiendo la falta de sonrisa y la dura expresión cuando el recién llegado encontró su mirada. Levantó su copa en señal de brindis mientras se dirigía hacia él, con semblante más amenazador si cabe que al entrar.

Así que Briadan estaba algo ofuscado esa noche. Se preguntó con ligera curiosidad por el motivo de su mal humor en alguien a quien la sonrisa parecía acompañarle siempre. En ningún momento se le ocurrió que el problema pudiese ser una mujer o la falta de ella, pues el barón tenía infinitas invitaciones de alcoba y las aceptaba casi todas.

—¿Una copa? —preguntó, solícito, cuando el otro se dejó caer en el sillón contiguo.

—Acércame la botella. Tardaré menos en beber a morro que en ir rellenando un vaso. —El príncipe alzó una ceja, inquisitivo.

—¿Albergas intenciones de emborracharte?

—¿Por qué, vas a sermonearme?

—Dios no permita que caiga tan bajo. Tan solo siento cierto interés por conocer la razón de tus ansias de bebida. Si no es algo tremendamente indiscreto, claro está.

—Bueno, algo indiscreto sí es, si tenemos en cuenta que tu preciosa y ahora única amante se me ha ofrecido de forma descarada en un concurrido baile de sociedad hace menos de media hora.

—¿Y ahora estás disgustado porque te revolcaste con mi putita y piensas que me enfureceré? —Aquel comentario fue hecho con gesto serio y sin embargo cualquiera podría detectar el tono jocoso que impregnaba su voz, que sirvió para confirmar la sospecha de Briadan acerca de la poca importancia que le concedía a la joven.

—No me acosté con ella, hombre. Deberías conocerme lo suficiente como para saber que no te traicionaría de semejante forma.

—Y tú deberías saber que hasta nuevo aviso tienes mi permiso y mi bendición para disfrutar de todas mis mujeres. —Aquello sorprendió al barón, porque si bien él admitía ser un crápula sin escrúpulos, su hombría se resistía a compartir lo que era suyo.

—A pesar de todo resolví rechazar la invitación.

—¿Y lo lamentas? —preguntó, mirándolo con fijeza. Le molestó que su amigo lo conociese tan bien.

—Admitamos que sí, un poco. Esta es una de esas noches en que necesito con desesperación una mujer debajo de mí y no tengo ni la fortaleza ni el ánimo para buscarla. Y allí estaba ella, brindándose fuera de ese enorme escote... —Las palabras del joven sonaban tan desesperadas y doloridas que Reskan estuvo a punto de echarse a reír, cosa que por supuesto no hizo.

—Eres algo corto de imaginación. Siempre que hablamos de mujeres terminas representándolas en la misma posición. ¿Aún no sabes que existen otras posturas mucho más placenteras? —La mirada que le dirigió Briadan debió haberle congelado el corazón. El príncipe se limitó a seguir hablando sin prestarle atención—. En cuanto a tu... necesidad, bien sabes que es fácil de solucionar y si lo deseas te prestaré mis servicios para que cuando llegues a casa

encuentres una tibia y complaciente jovencita calentando tu lecho.

—¿Y me acompañarías en semejante aventura? —Durante un segundo Reskan meditó su respuesta. Después meneó la cabeza, apesadumbrado.

—No, esta noche no.

No hablaron en los siguientes minutos, ambos conscientes del motivo por el que el príncipe prefería pasar la noche en su enorme y solitaria cama sin compañía femenina.

—He oído que dan un espectáculo sorprendente en una zona poco recomendable de la ciudad. Media docena de muchachas deslumbrantes desnudándose frente a unos pocos escogidos. —El estado de ánimo del barón cambió de forma drástica, mostrándose alegre y entusiasmado, tal y como solía ser habitual en él—. Naturalmente si estuviésemos interesados en asistir obtendríamos la correspondiente invitación, incluso a última hora. Y según me han comentado la función empieza dentro de cuarenta minutos. —Miró a su primo, expectante.

—Creo que también voy a rechazar eso. Me quedaré un rato más aquí y después me iré a casa.

—Oh, vamos Res. No me apetece ir solo a un lugar tan peligroso y siniestro a estas horas de la noche. Y no querrás que me lo pierda por algo tan nimio como que no te apetece...

—Deja de intentar camelarme, bribón. La respuesta sigue siendo no.

—¿Qué puedes perder si vas? Lo peor que puede pasarte es que te entusiasme alguna de las bailarinas y termines la noche haciendo el amor.

—Sí o que me asalten al salir o que me pegue algo infeccioso una de esas ramerillas. O todo eso.

—Venga ya. Entre los dos podemos enfrentarnos a cualquier posible ladrón y en cuanto a las chicas, he oído decir que son de primera calidad, nada de mercancía defectuosa. Sea como sea, solo vamos allí para disfrutar del espectáculo. Anda, acompáñame. ¿En cuántas correrías de este tipo nos hemos metido de cabeza en el pasado?

—En más de las que puedo y quiero recordar —contestó en tono hosco.

—¿Y qué hay de diferente ahora en nuestras vidas para cambiar tanta diversión por una aburrida reclusión en un club de hombres o en la propia casa? —Reskan se mordió la lengua antes de contestar a la pregunta de su amigo. «Sí, ¿por qué no le dices al bueno de Briadan que te acostaste con la princesita de tus sueños, esa que intenta matarte a toda costa y que se ha escapado con su enamorado y que desde entonces no puedes pensar en meter a otra mujer en tu cama más que a ella?».

—Nada, absolutamente nada —contestó, en cambio.

—¿Entonces?

—Entonces, como encontremos problemas por pisar un lugar plagado de ladrones, asesinos y putas, bastante después de la medianoche, te retorceré el pescuezo y no pararé hasta escuchar el chasquido que anuncie que te lo he roto.

—Oh, qué cruel y morboso eres por disfrutar tanto de la expectativa.

—¿Verdad? Ahora vámonos o al final nos perderemos la función. De todos modos, si al final resulta que tengo la oportunidad de poner mis manos en tu preciosa garganta, la noche habrá valido la pena. —La maldición dicha entre dientes por el barón y la mirada hosca y asesina que la acompañó provocaron una carcajada del príncipe, quien no paró de reír hasta que llegaron al burdel.

El tugurio donde se exhibirían las mujeres era tal y como los dos hombres esperaban. Una casucha sucia y mal iluminada por fuera y mucho peor por dentro. El humo acumulado por la falta de ventilación escocía los ojos. El olor a tabaco, alcohol y sudor llenaba las fosas nasales. El estruendo provocado por la desafinada música, junto a la estridente voz de la "cantante" de

turno, unido a los gritos y risas de hombres y prostitutas envenenaban los oídos. En conjunto, alguien que no estuviese acostumbrado a frecuentar aquellos antros nada más entrar sentía ganas de salir, con los pulmones achicharrados y ganas de vomitar.

Reskan y Briadan intercambiaron una mirada socarrona, elogiando con cinismo el local. Para ellos todo cuanto veían era de por sí un espectáculo y compararon esa pocilga con el tranquilo y lujoso salón del club que acababan de abandonar. Con recelo se sentaron en dos mugrientas y destartaladas sillas, temerosos de terminar en el suelo, que exceptuando a la gente era lo más sucio del lugar, e hicieron caso omiso de las miradas fijas y especulativas de los que examinaban con atención las ropas de excelente corte y las valiosas joyas que llevaban.

No solían frecuentar sitios como ese, pero su a veces aburrida vida de nobles los había llevado a sitios parecidos al actual, así que ya no se asombraban ni asqueaban ante lo que escuchaban o veían. A pesar de todo se sentían algo deseosos de que terminase la exhibición para poder salir al aire fresco.

No sin cierto escrúpulo se animaron a pedir un whisky e incluso a tocar al asqueroso vaso. Que probasen el indescriptible líquido que este contenía sería pedir demasiado.

Sin palabras cada uno sacó su propia petaca del bolsillo interior de su capa y brindaron con una mueca.

De repente la música cesó y el lamento de gato estrangulado al que se asemejaban los sonidos producidos por la cantante paró misericordiosamente. Esa pareció ser la señal para que tanto hombres como mujeres callaran y se volvieran hacia el escenario, por llamarlo de alguna forma. El espectáculo comenzaba.

Reskan tuvo que admitir que las seis muchachas eran bastante bonitas y estaban bien formadas. Ninguna podía considerarse una beldad como las que él estaba acostumbrado a tratar a diario, pero podían darse por satisfechas con lo que Dios les había proporcionado.

Además poseían un verdadero talento para desnudarse, bailar e insinuarse en público, a pesar de los gritos obscenos y las palabras malsonantes que sus actuaciones provocaban. Tanto Reskan como Briadan, a pesar suyo, sintieron una familiar tensión en la entrepierna al observar los cuerpos firmes y jóvenes moverse con sensual abandono al compás de la música. Y cuando las seis mozas terminaron sus números y saludaron al enfebrecido público, no tuvieron más remedio que aplaudir, admitiendo su aprobación.

Reskan volvió a dar otra vuelta en la cama, incómodo.

Maldijo a Briadan por convencerlo de acudir al tugurio de las bailarinas y provocarle ese tormento.

También se maldijo a sí mismo por dejarse persuadir para ir después a tomar unas copas y beber en su lugar unas botellas, provocando ese otro malestar, tanto o más incómodo que el primero.

Sonrió con socarronería en la oscuridad de su cuarto. Lo único que le molestaba en ese momento de estar borracho era que recordaba con toda claridad los cuerpos desnudos de las seis bailarinas, endureciendo su miembro tanto que creyó que se le partiría, dando pie a fantasías sobre cierta mujer que era preferible olvidar y sin embargo no podía.

La imaginó allí, en su cama, de donde no quería que se moviera jamás, con su apetecible boca con sabor a melocotón, sus pechos maduros e incitadores y su ardiente flor de pétalos resbaladizos por la pasión. Evocó sus movimientos dulces, lentos y sexys, sus largas piernas alrededor de su cintura, los suspiros entrecortados cuando la acariciaba y el vaivén de sus caderas siguiendo el ritmo de sus acometidas.

Se puso grande y duro en cuestión de segundos y desesperado se agarró con fuerza y comenzó a frotarse. Se tocó como le gustaba, con exigencia y apremio, sin perder la imagen de Haliana de su cabeza, debajo de su cuerpo y pidiéndole que fuese más rápido. Su mano siguió la orden femenina y aumentó el ritmo de la masturbación, lo que intensificó su placer, sacando un largo y agónico gemido de su contraída garganta, a la vez que sentía los desaforados latidos de su corazón golpeando contra las paredes de su tórax.

Mientras su mano se deslizaba sin descanso por el aterciopelado y largo eje de su verga, con el pulgar se tocó el prepucio y lo apretó varias veces, y se excitó aún más al notar la resbaladiza gota de semen con la que se ayudó a lubricarse, sin dejar que la imagen de la dulce muchacha de labios húmedos y mirada sensual se le escapara. La necesitaba para obtener un placer que en cualquier otro momento le habría sido fácil conseguir. Pero nada era sencillo desde que la conociera, reconoció con una chispa de rabia, alzando las caderas con un jadeo estrangulado, casi al final de su aventura personal.

Casi podía sentirla allí, a su lado, y fantaseó que era su mano, tan pequeña y femenina, la que se movía con frenesí a lo largo de su tronco, surcado de venas y a punto de explotar. Ella ya lo había tocado allí antes, sin embargo en ese instante lo que deseaba era meterse en su boca, ser chupado por esos labios gruesos y seductores y lamido por su caliente y traviesa lengua.

Aquella línea de pensamiento lo llevó de forma inexorable al orgasmo y mientras se corría con fuerza, mezclado con el bronco grito que escapó de su garganta, también se escucharon las palabras de una súplica: «Tómame, Haliana, tómame».

Sintió el vientre mojado, manchado con su semen y suspiró, saciado solo en parte. La gran cantidad de alcohol que corría por su sangre evitó que descubriese el vacío que albergaba aquella otra, la del corazón.

Cerró los ojos, lo bastante cansado como para relajarse y permitirse descansar.

Fue entonces cuando Haliana volvió a colarse en sus sueños, y su vibrante cuerpo de deliciosas curvas lo hechizó incluso dormido, hasta el punto de que tardó un tanto en reparar en que no estaba sola en aquella cama. Pero sí estaba seguro de no era él quien la acompañaba.

Haliana se dio cuenta de que estaba siendo observada y con un movimiento fluido y rápido se encaró con el curioso.

Lo que vio la sorprendió, que duda cabía, pues no estaba enterada de que esa gente pudiese estar allí. Se preguntó si su abuelo lo sabría y supuso que sí, ya no había nada que el omnisciente rey no supiese de sus tierras.

De su primer año huyendo de Traguian había aprendido a convivir con personas de diferentes culturas y estratos sociales, siendo estos casi siempre inferiores al suyo. Así que conocía un poco las costumbres de ese “pueblo” y aunque nada lo demostraba, sabía que en algún lugar estarían las carretas, el fuego y el resto del clan.

Era extraño que la mujer anduviera sola y más aún que permaneciera quieta, mirándola con fijeza, casi como si la midiera por dentro. La estudió a su vez, sin molestarse en ocultar su curiosidad y recelo, admirando envidiosa la cómoda y holgada camisa blanca y la preciosa falda de exquisitos y llamativos colores. No había duda de que prescindía del asfixiante corsé y las molestas enaguas, haciendo sus movimientos más sensuales y cómodos.

La gitana parpadeó ante su escrutinio y durante un momento cerró los ojos, echando la cabeza hacia atrás. Cuando volvió a abrirlos se acercó a la joven hasta que solo las separó un par de metros. Aquellos ojos marrón avellana escrutaron hasta el fondo de su alma, y la princesa la dejó hacer, consciente de que solo podría obtener un par de secretos, si era buena, pues ninguna sagaz

e inquisidora mirada conseguiría mucho más con ella.

—Es una princesa. —Fue lo primero que dijo la gitana con aquella voz profunda e hipnótica. Era justo admitir, aunque solo para sí, que estaba más que sorprendida de aquella declaración—. Escuché hablar de usted en Traguian —comentó, a modo de explicación. Una explicación que no dejó satisfecha a la joven.

—¿Qué escuchaste, exactamente? —preguntó con voz neutra.

—Oí hablar de su hermosura, de ese pelo rojo como el cobre —comentó, mientras tomaba un mechón entre sus dedos—. De esos ojos violeta y de su considerable altura. —En verdad la muchacha le llegaba por el mentón. Se limitó a observarla desde arriba, esperando a que siguiese —. También presté oídos a la esperanza. —Haliana levantó una ceja, confundida e interrogante —. Al parecer en Traguian la ven como la gran salvadora. La sucesora de un rey tirano y cruel. —Calló un momento para evaluar su reacción. Como no ocurrió nada continuó—. El cual resulta ser su padre. Ansían saber si sigue con vida después de tantos años de ausencia y la rastrean con ahínco, ya sea en una tumba u oculta en una cueva. Dígame princesa, ¿acudirá en su ayuda o dejará que sigan buscando en los lugares equivocados?

— ¿Quién eres y por qué dices que soy esa que tú crees, si nunca antes me has visto?

—Oh, pero se equivoca, niña.

—¿Acaso me conoces? Porque te aseguro que yo a ti no.

—La vi anoche mientras dormía. En mi sueño se presentaba como Kana de Trarr, heredera de Traguian y salvadora del mismo.

—Qué cosas más estúpidas dices, mujer. Yo soy lady Haliana Antal Quiveska.

—Sí, también dijo eso, pero al oído me susurró su verdadera identidad. Además pocas mujeres debe haber con vuestra presencia. No me convencerá de lo contrario.

—Te equivocas, gitana. —Dicho eso se dio la vuelta para marcharse. Buscó con la mirada a su yegua y recogió su falda para ir a su encuentro.

—Yo puedo decirte muchas cosas que tú no sabes. —Haliana la miró por encima de su hombro, consciente de la irrespetuosa forma de dirigirse a ella, tan por encima de la mujer, ya fuese como princesa o como lady. Siguió andando—. No solo tu padre te odia, muchacha. Tienes más de un enemigo que acecha en las sombras, esperando el momento oportuno de saltar a tu yugular. —Aceleró el paso hasta que llegó al hermoso animal que esperaba, tranquilo. Puso el pie en el estribo—. Aquel al que consideras tu amigo es tu enemigo y está sediento de sangre. ¡Tu sangre, princesa! —El corazón se le encogió y aceleró su ritmo, convirtiéndose en fuertes palpitaciones.

No era cierto, sus pocos amigos le eran fieles. «No debo desconfiar. Está inventándolo todo para ganarse unas monedas. Mi único enemigo es mi padre». Pero la duda, ese veneno que a su paso todo lo corroía, se instaló en su cerebro, emponzoñando sus ideas. Bajó el pie del estribo y se quedó mirando algún punto en el horizonte, por encima del lomo de la yegua. Pasados unos momentos sintió su mano en el hombro, apretando con suavidad.

—No deseo tu mal. No sé por qué, pero desde que tuve el sueño he sentido que debía encontrarte y decirte lo que sé, que de momento no es mucho. Ni siquiera conozco la identidad de la persona que te acecha, tampoco si es hombre o mujer. Pero sé que si me mantengo a tu lado lo descubriré, quizás a tiempo para salvarte.

—No te creo. Me fío de las pocas personas que me rodean, han demostrado a lo largo de los años que son dignas de mi confianza. —La mujer retiró su mano y la princesa le echó un breve vistazo, advirtiendo el dolor en sus ojos, consciente de que instantes antes la había considerado una oportunista—. No digo que mientas, pero es posible que te equivoques.

—A pesar de tus palabras tranquilizadoras piensas que casi todo lo que te he dicho es inventado. —Kana abrió la boca, pero la gitana siguió hablando, impidiéndole decir nada—. ¿Quieres que demuestre que no busco dinero ni una posición más elevada de la que tengo?

—En realidad no es...

—¿Sabes? En mi pueblo soy una de las personas más influyentes. Tengo poderes de clarividencia. Dones que tu gente no comprende y en los que no cree por miedo. Estoy ofreciéndote esos servicios, gratis.

—En verdad te lo agradezco, pero no te necesito.

—Tú también estás asustada, pero por motivos diferentes. Temes comprobar que tengo razón, pero sobre todo te aterroriza comprender que en efecto alguien muy cercano a ti te está traicionando.

—No te tengo miedo —aseguró con la barbilla alzada.

—Demuéstralo.

—¿Cómo?

—Dame tu mano. —Las dos se miraron con fijeza durante uno o dos minutos, después Haliana hizo lo que le pedía. Con suavidad, la gitana le dio la vuelta, colocando la palma hacia arriba y mirándola con atención. Tardó lo que pareció una eternidad en hablar—. Amas a alguien a quien deberías odiar y luchas con todas tus fuerzas para negar y aniquilar ese sentimiento equivocado porque has jurado destruirlo. Y siempre cumples tus promesas. Lo que no sabes es que él siente lo mismo por ti y también pelea con su alma de guerrero para olvidarte porque eres un recordatorio constante de tragedias que prefiere olvidar. Ese príncipe de los hombres no consigue arrancarte de sus entrañas y tú, ¿puedes borrar sus besos y sus caricias? ¿Acaso logras detener el aleteo de tu estómago cada vez que piensas en él? —La joven desprendió con violencia su mano, rompiendo el contacto—. Esto no es de dominio público, con lo cual he demostrado que no soy un fraude y quizás ahora me creas cuando te advierto del peligro. —Haliana no demostró ninguna de las turbulentas emociones que bullían en su interior. En cambio se mantuvo impasible y serena mientras montaba en su caballo—. He visto muchas otras cosas, pero de entre todas hay algo de ese hombre que deberías saber. Algo que cambiaría tu vida si tuvieses conocimiento de ello y también la suya, pero deberás averiguarlo por ti misma, pues aunque yo te lo revelase ahora no me creerías. —La muchacha asintió con la cabeza en señal de despedida e hizo girar a la yegua—. Siempre que me necesites estaré aquí, en este mismo sitio. Recuérdalo.

Haliana espoleó a Princesa, obligándola a galopar más rápido que el viento, deseosa de alejarse de la dudosa verdad de aquellas palabras dichas sin malicia.

Mucho, mucho tiempo después, la joven se reprocharía no haberle preguntado a la mujer aquella tarde qué era lo que sabía de Reskan pues en verdad aquella información habría alterado sus vidas para siempre. Algo así estaba pensando la gitana mientras veía desaparecer la figura de la princesa.

La nota llegó semanas más tarde y fue una completa sorpresa, a pesar de las afirmaciones de la adivina. No había vuelto a verla, ni se preocupó de buscarla ya que no creía en lo que le había dicho. Tal vez hasta entonces.

«Sé dónde te escondes. Sé quién eres. Pagarás por ello».

Podría ser de su padre, por supuesto, pero su estilo era más directo. Él no se molestaba en avisar, simplemente atacaba, siempre que podía por la espalda. ¿Pero entonces quién?

Suspiró, convencida de que era cosa suya y enfadada porque las palabras de la extraña mujer le estaban haciendo ver cosas que no existían.

«Sé dónde te escondes. Sé quién eres. Pagarás por ello».

¿Pagar por esconderse o por ser quién era? ¿A quién le importaba dónde estaba o su verdadera identidad, salvo a Riork? «¿Pero y si no es él?», le susurraba una molesta vocecita, empujada por una muchacha descarada con los ojos castaños y la lengua afilada.

Por extraño que pareciera no sentía miedo. Estaba demasiado cansada y harta de esconderse, de fingir, como para temerle a un nuevo enemigo. No por primera vez deseó ser una moza de campo, una campesina sin fortuna que se preocupase nada más de encontrar un buen hombre al que parirle hijos. Pero entonces no sería ella misma, las circunstancias la habían hecho tal cual era, y sabía que ya no se conformaría con un marido y su prole.

Sin saber por qué se encaminó hacia el lugar acordado por la gitana, preguntándose qué demonios estaba haciendo. Aún no había encontrado una respuesta y estaba a punto de darse la vuelta cuando la vio, de espaldas a ella, de rodillas en la húmeda tierra, al parecer sin percatarse de su presencia o de su falda mojada.

—Algo ocurrió. No pude ver qué, pero sí sentí la amenaza y el peligro. —Se giró hacia la muchacha, sus ojos preocupados—. ¿Qué fue? —Sin pronunciar una palabra Haliana le tendió la nota. Segundos después la mujer volvió a mirarla—. ¿Reconoces la letra? —La conmoción se reflejó en el rostro de la joven, adelantando su respuesta. La escritura le resultaba vagamente familiar, como si la hubiera visto en alguna ocasión, o al menos una muy parecida. De lo que estaba segura era de que había sido en algún momento reciente, lo que descartaba que se tratara de alguien de Traguian.

—Sé que la he visto antes, pero no recuerdo cuándo ni a quién pertenecía.

—Se me ocurre que podría ser de tu padre.

—Nunca aprendió a leer y escribir, aunque podría haberlo hecho uno de sus esbirros. Pero esa letra no viene de casa. —La solemnidad con que dijo eso último le dio qué pensar.

—¿Entonces es de alguien del país en el que estás viviendo?

—Sí —musitó en voz baja. La mujer cogió su mano y la apretó con suavidad.

—Se nos ocurrirá algo, ya lo verás. —Haliana le dedicó una sonrisa deslucida.

—No me preocupa el peligro, es la traición lo que duele.

—Lo sé, niña, lo sé. —Y por supuesto que sabía, podía leerlo en sus ojos, observarlo en los movimientos de su cuerpo, sentirlo en la quietud de la mañana—. Mi nombre es Godena, a tu servicio. —La joven princesa la estudió durante un rato, en completo silencio.

—Bien, Godena —dijo al fin—, si en verdad estás decidida a velar por mi seguridad deberías trasladarte a la casa. No sé por qué, pero creo que en el futuro te necesitaré a menudo y será mucho más fácil si te tengo cerca. —Esperó las palabras que aceptarían o rechazarían su solicitud y no quedó defraudada cuando estas llegaron.

—Sí, es lo mejor.

—¿Hay alguien más que quieras que te acompañe, o al menos avisar de que te vienes conmigo? —La gitana negó con la cabeza—. ¿No tienes familia, un marido, una madre, un hijo?

—Todo mi pueblo es mi familia, pero no creo que te refirieras a eso cuando extendiste tu invitación. —Haliana rio, traviesa.

—Realmente no. Mis abuelos quedarían afectados de por vida si me presentara con todo un clan de gitanos para ocupar la casa, aunque te aseguro que espacio hay.

—Estoy segura de que te enfrentarías a ellos si fuera necesario, pero por el momento nos valdremos solas.

Halia montó y la ayudó a subir a la yegua, a su espalda. Juntas emprendieron un camino cuyo

fin ninguna pudo suponer, ni en sus más terribles pesadillas.

La siguiente nota llegó once días después y fue aún más extraña que la primera.

Haliana permaneció sentada en la cama, abrazada a sus rodillas durante mucho tiempo, intentando descifrar el enigma de aquellas pocas palabras, sin conseguirlo.

«Ella está conmigo. Vuelve».

Cansada de tanta intriga inútil se vistió y remoloneó un rato más en su habitación, observando desde su ventana el hermoso paisaje que se le ofrecía. El escritor anónimo solo tenía que decir con claridad lo que quería, en cambio utilizaba adivinanzas para exigir sus requerimientos.

Se extrañó de que su hija no estuviese ya allí, subiéndose a la cama con el sigilo de una ladronzuela, mientras ella se hacía la dormida, para después prorrumpir en risas y gritos jubilosos cuando conseguía despertarla, llenándole el cuello de besos húmedos hasta que consideraba que ya estaba despejada. Pero no pudo dedicarse mucho a ese pensamiento, porque otra idea la sustituyó con rapidez. Al fin había llegado su menstruación y aquello daba al traste con la posibilidad de un embarazo no deseado. Aquella maravillosa noticia borraba de un plumazo la momentánea ausencia de la pequeña y la preocupación por la nueva amenaza, dejando un alivio inmenso en lugar de la tensa espera de las últimas semanas.

Una parte de ella también se sentía defraudada, para qué negarlo. Esa decepción fuera de lugar la enfurecía porque sabía con meridiana certeza que no era el deseo de ser madre lo que ansiaba, sino el de retener algo del príncipe solo para ella. Y lo único que tendría que querer de él era su cabeza en una pica.

Aun así era maravilloso no tener que enfrentarse al desprecio y el ostracismo de la sociedad, por no hablar de darle la noticia a su familia. Obtendría su apoyo, por supuesto, pero también los decepcionaría. ¿Y cómo podría escapar de Riork y del supuesto nuevo enemigo si estaba gorda como una vaca? Bien podría decirles: «Estoy a punto de parir, esperad hasta después para matarme». Y al menos su padre la ensartaría con su espada antes de terminar la frase. Suspiró, se estaba volviendo demasiado cínica.

¿Dónde estaba su travieso retoño?

Sin nada más que hacer en su cuarto, salvo volverse loca buscando explicaciones sin sentido y sabiendo que los demás estarían ya reunidos en la mesa del desayuno, salió del dormitorio y comenzó a bajar las escaleras.

El jaleo que había en el vestíbulo la sorprendió y cuando llegó al último peldaño se fijó en la expresión preocupada con que todos la miraban. ¿Tan tarde era, que habían pensado que quizá estaba enferma al no bajar a la hora de costumbre?

Pero las lágrimas que surcaban el hermoso rostro de Llana eran por algo más que el ligero temor de que se encontrase indispuesta, los puños agarrotados de su abuelo mostraban impotencia y furia y la mirada esquiva de Dacross hablaba de problemas e incertidumbre. Con rapidez giró su cabeza en busca de la competente Godena, la cual se había hecho un sitio en la casa en los pocos días que llevaba allí. La encontró entre el grupo de criados que parecían esperar algo indefinido y cuando sus ojos se encontraron ella supo. Y tuvo miedo.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz temblorosa, un logro increíble dado el nudo que apretaba su garganta. Parecía que nadie respondería y eso asustó más a la joven—. ¡¿Qué ocurre?! —chilló, angustiada.

Dacross levantó la mirada y la fijó en ella. Cuando vio el dolor y la desesperación inundando

sus ojos café creyó que se desmayaría.

Entonces comprendió que solo faltaba una persona y el mundo comenzó a girar descontrolado a su alrededor. Su tío la sujetó y se pasó la otra mano por el pelo. Parecía indefenso y confusa y paralizada Haliana se preguntó cómo era eso posible.

—Liana, Ivener no está en la casa. Al principio pensamos que habría salido a jugar y la buscamos, pero al no encontrarla volvimos a su habitación y descubrimos a Hisolda tirada en el suelo y la ventana abierta. Después de un minucioso registro hayamos un trozo de su camisón enganchado en las enredaderas del muro, debajo de su ventana. Pensamos que la han secuestrado. —La agarró con más fuerza, con seguridad pensando que se desmoronaría. La muchacha lo miraba con incredulidad, esforzándose por recordar sus palabras. Hisolda, la enorme muñeca que le regaló cuando la adoptó. La niña adoraba ese juguete en particular y jamás, jamás iba a ninguna parte sin ella. El trozo de camisón enganchado en el muro. ¿Camisón? Ella cogería frío con tan poca ropa. ¿Nadie le había puesto un chal al menos? ¿Tendría miedo su pequeña? ¿Le habrían hecho daño? «¡Dios, dónde está!».

—Halia, querida, ¿te encuentras bien? —La bondadosa voz le llegó como si viniera desde muy lejos. Enfocó la vista y vio a su abuela, preocupada y todavía con lágrimas en los ojos. Se rehízo, aunque fue una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida. Olvidó el miedo y la angustia. Se concentró solo en la furia, en el odio, en las ansias de venganza. Alguien tendría que pagar por eso, se encargaría de ello. Buscó de nuevo a la gitana y vio en sus ojos que había comprendido, que sabía. Respiró hondo, de nuevo capaz de actuar.

—Sí, abuela. Estoy bien.

—¿Había alguna nota? —preguntó Sabon a Dacross, que había encabezado la inspección del cuarto de la pequeña.

—No, ninguna.

Pero sí había. Ella la tenía.

«Ella está conmigo. Vuelve».

—¿Qué vamos a hacer? —Se atrevió a preguntar Sigur, el ayudante personal de su tío. AI fin y al cabo llevaba los suficientes años al servicio de Su Alteza como para cometer semejante audacia y todos sabían que idolatraba a la niñita. Nadie pensó en reprocharle su insolencia.

«Vuelve».

—Regresamos a casa, a Venganza.

Todas las miradas se volvieron hacia ella, asombradas.

Salvo Godena. Ella sabía.

Había vuelto a hacerlo. De nuevo estaba allí.

Cada vez se juraba a sí mismo que sería la última, pero nunca cumplía su promesa. Era algo demasiado fuerte para intentar evitarlo.

Iba cada noche con la esperanza de que hubiese regresado tan sigilosamente como se fue y cuando el correr de las horas destruía la ilusión se acercaba a la mansión, oculto entre las sombras.

Forzaba puertas, revisaba habitaciones... En fin, se comportaba como un vulgar ladrón. Después y casi como visita obligada, se metía en el dormitorio de Haliana y de pie frente a la

cama recordaba aquella noche mágica de placer exquisito.

Se preguntaba si la joven prefería en cambio olvidarlo porque hacía todo más fácil. Esperaba de todo corazón que no.

Esa noche y por algún motivo que escapaba a su comprensión no se decidía a entrar. Tal vez porque entendía que estaba haciendo el ridículo.

Fue entonces cuando, oculto entre los grandes árboles frente a la casa, escuchó los cascos de numerosos caballos. Se internó un poco más en el amparo que le proporcionaba la espesa vegetación y se dispuso a esperar a los inoportunos visitantes.

Se detuvieron frente a la escalinata principal. Tres soldados al principio de la comitiva, dos lujosos carruajes protegidos por seis hombres más, repartidos en los laterales, y otros tres soldados detrás, cerrando filas.

Parecía demasiada defensa para quien quiera que fuesen los recién llegados, presentándose en una casa vacía y en mitad de la noche, como fugitivos.

Las puertas del primer vehículo se abrieron y Reskan inspiró con fuerza. Reconocería a la mujer vestida de violeta en cualquier lugar, sin necesidad alguna de que la luna iluminase esa piel blanca y perfecta, tan suave al tacto o el brillo de su pelo rojo o los senos opulentos y plenos que el vestido no lograba ocultar. O el brazo masculino que rodeaba su cintura en lo que a él le pareció un gesto posesivo. No tuvo que forzar la vista para saber que era Severn y la furia le dominó hasta tal punto que pensó que se ahogaría con su propia bilis.

Se sorprendió un poco al ver a la última persona que bajó, ya que por su forma de vestir parecía una gitana y le extrañó que viajase con ellos y no en el coche de los sirvientes.

No conocía en cambio a la madura pareja que bajó del segundo vehículo. La mujer era hermosa a pesar de los años que debía tener y la perfección y belleza del caro vestido verde bosque junto a las valiosas joyas que llevaba servían para darle el porte de una reina.

El príncipe pasó a examinar al hombre que parecía ser el esposo. Regio y de figura imponente, alto y musculado y vestido también con ropas caras y de fino corte, resultaba la versión masculina perfecta para la dama que se agarraba a su brazo.

Y por supuesto el gigante que apareció por la puerta, casi tronchando en dos con su peso el perfecto y elegante carruaje, no necesita presentación. Eclipse estiró su interminable y fornido cuerpo, de seguro acalambrado por haber permanecido embutido en aquel reducido espacio y sin prestar atención a nadie se marchó en dirección a los establos.

Distraído observó cómo llegaba un tercer coche, mucho más sencillo y se desviaba hacia un costado del edificio e imaginó que en él irían los criados.

El grupo se dirigió al interior de la casa, taciturno y silencioso, como si no quisieran ser vistos en ese momento.

Fue después que se percató en el parecido entre el matrimonio y Dacross y solo pudo suponer que eran los padres del príncipe. Tal conclusión le provocó un nuevo acceso de ira pues las dos opciones que se le ocurrían lo sacaban de quicio. O estaban allí para planear una muy posible y futura boda o no sabían nada de la relación existente entre los dos muchachos. ¿Y qué pensaba hacer Haliana entonces, fornicar con su enamorado en la habitación contigua a la de los padres de este? ¿Había sido víctima de las maquinaciones de una mujer cruel y calculadora, creyéndola una virgen inocente cuando en realidad no era más que una zorra sin escrúpulos?

Se obligó a respirar profundo varias veces, impidiendo que los celos consumieran su cordura. Estaba seguro de que aquel momento de pasión que no podía sacarse de la cabeza había sido la primera vez para la muchacha. ¿Quería eso decir que se había convertido en la amante del principito después de aquello?

Decidió que por una noche ya había hecho el imbécil lo suficiente y retrocediendo entre las sombras salió de la propiedad.

Pero ¿dónde y con quién dormiría esa noche la muy hija de...?

Haliana seguía de pie frente al gran balcón de su habitación.

Llevaba horas allí, en la misma posición, ya que la idea misma de dormir le parecía irrisoria. No se sentía cansada ni notaba el agarrotamiento de sus músculos, ni el aire helado que entraba por la puerta abierta. Tan solo ese dolor lacerante en el corazón y la continua opresión en el pecho. Gracias a Dios su mente se encontraba en blanco desde hacía algún tiempo, agotada de tanto esfuerzo.

Pero la realidad se imponía y al igual que la niebla desaparecía ante un día soleado, su cerebro se despejaba con rapidez para atosigarla con sus miedos y dudas, trayendo el agotamiento y el frío y la queja sorda e insistente de su cuerpo tenso y supo que había llegado el momento de vestirse y bajar al salón, donde un gran número de personas esperaban su llegada para buscar soluciones y decidir el mejor modo de actuar.

Ante aquella perspectiva deseó poder meterse entre las suaves sábanas y dormir todo el día. En cambio llamó a su doncella y se vistió absorta, sin ser consciente de lo que hacía. Todos los que debían estar se encontraban ya en la mesa, sentados frente a un plato de comida que no tocaban. El silencio que embargaba aquella sala resultaba tan opresivo que tuvo que coger aire en una inspiración profunda para no asfixiarse.

Se dirigió hacia Kaileen ya que la noche anterior no tuvieron ocasión de saludarse. Cuando su amiga se levantó se fundieron en un abrazo triste y conmovedor. Esperaba que con aquel gesto su familia comprendiese que aquella mujer no era una simple criada, sino una hermana y estaba decidida a que la trataran como tal.

—¿Lo sabes ya? —preguntó la princesa.

—Sí, me lo han contado. ¿Cómo estás?

—Bien. —Intentó sonreír, pero el gesto apenas si fue un amago—. ¿Y tú?

—Asustada y enfadada, como todos.

—¿Conociste a mis abuelos? —Había una dureza desacostumbrada en sus palabras, temiendo escuchar que el trato que le habían dispensado no hubiese sido correcto.

—Sí. Fueron muy amables al ponerme al corriente de todo y además me contaron muchas cosas de Daria. Parece ser un lugar fascinante —contestó con voz soñadora.

—Lo es. Te prometo que iremos juntas para que lo veas por ti misma.

—Llegas tarde, muchacha. Ya me he ofrecido para enseñarle las mejores vistas a la señorita y no permitiré que me hagas faltar a mi palabra. —Y en esa ocasión sí que sonrió pues las palabras de Sabon le quitaron un gran peso de encima, en aquel momento del todo innecesario.

—Bien, Kaileen, parece ser que has encontrado un protector muy pronto. Aunque yo habría apostado por Cross, ya que es un mujeriego empedernido y sin duda no habrá dejado de apreciar tus innumerables encantos... —Todos rieron la broma, deseosos de posponer lo inevitable unos segundos más. Miraron al aludido, esperando que compartiera las risas con ellos, pero el príncipe siguió absorto en su plato, lo cual desconcertó un tanto a los comensales. Haliana se sentó a la mesa y observó a su tío con el ceño fruncido, pero dejó de prestarle atención para responder a la pregunta que le había dirigido Llana—. Sí, abuela, he mandado hombres para que investiguen con discreción. Tal vez alguno de ellos tenga suerte y descubra algo pronto, aunque lo dudo.

—¿Crees que haya podido ser obra de Riork? —preguntó el rey.

—Él me habría cogido a mí. No tiene sentido que secuestre a mi hija, ya que lo único que

desea a cambio es mi vida y podría haberla tomado allí, en mi dormitorio.

—¿Algún otro enemigo reconocido? —Insistió el hombre. Por un largo instante pensó en Reskan, pero no encontraba un motivo consistente para que hiciese algo así.

—No que yo sepa.

—Así que seguimos en un callejón sin salida —replicó con aire resignado.

—Esperemos a ver qué traen los hombres y después decidiremos, ¿de acuerdo? —Todos asintieron, menos Dacross. Actuaba de forma extraña y quería saber por qué. Normalmente habría sido el primero en participar en la conversación, buscando soluciones, pero permanecía mudo y en apariencia ajeno a todo lo que le rodeaba—. Cross, ¿podemos hablar un momento en privado?

—Por supuesto —contestó el aludido sin levantar la vista y sin moverse.

—¿Ahora? —Lo único que recibió esa vez fue un gesto de asentimiento. Irritada, Haliana salió del salón y se dirigió al jardín. Que el muy tonto preguntase dónde encontrarla. Eso si se animaba a despegar el culo de la silla, claro. Escuchó sus pasos detrás de ella y cerró los ojos con alivio, ya pensaba que no iba a aparecer. Se giró para encararle—. ¿Qué es lo que te pasa? —preguntó a bocajarro. Su tío se dirigió a una rosaleda que había frente a ellos y de espaldas a la joven levantó la vista al cielo.

—No sé a qué te refieres.

—Vamos, Dacross, no estoy de humor para tonterías. —Se limitó a señalar, consciente de la poca paciencia que tenía en esos momentos. Escuchó el débil suspiro y se obligó a tranquilizarse, sabiendo que aquella situación era igual de dura para todos.

—Desde que adoptaste a Ivener he aprendido muy deprisa lo que es cuidar de un niño. Necesitan mucho cariño, ¿sabes? Y yo le he dado tanto como he podido. —La miró a los ojos y con el sol dando de lleno en las facciones masculinas, la muchacha pudo ver el reflejo de las lágrimas no derramadas—. Ahora me encuentro con que si no la recuperamos no podré vivir sin ella. —De nuevo fijó su atención en las rosas, tan perfectas y hermosas, tan frágiles y efímeras, al igual que la pequeña. Tan indefensas—. ¿Qué haremos si no vuelve, Liana? —preguntó con la voz ronca por la emoción.

—Sobreviviremos, Cross —contestó mientras lo abrazaba y sentía cómo aquellos brazos de acero se amoldaban al abrazo—. Nos partirá el alma, destruirá nuestros corazones y alimentará un odio encarnizado hacia quien lo haya hecho. Pero al final sobreviviremos. Te lo prometo.

Y rogando a Dios que le diese fuerzas para seguir entera y no desfallecer frente a la personas que la necesitaban serena y firme, apoyó la cabeza en el hombro que se le ofrecía gratuitamente y lloró.

Porque necesitaría hasta el último aliento del que disponía para cumplir aquel juramento que había hecho.

La niña se estaba portando bien.

Al contrario de lo que había pensado, no lloraba ni causaba problemas aunque mantenía esa expresión asustadiza que tanto le irritaba.

Aún no sabía qué iba a hacer con ella. Formaba parte de su plan de venganza, era el cebo que atraería al ratón a casa, pero ¿y cuándo capturase a su presa? Bien, ese detalle no era importante por el momento.

La contempló en silencio, allí en el jardín, el moño suelto a causa del viento, las finas hebras amarillas balanceándose al compás de los movimientos de la pequeña.

Era una criatura hermosa, inocente y llena de vida, inconsciente de todo lo que pasaba a su

alrededor.

Le preocupaba su silencio, aquel mutismo autoimpuesto tan poco natural. Sabía que jamás había dicho una palabra y se preguntó por qué, pensando que tal vez la muerte de sus padres había provocado tal hermetismo.

Entonces recordó su trágica historia. Aquella era la niña que había visto asesinar a sus padres. Unos hombres habían irrumpido en la casa, llevándose todo lo que había de valor, violando y degollando a la señora. Al marido lo habían clavado a la pared y lo habían utilizado como diana. Se decía que se habían contado más de veinte flechas en su cuerpo y que lo habían mantenido con vida hasta la última, directa al corazón. Nunca habían encontrado a los culpables, pero al parecer aquella banda de asesinos y ladrones había atacado a media docena de acaudaladas familias, y les gustaba usar la mayor violencia posible, como si de un sello distintivo se tratara.

Tristeza, rabia, dolor y compasión se mezclaron en su mirada al imaginar la escena. Y pensar que la pequeña había visto cómo sucedía aquello, escondida bajo la pequeña mesa de té y sin mover un solo músculo...

Ahora entendía las pesadillas nocturnas que la hacían gemir y despertarse con aquel sudor frío. Nunca lloraba después de esos sueños, se limitaba a quedarse como muerta entre los brazos de una de las criadas, dejándose abrazar y sin mostrar signo alguno de emoción. Cuando volvía a dormirse, cosa que tardaba en suceder, de nuevo la acostaban y desde el sillón que había frente a la cama vigilaban sus sueños hasta el amanecer, cuando la sirvienta era relevada por la niñera que había traído para cuidarla.

Se preguntó si Haliana conocía la historia de Ivener. De inmediato toda ternura desapareció de sus facciones, dando paso a una máscara de odio. Haliana. Esa perra arrogante, dueña de una belleza etérea, una fortuna incalculable y una hija adorable. Una gran impostora.

Ella le debía algo. Mucho, a decir verdad. Y se lo haría pagar en su justo momento. Para eso había secuestrado a la cría. Aquello era el principio nada más, la punta del iceberg.

Debía seguir conservando la calma para poder pensar con claridad. Un error a esas alturas podía ser fatal, y su sed de venganza era demasiado grande para cometer imprudencias en ese momento. Esperaría, sí, pero solo lo necesario. Después triunfaría.

Regresó al presente. Había decidido que ya era hora de mandar otro mensaje.

CAPÍTULO 16

El Consejo se estaba impacientando, lo sabía, pero nada podía hacer para calmarlos. Nobleza y pueblo se unían por primera vez y lo hacían en su contra.

Pronto tendría que abandonar el país si quería salvar la vida, dejando atrás veinticuatro años de reinado, escapando con el rabo entre las piernas, como un ladrón o un mísero mendigo.

Y todo porque aquel atajo de ingratos e ignorantes la preferían como gobernante.

¿Pero qué sabía esa mocosa de dirigir hombres y tierras? ¿Qué entendía de tomar decisiones que afectarían a miles de personas? ¿Cómo evitaría guerras, con qué pensaba dar de comer a los niños, vestir a las mujeres, premiar a los soldados? Y por encima de todo, ¿cómo se atrevería a echarlo a él, su padre, al que debía respeto y obediencia por encima de todo, de sus reales dominios, usurpando una corona que se había ganado a punta de espada?

Maldición, si llegaba a aparecer sus días en el trono y en la tierra estaban contados con los dedos de una sola mano. Pero su búsqueda resultaba por demás infructuosa, parecía que estuviera escondida en el último agujero del mundo por lo que le estaba costando hallarla. Lo peor de todo era lo que tardaban en recibir las noticias. Cuando otro de sus hombres llegó al lugar en el que habían perdido el rastro del arquero, hacía mucho tiempo que aquella pista se había enfriado, igual que una virgen en su noche de bodas.

Lo más sensato sería perseguirla él mismo, pero según estaba el maldito país sería una locura salir de Traguian en esos momentos, por lo que no le quedaba más remedio que dejar aquel asunto en manos de sus subordinados, rezando porque tuvieran más suerte que en los últimos años.

Riork no sabía qué hacer, toda una vida cometiendo crímenes impunemente no le habían preparado para perder cuanto tenía. Se sentía bloqueado, incapaz de encontrar una solución, de pensar una estrategia con la que poder salir a flote y recuperar tanto su autoestima como lo que era más importante, el poder.

Si alguna vez había odiado a alguien con saña era a su hija y resultaba que parecía ser intocable, pues se había esfumado como la niebla de la mañana.

¿Y qué podía hacer él, salvo esperar a que se sellara su destino, fuese este el que fuese?

De nada serviría mandar más hombres tras ella. Dudaba que lograran avanzar más que los que los precedieron y de todos modos los necesitaba ahí. Con cada día que pasaba el temor de una sublevación en masa aumentaba, creándole un nudo en el estómago difícil de digerir.

Unido a eso la ansiedad que le producía la ignorancia sobre el paradero de Kana podría decirse con toda ecuanimidad que se hallaba al borde de un colapso nervioso. Y eso supondría un claro riesgo, porque sin la frialdad que le caracterizaba, la posibilidad de un error, por pequeño que este fuese, le costaría muy caro.

«¿Pero qué hacer?», se repetía una y otra vez.

Un ruido de pasos que se acercaban a la entrada del gran salón lo obligó a levantarse de un salto de su imponente trono, dejando caer la botella de whisky que lo acompañaba como una fiel amante a lo largo del día desde hacía meses.

Se relajó de forma visible al comprobar que era Cuasar, un espía que vigilaba al Consejo, aunque bajo el estupor del alcohol tardó unos instantes en identificarlo.

—¿Qué demonios haces aquí? Si alguien te ha visto entrar en el castillo no me servirás de

nada, estúpido. Vuelve y entérate de lo que esos conspiradores traman contra mí.

—Majestad, traigo noticias de vital trascendencia. Por eso no pude esperar a encontrarme con usted al anochecer —dijo mientras se arrodillaba frente al monarca. Tampoco demasiado cerca, no fuese que al muy loco le diese por arrearle una patada en todas las narices.

—¿Y qué es eso tan importante que tienes que contarme que pones en peligro tu misión? Por no hablar de tu preciada existencia... —Sus ojos brillaron con ansiedad. Hacía mucho tiempo que no castigaba a ninguno de sus hombres. Los necesitaba relativamente contentos para que siguiesen a su lado.

—Señor, el Consejo ha decidido destituiros.

—¿Qué? ¡No pueden hacer eso!

—Al parecer lo están haciendo, Majestad. —Una mirada asesina consiguió que cerrase la boca. A decir verdad, no se la cosió porque no tenía hilo y aguja. El rey apoyó el mentón en su mano, pensando a toda velocidad posibilidades, descartando preguntas, barajando hipótesis. Levantó la cabeza de golpe, los ojos entrecerrados.

—¿Ha vuelto mi hija? ¿La encontraron?

—No he oído nada de eso. Solo que se cansaron de su crueldad y tiranía, palabras textuales de ellos. —Se apresuró a matizar el lacayo—. Y decidieron por unanimidad que ya era hora de pararle los pies. También esto es de su cosecha, señor. Escuché que al atardecer vendrán a apresarlo para encerrarlo en la torre y que de momento ellos siete se harán cargo de dirigir el país.

Riork sintió que perdía el control de su propia vida y el mundo pareció querer tragárselo de un solo bocado. Se sentía del todo lúcido después de haber asimilado la terrible noticia pues oírla había sido como un jarro de agua fría.

Sus temores se hacían realidad con más rapidez de lo que había imaginado que fuese posible. No podía ser. ¡Aún no estaba preparado!

Su cerebro trabajaba al cien por cien mientras decidía lo que iba a hacer, porque estaba bien claro que no iba a sentarse y esperar a que lo enviasen a un agujero infestado de ratas y cucarachas, comiendo una bazofia no apta ni para cerdos y durmiendo en un fino jergón de paja al que traspasaba el frío y la dureza del suelo. Aunque lo peor de todo sería tener que limitarse a permanecer allí, sin posibilidad alguna de hacer lo que se le antojara, mucho menos dar órdenes, aceptando impasible el destino que aquellos traidores quisieran depararle.

Moriría en pocas semanas, lo sabía. Eso si no lo liquidaban ellos antes, claro estaba. «¡Piensa, piensa!», se ordenó.

Podía atacarlos por sorpresa, ya que ignoraban que conociese sus planes, pero dudaba de que pudiese matarlos a todos y aunque lo consiguiese, el pueblo se encargaría de que no saliese vivo de la contienda. Eran demasiados y sus hombres, los que aún se mantenían leales, tan solo un par de decenas. Perdería, seguro. Lo mejor para su salud era escapar inadvertidamente para luchar en una próxima oportunidad. Y la habría. Se encargaría de ello.

Calculó que disponía de tres o cuatro horas antes de que vinieran por él. Escaso tiempo para disponerlo todo, pero tendría que bastarle.

Y le bastó. Aprovechó hasta el último segundo para formar a sus soldados, empacar todas sus pertenencias, incluida parte de la inmensa fortuna del reino y salir disparado de allí por las cuevas subterráneas.

Cuando las siete personas que formaban el Consejo, escoltadas por sus propios soldados, así como por cientos de aldeanos y nobles, llegaron al castillo a fin de hacerse con él y con su malvado representante, no pudieron ver ni una estela de polvo provocada por la precipitada

huida. Entre los altos muros solo quedaban criados asustados que minutos después, y ya enterados de la buena nueva, se unieron a la algarabía de hombres y mujeres que festejaban con risas y abrazos el fin de un largo periodo de miedo, dolor y muerte sin sentido.

Hasta cuándo duraría la sensación de tranquilidad y seguridad, no lo sabían. Pero de lo que estaban seguros era de que el asesino volvería. Y cuando lo hiciese su corazón estaría lleno de odio y sediento de sangre. La de todos ellos.

Haliana no sabía en qué estaba pensando cuando se le ocurrió aquello. De nada le serviría pedir ayuda en aquella casa, pero en su momento, cuando enumeraba sus opciones, le había parecido la única posibilidad de que disponía.

Aún pensaba así, pero mientras permanecía sentada en aquella silla forrada de terciopelo granate, mirando el enorme y vacío sillón de enfrente, se preguntó, por enésima vez, qué demonios hacía allí.

¿Dónde se había metido su anfitriona? La había hecho pasar al estudio de Reskan y sin ceremonia alguna había comentado que tenía que ausentarse un minuto antes de atenderla.

Si no fuese porque se había cerciorado de que el príncipe se encontraba en una carrera de caballos, por supuesto no habría venido. Claro que si la hermana no volvía pronto era posible que este regresase estando ella aún ahí. No, había calculado el tiempo exacto en que acabaría la carrera y faltaba bastante.

La puerta se abrió y Helailla apareció como un remolino, las mejillas sonrosadas y una expresión de curiosidad para nada reprimida en su mirada. Se sentó en el sillón al otro lado del escritorio, juntó las manos sobre la mesa y sonrió, pero no dijo una palabra.

Haliana suspiró para sí. Odiaba pedir favores y parecía que no iban a ponérselo fácil. Bien, tampoco esperaba otra cosa.

—Supongo que te habrá sorprendido mi… inesperada visita.

—Debo admitir que sí, un poco. ¿A qué debo el placer? —Kana se puso en tensión. Así que la muchachita sabía ser sarcástica.

—Discúlpame si he venido en un mal momento y también por no solicitarte una entrevista con tiempo. Será mejor que me marche y...

—¡Pero no, Halia! De ningún modo quise decir que no fueses bienvenida. A decir verdad estoy muy contenta de que estés aquí, ya sabes que quiero ser tu amiga. —Haliana se miró las manos, que tenía entrelazadas con demasiada fuerza sobre el regazo.

—Lo lamento. De un tiempo a esta parte estoy algo nerviosa y digo y hago muchas tonterías. En verdad te agradezco que me recibieras a pesar de mis malos modales. He venido porque necesito que me hagas un favor de extrema importancia para mí. Sé que te resultará extraño y que tendrás innumerables preguntas cuando te lo cuente, pero te pido que si de verdad deseas que seamos amigas mantengas silencio porque no podré decirte nada más. —Era innecesario decir que Helailla sentía una enorme curiosidad que crecía a medida que la otra mujer hablaba, pero se la guardó para sí. De otro modo sabía que su visita se marcharía por donde había venido.

—Puedes contar con mi total discreción. —Aun así pudo sentir la reticencia de la joven de seguir hablando.

—Ha llegado a mis oídos que en la fiesta que los Stafort hicieron la semana pasada y a la que por desgracia no pude asistir, hubo un invitado que venía de un país llamado Traguian, con el que pareciste congeniar muy bien. —Se calló, esperando alguna reacción.

—En efecto. Ese hombre del que hablas era un enviado del Consejo que había venido a visitar a unos conocidos, que a su vez son amigos de los Stafort. De ahí que estuviese en la recepción.

Era un caballero simpático con el que mantuve una agradable conversación. ¿Por qué?

—¿Sabes si permanece en la ciudad? —preguntó, con el corazón acelerado y obviándola.

—Bueno, se quedará un par de semanas. De hecho, Res y yo lo hemos invitado a cenar el próximo jueves.

—¿Tu hermano también estuvo allí? ¿Lo conoció?

—Sí, claro. Parecieron llevarse muy bien. —No supo qué pensar de eso, así que se guardó la información para meditarlo más tarde.

—El favor que necesito de ti es que cuando vuelvas a verlo te enteres de todo lo que puedas sobre Traguian y si la visita a esos amigos es el verdadero motivo de su estancia aquí. Tampoco deseo que le cuentes nada de esto a Reskan, ni que me has visto, ni que estuve en esta casa.

—Pero ¿por qué te interesa ese país? ¿Y qué razón puedes darme para ocultárselo a Res?

Haliana permanecía sentada de espaldas a la puerta, por lo que no había podido ver que Res había permanecido en la habitación desde que su hermana había ido a buscarlo, nada más llegar ella. Aunque en esos momentos debiera estar disfrutando en las carreras, el caballo que le interesaba había corrido en primer lugar y como el resto de competiciones se preveían un tanto flojas y el tiempo amenazaba con traer lluvias, decidió volver pronto a casa, encontrándose con la sorpresa de su siempre esquiva princesita cómodamente instalada en su estudio.

Apoyado en la pared con expresión indolente, los brazos cruzados en actitud de fingida tranquilidad, ocultaba a la perfección que en su interior bullía de indignación.

Por supuesto que ya sabía que no confiaba en él. Se reía de su preocupación y pensaba que si se interesaba por ella era porque se traía algo entre manos. ¡Si hasta lo hacía un asesino!

Así que se limitó a escucharla, si reconocía su presencia dejaría de hablar y necesitaba saber cuánto le fuese posible para poder ayudarla. Y cuando todo aquel lío estuviese resuelto la pondría en su sitio, incluso si de verdad se casaba con Dacross.

—De verdad, Helailla, no puedo contártelo. Pero necesito que investigues eso por mí. Es muy importante, mi seguridad depende de ello.

—Entonces tal vez al que deberías pedirle que te consiguiera esa información sería a mí.

La joven se levantó de la silla, contrariada porque hubiese escuchado la conversación, aunque nada de eso se reflejó en su hermoso rostro. Se encaminó muy erguida hacia la puerta, cuidándose muy bien de no cruzarse con su mirada. No se arriesgaría a que descubriese la ansiedad en sus ojos.

Reskan se maldijo por dentro. No había querido delatarse tan pronto, pero al escucharla decir que algo amenazaba su vida no pudo callar por más tiempo.

La observó mientras se dirigía hacia la salida, con la barbilla alta y los hombros hacia atrás. Parecía una reina y permitiéndose soñar despierto la imaginó en el papel, sentada en el trono, a su lado. Y por las noches, la mantendría despierta tomándola una y otra vez hasta estar seguro de haberla saciado por completo. Se le encendió la sangre ante semejantes pensamientos. Entonces recordó que prácticamente ya era reina y que su fantasía no tenía nada de original.

—¿A ti? —Se burló ella en su cara. Estaba demasiado cerca de él, podía oler el aroma de su colonia, muy masculina y adentrarse en la profundidad de sus ojos, pero costase lo que costase, no se dejaría llevar por aquel encanto fácil que desplegaba con una naturalidad desconcertante—. No acepto favores de mis enemigos. —Mientras lo decía él alargó un brazo, la cogió de la cintura y apoyó la espalda de ella en su pecho, oprimiéndola contra su fornido cuerpo. Sintió cada músculo de él y todo aquel calor la sofocó, anulando de un plumazo cualquier barrera que hubiera osado levantar en su contra.

—¿Pero sí haces el amor con ellos? —Le susurró al oído, a fin de que su hermana no lo

escuchase.

—¡Maldito seas! —Le espetó con furia, sintiéndose injuriada, tanto por sus palabras como por la respuesta de su traicionero cuerpo.

—Será mejor que te calmes, leona, porque vamos a hablar largo y tendido los tres.

—No pienso discutir nada contigo. ¡Suéltame!

—Lo haré cuando te portes como Dios manda y cuando esté seguro de que no correrás como alma que lleva el diablo hacia la puerta.

—Cuando esté libre de tus zarpas lo lamentarás y ten por seguro que en esta ocasión no fallaré...

—¡Callaos los dos! —Los jóvenes quedaron inmóviles y silenciosos, mirando a la muchacha con los ojos agrandados por la sorpresa. «¿Aquella niñita dulce y amable levantando la voz?», se preguntó Kana. «¿Su tierna y bondadosa hermanita gritando como una pescadera?», se asombró el príncipe—. Bueno, ahora que los niños han dejado de jugar, ¿me hacéis el favor de sentaros, bien calladitos, para que conversemos de forma civilizada, y cuando todo quede arreglado os dé una galleta de chocolate? —Ahí Reskan se irritó un tanto y levantando una ceja en señal de rebeldía, se acercó al escritorio, arrastrando su paquete. Lo depositó sin ceremonias en la silla que momentos antes había estado ocupando y rodeó la mesa hasta quedar frente a la reciente dictadora.

—Me parece a mí que te estás tomando demasiadas licencias esta mañana... Tal vez debería mostrarte de forma gráfica cuál es tu lugar. —La amenaza era bien clara y aunque sabía que no la maltrataría físicamente, por si acaso se levantó con gran rapidez y se acomodó en la silla que había al lado de Haliana.

—Oh, Res, no te enfades. Ni me di cuenta de que te estaba quitando tu adorado sillón... —Haliana no pudo por menos que reírse del hasta entonces inadvertido humor de Lalla. Cuando comprendió lo que estaba haciendo se calló, malhumorada. El príncipe iba a replicar algo, pero cuando echó una mirada a las dos damiselas y comprobó que las tenía donde hacía rato las quería, cerró la boca y se sentó, satisfecho de sí mismo. Y ese fue el instante que eligió su maldito dolor de muelas para levantarse y dirigirse a la puerta. «Por todos los santos, ¿esa arpía nunca iba a darle el gusto?»—. Vamos Kana, deja de hacer el tonto y siéntate de una vez. —La aludida se giró, estupefacta, a la vez que el hombre observó a su hermana. Qué astuta era la condenada.

—¿Cómo sabes...?

—¿Tu verdadero nombre? Por supuesto Res me lo contó, aunque le costó bastante relatarme la historia completa. —Este prefirió ignorar la mirada de reproche que las dos mujeres le dirigían.

—Basta ya de sandeces —adujo en cambio—. Planta tu adorable trasero en esa maldita silla y veamos cómo arreglamos todo este embrollo.

—No necesito vuestra ayuda.

—Oh, ¿pero no fue por eso que viniste a mi casa, querida Hal?

—Bien, cambié de opinión.

—Pues no me da la real gana que lo hagas. Resulta que esta mocosa y yo fingimos ser todo amabilidad y encanto con el tipejo ese para sonsacarle cuanto pudiéramos, lo cual por desgracia debo admitir que no fue mucho. De ahí que planeásemos lo de la cena, veremos si hay más suerte. Pero he aquí mi pregunta. ¿Por qué deberíamos ir en tu auxilio cuando me odias encarnizadamente y no desaprovechas ocasión alguna en demostrarlo?

—Venga, Res, no seas rencoroso tú también. —Terció la más joven de los Cetriar, mirándolo con el entrecejo fruncido.

—¿Piensas que no tengo motivos para querer vengarme de tu hermano? Por si ha omitido este pequeño detalle en su historia, mató a mi madre.

—¿De verdad lo crees así, Halia? ¿Por qué? ¿Qué motivos podía tener? ¿Acaso no fue Atriana como una madre para él? ¿Le trató de otra forma que no fuese con amor y bondad? ¿Te parece un monstruo, capaz de asesinar a sangre fría a una mujer dulce y cariñosa? —Guardó unos segundos de silencio, los suficientes para coger aire y volver al ataque—. ¿Te has hecho alguna vez estas preguntas y has encontrado respuestas satisfactorias a todas ellas?

—No conozco los motivos, pero sé lo que vi. ¿Lo entiendes? *Lo vi*.

—¿Sí? ¿Me estás diciendo que fuiste testigo de cómo Reskan apuñalaba a tu madre con sus propias manos? —La pregunta fue apenas un susurro, porque contenía una dura realidad que a pesar de los años transcurridos no podía dulcificarse. La joven, sin embargo, no pareció acusarla, ya que se mantuvo serena y firme ante sus graves miradas.

—No fue necesario. Era el único que estaba con ella y había pruebas, pruebas que lo implicaban.

—Pero la verdad, Haliana, es que no contemplaste cómo cometía ese horrible crimen. Así que tal vez la realidad que tus ojos te mostraron no era tal. —Su interlocutora se levantó con lentitud, parecía estar muy cansada, y los otros dos ocupantes de la habitación podían adivinar el mar de dudas que surcaban su mente porque la única certeza absoluta era que ella no podía asegurar nada. Aun así sabían que no creía en la inocencia del hombre, lo cual era una lástima porque facilitaría en gran medida la enorme labor que tenían por delante. Pero el mundo nunca había sido perfecto—. Contéstame solo a una pregunta más, por favor.

—¿Sí? —preguntó en tono apagado.

—Si piensas que la mató, si lo odias tanto como afirmas, ¿por qué permitiste que te hiciera el amor?

«¿Por qué permitiste que te hiciera el amor?».

Aquella era una de las muchas preguntas que se hacía Haliana tras regresar de su visita a los dos hermanos.

¿Por qué?, se repetía una y otra vez. Era cierto que en aquel momento estaba bastante perjudicada, con la cantidad de alcohol que había bebido, pero ¿qué tipo de excusa era esa? ¿Podía, en conciencia, decir que no había sido dueña de sus actos cuando le entregó su virginidad a Reskan? La respuesta era un no rotundo.

La única verdad era que lo deseaba. Y no solo esa vez, sino desde el día en que volvieron a reencontrarse.

Aquella emoción tan fuera de lugar en sus actuales circunstancias la asustaba, porque no podía evitarla.

Maldición. ¿Dónde estaba su odio cuando lo necesitaba? Y lo que era aún peor, ¿qué sería capaz de hacer bajo los efectos de la lujuria que solo aquel hombre podía provocarle? Porque si bien era cierto que había sentido algo con Domenie, que sus besos y caricias le habían gustado, si era sincera consigo misma debía admitir que aquello no era nada comparado con la pasión desmedida que sentía por Reskan y una vez conocida la experiencia, sabía que no podría compartir su lecho con nadie más.

Se negó a pensar en las consecuencias que su estupidez podía haber provocado pues, aunque acababa de estrenarse en su papel como madre de la pequeña Ivener, no se habría sentido con fuerzas de afrontar una futura maternidad.

¿Por qué él?, se preguntaba furiosa.

Desechó tales cuestiones como hechos consumados y por lo tanto ya irreparables y repasó la conversación de horas antes. Ambos le habían parecido sinceros, pero ¿cómo creer al asesino de su madre? Y por otra parte, ¿cómo no aceptar su ayuda, si por el momento era la única de la que disponía?

No sabía por qué, pero confiaba en Helailla a pesar de su parentesco con Reskan y decidió que admitiría su amistad mientras dejasen aparte el tema de su hermano.

Suspiró, por más que lo detestase, solo podía esperar el resultado de la dichosa cena que ellos habían organizado, sin embargo mantenerse al margen y aguardar en casa mientras la acción sucedía en otro lugar no era su estilo.

De vuelta a su asiento observó el sobre en una esquina de la mesa y su cuerpo se endureció como única muestra de haber reconocido la letra. Aunque fuese una tontería, paseó la vista por la estancia, buscando cualquier indicio que la ayudase a descubrir quién podría haberla dejado allí, pero todo estaba como siempre, ni una mota de polvo parecía haberse movido de su sitio. Tan solo la misteriosa carta desentonaba en el perfecto orden de su despacho.

Con toda la calma de la que fue capaz, la cogió e iba a abrirla cuando un ligero golpe en la puerta se lo impidió. Su abuela entró con gracia y una de esas conocidas sonrisas suyas, dulces y pícaras a la vez, y cuando llegó hasta su nieta le dio un leve beso en la mejilla, como era su costumbre.

—Querida, estás tan pálida y seria que resulta preocupante. ¿Acaso pasa algo malo? ¿Tal vez Ivener...?

—No ha habido noticias sobre ella. —La tranquilizó—. Estoy cansada, nada más.

—No me extraña. Apenas duermes, y te pasas el día de acá para allá en busca de noticias sobre la niña. A este paso caerás enferma. Deberías echarte un rato, cariño, era lo que venía a decirte, la comida se retrasará porque el tarambana de tu abuelo se empeñó en asistir a no sé qué carreras y lo ha pillado la tormenta, así que dispones de tiempo de sobra para descansar.

—Sí, eso haré. Gracias, abuela. —Esta se disponía a marcharse cuando se fijó en la carta que la joven aún sostenía en la mano.

—Veo que recibiste correspondencia. ¿Alguna amiga, quizás?

—¿Amiga? —preguntó con extrañeza.

—Bueno, no hay duda de que esa letra es de mujer. —Haliana bajó la vista de forma mecánica hasta las palabras escritas con tinta negra y escuchó el perfecto clic de su cerebro cuando aquella pieza encajó. En efecto la letra era demasiado redondeada y femenina para pertenecer a un hombre. ¿Pero aquello significaba que su enemigo era en realidad una mujer o que este había disimulado su sexo consiguiendo que alguien lo escribiera por él?

—Una amiga, sí —contestó, distraída.

—Bien, me iré para que puedas leerla con tranquilidad. —Esperó a estar a solas para abrir el sobre y después de unos segundos dejó la nota sobre la mesa, impasible.

«Colinas de Scarbanne, mañana a medianoche. Sola».

—Esta será la última vez que reciba una de tus cartas —le dijo a la habitación vacía, como si su nuevo enemigo estuviese escondido en algún rincón de ella, oculto entre alguna de las sombras que la poblaban.

Y en silencio se prometió que sin importar lo que el día siguiente trajese, aquella noche sería también la última en que su hija no dormiría allí, con ella.

Haliana reconoció una vez más su acierto al vestirse con pantalones de hombre cuando atravesó los densos matorrales que rodeaban la casa, pues la pesada y voluminosa falda de uno de sus vestidos no solo le habría impedido tales movimientos sino que habría quedado como unos zorros a causa de las ramas.

Se agachó con rapidez al escuchar risas a su derecha y maldijo por lo bajo. Ya era casi medianoche y se encontraba en la otra punta de donde se suponía la esperaban, con toda seguridad haciendo el tonto.

Estaba segura de que Reskan no tenía nada que ver con el secuestro de Ivener, pero allí estaba ella, en su casa, arrastrándose por el maldito jardín esperando verlo desde una de las ventanas para cerciorarse de que su corazonada era cierta.

Y no fue sino hasta ese momento y al vislumbrar un traje de gala con un emblema y unos colores que con seguridad no esperaba ver allí esa noche que recordó que era jueves y que estaban celebrando la reunión con el enviado del Consejo de Traguian.

Reconoció de inmediato a Res, al lado del otro y decidió que era hora de marcharse, en vista de que no hacía nada allí.

Se enderezó con alivio para dar la vuelta y lanzó un gemido cuando se golpeó la cabeza contra la rama del árbol. Al dar un paso comprobó que se había enganchado el pelo entre las hojas y lanzó un improperio bastante fuerte. ¿Es que nada iba a salirle bien esa noche? Deshizo el lío que había organizado y salió corriendo en dirección a su caballo.

Debía darse prisa si quería llegar a Scarbanne antes de que el secuestrador se marchase.

Reskan la había visto, por supuesto.

A decir verdad, le había extrañado que tardase tanto en llegar. La conocía lo suficiente como para estar seguro de que no soportaría quedarse con los brazos cruzados esperando que ellos le relataran lo ocurrido, si se decidían a decirle la verdad.

Sonrió cuando vio su pequeño percance con la rama y estuvo a punto de reír al observar cómo tiraba de su pelo, intentando desenredarlo. Pequeña tonta, si se hubiese quedado en su casa, tranquilita y obediente, él hubiese ido por la mañana a contárselo todo. Pero no, la mujercita necesitaba enterarse de primera mano.

Entornó los ojos, suspicaz. ¿Y adónde iba ahora? Desde ningún otro sitio tenía una mejor audición. La siguió con la vista, no sin esfuerzo, ya que la noche era cerrada y encima iba vestida de negro y solo pudo llegar a una conclusión, por muy ilógica que fuese.

Aquella mujer se marchaba.

¿Quién había dicho que fuese lógica?

Haliana espoleó a su caballo cuanto pudo, temerosa de que por su error le sucediese algo a la niña.

Res no era el secuestrador, de eso estaba segura, pero al perder minutos tan valiosos cerciorándose de ello, la posibilidad de que el verdadero enemigo la hubiese matado en represalia por no acudir a la cita a tiempo, era aterradora.

Hacía tiempo que había aminorado el paso de su yegua, aunque no podía hacer nada con el trote desbocado de su corazón.

Estaba cerca del punto de encuentro y aún no tenía un plan, solo sabía que tenía que rescatar a la pequeña e indefensa Ivener.

«¿Pero cómo?», se preguntaba una y otra vez.

No conocía el sitio, ni sabía cuántos atacantes estarían situados en puntos estratégicos del camino. ¿Cómo salir las dos ilesas de aquel embrollo?

Demasiado tarde comprendió que debió confiar sus planes a alguien más. No le habría venido nada mal una ayudita extra... La imagen de su tío apareció en su mente con total nitidez. Pero ya era demasiado tarde.

Se detuvo, inspiró profundamente y desmontó.

No tuvo que atar a la yegua ya que sabía que la más que probable lucha no la asustaría. Le acarició la cabeza y se apoyó con ligereza en su lomo.

—Espérame aquí, Princesa y estate alerta. A falta de algo mejor, tu olfato no me vendrá nada mal. —Le dio una suave palmada más y se giró. «¿Y ahora qué?».

La respuesta llegó casi al instante, en forma de pasos tras ella. La espada ya estaba rozando su cuello cuando se enfrentó al atacante.

—Quietecita, hermosura, no me gustaría atravesar ese bonito cuello y tampoco me han pagado para ello, pero ante la duda... —La voz masculina sonaba ronca y amenazadora, y el cuerpo era grande y macizo, pero eso era todo lo que podía decirse. El pañuelo que cubría la cara hasta los ojos le impedía discernir nada más. De todos modos la amenaza hablaba por sí sola, manteniéndola inmóvil.

—¿Qué quiere?

—Bueno, sus posibilidades son escasas, ya que mis órdenes son disfrutar cuanto desee de su encantadora compañía, sin magullarla demasiado en el proceso, eso sí y llevarla a bordo de un barquito que nos espera con impaciencia, el cual la dará como regalo a cierto vendedor que sacará mucho dinero por una muchachita con su cara y su cuerpo. —Haliana sintió cómo su estómago se retorcía a causa del miedo. No se avergonzó por estar asustada, ya que la perspectiva de ser violada por aquel tipo y después vendida en un mercado de esclavos de algún recóndito país, a Dios sabía qué posible depravado, para terminar su vida como sierva o en el piso de arriba de un burdel, descolocaría al más pintado. Ni qué decir tenía que mientras el hombre hablaba, la joven pensaba con desesperación cómo escapar de aquella situación—. Yo no lo haría, lady Haliana o mis muchachos se podrían poner nerviosos, y si se acercan y la observan con detenimiento estoy seguro de que querrán disfrutar del premio que solo a mí se me ha prometido y como soy buen amigo de mis amigos tendría que permitir que lo hicieran. Después de que me cansara de usted, por supuesto. —Halia desvió la cabeza lo justo para comprobar que en efecto a su izquierda había otros tres hombres, que aunque algo apartados, mantenían sus espadas desenvainadas.

«Esto se pone peor por momentos», pensó más asustada que nunca. Se maldijo cien veces por ser tan estúpida, siempre queriendo solucionar sus asuntos sola. «Si salgo de esta, lo cual dudo y Dacross se entera de lo que he hecho, él mismo me matará».

Eso mismo pensaba el aludido, oculto entre las sombras, a unos quince metros de la pareja. La rabia que sentía era tan profunda que pensó que delataría su presencia cuando se atragantase con ella. Tenía la cara contraída y supuso que estaría morado de aguantarse. «La voy a deslomar a golpes, maldita sea. No voy a dejarle ni un solo hueso en su sitio».

Detectó el movimiento de su compañero y lo observó. Reskan parecía muy tranquilo, demasiado para su gusto y si no fuese porque no era el momento adecuado para ser descubiertos le habría dado un codazo en las costillas para que se despertase. Se obligó a recordar que había sido él quien le avisó de lo que su sobrina se proponía.

La imagen que Reskan estaba dando y lo que en realidad sentía eran dos cosas muy diferentes. La verdad era que se estaba quemando vivo en la hirviente ira que lo consumía y un miedo profundo y terrorífico, desconocido hasta entontes, amenazaba con paralizarlo, pero al igual que en la batalla, era capaz de conservar la cabeza fría y comprender que si no mantenía la

compostura no pelearía con todas sus facultades. ¡Y para meter la pata estaba, con la jodida idiota esa, casi colgando del filo de la espada!

Menos mal que había hecho caso de su intuición cuando la había visto escabullirse de su casa y la había seguido hasta allí, dejando a todos sus invitados con la débil excusa de que su padre le había mandado llamar con urgencia y encargando a su hermana con una simple mirada la tarea de sonsacarle al miembro del Consejo hasta dónde guardaba las joyas de su madre, si era necesario. A mitad de camino se topó con un carruaje que le resultaba irritantemente familiar de tantas veces que lo había visto en casa de Haliana en los últimos días y aunque detestaba pedirle ayuda a ese hombre en particular no sabía qué iba a encontrarse cuando al final la joven terminara su galopada, así que se detuvo lo justo para explicarle de forma breve la situación y espoleó de nuevo a su semental para no perder la pista de la errante muchacha. Dacross tardó algo más en seguirlos, ya que con la ayuda del cochero tuvo que desenganchar a toda prisa uno de los caballos pues no sabían con cuánta cautela debían ir y el coche era muy ruidoso.

Reskan crispó las manos en torno al látigo que sujetaba cuando ese malnacido, sucio y grosero cabrón, amenazó a la muchacha con abusar de ella y luego pasársela a sus compinches. Vio el miedo en aquellos hermosos ojos y por ello ese tipejo moriría aquella noche. «Contrólate y manos a la obra». Hizo una seña a su acompañante y de inmediato este se dirigió al grupo que permanecía observando la situación. Res debía reconocer que se movía con extremo sigilo, acercándose por detrás a los tres hombres y durante unos segundos lo imaginó en plena batalla. Sí, no cabía duda de que podría con los tres.

A él le quedaba la misión de liquidar al bicho inmundo que amenazaba a Haliana, lo cual suponía un problema, ya que hacerlo sin poner en peligro a la dama iba a resultar sin duda meritorio.

La mujer sabía que ahora disponía de ayuda y relajó un poco el cuerpo, tenso como la cuerda de un violín. Había visto a Dacross y no porque este no fuese precavido, sino que tras años de vivir escondiéndose y alerta a cualquier posible situación, sus instintos estaban muy agudizados y el más leve movimiento en aquella oscuridad se le antojaba el agitar de una bandera.

Sintió un nudo en el estómago al percatarse de que su tío no sabía por qué estaba allí y atacaría a los asaltantes antes de que averiguase el paradero de Ivener.

—¿Dónde está mi hija? ¿La habéis traído? —Antes de que hubiese terminado de hablar, sus dos salvadores se detuvieron en seco.

«¿La niña? ¿Y por qué no está en su cama?», se preguntó Reskan, desconociendo el rapto.

«¡Ivener! Dios mío, estos son los cabrones que la tienen», pensó Dacross, aún más furioso.

—¿Te refieres a la mocosa? ¿Por qué te importa? No es más que una huérfana cualquiera, lo cual para vosotros los aristócratas, es sinónimo de basura.

—Te he preguntado dónde está.

—No seas soberbia, pequeña, o es posible que no me muestre muy generoso contigo cuando te disfrute. —Amenazó mientras apretaba con excesiva fuerza uno de sus pechos, provocando una exclamación de dolor en la joven. El tipo rio, satisfecho y la soltó, aunque la espada seguía apretándose contra el delgado cuello femenino—. Aunque, como gracia hacia ti, debido al placer que sé que vas a proporcionarme, te lo diré. La cría está a punto de perderse en las profundidades del río, pobrecita.

«¡Noooo!», gritó su mente, sintiéndose aterrorizada e indefensa.

—¿Por qué? ¿Qué mal ha hecho la pequeña? —susurró.

—Nada, que yo sepa. Teníamos que traerla por si hubieses venido con ayuda y necesitases persuasión para colaborar. El patrón nunca se imaginó que aparecerías sola, alma cándida. Pero

ahora que la zona está asegurada, no hay motivo para dejarla con vida, al fin y al cabo nos ha visto a mis hombres y a mí. —Esbozó una sonrisa maléfica, mostrando los dientes negros.

Reskan y Dacross seguían petrificados en sus respectivas posiciones, ambos pensando que si habían traído a la pequeña consigo para sacarla a la luz solo en el caso de que hubiese que forzar a Haliana a cooperar quería decir que se encontraba en los alrededores y que no la habrían dejado sola, ya que era muy pequeña, lo que significaba que o bien deberían enfrentarse con más hombres o si tenían un poco de suerte con el mismísimo jefazo en persona. Lo mismo estaba pensando Haliana. «Bueno. ¿Y ahora qué?», se preguntaba Reskan impotente. Aunque Dacross pudiese con esos tres y él con el bastardo que mantenía a raya a la muchacha, en alguna parte estaba la niña y en cuanto escuchasen la refriega que ellos iban a provocar podrían matarla o huir con ella. En cualquiera de los dos casos su pellejo no valdría gran cosa, ya que Haliana se encargaría de arrancárselo a tiras por no devolverle a su preciosa hija sana y salva. Maldijo una, dos y tres veces en silencio, incapaz de reconocer en sí mismo al estratega de antaño. Claro que cuando uno estaba tan desesperadamente falto de soldados…

—Parece que os lo estáis pensando mucho, el muchacho y tú ¿no? —A pesar de tratarse solo de un susurro dejado caer en su oído necesitó de toda su autodisciplina, aprendida tras muchos años, para no dar un salto y agarrarse a la rama del árbol que tenía encima. Se giró sin hacer ruido y miró con un asombro que no pudo disimular al enorme hombre de color que estaba de rodillas a su lado, en completo silencio. Un leve ruidito junto a este le hizo bajar la vista y casi se le cayeron los ojos de las cuencas cuando vio a la pequeña Ivener cogida de la gran mano, como si tal cosa y mirándole con esos grandes ojos—.Ya ves, tengo que hacerlo todo yo. Y qué, ¿terminamos y nos vamos? No me dio tiempo a cenar cuando salí persiguiendo a ese imán de desastres y a estas alturas se me ha abierto bastante el apetito. Lo que me pone de pésimo humor. —Reskan se obligó a cerrar la boca y a respirar con calma dos veces, para asegurarse volvió a coger aire muy despacio. Después con un silbido bajo llamó la atención de Dacross. Se oyó el crujir de una rama, como si se hubiese partido. En la quietud de la noche se asemejó a un disparo, pero nadie más que ellos pareció notarlo. Con toda seguridad a él también le estaba costando asimilarlo, de ahí la torpeza. Aunque el pequeño grupo no era visible para ninguno de los malhechores Cross sí podía observarlos desde donde estaba escondido, a escasos metros de estos—. Como hasta ahora no os ha dado tiempo a estrenaros me retiraré de escena con Ivener mientras despacháis a los malos y salváis a la damisela en apuros, como dignos héroes. Si te parece bien —añadió, sarcástico. El joven, que instantes antes se habría postrado a sus pies, agradecido por inclinar la balanza a su favor, estaba más que tentado de patearle el culo en ese momento. Escuchó, sin prestar mucha atención, que la pareja se retiraba y siguió rumiando ofuscado la mejor manera de sacar a la mujer de escena sin que resultara dañada. Ya se encargaría él de rasguñarla un tanto cuando aquello acabase, pero que muchacha tan desesperante, si en los últimos meses sentía que había envejecido al menos diez años. ¡Y eso sin haberse casado todavía con ella! El impacto de ese pensamiento lo hizo incorporarse y recular hacia atrás, sorprendido, atontado e incrédulo. Miró hacia los dos focos de enemigos y comprobó aliviado que nadie se había dado cuenta de su desliz y volvió a agacharse, pero no pudo desechar la idea que acababa de ocurrírsele. ¿Matrimonio? ¿Con ella? No es que estuviese en contra de la institución, siempre y cuando el que se casase fuese cualquier otro en la faz de la tierra. Teniendo eso claro, todo iba bien con la palabra matrimonio. Esperó a que el consabido escalofrío pasase y siguió con su sabio razonamiento. Pero aun suponiendo que entre sus planes inmediatos entrase formalizar su relación con una mujer —ya había nombrado esa odiosa palabra demasiadas veces en los últimos minutos— nunca, nunca, nuuunca jamás haría de esa bicha su princesa, obvió de

manera infantil que ella ya era precisamente eso. Resopló, apostaría doble o nada a que en su noche de bodas le clavaría el cuchillo de la tarta nupcial en la yugular mientras dormía. Prefirió no ahondar mucho en el hecho de que la había desflorado con mucho gusto y que su honor y el rango social de ambos exigían una boda apresurada para mitigar en lo posible las consecuencias, pero si ella no se quejaba, ¿quién era él para hacerlo? Y hablando de consecuencias, desde aquella maravillosa noche entre sus muslos no había vuelto a pensar en la posibilidad de que aquella loquita pudiese estar embarazada. Los pelos se le pusieron de punta al imaginarla con un bombo tremendo empuñando una escopeta y apuntándole al corazón, pero después fantaseó con la idea de ella acunando a un bebé mientras le cantaba una nana. Su hijo, su heredero y algo duro, caliente y pesado se instaló en su pecho, impidiéndole respirar. Sacudió la cabeza para borrar la imagen y concentrarse en la escena actual y observó cómo aquel rufián se estaba restregando contra Haliana, sobando uno de sus pechos para después pasar la manaza por el vientre en el que bien podría estar gestándose ese hijo suyo. Lanzó otro silbido a Dacross, avisándole.

—¿Te gusta, verdad, bonita? —preguntó el jefe de la banda mientras bajaba más la mano y la colocaba entre las piernas de la joven, por encima del vestido, pero sin dejar de amenazarla con la espada—. Apenas puedo esperar a estar dentro de ti. Ha de ser ahora, moza, aun con mis hombres mirando. —El muy gusano la soltó, pero el alivio de Halia solo duró un momento, el que tardó en darse cuenta de que estaba intentando abrirse el pantalón con una sola mano. ¿Quería deshonrarla allí, en ese momento? Dios santo, por si aquello fuera poco podía ver que sus amigos se habían dado cuenta de la situación y se removían inquietos. Sus sonrisas lascivas eran evidentes incluso desde donde se encontraban y estaba segura de que irían a sumarse a la fiesta en cuanto su jefe hubiese acabado la faena. ¿Dónde demonios estaba Dacross? ¿Es que iba a permitir que la mancillaran? Casi al borde de la histeria pensó que quizá ese fuera su castigo por seguir haciendo las cosas a su manera, sin pedir ayuda, a pesar de haberle exigido en innumerables ocasiones que contase con los demás. Podía ser que el muy bastardo simplemente se sentase a mirar mientras todos esos sucios y apestosos la ultrajaban uno tras otro con la excusa de darle la lección de su vida. Los ojos se le llenaron de lágrimas, a tenor de lo que iba a pasarle en unos segundos, la experiencia compartida con Reskan se le antojaba ahora la más maravillosa, dulce y sensual de toda su vida, claro que en realidad había sido todas esas cosas y más, incluso aunque nunca hubiese compartido algo así con otro hombre, pero estar a las puertas de ser violada salvajemente por cuatro bestias, le quitaba hierro al asunto de que odiaba a Reskan y que quería verlo muerto. Así que ya no le parecía tan execrable haberle regalado su virginidad como si tal cosa y haber disfrutado tanto en el proceso, ni estar rememorando con frecuencia cada detalle de esas horas de pasión compartida, ni ansiar con desesperación que surgiese otra oportunidad de repetir ese interludio…—. Ah, ya está, estoy listo para ti, muñeca. ¿Lo ves? —Haliana lo vio, vio la pasión del hombre, ya fuera del pantalón, excitada y preparada para atacar y supo que no tenía escapatoria—. Vamos, tengo que enterrarme en ti. Ahora.

Su tono era duro como el acero, estaba cegado por el deseo y era mucho más peligroso por ello, pero la muchacha no se iba a dejar hacer sin pelear. ¿Iría a obligarla con la espada sujeta todo el tiempo? El tipo la cogió del brazo y se lo retorció con fuerza, acercándola a él. Notó el olor rancio y pestilente de su aliento antes de que la besara con violencia. No se resistió, si quería tener una oportunidad no debía arriesgarse demasiado pronto, además ese apretón era muy fuerte, soltarse sería imposible.

Entre la nube de repulsión y miedo escuchó un sonido extraño en la quietud de la noche, le pareció el restallar de un látigo aunque claro, no era posible. Un segundo después pasaron varias

cosas a la vez, oyó el ruido apagado de una espada al caer en la hierba y aquellos labios pegajosos y asquerosos se apartaron de su boca con un juramento. Acto seguido el hombre salió volando hacia un lado.

Haliana se quedó allí de pie, sin poder entender por qué su torturador estaba tendido en el suelo, atontado, con un látigo enrollado en su muñeca izquierda y Reskan unos metros más allá, como un Dios vengador, las piernas separadas, los puños apretados, listo para la batalla y el otro extremo del látigo agarrado con fuerza en su mano derecha.

Un pequeña parte de su cabeza escuchaba la lucha que se desarrollaba algo más lejos y que suponía eran los otros tres hombres contra Dacross, pero ella seguía paralizada, sin poder dejar de mirar esos ojos grises que parecían traspasarle el alma en esos momentos.

El rufián que la había tenido acorralada durante parte de la noche se espabiló y comenzó a incorporarse.

—Maldita zorra. ¿Así que trajiste ayuda después de todo? —preguntó enfurecido, yendo directo hacia ella. Se volvió a escuchar el mismo chasquido y en lugar de seguir avanzando su cuerpo fue proyectado hacia atrás, volviendo a caer.

—Harías bien en respetar a la dama o podría olvidárseme que pretendo jugar contigo y en cambio matarte en este instante. —Haliana pudo apreciar su expresión implacable, ya que él en todo momento había estado observándola a ella y no al tipejo ese y comprendió que hablaba en serio.

—Tienen a Ivener. Si acabas con él no descubriremos dónde.

—La pequeña está a salvo detrás de aquellos árboles. Eclipse está cuidando de ella. —El alivio fue repentino y tan grande después de días de desesperación y miedo que las piernas le fallaron y se desplomó en el suelo. Aquello no era muy digno que dijéramos, pero al menos no se había desmayado. Reskan dio un solo paso hacía ella, pero se contuvo a tiempo, estaba seguro de que ya se sentía bastante abochornada sin necesidad de su sobreprotección. Se concentró en el hombretón.

—Aun así tenemos que averiguar quién lo ha contratado. —Intervino de nuevo la joven pues adivinó que volvería a la carga.

En efecto cuando el príncipe se volvió hacia ella lucía una mirada aterradora, cargada de fuertes emociones que la joven nunca le había visto. Lo miró, estupefacta, pues no podía comprender la razón de semejantes sentimientos. Si ni tan siquiera ella, que había intentado matarlo, no una sino varias veces, había logrado inspirarle ese odio encarnizado que ahora empañaba sus ojos grises.

Reskan podía ver la sorpresa reflejada en su rostro, pero una vez superado el peligro, no era capaz de disimular la rabia que sentía hacia el desgraciado que no solo la había insultado y coaccionado, sino que había manoseado y violentado ese hermoso cuerpo que hasta entonces solo había conocido las tiernas caricias de un hombre: las suyas. Por todo ello el único pensamiento racional que le pasaba por la cabeza era destruir a aquel gusano hasta que no fuese más que un trozo de carne irreconocible hasta para su propia madre.

—Cetriar, por mucho que esté de acuerdo con tus pensamientos y de veras me agradaría linchar a ese hijo de pu... —Dacross inspiró hondo antes de continuar—. Liana tiene razón, es importante sonsacarle toda la información que podamos. —Vio que el otro hombre iba a negarse en redondo y se le adelantó—. Además, nadie se opone a que te diviertas mientras lo haces, ¿verdad? —preguntó mirando a la muchacha, diciéndole sin palabras que no se le ocurriese privarlo de esa venganza o el control del joven se deshilacharía y se cargaría a ese pobre desgraciado en un santiamén y ellos se quedarían sin saber quién era la cabeza de aquella

escurridiza serpiente.

—No, claro, en casos como este, las formas son lo de menos. Lo que importa son los resultados o lo que es lo mismo, que nos lleve a quien ha planificado el secuestro de Ivener y mi desaparición de escena. De otro modo —añadió, presionando un poco más—, esto o algo similar podría volver a suceder la semana que viene o dentro de tres meses, cuando hayamos bajado la guardia... —Nadie dijo nada durante unos minutos, temerosos de forzar demasiado la situación. Poco a poco los puños de Reskan se fueron aflojando. Volvió un tanto la cabeza, lo suficiente para poder ver a Haliana, con sus enormes ojos violetas pendientes de él, sus labios rosas tan plenos, su glorioso pelo rojo cayéndole por la espalda... Cualquier cosa con tal de no seguir mirando a esa bestia o no sería responsable de sus actos—. Eclipse.

—¿Sí? —Como siempre, ningún sonido precedió su llegada, se limitó a aparecer con la pequeña en brazos.

Lo que sí se escuchó con claridad fue el grito entrecortado de su madre, que intentaba, sin mucho éxito, levantarse del suelo, pues parecía que brazos y piernas se le habían vuelto de gelatina. El gigante solucionó la situación soltando a la niña, la cual corrió, rauda, hacia los brazos de Haliana, que había desistido de ponerse en pie con cierta dignidad sin la ayuda de alguno de esos zoquetes.

Las dos se abrazaron tan fuerte como pudieron y la joven no se molestó en ocultar las lágrimas que caían, una tras otra, por sus mejillas. Eran lágrimas de felicidad y de agradecimiento por lo que, a pesar de todo, le había dado la vida.

—Mami, te quero. —Fue casi un susurro, la boquita pegada en su cuello, pero Halia lo escuchó perfectamente. Miró hacia los tres hombres de pie a su lado y supo que ellos también la habían oído. Las primeras palabras de su hija, las primeras que decía desde que vio asesinar a sus padres, meses atrás y eran “mami, te quero”. Si el corazón fuese capaz de latirle más deprisa, si el pecho pudiese hinchársele más de orgullo, estaba segura de que estallaría de tanto amor como sentía en ese instante.

—Yo también te quiero, amor —dijo besándole la cabecita—. Cuánto deseaba encontrarte. —La pequeña se acurrucó más entre sus brazos, cerró los ojos y se quedó profundamente dormida. Era el momento que Reskan estaba esperando.

—Dacross, ayúdalas a subir a su yegua. —La muchacha, aún en el suelo, se giró hacia él.

—¿Para qué?

—Ya sabes para qué, Hal...

—Si me llamas querida cuando pretendes despacharme antes de interrogar a este malnacido te va a costar caro, *Res querido* —amenazó, echando chispas por los ojos. Dacross tosió, con seguridad para disimular un ataque de risa. Eclipse, nunca dado a sutilezas, soltó una sonora carcajada, pero se apartó un tanto de la discusión. Reskan tuvo la decencia de fruncir el ceño para evitar que una sonrisa involuntaria se le escapara. Y era todo un logro, dado el peligroso estado de ánimo del que era presa en aquellos momentos, no obstante la escena del reencuentro entre madre e hija, porque estaba claro que esas dos ya formaban una familia, había ablandado su corazoncito, bueno el de los tres hombres curtidos en mil batallas, qué demonios.

—Como desees. El caso es que se me ha agotado la paciencia, así que monta ese jodido animal y sal de escena. Por favor —añadió en el último momento, como si eso mitigase la horrible orden que acababa de darle. Por supuesto, si se hubiese dignado a mirarla al dársela hubiese podido percibir cómo sus ojos se convertían en dos meras rendijas, cómo su barbilla se levantaba hacia el cielo, terca y rebelde, cómo apretaba los puños con fuerza, ya sin el peso de la niña, pues su tío, que sí había visto todo eso, se había apresurado a quitársela de los brazos en previsión de que

estallase la tormenta. Como Reskan se había limitado a ladrar sus instrucciones de espaldas a la joven dio un pequeño brinco cuando esta le espetó a todo pulmón sus quejas, que eran muchas y variadas.

—¡Cómo te atreves, presumido y arrogante bruto! ¿Quién te crees que eres para darme órdenes como un déspota y un tirano y esperar que te obedezca sin rechistar? Este hombre está aquí por mí y no pienso marcharme hasta saber por qué. ¿Queda claro? —Reskan se dio la vuelta y así como hacía todo, sin pedir permiso, la cogió del pelo, la empujó con fuerza hacia él y la besó de manera brutal. Fue un beso de descarga de emociones contenidas, lleno de pasión sin freno, que parecía querer devorarla entera y que le lastimaba los labios. Intentó luchar, apartarlo, cualquier cosa con tal de no sentir aquel placer tan intenso que tanto la asustaba, pero el hombre no tuvo clemencia, con la mano libre le rodeó la cintura en un abrazo de hierro y siguió con su asedio a sus sentidos, succionando su lengua, bebiendo su aliento a un ritmo de vértigo. Dacross avanzó hacia ellos, dispuesto a intervenir, pero Eclipse apoyó su mano en el hombro de su amigo, deteniéndolo. Se miraron a los ojos un instante y aunque reticente se quedó donde estaba, aunque preparado por si su sobrina lo necesitaba. Reskan terminó el beso tan abruptamente como lo había comenzado. Sin soltarla la miró con intensidad unos segundos que le parecieron eternos, parecía que quería pegarle, pero confiada se dijo que Dacross y Eclipse no se lo permitirían. ¿Verdad?

—Creía que haberte salvado de las garras de esta basura me daba ciertas licencias, pero quizá malinterpreté la situación. ¿Preferirías que te devolviese a ese cabronazo? —Haliana retrocedió como si en verdad la hubiese golpeado, Res se lo permitió y ella salió del círculo de sus brazos trastabillando, con todos sus sentidos embotados aún a causa del tremendo beso.

—Sabes bien que no. Es innecesario que te muestres tan cruel.

—Lo que es innecesario es que tú seas tan terca. Entiendo, dada tu vena sanguinaria —Un jadeo indignado lo interrumpió, al cual contestó con un significativo alzamiento de ceja, retándola a que lo obligase a explicarse mejor. Con un gran esfuerzo ella se limitó a apretar la boca en una delgada línea—, que desees quedarte a disfrutar del espectáculo, pero imagino que hasta tú podrás ver lo impropio que sería que la pequeña Ivener presenciara lo que va a ocurrir aquí en los próximos minutos. —No era necesario decir nada más. Había dado el golpe final y lo sabía. Su hija no solo era una niña de tres años, además todavía no se había recuperado de haber visto cómo asesinaban a sus dos padres. Era impensable que alguien que la quisiese, que pusiese su bienestar por encima de todo, la expusiera a algo así. De todos modos se resistía.

—¿Y por qué no la lleva Eclipse, o Cross? —preguntó esperanzada.

—Porque si el tipo se pone difícil puede que los necesite. Pero a ti seguro que no te precisaré para nada —se apresuró a añadir al ver en los ojos femeninos su siguiente pregunta.

La joven cruzó los brazos sobre el pecho, fastidiada y derrotada. La determinación del hombre podía leerse en su rostro, duro como el granito y su paciencia se estaba agotando. Seguramente en unos momentos él mismo la pondría sobre el caballo y no de manera muy galante, estaba segura. Suspiró y se giró para marcharse. En ese momento notó una mano grande en su tobillo derecho que tiró de él y la hizo caer al suelo cuan larga era. Soltó un grito de sorpresa y de dolor y giró la cabeza para ver a su atacante. Miró con horror el brillante cuchillo que se alzaba sobre ella, cerró los ojos y solo atinó a pensar que a fin de cuentas aquella era la noche en que iba a morir.

Sentir aquel enorme peso encima, casi aplastándola, fue como mínimo inesperado. Cuando consiguió reaccionar, se encontró con los brillantes ojos grises de Reskan mirándola con una intensidad hipnótica y ya no vio ni pensó en nada más, perdida en sus profundidades plateadas, el

corazón retumbándole en los oídos. Entonces él empujó aquello que la aprisionaba, permitiéndole volver a respirar y fue cuando descubrió aturdida que era el cuerpo sin vida del jefe de la banda. Volvió su mirada al príncipe, aún un tanto azorada.

—¿Estás bien? —Su voz sonaba preocupada y eso, sumado a todas las tragedias de la noche, hizo que algo estallara en su interior y unas lágrimas calientes y molestas, del todo impropias en ella, se deslizaron por sus mejillas. La mirada del hombre se enturbió y con el dedo pulgar secó las gotas de agua.

—Lo siento. —Se disculpó, apesadumbrada.

—No lo hagas. Ha sido una noche muy larga. Si yo no fuese tan machote también lloraría —agregó para tranquilizarla. En efecto soltó una risilla al imaginarlo lloriqueando.

—Me refiero a todo. Esta noche... es culpa mía. Yo os he metido en esto, a los cuatro. —Incluía a la niña, a su tío, a Eclipse y a él. Ahora que todo había pasado, el cansancio y la culpabilidad ocupaban el primer plano en su lista de prioridades. Después estaba una buena cama, claro.

La ayudó a levantarse y la cogió en brazos. Miró con fijeza a Dacross, era la primera vez que lo hacía desde que se separaron para enfrentarse cada uno con sus atacantes y desde entonces había besado y manoseado a su mujercita delante de él y ahora la tenía entre sus brazos. Porque estaba claro que esos dos estaban juntos, ¿no? Maldición, la incertidumbre lo estaba matando y acabaría matándoles a ellos también, era lo que se merecían por jugar a tres bandas.

—Verás amigo, puedo leer en tus ojos lo que no te atreves a preguntar y la respuesta es que aún no me he acostado con la chica, aunque oportunidades no me han faltado porque a menudo he ido a su habitación, la he abrazado con frecuencia, la he besado mucho... —Haliana notaba cómo los brazos que la sostenían se iban poniendo cada vez más tensos y pensó que o bien pronto le quebraría algún hueso o la dejaría caer y se lo rompería al bocazas que se estaba entreteniendo tanto a su costa.

—Dacross... —le advirtió.

—¿Qué? El muchacho me lo está poniendo fácil y todo lo que he dicho es cierto. O vas a negar que he acariciado tus lozanos y exuberantes senos... —Por supuesto estaba sacando las cosas de quicio. El episodio en sí se refería a un día en el que trabajando en el jardín se le había "colado" una mariquita en el corpiño del vestido y con las manos sucias de tierra y el dichoso bicho moviéndose con libertad por su escote él, siempre tan diligente, había introducido dos dedos en su canalillo y se lo había sacado. Todo muy inocuo e inocente. Pero claro, así pintado hizo que Reskan la soltase en brazos de Eclipse mientras avanzaba amenazante hacia el otro hombre.

—¡Cross! —Lo reprendió mientras intentaba zafarse de las tenazas del hombretón.

—Vale, vale, ya me he divertido bastante. Aunque me habría gustado una buena pelea para disipar parte de la tensión de esta noche, por lo que veo a mi sobrina no le haría ninguna gracia que golpease ese hermoso rostro que tienes. —Reskan se detuvo de golpe.

—¿Qué sobrina?

—Esa a la que estabas sobando hace un rato, corruptor. Te lo dejo pasar porque después le has salvado la vida. —Dacross estaba encantado con la cara de estupefacción del otro hombre—. Soy su tío. —Soltó para terminar de aclarárselo. Reskan miró a la joven esperando una confirmación. Esta asintió—. Dacross Severn. —Se presentó formalmente, tendiéndole la mano. Res se la estrechó, olvidando al instante cualquier rencor hacia ese hombre. Se miraron durante unos instantes y ambos pensaron que en realidad se caían bien, quizá esa noche fuera el inicio de una gran amistad.

Haliana pasó entre ellos con actitud altanera, el ambiente crepitaba a su paso. Con prudencia, ambos hombres se apartaron de su camino.

—Que conste que era tu hermoso rostro el que estaba defendiendo, el suyo me parece más bien feo —le soltó a Cross, aunque mirando a Reskan por encima del hombro. Su tío soltó una carcajada de puro gozo—. Y si quería protegerte es porque pega mejor que tú. —Ahora fue el turno de Res de reírse a mandíbula batiente del otro, festejando la broma. Eclipse pasó ante ambos, cogió a la niña de brazos de su amigo y siguió su camino.

—Niños... —Los dos dejaron de reír en el acto.

La mañana llegó con demasiada rapidez, trayendo consigo ira, frustración, culpa y mucha vergüenza. Mientras los hombres intentaban digerir toda esa mezcolanza de emociones a su manera, o dicho de otra forma, mediante encarnizados entrenamientos con los soldados, intentando, en vano, que el ejercicio y la adrenalina disolviesen sus preocupaciones, Haliana cabalgaba como alma que lleva el diablo por los bosques y prados de su casa, salvando obstáculos, aumentando la velocidad, superando siempre lo prudente y exigiendo a su montura casi lo imposible.

Cuando ambas ya no pudieron más, no le quedó otro remedio que parar. Jadeaba por el esfuerzo, el corazón le latía con frenesí, el pelo le caía en desorden por la espalda, pero nada había logrado calmar su espíritu, ni siquiera tener de nuevo a su hija en casa.

Era demasiado consciente de que por su culpa, por su terquedad al ir sola, al no pedir ayuda, su falta de reflejos... En fin, toda su maldita actuación durante la noche anterior, las cosas se habían desarrollado de tal manera que Reskan se había visto obligado a matar al jefe de los secuestradores, imposibilitándole el interrogatorio que les habría permitido dar con la comadreja que había ideado todo ese plan.

Estaban de nuevo como al principio y sin ninguna pista que seguir pues la pequeña Ivener, que después de su hermosa declaración de la noche anterior no paraba de parlotear, aseguraba no haber visto nunca a nadie más que a una criada y a una niñera, con lo cual no tenían descripción alguna, por muy vaga que fuera, del cabecilla.

Inquieta se sentó en un tocón, obligándose a respirar de manera más pausada. Como era habitual en los últimos tiempos, su mente se dispersó hacia su tema recurrente preferido: Reskan Cetriar. Volvió a visualizarlo en plan ángel salvador, todo músculos de acero y rabia apenas contenida. En ese momento podía pensar con más claridad comprendió que toda esa ira iba dirigida hacia el hombre que la había maltratado y sorprendida se preguntaba cómo podía ella reconciliar la imagen del asesino de su madre con la del galán que, pidiéndole ayuda a quien él creía su amante, corría a socorrerla y le salvaba la vida. Y no iba a ser tan hipócrita como para negarse a sí misma la atracción tan intensa que sentía por él. Cuando estaba en sus brazos, cuando la tocaba, a su cuerpo y a su mente le importaban un cuerno a cuántas madres hubiese masacrado. Lo cierto era que cada vez se cuestionaba más a menudo si tal y como afirmaban todos estaba equivocada. Recordaba lo que había visto en la habitación de su madre, pero era probable que aquel escenario hubiese sido orquestado para que al entrar ella *pareciese* que Reskan había matado a Atriana. Ella mejor que nadie sabía que Riork era capaz de eso y de mucho más, no obstante la escena que presenció diez años atrás estaba tan marcada a fuego en su memoria que se revelaba ante la idea de que fuese una patraña. Sencillamente su cerebro se negaba a aceptarlo.

A lo lejos vio una figura femenina que se dirigía hacia ella. A medida que se acercaba pudo distinguir la vibrante falda roja y la provocativa camisa blanca que envolvían el sensual y pleno

cuerpo y apreció también la sexualidad que exudaba la joven en cada movimiento. Cuando se paró a su lado se vio reflejada en esos ojos color avellana, que parecían verlo y saberlo todo, que penetraban su alma con pasmosa facilidad y se asombró una vez más de que aquella hermosa mujer que debía tener más o menos su misma edad fuese tan sabia, madura y mundana.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó con curiosidad, aunque ella siempre hacía cosas así.

—Te sentí. —Haliana no dijo nada ante el sorprendente comentario.

—¿Ya lo sabes todo? —En su voz había consternación. Ambas sabían que no se refería solo a que su hija estuviese sana y salva en su cama, sino a su papel estelar en el rescate.

—No te fustigues más, Kana. —A pesar de haberle dicho un centenar de veces que no la llamase por ese nombre ella insistía en no utilizar otro. A fin de cuentas, no se le podían dar órdenes a Godena—. No fue culpa tuya. —Ese comentario le valió una mirada furiosa por parte de su amiga—. Al menos no todo. —Rectificó—. Eres una mujer de grandes pasiones, tanto en el amor como en la guerra. —La gitana la miró con fijeza un momento y Haliana se encontró ruborizándose mientras se preguntaba qué cosas adivinaba o presentía la mujer y se callaba—. Y es normal que a veces estas te desborden. Lo único que deberías modificar son esas ansias tuyas de ir siempre por tu cuenta. A tus hombres no les hace ninguna gracia. —Haliana siguió la mirada de la joven y vio que su tío se acercaba a caballo. Iba a comentar que aquel plural sobraba, pero al final decidió dejarlo pasar.

—Es por la costumbre de hacerlo todo sola durante tantos años —murmuró pues Dacross ya estaba desmontando cerca de ellas.

—Lo sé y ellos también. Pero son hombres, nada más. —La mujer le guiñó un ojo, cómplice. Haliana soltó una risita y se giró para saludar al hombre.

Él se inclinó solo un poco, dada la estatura de la joven, para darle un beso en la mejilla. Cuando se apartó saludó con un movimiento de cabeza a la otra mujer, pero sus ojos se demoraron en lo que su camisa sin mangas dejaba ver, los delgados brazos morenos, el principio de los senos que el pronunciado escote mostraba sin pudor... Los pezones se pusieron duros bajo su inspección y la fina y ajustada tela no los ocultó. Dacross inspiró hondo y su pecho se hinchó, buscando aire frenéticamente. Sus ojos volaron a los de la gitana, rezumando un deseo desenfrenado tan grande que hasta Haliana, al observarlos, se sintió excitada. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Estos dos se conocían *muy bien*, por cierto. Ahora que ella había sido iniciada en las artes de la pasión era capaz de reconocer lo que se estaba cociendo en aquel claro del bosque.

Godena sentía que no era capaz de meter en su cuerpo todo el aire que necesitaba para respirar y no terminar desmayada. Cómo, a esas alturas de su vida, se encontraba en ese estado de agitación por la simple mirada de un hombre y uno además tan poco adecuado, escapaba a su comprensión, pero con ese espécimen había cerrado a cal y canto las puertas de la lógica la primera vez que se acostó con él y no se atrevía a abrirlas por temor a que aquello terminara.

Mientras se perdía en esos ojos color café registraba otras cosas, como su pelo todavía húmedo. Debía haberse bañado y cambiado de ropa después de los entrenamientos con sus hombres, ya que ella lo había visto ejercitarse antes de salir en busca de su sobrina. También vio que se había dejado abiertos los dos primeros botones de la camisa, por donde podía verse parte del pecho masculino y algo de vello. Los dedos le hormiguearon de la necesidad de enredarlos en él. Suspiró y se secó las húmedas palmas de las manos a ambos lados de la falda.

Haliana se aclaró la garganta de forma audible, bien para llamarlos al orden, ya que temía que terminasen uno sobre el otro en el duro suelo a pesar de ella, bien para tranquilizar su propio espíritu, que los dos tórtolos habían dejado hecho un guiñapo.

—Tendremos que poner una banderita en este sitio o algo así, para recordar su localización. Parece que nos gusta como centro de reuniones. —Su tío le lanzó una mirada atravesada.

—El sarcasmo nunca te ha sentado bien, Liana.

—Oh, vale. Entonces arrancaos la ropa y quemad el bosque con vuestra mutua pasión, pero por favor, dejadme mirar. Me muero de ganas por aprender un par de cosas... —Dacross se quedó literalmente con la boca abierta. Que su pequeña e inocente sobrina dijese esas cosas como si supiese de lo que estaba hablando...

—Haliana, no seas irrespetuosa. —La reprendió Godena, girándose en el último momento para que el hombre no viese su sonrisa.

—No sé de qué estás hablando, pero me parece que estás sacando los pies del tiesto, jovencita.

—Cross, puedes considerarme ingenua, pero te aseguro que no soy estúpida y sé lo que estoy viendo. Vosotros dos *os entendéis* —dijo, asintiendo con la cabeza mientras hacía tal afirmación, queriendo dar así más peso a sus palabras. El hombre miró a Godena, implorando un auxilio que no tardó en llegar, aunque no en la forma en la que él esperaba.

—Es cierto. Dacross y yo somos amantes —Lo dijo tan clarito, de manera tan sucinta, que el aludido tardó unos instantes en darse cuenta de que lo había admitido abiertamente ante su virginal sobrina. Cuando las palabras penetraron en su atontado cerebro, se giró hacia la gitana, sobresaltado.

—¡Dena, por Dios!

—¿Qué? ¿Acaso te avergüenzas de mí? —preguntó, indignada.

—Claro que no. ¿Cómo puedes pensar eso? —En ese momento el ofendido era él. Haliana seguía la conversación con morbosa fascinación, incapaz de perderse detalle. Incluso cuando su tío agarró a la mujer con fuerza de la cintura, atrayéndola hacia su duro pecho y la besó con rabia y pasión desmedidas, ella cambió de posición para poder ver mejor el espectáculo. Tan solo cuando Dacross notó los femeninos ojos fijos en ellos, dejó de besar a la joven y con una ceja arqueada, preguntó—. ¿Te importa? —Avergonzada por fin, se retiró un par de pasos e hizo un gesto con la mano animándolos a seguir. Exasperado, el príncipe suspiró de manera audible y también retrocedió, soltando a la muchacha, que tenía una sonrisa complacida y a la vez divertida en el rostro—. De verdad, Liana, si no estuviese tan cabreado contigo por lo de anoche, te retorcería el pescuezo por esto. —De inmediato los ojos femeninos se nublaron, bajó la vista y se agarró las manos con fuerza. Dacross miró a Godena, sorprendido, pero esta solo sonrió.

—Ya sé que lo que ocurrió ayer fue culpa mía y no puedo expresar cuánto lo lamento. Entiendo lo importante que es esta cuestión y gracias a lo mal que lo hice todo lo he empeorado aún más si cabe. No puedo decir nada en mi defensa, tenéis todo el derecho de estar furiosos y decepcionados por mi deplorable actuación y por poner vuestras vidas en juego…

—¿De qué demonios está hablando? —preguntó su tío a la gitana, cortando la diatriba de la joven. Hasta ese momento del monólogo había evitado mirarlo por si la censura que estaba segura que encontraría en sus ojos no le permitía expresar sus disculpas, pero al hacerlo ahora parecía confundido y hasta algo aturdido, como si no hubiese entendido ni una palabra de lo que le había dicho.

—Haliana piensa que debido a cómo se desarrollaron los acontecimientos anoche, cuyo desenlace ella achaca a su pésima actuación durante la misma, perdimos la oportunidad de oro de capturar al bastardo que la quiere fuera de juego o al menos de identificarlo, lo que ya habría supuesto un avance importante. Se echa la culpa de todo a sí misma y esta la está ahogando…

—¡Soy la única responsable! —Una severa mirada masculina fue suficiente para que no dijera nada más.

—Liana, cuando he dicho que estaba enfadado contigo no ha sido porque pensase que era culpa tuya o que no actuaste bien —dijo en tono duro.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Entonces? —preguntó, hosca, ya que parecía que no lograría sacarle nada más al permanecer en silencio. Dacross suspiró con pesadez.

—¿Cuántas veces tendremos que mantener esta conversación? Lo que bajo ningún concepto podré tolerar y espero que después de los resultados de ayer te quede grabado en tu dura cabezota, es que vayas por libre cuando surjan problemas, que te enfrentes sola al peligro cuando desde hace tiempo tienes personas a tu alrededor que te quieren y morirían tratando de protegerte. Sé que eres valiente, pero no se trata de que te amenacen y cojas la capa y la espada y te lances en la noche a salvar el mundo porque eso me hace pensar que también eres estúpida, ya que no analizas la situación ni te planteas que la gentuza no jugará limpio a uno contra uno y que no solo podrán matarte, sino que bien podrían utilizarte contra tu familia, cosa que no habría sucedido si en primer lugar hubieses confiado en nosotros.

—¡Yo confío en vosotros! —Prometió, acalorada.

—¿Y dónde estaba esa confianza anoche? —Arremetió, en sus ojos y en su voz un tono dolido. No era necesario, ya se había ruborizado, presa de la culpa.

Reskan se secaba el pelo con una toalla sin prestar ninguna atención a lo que hacía. Acababa de bañarse, después de casi haber matado a uno de sus hombres en los entrenamientos de la mañana. No era que el tipo no se lo mereciese, por incompetente, pero eso no justificaba su evidente falta de control o de atención, o de ambas cosas.

La noche anterior, cuando al fin quiso llegar a casa y dar buena cuenta de una botella de excelente whisky —lo cual solo le demoró unos minutos— solo fue capaz de arrastrarse hasta la cama y quedarse profundamente dormido. ¡Hasta juraría que se había despertado un par de veces a sí mismo por culpa de sus ronquidos! Cuando se despertó, pocas horas después, estaba de pésimo humor y la furia que lo embargaba, dirigida hacia la mujercita testaruda y temeraria que había puesto su vida en juego para intentar rescatar ella sola a una niña, intentando sacarla de las garras de aquellos bastardos que pensaban violarla a ella misma primero y venderla como esclava después, era la que casi había partido en dos al soldado que se ejercitaba con él hacía un rato. Y esa rabia no se apagaba, maldición, ardía a fuego lento, esperando con paciencia infinita a encontrar a su presa y entonces sí, incendiarlo todo a su paso.

La puerta de su habitación se abrió de repente, sin un golpe que pidiese permiso.

—Por fin has vuelto. ¡Llevo horas esperándote! —Su hermana entró como un torbellino de faldas de color crema.

—Buenos días, Lalla. No recuerdo haber oído que llamaras a la puerta, ni que pidieras permiso para entrar. O puede que tanto escuchar el entrechocar del acero de las espadas haya "endurecido" mis oídos. —Al menos su hermana tuvo la decencia de sonrojarse ante el reproche.

—Bueno, Res, no seas remilgado con estas cosas ahora. —Se atrevió a regañarlo *ella*.

—¿Y si estuviera desnudo, Lalla? Dada que es mi habitación bien podría apetecerme pasearme por aquí como Dios me trajo al mundo —comentó indignado. De hecho, solo una pequeña toalla le cubría de cintura para abajo. La muchacha pareció darse cuenta en ese instante de la indumentaria de su hermano porque se le quedó mirando con fijeza el pecho hasta que él carraspeó. Solo entonces subió hasta sus ojos.

—Por Dios, Res, yo quiero un hombre como tú. —La afirmación en sí ya era sorprendente,

pero había sido hecha con tanta vehemencia que parpadeó, pasmado. ¡Si hasta le faltaba poco para babear! Y a él para vomitar.

—¿Qué… has… dicho? —Su voz sonó como el acero, lo cual hizo que toda la ensoñación desapareciese del rostro de la joven.

—Que cuando elija marido será uno igualito a ti. Con todos esos… —Hizo un movimiento con las manos hacia su pecho, sin terminar la frase, algo incómoda.

—¿Pelos? —Completó él.

—¡Músculos! —Lo miró, furiosa. Reskan se echó a reír.

—¡Intentaba ayudar! —Se defendió, todavía sonriendo.

—Tú no tienes una mata de pelos en el pecho como si parecieses un mono, tan solo los justos para que una mujer quiera pasar los dedos entre ellos. Y *todos esos músculos* —Lo miró con intención—, harían la boca agua a cualquier damisela, junto a esa piel dorada por el sol y sin un gramo de grasa. Y ya sabemos que el resto de tu cuerpo sigue la misma tónica. —Hacía un buen rato que Reskan había perdido por completo la sonrisa, exactamente desde que su hermana había empezado a describir su cuerpo. Nunca como en ese momento había tenido tan claro que aunque su padre y él se negaran a admitirlo, Lalla había dejado de ser una niña y a sus diecisiete años comenzaba a convertirse en una mujer con todas las necesidades que eso implicaba. ¡Dios, si él se había acostado con muchachas de esa edad!

—¿Sabemos? —preguntó, alzando una ceja.

—Hace tiempo que no te veo entrenar con los soldados, que son los únicos momentos en los que puedo verte sin camisa, de ahí la sorpresa de ahora, pero reconoce que tu propenso gusto por la ropa ajustada, sobre todo los pantalones, no deja demasiado a la imaginación. Si a veces me he preguntado si no te estrangularán esa parte en concre…

—Suficiente. —La cortó y para su eterna mortificación, lo hizo antes de que lo obligase a sonrojarse. Pero al momento se vio obligado a preguntar—. ¿Y cómo sabes tú…?

—Bueno, sin una mujer en la familia y con papá y tú tan sobreprotectores siempre, si una quiere enterarse de algo debe preguntar por ahí. —La cara de asombro de su hermano valía unas cuantas monedas.

—¿Me estás diciendo que has "preguntado por ahí" como es el aparato reproductor masculino? —Reskan no se dio cuenta de que estaba gritando, pero su hermana sí y sabía que podía ponerse muy pesado cuando creía que tenía que defenderla de algo, sobre todo si ese algo era ella misma. Apretó las manos entre sí cuando la miró entrecerrando los ojos—. ¿Y exactamente a quién le has preguntado, pequeña descarada? ¿A una de las criadas de la casa o a todas ellas? ¿O Dios nos ampare, a las anfitrionas de las fiestas de la alta sociedad?

—Bien, Res, no te pongas tan susceptible, una preguntita aquí y allá para tener una noción general de las cosas…

—¿Aquí y allá? —bramó.

—¿Y cómo esperas que lo haga? —gritó a su vez ella, con los ojos llenos de lágrimas. Eso lo contuvo un poco, lo suficiente para escucharla—. Tengo diecisiete años, se supone que el año que viene será mi presentación en sociedad aunque ni papá ni tú habéis mencionado nada, así que no sé si pensáis ofrecérmela. Quiero conocer a alguien especial, alguien como tú y enamorarme y casarme, pero mamá no está y en este enorme mausoleo no hay ni una maldita mujer aparte de las criadas que me guíen en esta cuestión, por lo que mi desconocimiento en temas íntimos es completo y eso me da mucho miedo. Una vez me prometiste que nunca permitirías que al ser chica se me educase de manera diferente a ti y en reglas generales has cumplido tu palabra. Sé defenderme, mi educación es tan completa como la tuya, por lo que no

he aprendido solo las labores de la casa y cómo organizar fiestas. Soy una persona inteligente y se me ha dado la libertad para expresar ese intelecto, pero cuando llegue el momento de abandonar esta casa para pasar la noche de bodas con mi esposo iré hacia lo desconocido y eso me aterra porque no me han enseñado a temerle a nada. *Tú* no me has enseñado a temerle a nada. Ahora dime, ¿cómo te sentirías en mi lugar? —Reskan no tuvo que pensarlo mucho. Desamparado, asustado, perdido. Él había tenido a su padre que, aunque roto por la muerte de su mujer, en cuanto descubrió lo guapo que lo encontraban las mujeres, le explicó con todo lujo de detalles los pormenores del sexo, incluso le prestó varios libros que detallaban posturas y con ilustraciones muy buenas. Entendía a su hermana y aunque una parte de él, la que llevaba protegiéndola toda su vida, seguía viéndola como una niña, otra le decía que había llegado la hora de terminar de crecer. Por eso iba a hacer algo que todavía no podía creerse.

—¿Estás segura de querer saber, Lalla? —La seriedad de su tono y de su expresión pusieron en guardia a la muchacha, pero al instante se relajó y asintió—. Que así sea.

Entonces ocurrió algo asombroso. Con un pasmo absoluto Helailla observó cómo su hermano llevaba su mano hasta la parte de la toalla que había remetido en la cintura y la dejaba caer al suelo, quedando completamente desnudo delante de ella. Como era de esperar sus ojos volaron hacia esa parte en concreto que tanto ansiaba ver y se agrandaron, sí, pero de desilusión, ya que esa cosa pequeña que colgaba hacia abajo no era que fuera muy digna de mención que dijéramos. ¿Eso era todo? ¿Por aquello todos esos comentarios acerca de lo maravilloso que sería hacer el amor con un hombre, las risillas tontas de las que no se atrevían a dar explicaciones? Sin darse cuenta suspiró, presa de la desdicha. Reskan rio entre dientes, y la mirada de Helailla voló a sus ojos.

—No te sientes ni un poquito incómodo, ¿no? —preguntó, remilgada.

—No, ni tú tampoco, si vamos al caso, tan solo terriblemente decepcionada. —Su tono era jocoso y los ojos le chispeaban de diversión. No parecía sentirse insultado. Quizá todos los hombres estaban tan poco dotados como él.

—¡En absoluto! ¡Creo que debes sentirte… muy orgulloso… de ti mismo! —Casi se atragantó ante tamaña mentira, pero consiguió decirla mirándole a los ojos. Reskan prorrumpió en carcajadas. ¿Por qué no se vestía ya? No podía dejar de echar miraditas a esa *cosa* y resultaba de lo más incómodo, la verdad.

—Qué mentirosita más encantadora eres, hermanita, pero a riesgo de tener que pasar por un calvario en los próximos minutos te revelaré que este es el estado en reposo del órgano masculino. Cuando se despierta su tamaño y aspecto varían… considerablemente. —Haliana levantó la cabeza de golpe, los ojos iluminados de interés renovado—. Para ahí, no pienso hacerte una demostración. Tendría que excitarme para conseguirlo y mi amor fraternal por ti no lo conseguiría. —Su tono de voz y el brillo acerado de sus ojos decían que no lograría hacerle cambiar de opinión.

—Acepto tu palabra. —Reskan la miró con intensidad, no podía creer que hubiese cedido tan fácil. La joven se levantó—. ¿Puedo a cambio echar un vistazo rápido? —Él entendió lo que quería decir. Nunca había visto a un hombre desnudo. No era vergonzoso y esta era su hermana, además ella no tenía ningún interés personal en él, solo quería saber cómo era un hombre. Le hizo una reverencia muy floreada.

—A tu servicio. —La joven soltó una risita y se acercó, aunque despacio y mirándolo a la cara.

Cuando estuvo lo bastante cerca para su gusto bajó de nuevo los ojos hacia ese pecho musculoso, de amplios hombros. «¡Dios Santo, si hasta se le marcaban los pectorales!».

¿Marcarse? ¡Qué eufemismo! ¡Su hermano casi tenía los pechos más grandes que ella! Aunque se notaba que eran duros como rocas, igual que todo su cuerpo. Y aquella sucesión de marcados abdominales que terminaban en un sugerente vientre plano por el que a una le gustaría pasar la mano hacia abajo, hacia aquel pene flácido… Quizás entonces cambiaría, como él había sugerido... Pero claro, era su hermana, no lo haría por ella. Lástima, se moría de ganas por terminar su formación en ese sentido en particular. Al continuar con su inspección dejó vagar su mirada por las estrechas caderas y luego por los muslos del joven, fuertes, prietos y repletitos de músculos, al igual que en los brazos. De hecho, siendo esa la primera vez que podía mirarlo con detenimiento, se preguntaba cómo era posible que con la ropa tan ajustada que llevaba no le estallase una camisa mientras estornudaba o cualquier pantalón al subir a un carruaje, por no hablar de si era cierta la teoría del aumento de volumen...

Decidió que era el mejor momento para inspeccionar la espalda de su hermano, así podría ocultarle ese ridículo rubor que le cubría las mejillas. «¡Qué pensará él, por Dios!».

Reskan estaba pensando que más que un vistazo rápido su hermanita estaba tomando notas mentales para escribir todo un maldito libro sobre anatomía masculina, dado el tiempo que se estaba tomando y la fijeza con que lo estudiaba, pero como no pensaba repetir la experiencia por mucho que ella le rogara decidió aguantar con estoicismo hasta que terminara la inspección, aunque aquella chiquilla le estuviese haciendo sentir como si fuera uno de sus propios sementales antes de decidir si merecía la pena comprarlo.

Entonces las faldas de la joven le rozaron las corvas, provocándole una deliciosa sensación de cosquilleo, y Reskan cerró los ojos pensando sin ser consciente de ello en otra muchacha muy diferente a esa, tanto en mentalidad como en físico. Rememoró con un suspiro silencioso sus enormes ojos violeta, seductores hasta cuando echaban chispas, coléricos, pero más cuando estaban encendidos de pasión, como la noche que pasaron juntos, su boca llena y jugosa, rosada y con sabor a bayas maduras, sus besos inexpertos pero llenos de la promesa de lo que serían cuando aprendiese, sus pechos maduros, grandes y duros con aquellos pezones rosados que invitaban a un santo a metérselos en la boca y chuparlos hasta arrugarlos en pequeños capullos, aquella pequeña cintura de vientre liso, el sexo caliente, húmedo, con aquel olor tan dulce que lo llamaba desde unos rizos oscuros, los muslos suaves como la seda apretando con fuerza sus glúteos mientras él arremetía en su interior...

—¡Por el amor hermoso! —Abrió los ojos de golpe al oír el grito estrangulado de Lalla y observó su mirada aterrorizada fija en su pene, duro como el granito. Con aquellos pensamientos en su mente calenturienta había terminado dándole a su inocente hermana los conocimientos que quería. ¿O no?, se preguntó mientras veía cómo ella seguía sin poder apartar los ojos del tema en cuestión.

—Dame la toalla. —Exigió con tono cansado.

—Ni hablar —dijo mientras la tiraba al otro lado de la habitación. Reskan levantó una sola ceja—. Ahora... Ahora que está así no quiero que te tapes, quiero saberlo todo.

—Te garantizo que esto es *todo* —graznó con voz de acero. Por supuesto no era cierto. Había tenido unas visiones muy eróticas de su princesa guerrera, pero si ella estuviese allí en ese momento su sexo aún aumentaría un poco más de tamaño. De todos modos se cuidaría mucho de comentárselo a esa descarada, a pesar de su supuesto coraje, parecía bastante asustada.

—Es bastante... impresionante, la verdad. Ahora entiendo un poco por qué no nos cuentan gran cosa antes del matrimonio. ¡Es posible que no nos casásemos si supiéramos esto! —Soltó una risita nerviosa, razón por la cual el príncipe dedujo que debía estar muy acongojada.

—¿Sabes lo que ocurre entre un hombre y una mujer en su noche de bodas? —La mirada

socarrona de la joven lo hizo sonreír. Al menos estaba recuperando algo de su valor—. Bien, entre un hombre y una mujer... ¿en la intimidad?

—Conozco el proceso. Más o menos —admitió.

—¿Tienes idea al menos de para qué es esta parte que tanto te embelesa? —La muchacha se sonrojó violentamente. Qué curioso que no lo hiciese cuando miraba con fijeza el cuerpo desnudo y excitado de un hombre, aunque fuese el de su hermano.

—Sí, eso sí me lo han explicado...

—No me lo digas. ¿Aquí y allá? —preguntó malhumorado. Ella prefirió ignorarlo.

—De todos modos eso... —dijo, señalando su miembro con los ojos agrandados— no cabrá... —No parecía ser capaz de terminar la frase. Su hermano se apiadó de ella. Era tan joven y tan cándida.

—Lalla, con el hombre adecuado no habrá ningún problema. —Y mientras tiraba de la suave sábana verde de su cama y se la colocaba como si fuese una toga, tapando todas sus partes pudendas y algo más en el proceso, pasó a describirle con sumo detalle a su querida, dulce, remilgada e inocente hermanita de diecisiete años, todos los pormenores del acto sexual entre un hombre y una mujer mientras los ojos de ella se iban agrandando más y más y su boca se iba abriendo, presa de la incredulidad y por qué no, también de cierta expectación.

CAPÍTULO 17

Reskan tenía la mandíbula desencajada del asombro y aunque hubiese intentado cerrarla aun para salvar la vida no habría podido. El mayordomo le había dicho que Haliana estaba en el cuarto de juegos y no había que ser un lince para saber que se encontraría con Ivener. ¡Pero por Satanás, nadie le había avisado de que la muy pécora estaría vestida solo con una finísima camisola que ni siquiera le cubría las rodillas! Cierto era que la niña también llevaba la misma indumentaria. ¡Aunque a ella no le quedaba ni por asomo igual de sexy! Vale también que estaban pintando, mojando sus pinceles en grandes botes de colores de una pintura espesa que intuía sería muy difícil de sacar de la ropa y presumiblemente estaban jugando, ya que menos en los enormes papeles dispersos por el suelo había colorido pigmento en todas partes de sus bonitos cuerpos. Reskan casi sintió resbalar la baba por su barbilla al desear con anhelo llenarse las manos de esa pintura pringosa y pasarlas muy despacio por las bien torneadas piernas femeninas o por los dos globos maduros de los que intuía los pezones a través de la tela...

¡Maldición! Como si su hermana estuviese allí riéndose de él, le pareció escucharla criticar la estrechez de sus pantalones, sobre todo si a su miembro le daba por crecer... como en ese momento.

Entonces la niñita levantó la cabeza y lo observó, en silencio. La mujer estaba concentrada en el dibujo, bendita fuera, pero a él no se le ocurría ninguna forma de desinflar su enorme... ardor, a menos que se aliviase allí mismo, algo inviable.

Ivener se puso de pie y lo señaló con el dedo, ante lo cual Haliana se giró.

—Papá. —Los dos adultos la miraron, sorprendidos. Ella los observó a su vez, primero a ella —. Mamá. —Después a él—. Papá. —Volvió a repetir.

La joven, dolida por la reacción de la pequeña, aunque no dispuesta a demostrarlo, se levantó del suelo y solo entonces se dio cuenta de su atuendo. Con mirada iracunda se enfrentó al hombre y cuando observó su indudable excitación, entre el sonrojo y la furia no supo qué hacer.

Reskan estaba azorado, por un lado lo había sorprendido tanto que la pequeña lo *adoptase* que no sabía si sentirse halagado o escandalizado por su frescura, por otro era evidente que la princesa había visto de primera mano el bulto de su pantalón y que no le hacía ninguna gracia y allí estaba él, sin saber muy bien qué decir.

Como para romper el hielo, Ivener se acercó a saltitos a él y alzó sus bracitos, suplicante.

—Upa. —Bueno, tal vez no tan suplicante, pensó Reskan divertido, estaba claro que la rama femenina de esa familia nunca rogaba, siempre exigía lo que quería y lo hacía de forma muy clarita. Por supuesto él obedeció raudo, no fuera que la damita en ciernes se ofendiese. En cuando la jovencita estuvo donde quería pasó los brazos por su cuello y apoyó la cabeza en su pecho, soltando un suspiro que pareció de… ¿anhelo? Miró a Haliana y por las tormentosas emociones que vio en sus ojos comprendió que ella estaba pensando lo mismo.

—¿Estás bien, pequeña? —preguntó en voz baja.

—Ahora sí, papi. —Los dos adultos pudieron oírla a pesar de que habló con la boca aún pegada a su pecho.

—Ivener, cielo, tú sabes que yo no soy tu papá, ¿verdad? —Reskan sintió cómo aquel pequeño cuerpo se ponía tenso como la cuerda de un violín.

—Pero podrías serlo —se quejó lastimera. El hombre miró a Haliana, pidiéndole ayuda, pues

no sabía tratar situaciones de ese tipo, pero allí solo encontró dolor y desesperación. Apartó la vista porque no podía enfrentarse a eso también en aquel momento. Ansiar cuidar de aquella mujer podía resultar mucho más peligroso que protegerse de sus intentos de liquidarlo.

—Cariño, a tu edad las cosas parecen más fáciles de lo que son en realidad. Yo no puedo ser tu papá porque tengo una vida con muchas responsabilidades que no incluyen esta casa y las personas que viven en ella, pero Haliana te quiere más que a nada en el mundo y te mimará como a una princesa consentida. Y está el tío Dacross, que te enseñará a bailar y te comprará tu primer poni y los abuelos, que te leerán cuentos y llenarán tu cuarto de muñecas y cintas de colores y el bueno de Eclipse, que te cuida como una gallina a su pollito… —La niña soltó una risita ante ese comentario—. Todos ellos son ahora tu familia, Ivener, y del primero al último te adoran.

—Pero tú me rescataste del orfanato para traerme con mami y anoche me salvaste de los hombres malos. Yo te importo. —Asintió emocionado ante aquella verdad tan simple, aun sabiendo lo que vendría después—. ¿Por qué entonces no puedes ser mi papá? ¡Yo te quero tanto! —confesó la niña, con los ojos llorosos. Reskan también tenía un nudo en la garganta, primero por esas dulces e inmerecidas palabras y después porque le había echado una rápida mirada a Halia y había visto las lágrimas surcándole las mejillas y las manos cerradas con fuerza en puños, prueba de su impotencia. Tragó saliva, para callar las palabras que querían salir con la fuerza de un sentimiento que no se atrevía a analizar, para ocultar que se moría por ser el padre de esa dulce y herida niña y el marido de la hermosa y fiera mujer que los observaba. Al fin se dominó para no gritar que ansiaba, con una necesidad que provenía del alma, que formasen una familia. Cerró los ojos mientras estrechaba ese pequeño cuerpo, cómo admitir aquello en voz alta si no podía entenderlo ni él mismo.

—Cariño, siempre habrá un lugar en mi corazón para ti y vendré corriendo con mi brillante armadura si alguna vez los dragones vuelven a tomarte prisionera. —La muchachita sonrió, imaginando la escena. Reskan hurgó en el bolsillo de su chaleco y extrajo un reloj cuya cadena llevaba enganchada a un ojal del mismo. Lo soltó y cogiendo la manita de la niña se lo puso encima. Parecía enorme en aquella diminuta mano—. Este reloj es una muestra de mi afecto por ti y si esos dragones de los que hablábamos te molestasen en el futuro y necesitases mi ayuda, solo tienes que hacérmelo llegar y empezaré a sacarle brillo a la armadura —dijo entre las risas de la pequeña, quien cuando pudo parar miró a su madre, esperando.

Por supuesto Reskan era consciente de que la joven quería negarse a toda costa y también él aguardo, tenso.

Haliana miró el objeto en cuestión. Era de plata con pequeños dibujos labrados y la esfera, con sus finas manillas y las horas negras, estaba salpicada de diminutos diamantes. Era hermoso, elegante y carísimo. Incluso Ivener no se atrevía a respirar por miedo a que se le cayese. Se moría por rechazarlo, pero bastó una mirada al rostro resplandeciente y esperanzado de su hija para saber que no podría disfrutar de esa pequeña venganza. Asintió y su recompensa fue escuchar su gritito de felicidad y ver cómo se llevaba el preciado obsequio al corazón como si fuese la cosa más preciosa que le hubiesen regalado jamás. Probablemente fuese cierto, porque a pesar de todo lo que le había comprado desde que estaban juntas, no le había dado nada tan ostentoso.

El hombre respiró profundo, sin darse cuenta hasta entonces de que había contenido el aliento, pensando que no le dejaría hacer esa ofrenda. Sin querer y quizá porque todo el momento de angustia con la pequeña había pasado, ya que se encontraba más contenta que una pascuas examinando con detalle el obsequio de su Galahad, su mirada, ardiente de nuevo, se dirigió a la mujer que observaba la escena con los brazos en jarras sobre las caderas. Se había puesto frente a

la ventana, lo que convertía aquella finísima tela de su camisola en una escasa barrera del todo transparente a su ávida vista. ¡Maldita fuera! Si se iba a mantener cerca de esa mujer mejor sería decirle a su sastre que empezase a confeccionarle bombachos. ¡O corría el riesgo de que a cierta parte de su anatomía, muy querida por él, se le cortase la circulación! Fue consciente del momento en el que ella volvió a darse cuenta de su excitación, la vio entrecerrar los ojos y observó fascinado cómo se le ponían los pezones duros. Reskan inspiró aire con fuerza, como si le hubiesen dado un puñetazo en pleno estómago. ¿Así que ella también lo deseaba? Dio un paso en su dirección, por nada del mundo iba a desaprovechar esa oportunidad. La mirada femenina voló hacia él, alarmada.

—A todo esto, no recuerdo haberte invitado a mi casa y ahora quisiera que te marchases. —Reskan se detuvo. La princesa de hielo había vuelto. Una lástima, necesitaba un buen revolcón para calmar los nervios, ambos lo necesitaban, pero ella aún no sabía reconocerlo. Ojalá le permitiese enseñárselo.

—Ah, pero no solo he venido para averiguar qué tipo de atuendo usas por las mañanas, por muy encantador que sea este —dijo mientras deslizada su mirada perezosa y sensual por cada una de sus curvas intentando inútilmente, lo sabía, convencerla de tumbarse boca arriba en uno de los inmaculados lienzos dispersos por el suelo y dejarse llevar por la pasión que estaba seguro también ella sentía.

—¿También has venido a exasperarme? —Aventuró ella, aunque su respiración se veía más acelerada y su rostro se había sonrojado.

—Para eso se necesita tan poco… Pero no, creí que tendrías al menos algo de curiosidad por saber si le habíamos sacado algo al bueno del traguiano —dijo triunfante, sabedor de que había clavado el puñal hasta el fondo. Ella estaba más que interesada en saberlo todo de esa conversación, pero entre el secuestro, la desconcertante relación que se había forjado entre su hija y él, la masculina presencia de ese hombre y sus tentativas de seducirla, sencillamente se le había olvidado. Casi se golpeó la frente, frustrada. «Y en más de un sentido», se obligó a señalar.

—¿Tienes algo que contarme o te estás haciendo el interesante?

—Será una conversación provechosa. —Su rostro estaba serio, prueba de que el asunto era importante—. Pero será mejor que te vistas. Nunca me he resistido a una provocación, mujer, y por Dios que tú me estás tentando hasta el límite.

—¿Qué yo…? —Su indignación era tal que se atragantó con las siguientes palabras.

Reskan avanzó a grandes pasos hacia donde estaba ella, haciéndola retroceder hasta que su espalda toco la pared. Echó una mirada a la niña, que aunque seguía embobada con el reloj, aún estaba en brazos de él. Reskan la ignoró y en cambio acercó su cara a la de ella y la miró con intensidad, sus ojos despedían llamas y parecía furioso. De repente con su mano libre cogió la derecha de Haliana y la obligó a ponerla sobre su pene, duro como el mármol pero caliente como la lava. Ella intentó soltarse, pero con su implacable fuerza aunque sin hacerle daño, él no se lo permitió.

—Que respete en todo momento tu decisión de no acostarte conmigo a pesar de tener la absoluta certeza de que lo estás deseando tanto como yo no implica, de ningún modo, duda alguna sobre mi hombría. —Apretó la mano femenina un poco más sobre su miembro, haciendo aflorar en el silencio de la habitación un débil ronroneo tanto o más excitante que los largos dedos que lo aferraban—. No dudes nunca que soy muy hombre y que ir por ahí medio desnuda es suplicarme que te tumbe en el suelo y te haga mujer y que lo único que ha evitado que me haya abierto la bragueta de los pantalones y esté gimiendo de placer contigo es tu hija. Ahora ve a vestirte en condiciones o túmbate de una vez, tú decides, pero hazlo rápido porque estoy a

punto de derramarme en tu mano. —Aunque todo ese monólogo se lo susurró en el oído para que la niña no pudiese escucharlo, eso último sonó como un gemido estrangulado. Tenía la frente apoyada en la de ella y podía sentir el sudor empapándosela. Con un tirón sacó su mano de la prisión en la que la tenía confinada y se escabulló de la pared. Él se lo permitió. Salió corriendo de allí y cuando agarró el picaporte de la puerta escuchó que la llamaba. Temblando se giró para enfrentarlo, pero él seguía con la niña en brazos, de espaldas a ella y con la frente y el brazo libre apoyados en la pared, como si necesitase sostenerse en algo—. Aún no he desayunado.

—Ni yo, mami —dijo Ivener con una sonrisa, lo cual no era cierto, pero la niña siempre olvidaba que había comido y tenía hambre a todas horas. Sin decir nada salió de la habitación y cerró la puerta.

Haliana se había tomado su buen tiempo para estar preparada tanto física como mentalmente para ese nuevo encuentro. Se había bañado para quitarse los restos de pintura que siempre parecían adherirse más a sus cuerpos que a los papeles que disponían con diligencia para ello, sin embargo a Ivener le divertía tanto terminar pareciéndose a un arco iris que ella solo podía sonreír, indulgente. Cuando llegó la hora de vestirse eligió el vestido más austero y aburrido que tenía, llevaba siglos sin ponérselo, pero esa le pareció la ocasión perfecta para hacerlo. ¡Por nada del mundo permitiría que el muy bastardo volviese a escupirle que ella se le insinuaba! Así que con su coraza bien colocada fue a enfrentarse a esa serpiente, cobijada de momento en su propia casa.

Sabía que lo encontraría en la terraza ya que había dado instrucciones de que sirviesen allí un tardío desayuno. Le molestó tener que dar de comer a esa comadreja, pero se consoló pensando que después de salvarle la vida era lo menos que podía hacer, además suponía que se habría quedado sin desayunar por venir temprano a darle noticias de la cena que tanto él como su hermana habían preparado para el enviado del Consejo. Suspiró, otra cosa que él podía echarle en cara. Gracias a su pésima actuación, Reskan se había quedado sin la posibilidad de interrogar personalmente al hombre y había tenido que conformarse con lo que su hermana hubiera podido sacarle y no es que ella tuviera nada en contra de Helailla, pero parecía tan dulce que no se la imaginaba sondeando a nadie para enterarse de detalles importantes.

Cuando llegó a la terraza volvió a sorprenderse de lo cómodo que ese hombre parecía encontrarse siempre en su casa. Estaba zampándose un tostada con mantequilla y mermelada de melocotón con una mano y con la otra le daba un buñuelo de nata a Ivener, la cual estaba sentada en sus rodillas, muy a gustito, cabría añadir. Los dos se reían de alguna broma que el muy descarado le estaba gastando. Cuando llegó hasta ellos Reskan hizo amago de levantase, con niña y todo, pero Haliana le hizo un gesto para que se quedase sentado. El hombre le dio un repaso al vestido y levantó una ceja con expresión sardónica, pero gracias a Dios no hizo comentarios.

La pequeña se terminó el bollo y miró a su héroe a los ojos. Él comprendió, por supuesto y con la servilleta le limpió con suavidad la boquita, luego se inclinó y le dio un ligero beso.

—Ya estás, linda. Lista para jugar con tu reloj nuevo. —La aludida se giró hacia su madre, esperanzada.

—¿Puedo, mamá?

—No creo que ese reloj deba ser tratado como un juguete, es demasiado caro.

—Pero yo se lo he regalado, puede hacer con él lo que quiera.

—No es así como quiero educar a mi hija —dijo en tono duro—. No importa el dinero que se tenga, las cosas deben respetarse, cuidarse.

—Pero así no disfrutas de ellas —contestó con un mohín.

—Y para ti la vida solo es diversión, ¿no? —El rostro masculino se puso serio.

—No. —La niña no lo entendía todo, pero podía darse cuenta de que aquellas dos personas que tanto quería estaban muy disgustadas y tal vez ella podría ser la causa. Se acercó a su madre y le puso el preciosísimo reloj en la falda.

—No te enfades mami, yo solo pensé… es tan bonito… que solo quería llevarlo a mi habitación y tenerlo en las manos un ratito y dejar que los rayos del sol jugasen con las piedrecitas que hay dentro para que brillase y pareciese mágico. Pero iba a tratarlo con mucho cuidado y lo iba a sujetar muy fuerte para que no se me cayese al suelo porque me lo ha regalado pap… Digo Reskan. Pero ya sé que soy pequeña y por eso te lo doy a ti para que me lo guardes. —La pequeña miraba al suelo, quizá porque casi se le escapaba que para ella aquel hombre seguía siendo su papá, aunque fuese a escondidas. Haliana no necesitó mirar a Reskan para saber que este la observaba furioso, lo que aumentó su cargo de conciencia.

—Cariño, no es solo el valor material del reloj, es el sentimental el más importante. Si lo tratases como un juguete más y se estropease lo sentirías muchísimo, ¿verdad?

—Sí —admitió, mirándose los zapatos. En ese momento sintió en su pequeña mano el peso del reloj y alzó la cabeza hacia su madre, sorprendida.

—Entonces asegúrate de cuidarlo como corresponde —le dijo con voz suave.

—Lo haré mami, te lo prometo.

—Bien, sube a tu cuarto, que es donde más rayos de sol hay para que creen magia. —La niña le brindó una deslumbrante sonrisa, le dio un sonoro beso, rodeó la mesa para obsequiarle otro al príncipe y salió escopeteada con el reloj protegido entre sus brazos, dejando un incómodo silencio tras ella.

—Así que hay un corazón al final de un tortuoso camino —dijo el hombre con voz sarcástica.

—Uno bastante negro, recuérdalo cuando tenga un arma cerca. —Se sorprendió al ver que él entrecerraba los ojos y se dio cuenta de que en ese momento tenía en la mano una pesada jarra de fino cristal llena de zumo de naranja. No pudo evitarlo y soltó una carcajada—. Querido, ya conoces mis preferencias en cuanto a armas. Me refiero a una mortal. —Reskan había sentido algo caliente en el corazón cuando la escuchó reír, eran tan contadas las ocasiones en las que eso ocurría y estaba seguro de que nunca cuando él estaba cerca y oírla llamarlo querido aunque no fuese en el contexto preciso, bueno, bastaba decir que se estaba revolviendo en la silla, presa de una incómoda sensación.

—No sé, Hal, cualquiera diría que después de lo de anoche debieras de estar un poquito más agradecida. —La flecha dio en la diana, por supuesto. Los ojos femeninos se velaron, la sonrisa desapareció, incluso se dobló un poco en dos, como si la hubiesen golpeado. De inmediato Reskan se incorporó para ir hacia ella, pero la mujer se rehízo y se apartó, haciendo un gesto con la mano para que no avanzase.

—Por supuesto aprecio tus méritos de anoche y reconozco que sin Dacross, sin Eclipse y sin ti mi vida no habría valido nada, aún más teniendo en cuenta mi penosa actuación. —El hombre era consciente de cuánto le había costado hacer esa concesión así que fue magnánimo y no hurgó más en la herida. Cogió la silla en la que había estado sentada antes y se la ofreció de nuevo, ella dudó un momento, pero la aceptó, después él se sentó enfrente y se sirvió una generosa taza de humeante café solo, cargado y le añadió dos cucharadas de azúcar.

—¿Te suena el nombre de Jarvis Solier? —Y mientras esperaba su respuesta tomó un buen trago de su taza.

—No. ¿Ese es el hombre que ha enviado el Consejo?

—Sí, pero es raro que no le conozcas.

—¿Por qué? Tú estuviste allí. Riork apenas convocaba al Consejo. ¿Para qué iba a hacerlo? No solía rendir cuentas de sus actos a nadie. Y te recuerdo que por aquel entonces era una cría, así que no me permitían participar en actos que requirieran de la asistencia de tan ilustres invitados. Sin embargo, conocí a unos cuantos de sus miembros a lo largo de los años. —Se encogió de hombros—. Ha pasado mucho tiempo, quizá Solier ni siquiera formara parte del Consejo por aquel entonces. —Lo miró, los ojos apenas dos rendijas—. ¿De qué estás acusándome?

—Dios, Kana, no lo sé, esto es un completo lio…

—No me llames así, es peligroso.

—Es verdad, disculpa, a veces me es imposible verte como otra persona. Simplemente eres tú, la muchacha que conocí hace tantos años. —Sus ojos eran suaves, la miraban anhelantes y lujuriosos, prometiendo con todo lujo de detalles un placer tan abrasador como la noche que habían compartido. Parecía que había pasado toda una vida desde entonces y su cuerpo traicionero necesitaba más de esa droga de pasión descontrolada. Sacudió la cabeza y encontró la voz para continuar.

—Bien… ¿Y qué contó Solier? —Hasta ella se sorprendió de lo roncas que le salieron las palabras. Por supuesto el maldito también lo notó, sus ojos se oscurecieron y apretó la mandíbula tanto que ella pensó que se le rompería. Por fin, cuando parecía que ya no iba a hacerlo, contestó.

—Pues al parecer tu padre ha desaparecido.

—¿Qué? —Su incredulidad era comprensible, a él mismo le había costado bastante asimilar semejante huida y sobre todo las diferentes vías alternativas que esta abría y que era probable que a su princesita aún no se le hubieran ocurrido.

—Para ser concisos en extremo diremos que el Consejo tuvo que tomar las riendas por el bien del reino, dados los continuos excesos de poder de Riork. Debió de enterarse por medio de alguno de sus esbirros y puso pies en polvorosa. De ahí la situación actual.

—¿Y cuál es exactamente la situación actual?

—Un bastante simple, por cierto. El Consejo ha redoblado sus esfuerzos para localizarte.

—Eso es como buscar una aguja en un pajar. —Descartó ella con un gesto de la mano.

—No si quieres ser encontrada —dijo mirándola con fijeza. Haliana sintió un escalofrío.

—¿Por qué iba a querer eso? Llevo años escondiéndome.

—Pero eso era cuando tu padre era rey de Traguian. Ahora está fuera de escena.

—¿Eso crees? Entonces eres más cándido de lo que pensaba.

—Debes reconocer que todo esto da un giro de trescientos sesenta grados a la situación.

—Solo para Traguian.

—Tú eres Traguian.

—Lo miras desde tu punto de vista, principito. —Se burló mientras se arrellanaba en su silla, indiferente a la mirada furiosa de sus ojos grises.

—¿Y cómo sería eso?

—La de un heredero de la corona, criado desde la más tierna infancia bajo las premisas de cuidar, proteger, honrar y salvaguardar a su gente. —Él asintió, solemne—. Olvidas que yo no fui criada del mismo modo, puesto que mi querido papaíto me despreciaba y estaba obsesionado con tener un heredero varón que subiera al trono. Así que tu infalible plan de apelar a mi compasión ha fallado estrepitosamente.

—¿Y no te importa tu país de nacimiento en lo más mínimo?

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Les intereso yo a ellos acaso? No, quieren a la princesa, la que sacará sus miserables culos de este aprieto. Pero la mujer indefensa a la que su propio padre

pretende asesinar si pone uno de sus pies allí les importa un comino. —La mirada escéptica que el hombre le dirigió daba a entender que de mujer indefensa nada, pero sería un redomado embustero si dijese que no la comprendía. La cuestión era que sus principios no le permitían quedarse de brazos cruzados mientras un país entero se desmoronaba por falta de un buen líder cuando tenía a la candidata idónea, además de legítima, delante de sus narices mordiendo con furia una tostada con mermelada de grosellas. Pero sabía que ella iba a ponérselo muy difícil.

—¿Aun así dejarás el destino de un reino en manos de Dios sabe quién por miedo? —preguntó con crueldad, intentando apelar a su enorme orgullo para ponerla de su lado.

—Sí. —Reskan giró la cabeza hacia ella puesto que su respuesta apenas había sido un susurro y se quedó anonadado ante el descarnado pánico que encontró en sus hermosos ojos violeta. Su valiente y eterna vengativa guerrera le tenía un miedo atroz a su padre y no se molestaba en ocultárselo a su peor enemigo. Quizá, después de todo, aún tenía otro adversario más formidable, cosa que él ya sabía, lo desconcertante era que ella fuera consciente de ese detallito.

—No te creo. —Esa vez fue el turno de Haliana de buscar su mirada con incredulidad.

—¿Qué quieres decir?

—Ese es tu pueblo, tu gente...

—Nunca me aceptaron.

—¡Y un cuerno! Yo estaba allí, ellos no te rechazaron...

—De eso hace mucho tiempo, he cambiado.

—¿Tanto que has olvidado quién eres? ¿Para lo que te educaron? ¿Has perdido tus principios por los caminos? ¿Te has escondido tanto que no eres capaz de encontrarte a ti misma?

—¡Cállate!

—¿Has olvidado a tu madre? —Tan solo se escuchó el chirrido del metal de las patas de una silla contra el suelo cuando esta fue empujada con fuerza. Haliana estaba de pie, las manos apretadas en sendos puños, la respiración jadeante, los ojos convertidos en meras ranuras de odio —. ¿Has olvidado que tu madre está enterrada allí? —Continuó, indiferente a todo aquello, sabiendo que era entonces o nunca. Como un rayo la joven saltó por encima de la mesa y aterrizó encima de Reskan, volcando la silla donde estaba sentado. Sintió el escozor de las uñas de la joven en la mejilla izquierda, justo por debajo de su ojo y se apresuró a sujetarle ambas manos, después se giró para colocarse a horcajadas sobre ella, inmovilizándole también las piernas. Entonces la miró, perplejo. Y ella, reconociendo la superioridad física a la que estaba siendo sometida evaluó la situación y cambió de táctica, lo escupió en la cara.

—Lo que no he olvidado es quién lo hizo, asesino cabrón. —El príncipe le cogió las dos muñecas con una sola mano y con la libre se limpió, impertérrito. Al fin y al cabo no era la primera vez que lo escupían, aunque sí una mujer.

—De nuevo reitero mi inocencia y es porque considero a Riork autor de la muerte de Atriana que he sacado el tema. Soy muy consciente de que tienes una vendetta personal, pero va mal dirigida. Si quieres vengarte vuelve a Traguian y espera, él te encontrará. —Sintió como la mujer temblaba en reacción a sus palabras y en contra de lo que quería decir se encontró jurando—. Y yo estaré a tu lado. —La mirada asustada de Haliana voló a la suya. Él dejó de sujetarla y casi de respirar.

—¿Me acompañarías? —susurró.

—Voy a ir contigo.

—¿Por qué?

—Porque está en juego el futuro de miles de personas, porque hay que parar a ese malnacido de una vez por todas, porque será una buena manera de distanciarnos del problema que tenemos

aquí y que no solucionamos anoche, porque has de asumir tu deber como princesa, porque puede que sea en Traguian, donde empezó todo, donde pueda demostrarte de una vez por todas mi inocencia y porque es importante para mí volver a ver a mi madre. —Eso último fue dicho en un susurro ronco y por primera vez en muchos años la joven recordó que Nadina también estaba enterrada en Traguian, asesinada por Riork y que este tenía sus propios motivos para querer cazar al rey.

Pero todo eso no justificaba que ella volviese. ¿O sí? Recordó la promesa que hiciera al escapar: encontrar el modo de regresar, a cualquier precio, solo que había cambiado en el transcurso de aquellos años. Era consciente de que aquel era su país, que debía cuidar de su gente, que todos ellos esperaban que ella asomase en cualquier momento de debajo de una piedra y fuese a hacer desaparecer a Riork con una varita mágica, pero después de tanto tiempo fuera le costaba verlos como algo suyo y la perspectiva de ponerse a tiro de su padre era escalofriante aun aunque Res la acompañase. Para empezar, ¿por qué querría él hacerlo? Estaba la lista que tan fácilmente había redactado, pero eso lo convertiría en algo así como un caballero andante, prefería pensar que él tenía sus propios y oscuros motivos como el ajuste de cuentas por la muerte de su madre. Sí, eso lo hacía más digerible.

¿Pero deseaba emprender esa aventura con Reskan? Era indudable que necesitaría toda la ayuda posible, por supuesto contaría con soldados allí, incluso con algunos cedidos por su abuelo, pero sería una necia si desestimaba las tropas del príncipe e incluso al mismo hombre, ya que toda la pericia e inteligencia serían bienvenidas a la hora de enfrentarse a la maldad de su progenitor. Después, si conseguían vencerlo, vería qué hacer con ese otro enemigo, el lecho de muerte de su madre sería un buen marco para su última venganza.

—Reúne a tu gente, Cetriar, nos marchamos en tres días.

—Cuando te decides eres rápida, ¿no?

—¿Necesitas más tiempo para recoger tus perfumes... o a tus rameras? —preguntó, parpadeando con ostentación.

—¿Para qué? Si vas tú... —Le devolvió con mirada inocente. Ella sonrió—. ¿Por qué sonríes como una tarántula?

—¿Las tarántulas sonríen?

—Tú sí.

—Bien, pensaba... —Reskan rechinó los dientes ante el tono ronco y la forma de alargar las palabras—, que mientras estemos juntos en el castillo será fácil matarte mientras duermes.

El viaje iba a ser muy, muy largo, pensó Reskan mientras miraba furioso a la larga comitiva que los precedía. Y no solo por la enorme distancia que los separaba de su destino final sino porque toda la maldita familia de ambos se había apuntado a la aventura, porque así parecían verlo todos esos majaderos, como una emocionante aventura que no podían perderse, en lugar de la peligrosa misión que tenían por delante.

Por su parte había amenazado a Helailla con atarla a la cama para evitar que lo acompañara, pero perdió la batalla cuando sorprendentemente su padre había declarado que él en persona dirigiría a sus hombres hasta Traguian. Por supuesto la discusión había proseguido durante los tres días que la lagarta había dado de margen para partir, pero al final todos estaban sobre sus monturas delante de él en ese momento junto a cien soldados armados para la guerra. En casa habían quedado muchos más a cargo de Aung, quien dirigía las tropas de Eidrian desde hacía más de diez años.

Ni qué decir tenía que Dacross, Eclipse, Kaileen, los abuelos y hasta la joven gitana venían con la princesita. Por no hablar de la cantidad ingente de criados y de baúles por parte de ambas

familias.

Por Dios, ¡si hasta habían traído a los niños! Ivener y Gilles iban con Eclipse en un descomunal caballo blanco, regalo del propio Reskan minutos antes de salir para ese despropósito de viaje. Cuando el día anterior fue a casa de Kana para asegurarse de que no habría retrasos en la salida, lo que le valió una mirada altanera y un indignado resoplido por parte de la muchacha y descubrió que el hombre pensaba hacer todo el camino a pie, ya que no había animal que pudiese soportar su peso, recordó a Aplastador, aquel caballo gigantesco que le regalase un amigo un año antes casi como una venganza, dado lo que comía la mala bestia y la de pies que había fracturado con sus enormes patas, así como vallas destrozado. Mil veces había pensado en deshacerse de él pero a su manera era hermoso y único y en ese momento daba gracias por habérselo quedado pues cuando llegó a Venganza sujetando las riendas de Aplastador, Eclipse estaba fuera cargando los carros y abrió los ojos como platos cuando vio al caballo, pero cuando le tiró las riendas y le dijo que ya tenía transporte para el viaje y a partir de ese momento sería él quien se arruinase dándole de comer y pagando los desperfectos que su mal carácter causase, el gigante casi tenía lágrimas en los ojos, así que para aligerar el ambiente Reskan solo pudo hacer una cosa, le dijo el nombre del caballo. Eclipse sonrió.

Y esa mañana Aplastador aguantaba el peso del hombretón y de los dos pequeños sin ningún esfuerzo y todos aquellos malditos parecían que iban de excursión. Buscó con la mirada a la culpable de todos los males del mundo y la encontró contemplándole con el ceño fruncido —de qué otro modo iba a ser— y espoleó a su caballo, furibundo, para ponerse al frente de los hombres y no tener que ver a ninguno de aquellos ingratos en una hora. O dos.

Kana observaba a Reskan y se preguntaba qué mosca le había picado. Llevaba horas de un humor de perros y todo el mundo lo evitaba como si tuviera la peste, recelosos de sus miradas sombrías y casi esperando ver salir humo de su nariz. Y la pregunta siempre era la misma: si tanto le molestaba venir, ¿por qué se había ofrecido? No es que ella lo hubiese obligado a acompañarla, si ni siquiera le había preguntado si lo quería allí. Por supuesto estaba más que agradecida de las espadas extras y de la centena de soldados perfectamente entrenados, estaba segura de ello, aunque se cortaría la lengua centímetro a centímetro antes que admitirlo ante ese arrogante y malhumorado patán.

El detalle del monstruoso caballo blanco de Eclipse también pesaba mucho en su favor. Jamás un regalo había emocionado tanto a su amigo, que toda su vida se había visto obligado a caminar dado su considerable peso, pero además la manera del príncipe de ofrecérselo, como si por fin lo liberasen de una carga infernal más que hacerle un presente que para Eclipse no tenía precio, era casi más valioso que el regalo en sí mismo.

Una de las monturas se echó hacia la izquierda, golpeando a su yegua, unos gritos obscenos de los soldados resonaron a su espalda, unas criadas ociosas en un carro parloteaban sin cesar delante de ella. La verdad era que formaban un contingente muy numeroso y alborotado todos ellos, quizá se les había ido un poco de las manos, pero nadie había querido quedarse atrás, la esperanza de “volver a casa” había prendido mecha en sus corazones, ilusionados porque esa vez fuera diferente, confiados de que ella los mantendría a salvo y una cosa llevó a la otra y... estaban donde estaban. Además el clan Severn se había negado en rotundo a no acompañarlos, eran su familia y la familia se apoyaba siempre, sobre todo en las dificultades y esa iban a superarla juntos. Ya habían mandado a un par de mensajeros a Antrea solicitando tropas de apoyo, las cuales esperarían su llegada en Traguian, ya que los mensajeros viajarían mucho más rápido que aquella comitiva tan cargada. Pero quizá Reskan no viera todo aquello con muy buenos ojos. Las

mujeres, los niños, tanto equipaje... Para él era una especie de ocupación militar y eso parecía un picnic... a lo grande.

Suspiró, clavó los talones en los flancos de la yegua y fue en busca del maldito dolor de cabeza.

La oyó llegar y también suspiró. Tan solo había tenido quince minutos de asueto. ¿Con qué iría a acosarlo la muy pécora? ¿Los niños tenían que descansar? ¿Las mujeres que aliviarse? ¿Necesitaban más carros? ¿Más criados? ¿Su cama estaba fría? Porque si era eso último se pararía en seco para calentársela... Sacudió la cabeza, por supuesto que no, ella no había deseado que la tocase desde la noche en la que la desvirgó, aunque él lo había necesitado con desesperación desde ese mismo momento.

—Si sigues así vas a reventar.

—¿¡Qué!? —graznó, mirándola boquiabierto. Ella lo señaló con la mano.

—Toda esa frustración contenida. —Él siguió sin poder articular palabra. Era eso o "desahogar su frustración". Y había demasiada gente mirando para dar ese espectáculo. Aunque llevaba tanto tiempo sin sexo que la verdad, apenas le importaban unos cuantos cientos de mirones—. La mayoría te mira de reojo esperando que explotes. No sé por qué eres tan duro con todos. —Ahh, pensó aliviado, comprendiendo que la había malinterpretado.

—Porque este es un asunto serio, Kana, muy serio y todos parecéis tomarlo como unas vacaciones a algún lugar cálido y bonito en el que cuantos más seamos pues mejor, más divertido.

—Sí, es verdad —admitió en voz baja. Eso lo sorprendió, de veras, tanta humildad viviendo de ella era desconcertante—. Tal vez debiera contarte cómo huimos algunos de nosotros de Traguian, dejando cuanto teníamos allí, familia y amigos. Cómo tuvimos que escondernos durante tanto tiempo, aterrorizados porque alguno de los esbirros de Riork nos encontrara, ya que eso supondría nuestra muerte inmediata. Durante años vivimos con la constante sensación de ser vigilados y nunca hemos llegado a sentirnos tranquilos. Ahora ha llegado el momento de volver a casa y no puedo pedirle a ninguno de los míos que espere en Venganza a que lleguen tiempos mejores. Todos quieren estar a mi lado para pelear conmigo una vez más y para ver con sus propios ojos si alguno de los suyos sigue vivo o si mi padre en su sed de venganza ha acabado con todos ellos. En cuanto a mi familia, están aquí por las mismas razones que la tuya y por otras cuantas más, como por ejemplo que han tardado toda una vida en encontrar a su nieta y sobrina y no van dejar que luche sola esta batalla que podría perder y no volver a verla más. Reconozco que habría sido mejor llegar por la puerta de atrás, de noche y en silencio, pero te aseguro que Riork va enterarse de que su hija vuelve a casa. —Reskan guardó un humilde silencio, lo habían puesto en su sitio y se lo merecía. Nunca se había parado a pensar cómo habían sido para ella esos años fuera de Traguian. Siempre creyó que había buscado un lugar adecuado para asentarse y una vez encontrado este, había vagado de fiesta en fiesta, dejando pasar la vida ociosamente, pero él la conocía mejor que eso y la mujer que tenía a su lado nunca se contentaría con algo así.

—Lo siento, es solo que sería tan fácil… —No terminó la frase, no hacía falta, Kana sabía con exactitud lo que quería decir. Sería tan fácil cogerlos por sorpresa en cualquier parte del camino y tenderles una emboscada, tan solo se necesitaba un número mayor de soldados y todos ellos serían historia. Pero no se dijeron esas cosas en voz alta, se limitaron a cabalgar juntos, por primera vez desde que se conocieron en una agradable tregua.

Por supuesto esta no duró mucho. Al anochecer habían acampado y después de las innumerables tareas que aquello conllevaba en una comitiva de aquella magnitud, del aseo diario y de la suculenta cena, posible gracias a todas las mujeres presentes y a las numerosas

provisiones que ocupaban algunos de aquellos infames carros, así como a que unos cuantos de los hombres habían ido a cazar al hacer el alto, llegó la hora de prepararse para dormir.

Reskan empezó a fruncir el ceño cuando vio como Kana iba despidiéndose de su familia y se subía en una de las carretas, al parecer sin pretensiones de volver a salir. Dacross se percató de ello y con una sonrisa felina codeó a Eclipse para que tampoco él se perdiese detalle. Ambos se apoyaron en uno de los laterales del famoso vehículo con los brazos y los tobillos cruzados, esperando que empezase la diversión. Reskan ni siquiera reparó en ellos cuando llegó allí y abrió la lona que le permitió ver a la muchacha terminando de deshacerse la trenza, dejando esa hermosa melena cobriza caer hasta sus caderas. Ella se volvió sorprendida.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurró, señalando con la mano detrás de ella. Solo entonces se dio cuenta de que no estaba sola, sino que había otras cuatro mujeres durmiendo bien acurrucadas en sus mantas. Sin mediar palabra la cogió de la muñeca y tiró de ella, sacándola al exterior—. ¿Qué demonios…? —En cuanto sus pies tocaron el suelo la soltó y se enfrentó a ella con las piernas abiertas y las manos en las caderas, tenía sus facciones duras como el granito. Ella imitó su postura y le lanzó chispas venenosas con sus bonitos ojos entrecerrados. Tan solo Dacross y Eclipse se lo estaban pasando en grande, pero como nadie parecía reparar en ellos… —. ¿Qué mosca te ha picado, abusón arrogante? —«¿Abusón?». Reskan no pudo evitarlo, sus labios se doblaron en una sonrisa blanda aunque en su descargo habría que decir que no enseñó ni un ápice de dientes, pero claro, a aquella bruja no se le escapó porque le dirigió su mirada más glacial.

—Tú —le contestó, hosco.

—¿Uhmm? —preguntó muy, muy sorprendida— ¿Y cómo puede molestarte el hecho de que me vaya a la cama?

—Porque no es la mía. —Eclipse empezó a reírse entre dientes, lo que le valió un fuerte codazo entre las costillas por parte de Dacross, que tenía ganas de saltar sobre Reskan y machacar esa bonita cara a base de puñetazos. El hombre de color aún tosía cuando se escuchó el grito indignado de la joven.

—Ni lo será, cabra sobreexcitada. Y ahora quítate de mí vista o buscaré mi espada y olvidaré que has venido a ayudarme. —Mientras decía eso empezó a caminar de vuelta al carromato. Cuando llegó a donde estaba él, la cogió del brazo y la obligó a mirarlo.

—¿Cabra sobreexcitada? ¿De verdad me has llamado eso? —Su cara era un poema. Si no hubiese estado tan enfadada se habría reído con gusto de su estupefacción. Se sentía tan insultado y taaaaan ultrajado… Enderezó la espalda, pero estaba muy enojada, se recordó. Reskan la empujó hasta la pared de la carreta y puso sus manos a ambos lados de su cabeza aunque lo peor de todo fue cuando encajó sus caderas con las de ella. Bueno, a lo mejor lo de sobreexcitado si fuera cierto después de todo. Dacross y Eclipse abandonaron sus posiciones y se asomaron sin disimulo para no perderse detalle—. ¿Te has quitado las enaguas? —graznó el hombre con voz espesa por la emoción. Dios Santo, podía sentir su calor femenino a través de sus pantalones y de la tela del delgado vestido de ella. Y si su erección presionaba un poco más sería capaz de penetrarla a través de ambas.

—Yo… estaba a punto de acostarme —susurró ella, tremendamente impactada por las mismas sensaciones que estaba sintiendo él, pero demasiado nuevas en su corta experiencia. Ese comentario enfrió un tanto el ardor masculino al recordarle el motivo de su enfado.

—Tú dormirás donde duerma yo, mujer. —Al ver que iba a replicar prosiguió rápido—. Nada de protestas, si tengo que protegerte tienes que estar donde pueda verte y te aseguro que no pienso hacer guardia frente a este maldito carro todas las noches durante los próximos dos meses

por si alguien decide secuestrarte o cortarte tu hermoso cuello, así que dormirás en mi tienda y no se hable más. —Su mirada le decía que era mejor dejarlo así, pero cuándo ella había abandonado una contienda sin pelear, así que cuadró los hombros, lo cual hizo que sus pechos se apretasen contra el torso masculino. Vio como a él le rechinaban los dientes y dirigía la mirada hacía allí y después volvía a mirarla a ella mientras empujaba su sexo hinchado todavía más contra ella. Reskan gimió y cerró los ojos, echando la cabeza hacia atrás. Ella jadeó, mordiéndose el labio inferior y se estremeció de la cabeza a los pies.

—Infiernos, entre esos dos saltan chispas —susurró Eclipse a su amigo.

—Voy a cortarle la estaca al muy hijo de puta. —Prometió Dacross, furioso como un toro.

—¿Antes o después de que se la clave a tu sobrina? —Si las miradas matasen, el pobre Eclipse estaría espatarrado en el suelo, víctima de alguna muerte violenta—. Vamos, viejo amigo, ya sé que duele verla así, pero seguramente no creerás que es la primera vez que está en esta posición, ¿verdad? Bueno, a lo mejor en esta sí, pero en otra igual de placentera… —En esa ocasión sí que le dio un buen puñetazo en el estómago. Aunque era un hombre inmenso el príncipe sabía pegar, por lo que se dobló en dos y acusó el golpe con un gemido.

—¿Tu mente calenturienta intenta decirme que estos dos ya han…? —Miró a su inocente sobrina y se vio incapaz de terminar la frase.

—¿Copulado, follado, hecho el amor, revuelto las sábanas, se han acostado? —Terminó Eclipse por él, de manera bastante ordinaria. Cross fue por él de nuevo, pero el hombre negro se cuadró, listo para devolvérselo—. ¿Acaso te estás perdiendo algo, viejo? ¿No ves que no es un muchacho tanteando a una moza? Ese hombre conoce el cuerpo de Kana centímetro a centímetro y ella ronronea como si supiese la melodía y se supone que no la ha escuchado nunca. ¿No es así?

Dacross se detuvo en seco, desviando la mirada hacia la pareja. Sabía que lo que decía era cierto. Era un hombre experimentado en el sexo y podía ver que su sobrina deseaba al príncipe con ansia y que en efecto parecían entenderse muy bien a pesar de que se suponía que ella lo odiaba con todas sus fuerzas, pero le costaba horrores encajar la imagen de los dos abrazándose y tocándose impúdicamente con la de su inocente e idolatrada niña. Y al bastardo habría que castrarlo, de igual modo. Un rugido sordo empezó a formarse en su garganta cuando observó cómo las manos del hombre subían hasta los pechos femeninos, cubriéndolos y apretándolos con descaro. Kana jadeó buscando aire y dejó caer la cabeza contra el hombro de Reskan, incapaz de soportar la intensidad de sus emociones.

—Mírame. —Ordenó él en cambio.

—Por favor…

—Quiero ver esos ojos violeta llenarse de pasión mientras te acaricio, quiero saber por tu mirada cuánto te gusta lo que te hago, ya que no me lo dices con palabras —dijo con voz ronca y sensual.

Hizo lo que le pedía y lo miró y en efecto sus ojos reflejaban todo el deseo y el anhelo que sentía en aquel momento. Aquello casi le hizo perder el control y tumbarla en el suelo allí mismo. Hacía demasiado tiempo desde aquella noche en que la hizo suya por primera vez y la quería debajo de él con una necesidad que rayaba en la desesperación. Se acercó despacio, sin dejar de mirarla y saboreó esa boca dulce y caliente, siempre incitante. Ella abrió los labios, en clara invitación y se abalanzó sobre ella, listo para el siguiente nivel, temeroso de que se arrepintiese porque él no podría parar ni aunque un buey lo embistiese en aquel momento.

Sintió que Kana se rebullía entre sus brazos y se quedó paralizado, pensando que ella no quería continuar. Intentó obligar a su mente a que dejase de sentir ese dolor cegador, así como a

otra parte de su anatomía, que parecía no querer seguir ese tipo de instrucciones. Pero levantó la cabeza de golpe para buscar su mirada en cuanto sintió la pequeña mano de ella justo en *esa* parte de su cuerpo, apretándola con incertidumbre, pero con fuerza por encima de sus pantalones de ante. Los femeninos ojos mostraban una buena dosis de asombro, duda y también deleite, como si… disfrutase de lo que estaba haciendo.

Reskan pensó que era muy probable que terminase haciendo el papel de su vida y se derramase en unos segundos en la mano de la muchacha y con los pantalones puestos si ella seguía apretando y aflojando su verga dura e hinchada, pero por nada en el mundo iba a apartarla de allí en ese momento de valentía suprema por su parte. Cuándo se daría otra oportunidad como aquella. Haliana era toda una guerrera, pero en cuestiones de sexo era tímida como la esposa de un vicario. Y no era que eso no le gustase, lo atraía mucho su inocencia y sus continuos sonrojos, pero había que aprovechar al máximo sus momentazos de "desvergonzada", como el de esa ocasión.

Soltó un gemido largo y gutural de puro placer, definitivamente le quedaba un suspiro para llegar al orgasmo, podía ser que a ella le faltaran "tablas" en lo referente a la masturbación masculina, teniendo en cuenta además la presencia de las ropas, pero había que reconocer que tenía mucho entusiasmo y, «oh Dios», apretó los dientes con fuerza, verdaderamente iba a correrse de pie, con toda la ropa puesta, en un campamento lleno de gente, apretando los maravillosos senos de una mujer cautivante y bajo la inexperta aunque subyugante mano de esta. Desde luego sus expectativas estaban bajando mucho. O eso o esa mujer era demasiado especial para él, lo cual le gustaba todavía menos que la primera opción.

Cuando los primeros espasmos del clímax lo arrollaron la miró a los ojos y pudo ver que ella sabía. Le obsequió una sonrisa blanda y no dejó de masajearlo hasta que los temblores remitieron. Entonces y todavía mirándose, ella lo cogió de la nuca y acercándolo a ella lo besó de manera dura y posesiva, como sabía que él necesitaba en aquel momento.

Un segundo después estaba despatarrado en el suelo tragando tierra. Cuando el polvo se disipó lo suficiente para ver algo maldijo en voz alta, pero no se levantó.

—El buey —murmuró. Buscó a Kana y encontró al hombre de color a su lado, apoyado en el carro y con los brazos cruzados, con una expresión sombría en la mirada. La muchacha estaba pálida y por una vez se mostraba dócil. Reskan supuso que verse pillada en una situación de índole sexual además de humillante, le era del todo desconocida. Dirigió toda su atención a su tío, el cual lo miraba furibundo, con la piernas abiertas, las manos en las caderas y supuso que una promesa de castración en sus amenazantes ojos.

—Levántate, maldito violador, para que pueda cortarte en rebanadas esa manguera tuya. —Res echó un rápido vistazo a la parte delantera de sus pantalones y dejo escapar una mueca al observar la delatora mancha, pero no se sintió avergonzado, lo que acababa de compartir con su mujer había sido magnífico. Bueno, sí que estaba abochornado, pero era porque él no le había deparado placer alguno a ella, aunque la culpa fuera de esos dos, que los habían interrumpido en mitad de su interludio amoroso.

—Dacross…

—Nada de Dacross… Has deshonrado a mi sobrina, grandísimo bastardo y te juro que vas a pagar por ello esta noche.

—Bueno, es cierto que nos hemos saltado algunas normas de decoro, pero como tú mismo has podido ver no ha pasado nada irreparable.

—¿Estás diciéndome que no la has poseído… nunca? —Un silencio ominoso se apoderó de aquel rincón del campamento, roto solo por el crepitar del fuego de la hoguera. Reskan no

necesitó mirar a Kana para saber que a su vez ella lo observaba con ojos suplicantes, pidiéndole que mintiera.

—No. —Escuchó su suspiro y supo que la había decepcionado, pero esperó poder arreglar eso en su momento.

—¿Y vas a decirme que ella no era virgen cuando fuiste a su lecho?

—Por supuesto que lo era —dijo mientras se levantaba, indignado porque su tío pudiese pensar que la muchacha fuese saltando de cama en cama. Ni siquiera se le ocurrió que él mismo le había endosado al menos un par de amantes antes de aquella primera noche. No bien hubo terminado de hablar y de incorporarse, cuando volvió a encontrarse tirado en el suelo de un fuerte puñetazo en el estómago. Levantó una iracunda mirada hacia el otro hombre.

—Vuelve a golpearme y lo lamentarás. —Prometió con tono acerado.

—Voy a hacer mucho más que malograrte un poco. Voy a sacarte el corazón por la boca y después se lo daré de comer a los lobos.

—Qué melodramático —contestó mientras se ponía de pie de nuevo, aunque en esa ocasión se cuidó mucho de quedar al alcance del otro.

—Cabrón… —Dacross se abalanzó sobre su oponente, pero Reskan lo estaba esperando. El restallido llegó un segundo antes que el mismo látigo, el cual cayó entre los dos hombres, levantando piedras y polvo a su paso. Ambos dirigieron su pasmada mirada hacia la mano que sostenía el arma y de allí al resto de su persona.

A Kana le había llevado un buen rato salir del estado de conmoción en el que se encontraba, después de ser besada y acariciada por aquel hombre tan devastadoramente atractivo que siempre le robaba el sentido. Decir que ser pillada por su tío y Eclipse en aquellas intimidades la había sumido en un estado casi catatónico era ser en extremo sutil, pero comprobar que aquellos dos neandertales iban a matarse por su virtud perdida espabilaba a cualquiera, así que le quitó a Eclipse el látigo —artilugio que este había empezado a llevar desde que se lo vio usar a Reskan la noche en que liberaron a Ivener—, y había hecho lo que había podido, teniendo en cuenta que no tenía idea de utilizarlo, pero ya que se habían quedado patidifusos por la sorpresa parecía que había funcionado.

—Ya basta, trogloditas.

—Haliana, no te metas en esto. Yo lo solucionaré. —Prometió su tío.

—Tú no harás nada. Es de mi virginidad de la que estamos hablando y yo se la regalé de buen grado, así que el asunto está resuelto.

—Bueno, Kana querida, si no recuerdo mal, aquella noche tú estabas un poco bastante bebida… —Anunció Reskan en un tono demasiado neutral, ya que lo que estaba soltando en realidad era como una enorme bola de cañón disparada a bocajarro.

—¡Aghrrr! —Dacross golpeó a Reskan en el estómago con la cabeza como un toro embravecido, cayendo los dos al suelo—. ¿Le hiciste el amor estando borracha? ¡Eso es violación! ¿Y en su primera vez? Voy a matarte por esto, Cetriar. —Un puño de hierro se estrelló contra la mandíbula del otro. Res consiguió ponerse encima de su oponente y conectar un derechazo contra uno de sus furiosos ojos, el cual empezó a cerrarse casi de inmediato.

El látigo resonó de nuevo sobre sus cabezas cayendo en el suelo al lado de ellos, de hecho rozó peligrosamente la oreja izquierda de su tío. Ambos, guiados como por un resorte, se levantaron para enfrentarla.

—Demonios, muchacha, ¿qué te crees que estás haciendo? —preguntó Cross con los puños apretados y dirigiéndose furioso hacia ella. La mujer levantó la mano que sostenía el látigo y él se detuvo de golpe. Miró a su amigo, que permanecía apoyado en el carro, como si no estuviese

ocurriendo nada fuera de lo normal—. ¡Eclipse!

—Esto no me gusta más que a ti, compañero, y nada me apetecería más que romperle un par de huesos a este descarado, pero la niña tiene razón, es su cuerpo y esta noche lo que yo he visto es que ella se lo ha ofrecido con mucho gusto. —Kana sintió que se ponía como la grana, no obstante supuso que se lo merecía por exponerse a que la viesen—. Lo que sí necesito es una aclaración para la noche de la desfloración —añadió en un tono mucho más amenazador.

En pocas palabras, le estaban preguntado si Reskan la había obligado a compartir su lecho aprovechando que esa noche estaba ebria.

Lo miró a Reskan para comprobar que la estaba observando con fijeza y supo lo que estaba pensando. Ella podía sacar partido de las circunstancias para vengarse de él, al aducir que estaba como una cuba en aquella ocasión y que por lo tanto la forzó. En realidad había bebido mucho y se había sentido extraña y mareada, pero para ser sincera, y a ella le gustaba serlo en extremo, la verdad era que siguiendo su naturaleza exploradora y ante la extensa e innegable experiencia del príncipe, además de la generosidad con que repartía placer, ella había querido participar desde el principio en aquel torbellino de emociones nuevas y de sensaciones excitantes.

De todos modos se quedó callada, paladeando durante unos segundos las posibles repercusiones de su desquite. Violación era una palabra importante. Su tío y Eclipse lo harían pedazos en cuanto lo admitiera, lo que la llevó a preguntarse qué le había motivado a sacar a relucir aquella verdad a medias. Era casi como si quisiera que lo obligaran a… Sacudió la cabeza. No, era del todo imposible. ¿Verdad?

Reskan fue consciente del instante exacto en el que la joven comprendió por dónde iban los tiros. Un momento antes sus ojos se entrecerraban con malevolencia mientras lo miraban con intensidad y una sonrisita maligna tiraba de sus hermosos labios, con toda seguridad disfrutando con la posibilidad de admitir que había abusado de ella y un instante después esos mismos ojos se abrían de par en par reflejando incredulidad y su boca caía floja, casi hasta la barbilla. Bajó la mirada al suelo para que no advirtiese la risa que reflejaba, siempre supo que era una muchacha lista. Aún quedaba la peor parte, convencerla de que era la mejor solución, cosa que ella no creería ni por un instante.

—¿Y bien? —preguntó Dacross—. No tengas miedo, preciosa. Puedes contarme cualquier cosa. —musitó con dulzura. La muchacha lo miró como si le hubieran salido tres cabezas y después bufó de manera muy poco digna.

—No seas idiota, Cross. Por supuesto que no me obligó. —A pesar de que habría sido mejor para sus planes que hubiese dicho lo contrario, los ojos de Reskan mostraron un brillo de respeto y claro, también de jactancia.

—¿Así que te ofreciste a él por propia voluntad? —Había tanta sorpresa en la voz de su tío que ella supo que lo había decepcionado.

—Bueno, tampoco me… me ofrecí. Solo… sucedió —dijo entre dientes mirando encolerizada a Reskan. Ya que él había empezado aquel fiasco bien podía echar una manita para solucionarlo. ¡Al fin y al cabo ella no lo había echado a los leones!

—Kana tiene razón, a quien ella se brindó en realidad fue a otro —dijo como al descuido. Los otros dos hombres se giraron en redondo hacia él mientras ella rompía a toser, amenazando con ahogarse. Res se estudiaba las uñas con cuidada indiferencia, como si no se diera cuenta del tremendo alboroto que estaba causando. Cuando la joven pudo respirar con normalidad, utilizó un pañuelo para secarse las lágrimas, en parte también de rabia e impotencia.

—Vamos Reskan, qué bromista. Pero creo que a mi familia no le está haciendo la misma gracia que a mí.

—Ya lo creo que no, querida. —Kana soltó un lastimero gemido a la vez que se volvía hacia donde provenía la grave voz que había hablado. Sus abuelos estaban detrás de ellos cuatro con cara de pocos amigos. En realidad, su carro estaba dos más a la derecha que el de ella, así que no era de extrañar que al final se hubiesen despertado con tanto alboroto como estaban organizando.

—Abuelo… —El aludido alzó una mano para hacerla callar y fijó su mirada en el causante de todos sus males—. Este canalla es un embustero. No sé qué pretende pero…

—¿Así que no es cierto que el barón Astin de Adler te estaba chupando los pechos en tu jardín un rato antes de que yo te desflorase, mi señora? —El jadeo entrecortado de su abuela le partió el alma. No se permitió mirarla, en cambio enfrentó a Reskan, tenía sus ojos tan llenos de dolor que él se sintió el peor de los canallas por aquella traición.

—¿Por qué? —le preguntó en un susurro quebrado. No contestó, en ese momento no pudo explicarle que era necesario causarle aquella herida para conseguir lo que precisaba, ni halló la voz para decirle cuánto lo sentía.

—Kana. —En la voz de Lalla era palpable su angustia—. Te has entregado a este hombre… —Una lágrima solitaria escapó de los ojos de la joven. Su abuela, siempre tan generosa, no iba a hacer mención a su carácter casquivano, tan solo importaba el mal mayor, la pérdida de su virginidad.

—Es verdad, pero…

—Nada de peros, sabes lo que hay que hacer —dijo su tío.

—Seguramente no estás queriendo decir…

—Se casará contigo. —Sentenció Sabon.

—¡No! —Por primera vez desde que la conociera, Reskan la vio retroceder, pálida y horrorizada. Su actitud no lo sorprendió, ya sabía que aquello sería harto difícil, pero él tenía preparada su artillería para la ocasión.

—No cabe otra solución. —Presionó Dacross—. Ni aceptaremos ninguna que no sea esa —dijo en tono duro como la piedra.

—No os corresponde a vosotros tomar esa decisión, sino a mí y no dejaré que me forcéis —les advirtió.

—Ese parece ser el problema, querida. —Contraatacó su abuelo, en un tono bajo y suave—. Que al parecer fuiste muy gustosa a la cama de este hombre y después de deleitarte en los placeres que esta conlleva te niegas a pagar el precio. —En el silencio que las horribles palabras del rey produjeron, se pudo escuchar con claridad la risa entre dientes de Reskan. Kana lo fulminó con la mirada y se preguntó por qué demonios aún no había gritado a los cuatro vientos que no pensaba casarse con ella.

—¿Y quién dice que disfruté? —preguntó mientras miraba al príncipe con beligerancia.

—Bueno, vuestra muy memorable actuación de hace unos minutos da a entender que a los dos os gusta mucho eso de toquetearos. Sin ánimo de ofender. —En verdad a la muchacha le habría gustado gritar de rabia y frustración al ver salir de entre las sombras de dos carros al padre y a la hermana de Reskan, muy sonrientes ambos.

—¿Hay alguien más que quiera unirse a la fiesta? —cuestionó en tono irónico.

—Por fortuna solo la familia ha sido testigo de este lamentable suceso —aclaró Llana—. Ahora analizamos cómo solventarlo.

—No estamos discutiendo nada. Nuestra nieta sabe lo que tiene que hacer por honor y dignidad y es lo que se hará, y rápido. Es posible que haya consecuencias imprevistas. —La mirada de Sabon se dirigió hacia el vientre plano de la muchacha y todos la observaron con sumo interés, esperando su respuesta, incluido Reskan, puesto que esa duda le corroía las entrañas

desde hacía tiempo.

—No estoy embarazada —anunció entre dientes. El príncipe se sorprendió de la aplastante decepción que sintió con esas pocas palabras, pero se obligó a permanecer impasible.

—Es un alivio, por supuesto. —Terció la reina, suspirando—. Pero el daño ya está hecho, querida, y es irreparable, a no ser que os caséis.

—Y un cuerno. —Insistió ella, con terquedad—. Nadie más lo sabe, aparte de nosotros y como de ese error no habrá frutos no veo razón alguna para tener que hacer algo tan drástico como un matrimonio. —Reskan se removió ante la mención de la palabra error para describir aquella noche que compartieron juntos, pero se mordió el labio inferior por dentro para mantenerse callado. Aún no había llegado su turno.

—No puedo imaginar que seas tan obtusa como finges, sobrina. Eres la princesa heredera del trono de Traguian y vas hacia allí para ocupar tu lugar. ¿Cuánto tiempo crees que tardará el Consejo en presionarte para que te cases?

—¿Por qué habría de hacer eso? —preguntó con cierta incertidumbre.

—Porque eres una mujer. La legítima heredera, sí y cuando te conozcan reconocerán que eres la persona perfecta para gobernar, pero siempre querrán a un hombre a tu lado. El mundo es así —le dijo apenado pues conocía a la perfección la opinión de la joven.

—Nadie me va a obligar a casarme, ni vosotros ni el Consejo.

—No solo será el Consejo, será el pueblo entero. Una mujer sola, sobre todo con tu juventud, no gozará de la lealtad del reino sin un rey. Podrían intentar asesinarte para ocupar el trono, o incluso sublevarse en masa.

—Entonces daremos la vuelta ahora mismo y que se cuiden solos. Si no les basta con que ponga mi vida en peligro por ellos, que también pretenden exigirme que me ate para siempre a un hombre solo porque no son capaces de aceptar que una mujer pueda dirigir un país, no merecen que intente salvarles.

—Y yo nunca imaginé que una nieta mía fuese capaz de desentenderse de sus responsabilidades y olvidase su honor sin pestañear por no sacrificar una parte ínfima de su vida. —Aquellas duras palabras le dolieron en lo más profundo del pecho.

—¿Ínfima? ¿Llamas a poner el resto de mi existencia bajo el yugo de un hombre una parte ínfima?

—No seas melodramática, no te pega. Todo el mundo se casa, la mayoría por obligación. Tú no eres una pusilánime que vaya a tolerar que un hombre la domine.

—¿Y deberé vivir eternamente un guerra con mi marido para no permitirle que me pise?

—Nadie vive eternamente —contestó, intentando aligerar el ambiente. Debería haber sabido que no era un buen momento para bromas. A la joven le faltaba poco para echar humo.

—Para ti es fácil, la abuela y tú os queréis.

—¿Y crees que siempre fue así? Permíteme decirte que nuestra boda fue acordada cuando Llana tenía diez años por cuestiones tan mundanas como dinero y poder y que en los años que siguieron hasta que al fin nos casamos ambos nos enamoramos de otras personas. Cuando se celebró la ceremonia nos odiábamos porque cada uno significaba un obstáculo insalvable para la persona amada del otro.

—Y aun así ahora os amáis. —En la voz de Kana se reflejaba una sorpresa absoluta.

—Con toda el alma. Lo cual solo demuestra que el amor puede florecer en cualquier relación, sin importar cómo comenzó. Así que deja de patalear y acepta qué es lo que va a ocurrir, niña.

—¡No podéis pretender que me case con él! —Se volvió hacia *él*, señalándolo—. ¡Es el asesino de mi madre!

—Aunque por supuesto aceptamos tu palabra de lo que viste, todos nosotros dudamos que el joven Cetriar sea el responsable de esa atrocidad. —Reskan levantó la vista sorprendido. Era la primera noticia que tenía de que la familia de ella lo considerase inocente y nunca había comprendido cuán grande era el peso que aquella afirmación le quitaba de encima—. De otro modo nunca le permitiríamos tenerte. Aunque si al final se confirmase que masacró a nuestra querida Atriana serías una viuda muy joven y eso solucionaría tus problemas —aclaró mirando a su futuro nieto político a los ojos, el cual asintió de forma imperceptible con la cabeza.

—Pues yo estoy del todo segura de que la mató y con eso se acaba la cuestión. Prefiero casarme con un criador de cerdos.

—No parecías tenerle tanta aversión cuando le entregaste tu virginidad, ni tampoco hace un ratito reclinada en esa carreta. —Le recordó con voz suave Helailla. Kana se dio la vuelta de repente, buscando a la persona que más detestaba en el mundo y clavó en él sus ojos llenos de amargo veneno.

—¿Y tú por qué no dices nada, maldito? No puedo creer que quieras casarte conmigo. —Reskan se separó del carro en el que había estado apoyado de manera descuidada y se enfrentó a su mirada con la suya propia, firme, decidida, implacable. Ya era hora de disparar su munición, dado que parecía que los demás no estaban teniendo éxito.

—Pues a decir verdad, sí. —La mujer en verdad se quedó anonadada ante tal afirmación. Le costó un buen rato de mirarlo con la boca abierta hasta que pudo recuperarse lo suficiente para graznar una pregunta bastante lógica, por cierto.

—¿Por qué?

—Por supuesto están las cuestiones obvias como que debo asentarme y tener hijos. Al fin y al cabo también yo soy el heredero al trono de mi propio reino...

—Para eso te valdría cualquier mujer. Te he preguntado por qué quieres casarte *conmigo*.

—Bueno, siento ser otro de los que te recuerde esta noche que ya no eres pura como la nieve y como da la casualidad de que en cierta parte soy el culpable de esa nueva situación en la que te encuentras... —Kana avanzó hacia él, la mano derecha convertida en un puño, que levantó en alto y llevó hacia atrás cuando llegó hasta él. Reskan paró el golpe sin dificultad. Lo había visto venir, tan solo había que haberse fijado en los ojos de la mujer mientras se acercaba. Le retorció el brazo en la espalda sin causarle daño, acercándola a él y pegando sus pechos a su torso. Por supuesto intentó zafarse del abrazo, pero no pudo—. Aunque agradezco el voto de confianza de tu familia, no creo que los habitantes de Traguian hayan dudado ni una sola vez durante estos diez años de tu versión de la historia, con lo que me pregunto cómo vamos a conseguir que no solo me dejen entrar por la puerta principal a mí, sino a mi familia y a la centena de soldados armados hasta los dientes que nos acompañan. —La muchacha dejó de forcejear al instante.

—¿Y vas a casarte conmigo para poder presentarte en Traguian como mi esposo? —Le preguntó incrédula—. ¿Crees que esa excusa será tu salvoconducto? ¿O que te salvará el pellejo?

—Ambas cosas. Si la ansiada heredera, única testigo del incidente, desmiente la interpretación inicial, ofreciendo otra versión de los hechos, y además se presenta casada con el hombre al que había acusado injustamente, todos creerán que es cierto.

—Lo que creerán es que me has obligado de algún modo a representar esta charada.

—Kana querida, nadie que te haya conocido podrá pensar que a ti se te puede coaccionar para hacer algo que no quieres.

—Lo estáis haciendo ahora. Todos vosotros —dijo con una sonrisa forzada.

—Si no estuvieses tan ofuscada porque sientes que te estamos presionando sabrías apreciar que esta es la mejor solución para todos los problemas. De este modo no solo podré entrar en el

reino y moverme con total libertad, además nadie allí te presionará para buscar marido, ni atentará contra tu vida para hacerse con el poder. Aparte de tu padre, claro. Y solventaremos también ese irritante problemilla de tu falta de... pureza. —La mirada femenina podría haberlo convertido en piedra. Bueno, cierta parte ya estaba dura otra vez desde que había sentido sus senos aplastándose contra su pecho. Suspiró, la verdad es que si no se casaba con ella pronto corría el riesgo de agarrotarse para siempre.

—En realidad lo que quieres por encima de todo es encontrar a Riork y vengarte por la muerte de tu madre, ¿no es así? Ningún precio es demasiado alto para conseguir ese propósito, incluso encadenarte a mi durante el resto de tu vida.

—Ese es otro de tus muchos alicientes, por cierto —dijo mientras bajaba la vista hacia sus pechos, disfrutando del rubor que se extendió hacia esa zona.

—Me temo que tendrás que ponerte a la fila para eso cachorro, somos demasiados los que queremos hincarle el diente a ese bastardo y no tiene bastante chicha para todos —advirtió Sabon. Dacross, Eclipse y Eidrian asentían. Todos querían vengarse y cuando pillaran a ese malnacido era bastante probable que hubiese una disputa familiar para ver quién lo convertiría en despojos.

—Bien, ahora que está todo decidido será mejor que nos retiremos a pasar la noche. Se ha hecho tarde y mañana será un día muy ajetreado. Al fin y al cabo, habrá una boda. —Tras las palabas de la reina todos se las compusieron para desaparecer con rapidez de escena, dejando sola a la pareja.

—¿Una boda? ¿Mañana? ¡Pero si no he aceptado! —Reskan la soltó con lentitud y ella se tambaleó un poco.

—No seas boba, sabes que es la única vía posible, dadas las circunstancias. No lo prolongues más.

—Te equivocas, estúpido, *tengo alternativas*, puedo buscar marido en Traguian. —Su voz sonaba defensiva, casi presa del pánico, pero el hombre no podía ceder terreno en ese momento porque lo que estaba en juego era demasiado importante.

—¿Quieres o no mi ayuda y la de mis hombres en esta empresa? —Se mantuvo callada unos segundos, mostrando esa vena terca que tanto admiraba él… en determinadas ocasiones. Después suspiró, abatida.

—Sabes que sí.

—Entonces encuentra una forma de hacerme entrar en tu casa cuando todos me hacen el asesino de tu madre. —Levantó una mano para hacerla callar—. Y ahórrame tu ferviente exposición de que en efecto lo soy.

—Podríamos recurrir a la misma historia que pretendes utilizar, pero sin la parte del matrimonio. —Intentó a la desesperada.

—¿Y piensas que cambiando el cuento a estas alturas se lo tragarán? A mí me parece que intentarán rebanarme el pescuezo a la primera oportunidad, como justa venganza por la muerte de su reina. La boda les demostrará que tú, hija amantísima de Atriana, crees en mi inocencia o no te arriesgarías a llevar en tu seno a los hijos de su asesino. —Kana jadeó, tan cerca había estado de ocurrir justo eso—. Ahora decide, me voy o me quedo, pero si me quedo será como tu marido.

En el fondo sabía que había perdido hacía rato, eran demasiados contra ella y sus argumentos todos válidos. Había decidido salvar Traguian de Riork y haría lo que fuese necesario para conseguirlo, aunque aquello significara aliarse de forma temporal con Reskan y ciertamente no le permitirían quedarse cuando se supiese quién era.

—¿Quieres mi mano? Que así sea, pero será lo único que obtendrás de mí. —Le prometió con una mirada dura.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, suspicaz.

—Que nos casaremos mañana para conseguir lo que cada uno necesita, pero ni compartiremos cama ni haremos el amor.

—¡Y una mierda! Serás mi mujer en todos los sentidos y te poseeré siempre que lo desee. ¡Entre otras cosas porque tú también lo querrás!

—Eres un fanfarrón. —Se burló sin piedad—. Pero si pretendes que haya boda será solo de nombre.

—¿Y qué se supone que saco yo de todo esto? Aparte de que una u otra facción me liquide, quiero decir —masculló entre dientes.

—Bueno, serás el heredero al trono de dos grandes reinos y podrás dedicarte a tu venganza contra Riork. ¿Tenemos o no un trato? —Reskan la miró con fiereza durante un largo minuto, sin decir nada. Kana sentía un fuerte nudo en las entrañas y se preguntó si no había cometido un error garrafal con esa última exigencia, pero ya estaba hecho y no debía retractarse. Además no podía permitir que el hombre que mató a sangre fría a su madre volviera a ponerle las manos encima.

—Lo tenemos. Pero te equivocas en una cosa, ninguno va a obtener lo que desea de este matrimonio y lo vas a descubrir muy pronto.

CAPÍTULO 18

El maldito viaje había resultado una verdadera pesadilla. Debido a las continuas paradas que toda aquella gente necesitaba hacer para una u otra cosa, habían tardado dos meses y medio en llegar a las tierras de Traguian y en el momento en que al fin habían acampado para pasar la noche y así poder enfrentarse con las luces del día a los habitantes del reino, soltó un suspiro tan fuerte que podría haber derribado un árbol.

¡Qué malditos meses habían sido! Recordaba con toda claridad, como si hubiese sido esa mañana, el día de su boda con Kana. Podía verla acercarse muy despacio a él por un pasillo que los niños habían hecho con flores silvestres, tan hermosa con aquel vestido de terciopelo blanco y pequeños bordados morados, que resaltaban sus enormes ojos. En sus manos llevaba un ramo de flores, como unas campanillas grandes y violetas, muy bonitas. Cuando llegó hasta él lo miró con ojos inexpresivos, carentes de cualquier emoción y aquello fue peor que si hubiese estado enfadada. Sin embargo, apenas se acordaba de las palabras del sacerdote, que por fortuna habían conseguido encontrar en uno de los pueblos por los que pasaron, porque no paraba de echarle miradas de reojo a la maldita estatua que contestaba con monosílabos a las preguntas de rigor. Quiso zarandearla hasta que reaccionase, pero no se atrevió, no fuese que la reacción fuese echar a correr en sentido contrario y cuando todo estuvo dicho y la boda fue un hecho, se permitió un leve suspiro y se giró hacia ella al escuchar el "puedes besar a la novia". Leyó el rechazo en sus ojos y cogiéndola de la cintura le susurró al oído: «En nuestro dormitorio tendremos una guerra si la quieres, pero de puertas para fuera no me faltarás el respeto, mujer». Y acto seguido la besó con toda la pasión que sentía, que era mucha. Cuando la soltó, un ratito después, los dos sabían que ambos habían disfrutado de aquel beso, ya que la lengua de ella en varias ocasiones se había encontrado en la boca de él, pero Reskan no sonrió con suficiencia como ella esperaba que haría, tan solo siguió mirándola con ojos llenos de descarnada pasión mientras la multitud insistía en reclamar su atención, cosa que no conseguían. Al fin, él rompió el contacto visual y sonrió, aceptando las felicitaciones de los familiares.

Desde entonces eran pocas las veces que se habían hablado o visto a solas, la hermosa, terca e inalcanzable Kana, había cumplido su promesa de no permitirle tocarle ni un pelo de la cabeza y aunque dormían en la misma tienda, ella disfrutaba de la confortable cama portátil que él utilizaba para desplazamientos largos, y Reskan dormía en un saco en el suelo. ¡Durante dos jodidos meses y medio! Dudaba que su espalda fuese la misma alguna vez. O cualquier zona de su cuerpo, ya puestos. Estar en la misma habitación con esa mujer en camisón era una prueba insuperable para cualquier hombre con cierto apéndice aún vivo. No recordaba que esa parte le hubiese dolido tanto ni en la adolescencia, cuando babeaba por cualquier hembra entre los trece y los cincuenta y cinco años. ¡Si la tenía tan dura que podría ganarse la vida abriendo nueces con ella y vendiéndolas luego al peso!

Sabía que no podía dejarla salirse con la suya mucho más tiempo o se apalancaría en esa situación y sería mucho más difícil avanzar, pero decidió esperar a acomodarse en el castillo para sitiar a su mujer. Sonrió, "su esposa", quién lo iba a decir. Unos meses antes se horrorizaba ante la idea de tener a cualquier mujer y en especial a esta, pero ahora paladeaba la expresión y tenía un sentimiento de posesividad muy impropio en él.

A lo lejos oyó el sonido inconfundible de que la cena estaba lista y entre maldiciones y

gemidos lastimeros consiguió a duras penas levantarse del suelo y emprender la caminata de cinco minutos hasta el claro donde habían acampado. Sí, definitivamente esa zorrita vengativa iba a entender que a un marido no se le mataba de inanición o también la mujer pasaba hambre. Mucha hambre.

Kana necesitaba algo y no sabía qué era, pero era algo que la hacía dar vueltas y vueltas en la cama por las noches y sentir cierta insatisfacción con su vida en general.

Era algo ridículo, claro, ya que por fin estaban en las puertas de Traguian y los acontecimientos que estaban a punto de desarrollarse a su alrededor iban a ser tantos y tan dramáticos que bastarían para durarle toda una vida, si conseguía no perderla, pensó con una mueca. De todos modos algo no ajustaba en el rompecabezas en que se había convertido su mundo. Por supuesto tenía muy claro que lo que desencajaba era su maldito y no deseado marido, pero como de momento no podía deshacerse de él, tampoco sabía cómo manejarlo, al menos mientras tuviesen que compartir habitación, cosa que pensaba solucionar en cuanto llegasen al castillo, porque verse obligada a contemplar a cada momento todos esos músculos resaltando su pecho, brazos y espalda... Incluso esas largas y perfectamente bien esculpidas piernas cuando él se mostraba con esas minúsculas toallas alrededor de la cintura... En verdad era un tanto exhibicionista. Y a ella le tentaba tanto lo que veía... Le apetecía demasiado estirar la mano y tocar todo cuanto estuviese a su alcance y como había sido ella la que había prohibido expresamente el sexo entre los dos, ahora se veía obligada a respirar hondo y apretarse con fuerza las manos para evitar la provocación, pero era como si estuviese hambrienta y con el paso de las interminables semanas de viaje esa sensación había ido incrementándose hasta hacerse casi insoportable.

La entrada de la tienda se abrió y Kana vio a Reskan allí quieto, observándola. Después de unos largos instantes entró y sin ceremonias comenzó a desvestirse, como cada noche. Ella se apresuró a quitarse la bata y a meterse en la cama para no ver lo que él hacía, así que casi pegó un salto hasta el techo cuando sintió que se metía en el lado libre. Se giró hacia él y durante unos segundos no pudo articular palabra alguna puesto que todos sus sentidos estaban volcados en el espectacular cuerpo desnudo de su marido, expuesto sin ningún pudor para que sus traicioneros ojos se lo comieran vivo. Cuando pudo volver a meter los ojos en sus cuencas y encontrar las fuerzas para que estos se dirigiesen a la cara de aquel bastardo, intentó recomponer su desfragmentado cerebro.

—¿Qué estás haciendo en mi cama? —graznó más que preguntó.

—A decir verdad la cama es mía y he decidido que ya es hora de reclamarla. Me duelen todos y cada uno de los músculos del cuerpo y como acabas de apreciar, tengo muchos. —La mirada iracunda que le dedicó ella presagiaba una discusión seria, así que movió los brazos en gesto conciliador y se tapó con las mantas hasta la cintura—. Kana, querida, si no fueses tan egoísta verías que llevo durmiendo en el suelo desde hace dos meses y medio y que eso es pedirle demasiado a cualquier hombre.

—Supongo que es cierto, pero mañana llegaremos al castillo y podrás pasar la noche en una cama cómoda. Imagino que podrás esperar una noche más de incomodidad. —Sentenció con terquedad.

—Pues la verdad es que no —anunció él igual de tajante—. He llegado a mi límite. Si no descanso en condiciones hoy, seré incapaz de montarme en un caballo por la mañana y te recuerdo la importancia del día que nos espera. —Ella se dispuso a seguir peleando por la exclusividad de la cama, por lo que se apresuró a apagar la vela de la mesilla y a acomodarse en

el lecho, teniendo buen cuidado de no tocarla—.Y no se hable más. Estoy molido.

La mujer estaba furiosa, pero imaginaba cómo se encontraría si hubiese tenido que pasar meses a lomos de un caballo y luego todas las noches durmiendo en el suelo. En fin, sería una sola noche así que podría soportarlo. Cerró los ojos y rogó poder dormir algo con ese cuerpo grande y calentito a su lado. Como pasaban los minutos y no escuchaba nada más que la respiración pausada de él, razonó que se habría dormido en cuanto apoyó la cabeza en la almohada y pensó que estaba muy a gusto sabiendo que si estiraba el brazo lo encontraría allí, cosa que no iba a hacer, claro. Relajó su rígido cuerpo y se dispuso a descansar también.

Cinco minutos más tarde Reskan se acercó a ella, que estaba de espaldas a él y puso su mano en la cadera femenina, acariciándola. Kana se mantuvo inmóvil y el hombre pudo sentir cómo su cuerpo se tensaba igual que la cuerda de un arco, rechazándolo.

Aguardó unos segundos, esperando que cambiase de opinión, pero cuando vio que no sucedía, se separó de ella y regresó a su lado de la cama. La joven volvió a respirar, sabiendo que no la molestaría más. Por primera vez desde que se casaran él había hecho el sutil intento de reclamar sus derechos conyugales, pero el rotundo rechazo habría lastimado su orgullo masculino. Dudaba que a Reskan Cetriar se le hubiera negado alguna vez una mujer. Que fuera la propia esposa sería como frotar sal en la herida.

Le pareció sentir unos leves movimientos detrás de ella, una tensión en la sábana de abajo, como si la estuvieran retorciendo y de repente lo supo. Él estaba dándose placer a sí mismo, el placer que ella le había negado. Los pezones se le pusieron duros como diamantes en cuanto la idea se formó en su cabeza y su sexo se humedeció por la necesidad de ser ella quien estuviese masturbando a su hombre. Los movimientos se hicieron más rápidos y frenéticos al otro lado de la cama, la respiración de él se volvió inquieta, la sábana sufrió otro tirón. Estaba a punto, lo notaba y sintió que ella solo necesita rozarse un poco también para terminar con él. No lo hizo, por supuesto, tan solo esperó, intentando respirar con normalidad y no a bocanadas. Entonces el cuerpo masculino se arqueó hacia arriba, la sábana que mantenía en un puño casi se rasgó y un largo gemido de placer anunció su orgasmo. Haliana casi terminó por correrse también con aquel sonido, apretó las piernas en un intento por conseguirlo, pero fue lo único que se atrevió a hacer. A su espalda notó que él se incorporaba un poco y escuchó algún que otro sonido apagado, supuso que mientras se limpiaba y entonces sintió su cálido aliento en el oído.

—¿Necesitas que te ayude? —susurró.

Sabía qué le estaba preguntando. Pedía permiso para darle placer porque entendía lo excitada que estaba y no quería que se quedase en ese lamentable estado. Qué típico de los hombres estar furiosos con sus mujeres y ser capaces de dejarlo todo de lado en el dormitorio para tener la conciencia tranquila y poder dedicarse a los placeres de la carne siempre que les apeteciese. Pues ella no podía. Así que se mantuvo quieta y muda, terca en su enfado.

Escuchó su suspiro, suave y colmado de pesar y de nuevo sintió que se daba la vuelta y volvía a su sitio. Minutos después notó que se había quedado dormido. Cuando ella lo hizo, el sol empezaba a asomar por el horizonte.

A la mañana siguiente todos se levantaron al amanecer. El nerviosismo por lo que ese nuevo día les depararía impregnaba el ambiente y terminaron sus quehaceres con rapidez y eficacia para llegar al castillo y comprobar cómo serían recibidos, pero nadie estaba preparado para lo que encontraron al llegar. Había al menos doscientos soldados por fuera de la muralla del castillo, la gran mayoría a caballo, todos armados hasta los dientes. Era obvio que habían sido informados de su inminente llegada porque estaban esperándolos, mostrando una expresión grave en sus

rostros. Los carros empezaron a aminorar la marcha de manera casi imperceptible, temerosos ante la estampa que se presentaba ante sus ojos. Habían esperado cierta reticencia por parte del pueblo, quizás algo de resistencia frente a Reskan y su familia, pero aquel contingente de hombres amenazantes era demasiado para sus agotados sentidos. Incluso los soldados parecían recelosos, a fin de cuentas los superaban en dos a uno, eso siempre y cuando no se abriesen las puertas para recibir refuerzos. El ritmo de la marcha se ralentizó un poco más.

—Vamos, seguid adelante, nadie va a atacarnos. Traemos a su princesa a casa. —Reskan vio que sus palabras habían logrado que unas cuantas espaldas se enderezasen, pero poco más—. Ellos están igual de preocupados que nosotros, muchachos. Desde que su rey huyó esperan que vuelva para vengarse personalmente de cada uno de ellos y aunque a la mayoría de nosotros no nos conocen, sí reconocerán a Sabon y a su familia. Muchos de esos soldados son hombres suyos, es solo que aún estamos demasiado lejos para que los distingan. —Multitud de miradas se dirigieron a la familia real y Reskan sabía que estaban pensando que los colores de su ropa, que ese día todos habían elegido con esmero, eran iguales a la de la mitad de la tropa que tenían enfrente, verde y negro, mientras que el resto vestían de morado y blanco, como el vestido que llevaba Kana.

Por el rabillo del ojo vislumbró un movimiento y se relajó, por fin se habían decidido. Cuando giró la cabeza y comprobó horrorizado que la que avanzaba, resuelta y sin protección alguna, era su mujer, azuzó a su montura con una maldición para alcanzarla antes de que lo hiciese una flecha o peor aún, una bala. «Qué muchacha más irritante», pensó disgustado y cómo corría la condenada con esa yegua suya. Escuchó un enorme estruendo a su alrededor y constató que todo el mundo los seguía a su propio ritmo. Los carros iban los últimos, protegidos por unos pocos soldados, el resto galopaba delante y la familia de ambos iba a la par de él, mirando hacia todas partes, evaluando posibles emboscadas.

Cuando estaba a punto de alcanzarla llegaron hasta donde aguardaba el ejército, el cual cabía admitir, no movió ni un solo pelo ante los siete jinetes a galope tendido que se les echaron encima. Por supuesto ellos eran doscientos y ningunos de los recién llegados sacó ningún arma, pero de igual modo parecería que resultaba algo inquietante.

Reskan desmontó hecho una furia y cogiendo a Kana con fuerza del brazo la obligó a bajar del caballo.

—Si vuelves a hacer algo como esto... —No pudo terminar la frase porque cinco hombres lo sujetaron y lo tiraron al suelo, tumbándolo bocabajo. Siete de los soldados del príncipe, que acababan de llegar, desenvainaron sus espadas y se enfrentaron a ellos. Reskan había tenido razón en una cosa. Cada uno había reconocido a los suyos y en ese momento estaban protegiéndolos.

—Basta. —Ordenó Sabon con voz férrea—. Todos estamos aquí por el mismo motivo y no debemos enfrentarnos unos con otros. Tenemos un enemigo común y no se encuentra entre nosotros. Además —dijo entrecerrando los ojos y mirando a la pareja, malhumorado—, esto es cosa entre marido y mujer y esperemos que lo solucionen pronto porque no podemos permitirnos el lujo de manejar dos guerras al mismo tiempo.

Todo ocurrió a la vez. Los soldados, al escuchar mencionar que estaban interfiriendo en un matrimonio soltaron raudo y veloz al príncipe. Kana, al ser reconvenida de esa manera frente a su pueblo, antes de ser siquiera presentada, se puso roja como la grana y deseó poder echar a correr hacia Venganza. Y Reskan, furioso por haber estado comiendo tierra, por ser regañado por su pariente político frente a testigos, por no haber podido descargar su furia y su preocupación en Kana y sobre todo por no haberle hecho el amor a su mujer en una eternidad... En fin, se dio

media vuelta, golpeando con el hombro al tipo que se interponía en su camino y mirando de manera amenazadora a todo aquel que osaba cruzar su línea de visión y se encaminó al castillo, ya que el puente levadizo había sido izado hacía un momento. El resto de la enorme comitiva lo siguió con paso cansino.

Por fin, después de lo que parecieron y en verdad resultaron horas, todos y cada uno de los integrantes del pintoresco grupo se había ubicado en algún lugar de aquella enorme pero acogedora fortaleza. La muchacha se tiró en la cama, gimiendo de placer, y se permitió unos momentos de respiro, sabiendo que la paz no duraría más que eso.

—¿Te apetece descansar un rato antes de enfrentarnos a la inquisición? —preguntó con suavidad Reskan a su lado. Kana abrió los ojos y se incorporó de golpe, sentándose con la mayor dignidad que pudo. Su marido estaba apoyado en una de las columnas de la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho, su mirada cálida posada en ella y una sonrisa cariñosa tirando de sus hermosos labios. Ella miró hacia la puerta principal y comprobó que seguía cerrada con llave, así que entrecerrando los ojos dirigió la vista hacia el vestidor y vio que en efecto la puerta de este estaba abierta. Le rechinaron un tanto los dientes cuando escuchó la risa sorda del hombre—. Supongo que alguien se apresuró a informar al ama de llaves de que tienes un esposo, así que me han asignado la habitación de Riork, que como sabes es la de al lado. Debo admitir que independientemente de que es un malnacido tiene buen gusto, aunque yo cambiaría un par de cosas. —Pareció que por primera vez observaba aquel dormitorio, que como los dos sabían era el de Atriana, en el que además había muerto. Por un instante creyó ver un destello de dolor en sus masculinos rasgos, pero desapareció con rapidez, reemplazado por una impasibilidad irritante.

—Sal de esta habitación, Cetriar, si quieres que esto funcione. —Su voz estaba cargada de odio y veneno, pero ni pudo ni quiso disimularlo. En esa cama en la que estaba sentada había sido asesinada su madre y por más veces que lo negase él era el principal sospechoso de su muerte. De hecho, ella lo había pillado con el arma homicida en las manos momentos después de haber ocurrido. Y en ese cuarto, todo parecía más cercano, más real que antes de llegar. Era como si una nueva barrera se hubiera erigido entre ellos. Solo que ahora eran marido y mujer. Reskan pudo percibir todo eso en sus ojos y los suyos demostraron lo que esa falta de confianza le producía: tristeza, pena, traición, furia, dolor… Pero la mujer no flaqueó ante aquellas emociones, enfrentó su mirada con otra acerada, llena de determinación y promesas de una venganza que tardaría en llegar, pero que sucedería de todos modos. Al fin y al cabo, lo había jurado sobre una tumba abierta.

—Kana, para que esto salga bien y no me echen o me liquiden antes de que acabe el día, tendrás que olvidar, al menos de momento, todo lo que tenga que ver con ella o mi supuesta implicación en el tema. —Intentaba tocar el asunto por encima para no enzarzarse en una discusión segura que con toda probabilidad terminaría con un afilado cuchillo entre sus costillas —. Y tendrás que permitirme libre acceso a esta recámara.

—¿¡Qué!? —Sabía que esa cuestión sería muy peliaguda, pero estaban pisando un terreno muy pantanoso y tenían que establecer las bases importantes entonces que además se encontraban a solas.

—Estamos casados y este es tu dormitorio, así que si vamos a difundir la historia de que de verdad crees en mi inocencia, parecerá un tanto extraño que no me dejes entrar aquí, sobre todo cuando se supone que estamos perdidamente enamorados. —Esa última frase la dijo en un tono meloso mientras batía sus largas y oscuras pestañas una y otra vez. La mujer casi suspiró, olvidando por un momento su renovado odio y lo detestó mucho más cuando se dio cuenta de

ello.

—No eres consciente de lo mucho que te aborrezco, ¿verdad, Reskan Cetriar? —preguntó, en tono duro.

—Sí, Kana, lo sé —contestó a su vez, con voz cansada.

Mientras bajaban juntos las largas escaleras, cogidos del brazo en actitud regia y despreocupada, nadie parecía advertir la rigidez con la que se tocaban o lo quebradizas que eran las sonrisas que se prodigaban. Fingían bien, pero apenas lo justo para hacerlo verosímil y ambos opinaban que el otro debería ensayar mejor su papel si pretendía resultar creíble.

Kana pensaba que si no soltaba el brazo de su marido iba a ponerse a gritar de un momento a otro que le prestasen un cuchillo afilado para rebanarle la garganta. O mejor aún, se lanzaría en picado por una de las hermosísimas espadas que decoraban las paredes del gran salón y se la ensartaría en el pecho hasta la empuñadura. Se le cortó la respiración, horrorizada. ¿Desde cuándo se había convertido en un monstruo sanguinario?

—¿Te encuentras bien? —susurró él en su oído, preocupado. Ella lo miró y vio a un hombre joven y guapo, seductor y fascinante, lleno de vida y entendió, no por primera vez, que si cedía un solo milímetro caería en sus redes. Enderezó la espalda unos cuantos centímetros más, si es que era posible y le dedicó una sonrisa amorosa que no se extendió a sus ojos, repletos de rencor.

—Sí, estaba imaginando tu magnífico cuerpo —dijo mientras le daba un repaso visual de la cabeza a los pies. Notó con satisfacción su sobresalto y cómo endurecía todos sus músculos—, rebanado en dos por cualquiera de las espadas que hay colgadas ahí. —Terminó ella, triunfante. Habían llegado al centro de la estancia y las personas congregadas allí empezaban a acercárseles para presentarse. Reskan seguía reteniéndola y la miraba con intensidad, sin expresión alguna.

—Tu expresión no daba a entender que estuvieses gozando precisamente. —Tenía razón. Ella era intrínsecamente una buena persona, con un corazón tierno y un alma noble, dotada de generosidad y bondad a pesar de lo que había visto a lo largo de los años, de las experiencias vividas y sobre todas las cosas, de lo que su padre había intentado inculcarle a base de maldad. Por todo ello nunca podría disfrutar de su venganza contra el que ahora era su marido, pero estaba obligada por una deuda de honor y de sangre y nada en el mundo conseguiría que no hiciese justicia. Ni siquiera el amor. Parpadeó varias veces como única señal de desconcierto. ¿Amor? ¡Si ni siquiera soportaba a ese cretino! Lo que había querido decir era que aunque lo hubiese querido le habría despedazado de igual modo, porque el destino de ambos estaba sellado desde que lo encontró arrodillado junto al cuerpo inerte de su madre, hacía tantos años. No pudo seguir con su línea de pensamiento porque la enorme mano de Reskan apretó la suya con fuerza y volvió a susurrarle algo, solo para sus oídos—. Concéntrate —dijo en tono severo—. Si no supongo mal, esos siete caballeros que se nos echan encima deben ser los distinguidos miembros del Consejo y es a ellos a los que más me preocupa convencer.

—Pues no lo conseguirás si me quiebras la mano frente a ellos… —Ironizó la joven, con los dientes apretados, lo cual consiguió que se la aflojase de inmediato, aunque no la soltó, por si de verdad se acercaba a las espaditas esas. Aquella mujer suya no tenía ni pizca de sentido del humor.

En efecto, “Los siete”, como a partir de entonces los llamaría Reskan, representaban el poder de Traguian en aquel momento y no iban a ninguna parte sin un regimiento de soldados unos metros por detrás de ellos, cortesía forzosa desde la desaparición de Riork.

—Kana, es un placer y un inmenso alivio tenerte entre nosotros de nuevo —comentó el más joven del grupo, mientras cogía ambas manos de la joven entre las suyas—. Casi habíamos

perdido toda esperanza de encontrarte y entonces eres tú quien llama a nuestra puerta. —La muchacha no pudo evitar devolverle la sonrisa a aquel hombre tan atractivo que la miraba con evidente interés masculino. Entonces Reskan, sin ningún miramiento, soltó sus dedos uno a uno de los de aquel joven tan encantador.

—Con alguna ayuda, claro está —comentó con brusquedad, consiguiendo con mucha eficacia que ocho pares de ojos se dirigiesen hacia él.

—Por supuesto. Usted debe de ser el flamante marido.

—Por supuesto. —Kana miró alternativamente a los dos antagonistas, sin llegar a comprender cómo habían llegado a esa situación sin siquiera conocerse—. Las noticias vuelan, al parecer.

—Así nos mantenemos alertas frente al peligro, sí, y libres de indeseables. —Ambos hombres se miraban con fijeza y parecía que fueran a saltar el uno sobre el otro.

—No tanto, no crea. ¿Verdad, querida? —lo dijo en un tono tan meloso que al principio a ella le costó seguir el hilo de la conversación. Después lo entendió. «¡Ay Dios, verdaderamente iba a hacerlo!».

—Res…

—Me parece que no hemos sido presentados, los nervios de mi mujer, claro. Al fin y al cabo desde que nos casamos no le he permitido cerrar los ojos muy de seguido, ya me entiende… —El insufrible le hizo un guiño y todo al otro hombre, que se quedó literalmente con la boca abierta. Dacross, Sabon y Eidrian soltaron sendas carcajadas, cada cual más estruendosa. Kana pensó que a fin de cuentas sí que iba a descolgar la maldita espada. El muy bastardo se lo estaba suplicando de rodillas, de veras—. Mi señora esposa, aquí presente, toda rubores virginales, ya inmerecidos, se lo aseguro, es Kana de Trarr, heredera al trono de este hermoso y admirable país. Pero aún no tenemos muy claro quién es usted —dijo, todo vestigio de buen humor desaparecido de su voz, a pesar de que había sido una descortesía exigirle al otro que se identificase sin presentarse primero él, pero nadie osó mencionarlo, claro.

—Apol Václav, marqués de Tossken y miembro del Consejo gobernante del país.

—De momento. —Puntualizó Reskan. El joven asintió con rigidez.

—¿Y podría tener la deferencia de decirnos su nombre, señor?

—Por supuesto. —Su sonrisa se ensanchó hasta que enseñó todos los dientes. El resto de personas que habían viajado con él se tensaron como las cuerdas de un arco, listas para dispararse, reteniendo el aliento—. Soy el marido de Kana, el príncipe Reskan Cetriar.

Durante unos instantes el silencio fue tan absoluto que resultó aterrador. Nadie movió un músculo, ni siquiera pestañeó. Al momento siguiente las mujeres jadearon indignadas y todos y cada uno de los hombres llevaron sus manos a sus espadas, los que vivían en el castillo con la clara intención de liquidar al malnacido que se había adentrado en su hogar y a los que lo habían acompañado en la hazaña para defender su vida. Por fortuna en el gran salón no había muchas personas, ya que el monto de los soldados de uno u otro bando estaban en el patio, benditamente ajenos a la trifulca del interior. El sonido del acero saliendo de las fundas de cuero se escuchó con total claridad, casi podía olerse el olor de la sangre que estaba por derramarse.

—¡Basta! —Todos, absolutamente todos los presentes, se giraron hacia la voz.

Kana era una visión deslumbrante de pie en lo alto de las escaleras, con su gloriosa cabellera roja suelta y sus extraordinarios ojos violetas echando chispas. La corriente eléctrica que emanaba de ella a causa de su obvia furia pareció tocar a cada una de las personas que la observaban pues cuando posó sus ojos en ellos, uno por uno dio un respingo en respuesta.

—¿Cómo has podido traer a nuestro hogar a este hombre, Kana? —Por supuesto fue Apol el que hizo aquella pregunta. Desde el momento en el que supo que la joven le pertenecía lo había

detestado. Reskan había reconocido la lujuria en sus ojos en cuanto los posó en ella y ahora correría a sacrificarlo bajo cualquier pretexto para tener el camino libre hacia su cama.

—Es mi marido. —Fue todo lo que dijo a modo de respuesta.

—¡Es el asesino de tu madre! —Escupió con todo el veneno del que fue capaz. Kana se obligó a no mover un solo músculo de la cara y sobre todo a no demostrar lo que sentía en aquel momento. «¡Sí, sí, lo hizo!», quería gritarles a todos, pero permaneció muda y en cambio miró a Reskan, que solo tenía ojos para ella. Sabía lo que estaba pensando y que intentaba transmitirle: «Mi vida está en tus manos, si les dices lo que verdaderamente piensas, me despedazarán en treinta segundos, pero si quieres que te ayude a atrapar a tu padre, este es el momento de convencerlos de una vez por todas y de manera irrevocable de que soy inocente de esa muerte. Demuestra tus artes de actriz y conviérteme en tu paladín, pero hazlo de forma contundente, ahora». Se permitió inspirar con fuerza, pero solo para sí misma y rompió el lazo visual con el príncipe.

—No lo es. —Un murmullo de quejas asombradas recorrió la sala.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó el marqués, asombrado e incrédulo. Ya sabía que se enfrentaría al escepticismo y la desconfianza de su gente, pues ella misma había afirmado lo contrario diez años atrás y ellos lo habían aceptado a pies juntillas y en ese momento hacía trizas esa versión, apoyándose, ¿en qué? Irguió la espalda. En su palabra, igual que lo había hecho antes. Si le habían creído entonces, volverían a hacerlo, porque si no acababan con Riork primero, él lo haría con ella.

—Afirmo que Reskan no mató a mi madre. —Lo miró a los ojos, sin pestañear y después fue pasando su mirada limpia por todos los presentes.

—Pero tú dijiste… —Que Dios la ayudara, era Mara, la madre de Kaileen. Apretó los dientes con fuerza. «Miente, miente, miente».

—Sé lo que dije ese día y es lo que me pareció en aquel momento y mucho tiempo después, ya que estaba cegada por el dolor, la rabia y el odio. —Reskan pensó que aún lo estaba y que si tan solo pudiese penetrar durante unos segundos la barricada que esos sentimientos habían levantado, quizá tendría la oportunidad única de acercarse al corazón de la muchacha para contarle lo que en realidad había ocurrido—. Pero sé fehacientemente que mi marido no cometió semejante crimen. O no me habría casado con él. —El ominoso silencio que siguió a esa última declaración no era muy buen augurio, pero le dejaba la posibilidad de seguir defendiendo su causa. Al menos de momento el "esposo" seguía con la cabeza sobre los hombros, ¿no? Se arriesgó a echar una mirada al aludido y vio cómo este se encogía de hombros, dándole la razón.

—El unir dos reinos sería una buena razón para formar una alianza. —Mencionó uno de los miembros del Consejo.

—O compartir el dormitorio —comentó Apol furioso. Reskan se abalanzó sobre él, sin preocuparse de que algunos de los hombres que estaban cerca desenfundaran sus armas, listos para ayudar al marqués. También Dacross, Sabon, Eidrian y Eclipse echaron mano de sus espadas.

—¡Res! —El primer puñetazo en plena cara derribó al tipo. El príncipe apoyó una rodilla en el suelo, dispuesto a convertirlo en una masa sanguinolenta por insultar a su dama—. ¡Por favor! —La súplica logró penetrar en su ofuscado cerebro. Se obligó a respirar con normalidad y miró a su alrededor. Le sorprendió ver a su padre y a los miembros masculinos de su familia política haciendo un círculo protector a su alrededor, espadas en alto. Se puso en pie y miró a su esposa, pálida y temblorosa. Soltó una maldición por lo bajo, no estaba ayudando mucho a la causa, por cierto. Sus ojos se abrieron con asombro cuando alzó la mano hacia él, pidiéndole en silencio que

se reuniese con ella. No lo dudó, pasó entre Dacross y Eclipse, empujó a dos soldados y como en un trance subió las escaleras hasta que llegó a ella y suave como el aleteo de una mariposa cogió sus dedos fríos como el hielo y entrelazó su mirada con la suya. La actuación fue magnífica, incluso se escucharon un par de suspiros femeninos. Los dos se pusieron a la par, frente a la concurrencia—. Este es Reskan Cetriar, mi marido. Y no lo habría escogido como tal si no tuviese la más absoluta certeza de que es del todo inocente de la muerte de mi madre. Los que me habéis visto nacer, los que me conocéis de toda la vida lo sabéis. —Se arriesgó a echar una mirada a Mara, breve pero intensa—. Ahora yo os pregunto: el día que me marché, ¿nadie se preguntó por qué? ¿A ninguno os asombró que abandonara mi hogar? ¿Ni uno solo de vosotros relacionó mi huida con el asesinato a sangre fría de Saggana? —Los murmullos subieron de volumen con rapidez, con incredulidad. A pesar de los años todos recordaban la bondad de la anterior reina.

—Mara nos habló de tu ridícula historia —contestó Apol, limpiándose la sangre que manaba con fluidez de su nariz, con toda probabilidad rota. Su mirada destilaba un rencor voraz e intenso hacia el hombre que lo había golpeado y no se molestaba en ocultarlo, como tampoco que no todos, él incluido, aceptaban su testimonio sobre la muerte de su madrastra.

—¿Estás diciendo que mentí al decir que Riork asesinó a su esposa? —Su voz fue dura como el acero con el que se hacen las espadas y su mirada implacable cuando taladró al marqués con ella. Los presentes aguantaron la respiración, viendo por primera vez a la futura reina en ella, menos el imprudente joven, que solo reconocía en la muchacha su juventud y su hermosura.

—¿A cuál de ellas? —preguntó con sorna. Reskan dio un paso al frente, por lo que Kana apretó sus dedos con fuerza para intentar evitar que destrozase a aquel incauto. Pareció que el gesto logró convencerlo porque no siguió avanzando, pero evitó mirarla.

—Ya basta, Apol. —La voz sonó cortante, autoritaria y denotaba poder y seguridad, sobre todo, seguridad de ser obedecida.

Los más alejados se giraron hacia ella y los que no lo hicieron abrieron paso para que se acercara. Cuando llegó hasta ellos, el hombre mayor se paró frente al aludido, que no se dejó intimidar.

—Vasar, ni acepté entonces la versión del asesinato de Saggana ni me trago ahora la reconversión del… —Señaló con un gesto vago de la mano y una mueca de asco hacia Reskan— marido, de criminal a gallardo héroe.

—Cree lo que quieras, como a fin de cuentas hacemos todos. Por mi parte pienso que Riork tiene la suficiente sangre fría para haber matado a Saggana porque no le era útil y si le dio una paliza como afirma Kana sería muy difícil camuflarlo, así que la versión de que se cayó al río y la arrastró la corriente indudablemente fue la mejor para sus propósitos. —Sus oscuros ojos encontraron los del príncipe y los retuvieron mientras sus siguientes palabras fluían altas y claras para la concurrencia—. Al fin y al cabo, no podía despeñarla por un barranco a ella también.

El único signo exterior de la agitación del príncipe fue el palpitar de una vena en su cuello. Bueno eso y que iba a partirle los dedos a su mujer, de tan fuerte le estaba estrujando la mano. Intentó hacérselo entender moviendo el brazo un poco y cuando al fin él lo notó y bajó la vista, pudo ver que tenía los dedos medio morados. La soltó de inmediato y acto seguido volvió a cogerle la mano y a acariciársela, devolviéndole la circulación, pero las manchas oscuras era imposible hacerlas desaparecer. Esos moratones tardarían días en quitarse de esa piel tan blanca. Levantó los ojos hacía ella y la joven vio tanto dolor y arrepentimiento en ellos que la opresión que sintió en el pecho le impidió respirar. Entonces él desvió la vista hacia la concurrencia y sus pulmones volvieron a trabajar a pleno rendimiento.

Decir que todo el mundo se había quedado mudo de asombro era quedarse corto. Era obvio que a nadie se le había pasado por la cabeza que el muy bastardo del rey también se hubiese *encargado* de aquella distinguida señora que tantos años atrás se había presentado a las puertas del castillo con aquel velo de misterio rodeando una historia por demás incompleta. La mujer a todas luces pertenecía a la nobleza y su hijo había quedado huérfano y al cuidado de Riork cuando se negó a dar ninguna información de su procedencia. Por eso su traición fue mucho mayor cuando se le acusó de asesinar a sangre fría a la bondadosa Atriana. Pero tres muertes empezaban a ser una lista muy larga… Reskan podía ver la duda en muchos ojos, todos sabían que el rey era un cabrón sin escrúpulos, pero costaba horrores quitarle a alguien de la cabeza una idea que tenía metida desde hacía años. Bueno, al menos la semilla estaba plantada… Sintió como Kana se tensaba de repente y se puso alerta, prestando de nuevo atención a la conversación y sonrió para sus adentros cuando entendió de qué se trataba. Por supuesto. El predecible Apol quería convencer a los demás miembros del Consejo de que lo echasen de Traguian hasta que se pudiese encontrar alguna prueba de que una sola de las tres muertes era obra de Riork y entonces lo invitarían a volver. La más reciente había ocurrido hacía más de cinco años y esperaban que encontrasen una pista entonces y desde fuera del país, porque con seguridad su familia sería desterrada con él…

—*Mi marido* se quedará conmigo, que es donde debe estar. Ambos cuidaremos el uno del otro, porque si a alguno se le toca un solo pelo de la cabeza —Kana miró a los siete miembros del Consejo, uno por uno, prestando especial atención en Apol, quien por una vez sintió la amenaza latente que ella podía suponer y apartó la mirada—, el que quede acabará con vosotros. Os lo juro. Y si persistís en pretender que Reskan se marche, confiad en que yo me iré con él, ahora mismo. Y gobernad este estúpido país entre vosotros. —Las protestas, unas furiosas, otras asustadas, llegaron de inmediato. Nadie parecía saber muy bien qué debía hacerse o decirse pues las opiniones eran muy diversas. Tan solo la voz de Vasar llegó alta, clara y tranquila a toda la concurrencia.

—Te quedas Kana, los dos lo hacéis y vuestras vidas están a salvo porque eres la heredera al trono de Traguian y porque el que las ponga en peligro responderá con la suya propia ante mí. Y así lo entienden todos.

Y así debió de ser porque la multitud se apaciguó aunque no se contentó y se fue dispersando, y Kana y Reskan volvieron a acordarse de respirar. Aunque solo por los pelos.

La mañana siguiente despertó al castillo con el entrechocar de espadas en el patio trasero. Al principio pensaron que los estaban atacando, pues era demasiado temprano para el entrenamiento de los soldados, pero una rápida mirada de algunos de los hombres hizo correr la sorprendente noticia de que la princesa estaba luchando a punta de espada con su marido.

Hombres, mujeres y niños corrieron al exterior para presenciar la incomprensible escena que allí se desarrollaba y se reunieron con los espectadores que ya estaban cómodamente instalados disfrutando de la función gratuita, la familia de ambos contendientes y los soldados y los criados que habían venido con ellos. Todos sonreían divertidos e incluso vitoreaban a uno u otro, según el sexo al que pertenecieran.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Vasar con el ceño fruncido a Dacross, pero sin quitar la vista de la pareja.

—Un entrenamiento rutinario. —Cuando vio la mirada estupefacta del anciano preguntó con inocencia—. ¿Vosotros no ejercitáis a vuestros hombres?

—Por supuesto, dentro de un rato. Pero no a las mujeres —añadió en tono defensivo.

—Ah —contestó el otro, ocultando una sonrisa. Por nada en el mundo iba a admitir que en su país tampoco y que la charada de esa mañana era para que todos ellos supieran que aquellos dos eran perfectamente capaces de defenderse juntos y por separado. Al principio se había puesto un poquito nervioso cuando le habían planteado la estrategia porque aunque conocía las habilidades de su sobrina, Reskan era un luchador de cuidado, incluso más alto y musculoso que él y aunque Kana también tenía una buena estatura, no dejaba de ser una mujer. Pero las habilidades de la joven, su ímpetu y esa condenada arma suya, hecha según instrucciones específicas para ella, compensaban sus carencias y Reskan se contenía, claro estaba, aunque lo disimulaba bien. De todos modos Dacross podía ver el sudor de su frente y su camisa empapada. Esa vez dejó que la sonrisa asomase a sus labios. Estaba pasándolo muy bien—. Descubrirá que Kana es una mujer muy atípica. En muchos sentidos.

—Empiezo a vislumbrarlo —refunfuñó el otro hombre. El príncipe se puso serio y lo miró a los ojos.

—Es lo que la hace única.

—Eso también lo sé. Ella es la reina de Traguian. Solo que nadie lo sabe aún. Ni siquiera ella. —Y dicho eso se dio media vuelta y se marchó, dejando a Dacross entre divertido y acongojado por lo que se les avecinaba. Era indudable que se trataba de más de una tormenta.

Como la que Reskan estaba manejando con Kana. De cara a la galería eran un matrimonio basado en el amor y el respeto mutuo, en la igualdad de sexos, que compartía las decisiones y se apoyaba el uno en el otro. Pero cuando se bajaba el telón, se soltaban la mano y los ojos perdían la expresión soñadora, mostrando el recelo y la tensión que esa situación les estaba provocando.

Reskan sentía que de un momento a otro iba a explotar y en más de un sentido. No soportaba la frialdad con la que su mujer lo trataba cuando estaban a solas, sobre todo después de tenerla todo el día dispuesta y cariñosa, simulando sí, él lo sabía, pero después de unas horas, también él fingía que esa era la verdadera situación y no cuando se cerraban la puertas de sus cuartos y en el mejor de los casos se encontraba solo y taciturno.

Otro asunto que lo estaba sacando de quicio era la relación que se estaba forjando entre el marqués de Tossken y su señora. Después de aquel primer día en que las cosas no se desarrollaron muy bien entre ellos pareció que el tipo se replanteó su estrategia mejor y en ese momento era todo miel y dulces hacia ella. Y hacia él. Si bien no era tan tonto como para hacerles creer que le profesaba una gran simpatía, había encubierto su rencor bajo una pátina de indiferencia, sin la hostilidad abierta del primer día y se había ofrecido a enseñarles las propiedades principales y los lugares estratégicos a la hora de posibles ataques, con lo cual se había ganado la inmediata atención de Kana, así que o bien Reskan los acompañaba para no dejarla sola con el lobo o se aventuraba a que este dispusiese de tiempo con ella sin vigilancia y como el malnacido lo había incluido en la invitación no podía advertirle a su mujer contra él o parecería simplemente un hombre celoso, que era ni más ni menos lo que era.

Se incorporó en la cama y se sentó en el borde, destapándose y revelando su glorioso cuerpo desnudo. Bajó la vista hacía la parte de este que más problemas le estaba dando y suspiró. Su dificultad más grande era que necesitaba con urgencia extrema unos muslos suaves y firmes entre los que enterrarse o se volvería loco. Los meses compartidos en la tienda con Kana, sumados a que ahora dormían cada uno en la habitación de al lado, separados solo por el pequeño vestidor, le estaban costando hasta el último gramo de autocontrol que poseía y sus reservas disminuían con rapidez cada día. Los recuerdos de la única noche en que le había permitido tocarla, complacerla, saborearla, darle placer y recibir el más absoluto deleite por su

parte lo acosaban en cada sombra de su mente y a cada hora del día y de la noche, daba igual. Las protestas de su insatisfecho cuerpo le reclamaban cada vez con mayor urgencia que exigiera lo que era suyo por derecho y por ley, pues él ya la había desprovisto de su virginidad, motivo por el que se habían casado y su cerebro no encontraba ninguna razón lógica para no estar pasando cada hora de cada maldita noche teniéndola debajo de él en aquella enorme cama. Salvo quizá, el pequeño detalle de que ella seguía sin creerle cuando le aseguraba que no había matado a su madre. Frustrado se pasó la mano por el pelo, en un inútil esfuerzo por aclararse las ideas y con un fluido movimiento lleno de gracia innata se levantó y caminó con elegancia hasta sus accesorios de afeitado. Soltó un largo suspiro, el día iba a ser muy largo. Otra vez.

Kana estaba apoyada en el tronco de un árbol, con los brazos cruzados sobre el pecho y un tremendo fruncimiento de ceño que con toda probabilidad le provocaría dolor de cabeza en breve. Claro que su mayor dolor de cabeza se estaba paseando a sus anchas por toda la maldita aldea de Droguenan como si le perteneciera por derecho de nacimiento. Reconoció que no lo hacía aposta, era su actitud normal hacia la vida, como si se la comiera a bocados grandes. Reskan era un líder nato y todos los que lo rodeaban, hombres, mujeres y niños, podían sentirlo y lo secundaban sin percatarse de ello. Seguían sus órdenes sin cuestionarlo, incluso si era ella misma la que las impartía, primero lo miraban a él, como pidiendo permiso. Y eso no lo iba a permitir. Ella era la heredera. Aceptaba que Reskan era su marido y que actuaba como un general dirigiendo a sus tropas, exudando una autoridad difícil de contrarrestar, pero sus propias directrices debían respetarse como si fuesen ley. *Eran ley*.

Lo vio caminar a grandes zancadas por los alrededores y se alegró de haber ideado aquellas faldas que en realidad eran unos pantalones anchos que le permitían más libertad de movimientos, así como montar a horcajadas porque llevaba la mitad de la mañana siguiendo a ese miserable por todas partes, corriendo de acá para allá en pos de su estela. De ahí que en ese momento lo estuviese observando desde la sombra del árbol, estaba harta de correr, total para el caso que le estaban haciendo *sus* hombres a ella. Pero se prometió que remediaría esa situación de inmediato. En cuanto recuperase el resuello.

Sintió un ligero movimiento a su izquierda y por el rabillo del ojo vio cómo Dena ocupaba el resto del enorme tronco, imitando su postura.

—¿Admirando la… belleza local? —comentó con aire inocente, lo que le valió una mirada maligna y un bufido poco digno—. ¿Qué? Yo sí lo hago. —Kana comprobó que sus ojos estaban fijos en su tío, el cual acompañaba a su marido en la *excursión*.

—Siempre pensando en lo mismo —masculló.

—Tal vez si tú pensases alguna vez en *ello*, no estarías siempre de tan mal humor. —Contraatacó su amiga.

—No esperarás que me acueste con el enemigo, ¿verdad?

—¿En serio sigues pensando que él es tu adversario? —Hizo un gesto elocuente con la mano hacia donde estaban los hombres y la joven entendió lo que pretendía decir.

—Él…

—Hablando de eso, hace tiempo te advertí… —De repente se giró para quedar fuera de la vista de la gente y apoyó un brazo en el árbol para no caer. Kana la sujetó.

—¿Qué te ocurre? —Al mirarla vio sus ojos cerrados y sus párpados temblando sin control y supo que estaba teniendo una de sus visiones, así que se limitó a sostenerla en completo silencio. Cuando esta terminó, casi sin fuerzas, la joven permitió que la ayudase a sentarse en una silla de madera que había cerca y le dio un vaso de agua que una amable aldeana le había traído. Esperó

a que se lo terminase y respiró más tranquila, comprobando que el color había vuelto a su rostro —. ¿Estás mejor?

—Sí, las premoniciones siempre son agotadoras. —Se mantuvo callada y eso fue suficiente para avisarle de que lo que fuera que había visto la afectaba a ella y de que no era nada bueno. La miró con fijeza.

—¿Y? —Godena soltó su suspiro, consciente de que nada la desviaría del tema.

—No lo he visto claro, pero era una amenaza contra ti. Algo horrible. —Sus ojos se veían preocupados.

—¿Nada más? —preguntó con voz desalentadora.

—No, esta vez todo estaba muy borroso, pero la intensidad con la que me ha golpeado ha sido arrolladora, por lo que siento que es grave y sé que va dirigido únicamente hacia ti. —Hizo una pausa breve, como si hurgara entre los recientes recuerdos de la visión—. Y que será pronto.

Kana no sintió nada, ni inquietud ni miedo, ni siquiera una ligera preocupación. Sin pretenderlo la gitana le había asegurado la mayor tranquilidad a su corazón, ningún ser querido estaba amenazado, ni la pequeña Ivener, ni Dacross, ni sus abuelos, ni Helailla, ni Eidrian, ni ninguno de los habitantes de Traguian. El peligro era solo para ella, y se aseguraría de estar alerta y preparada cuando llegara el momento. Si eso no era suficiente y ocurría lo peor, nadie, aparte de ella, saldría dañado.

Pensó en su gente y se preguntó si sobrevivirían a Riork o si aceptarían a Reskan como rey. Por un lado era su marido, pero por otro no dejaba de ser un extraño. Lo miró y no pudo evitar que el corazón le galopase en el pecho. Tampoco él corría riesgo de salir herido, si se lo permitían sería un buen monarca, incluso dividiendo su tiempo entre los dos reinos y sabía que aceptaría el reto, que se responsabilizaría de todos ellos. Ya lo estaba haciendo.

En aquel momento él levantó la cabeza, y sin dejar de caminar miró a ambos lados como si echase algo en falta, para después ampliar el alcance hasta que al fin la localizó junto a Dena. Se paró en seco y pareció que dejaba de prestar atención a todo cuanto le rodeaba, incluso al miembro del Consejo que le estaba hablando, y la miraba con una extraña intensidad a través de la gente. Contestó unas palabras al hombre y sin apartar sus ojos de los suyos extendió la mano hacia ella, reclamando su presencia a su lado, y Kana no fue capaz de hacer nada más que avanzar despacio hacia su marido, como el soldado que sigue las ordenes de su general.

Reskan apareció en una nube de polvo debido a la velocidad descomunal a la que había conducido a su caballo para llegar allí en el menor tiempo posible. Por desgracia, cuando uno de los soldados de su padre se había presentado, con semblante desencajado, para avisarle de cierto incidente relacionado con su mujer, él no se había detenido a pensar ni a interrogar al hombre. Simplemente saltó sobre su montura y cabalgó como alma que lleva al diablo para atravesar el largo camino que lo separaba de ella porque justo ese día él había decidido poner distancia de por medio y controlar la zona sur, que en su opinión era la más débil. De hecho, se había marchado de madrugada, incapaz de dormir con ella a pocos pasos y se había ocupado de la guardia durante esas horas. En ese momento lamentaba terriblemente haber abandonado su otro puesto, el más importante, el que quedaba al lado de su esposa. Cuando llegó al pequeño claro que el soldado le había gritado mientras salía corriendo y antes de que su semental se hubiese detenido, ya había saltado al suelo. Sin mirar a ninguno de los presentes en particular, hizo la pregunta más apremiante para él.

—¿Dónde está? —Entonces vio el bulto tapado con una lona ensangrentada y su semblante empalideció. Se dobló en dos y cayó al suelo de rodillas.

—Reskan, a ella no la han tocado. —Miró a Dacross con ojos desenfocados, llenos de lágrimas a punto de caer—. ¿Me oyes? No es Kana. —Con un gesto brusco, Reskan levantó la sábana y el horror de lo que vio hizo que dejase caer las lágrimas acumuladas, resbalando por sus mejillas. Reconoció que también fue el alivio, un alivio intenso de que no fuese su esposa la que estaba allí. La yegua de su mujer, la preciosa yegua de Kana… Suponía que era Princesa Escondida porque le habían seccionado la cabeza por completo y no contentos con ello le habían abierto en canal el pecho, sacándole todos los órganos internos—. Esos miserables le dieron las entrañas de comer a los perros —explicó Cross con furia. Res echó una mirada rápida alrededor del claro.

—¿Y la cabeza? —El ominoso silencio le congeló el corazón. Solo entonces se le ocurrió preguntarse por qué ella no estaba allí. Supo que la repuesta iba a ser mucho peor que la de las vísceras. Por fin el tío de la joven se la dio en un susurro entrecortado.

—Se la pusieron a Kana en su cama. La encontró pegada a su cara cuando se despertó hace dos horas.

No necesitó que le explicaran más. Se levantó del suelo y a grandes zancadas salió de allí. Empezó a correr. Y corrió más y más rápido, incluso cuando creyó que le estallarían los pulmones. No paró ni cuando llegó a la puerta cerrada de su habitación, se limitó a golpearla con fuerza, haciéndola chocar contra la pared.

Entonces se quedó parado en el umbral. Había esperado encontrar el dormitorio atiborrado de familiares solícitos, agobiándola con su sobreprotección. En cambio estaba sola, sentada muy quieta en la cama, aún con las sábanas llenas de sangre. Gruñó por lo bajo, ella misma estaba toda impregnada de ese color rojo intenso, su camisón, su cara y sus manos y su mirada permanecía perdida en el paisaje que se extendía más allá de la ventana. Gracias a Dios, alguien había retirado la cabeza.

Ella no se inmutó con el golpetazo de la puerta ni tampoco cuando la cerró y se acercó a su lado. Era como si no sintiese nada, pero Reskan sabía el tremendo dolor que estaba sufriendo. La yegua era otro ser querido que le habían arrebatado, que no había sido capaz de proteger. Se sentó con cuidado de no tocarla.

—Kana… —No respondió, pero pudo notar su ligero temblor—. Lo siento —susurró. Ella giró despacio la cabeza hasta que sus ojos violetas encontraron los suyos. La pena, la amargura y el dolor luchaban entre sí para ver cuál de ellos lograba ocupar el primer lugar en sus emociones.

—La han masacrado. —Le falló la voz.

—Lo sé.

—Era un animal noble, inteligente, cariñosa… —Se le escapó un sollozo y Reskan sintió que se le rompía el corazón. Nunca, en todo el tiempo que hacía que la conocía, la había visto tan hundida, tan frágil.

—Lo sé, amor. Ha sido un acto de barbarie gratuito y te juro que lo van a pagar.

Echó un vistazo al dormitorio y encontró lo que buscaba. La bañera estaba llena, supuso que alguien había intentado, obviamente sin éxito, que ella se deshiciese de las ropas manchadas. Seguro que el agua estaría fría, pero por si acaso se levantó con cuidado y fue hacia allí. Suspiró de gratitud, ya que aunque no estaba exactamente caliente, al menos sí lo suficientemente tibia para sus propósitos. La miró de reojo, seguía igual que como la había dejado, la mirada perdida, la cabeza gacha, ajena al mundo. De nuevo a su lado la hizo levantarse, y agarrando su mano la llevó a la bañera. Aquella parte sin duda era la más difícil y Reskan preveía serias dificultades, pero la muchacha terminaría dentro de la tina, de un modo u otro. Se puso en cuclillas y muy, muy despacio fue subiendo el ruedo del camisón por encima de sus piernas, sin poder evitar

comerse con los ojos cada porción de piel que iba dejando expuesta, sus bonitos pies, sus bien torneadas pantorrillas, las rodillas, los suaves, blancos y firmes muslos… Cuando llegó unos centímetros más abajo de la uve que formaba su sexo se detuvo por prudencia, desasosiego y por lo inoportuno del momento, además, en la posición en la que estaba, sus ojos se encontraban justo frente a esa parte en concreto y levantar el camisón desde allí sería demasiado para su inexistente autocontrol. Se recordó que no estaba allí para abordarla sexualmente sino para ofrecerle su apoyo, para consolarla y reconfortarla, para cuidarla. Se incorporó sin soltar la prenda y poco a poco siguió subiéndola por el cuerpo, dejando al descubierto así los oscuros rizos de su pubis, las generosas caderas, la cintura de avispa y los exuberantes pechos de grandes y rosados pezones. Siguió tirando y la obligó a levantar los brazos para que el arruinado camisón terminase de salir y cuando por fin el hombre lo tuvo en sus manos lo tiró lejos con un gesto de asco.

La joven no lo miró en ningún momento, aunque no por vergüenza, era como si su mente se hubiese retirado a algún rincón que solo le perteneciera a ella y se mantuviese aislada allí. Estaba preocupado, pero tampoco se atrevía a rescatarla de ese mundo hasta que la tuviera limpia y seca y para eso primero había que meterla en la bañera, así que se limitó a cogerla en brazos y depositarla en ella y después la forzó a descansar la cabeza en el borde. El suave y ligero suspiro que apenas alcanzó a escuchar fue un bálsamo para sus crispados nervios.

Con toda la suavidad de la que fue capaz la bañó, la lavó y aclaró el pelo y una vez escurrido, la hizo salir y la envolvió en una enorme y mullida toalla. La dejó sentada en un cómodo sillón orejero y después de rebuscar en varios arcones y cajones encontró sábanas limpias, con las que cambió la cama y un camisón que olía a lilas. Mientras se aproximaba a ella no pudo evitar la tentación de acercarse la suave prenda a la cara y respirar hondo varias veces, reconociendo el característico aroma que envolvía a la joven a todas horas. Con un pesado suspiro se lo pasó por la cabeza y la cubrió, sentándose en el sillón con ella en el regazo, y comenzando a pasar el cepillo por su larga melena mojada. Nunca antes había compartido aquella intimidad con una mujer y descubrió que hacerlo con Kana era una experiencia que le complacía sobremanera. Cuando le hubo desenredado el pelo se levantó con ella en brazos, decidido a que descansara, pero cuando estaba a unos cinco o seis pasos del lecho la muchacha comenzó a retorcerse, intentando bajarse. Reskan pudo oír su respiración agitada, su cuerpo tensionado por el temor y la entendió. Con rapidez giró en redondo, dándole la espalda a la maldita cama y se dirigió a su propia habitación. Allí, no tuvo ningún inconveniente en dejar a su esposa entre las sábanas, mucho más relajada. No obstante cuando intentó incorporarse ella le aferró la mano con una fuerza sorprendente. La miró, encontrando por primera vez sus ojos fijos en los suyos, que le pedían sin palabras algo que él no podía siquiera soñar con no darle. Se acostó a su lado y la abrazó hasta que se durmió. Y siguió estrechándola con fuerza mucho después de que se dejara vencer por el sueño hasta que al fin se obligó a soltarla. Luego se quedó de pie al lado de la cama y la observó durante unos minutos sin mover un solo músculo, desprovisto de la máscara que había utilizado para beneficio de ella. Su rostro desnudo de emociones tiernas, demostraba solo odio encarnizado, furia incontrolada y una promesa de venganza.

Reskan apareció diez días después, cansado, sudoroso y sin afeitar. Tenía un aspecto bastante incivilizado y su expresión hosca y malhumorada presagiaba problemas para el que osara cruzarse en su camino, cosa que nadie hizo.

Kana estaba cazando conejos, aprovechando el rato tanto para afinar su puntería como para meditar, ya que ese deporte le resultaba muy relajante, por lo que no se enteró del regreso del

marido pródigo o habría corrido por el bosque con toda probabilidad a ensartarle una de las preciosísimas flechas que llevaba consigo y que Eclipse fabricaba para ella.

Por eso, por su bendita ignorancia en cuanto al paradero del príncipe, estaba tumbada boca abajo en el suelo, el arco listo y tenso, aunque no demasiado para no agotarse antes de localizar a su presa, enfadada y preocupada al mismo tiempo.

Recordó el día en que mataron a su yegua, cuando se quedó dormida en sus brazos y al despertar se encontró sola. Se había levantado, desorientada y un poco perdida, para enterarse de que se había marchado en busca de esos malnacidos él solo. No permitió que nadie lo acompañase, ni siquiera les dio tiempo a seguirlo, tan solo ordenó que la protegieran a ella con sus vidas o responderían ante él y desapareció al galope. Ni una mísera nota. Pero cuando el estupor inicial por haber perdido a su querido animal se disolvió, pudo recordar que se había encargado de desnudarla y bañarla y de cambiar las sabanas para borrar las huellas de aquella carnicería. Y no solo eso, se vio obligada a admitir, también supo interpretar sus señales de repulsión por volver a acostarse en aquella cama, por lo que la había llevado a la suya propia, tumbándose a su lado y abrazándola con ternura cuando más lo necesitaba.

Y aquello no encajaba en el rompecabezas que se había creado del asesino despiadado que había ejecutado a su madre. Además, la pregunta que la atormentaba desde hacía diez años seguía retumbando en su mente: «¿Por qué matarla?».

Un leve movimiento a su izquierda hizo que desviase sus ojos hacia allí. Tensó la cuerda del arco muy despacio y en silencio soltó la flecha, que se clavó con precisión en el cuerpo del incauto conejo que pasaba por allí. Con un fluido y ágil movimiento se puso de pie, ajena a la imagen que representaba con la chaquetilla verde ajustada, sus ceñidos pantalones del mismo color, las altas botas y la larga trenza hasta la cintura. Cogió el conejo, le saco la valiosa flecha, la cual incorporó de nuevo a su colección y recogió del suelo otros siete regordetes compañeros. Silbando y con su preciosa carga se dirigió al castillo, casi salivando mientras pensaba en el sabroso guiso que tendrían para cenar.

CAPÍTULO 19

Kana entró en el vestidor concentrada en desabrocharse el botón superior de la camisa y se dio de bruces con un muro enorme, duro y mojado, que la aferró del trasero para evitar que se cayera precisamente de culo al suelo. En su defensa cabía decir que el *muro* tenía una mano ocupada secándose la cabeza con una toalla y que no había puesto la otra de forma consciente en aquel lugar, pero el efecto de sentirla *ahí*, uniendo los dos cuerpos en el proceso y rozando sus pechos, cuya única protección consistía en la camisola y la fina camisa, humedecidas ambas por el torso de él que, para más inri, solo estaba cubierto por una minúscula toalla atada a su cintura, la cual apenas alcanzaba a cubrir sus caderas, la hizo marearse y doblarle un poco las rodillas, por lo que él le aferró más fuerte los glúteos. Después, lentamente, se quitó la toalla de la cabeza, desvelando sus ojos azules grisáceos, que la miraban hambrientos.

Ella jadeó por la sorpresa. Por supuesto su cuerpo ya sabía quién era, pero maldita fuera su estampa, nadie le había dicho que había vuelto y ahí estaba él, en el vestidor de ambos, semidesnudo. ¡Y condenada costumbre la de que un matrimonio tuviese que compartir aquella estancia!

Vio como Reskan bajaba los ojos hacia su escote y se fijaba en el botón desabrochado. Pareció que valoraba el detalle puesto que una lenta y sensual sonrisa asomó a sus labios. Entonces, sin soltar su presa, separó su torso de ella, con lo que sus caderas se apretaron más. La muchacha no entendió la maniobra, sobre todo cuando escuchó el gruñido gutural escapar de la garganta masculina, así que bajó la cabeza y dejó escapar un jadeo entrecortado cuando vio las manchas gemelas en la tela que cubría sus pezones. El cuerpo mojado de él había empapado la camisa donde se había tocado con el suyo y la humedad había traspasado también la camisola, haciendo perfectamente visibles los rosados pezones, que ante la voraz mirada de aquel depredador se cerraron como capullos prietos y duros. Kana escuchó cómo Reskan inspiraba con fuerza y horrorizada por su propia reacción lo miró boquiabierta. Él observó los guijarros un momento más y después subió su mirada ardiente hasta sus ojos, abiertos como platos.

—Si llego a saber que me recibirías así. —Echó una mirada breve a sus senos y subió otra vez a su rostro. Su voz sonó grave, cargada de tanta tensión sexual que ella se estremeció y en su mirada pudo ver que se había dado perfecta cuenta—, habría vuelto mucho antes. —Kana estaba segura de que ese comentario acabaría con el momento y traería de vuelta su propio enfado, sobre todo habiendo podido comprobar que estaba ileso, pero para su sorpresa este no llegó. Estaba tan excitada y hambrienta como él, sentía el deseo correr por sus venas como fuego líquido, le dolía el centro de su ser, allí donde ansiaba ser tocada y se preguntó quién era aquella criatura licenciosa con esos deseos prohibidos que no era capaz de reconocer como ella misma.

Su marido seguía mirándola con atención y pareció detectar la enorme fisura en su armadura. No se vanaglorió, ni sonrió con suficiencia, pero sus ojos se oscurecieron, su mandíbula se endureció y sus músculos se pusieron más tensos alrededor de ella.

Reskan sabía que en ese momento podía hacerla suya, que por algún misterioso y divino motivo, su obstinada, rencorosa y vengativa esposa, había cedido un milímetro en la encarnizada lucha que mantenía con él y se dejaría convencer con relativa facilidad para un buen revolcón sobre el duro suelo de madera, o enredados entre las sábanas de la enorme cama, o apoyados en alfeizar de la ventana… y a plena luz del día. Y aun así dudaba. Era un jodido imbécil, lo sabía y

se daría de puñetazos si pudiese, pero la verdad era que no quería añadir más munición a su ya desgastada relación. Si ella no estaba segura al cien por cien de que quería ser follada con fuerza y rapidez, casi con brutalidad, él no movería pieza. Porque así era como sería esa vez si se dejaba ir. Tenía el ánimo y la exacerbada necesidad de ella para no andarse con sutilezas y su deseo era tan descarnado, tan lacerante que sabía, con una certeza que casi lo aterraba, que se moría de ganas por violarla allí mismo, de pie, en la entrada del vestidor, entre las sedas y los satenes, chocando con las botas y las sandalias. Cerró los ojos y soltó el aire con lentitud, intentando borrar de su cerebro las imágenes que esa fantasía había plantado en él.

Kana noto su retirada, sintió la vacilación en sus ojos y no pudo soportar ambas. Se dijo que había prometido utilizar el sexo, su cuerpo mismo como instrumento de venganza contra él y que este era el momento de hacerlo, pero no creyó estar engañándose demasiado. La realidad, pura y simple, era que si no la tocaba en ciertos sitios de manera inmediata, se pondría a gritar.

No sabía muy bien qué era lo que le ocurría. Recordó fugazmente quién era aquel hombre hermoso y casi desnudo que la abrazaba con osadía, pero casi al momento descartó la idea por inoportuna. Sabía que más tarde tendría que afrontar las consecuencias de la decisión que estaba a punto de tomar, pero en ese preciso instante necesitaba a ese hombre, su marido, por encima de todas las cosas. Pero si él se retiraba de la partida, como parecía que era su intención, ¿qué podía hacer ella para obligarlo a volver al juego? Abrió los ojos cuando se le ocurrió. ¿Se atrevería?

Reskan escuchó su propio jadeo de sorpresa cuando el fuerte tirón de la mano femenina hizo desaparecer su toalla. Le costó dos segundos vislumbrar la sonrisa presumida de su dama antes de sujetarle la nuca y arremeter con su lengua en su incitante boca. Al diablo con su reticencia. Intentaba ser un caballero, pero nunca lo tacharían de estúpido y de no cogerlas al vuelo. Fue un beso avasallador, duro, exigente, que le lastimó los labios, pero ella lo disfrutó al máximo y dio a la vez que recibió. De hecho, participó tanto y de tan buen grado que cuando sintió las manos de él apretando con firmeza sus pechos desnudos y el placer de no tener las barreras de la ropa, se dio cuenta de que no solo le había quitado la camisa y la camisola, sino las botas y los pantalones, dejándola tan denuda como estaba él. Parpadeó asombrada de haber llegado a ese punto en el lapsus que duraba un beso. «Pero qué beso, Señor».

Cuando aquel demonio le pellizcó con vigor los dos pezones dejó de pensar en nada coherente y se limitó a sentir y a gozar. Era extraño, pero también le apetecía de aquella manera. A pesar de ser tan solo su segunda vez, de que era un mundo desconocido para ella y de que suponía que tendría que estar mimándola y todo eso, las caricias bruscas, casi salvajes, la excitaban de una manera que la asustaba. Quizá se debiera a la preocupación y el enfado que aún sentía contra él por haberse marchado solo durante tantos días o porque habían pasado meses desde la única vez que la había tomado, pero podía notar la urgencia de ambos, la insatisfacción provocada por esos meses de abstinencia… Bueno, al menos la suya, porque dudaba mucho que él se hubiese mantenido célibe todo ese tiempo…

Soltó un pequeño grito cuando Reskan le mordió el pezón, no con violencia, pero sí con la suficiente presión como para llamarla al orden. Era obvio que había notado su leve falta de atención y no estaba dispuesto a tolerarlo. Bajó la vista y vio sus ojos fijos en ella mientras chupaba el pezón con lametazos fuertes y rápidos a la vez que masajeaba el otro pecho. Quería ver su expresión en todo momento, no perderse detalle, calibrar sus reacciones frente a todo lo que le hacía y fue entonces cuando la mujer se dio cuenta de que a la luz del atardecer *toda ella* era visible. Lo meditó, también él lo sería. Sujetó su cabeza con las dos manos y la apretó más cerca de su seno.

Reskan se dejó caer de rodillas al suelo y sin dejar de mirarla apoyó las manos en el interior de

sus muslos, haciendo palanca para abrirle las piernas. Las pupilas femeninas se dilataron, anticipando algo que desconocía. Su amante se fue acercando con lentitud, sin romper en ningún momento el contacto visual, hasta que estuvo a escasos dos centímetros de su pubis y sopló con suavidad contra él. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo en respuesta y una sensual sonrisa, muy masculina, apareció en los hermosos labios del hombre segundos antes de que se adelantase del todo y se zampase de un bocado el exquisito manjar que suponía su sexo húmedo y caliente.

Kana casi se ahogó en su propia saliva, el suave gemido que salió de su garganta se quedó atascado a medio camino, la respiración se le volvió irregular e imprecisa y las rodillas se le doblaron. Reskan la sujetó por la cadera en un movimiento dominante y con la otra mano abrió los pliegues de su sexo y chupó, lamió y mordió con los dientes de manera voraz, sobre todo cuando encontró el capullo, ya hinchado y lo sorbió con los labios y ella gritó, angustiada, porque quería más y gracias a su experiencia previa con él, sabía qué. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, perdida en el mar de sensaciones que la atravesaba y sintió el fuerte tirón en la cadera. Su boca dejó de crear magia.

—No dejes de mirarme o pararé. —Ordenó con voz casi irreconocible por la fuerza de sus emociones pues estaba muy excitado. Ella asintió solemnemente a pesar de la vergüenza, sabiendo que no había dejado de observarla mientras le hacía todo aquello, pero por nada del mundo haría algo que lo obligase a detenerse—. Di mi nombre. —Exigió con una intensa mirada en sus brillantes ojos. Ella se tensó. Sabía por qué le pedía aquello. Sería una declaración silenciosa de que quería que le hiciese el amor aun sabiéndole el asesino de su madre y a pesar de cuánto le deseaba se sintió incapaz de cometer aquella traición tan abierta. Él lo entendió, como confirmaron sus palabras—. Necesito saber que este momento es nuestro. Que está por encima de todas las charadas que llevamos días interpretando. Que es real. No se trata de nada más. —Kana lo miró, tan hermoso, tan imponente, de rodillas entre sus piernas, con la cara casi enterrada otra vez entre sus muslos y los ojos dos ascuas ardientes que la quemaban viva. Y decidió que sí podía vivir con lo que le pedía.

—Res…

Algo cambió en su expresión, no pudo decir qué, aunque era algo importante que no hubiese querido perderse, pero su boca entera estaba de nuevo probando su sabor y ya no quedó espacio para nada más. Lo vio hundir profundamente el dedo corazón en su interior y casi se dejó caer de rodillas por la impresión de sentirse penetrada una y otra vez, mientras succionaba con fuerza sobre su clítoris, siempre manteniendo enganchadas sus miradas. Cuando creía que no podría soportarlo más, Reskan añadió el dedo índice a la ecuación, consiguiendo un lastimero sollozo por parte de la joven, que le agarró del pelo y aplastó su cara contra su pubis, incapaz de hacer nada más que jadear buscando aire. Los dedos se movían cada vez más rápido, en perfecta comunión con los vaivenes de su lengua, las sensaciones eran exquisitas, y Kana supo que aquella dulce tortura se acercaba sin remedio al final. Entonces sintió la mano izquierda de Reskan recorrer con lentitud su cadera hasta sus nalgas, trazar con pereza la hendidura que las separaba y sin previo aviso, introducir la punta del dedo corazón en su ano. La impresión fue tan grande que se rompió, trayendo consigo un orgasmo tan intenso, tan arrebatador, que no pudo evitar gritar hasta que creyó que levantaría los cimientos del castillo. Supo, por la intensa y dura mirada del hombre, mientras rebañaba los jugos de su hinchada vulva, que a él le había encantado enardecerla hasta ese punto.

Poco a poco se levantó, todavía sujetándola, con seguridad sabiendo que de no hacerlo sería incapaz de mantenerse en pie por sí misma y con paso felino la fue empujando hasta la única pared libre de ropas de todo del vestidor. Cualquier otro hubiese considerado esa táctica

intimidatoria, pero Kana pudo ver en ella lo que era, pura arrogancia masculina, un hombre en el más alto grado de excitación en busca de su parte del botín, porque él no había hecho sino comenzar aquella escaramuza. Su enorme, duro y rígido falo se le clavaba en el vientre y exigía atención inmediata. Como su dueño, que devoró su boca en un exigente beso, lleno de su propio olor y sabor, algo que la enardeció de nuevo. Cuando su espalda chocó contra la pared y antes de que pudiese preguntarse qué sucedería a continuación, Reskan interrumpió el beso, la cogió de las caderas con ambas manos, la levantó en vilo unos centímetros y con un fluido movimiento la ensartó sin miramientos con su gran espada.

Kana gimió. Fue un gemido largo, grave y sensual, por completo femenino y claramente de placer. Los cristalinos ojos de Reskan no habían perdido detalle de su expresión ni tampoco ella de la de él, así que pudo ver cómo apretaba los dientes y disfrutaba durante unos segundos la sensación de estar de nuevo dentro de ella. Después, salió casi por completo de su interior, sacando toda su magnitud y con otra poderosa embestida volvió a incrustarla contra la madera y otra vez y otra y otra y otra, cada vez más fuerte, más rápido, más duro, incluso haciéndole un poco de daño, pero así y todo le gustaba mucho, demasiado para protestar por nada, ni siquiera porque no conseguía encontrar aire para sus pulmones. Hacía rato que su instinto la había llevado a rodearle los duros glúteos con las piernas, clavándole los talones cuando él arremetía con violencia, maravillándose de la agilidad con la que la manejaba a su antojo, absorbiendo el peso de su cuerpo como si fuera una extensión del suyo propio.

Reskan volvía a dedicarle su más absoluta atención a sus pezones, tan duros que le dolían mientras sus manos aferraban sus caderas como tenazas, en un claro gesto de dominación.

Las acometidas se volvieron frenéticas, bestiales, a los dos les costaba tanto respirar que jadeaban descontrolados, los cincelados rasgos de Reskan estaban tensos de emoción, sus ojos del color del acero, el pelo de Kana era una maraña que caía alrededor de ambos, sus pechos subían y bajaban al compás de cada envite y la abrasadora boca del hombre cayó una vez más sobre la de ella, asolando todo a su paso.

—Dámelo, mi vida —murmuró contra sus labios. Volvió a besarla con frenesí, empujando su verga más adentro, cogiendo sus glúteos con ambas manos y mientras la penetraba con fuerza abriéndoselos un poco más cada vez—. Córrete, ahora. —Ordenó esa vez con voz tensa y eso fue lo que hizo porque ya no podía contenerlo más.

—¡Reskan! —gritó sin querer en medio del orgasmo y aquel gesto fue lo único que él necesitó para lanzarse en picado hacia su propio coito, intenso, arrollador, abrasador.

Kana sintió el torrente líquido del semen masculino llenarla por dentro y notó cómo su orgasmo renacía. Las convulsiones regresaron y su vagina se apretó varias veces contra el pene, estrujándole como si quisiera robarle todo su poder.

Sin ser capaz de hacer nada más, él apoyó su frente contra la de ella y rezó por ser capaz de encontrar su corazón de nuevo. Cuando sintió que las rodillas ya no le temblaban y recuperó el resuello, enterrado todavía en ella y rodeado por sus largas piernas, se dirigió tambaleante a la atrayente y enorme cama y se desplomó en ella con su maravillosa esposa encima suyo. Y así, aún unidos y abrazados, los dos se quedaron profundamente dormidos. O terriblemente muertos, según se mirase.

Cuando Reskan se despertó no lo sorprendió encontrarse solo en la cama. De hecho, lo que lo había sacado del profundo sueño en que se encontraba era la desagradable sensación de que le faltaba algo crucial. Y claro, su flamante y hasta entonces complaciente esposa no estaba. Así que una vez pasado el momento de pasión descontrolada se lo había replanteado y había huido,

como siempre. Bueno escapado no, ese no era su estilo, pero estaría lamiéndose la heridas en alguna parte y afilando la espada con la otra mano, planificando su quinta o sexta manera de matarlo.

El estúpido era él por pensar que un buen revolcón cambiaría de algún modo las cosas. Bien, uno muy bueno, el mejor hasta el momento. Y habían sido muchos, innumerables, pero sexo nada más, por lo que parecía.

Lo que le carcomía era que nunca se había mostrado tan agresivo con una mujer, pero la necesidad, el deseo reprimido durante tanto tiempo, los negros celos, la posesividad tan grande que sentía hacia ella, las tremendas ganas de marcarla como suya, incluso hacia sí misma, el miedo visceral que había sentido cuando comprendió que habían llegado hasta ella al colocar la cabeza de la yegua a escasos centímetros suyos y los diez días de infructuosa búsqueda de aquellos cabrones…Todo parecía haberse sumado para que se comportase como un animal, como una bestia con la mujer a la que más quería cuidar y proteger. Su naturaleza era la de defender y auxiliar a todo aquel que lo necesitase, pero esencialmente y por encima de todo a las mujeres y a los niños. Su instinto hacia a ellos era caballeroso y en extremo protector y en relación al sexo siempre había sido generoso, complaciente y suave. Bueno, a menudo algo insaciable y osado en ocasiones, pero nunca nada comparado con lo que había experimentado ese día con su mujer. Jamás había tratado a una dama ni dado el caso tampoco a una fulana, de manera tan cruel, como un bruto sin escrúpulos, aunque parecía que ella lo había disfrutado. Él sintió sus orgasmos, Dios, vaya si los sintió, aún le palpitaba el glande al recordarlo…

Pero algunas de las cosas que le había hecho… Muchas señoras de buena crianza no aceptarían de buen grado que les introdujesen el dedo en… Bueno, no lo tolerarían y punto. Y no había sido su intención consciente hacerlo, pero estaba tan excitado y de repente le apeteció tanto probarlo con ella… Miró hacia su verga y comprobó, ofuscado, que la tenía dura como el granito. Joder, había sido con diferencia el mejor sexo de toda su vida.

Pero ¿y si la había lastimado? ¿Se había marchado por miedo? O peor aún, ¿estaría curándose las heridas? Se levantó de la cama de un salto y comenzó a vestirse a toda prisa, maldiciendo a diestro y siniestro.

Tardó una hora en encontrarla. Estaba sentada a orillas del río, con las mismas ropas que llevara unas horas antes, los pies descalzos balanceándose dentro del agua, la cabeza cabizbaja y la mirada perdida en el agua, que corría tranquila, ajena a las lágrimas que caían sin cesar por las pálidas mejillas de la joven.

Si en ese momento un despiadado asesino hubiese corrido hacia él y lo hubiese apuñalado varias veces en el corazón, Reskan no hubiese sentido tanto dolor como estaba experimentando en ese momento. De hecho las punzadas que le laceraban el alma eran tan fuertes, que tuvo que apoyar la mano en el tronco de un árbol para sostenerse, incapaz de soportarlo durante unos instantes.

Frente a él tenía la confirmación que había ido a buscar. La había lastimado, si era física o mentalmente aún lo ignoraba, era probable que ambas y saber que le había hecho eso a su guerrera y siempre fuerte esposa le quebró la voluntad. Se volvió en silencio, dispuesto a salir de su vida para siempre, pero ella lo escuchó y giró la cabeza para verlo. Con la manga de la camisa se secó la cara y se incorporó despacio. Aunque lo intentó, no pudo ocultar el gesto de dolor que cruzó su rostro y Reskan exhaló con fuerza como si la mole de Eclipse le hubiese dado un puñetazo en pleno estómago.

Se notaba que la mujer se había vestido a toda prisa porque los faldones de la camisa no

estaban remetidos por todas partes y algunos de los botones estaban desabrochados. Recogió las botas y el arco con las flechas que Reskan no había visto e intentó pasar a su lado. La cogió de la muñeca sin pensarlo y ella se sacudió, soltándose, como si él fuese una serpiente. Aquello dolió. Mucho. Pero se lo merecía.

—Kana, lo siento. Lamento terriblemente haberte lastimado. En aquel momento no era consciente de que lo hacía o no habría ocurrido. Solo puedo decir que era presa de una lujuria intensa y largo tiempo ignorada y de otras emociones muy difíciles para mí de explicar. Sé que no es una excusa plausible por haberte violado y que merezco cualquier cosa que quieras hacerme, pero te juro por Dios que nunca he pretendido hacerte daño. Yo solo… —Se le quebró la voz. Tenía un nudo tan grande en la garganta que era incapaz de hablar, a pesar de saber que le debía muchas más disculpas que esas. Cuando se atrevió a mirarla a los ojos vio asombro e incredulidad en las profundidades violetas, dos emociones que no supo interpretar. Y mucho menos en el estado de nervios en el que se encontraba. Ella tardó todavía unos momentos más en reaccionar. Parpadeó dos veces. Después cerró la boca. Volvió a abrirla.

—¿Piensas que me has herido? —preguntó con voz neutra.

—En más de un modo, lo sé.

—No seas idiota. Los dos lo disfrutamos. —Se ruborizó con intensidad al admitirlo. Una vez pasado aquel inquietante momento de pasión audaz, volvía a ser la mojigata sexual de siempre —. Eres demasiado experimentado como para no saber eso. —Llegados a ese punto su cara parecía un tomate, uno muy maduro.

—Lo que sí que he comprendido es que fui bastante duro contigo y que me comporté como un salvaje. —Vaciló y después pareció tomar una determinación—. Y que te hice cosas que no se le hacen a una dama.

Kana recordó *ese* detalle. ¿O se refería a otra cosa? Sus vivencias en aquel campo no eran tan bastas pero su mente se empecinaba en regresar una y otra vez a aquel en concreto. No lo admitiría ante nadie más, pero reconoció para sí que le había gustado. Había sido un toque tan sutil, tan suave, que aceleró y acrecentó su clímax.

—¿Y por qué me lo hiciste? —Pensó en mentirle, pero no habían llegado hasta allí para joderlo ahora.

—Porque me apetecía mucho. Y porque pensé que no te haría daño. —Ella lo miró durante un minuto entero, sin reflejar nada, sin parpadear siquiera.

—Lo disfruté. —Soltó al fin. La sorpresa se reflejó de inmediato en el rostro de su marido y decidió que era mejor sacarlo todo ya—. Y en cuanto al resto —Hizo un gesto con la mano, descartando sus anteriores argumentos—, también me gustó, así que olvídalo.

—Por supuesto que no voy a hacerlo. Sé que te he hecho daño, en cuerpo y alma y eso no puede arreglarse. *Yo no puedo arreglarlo*. —Su voz era dura, inflexible.

—¿No me has oído? Fue bueno, estuvo bien. Nada de dolor ni humillación. Es lo que ambos necesitábamos y gocé intensamente. —Cerró los ojos un segundo y volvió a abrirlos—. Tres veces. Así que déjate de lamentaciones por daños irreparables que solo están en tu imaginación.

Rápido como un rayo Reskan estuvo a su lado, sus manos sobre ella, desabrochándole los pocos botones que tenía en su sitio. Se coló dentro de la abertura de la camisa y sacó sus pechos. Lo que vio lo dejó sin aliento. Los pezones estaban rojos por la abrasión, con marcas más que evidentes de dientes y los senos estaban llenos de moratones verdes y amarillos que al día siguiente se habrían vuelto morados. Sin preocuparse de la indignación de la joven, que intentaba por todos los medios ocultarlos de su vista, el hombre centró su atención en la cinturilla de los pantalones y también los desabrochó. Ella se resistió como una gata, por supuesto, pero él los

bajó lo suficiente como para poder ver sus caderas y su trasero, igual de magullados y cubiertos de cardenales. Retrocedió, tambaleándose, permitiendo así que la joven volviera a vestirse, su cara un claro reflejo del horror que sentía.

—¿Así que esos hematomas que envuelven tu cuerpo son producto de mi imaginación? —Su voz era tan dura e hiriente como una espada, pero Kana sabía que no iba dirigida contra ella sino contra sí mismo. Tenía que parar aquello. En ese instante.

—Son consecuencia de un momento de apasionamiento. Mi piel es muy sensible y fuimos un tanto… fogosos. Pero fuimos es la palabra clave.

—No, *yo* fui el violento y *tú* aceptaste todo lo que te impuse. Hay una diferencia abismal en ello.

—Maldito seas, Reskan Cetriar. ¿Voy a tener que decírtelo con todas las palabras? ¡Nunca, ni en mis sueños más locos, imaginé que podría disfrutar tanto haciendo el amor con un hombre y cuando llegué a la culminación sentí tantísimo placer que llegué a pensar que me desmayaría en tus brazos! ¡Y te odio todavía más por ello, porque eres el criminal que mató a sangre fría a mi madre y aún puedes hacerme arder en una cama o contra una pared, suave o duro, de día o de noche, pero solo tú, cabrón!

Ella agrandó los ojos, incapaz de comprender cómo había podido desvelar tanto. Se quedó allí parada y la tensión empezó a acumularse en su delgado cuerpo, en su afilada y siempre colérica mirada.

—Estoy harto de oírme llamar asesino cuando no es cierto. —Y era cierto, lo había escuchado tantas veces en los últimos meses que si seguían restregándoselo por la cara verdaderamente iba a liquidar a alguien.

—¡Tú la mataste!

Reskan decidió que había llegado el momento de enfrentarse a la verdad, por muy difícil que pudiese resultar.

Por eso se encontraba en aquella situación, con el corazón desbocado, el miedo atravesando todos sus nervios y frente a esa mujer que en tantas ocasiones le había asegurado que lo odiaba.

La creía, por supuesto, demasiadas veces lo había demostrado y debía admitir que bajo el punto de vista de la joven tenía motivos para hacerlo.

Suspiró. Estaba cansado de aquella guerra fría, necesitaba que de una vez por todas creyese en él, que el rencor desapareciese para así decidir si tenían alguna posibilidad juntos. El problema era como llegar hasta ella.

Allí, frente a él, los puños apretados con fuerza, el cuerpo tenso como la cuerda del arco que sostenía en una de sus manos, los ojos despidiendo veneno y la boca una línea de furia, de repente le pareció demasiado agotador hacer el esfuerzo.

Demonios, si le sorprendía que ella no hubiese intentado ya clavarle una flecha en el corazón. Debía de estar deseándolo y sin embargo algo la retenía. Eso le dio la esperanza y la fuerza que necesitaba para actuar.

—Sé que estoy en tu país y que te mueres por ensartarme con ese precioso arco. Sé que crees tener razones suficientes para odiarme y debo admitir que las pruebas me condenan. Solo te pido que me escuches y si después sigues sin creer ni una sola palabra de lo que he dicho, volveremos a esta guerra sin sentido hasta que alguno de los dos acabe con el otro. —La miró a los ojos con intensidad, intentando descubrir si lo había escuchado. Parecía como ida, como si su mente estuviese en cualquier otra parte, lejos de lo que la rodeaba, de él—. Kana, permite que dé mi versión de los hechos. Creo que después de tantos años al menos merezco eso. —Al fin lo miró y parpadeó varias veces, como si acabase de descubrir su presencia y no estuviese segura de lo que

en realidad veía. «Ahora», pensó el príncipe. «Ahora alzará el arco, tensará la cuerda y atravesará mi cuerpo como si fuese de mantequilla. Y no haré nada por impedirlo porque si con eso consigo que vuelva la luz y la tranquilidad a su vida habrá merecido la pena».

Pero Kana hizo algo que no se esperaba. Soltó el arma, que cayó al suelo con un sonido seco, se acercó a él y esperó muy quieta.

—Di lo que necesites decir, Cetriar. Y luego déjame sola.

Aquella era su oportunidad, la única que iba a darle y sin embargo estuvo a punto de desaprovecharla y marcharse. Le pareció que ella estaba en un momento muy difícil e inestable y que no debía utilizarlo en su favor, pero una voz interior le susurró: «¿Y si no hay otra vez? ¿Si este es el momento y el lugar?».

Se lo contó todo. Cada detalle, cada palabra dicha hasta el momento de encontrar muerta a Atriana. Sus emociones al hacerlo, el dolor desgarrador, el odio y el sentimiento de traición.

Abrió su corazón como jamás lo había hecho con ninguna otra persona, ni siquiera con su padre o Helailla. Fue tan sincero como pudo en todas sus emociones y cuando terminó se sintió vacío, pero también más pleno y tranquilo que en mucho tiempo.

Por fin se decidió a mirarla, dispuesto a encontrar el odio al que casi se había acostumbrado, el gesto irónico que demostraría que no le creía en lo más mínimo. En cambio vio las lágrimas rodando por sus mejillas, el dolor en sus ojos y sintió que por un efímero instante, en aquel pequeño y tranquilo claro a orillas del río, su esposa le permitía ver, imaginó que sin ser consciente de ello, una parte de ella que nunca estaba a la vista. Y era la de una joven confundida, solitaria y muy frágil, como la niña que una vez conoció.

—¿Me crees? —preguntó con el aliento contenido y un nudo en el estómago que se tensaba con cada minuto que pasaba sin que ella hablase—. Necesito saberlo —susurró.

Ella no dijo nada. Ni lo acusó de nuevo ni lo exculpó. Tan solo se dio la vuelta y se marchó sin una mirada atrás. Reskan no la siguió, no intentó convencerla con más argumentos, no los tenía tampoco. Su rechazo había sido tan completo, tan evidente. Tan aplastante. Preferiría que lo hubiese apuñalado allí mismo y lo hubiese abandonado para que se desengrase o lo rematasen los lobos. Aquel despreciativo silencio era mil veces peor.

Hundido hasta lo más profundo de su alma recogió el arco y las flechas de su esposa y montó en su caballo, sin tener ni idea de adónde dirigirse.

Kana tampoco apareció a la hora de cenar y eso lo distrajo lo suficiente de su miseria como para reaccionar por primera vez en horas. Todos los presentes en la mesa habían notado no solo su ausencia sino también su propia actitud abatida y distante aunque él no se había molestado en darles una explicación tanto de la una como de la otra. Por otra parte, que la muchacha estuviese fuera de noche no le hacía ninguna gracia, sobre todo con alguien empeñado como mínimo en asustarla, aunque dudaba que ese fuese su objetivo final. Detrás de la sangrienta y bien planificada muerte de la yegua había un propósito definido que aún desconocía, pero su instinto le indicaba que no presagiaba nada bueno para la integridad física de su mujer. Y aquella estúpida andaba pavoneándose por allí en plena noche, llamando a gritos al peligro.

Así que hizo lo que se había prometido no hacer, abandonó la mesa sin terminar de comer ante las atónitas miradas de unos y las sonrisas mal disimuladas de otros y por segunda vez en el día volvió a salir tras ella entre maldiciones inútiles.

Esa vez le costó solo media hora hallarla, aunque su suerte se debió únicamente a que decidió empezar la búsqueda del tesoro por el interior del castillo. Estaba en las almenas, sentada con las rodillas abrazadas y la espalda apoyada en la piedra. Parecía encontrarse muy cómoda, como si hubiese estado muchas veces allí, en esa misma postura pensativa e inestable, así que intentó

relajarse y no tirarse sobre ella para arrastrarla a un sitio seguro. Su mirada serena observaba el horizonte, iluminado por la luna llena, y su cuerpo no pareció tensarse cuando notó su presencia, como sucedía siempre. Pensó en marcharse, ahora que la sabía a salvo y empezó a hacerlo, pero ella levantó la vista y sus ojos lo engancharon, limpios, puros y directos, sin rastro de odio ni rencor, sin sombras ni desprecio. Era como estar viendo a una mujer nueva, del todo diferente a la que había conocido hasta entonces. Reskan parpadeó, indeciso. Al final tuvo que hacerlo. Preguntó.

—¿Qué ocurre? —Ella siguió inmóvil, sin darle ninguna pista—. Sé que no me creíste, así que, ¿por qué me miras de ese modo?

—Sí te he creído. —El silencio inundó la noche durante lo que pareció una eternidad. Al fin él susurró en voz tan baja que ella apenas alcanzó a escucharlo.

—¿Qué has dicho? —Kana se bajó del muro y se sentó en el suelo, en la misma postura de antes. Alzó la mirada hacia él.

—He dicho que te creo. —Reskan se dejó caer de rodillas a su lado, aturdido y, por qué no admitirlo, vulnerable.

—Pero me diste la espalda. Te abrí mi corazón, te lo conté todo, incluso cosas que no le he dicho ni a mi propia familia y tú levantaste tu nariz respingona y te largaste sin más, sin una mísera palabra ni a favor ni en contra, demostrando así de la manera más efectiva tu completa condena. —Su voz se había ido endureciendo con cada palabra que decía, también su expresión. Tenía los puños cerrados con fuerza apoyados en sus muslos, pero ella no se preocupó. Sabía que no la lastimaría, al menos físicamente. Tragó saliva, ahora era su turno de abrir su propio corazón. Se lo debía y los intereses de diez años superaban con creces la cantidad adeudada.

—En ese momento, junto al río, no me paré a pensar en cómo interpretarías mi silencio. Tan solo necesitaba estar sola y pensar. Me iba a estallar la cabeza. Todo lo que yo pensaba, lo que había estado creyendo durante diez años, las bases, la cimentación de toda mi venganza, de mi única razón para vivir, acababas de destruirlo de un mazazo. De repente ya no eras el asesino de mi madre, en cambio yo sí había intentado matarte en varias ocasiones. Dios. —Se cogió la cabeza con las manos e inspiró aire con fuerza varias veces. Reskan alzó la mano para consolarla, impotente, pero no llegó a hacerlo, seguro de que no se lo permitiría. Más calmada, volvió a mirarlo—. Habías sido inocente todos estos años y yo no había querido verlo. Hubo gente que me avisó, pero no los dejé engatusarme porque, ahora lo sé, convencerme de que tú eras el malo simplificaba las cosas, mitigaba el terrible golpe de perderos a los dos el mismo día. El dolor, de haber sido inocente, me habría matado, pero creyéndote culpable, esa pena se convirtió rápidamente en odio y me proporcionó la fuerza para seguir adelante y jurar venganza. Y ahora todo eso se ha desmoronado como un castillo de naipes y te he tratado como a un perro. No solo merezco que me destruyas sino que además me estás ayudando contra el verdadero culpable de tantas muertes. —Su voz sonaba perpleja y aturdida, además de muy cansada. Él podía entenderlo, ahora que habían hablado, vislumbraba muchas cosas que antes se le habían pasado por alto.

—La vida nos ha puesto las cosas difíciles a ambos y actuamos como pudimos o supimos en cada momento. Ahora todo está claro y por encima de todo eres mi esposa. —Por primera vez ella se tensó de forma visible.

—Pero no quiero serlo. —Reskan se enderezó de golpe.

—¿Qué?

—Nada ha cambiado en ese sentido.

—Pero has dicho que me crees inocente y *realmente* estamos casados.

—Solo de nombre. La única realidad es que los dos nos vimos forzados a embarcarnos en esta boda. Nos presionaron, a ti tu estúpido honor y a mí nuestras familias y bien, ya está hecho y como está más que consumado no ha lugar una anulación, pero nadie me va a imponer un matrimonio que no deseo.

—¿De verdad quieres una unión a medias cuando podríamos disfrutar de una relación plena? —Su voz fue un susurro furioso, prueba de lo enfadado que estaba. Ella no lo miró esa vez al contestarle, sino que fijó la vista en el paisaje que se extendía más allá de él.

—Sí. Podéis haberme obligado a esto, pero el hombre que ocupe mi corazón y mi cama será solo mi elección. —Reskan la cogió con fuerza del brazo, en esa ocasión sí le hizo daño a propósito.

—Ningún otro hombre se meterá en tu cama. —Ella se soltó, pero solo porque él se lo permitió. Se frotó el brazo.

—Veremos. —Prometió, marchándose en un revuelo de faldas y enaguas.

La miró mientras se alejaba y desaparecía de su vista, los ojos entornados y las manos crispadas. Todo aquel que lo hubiese visto en aquel momento habría comprendido que era un fiero guerrero a punto de entrar en batalla. Una muy encarnizada. Menos su esposa.

—No, Kana, no lo veremos.

A la mañana siguiente Reskan se levantó de un humor de mil demonios, pero también con una férrea determinación en su mente. Si había logrado que Kana aceptase su versión de lo ocurrido aquel fatídico día tantos años atrás y por fin lo creía inocente, atribuyendo la culpa al verdadero asesino, Riork, bien podía conseguir que aquel simulacro de matrimonio que ella se empecinaba en llevar a cabo, se convirtiese en la relación verdadera que él pretendía formar, que ni por asomo se asemejaba a la visión de su dama. Él quería una esposa de verdad, un matrimonio auténtico. Quería confianza, fe, comunicación, hijos, una familia. Quería sexo, por Dios, todas las noches y a ser posible también por las mañanas, y aquella... Se obligó a inspirar muy despacio. Ella era más obtusa que la mula de Anar, el molinero, si pensaba, siquiera por una milésima de segundo, que le iba a permitir que otro hombre tocara uno solo de los pelos de su cabeza, no digamos ya tener un amante a jornada completa. La sola idea le provocaba tal remolino de emociones, tal marea de sentimientos en el corazón, tal dolor... que sintió unas irrefrenables ganas de coger su siempre altivo pescuezo y retorcérselo sin miramientos, tan solo dos o tres segundos, lo suficiente para verla ponerse roja... Sonrió con fiereza, o seis... Abrió los ojos como platos, observando sus manos, aferrando con fuerza uno de los postes de la cama, los nudillos blancos de tanto apretar. Lo soltó y flexionó los dedos, devolviéndoles la circulación y se dirigió a la ventana. Se obligó a permanecer allí veinte minutos completos, inmóvil como una estatua, rehaciendo su máscara exterior y aplacando a su Lucifer interior. Tenía que enfrentarse a su obstinada mujercita para hablarle de sus aventuras de los últimos días y no era conveniente que lo hiciese echando vapor por la nariz. Cuando sintió que volvía a estar en posesión de las riendas de su tempestuoso carácter se dirigió, sin prisa pero sin pausa, en pos de su estela. Por tercera vez en pocas horas.

Pensó que la encontraría en los establos, saliendo a su acostumbrada cabalgata matutina.

—Su alteza ya no monta. No desde... el incidente. —Confirmó el jefe de cuadras en tono apesadumbrado. Miró más allá de él, con un brillo apreciativo en su mirada y cierta esperanza también, pero se abstuvo de hacer el comentario que le subía por la garganta porque el ceño del príncipe no presagiaba nada bueno.

Reskan maldijo para sí. Aunque sabía lo especial que era aquella yegua para su esposa, con la

cantidad de monturas disponibles que había allí, pensaba que habría elegido alguna para seguir practicando un deporte que sin duda disfrutaba tanto. No imaginaba que estaría tan traumatizada que había abandonado la idea de montar para siempre.

—¿Dónde diablos estará metida a estas horas? —murmuró para sí.

—Si me lo permite, la vi hace dos horas. Se dirigía a Downcast. —Le obsequió con una sonrisa socarrona—. Llevaba una gruesa cuerda. —La sonrisa se acentuó. Reskan se limitó a mirarlo con fijeza, preguntándose por qué ese último dato le parecía tan gracioso. Cuando le resultó evidente que a pesar de su rango el hombre, que llevaba en su puesto muchos años, pensaba hacerlo sudar un poco por la respuesta que quería, capituló.

—¿Y? —El muy bastardo hasta se atrevió a soltar una risilla complacida antes de dejar caer el montón de estiércol sobre sus botas recién lustradas. De forma figurada, claro.

—Allí es donde vive la manada de caballos salvajes. Échele imaginación y descubrirá para qué quiere la cuerda. —Y mientras Reskan montaba a pelo en su enorme semental negro y salía a galope de allí, el otro se desternillaba de risa, apoyado en uno de los cubículos.

Cuando la encontró ella aún estaba sobre el risco, agazapada en silencio, observando a los animales que, ajenos a su presencia, pacían tranquilamente en grupo, hecho que cambiaría en un segundo si les hacían notar que estaban allí. Entonces, correrían como el viento, luchando por mantener su libertad... De reojo echó un vistazo a la cuerda y bufó bajito. Ella lo ignoró, tanto el sonido como su presencia y siguió mirando a los caballos un rato más hasta que despacio retrocedió y se alejó, esperando que él la alcanzase. Cuando lo hizo le bastó una mirada de refilón para darse cuenta de que estaba furioso.

—¿Qué haces aquí?

—Evitar que hagas alguna tontería.

—Mira, empiezo a sentirme acosada...

—¿Por mí? —preguntó sorprendido y ofendido.

—Parece bastante claro. Allí donde voy, te tengo soplándome en el cogote. —Una blanda y muy leve sonrisa asomó a los labios masculinos ante la imagen conjurada y ella entornó los ojos —. Déjame en paz.

—Oh sí, con tu padre intentando liquidarte, cabezas seccionadas junto a ti en la cama e intentando asentarte en el trono de un país que aún no está seguro de si te quiere en él, es muy seguro que andes por ahí sin protección.

—Creo que ya te he demostrado en alguna ocasión que soy muy capaz de defenderme. —Rebatió muy ufana.

—Ahora que lo mencionas, sí, la noche del rescate de Ivener así me lo pareció. —Los hombros de la joven se hundieron un tanto y se calló, por supuesto—. Zanjado eso, ¿podrías decirme qué, en nombre de Dios, haces exactamente *tú* aquí?

—Busco una montura adecuada. —Levantó la barbilla, desafiante.

—¿Buscas una montura adecuada —Puso especial énfasis en la última palabra— entre una manada de caballos salvajes?

—Me parece un sitio excelente para hacerlo. —No pudo remediarlo, aunque lo intentó con todas sus fuerzas durante unos segundos. Al final se rindió. Miró la infame cuerda—. ¿Y piensas hacerlo tú solita, armada con... una soga? —Kana adoptó una actitud defensiva, se cruzó de brazos y empezó a golpear el suelo con el pie.

—He venido a mirar nada más. A elegir, digamos. —La mirada de él la traspasó—. Y si la suerte me acompañaba, quizá la cuerda me viniese bien. —Admitió en voz baja. Muy baja. Reskan reprimió una sonrisa. Siguió mirándola un momento más.

—Ya. ¿Y a cuál le has echado el ojo? —Pensó en mentir y decirle que a ninguno en particular, pero le picaba la curiosidad por conocer su opinión. Le echó una mirada de reojo al enorme semental negro que él acostumbraba a montar y percibió la hermosura, la fuerza y el coraje del pura sangre. Era obvio que ese hombre sabía de caballos. Sin pensar en lo que hacía cogió su mano y volvió a deslizarse con sigilo hasta el borde del saliente, desde donde aún podía verse a la manada tranquila. Reskan miró sus manos entrelazadas y sintió que gran parte de la tensión del día lo abandonaba por arte de magia.

—Aquella —susurró excitada mientras señalaba con el dedo—. La presumida que se luce frente a esos dos gallardos potros. La gris con la melena negra. —Reskan observó a la yegua, de poco más de tres años, con mucho brío, patas largas y por lo que podía ver mientras se pavoneaba frente a los machos y luego se les enfrentaba, furiosa, cuando estos se tomaban pequeñas libertades, de bastante mal carácter—. ¿Qué piensas? —preguntó, impaciente. Solo la pregunta ya lo dejó anonadado. Ella quería saber su opinión sobre algo.

—Es una incitadora. Si no está preñada en estos momentos, lo estará dentro de poco. Dudo que puedas montarla muy a menudo. —Aquello le valió una dura mirada por su parte.

—Solo está probando sus efectivos, en plan inofensivo. Todas las féminas deben aprender a hacerlo, de todos modos. —Ese comentario le recordó a él su afirmación sobre echarse un amante si así lo decidía. Apretó la mano femenina en un acto reflejo y fue entonces cuando ella pareció recordar que aún lo mantenía agarrado. Lo soltó de un tirón y agachada regresó a donde quedaban fuera del alcance de los animales.

—Tiene buenas formas —admitió al fin, para dejar de mortificarla—. Zancada larga, patas esbeltas, mal genio, pero así os llevareis bien. —Observó, no sin cierto humor, que la sonrisa que estaba empezando a crearse en esos apetitosos labios se borraba al instante—. A pesar de no ser pura sangre es soberbia. —Concedió.

—¿Tan importante es para ti la raza?

—No necesariamente.

—El tuyo lo es. —Lo acusó.

—Yo soy más civilizado que tú.

—¡Ja! —Sonrió, no pudo evitarlo. Estaba tan hermosa, desafiándolo con aquellos puñales violetas, los brazos en jarras apoyados en las caderas, las piernas un poco separadas. Cuánto deseaba acercarse de un par de zancadas y besarla como Dios mandaba.

—Vamos, tenemos que irnos.

—Pero... —Echó una mirada furtiva hacia el claro. Era obvio lo que estaba pensando.

—No esperarás que agarre tu cuerdecita y me ponga a perseguir a la yegua de acá para allá, ¿verdad? —Señaló su chaqueta de impecable corte, el inmaculado blanco de los puños de su camisa, el elegante pantalón de ante que envolvía sus musculosas piernas.

—No, claro...

—Pues ven. —Desde su impresionante altura a lomos del caballo le tendió la mano, imperioso —. Tengo algo que enseñarte. —Kana suspiró por dentro. O caminaba otras dos horas, cosa que imaginaba no le iba a ser permitido de todos modos o le esperaba un suplicio de otra clase en brazos de su marido hasta llegar al castillo. Uno mucho peor que la otra alternativa. Cuando llegaron a los establos y Reskan la bajó del corcel empezó a alejarse con rapidez. El hombre le permitió salir al exterior y allí detuvo su retirada de manera rápida y eficaz, envolviendo su cintura en un abrazo íntimo y sensual. Le sentía duro y caliente a su espalda y todos los nervios de su cuerpo se tensaron en respuesta. Bajó la cabeza y le susurró al oído en un tono íntimo y erótico que le erizó el vello de la nuca—. Quédate aquí quietecita, tengo una sorpresa para ti. —

Ella intentó revolverse en sus brazos para verle la cara, pero su brazo de hierro la mantuvo firme en su posición—. No, no, si no cierras los ojos fuertes como una niña buena y sigues mis instrucciones al pie de la letra me llevaré mi regalo. —Tras un minuto de vacilación hizo lo que le pedía porque claro, al fin y al cabo era mujer y le gustaban tanto los presentes como a cualquiera. De repente él la soltó y escuchó como se alejaba. Se sintió una tonta allí de pie en medio del patio con los ojos cerrados. Estaba a punto de mandarlo todo al diablo cuando volvió a oír ruidos a su alrededor. Otra vez estaba a su espalda. Con la mano tapándole los ojos la hizo girar y luego la soltó—. Ya puedes mirar —dijo con voz muy suave.

Lo hizo y trastabilló hacia atrás varias veces, jadeando por la impresión hasta que el cuerpo de Reskan le impidió seguir retrocediendo, sintiendo sus manos en los hombros, tranquilizándola.

Durante unos segundos le pareció estar viendo a Princesa Escondida, golpeando el suelo con los cascos frente a ella, orgullosa y altanera, como era ella. Después pudo ver que esa potranca era mucho más joven, casi de la edad de Princesa cuando ambas huyeron de casa, pero...

—El parecido es sorprendente, ¿verdad? —El cálido susurro acarició su oreja, mientras su mano se deslizaba distraída por su cintura. Debería darle un manotazo y apartársela, pero estaba demasiado excitada por su regalo, y agradecida también, como para negarle esa pequeña licencia.

—¿Quién es? —preguntó emocionada. Él soltó una pequeña carcajada.

—Teniendo en cuenta que son como dos gotas de agua, adivinarás que son familia, para ser más exactos hermanas. —Ella giró la cabeza para mirarlo, sorprendida.

—¿Pero cómo...? —La tentación fue demasiado grande como para no cogerla con ambas manos. La silenció con un beso rápido y voraz, demasiado corto para su gusto, pero había que tener en cuenta el cariz público de la situación.

—Tu insultante e insufrible jefe de cuadras me contó que la madre de Princesa fue vendida hace unos años a un criador del este y bueno, en mi excursión de estos días pasé por allí y descubrí este tesoro. Pensé que te gustaría, ya que es una excelente yegua —lo dijo como si tal cosa, pero no la engañó ni por un momento. Hubiese lo que hubiese hecho durante esos diez días, él había ido de manera expresa a ver a la madre de su yegua para ver si tenía descendencia y encontrarle un sustituto adecuado para la que había perdido de manera tan dolorosa y aquello era una de las cosas más bonitas que nadie había hecho por ella. Sus pensamientos debieron reflejarse en su rostro porque él carraspeó, incómodo y con una palmada en el trasero la obligó a acercarse a la nueva adquisición, que era toda una belleza—. Tiene tres años y su anterior dueño dice que es rápida como el rayo y audaz como el viento.

—¿Y aun así se ha deshecho de ella? —preguntó extrañada mientras le acariciaba el hocico y la potranca bajaba la cabeza para olisquearle el cuello. Se rio encantada. Iban a ser grandes amigas.

—Por supuesto que no. Tuve que apuñalarlo en mitad de la noche y luego enterrar su cadáver detrás de la casa grande. Llevarme después la yegua fue pan comido. —Ella se lo quedó mirando con aire pensativo un momento, en el cual su corazón le martilleó con tal fuerza que le extrañó que no le partiese el pecho en dos. Después bufó con fuerza y siguió prestando atención a su mascota, como si simplemente hubiese estado sopesando si regañarle en serio o dejarlo pasar, como había terminado haciendo. Se sintió mareado del alivio—. Solo hacía honor a mi fama. —Se defendió enfurruñado.

—Por si no lo sabes, una vez te he considerado digno de mi confianza, mi fe hacia ti es inquebrantable. Reconozco que lo difícil es ganársela, pero ahora es tuya para siempre. —Concedió, sintiendo que debía aligerar el ambiente un poco—. Además, mientes fatal. —Reskan en efecto estaba algo sobrecogido pues saber que contaba con su lealtad era algo de un valor

incalculable para él. Lo que la joven parecía desconocer aún era que ella también tenía la suya y que eso por sí mismo ya estaba forjando un vínculo importante para asentar las bases de su matrimonio. Mientras la veía hacerle cariñitos a la yegua, se le ocurrió algo.

—Siento curiosidad por saber qué nombre le vas a poner —comentó con ironía. Kana abrió la boca para responder. Entonces la miró un largo momento y después observó los alrededores, pensativa

—Esperanza.

Al final la convenció para probar la yegua. No tuvo que insistir mucho, la verdad, se moría de ganas de sentir el viento golpeando su cara después de tantos días de inactividad, pero consiguió mostrar la debida reticencia para que su marido pensase que le había costado lo suyo. En realidad, si no había montado desde la muerte de Princesa era en gran medida porque de manera inconsciente había guardado luto por su querida amiga, acostumbrándose a su pérdida, pero también porque a pesar de las extensas caballerizas que poseía el castillo ninguno de los caballos parecía encajar con ella. Hasta entonces.

En ese momento, mientras el corcel negro intentaba ponerse a la par de ellas, reía dichosa por primera vez en muchos días, sin importarle haber perdido las horquillas kilómetros atrás.

Reskan maldijo por enésima vez desde que aquella lunática había empezado a cabalgar de manera salvaje. La velocidad a la que iban era no solo excesiva sino extremadamente peligrosa, pero no parecía que ella fuese a parar en un futuro cercano.

Senon, su caballo, era más rápido, sin embargo ninguno de los dos conocía la zona al nivel de Kana y él valoraba su propio pellejo, al contrario, al parecer, que su compañera. No obstante al observarla, la melena al viento, las mejillas sonrosadas, el aliento entrecortado, los ojos brillantes de placer... Era obvio que se estaba divirtiendo de lo lindo y no pudo evitar preguntarse cuánto tiempo hacía que no saboreaba el placer de las cosas simples de la vida. Él sabía que su existencia había sido triste y solitaria, marcada por la muerte y el abandono de las personas que más quería, perseguida por su padre, que la odiaba tanto que quería asesinarla y se cuestionó qué mal podía haber en una carrera descontrolada. También él la estaba disfrutando, qué diablos, tan solo era la preocupación por la seguridad de ella lo que lo atormentaba, pero era la mejor jinete que conocía, quizá incluso mejor que él mismo.

Cuando en plena galopada la vio volar por encima de un seto especialmente alto sin detenerse a pensarlo, dejó de respirar, aterrado. La muy zorra lo hizo sin problemas, pero a él le habían salido unas cuantas canas en las sienes, lo sentía. Apretó los dientes y le dio una orden silenciosa a Senon, saltando. La inyección de adrenalina al otro lado del macizo fue instantánea, como le habría ocurrido a ella. Se puso a su lado de nuevo y se sonrieron. Entonces, más porque los caballos habían llegado al límite que por unas sinceras ganas de parar, se detuvieron a descansar.

Los dos jadeaban cuando se bajaron de las monturas y de mutuo y silencioso acuerdo se dejaron caer en el prado de flores silvestres. Se limitaron a quedarse así, quietos y en silencio, mientras sus respiraciones y sus corazones se tranquilizaban, dejando que la paz del momento los envolviese.

—¿Y bien? ¿Qué has hecho mientras has estado fuera? —lo preguntó como al descuido, pero Reskan detectó la tensión subyacente en cada palabra. Quería saber. Y quería saberlo todo. Lo que desconocía era que estaba dispuesto a contárselo. Por eso había sugerido “el paseo”, para que entre los dos sacasen algunas conclusiones.

—Fui por esos cabrones. —La declaración sonó dura hasta para sus oídos, pero no había sido su intención suavizarla. Aún hervía de cólera cuando la recordaba cubierta de sangre y en estado

de shock.

—¿Y los encontraste?

—No. —Y lo había intentado con todas sus fuerzas, pero ni rastro de ellos—. Se los ha tragado la tierra. O son muy listos o han cubierto muy bien sus pasos. —Se incorporó con un movimiento natural, lleno de gracia animal, quedándose sentado. Cogió una bonita flor de grandes pétalos amarillos y se la puso tras la oreja con suavidad. El resultado, con su pelo tan rojo y sus ojos violetas, fue espectacular—. Pero estoy bastante seguro de que este ataque no ha sido cosa de Riork. —La miró, esperando su reacción. Y esta lo sorprendió. O más bien su falta de ella. Se limitó a mantener sus ojos fijos en él, inexpresivos y se tocó la flor con delicadeza.

—¿Por qué?

—Porque tu padre lleva tres semanas en Vodrak, que como muy bien sabes se encuentra a un mes de aquí, yendo a buen paso.

—Estás asumiendo que no habría mandado a alguien a hacerlo por él.

—En absoluto. Lo que estoy asumiendo en realidad es que su objetivo en Vodrak es reclutar un ejército. Así que si lo que tiene en mente es una ataque directo contra el país entero, no tiene sentido que ordene a un par de hombres que se introduzcan de incógnito, masacren a tu yegua y te obsequien su cabeza en la bandeja del desayuno. ¿Para qué? ¿Como una muestra de su poder? ¿De que puede llegar hasta ti y acabar contigo si quiere, dónde quiera y cuándo quiera? A ambos nos consta que preferiría hacerlo en persona y aun cuando de verdad hubiese enviado a otros a hacer el trabajo sucio por él, cosa que insisto no cuadra con su modus operandi, eso no le devolverá el trono, que es lo que ambiciona, así que lo mire por donde lo mire, no me convencerás de que Riork o alguno de sus esbirros estuvo aquí hace once días.

—No pretendo hacerlo.

—¿No? —preguntó, escéptico. Entrecerró los ojos cuando ella negó con la cabeza—. ¿Por qué? —Kana suspiró y se metió la mano en el bolsillo de la falda pantalón. Sacó algo que le tendió a regañadientes y Reskan lo cogió con cierta reticencia, no esperaba nada bueno de aquella actitud suya. Endureció las facciones cuando comprendió que en realidad era una bola de papel, arrugada y llena de sangre. Ató cabos con rapidez—. Dime que esto no ha estado en tu poder desde aquel día. —Su tono frío y controlado fue peor que cualquier grito porque el reproche era inequívoco.

—Entonces no estaba en condiciones de decírtelo y cuando lo estuve te habías marchado.

—Ya, pero ayer sí estaba aquí. ¡Y no me lo mostraste! —Esa vez sí gritó.

—¿Puedes decirme por qué no tuvimos esta conversación tampoco ayer? Yo sí, porque estuvimos muy liados acostándonos, confesándonos, perdonándonos y acordando un matrimonio de conveniencia. De hecho, me extraña que nos diese tiempo a tantas cosas, así que por eso lo estamos hablando hoy. —Reskan contó hasta diez para no contestar a algunas de las infamias de aquella descarada y luego desdobló con cuidado el papel. La sangre seca lo había vuelto duro y no quiso romperlo.

«Al fin estás aquí. Ahora morirás».

Kana lo estaba observando con detenimiento y pensó que si sus músculos fueran de piedra, en el momento de acabar de leer la nota se habrían roto en pedazos. Cuando levantó los ojos hacia ella pudo ver las llamas del infierno brillar en ellos.

—¿Quién… es…? —Articuló muy despacio las palabras, como si le costase hablar sin rechinar los dientes.

—No lo sé.

—¿Quién, Kana?

—Te digo que no lo sé. Y no me intimidas ni un poquito, así que no sigas ese camino. —Decidió sacarle la verdad de otra manera.

—¿Y qué significa "al fin estás aquí"? —«¿Esperabas que no lo captaría?», se preguntó. Por supuesto que lo haría. Al darle el mensaje contaba con que tendría que contárselo todo.

—Hubo otras dos misivas —admitió.

—Kana, si tengo que sacártelo a bofetadas lo haré, pero tardaremos menos si lo sueltas de una maldita vez, de golpe y sin dejarte nada.

—No te he pedido ayuda, ¿verdad?

—Ni yo te la estoy ofreciendo. Pero resulta que estoy aquí, metido hasta el cuello de intrigas y por lo que sé de asesinos varios. Y has sido tú quien me ha traído, si bien no con mentiras, sí con verdades a medias. Así que antes de que me ponga innecesariamente de mal humor, ¿qué coño está pasando? —Le echó una mirada femenina de esas que decían con total claridad que pensaba que ya estaba de un talante pésimo, pero terminó cediendo.

—Desconozco de quién se trata, tan solo puedo decirte que es quien secuestró a Ivener. —No vio mucha sorpresa en los ojos grises, sí cierta especulación, según iba armando piezas—. La primera nota decía: «Sé donde te escondes. Sé quien eres. Pagarás por ello». Estaba claro que alguien había descubierto mi verdadera identidad y pensé que se trataba de Riork, que jugaba conmigo antes de atraparme. En la segunda ponía: «Ella está conmigo. Vuelve». Por supuesto apareció a la vez que secuestraron a mi hija, así que la primera parte era obvia. No tenía muy claro adónde debía regresar porque en ese entonces estábamos en Daria. Ya lo sabemos.

—¿Y por qué, en nombre del Cielo, te has guardado toda esa información para ti?

—¿Te refieres a por qué no te lo he contado a ti? Porque mi familia está al tanto.

—Tu familia ahora soy yo. —Ella parpadeó, dos veces. Después, muy despacio, se quitó la flor de detrás de la oreja y la dejó caer al suelo. A Reskan le sentó como si le hubiese tirado el anillo de bodas a la cara, ese que aún no le había regalado, recordó.

—Mi familia son Dacross, mis abuelos, la pequeña Ivener, Kaileen, incluso Eclipse. Tú solo representas el mal menor entre la vergüenza de mi familia y el rechazo de mi pueblo. —Dicho eso se levantó con rapidez, cogió las riendas de la yegua y tan rápidamente como habían llegado, se marchó.

Reskan recogió la perfumada flor del suelo y la miró en silencio unos minutos, haciéndola girar entre sus dedos. Después, con la vista clavada en el camino donde había desaparecido su mujer, la estrujó sin piedad.

CAPÍTULO 20

Riork se paseaba inquieto por el amplio salón, recorriéndolo de un lado a otro sin parar. Parecía un toro a punto de embestir y quien lo observase casi podría afirmar que lo veía resoplar por la nariz y cocear el suelo con impaciencia.

Al fin y para el enorme alivio de todos los habitantes de la casa, se escucharon unos golpes en la puerta, y el sirviente anunció la llegada del visitante que esperaba.

El hombrecillo anodino permaneció de pie ya que no se lo invitó a sentarse en las lujosas sillas frente al escritorio que ocupaba el rey, mirándolo con aquellos ojos oscuros y fríos que tanto lo aterrorizaban. Apretó con ambas manos su sombrero, prácticamente esperando a que lo autorizase a respirar.

—Y bien, ¿qué has averiguado?

—Me temo que traigo malas noticias, Majestad. A decir verdad, las peores que podíamos esperar.

—¿Y cuáles serían esas terribles nuevas, Scrubb? —preguntó bajo una fingida capa de serenidad.

—La princesa ha regresado. —El rey parpadeó, confundido.

—¿La princesa?

—Su hija, señor.

—¡Ya sé quién es esa desgraciada! —bramó. El criado se encogió, asustado—. ¿Cuándo?

—Hace algunas semanas. El pueblo aún está algo reacio, sobre todo teniendo en cuenta quién es su marido, aunque el Consejo parece haberla aceptado y eso será suficiente por el momento para acallar las voces más escépticas…

—Para el carro. ¿Ya ha llegado casada? ¿Y a qué viene el comentario sobre la identidad del afortunado? ¿No es algún petimetre adinerado y terriblemente adecuado?

—No, Majestad, su Alteza se ha desposado con el príncipe Reskan Cetriar, heredero del reino de Vadia.

—¿¡Qué!? —rugió iracundo, levantándose y volcando la silla en el proceso—. ¿Se ha casado con ese cabrón? —Volvió a recorrer a grandes zancadas la habitación, incapaz de manejar todas las posibilidades que aquellos hechos conllevaban. Se detuvo en medio de la sala y dedicó su exclusiva atención al lacayo, a quien se le erizaron todos los pelos del cuerpo—. ¿Hay alguna otra extraordinaria cuestión de la que tengas que informarme?

—Bueno, nada tan relevante como esos dos, por supuesto. La familia de ambos al completo los ha acompañado, están reunificando las tropas, entrenándolas, fortaleciendo las defensas… Esas cosas. —Riork se limitó a mirarlo con fijeza, incapaz de hacer nada más aparte de matarlo a sangre fría y disfrutar de cada delicioso momento.

—¿Y su ejército se ha visto modificado de algún modo? —preguntó en tono monocorde.

—En unos cientos, sí, pero no podría ser más exacto en cuanto a ese dato. El tipo al que le sonsaqué la información, después de invitarlo a unas cuantas cervezas, estaba empezando a extrañarse con tanta preguntita y tuve que centrarme en temas no menos espinosos. —Sonrió, pensando que los datos que le había facilitado bien valían la gratitud del monarca—. Las mujeres, ya sabe. —El hielo pareció cubrir aquellos ojos casi negros, acuchillándolo sin piedad. Tragó con dificultad—. Solo para disimular, Majestad.

—Sal de aquí. Ahora.

El esbirro huyó tan rápido que tropezó con sus propias piernas y se desmoronó en el suelo. Sin atreverse a demorarse en recoger su aplastado sombrero, siguió corriendo sin mirar atrás y solo se atrevió a respirar de nuevo cuando estuvo relativamente seguro tras las puertas de roble, en el pasillo. Nunca podría quitarse la horrible sensación de que había salido vivo de aquella habitación por los pelos.

Y así era. Riork estaba tan rabioso que sintió cómo le temblaban las manos. *Necesitaba* matar a alguien. Eso siempre le calmaba los nervios y en ese momento los tenía destrozados.

Apenas podía creer que la hija pródiga hubiese vuelto y que lo hubiese hecho tan pronto, apenas había sacado él las alforjas de allí. Con la de esperanzas que había tenido en que se hubiese roto su maldito cuello en cualquier parte del mundo donde estuviese escondida… Si su información era correcta y suponía que lo era, aquella puta no solo tenía la suerte de su lado, ya que había conseguido eludirlo todos esos años, sino que era lista como una serpiente. Por lo visto no se parecía a su madre, la pusilánime Atriana, tan proclive a recibir palizas para proteger a su muchacha. Tan fácil de matar.

Y para grandísima y desagradable sorpresa suya, se había casado con su maldito segundo mayor quebradero de cabeza. Aún siendo un muchacho, Riork pudo percibir que un día lo buscaría, reclamando venganza. Nunca había podido entender por qué había tardado tanto y por supuesto jamás habría esperado que Kana lo trajese del brazo, como su esposo. Había estado seguro de que tras su astuta estratagema para culpabilizarlo de la muerte de su esposa, lo había convertido en el eterno enemigo de su hija, pero había infravalorado a aquella zorra, pues era obvio que buscaba aliados hasta en el infierno para conseguir lo que quería.

Lo más preocupante en sí era que junto a aquel atajo de usurpadores también habían llegado tropas de apoyo y mientras que a él le estaba costando sudor y una ingente cantidad de dinero recabar su propio ejército, ellos contaban con medio millar solo con los soldados de Traguian, a los que había que añadir los que hubiesen traído de Andrea y Vadia.

Buscó a ambos lados y su mirada encontró la botella de whisky. La cogió y la tiró con fuerza contra la pared de enfrente, disfrutando del sonido del fino cristal haciéndose añicos. Siguió el camino del licor chorreando pared abajo, hasta que hizo un pequeño charco en el suelo.

—¡Joder, joder, joder! —Cogió otra de las botellas, dispuesto a reventarla también, pero cuando ya tenía el brazo levantado y flexionado se lo pensó mejor, la destapó y se remojó el gaznate con un gran trago. Después puso de pie la silla que había volcado antes y se dejó caer en ella con la botella aún en su poder. Iba a tener que idear un plan B por si un enfrentamiento frontal no terminaba siendo una buena idea, pero fuera como fuese el resultado final de esa ramera estaba claro: iba a hundirla. En algún oscuro y frío agujero de aquel país que la había visto nacer. Y después echaría la suficiente tierra encima para que nadie pudiese encontrar sus restos jamás.

Los fríos y crueles ojos que miraban sin ver por encima de los dedos de cada mano unidos entre sí, apoyados en sus labios, apenas si parpadeaban mientras sopesaban el siguiente paso en su venganza contra Kana de Trarr.

Reconoció con una sonrisa maligna que el golpe de efecto que había supuesto la matanza de la yegua había sido una obra maestra. Había pretendido causar sensación, demostrarle que podía llegar hasta ella cuando se le antojase, hacerle lo que quisiera y que si no lo había hecho era porque no lo había deseado. Todavía. La última nota lo decía muy claro.

Aún hervía de cólera cuando pensaba que se les había escapado a sus hombres tiempo atrás.

La tenía en un puño gracias a la mocosa, después de tantos años de humillaciones y dolor por fin iba a hacer justicia… Tan solo para ver cómo la suerte le sonreía de nuevo, cómo sus paladines las rescataban a ambas. Libre y a salvo sin perder nada a cambio, como siempre.

Pero su fortuna estaba cambiando y sabía que el golpe de la yegua había sido duro, por eso lo había ejecutado así, con la precisión de un cirujano. En el silencio de la noche habían sido aún más sigilosos, sin huellas, sin pistas. Para que Kana supiese que seguía allí, tras ella, esperando su momento, degustándolo, soplándole en la nuca, empujando un poco más, hasta que la delgada cuerda que la sostenía se rompiese o terminase cortándola, aún no lo había decidido.

Porque lo único que sí estaba escrito en ese guión era que Kana de Trarr no subiría al trono de Traguian. No descansaría hasta que la viese muerta y ardiendo en el infierno, que era adonde pertenecía, como la novia de Lucifer que era.

Kana permitió que Apol la acompañase hasta el interior y puesto que no había ningún criado que lo hiciese, dada la hora tan avanzada de la noche que era, se encargase de quitarle el ligero chal que le cubría los hombros. No se lo había puesto porque hiciera frío, sino más bien lo consideró necesario a última hora, cuando el marqués vino a recogerla y lo pilló devorándole los senos con los ojos. La culpa era solo suya claro, por ponerse aquel atrevido vestido de muselina en tono azul oscuro, que apenas le cubría los pezones y dejaba al descubierto sus blancos hombros, pero como se había metido de lleno en una guerra abierta con su marido y en varios frentes, además, creyó que aquella era una verdadera declaración de intenciones.

Si bien era cierto que salvo alguna que otra insinuación sutil, su acompañante se había comportado con extrema corrección.

Así que se dispuso a despedirse con cortesía por una velada entretenida cuando el hombre la cogió en sus brazos y la besó con extremo ardor. Intentó protestar, sin embargo solo sirvió para que él aprovechase para introducirle la lengua en la boca y gimiese con deleite. Un deleite que fue solo suyo. Porque el beso, cuando misericordiosamente terminó, la dejó fría como un pez muerto. Irritada aunque mordiéndose la lengua con fuerza para no decirle cuatro cosas a ese fresco, consiguió deshacerse de él sin pronunciar palabra y cerrarle la puerta en las narices. Confundida por su falta de reacción y la excesiva de su nueva conquista se dirigió a la biblioteca, ya que se encontraba demasiado despierta para irse a dormir. Entró en la habitación y encendió una luz.

—¿Te has divertido, cariño? —La joven se sobresaltó al escuchar la voz arrastrada y algo confusa de la última persona a la que deseaba ver.

—¿Estás borracho, Reskan?

—Sí. ¿Crees que merezco el fuego del infierno por ello?

—No, mereces tener una buena resaca mañana.

—Oh, me abruma tu compasión.

—¿Esta discusión durará mucho? De repente estoy muy cansada. —No lo había oído levantarse, por lo que se sorprendió cuando la agarró con fuerza del brazo y la obligó a mirarlo.

—¿Te ha gustado su forma de besarte? ¿Te ha excitado tanto como conmigo? Dime, ¿le deseas de la misma manera que me deseas a mí en cuanto te toco? ¿Te hace sentir esto? —La besó de forma tan violenta que le lastimó los labios, pero la soltó tan de repente como la había cogido, en su cara había una expresión de rencor que sobrecogió el corazón de la joven—. ¿Y bien, cuál es el veredicto? —Kana volvió a darle la espalda y se dirigió al mueble de las bebidas, donde llenó un vaso con tranquilidad, tomándose su tiempo—. ¿Whisky? ¿También tú piensas emborracharte? —Lo miró de frente, el enfado comenzando a aflorar al exterior.

—Tú no estás ebrio, no quieras hacerme creer lo contrario. Estás siendo cruel de forma intencionada. —Miró un momento su bebida y se la tomó de un trago, notando cómo el líquido comenzaba a arderle en el estómago y se aguantó las ganas de toser.

—¿Ah, sí? Yo creo que todavía no has visto lo cruel que puedo ser, pero lo comprobarás, querida mía, no te quepa la menor duda. —Kana llenó un segundo vaso del líquido rojizo y lo contempló absorta. La expresión de él cambió, pero ella no se dio cuenta.

—Kana, no bebas más. No estás acostumbrada al alcohol y no te va a sentar nada bien. —Pareció no escucharlo porque se lo bebió con la misma rapidez que el primero.

—¿Vas a decirme que ahora te preocupa mi bienestar? No me hagas reír. —Sin embargo, ya comenzaba a sentir los efectos del potente licor. En su opinión el salón se movía en un ligero vaivén, mareándola. Logró enfocar la mirada hacia su dichoso marido, aunque no sin cierta dificultad—. ¿Quieres estarte quieto, maldita sea? —Aquello provocó una carcajada por parte del hombre—. ¿Y ahora de qué te ríes?

—De ti —le susurró al oído. ¿Cómo había llegado hasta ella sin que se diese cuenta? se dijo, quizá estuviera más borracha de lo que pensaba. Sus pies tropezaron y hubiese caído de no ser porque él la sujetó de la cintura—. ¿Cuándo has puesto este escalón aquí? —Res se rio entre dientes.

—No hay ningún escalón.

—Oh. —Fue todo lo que pudo decir.

—¿Nos sentamos? —sugirió con inocencia. Kana le dirigió una mirada asesina, estaba segura de que había querido decir que no era capaz de mantenerse de pie. «¿Pero acaso no es cierto?», pensó para sí.

—Sí, pero después de que me llene otra copa.

—No, basta por hoy.

—Ni se te ocurra decidir por mí, Cetriar. —Le previno ella, sus ojos meras rendijas.

—Me gusta más cuando me llamas Res. ¿Te has dado cuenta de que solo lo haces cuando estás caliente? —susurró junto a su boca.

—¿Caliente? —murmuró ella a su vez, mirando muy concentrada los labios masculinos.

—Sí, aquí —dijo mientras dos de sus dedos hurgaban entre los pliegues de su sexo. Ella bajó la vista de golpe y comprobó que con la otra mano tenía la falda de su vestido apretujada a la altura de la cadera.

—¿Qué crees que estás haciendo? —medio gritó, medio graznó.

—La verdad, no lo sé. Pero tengo muy claro lo que quiero hacerte.

—Pues no desboques tu imaginación, neandertal calenturiento. Ya te dije que este matrimonio no iba a seguir ese camino... —Sus lenguas empezaron a batirse en duelo en cuanto él se la metió hasta el fondo, anulando cualquier pensamiento, duda o rastro de esperanza de bloquear su poder de seducción. Cuando sintió sus manos por todas partes comprendió que el muy canalla había vuelto a desnudarla sin que se diera cuenta. Un par de minutos después, al abrazarla y sentir el calor de su pecho y su vello acariciando sus senos suspiró, frustrada. Había vuelto a hacerlo. Los dos estaban desnudos y cómo lo había conseguido sin levantarse ninguno del sillón representaba una incógnita para su cerebro embotado y encharcado de alcohol.

—No voy a hacer el amor contigo, Res —Ella no se dio cuenta pero él sí, de inmediato. Y una sonrisa lenta y sensual, de enorme anticipación y satisfacción emergió de aquellos hermosos labios.

—Claro que lo harás, amor. —La joven retrocedió y él la dejó apartarse. Lo miró con desvergüenza de arriba abajo y viceversa. Qué endiabladamente bello era aquel hombre, duro,

grande, caliente y musculoso y todo suyo si lo reclamaba. Tomó una decisión, a pesar de que el mundo daba vueltas a su alrededor. En verdad debía aprender a beber o abstenerse de hacerlo, pero el alcohol sería lo único que le infundiría valor para hacer lo que tenía pensado en ese momento.

—Todavía no te he agradecido como te mereces tu regalo. —Durante un momento la miró aturdido. Después comprendió que se refería a su nueva yegua.

—Hazlo ahora. —Exigió con voz grave por el deseo.

—Sí, pero antes quiero tu promesa de que me permitirás hacerlo a mi manera.

—Kana...

—Sin peros. Te compensaré, pero deberás prometerme que no te impondrás hasta que haya terminado contigo. —Se lamió los labios, juguetona—. Y yo te prometo algo a cambio. Si eres hombre, te va a gustar. —El miembro enhiesto corcoveó, alzándose frente al desafío implícito, así como a los placeres prometidos. Los ojos masculinos se oscurecieron y trató de agarrarla, pero ella fue más ágil y retrocedió de un salto—. Prométemelo, Res, o esta vez tendrás que forzarme para tenerme. —Él estaba seguro de que no sería así, pero tampoco quería una amante reticente, ni siquiera lo que durara un latido del corazón. La quería dispuesta, más que eso, la deseaba ansiosa. Y si ella quería explorar un poco antes, pensar que tenía las riendas un rato, que controlaba la situación, pues que así fuera. Asintió—. Tu palabra. —Exigió.

—La tienes, maldita sea, pero deja de escabullirte.

Una lenta y muy satisfecha sonrisa apareció en los labios femeninos antes de que se acercase despacio hasta colocarse entre las piernas abiertas del hombre que seguía sentado. Empezó a incorporarse para levantarse, pero ella colocó sus manos en los fuertes hombros y meneó la cabeza en señal de negación.

—Quédate donde estás. —Una pequeña señal de fastidio apareció en los ojos grises, pero obedeció sin rechistar y en cambio intentó cogerla de las caderas para subírsela encima, lo que le supuso un fuerte manotazo—. Me parece que no has entendido que tu rol en esta representación es de sumisión total, querido. Yo soy la artista principal. —Echó un vistazo a la habitación y sus ojos se demoraron en la ropa esparcida por el suelo. Dejó escapar otra de sus traviesas sonrisas —. Y como no puedo estar segura de que no intentes tomar el control a la primera de cambio, habrá que optar por medidas drásticas. —Se alejó unos metros, se agachó y recogió algo de entre sus vestimentas—. Sería seductor utilizar algo mío, pero me temo que mis ropas son escasas esta noche, así que será tu largo pañuelo entonces. —Mirándolo a los ojos regresó a su lado con pasos cortos, meditados, arrastrando la prenda de seda tras ella. Reskan observó el pañuelo blanco y endureció el rostro. Su cuerpo se tensionó ante el uso evidente que pensaba darle e instintivamente comenzó a levantarse, rechazándolo de plano. La femenina risa, divertida y burlona, lo paralizó a medio camino—. ¿Estás asustado? —Su mirada la achicharró viva.

—¿Tienes que humillarme en el proceso? ¿Ese es el precio por permitirme tenerte? —preguntó con los dientes encajados pues sabía, con dolorosa certeza, que a esas alturas haría cualquier cosa que le pidiera por hundirse en su cuerpo.

—Res, en ningún caso se trata de eso. Ni siquiera es por dominación. Pero los dos sabemos que si no te reduzco, dentro de un minuto tomarás las riendas y me impedirás ser creativa. Solo intento darte las gracias y explorar un poco en el proceso. ¿Es eso tan malo? —Por supuesto que no lo era. Era el sueño de todo hombre, pero Reskan estaba tan acostumbrado a dominar, que el papel de amante pasivo y dócil lo descolocaba. Apretó más los dientes y asintió.

—Adelante. Hazlo —gruñó—. Pero date prisa en tus agradecimientos porque no aguantaré mucho.

Con expresión lobuna se colocó a su espalda y rodeándole el pecho con el pañuelo lo ató a su espalda sin lastimarlo, pero con la suficiente fuerza como para que no pudiese soltarse si forcejeaba. De ese modo, con el pañuelo a la altura del abdomen y los brazos apoyados en los reposabrazos del sillón, incluidos en el apretón del foulard, estaba clavado al mismo, sin posibilidad alguna de otra cosa más que de permanecer sentado, del todo inmóvil de cintura para arriba, esperando y rezando que ella fuera clemente.

Kana lo observó con expresión aparentemente satisfecha, aunque por dentro se preguntaba: «¿Y ahora qué?». Había llegado hasta allí y bastante bien, creía, pero no tenía una idea muy clara de qué debía hacer a continuación. Arrepentirse estaba fuera de toda cuestión porque en el estado en el que lo había puesto él no le iba a permitir retroceder, además no era lo que quería tampoco, pero el valor la había abandonado en el peor momento posible y si no lo recuperaba pronto no dudaba de que en un segundo conseguiría desatarse y clavársela hasta el fondo de una poderosa embestida. Y eso no era lo que ella tenía planeado. Vio como él se removía en el asiento, impaciente y sin más demora se dirigió hacia el aparador de las bebidas.

—Sírveme a mí otro. Que sea doble —pidió con voz exigente.

Kana llevó los dos vasos consigo y le acercó el suyo a los labios, haciéndolo beber despacio mientras no apartaba sus ojos de ella. En dos largos sorbos se lo había terminado. Ella apuró el suyo de camino al mueble, para dejar los vasos vacíos. Sentía el estómago ardiendo y la cabeza dando vueltas sin parar, pero ahí estaba, misericordiosamente el coraje había regresado y con él había traído a una poderosa amiga, la imaginación. La puso a trabajar de inmediato.

Esa vez cuando se colocó entre sus piernas Reskan pudo apreciar una férrea determinación en los oscurecidos ojos violetas. Y conteniendo la respiración se preguntó qué se le habría ocurrido. Ella alzó los brazos y con ese movimiento los grandes pechos se elevaron y se adelantaron, tentadores y él se lamió los labios, hambriento. Cuando volvió a levantar la mirada vio que se había recogido el pelo en un moño flojo hecho con precipitación y gruñó, descontento. Adoraba su pelo suelto, desparramado sobre su cuerpo cremoso y desnudo.

Entonces ella se deslizó hasta quedar de rodillas en el suelo, sobre un pequeño cojín que él no se había dado cuenta de que se había agenciado y dejó resbalar una valorativa mirada por su poderoso tórax hacía abajo, deteniéndose en su pelvis. Con una lentitud desquiciante, levantó la mano y la acercó a la punta de su pene, tocándola con infinitesimal cuidado. Reskan no pudo evitar el pequeño brinco que su miembro dio en respuesta. Ella se retiró de inmediato y su mirada voló a sus ojos, que ardían como una hoguera y le dijeron sin palabras que necesitaba que continuara. Movió las rodillas y se acercó un poco más, tocándolo con sus piernas y caderas. En esa ocasión utilizó los dedos pulgar, índice y corazón para apresar la cabeza con suavidad y restregarla. Él quiso cerrar los ojos y disfrutarlo, pero se obligó a mirar todo el tiempo, a verla jugando con él, con el centro de su ser, con la gota de rocío que logró desprender y que miró sorprendida durante un momento y después, fijando su atención en él para valorar su reacción, recogió y lamió con seductor descaro, metiéndose el dedo en la boca. Reskan dejó escapar un gemido largo y agónico ante el sensual e inesperado gesto que le endureció aún más el falo, volviéndolo más grande, sintiendo sus lacerantes palpitaciones por la urgente necesidad de tenerlo enterrado muy dentro de ella. Entonces lo cogió con toda la mano, agarrándolo con fuerza y soltándolo, apretándolo otra vez, mientras con el pulgar frotaba con vigor el capullo.

—Deslízala hacia abajo. —La dirigió con voz ronca. Ella solo se interrumpió el tiempo necesario para registrar la nueva información e hizo lo que le indicaba—. Ahora hacia arriba y repítelo en un ritmo constante.

Kana lo acarició como le pedía y vio en las líneas duras de su rostro cuánto le gustaba aquello.

No necesitó preguntarse si lo estaba haciendo bien porque la intensidad de sus ojos grises se lo decía todo. Su mano parecía tener voluntad propia, como si de repente supiese lo que tenía que hacer, aumentó el ritmo y la intensidad, la presión de los dedos se hizo más fuerte, al igual que la respiración de su hombre. Se sentía sofocada, por su audacia, por aquel enorme y muy vivo apéndice con el que estaba tratando y por todo el whisky que se había metido entre pecho y espalda, que no la dejaba pensar con claridad. Por un lado sentía la creciente humedad que resbalaba por su propia entrepierna, rebelándole las ganas que tenía de ser llenada justo ahí y por otro notaba cómo estaba despertando a la bestia, un tal Lucifer que no se la comía porque lo mantenía amarrado. De momento. Así que sería mejor aprovechar esa ventaja mientras dispusiera de ella. Sin atreverse a pensar en lo que se le acababa de ocurrir, empujó con los brazos las rodillas de él, haciendo que las suyas resbalasen hacia atrás en el suelo gracias al cojín en el que se apoyaba, consiguiendo que su cabeza se ajustase más a la altura que deseaba y con un ligera y caliente respiración como única advertencia de sus intenciones sacó la lengua y lamió su glande como si de un helado se tratase. Reskan dio un brinco tan grande que si no hubiese estado atado se habría puesto de pie, pero al estarlo sus caderas cayeron de nuevo con fuerza, quedando a merced de la golosa que abrió la boca y lo engulló por completo. La bocanada de aire que inspiró con fuerza por la impresión no fue suficiente para llenar sus pulmones y sintió que se ahogaba por la marea de sensaciones que aquella boca caliente, mojada y hambrienta le estaba provocando. Sacudió la cabeza con fuerza, aturdido por el placer y la bebida, avergonzado porque si no conseguía pararla terminaría de un modo bochornoso en un tiempo condenadamente corto. Pocas mujeres lo habían complacido utilizando aquellas técnicas y jamás ninguna de aquella manera tan abiertamente carnal. Además debía reconocer que al mantenerlo atado sin posibilidad de corresponderle, siendo todo el placer para él, las sensaciones se multiplicaban, aumentándolas hasta hacerlas casi insoportables. Escuchó un gemido gutural y lo reconoció como suyo. Dios, ella era muy aplicada cuando se lo proponía, pensó mientras era testigo mudo de cómo aumentaba la velocidad de succión y, «ohhh, Dios Todopoderoso», se introducía su enorme polla aún más en la boca. Incluso le parecía que le tocaba la garganta con cada cruda penetración. Ese pensamiento casi lo hizo correrse. Kana utilizaba la mano derecha con los movimientos que él le había enseñado, al compás de los de su boca, mientras que con la izquierda acariciaba sus testículos, los apretaba con suavidad, los sopesaba y lo volvía loco, manteniéndolo al borde del precipicio. Reskan tiraba tanto del pañuelo que pensó que era muy probable que a la mañana siguiente tuviera señales en los brazos.

—Desátame, Kana. —Ordenó con voz tan dura como el acero. Ella se detuvo un momento, lo miró con sus estanques violetas, se lamió los sabrosos labios ya húmedos de su ejercicio y sonrió con confianza. Después volvió a su tarea muy concentrada—. Desátame, ahora. —Exigió, pero no obtuvo mayores resultados que antes. El problema era que necesitaba detenerla para terminar en su interior porque ya no podía aguantar más. Y también ansiaba tocarla. Estaba apretando con tanta fuerza los apoyabrazos del sillón que no entendía cómo no los partía. Los soltó de golpe y entonces descubrió azorado un detalle que la pasión y el alcohol no le habían permitido ver. Sus antebrazos estaban libres y aunque su movilidad era muy reducida, ya que estaba sujeto justo por encima de ellos, con las manos podía coger la cabeza de su mujer y apretarla aún más contra su miembro, obligándola a tomarlo más profundo…—. Basta. —Esa vez suplicó.

—De eso nada.

—Por favor, Kana, estoy a punto de correrme y si no me dejas recuperar el control, es posible que yo… —No podía encontrar las palabras para que ella entendiese lo que ocurriría si no se detenía en *ese mismo instante*. Ella lo miró, toda inocencia y confianza.

—Hazlo. —Solo esa palabra, la que él más quería oír.

—No entiendes… —Ella alzó una mano y puso sus dedos en sus labios, deteniendo su explicación. Después acarició su mejilla.

—Hazlo. —Y lo chupó y lo lamió y lo succionó hasta que no le quedó más remedio que obedecer porque el clímax lo llamó y lo absorbió y porque no había nada más estimulante que una hermosa mujer arrodillada entre sus piernas abiertas haciéndole una felación con un hambre voraz y desenfrenado y dando su permiso para que se corriera en su boca y aquel último pensamiento fue lo bastante erótico como para proporcionarle el orgasmo más grande, intenso y arrollador de toda su vida, que él recibió con un grito de pura satisfacción.

—Ya puedes soltarme, apenas siento los brazos. —Esperó con los ojos aún cerrados, pero cuando no escuchó movimiento alguno abrió uno con pereza. Lo que vio le hizo abrir ambos de golpe—. Vamos, Kana, deja de jugar y quítame esta maldita cosa. —La observó boquiabierto durante todo un minuto y después suspiró con pesadez, alternando entre el cansancio y la irritación.

Su esposa seguía de rodillas, la cabeza apoyada en sus muslos, tal y como había quedado después de que él se desmoronase, en espera de que volviese del mundo de los muertos y pudiese encargarse de ella, de satisfacerla como merecía.

La única diferencia era que ahora estaba dormida como un tronco, supuso que gracias al excelente whisky que se había trincado y al inusual ejercicio que había practicado. Lo cual lo dejaba a él en una situación muy desagradable puesto que aunque era obvio que había culminado, ahora que la tenía desnuda y dispuesta quería más, mucho más de ella y… todavía estaba atado al puto sillón, joder.

Después de diez minutos de maldecir en varios idiomas, intentar despertarla con pequeños empujones y desollarse los brazos con el dichoso pañuelo —que se juró que quemaría en cuanto se deshiciese de él—, consiguió sacar una de las extremidades y salir de aquella trampa. De pie con las manos en las caderas y respirando con dificultad, observaba con intensidad a su dama, considerando seriamente despertarla, pero sabía que sería inútil puesto que no había parpadeado con todo el alboroto que había hecho él durante su pequeña batalla con el puñetero foulard.

Además, a pesar de lo que le dijera a ella, sí estaba algo borracho. Había estado bebiendo como un idiota enamorado picado por los celos hasta que llegara del brazo del marqués, a quien iba a ajustar las cuentas muy pronto, se prometió, mientras de un solo trago se bebía otro lingotazo. Después, dando algún que otro traspié, se dijo que por la falta de riego más que por el exceso de alcohol, se llevó en brazos a su dormida esposa junto con la ropa de ambos. No era necesario hacer de aquello un espectáculo a la mañana siguiente.

Hacía rato que Reskan estaba despierto, pero no movía un solo músculo de su cuerpo, odiando la idea de comenzar una batalla verbal que llevaría a distanciarlos aún más. Sentía su calor quemándolo, enervándolo como ninguna otra había sido capaz y se esforzó en dominar todo su ser para mantenerse muy quieto, alargando aquellos preciosos momentos tanto como le fuera posible.

Se hallaban es su espaciosa cama, pero aunque hubiesen estado en una mucho más estrecha no habría habido problema, pues estaban tan juntos que no ocupaban más de la mitad del colchón. Su mujer tenía la cabeza apoyada en su pecho, esparciendo su gloriosa cabellera por todo este, mientras su propia mano descansaba en la redondeada cadera, manteniéndola pegada a él. Pero lo que lo tenía tan perturbado que apenas si podía hilvanar dos ideas era el muslo femenino encajado entre sus piernas, apretando contra su erección matutina, debilitándolo y a la vez

reuniendo toda su energía en ese punto.

Algunos minutos después sintió cómo Kana se tensaba, única señal externa de que también ella se encontraba despierta y se dispuso a tranquilizarla.

—Yo me he sorprendido tanto como tú al despertarme en esta situación. Reconozco que anoche me pasé de tragos y algunos recuerdos finales no están muy claros.

—¿Y qué hacemos? —Ella habló sin atreverse siquiera a respirar, temiendo que cualquier movimiento lo hiciese reaccionar.

—Podemos levantarnos e ir al lago a apagar nuestro ardor en las heladas aguas o podemos quedarnos y hacer el amor hasta caer rendidos. —Dicho eso comenzó a mover la mano desde la cintura hacia arriba, sin dejar duda alguna sobre su destino. La muchacha detuvo el avance y levantó el rostro hacia él.

—¿Ahora decides por mí?

—Lo has hecho tú, con tus pezones duros rozando mi pecho, la violencia de los latidos de tu corazón y la imperceptible presión de tu muslo contra mi ingle. —Por supuesto se apresuró a retirarlo—. Me estás matando —se quejó con los dientes apretados.

—¿Qué se supone que estoy haciendo? —preguntó con el ceño fruncido. Él sonrió ante su patente inexperiencia con los hombres, algo que lo maravillaba y satisfacía a partes iguales.

—¿Puedes notar mi erección? —Lo miró con fijeza. ¿Notarla? Estaba tan enorme, duro y caliente que aun habiéndose separado podía sentir la quemazón en la cara interna de su pierna, como si la hubiera marcado con un hierro al rojo vivo.

—Deja de hablar así. —Su voz sonó desfallecida.

—¿Por qué, te excito? —«Sí, sí, sí». Se mantuvo en silencio, negándose a darle la satisfacción de admitirlo—. Lo que quiero decir es que estoy tan preparado para ti que si me rechazas ahora me dejarás con un calentón del demonio y te garantizo que eso es bastante doloroso.

—Ya basta, Reskan.

—Sabes que somos explosivos en la cama.

—Sí, pero esto no puede repetirse. —Mientras hablaba se iba alejando de él y no solo físicamente.

—¿Por qué?

—Porque yo no quiero —contestó con terquedad. Enfurecido, la cogió con demasiada fuerza del brazo, apretándoselo hasta hacerle daño.

—¿Por qué? Anoche fue glorioso y habría sido mejor si no te hubieses dormido. —En esa ocasión su voz fue amenazante. Sería mejor no decirle que su único objetivo había sido el que fue, que aunque no había planeado quedarse dormida, eso había evitado la confrontación posterior, puesto que no había tenido intención de acostarse con él, aun deseándolo con desesperación, como había sido el caso—. Me deseas, ¿no? —Su mirada la desafiaba a que lo contradijese, recordándole lo que habían compartido otras veces. La joven era consciente de la desnudez de su marido, la plenitud de su pecho, los fornidos muslos, el enorme...

—Los dos sabemos que mentiría como una bellaca si lo negase pero la respuesta sigue siendo no. Es tu derecho seguir insistiendo y mi prerrogativa volver a rechazarte. Tu única alternativa será obligarme, pero te advierto que lucharé contra ti.

Reskan sabía que podían seguir con ese tira y afloja indefinidamente, pero la cabeza le palpitaba por la semiborrachera de la noche anterior. Refrenó su creciente mal humor y su más que ascendente erección y recordó la nueva sorpresa que tenía para aquella testaruda.

Su rígido falo se puso más duro y tenso que un poste cuando pensó en la encantadora y asombrosa manera que había tenido ella de gratificarlo hacía tan solo unas horas por su último

obsequio. ¿Sería igual de generosa esa vez? No podía esperar para averiguarlo. De un salto se levantó de la cama, arrastrando las sábanas de seda con él y desvelando el curvilíneo cuerpo de la joven. Sus ojos se oscurecieron, presagiando tormenta y dio un paso hacia ella. En cuanto vio su mirada Kana intentó cubrirse con las manos, pero solo disponía de dos y no podía tenerlas en todas partes al mismo tiempo. Con un fluido movimiento lleno de gracia, echó su melena hacia delante, ocultando sus preciosos pechos a la vista y entonces sí, utilizó las manos para tapar los oscuros rizos que enmarcaban aquella encantadora flor de la que él tanto añoraba su rico y único perfume. Reskan gruñó, fue un sonido bajo, amenazador, como un lobo que avisa que va a atacar.

—No, para. No quiero hacerlo.

—Si me acerco, querrás. —Prometió.

—No eres de los que fuerzan a las mujeres. ¿O sí? —Lo atacó a propósito, intentando enfurecerlo para que se marchase, pero no picó.

—No tendré que hacerlo.

—He dicho no. ¿Hiere eso tu orgullo masculino? —preguntó mientras miraba con intención su agarrotado miembro—. ¿Por eso insistes? —Reskan sabía que podía persuadirla con un par de besos y alguna caricia, pero no quería tener que convencerla. Maldita sea, deseaba lo mismo de siempre, que ella le suplicara que la tomara desde el principio, que estuviera tan deseosa como él, exactamente como la última vez, en el vestidor. Aquel sexo había sido tan descontrolado porque el deseo de ambos había sido extremo. Nunca más podría entrar en esa estancia sin que se le pusiera dura como un garrote recordando aquella magnífica cópula. Suspiró y se dio media vuelta, negarse aquel festín solo sería factible si dejaba de tenerla desnuda delante de sus narices.

—Creo que al final me daré un remojón en el estanque. Mientras te aconsejo que te asees y que te vistas. Y empaqueta un desayuno frío para dos. Tienes treinta minutos o te perderás el espectáculo. —Por su tono se notaba que estaba bastante molesto por la insatisfacción sexual a la que ella lo estaba sometiendo.

—¿Qué espectáculo?

—¿No te lo he dicho? —preguntó sorprendido, su cara era la imagen perfecta de la inocencia mientras comenzaba a vestirse—. Ayer por la tarde, mientras tú te engalanabas para el apuesto marqués, algunos de los hombres, entre los que se encontraban tu tío y tu abuelo y por supuesto mi padre, nos fuimos a ampliar las ya de por sí grandes caballerizas. —Como parecía que la joven no entendía nada, añadió—. A Downcast, querida. —Entonces sí abrió los ojos como platos—. Hay una docena de caballos nuevos y les prometí a los tres que podrían elegir uno como recompensa. —La miró con intención—. Incluso puede que haya algo también para ti. —Kana soltó un gritito del todo femenino y saltó de la cama directamente a sus brazos, donde fue apresada por un brazo de hierro y besada a conciencia. Reskan no pudo olvidar ni por un instante que estaba desnuda y cálida y muy, muy agradecida. Renuente y jadeante, la soltó poco a poco, sonriendo con suficiencia—. Te quedan veinticuatro minutos. O puede que alguien quiera a tu pretenciosa yegüita antes de que llegues para reclamarla.

—No lo permitirás. —Se jactó ella.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que has hecho para convencerme de que defienda tu causa? —Con esas últimas palabras salió de la habitación. Kana se quedó mirando la puerta cerrada unos instantes y después corrió hacia la palangana de agua, dispuesta a luchar por su yegua a vida o muerte. Se recordó recoger su daga antes de salir en busca de la comida. Solo por si acaso.

Cuando llegó a los establos, resollando y no muy digna, los caballos ya estaban en el patio, siendo examinados por una pequeña muchedumbre. Kana llegó hasta donde se encontraba

Reskan, apoyado con un pie en un travesaño de la valla y el brazo encima de la rodilla. Lo fulminó con la mirada. Con la vista clavada en los animales, su marido cabeceó hacia el paquete que llevaba.

—¿Qué has traído? —Estuvo a punto de tirárselo a la cabeza, pero se contuvo porque también tenía hambre. Lo desenvolvió con cuidado y le alcanzó una empanada de carne aún caliente. Él la saboreó con gusto y suspiró de placer. La joven intentaba mirar entre todos aquellos curiosos para encontrar la potra de pelaje gris, pero era imposible. Cuando estaba a punto de saltar la valla él le cogió el paquete de comida de las manos para examinarlo mejor y dijo en voz baja y dulce. —Tu yegua está a salvo. Tienen órdenes de mirar, pero no tocar. Todos saben que te pertenece. —Cuando giró la cabeza se encontró con aquellos ojos grises clavados en ella. Parecía que la había perdonado por no acostarse con él un rato antes. Se relajó y cogió un emparedado de jamón, mordisqueándolo con delicadeza.

—Parece que fue una tarde ajetreada la de ayer.

—Aja, algunos lucharon denodadamente por conservar su libertad hasta el final, tu muchachita entre ellos. Será una bonita tarea domesticarla.

—No pretendo convertirla en una mascota. Tan solo quiero que me permita montarla.

—Incluso eso. —Ella solo lo pensó un momento antes de que se arrepintiese.

—¿Me ayudarás? —La segunda empanada que se estaba comiendo se le cayó al suelo. Giró la cabeza con rapidez para buscar sus ojos, sin poder esconder la sorpresa que sentía.

—¿Yo?

—Sé que sabes hacerlo y pretendo participar, no que lo hagas solo. Quiero que me enseñes qué tengo que hacer. —En ese momento se oyó un suave carraspeo a sus espaldas. Los dos se giraron y con una sonrisa Kana cogió las dos jarras que el criado le tendió. Le pasó una a él y se quedó la otra, de la que dio un gran trago.

—¿Leche? —preguntó con una ceja arqueada—. ¿Acaso te parezco un niño? —Ella lo miró de la cabeza a los pies, muy, muy despacio y después hizo el mismo camino, esa vez de subida. Cuando volvió a mirarle a los ojos, estaba un tanto ruborizada.

—No, en absoluto. —Dio otro sorbo—. Está rica, deja ya de quejarte. El café habría llegado frío.

—Bueno, al menos probemos con esto. —Cogió dos croissants y le entregó uno. El otro lo metió en la leche, dejando que se empapase en ella y luego lo mordió—. Uhmm, así está mejor. —Lo imitó y le pareció delicioso. Cuando acabaron el desayuno, Reskan le ofreció el brazo y levantó una ceja—. ¿Vamos? —Poco a poco consiguieron llegar a su destino, que era frente a la hermosa yegua. Vista de cerca era más impresionante aún y la mujer se enamoró en el acto.

—Kani, Reskan dice que no puedo optar a esta belleza porque la capturó personalmente para ti. —El asombro se reflejó en los ojos violetas. ¿De verdad la había atrapado él mismo?—. ¿No lo sabías? Nos prohibió que la tocáramos. Dijo que apresarla era tarea suya. —El aludido empujó a Dacross, un tanto irritado de ser objeto de sus chanzas.

—Reskan tiene razón. Es mía —dijo con voz posesiva.

—¡Pero tú ya tienes ese a bellezón que también te ha conseguido tu solícito maridito! —se quejó, apesadumbrado.

—Y tú posees a Escultor y ahora pretendes a mi yegüita.

—Un hombre nunca tiene suficientes caballos. —Se defendió.

—¿Y una mujer sí? —Contraatacó ella. Cross miró a Reskan con expresión de desconcierto, como si algo se le escapase. Él intentó con todas sus fuerzas no sonreír, sin conseguirlo del todo.

—A mí no me mires. Recuerda que es mi mujer. Y que dos que duermen en el mismo colchón,

se vuelven de la misma condición… —Kana agrandó los ojos ante la referencia de que dormían juntos. Después lo entendió como lo que era, un comentario sexual entre hombres. No lo rebatió como la mentira que era porque en realidad la estaba defendiendo. Se cruzó de brazos y se encaró con su tío.

—Ve y búscate otro caballo, son todos excelentes.

—Está bien, veo que eres inamovible, como siempre. Aunque tendrás que agradecerle a tu esposo su apoyo, sin él quizá la habría conseguido. Ahora, sin embargo, tendré que elegir entre tus despojos. —Le guiñó un ojo a Reskan, quien esa vez tuvo que girarse hacia otro lado para que la joven no advirtiese su amplia sonrisa. Antes de que ella apareciese Dacross le había informado de su intención de quedarse un magnífico potro alazán que cuando fuese debidamente entrenado sería un excelente caballo de guerra.

Observó a su señora, exultante por la emoción de tener otra mascota, aunque ella se negara a considerarla como tal. Sus ojos brillaban de placer, sus mejillas estaban sonrosadas, sus labios entreabiertos… le hicieron recordar lo que ella había aprendido a hacer con esa boca la noche anterior y sintió cómo comenzaba a constreñirle el pantalón. Un día de esos iba a tener una contractura y por Dios que sería ella quien se encargase de aliviársela.

CAPÍTULO 21

Las semanas siguientes pasaron en un mar de calma y sosiego. Parecía que Kana había establecido una tregua silenciosa a partir de la entrega de las yeguas, como si comprendiese los motivos que había detrás de aquellos gestos. Por supuesto insistía tercamente en mantener su matrimonio solo figurativamente, casi como un acuerdo comercial entre dos socios que quizá con el tiempo podrían llegar a ser… buenos amigos. Escuchó chirriar sus propios dientes y apretó más la mandíbula en respuesta. La puerta de su dormitorio real seguía cerrada para él y para todo aquel con un par de testículos todavía funcionando, ya se aseguraba él de que así fuera, aunque de momento no había sido necesario porque ella no había hecho ningún movimiento en ese sentido. Lo cual, de un modo ilógico, lo enervaba aún más. ¿Es que su esposa no sufría de deseos insatisfechos? No era un pescado frío como muchas mujeres, sino una criatura voluptuosa y excitante, sensual y apasionada. ¿Entonces cómo podía negarse, negarles a ambos lo que con tanta desesperación necesitaban?

Porque él estaba a punto de explotar, tanto que el día anterior casi había eyaculado viendo la monta de uno de los sementales con una yegua dispuesta y muy voluntariosa. Señor, era vergonzoso. Y tener que estar todas las tardes en su compañía, ayudándola a domar a Libertad Salvaje —sacudió la cabeza por el nombrecito—, tocándola, escuchando su risa, aceptando su agradecimiento, aunque no de la manera en que a él le gustaría…

Se pasó la mano por el pelo, frustrado, al menos no todos los frentes avanzaban tan penosamente como aquel. Tanto los miembros del Consejo como los habitantes del castillo parecían haberlos aceptado por completo. Cada día llegaban más personas de todas partes del país para conocer y presentar sus respetos a los príncipes. Nobles, comerciantes y plebeyos, todos sentían curiosidad y ambos eran conscientes de que después de tantos años de tiranía, la opinión de cada hombre y mujer sería tenida en cuenta.

Reskan tenía más experiencia en aquellas lides y podía ver que cada uno, por sus propios méritos, estaba siendo valorado por los traguianos.

Mientras que Kana era fuerte, independiente, valiente y atrevida, también era suave, tranquila, protectora y amigable. Cuidaba de toda su gente como si se tratara de una gran familia, reconociendo el derecho de ellos de saberse amparados.

La querían porque se sentían apreciados, la respetaban porque se hacía honrar, la cuidaban porque a su vez reconocían que el peligro la rodeaba, la ayudaban porque ella siempre estaba remangada hasta los codos para echar una mano a quien quiera que lo precisara.

Era su reina aún no proclamada y esa era una realidad inquebrantable.

A su vez Reskan era un forastero venido desde muy lejos, con su propia patria por heredar y un pasado aciago para la historia de Traguian que intentaba borrar.

A pesar de todo ellos reconocían en él a un cabecilla innato, lleno de confianza y coraje, de fuerza, carácter, poder. Admiraban todas esas cualidades y consideraban, en el fondo de sus corazones, que el forastero ya no lo era más, que había encontrado su lugar entre sus tierras y sus gentes y que no era que ellos lo hubiesen acogido, sino que él los había adoptado a todos ellos. Se había jurado protegerlos del malvado Riork y sabían que cuando esa amenaza pasara, su sentimiento de permanencia y responsabilidad para con ellos no terminaría.

Era cierto que Vadia estaba allí, esperándolo cuando su padre no estuviera, pero confiaban en

que el príncipe se las arreglaría para llevar ambos reinos con igual dedicación. Porque Traguian creía en él.

Sintió como se le hinchaba el pecho de satisfacción. En verdad le parecía que aquel bello país le pertenecía un poco. Sabía que en parte se debía a los pocos años que había pasado allí en su juventud, pero que lo habían marcado a fuego para el resto de su vida. Quizá porque esas tierras eran un reflejo de su indómita esposa, salvajes y orgullosas. Pero tenía la firme intención de quedarse, a pesar de los planes de ella, que ahora podía vislumbrar que tenía la firme creencia de que él se marcharía cuando terminasen con Riork y con el enemigo invisible que los amenazaba. Qué la había llevado a pensar eso escapaba a su comprensión, pero iba a desengañarla muy pronto.

Entrecerró los ojos cuando recordó la manera en que se había enterado, nada menos que de boca del por entonces odioso Apol. Había ido a enfrentarse a él a la mañana siguiente de haberlo pillado besando a su mujer, pero el muy miserable se había marchado con las primeras luces en viaje de negocios y tuvo que esperarlo dos semanas, lo que sirvió para que su furia siguiese bullendo a fuego lento. Cuando por fin regresó, le había faltado tiempo para buscarlo y para explicarle de manera sucinta y con palabras claras y concisas que se alejase de una vez por todas de ella. En otras palabras, había ido con la clara intención de darle una paliza. Se acercó a grandes zancadas a él y sin mediar expresión alguna, le asestó un puñetazo en la cara que le partió el labio y lo llevó trastabillando unos cuantos metros hacia atrás. Reskan lo siguió y le dio un derechazo en el estómago, doblándolo por la mitad. El tercer golpe le cerró el ojo izquierdo casi al instante y el cuarto le rompió una costilla. Desmadejado en el suelo lo miró con el ojo bueno, incapaz de no apreciar el estado iracundo de su adversario. Resollaba más que respiraba, pero quizá mostraba el primer signo de inteligencia desde que lo conociera y no intentó moverse del suelo. Reskan lo miró desde arriba sin inmutarse.

—No… te… acerques… a… mi… mujer… —Las palabras fueron claras, precisas en su intención. La amenaza letal, como el hombre que la profería.

—¿Por qué toda esta demostración de posesividad? —preguntó el marqués entre dientes, intentando controlar el dolor—. Se supone que no vas quedarte con ella.

—¿Qué? —siseó, sin encontrarle ningún sentido a sus palabras.

—Vas a derrotar a los malos y a largarte a tu maldito país. Y la vas a dejar aquí para que elija a su consorte, ¿no?

—¿Quién demonios te dijo eso?

—¿Quién crees tú que ha sido? —dijo, más avergonzado por la evidente respuesta que por la paliza en sí. Podía entender los celos, el deseo de posesión y la razón que lo había impulsado a ir como un león hambriento dispuesto a descuartizarlo por tocar a su dama, pero haberse hecho ilusiones con la mujer de otro porque esa mujer había sembrado falsas expectativas en su mente… Miró los duros ojos del príncipe y exhaló con extremo cuidado.

—¿Y cómo se supone que va a escoger a otro marido estando casada conmigo? Porque te aseguro que nuestro matrimonio es del todo legítimo. —El otro se limitó a mirarlo durante un buen rato, el silencio roto únicamente por los trabajosos resuellos que salían de su garganta.

—La falta de consumación es una razón válida para presentar la anulación. —Estuvo a punto de mondarse de la risa ante tamaña mentira, hasta que comprendió que lo decía en serio.

—No hay un solo habitante en Traguian que a estas alturas no sepa que esa mujer me pertenece en *cuerpo* y alma.

—Con lo del alma te has pasado. Y en cuanto al resto… Baste decir que se hará la vista gorda a ciertos tecnicismos si el nuevo candidato reúne las condiciones mínimas para subir al trono. —

Reskan frunció los labios, ocultando una sonrisa. Nada en su expresión daba a entender que aquella conversación le molestara lo más mínimo o que estuviera dolido porque los disconformes quisieran mandarlo de vuelta a casa de una patada en el culo. «Y no olvidemos a mi propia esposa».

—Estoy seguro de que podría nombrar a uno de esos pretendientes sin riesgo a equivocarme —afirmó, rezumando sarcasmo en cada una de sus palabras.

—Soy mucho más adecuado que tú para el puesto.

—Si exceptuamos que yo ya soy príncipe, ¿no?

—De un país que está en la otra punta del mapa.

—Nada que no pueda resolverse. Todo se reduce a estrategia y planificación.

—Pero yo estoy aquí —afirmó, terco.

—Te olvidas de algo, Tossken. Yo también. *Y no me voy*. —Sonó como una sentencia y así lo entendió el marqués, que dejó caer los hombros, derrotado.

—¿Y ahora qué?

—Ahora —dijo mientras incrustaba uno de sus hombros en la axila del herido para cargar con el máximo peso posible de este—, tendrás que buscarte otra señorita a la que embaucar con tus galanteos. Porque esta es mía. Y voy a quedármela. —A pesar del terrible dolor que sabía que sentía, pudo escuchar claramente la risita regocijada de Apol y algo que sonó como «quédatela, os merecéis el uno al otro». Con una leve sonrisa, aflojó el brazo que sostenía al marqués y fue él quien rio el último cuando casi se desplomó en el suelo, gimiendo de agonía.

Kana escuchó risas infantiles y la inconfundible voz de su abuela bajo la ventana y se asomó con curiosidad. Una sonrisa fácil se dibujó en sus labios cuando la escena completa apareció ante ella y antes de darse cuenta sus pies volaban escaleras abajo para reunirse con el pequeño grupo que jugaba al aire libre.

Al llegar al salón, cogiéndose el vestido y mostrando unos encantadores tobillos, todo ello con el fin de no tropezar al trotar hacia el exterior, no se percató de la presencia de los hombres que la miraban entre sorprendidos y divertidos. Reskan, apoyado con un hombro en la pared, conversaba con su padre y con el abuelo y el tío de ella cuando se quedó mudo y se despegó del muro.

—Disculpadme —murmuró sin mirar a nadie. A pesar de no volverse fue consciente de que todos los demás lo seguían, supuso que muy risueños, pero como él era el primero que se moría de ganas por saber qué tramaba su mujercita, no objetó nada.

Cuando Kana dio la vuelta al enorme edificio estaba sin resuello. Se dobló en dos, apoyó las palmas de las manos en los muslos e intentó recuperar el aliento mientras sus ojos no perdían detalle del pasatiempo.

El juego del pañuelo siempre había sido su preferido cuando era niña. Las reglas eran sencillas. Se hacían dos equipos y se colocaban ambos a una distancia determinada uno del otro. En el centro del campo otro participante neutral mantenía el pañuelo colgando de su mano encima de una línea separadora. Cuando se daba la orden de salida, los primeros jugadores de cada bando debían correr para coger el pañuelo, evitando sobrepasar la línea central sin que el otro hubiese cogido el pañuelo y llevarlo de vuelta al lugar donde estaban reunidos sus compañeros, sin dejar que el contrario lo alcanzase, tocándolo. El que perdía era eliminado. El juego terminaba cuando uno de los equipos se quedaba sin integrantes. Sonrió. De pequeña siempre había sido rápida como un conejo. A ver cómo se le daba entonces. Se acercó al grupo y de inmediato Ivener dejó la pequeña fila y corrió hacia ella, echándose en sus brazos cuando se

agachó a recogerla.

—¡Mami, estamos jugando! —le informó, por si no se había dado cuenta.

—Ya lo veo, cielo. ¿Y quién va ganando?

—Empate, creo.

—¿Y te diviertes?

—Mucho. ¿Juegas? —pregunto esperanzada.

—Por supuesto. El problema es que ahora sois pares, tú, Gilles, la abuela Llana y Helailla y si yo participo, uno de los grupos quedaría descompensado. —Parecía tan triste como todos los nombrados, deseosos de que se uniese a ellos.

—Tal vez nosotros podríamos solventar esa pequeña traba. —Retumbó una voz a su espalda. Por supuesto no necesitó mirar las caras sonrientes de las damas, ni las aún más resplandecientes de los dos niños para saber lo que su esposo le ofrecía, pero cuando se volvió y vio a los cinco machotes, Apol incluido, que pretendían practicar el juego del pañuelo con cuatro mujeres y dos niñitos, casi se echó a llorar.

—¿No tenéis nada mejor que hacer?

—¿Cómo por ejemplo?

—Entrenaros hasta caer reventados, construir un molino nuevo o una competición de escupitajos. —Asintió, encantada ante la última posibilidad.

—¿Al molino le pasa algo? —preguntó a Apol con el entrecejo fruncido.

—No —contestó ella, prestando atención por primera vez al marqués—. Pero así quemáis testosterona y nos dejáis a nosotras con nuestras cosas. —Siguió mirando con fijeza al otro hombre. A pesar del tiempo transcurrido y de que ya podía abrir el ojo, aún eran visibles restos del morado y la herida del labio no había terminado de cicatrizar—. ¿Y a ti qué te ha pasado? ¿Y dónde te has metido últimamente, que no te he visto?

—Choqué con un muro. Y he estado ocupado —contestó a las dos preguntas de manera parca y sin mirarla de frente.

—Entonces, como ves estamos libres para dedicarnos a tu juego. ¿No es así, muchachos? —Por increíble que pudiera parecer, todos asintieron, muy animados y entre risas y bromas dispusieron los equipos y el orden de cada una de las filas.

—Yo me encargaré del pañuelo, si no le importa —ofreció Apol a Godena, que era quien lo estaba sosteniendo hasta entonces—. De momento sigo sin estar capacitado para nada más. —Y aun así una mueca de dolor cruzó su rostro cuando alzó el brazo a la altura de su cabeza, ya que los primeros en salir serían Kana y Reskan. Cómo habían llegado a ese punto era algo que ella prefería no analizar. La joven le echó otra mirada suspicaz cuando se puso a su lado, la cual desplazó después a su marido, pero como la observaba con total inocencia no podía saber si acertaba en sus conclusiones y como por las pullas que se lanzaban parecía que habían enterrado el hacha de guerra… Claro que quizá lo habían hecho después de que el príncipe se la clavara en el pecho al marqués. Suspiró, probablemente nos les sacaría nada a ninguno de los dos. ¡Hombres!

Cuando Apol gritó «¡ya!» ambos corrieron hasta la línea central. Reskan adelantó el cuerpo e hizo amago de cogerlo, Kana sabía que era una trampa y esperó. Acto seguido miró al suelo y se inclinó lo suficiente como para que pudiese verle el canalillo y una abundante parte de sus cremosos senos. Por supuesto él perdió el hilo unos segundos que ella aprovechó para tantear a ciegas hasta que encontró con la mano el pañuelo y con él firmemente cogido entre los dedos echó a correr en dirección opuesta. Reskan soltó una sonora carcajada admirando la estrategia y se lanzó a la carrera. En dos zancadas la alcanzó y empleando las mismas artimañas que ella le

pisó las voluminosas faldas con una bota, inmovilizándola y la hizo girar para ponerla frente a él, dejándola resbalar por su cuerpo. Los vítores de sus compañeros parecieron llegar desde muy lejos y él festejó su victoria con un beso hambriento en su necesidad. Cuando lo acabó, deseoso de más, la ovación de los entusiasmados observadores aumentó de volumen, incluso los más osados aplaudieron, entusiasmados.

—Has hecho trampas. —Le acusó ella.

—¿Yo? ¿Y qué me dices de tu demostración de… encantos? —Ella alzó una ceja, arrogante.

—En el amor y en el juego todo vale. —Se jactó.

—Juraría que esa no es la expresión correcta —dijo muy serio. Cuando ella se giró para reunirse con su grupo, disculpándose por haber sido eliminada, se permitió dejar salir una gran sonrisa, muy satisfecho.

Estuvieron jugando hasta que el aviso de la comida los convenció de dejarlo. Todos estaban cansados, sin aliento, desaliñados y sonrientes. Había sido una mañana deliciosa, llena de risas compartidas, bromas sagaces y momentos inolvidables, como cuando Godena y Dacross se habían enzarzado en una batalla por el pañuelo, los dos amagando, pero sin cogerlo y al final lo habían agarrado a la vez, se habían tocado al mismo tiempo y para zanjar la cuestión, cargándola sobre su hombro, Dacross había ido muy tranquilo hasta donde lo esperaba su grupo, con la mujer y el dichoso pañuelo con él, ganando su ronda, sin inmutarse ni por un instante a pesar de las patadas y los chillidos a su espalda. Todos los presentes se habían muerto de risa tirados en el suelo. Salvo la gitana, claro.

Kana cogió en brazos a Ivener y le acarició el pelo, sonriendo.

—¿Te has divertido, dulce?

—Mucho. ¿Volveremos a jugar pronto?

—Seguro que sí. Ahora vamos a comer y luego te echarás una siestecita, ¿vale?

—Uhmm. Mami.

—¿Sí?

—¿Ya puedo llamar papá a Reskan? —Kana tropezó, pero los fuertes dedos que la sujetaron el codo a su izquierda la estabilizaron de inmediato. Por el rabillo del ojo vio al maldito aludido un paso por detrás suyo y estuvo a punto de gritar de frustración—. He estado pensando que si ahora estáis casados y tú eres mi mamá, entonces él es mi papá —La miró, insegura—, ¿no? —Kana no sabía qué decir. La lógica de la pequeña era aplastante, pero ¿cómo explicarle que él no se quedaría el tiempo suficiente como para interpretar ese papel? ¿O que el suyo no era un matrimonio real?

—Iv —dijo el príncipe mientras le quitaba el peso de la niña de los brazos y la acurrucaba entre los suyos, mucho más grandes—. Por supuesto que ahora soy tu padre. —La enorme sonrisa de la pequeña le partió el corazón a la joven, porque sabía que cuando él se marchara sufriría su pérdida y decidió que cuando la acostase tendría una seria conversación con aquel inconsciente.

—¿Eso convierte a Gilles en mi hermano? —A pesar de todo Kana casi sonrió, Ivener parecía un perrito meneando el rabito de contento.

—Ajá. —Los dos muchachos se miraron. La niña forcejeó para que la liberaran y cuando estuvo en el suelo, se dieron un abrazo rápido y cogidos de la mano echaron a correr hacia el castillo pues el segundo llamado ya había sonado.

—Después de comer querría tener unas palabras contigo —dijo en tono cortante. Si él se sorprendió por la dureza de su voz no lo demostró. Asintió y siguió caminando a su lado en silencio hasta que una vez dentro se separaron para asearse un poco antes de sentarse a comer.

Salvo las ocasiones en que se celebraban comidas formales, en la mesa del castillo no se seguía la tradición de que Reskan se sentara en la cabecera de la mesa y Kana en la otra, ya que entonces toda conversación personal entre ellos habría quedado descartada. En lugar de ello, desde el primer momento el príncipe instauró un orden de sitios. Las cabeceras quedaron en desuso, reorganizando ambos laterales para que cada pareja se sentase junta, seguida de los miembros "solteros". Así dispuesto, la intimidad estaba asegurada cuando la ocasión lo requería y las conversaciones seguían siendo fluidas durante las veladas.

Cuando terminaban los postres uno de los sirvientes trajo un mensaje urgente para Res. Este lo leyó con rapidez.

—Me temo que ha surgido un inconveniente en el puente sur. Tendré que salir de inmediato.

—¿Necesitarás ayuda? —preguntó su padre, ya levantándose.

—Me vendría bien, sí. —Otras cuatro sillas se corrieron. Sabon, Dacross, Apol, Eclipse y Eidrian dejaron sus cucharas y servilletas en la mesa y ofreciendo sus respetos a las damas fueron saliendo para cambiarse de ropa. Reskan se volvió para mirar a su esposa—. Volveré en cuanto pueda y entonces tendremos esa conversación que pediste. —Ella lo miró un momento, deseando decirle que quería acompañarlos, pero sabía que tardaría más en cambiarse que ellos, que no tenía la misma fuerza y que él siempre tendría una parte de su cerebro ocupada cuidando de ella, aunque no fuese necesario. Así que se tragó su orgullo y asintió.

—Bien. —Una ligera expresión de alivio cruzó el rostro masculino. Se inclinó y la rozó con los labios. Después se levantó y salió.

Eran las dos de la mañana cuando escuchó los tenues pasos de los cuatro hombres por la gruesa alfombra de la entrada. Estaba esperándolos en la biblioteca con la puerta entreabierta para que no pasasen sin que los oyese, como había estado a punto de suceder pues apenas caminaban de puntillas para no molestar a los dormidos moradores.

Abrió la puerta y salió al vestíbulo y se encontró con ellos allí, a oscuras. Advirtieron su presencia y se detuvieron, Reskan con el pie a medio camino del primer escalón. Cuando la identificó hizo un gesto a los demás para que prosiguieran y se dirigió a la habitación que ella acababa de abandonar. Había suficiente luz allí, proveniente de las altas ventanas, para moverse sin chocarse con los muebles, incluso para verse las caras, pero tras cerrar la puerta él fue por un candelabro y encendió las velas.

—¿Tan grave era? —Los dos sabían que se refería a las casi doce horas que habían tardado en regresar.

—El puente no existía cuando llegamos —contestó en tono sombrío.

—¿Y ahora? —susurró.

—Está totalmente reconstruido. —Observó su mirada de admiración con evidente satisfacción aunque por desgracia eso no mejoró su humor—. Pero eso nos ha supuesto dejar un destacamento para guarecerlo, así como otros para los del norte, este y oeste, que es lo que supongo que prendía el causante de los destrozos. —Se pasó la mano por el pelo, suspirando. Ella parpadeó, recordando cuál era su papel esa noche. Se acercó a él, cogió su mano y tirando con suavidad lo llevó al cómodo sillón que solía ocupar cuando entraba a la biblioteca a leer. Entonces no ocupaba la silla frente al enorme escritorio, la cual se veía obligado a compartir con ella en numerosas ocasiones, así como la del estudio, también dominado por la presencia de ambos. Podrían simplemente ponerse de acuerdo y elegir una estancia cada uno, zanjando así la cuestión, pero ninguno se animaba a tomar ese camino, continuando como estaban. Lo obligó

con un empujoncito a sentarse y ante su mirada interrogante destapó una fuente llena hasta los topes de comida, del tipo de la que no importaba que se sirviese fría. Retiró la servilleta que cubría la jarra de vino y le sirvió una generosa copa que le tendió. Reskan echó una mirada furtiva hacia la puerta.

—Los demás tienen la suya en sus dormitorios —contestó a la pregunta no formulada. Bebió un gran trago mientras la miraba.

—Gracias. —Le acercó la bandeja para que eligiese porque, dado lo cansado que estaba, parecía que iba a contentarse solo con el vino.

—¿Puedo tentarte con algo? —Los ojos grises se oscurecieron de forma visible y volaron a sus labios.

—Con una docena de cosas, así de pronto —sugirió con voz ronca. Ella se echó hacia atrás como si se hubiese quemado. Después lo miró con severidad y volvió a prestar atención a la comida. Le preparó un plato con una gruesa loncha de carne y un trozo crujiente de pan al que, pensándolo mejor, añadió un buen pedazo de queso fuerte, como sabía que a él le gustaba. Cuando lo aceptó, escogió para sí uno mucho más suave y cremoso y empezó a mordisquearlo, pero más por hacer algo que por hambre.

—¿Cuál de los dos crees que ha sido? —preguntó mientras lo veía devorar la comida. A fin de cuentas, estaría hambriento. Estaba segura de que ninguno había probado bocado desde que abandonaran la mesa al mediodía. En cuanto hizo una pausa para beber aprovechó para volver a llenarle el plato. Empanada, jamón, salchichas, salmón… todo lo que entró hasta que estuvo a punto de desbordarse. Él se limitó a mirarla, divertido—. Has trabajado mucho. —Se justificó.

—Hay otras maneras de recobrar fuerzas. —Propuso mientras alzaba las cejas un par de veces de manera sugerente.

—Sí, durmiendo y si ya estás satisfecho… Quiero decir… —Se levantó, ofuscada. La cogió con delicadeza de la mano.

—Vuelve a sentarte. Estoy demasiado agotado hasta para eso. —Le echó una de sus miradas suspicaces—. Bueno, no es cierto. Siempre guardo una pequeña cantidad de energía de emergencia por si decides acceder a mis constantes demandas físicas… —Soltó una carcajada cuando tiró con fuerza de su mano, intentando marcharse y sin conseguirlo, por supuesto—. Venga Kana, solo quiero hablar, en serio. —Para demostrarle su sinceridad la soltó y siguió comiendo, como si nada. La joven lo pensó un buen rato para al fin volver a su sitio.

—¿Y?

—Apostaría mi fortuna por tu padre.

—Sí, yo había pensado lo mismo —admitió la joven mientras con su largo dedo recogía una buena porción de nata montada del pudín con pasas y se lo metía en la boca con placer. Cuando vio la expresión en la mirada gris del príncipe se quedó estática—. ¿Qué?

—Si sigues provocándome mandaré al diablo la caballerosidad y el maldito dolor de espalda y terminarás tumbada debajo de mí en menos que canta un gallo —advirtió, removiéndose en el asiento. Se estiró y pasó el pulgar por su labio inferior, que tenía restos de la crema blanca y se lo chupó mientras la miraba con el suficiente ardor como para prenderle fuego a su bata. El gesto fue tan tremendamente erótico que sintió que los pezones se le ponían rígidos contra la tela del camisón y en el más absoluto silencio rezó para que ambas prendas fuesen lo bastante gruesas como para ocultar la evidencia de su excitación. Carraspeó y se cogió las manos, mientras el ansia comenzaba a desencadenarse en su interior. Reskan dejó pasar el momento. Gracias a Dios —. Creo que el objetivo de tu enemigo anónimo eres tú, por eso sus ataques y puedes estar segura de que habrá más, te tendrán a ti como propósito principal o como en ocasiones

anteriores, hacia personas próximas cuyo resultado será atraerte hacia él. Sin embargo, este incidente ha sido pensado para obligarnos a deshacernos de un número de soldados para proteger no solo este, sino los cuatro puentes. Asumo que en próximas fechas habrá otros puntos en los alrededores que serán asaltados y donde deberemos dejar vigilancia. El objetivo será diezmar nuestro ejército lo máximo posible a fin de igualar números.

—¿Y crees que es factible? —preguntó preocupada.

—En este momento tenemos ochocientos hombres armados y bien entrenados. Podríamos reunir más si pedimos refuerzos a Antrea, pero no me gustaría dejarla desprotegida. Otra solución sería solicitar ayuda a nuestros vecinos, cosa que estoy considerando seriamente, aunque no creo que Riork pueda igualar nuestra fuerza, razón por la que está intentando mermarnos. ¿Tú qué opinas? —Kana pensaba en como él se estaba refiriendo en todo momento a cómo podrían enfrentar esa situación juntos por el bien de su país. Palabras como *podríamos reunir, nuestros vecinos, nuestro ejército, mermarnos*… resonaban en su cabeza. Aturdida, recapacitaba sobre cómo encajaba eso con la idea de que se iba a largar en cuanto terminasen las dos amenazas que pendían sobre sus cabezas—. ¿Te estás durmiendo?

—Claro que no —contestó ofendida.

—¿Y qué esperas para honrarme con tu sublime razonamiento?

—¿Cuántos mercenarios crees que podrá comprar mi padre? —Atisbó la leve sonrisa masculina. Ella había valorado de forma correcta la situación. Ningún reino cercano apoyaría a ese desgraciado, en primer lugar porque lo conocían de toda la vida y sabían que era un cabrón despiadado que se merecía todo aquello y después porque no se ayudaba a un rey destronado por su propio pueblo. Si toda la nación lo había echado significaba que tenían buenos motivos para hacerlo, así que solo le quedaba el recurso de contratar a soldados extranjeros, despiadados y sin escrúpulos, que combatían bajo la bandera del dinero contante y sonante. Resultaban caros y sería imposible encontrar todos esos cientos en el tiempo que a ese miserable le llevaría perder la paciencia. Se vería obligado a pasar meses a lomos de su caballo reclutándolos, recorriendo medio mundo, consciente de que en ese ínterin ellos serían coronados reyes de Traguian.

—No los suficientes. Lo cual me lleva a tener en cuenta el plan B.

—¿Y cuál sería?

—El de la desesperación. Aquel en el que no entra en juego una guerra en igualdad de condiciones. Lo que buscamos es una trampa, preferiblemente donde nos atrapen a ti y a mí. —La joven recordó los fríos y mortíferos ojos de su progenitor y a pesar de los años que hacía que no lo veía sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Reskan apoyó la cabeza en el ancho respaldo del sillón y cerró los ojos. Pasaron un par de minutos en agradable silencio y Kana pensó que el cansancio había podido con él. No le gustaba que pasase la noche allí en lugar de en su cómoda cama, pero tampoco pensaba despertarlo para que iniciase el largo recorrido hasta su dormitorio—. ¿Y qué es lo que querías que comentásemos esta tarde? —preguntó sin abrir los ojos, descartando la idea de que se hubiese dormido.

—No importa, lo hablaremos mañana. —Concedió con suavidad.

—Será mejor que no. Que lo hagamos hoy. —La miraba con atención, su cabeza descansaba aún en el respaldo—. Quién sabe lo que nos deparará mañana. —Ella sonrió con amargura.

—No es tan importante, puede esperar. —Apoyó las manos en los brazos de su propio asiento, empezando a levantarse.

—Para mí sí lo es. De hecho creo que ya es hora de que aclaremos un punto o dos en nuestra relación. —Su tono tenía un deje de dureza que hizo que volviera a sentarse, atenta.

—¿A qué te refieres?

—A la insistente sensación que tengo de que piensas largarme de aquí en cuanto solucione tus problemillas más urgentes. Es como un escozor en el cogote —dijo frotándose con insistencia la nuca.

—Yo no pienso echarte. Te irás tú —aseguró con firmeza.

—¿Ah, sí? —Inquirió con demasiada suavidad.

—Por supuesto, no te hagas el inocente conmigo. Todo esto de ayudarme es muy loable de tu parte, lo admito. Y no te creas que no te estoy agradecida, porque lo estoy, mucho. Tu esfuerzo y dedicación por mantenernos a mí y al país entero a salvo, e incluso por ayudarnos a prosperar, son solo equiparables a tu valentía y lealtad. Pero nada de todo eso puede borrar que a dos meses de aquí hay otro reino que te espera para ocupar su trono algún día, que es allí y no aquí donde perteneces y que te educaron para encargarte de administrar y cuidar de los vadianos. Aquel es tu futuro y este —Hizo un gesto con la mano abarcando todo lo que encontró en su camino—, el mío. —Reskan se mordió la cara interna de la mejilla para no decirle lo que de verdad pensaba. «Yo pertenezco a donde estés tú». La intensidad de gritarle aquellas sencillas palabras lo atravesó como un rayo y el desasosiego que sintió al saberlas ciertas le apretó el estómago.

—Ambos mundos podrían encajar y mezclarse. Ser uno. Tan solo tendríamos que estudiar cómo. —Ella levantó la mirada, veloz como un relámpago, hasta encontrar la suya.

—¿Qué?

—Que no sé qué he dicho o hecho para llevarte a pensar que te dejaría, pero aquí y ahora te advierto, mujer, que una vez que te convertiste en mi esposa, tu futuro y el mío se ligaron para siempre y allá donde vaya el uno, lo seguirá el otro. Tenemos dos reinos y habremos de encontrar la manera adecuada de manejarlos, pero lo haremos desde el mismo lugar, en el mismo momento, porque no pienso y este es el candente punto dos de nuestra conversación, mantener por más tiempo un matrimonio de pega.

—Oh no...

—Oh sí, señora. Ya estoy hasta los huevos de que tú pongas las normas y yo te siga como un perrito faldero. Eres mi mujer, me estoy dejando la piel por asentarte en el trono y por fortalecer las defensas del castillo y me juego la vida al hacerlo, ya que me he puesto en el punto de mira no de uno, sino de dos locos asesinos que van por tu bonito cuello y creo, con toda sinceridad, que a cambio merezco ser tu marido en todos los aspectos. Y si tú no lo piensas, me da absolutamente igual. A partir de esta noche dormirás en mi habitación. —Ella lo miró con la boca abierta y los ojos como platos.

—¿Qué...?

—Sé que me has oído perfectamente. Pasarás todas las noches en mi cama y ni se te ocurra negarme mis derechos maritales o recogeré mis bártulos y te las verás tú solita con todo. —Kana se irguió en toda su estatura y lo miró con ojos que echaban chispas.

—¿Me estás chantajeando?

—Con toda seguridad. Ahora tómalo o déjalo.

—¿De verdad jugarías con las vidas de todos si no me meto de cabeza en tu cama? —preguntó incrédula.

—Claro que no. —Juntó los dedos de ambas manos, los codos apoyados en los brazos del sillón y la implacable mirada clavada en la suya. Parecía lo que era, un hombre dominante e inflexible cuando quería algo con ahínco. Y estaba decidido a conseguirla a ella. Al precio que fuera—. No solo te quiero en mi cama o en cualquier otro lugar que se me ocurra y como ya sabes tengo una imaginación muy fértil. Espero que en cualquiera de esos sitios estés blanda, caliente y ansiosa de mí. Y además confío en que en todos los aspectos de nuestro matrimonio

seas una esposa de verdad. —Su indignado jadeo le resbaló y por primera vez en su relación se sintió seguro con la mano que tenía.

—Pides demasiado.

—Pido exactamente lo que prometiste cuando realizamos los votos.

—En ese entonces me estaban obligando a contraerlos —masculló entre dientes.

—Pero los hiciste de todos modos. Y ahora debes hacer honor a ellos.

—¿Honor? ¡Qué sabes tú de eso! ¿Acaso te motiva el honor a exigirme que me deje violar cada día y de buen grado, además, y a chantajearme para que te ofrezca la clase de matrimonio que tú exiges, sin importar lo más mínimo mi opinión?

—A decir verdad sí, Kana. La cruda realidad es que aunque nos disguste estamos casados para siempre y que lo único sensato que podemos hacer es esforzarnos para que salga bien, para hacer de este un buen matrimonio. Y tener sexo con cualquiera menos entre nosotros y manteniendo una relación fría y a un mundo de distancia no es lo correcto, ¿no lo ves? —Ella no veía nada. Tan solo podía pensar en que la estaba presionando y que no debía permitírselo. En su interior luchaba con todas sus fuerzas para encontrar otra manera, pero se sentía agotada a nivel emocional. Necesitaba descansar unas horas, sin embargo el camino hacia la cama pasaba directamente por la de él y eso no iba a ocurrir.

—Vete al infierno. —Él levantó una ceja, inquisitivo.

—¿Eso es un no? —Miró aquella hermosa cara llena de cínico humor y sintió que se ponía roja de rabia y de humillación. Si pensarlo se abalanzó sobre él.

—Eso es que eres un maldito cabrón, hijo de...

Reskan estaba preparado para atrapar sus garras cuando intentasen cruzar su rostro, pero nunca llegó hasta él. Mientras avanzaba llena de furia, vio con estupor cómo de repente se le doblaban las rodillas y empezaba a caer. Por supuesto llegó hasta ella antes de que tocase el suelo y sus brazos la acogieron en un suave abrazo a pesar de la dureza de los músculos que los formaban. Durante un momento permaneció allí, inmóvil, entre asustado y perplejo. Después, algo mareado a causa del extremo cansancio y las turbulentas emociones que lo acosaban tras la confrontación con su esposa subió las escaleras y fiel a su promesa de que a partir de entonces dormirían juntos, la desvistió esperando que de un instante a otro saltase de la cama, ofendida hasta la médula, pero en ningún momento salió de su desmayo. Suspirando, se desnudó también y piel contra piel se durmió tranquilo por primera vez en días.

Kana se levantó temprano, como era su costumbre y salió de la habitación del canalla antes de patearle las costillas por haberla forzado a compartir cama aprovechando que estaba inconsciente para evitarlo. Que encima se hubiese atrevido a dejarla desnuda era el colmo para sus ya agitadas emociones.

Prefirió no pensar en que se había desplomado como un saco de patatas, cosa que no le había ocurrido en la vida y en la vergüenza que aquella acción le suponía a su maltrecho orgullo y se dirigió a los establos, a ver si a base de desfogarse un rato en una buena cabalgada se le bajaban lo suficiente los humos como para encontrarse en la misma habitación que su marido y no querer atravesarle el pecho con cualquier arma que tuviese a mano.

Mientras Reskan la observaba recorrer el prado tenía los mismos pensamientos que ella sobre lo de desfogarse con una gloriosa cabalgada, pero de otro estilo muy diferente que incluía las sábanas de la caliente cama que ambos acababan de abandonar. Soltó la cortina con el ánimo por los suelos, prometiéndole a esa parte de su cuerpo *tan* molesta que muy pronto se encargaría de ella. Ese mismo día.

De camino a las cuadras se cruzó con Godena, la cual le pareció que intentaba darle esquinazo, algo bastante extraño pues la gitana era directa como la flecha de un arco bien tensado.

—Dena, quisiera hablar contigo, si tienes tiempo. —Su tono dejaba claro que esperaba que lo hiciera de todos modos.

—Por supuesto.

—¿Dónde has estado últimamente? Y ya que estamos, ¿desde cuándo no te veo?

—Tu tío me mantiene ocupada y los aldeanos me requieren cada vez con mayor frecuencia. —Aunque mantenía la cabeza y los hombros erguidos no la miraba a los ojos.

—¿Ahora me mientes? —Entonces lo hizo y pudo ver remordimientos, duda y algo que no pudo definir. Pareció que tomaba una decisión porque asintió para sí y la cogió de la mano.

—Hablemos. —Juntas caminaron en busca de privacidad y de mutuo acuerdo se acercaron a un pequeño mirador, cerca del río. Se sentaron en el banco y ambas se mantuvieron en silencio, rumiando sus propios pensamientos.

—¿Recuerdas lo que me dijiste en Daria, la primera vez que nos vimos? —Kana no esperó una respuesta—. Me avisaste sobre Reskan. Dijiste que si lo averiguaba cambiaría nuestras vidas, pero que tenía que descubrirlo yo o no sería capaz de creerlo. Tenías razón. El momento para hacerlo era ahora. Res no mató a mi madre, lo hizo Riork. —Godena sonrió y le apretó la mano.

—Me alegro de que esa nube no ensombrezca más vuestro horizonte. Habéis perdido mucho tiempo y energías con ese tema. —La paz volvió a reinar en la galería, donde solo el suave fluir de la brisa parecía moverse.

—¿Qué ocurre, Dena? —susurró la joven—. ¿Tan malo es?

—No, es un momento de júbilo. Pero me temo que tú no lo verás así —comentó apesadumbrada.

—¿Y eso? —preguntó divertida—. Hablas como si...

—Como si siempre fueses contra corriente, que es ni más menos lo que haces. No me malinterpretes, entiendo los motivos, pero en ocasiones sería de agradecer que fueses más como todo el mundo.

—Qué aburrido —contestó, fingiéndose horrorizada.

—Sí, que vida tan monótona nos esperaría a todos. —Hizo un gesto de asco y las dos rieron encantadas—. Serás una buena madre. —Kana dejó de reír de golpe. Conocía muy bien a su amiga.

—¿Cuándo? —susurró, dividida entre el pánico y la esperanza.

—Contéstate tú. ¿Cuándo fue tu última menstruación? —Los ojos violetas se abrieron cuando echó cuentas y comprendió. «No».

—¿Qué has visto?

—¿Estás segura de querer saberlo?

—Sí.

—Creo que en esta ocasión debo guardarme mis visiones para mí, pero tengo que advertirte que la vida de tu hijo está tan amenazada como la tuya y que he visto dolor y muerte a tu alrededor. —Esa vez en la mirada de Kana pudo apreciarse la desesperación antes de que bajara la cabeza, triste y cansada.

—A veces pienso que si yo dejase de existir, todos mis seres queridos estarían a salvo. Mi vida no merece tantos sacrificios.

—Tu vida salvará todo un reino porque mientras la mantengas evitarás que Riork se apodere de él y lo destruya. Tu vida dará lugar a tu primogénito, que un día reinará este país. Tu vida es

valiosa porque enseña fuerza y coraje a cuantos te rodean, impidiendo que se dobleguen y se rindan. —Las dos mujeres se abrazaron y sonrieron, compartiendo esa extraña amistad que tanto valoraban—. ¿Se lo vas a contar? —No hacía falta que preguntara a quién. Las dos lo sabían.

—No lo sé. Si se entera puede que decidiese quedarse. —«Por el motivo incorrecto».

—Vamos, Kana, sabes que no se va a marchar. Ese hombre lo está dando todo por este reino, por su gente, por sus casas y sus tierras, por su ganado y sus puentes, por tu maldito trono. Y lo está haciendo por ti. No por una desmedida cuestión de nobleza ni porque sea un caballero de brillante armadura enarbolando su lanza, sino simple y llanamente por su dama, la mujer a la que ha elegido como compañera de por vida.

—Sabes que no fue así. Se vio empujado a esa boda, al igual que yo.

—No conoces muy bien a tu hombre si piensas que se le puede obligar a algo. Es un guerrero de los pies a la cabeza, un ser incivilizado cuando se lo propone. ¿En serio crees que una pandilla de familiares ultrajados podrían coaccionarle a casarse con alguien si no estuviese decidido a hacerlo?

—Bueno, quizás salvar un país entero presionó un poco también...

—Y quizás todas esas excusas le vinieron de perilla para ocultar la verdadera razón de dejarse poner los grilletes tan alegremente. —Opinó la gitana.

—¿Qué sería?

—Conseguirte a ti. —Kana bufó, recordando sus continuas batallas, verbales y físicas, antes de la ceremonia. Los graves insultos de su parte, los intentos por acabar con su vida, su encarnizado odio, su insaciable sed de venganza… No podía ver cómo entre todo eso él podría haber encontrado una sola razón para querer unirse a ella para siempre.

—Tonterías románticas tuyas. Y habría jurado que eras mucho más pragmática.

—A pesar de todo mi consejo es que se lo digas a tu esposo. Y que lo hagas cuanto antes. Como debieras haber aprendido ya, los secretos en un matrimonio nunca son buenos.

Kana seguía sin poder creerse el lío en el que estaba metida… iba a decir sin comerlo ni beberlo, pero indudablemente había comido y bebido *con ganas*, precisamente por eso se encontraba en esa situación, embarazada y en el peor momento posible.

Un hijo de Reskan… Imaginó una miniatura de aquel adonis enloquecedor y se le encogió el corazón de pavor. Aquel bebé sin duda sería algo que la ataría aún más fuerte a él, una debilidad en su lucha para no enamorarse de su marido, porque era hora de admitirlo, corría serio peligro de que aquello ocurriera.

Suspiró de forma audible, sin percatarse de la de atentas miradas que el gesto atrajo hacia ella, incluida la de su esposo, que llevaba largo rato repantigado en su asiento, observando pensativo su aire ausente y taciturno. Parecería que la muchacha se dirigía al patíbulo, allí mustia sin tocar la comida. «Mejor morir con el estómago vacío, no vayamos a hacer una escena», pensó irónico. Suponía que el motivo de su pésimo talante era su orden de establecer entre ambos una relación en todos los sentidos, incluidos los de compartir dormitorio, implantando su prerrogativa de disfrutar de sus derechos maritales cuándo, dónde y cómo quisiera. Él esperaba que su indomable mujer presentara batalla, a pesar de sus amenazas en caso de desobediencia o como consecuencia de ellas, pero esa actitud derrotista simplemente no iba con ella.

Incapaz de soportar un suspiro más la cogió del codo y excusándose con los presentes la empujó con delicadeza pero con extrema firmeza hacia la biblioteca.

—¿Y ahora qué quieres? —le espetó furibunda cuando cerró la puerta a sus espaldas.

—Saber por qué languidecías en el salón. —Se cruzó de brazos y apoyó la espalda en la

puerta, cerrando una posible ruta de escape. No era que pensase que fuese a huir, pero quién evitaba la ocasión…

—¿También te crees dueño de mis pensamientos?

—Ya me gustaría, ya —balbuceó entre dientes.

—¿Uhmm?

—Que lo sueltes o te saldrá una úlcera. De hecho me extraña que no hayas reventado a estas alturas, con tanta rabia y rencor como guardas dentro.

—Aghrrr, cómo te detesto, Cetriar.

—Lo sé, lo sé, siempre te congratulas en decírmelo. —Reskan se permitió una sonrisa triunfante una vez que ella le dio la espalda. Mejor su rabia que sus lágrimas. Y hacía un momento parecía tan desdichada que bien podía haberse echado a llorar—. ¿Estás bien?

—¡No! ¡Y no creo que lo esté en mucho tiempo! —De un empujón se alejó de él, más porque él retrocedió que porque la fuerza que utilizó fuera suficiente para desplazar el muro insuperable que representaba. Lo miró con ojos abatidos y para enorme aflicción y aún más extrema sorpresa de Reskan, cuajados de lágrimas—. Estoy… ¡Estoy embarazada! —La expresión de absoluta perplejidad de su marido habría valido el propio trono si hubiese estado de humor para valorarla. Abrió la boca, la cerró, exhaló aire con fuerza y dio un paso al frente para acercarse a ella—. ¡No! —Levantó un brazo, rechazándolo, y él se detuvo—. Ojalá este bebé no existiese. —Soltó, recogiéndose las faldas y saliendo a la carrera de la habitación.

Reskan sonrió y fue la sonrisa más hermosa y auténtica de toda su vida. No era que las palabras de Kana no le hubiesen escocido un poquito, pero aunque no hubiese sido consciente de que mientras las decía apoyaba su mano de manera protectora en su vientre aún liso, él sí. Soltó una sonora carcajada del más puro deleite. ¡Dios santo, iba a ser padre! ¡Iban a tener un hijo juntos!

Escuchó el tronar de los cascos de un caballo al salir disparado de los establos y borrando la sonrisa de su boca salió corriendo de la biblioteca entre una retahíla de palabrotas.

La alcanzó a los pocos minutos, gracias a que había escogido un camino que también él conocía y a que el enfado que sentía por haberse enterado de que había decidido montar a Libertad, la cual todavía no había terminado su entrenamiento, lo hicieron dar rienda suelta a su vena más salvaje, impidiéndole respetar norma alguna hacia su seguridad y acortando con rapidez la distancia con la yegua gris. Cuando estuvo a la par y antes de que su jinete pudiera impedirlo, la cogió de la cintura y la montó en su propio caballo, delante de él, para acto seguido, poco a poco, reducir la marcha hasta detenerse, momento en el que bajó del semental, arrastrándola con él al suelo.

—¿Cómo te atreves? —le gritó, furiosa. La bofetada la hizo retroceder, tambaleante. La estabilizó de inmediato, pero en cuanto lo hizo la soltó, retrocediendo un paso. Ella se llevó la mano a la mejilla, que le escocía horrores y se lo quedó mirando, pero no hizo dramatismos ni lo acusó entre lágrimas.

—Nunca utilizaré la fuerza física contra ti, tienes mi palabra. Tampoco lo hago ahora. Esto —Señaló su rostro—, es por poner la vida de mi hijo en peligro en una cabalgada sin sentido, con una montura que todavía no está lista. —La joven permanecía inmóvil y en silencio, los ojos violeta enormes en aquel rostro tan pálido—. ¡Por Dios, Kana, en qué estabas pensando! —No estaba pensando. Sentía tal marea de emociones ahogándola que había ansiado el sentimiento de liberación que siempre la embargaba cuando salía a cabalgar. Si había elegido a Libertad Salvaje era porque su espíritu rebelde era más afín al suyo y por lo tanto más apta para la monta de ese día, pero su maternidad era un descubrimiento tan reciente que no había pensado que si se caía

podría perder al bebé y dadas las amargas palabras que le había tirado a la cara a su marido antes de salir despavorida de la biblioteca era muy posible que creyese que esa era su intención. Deshacerse de su indeseado embarazo. Claro que existían maneras más seguras que desnucarse ella misma. Intentó sobrepasarlo para volver a montar, ya mucho más tranquila, pero el brazo de acero que la cercó sin piedad, cogiéndola del hombro, se lo impidió—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿De verdad detestas este hijo? ¿O es la idea de que sea mío lo que te turba tanto?

—Es… ¡Todo! —gritó, presa de la frustración, el desconcierto, los nervios, la tensión, el miedo, las dudas y todo aquello a lo que no se atrevía a darle nombre—. ¿No puedes simplemente dejarme en paz? —preguntó con un tremendo nudo en la garganta. Reskan vio la parte de inocencia que aún le quedaba, lo desvalida y perdida que se sentía y que procuraba ocultar y a pesar del dolor de su corazón, intentó aceptar lo que le pedía. Entonces recordó a su hijo.

—No, no puedo. A menos que estés dispuesta a darme al niño para que vuelva conmigo a Vadia. —Vio cómo el sufrimiento opacaba los hermosos ojos y cómo también inspiraba con fuerza intentando llenar los pulmones de aire. La cogió a tiempo de evitar que resbalara al suelo —. ¿Cuánto hace que no comes?

—Desde anoche, creo —respondió con voz débil, demasiado para su gusto—. No, os esperé para la hora de cenar, pero pasó y no aparecisteis…

—Maldita sea, mujer, hace veinticuatro horas que no pruebas bocado y llevas a nuestro hijo en tu vientre. ¿Qué intentas, matarlo? —Una vez dichas las palabras, no podían borrarse. Reskan la miraba furioso y ella se tragó las lágrimas amargas de decepción y derrota. De modo que así estaban las cosas. Reskan se mesó el pelo—. ¿De cuánto estás?

—De un mes. —Él alzó la cabeza.

—¿Cómo puedes estar segura, entonces?

—Mi menstruación es regular como lo son tus insultos últimamente. —Lo miró a los ojos y cuadró los hombros—. Y Godena lo ha confirmado. —Una ceja masculina se alzó en respuesta, dejando pasar el comentario anterior.

—¿Confirmado o ha tenido una de sus visiones? —Por supuesto Reskan había oído hablar del don de la gitana. Por regla general desconfiaba de la clarividencia, pero al parecer los antecedentes de la amiga de su mujer eran excelentes. Jamás se equivocaba.

—¿Hay alguna diferencia?

—En este caso supongo que no. —Suspiró, cansado de discutir—. Ven, regresemos al castillo. —Fue a cogerla de la cintura con la obvia intención de volver a subirla en Senon, no obstante ella se apartó.

—No voy a desvanecerme, así que montaré a Libertad.

—Lo harás conmigo y a partir de hoy se acabaron los caballos para ti. —Ordenó, tajante. La mirada de ella se volvió dura y salvaje mientras la mantenía fija en él.

—Nunca, jamás, vuelvas a decirme qué puedo o no hacer, Cetriar. —Reskan parpadeó. Aunque su decisión era firme, ya que pretendía mantenerla a ella y a su hijo a salvo, podía sentir la violencia que emitía en ese momento como algo vivo a su alrededor y supo que había cometido un error táctico garrafal porque su esposa no se dejaría dominar por nadie sobre la faz de la tierra, mucho menos por él.

—Kana, ahora llevas un niño en tu seno, ya no puedes ser la muchacha temeraria que vuela sobre su montura y salta setos imposibles…

—Sí, ya sé, quieres que me convierta en la perfecta dama. Recatada, aburrida y respetable en todo momento, ¿no? O lo que es lo mismo, esperas que sea como todos vosotros, que no quede

nada de mí. —Reskan supo mientras la escuchaba que bajo ningún concepto deseaba a la mujer que ella describía. A pesar de todos los quebraderos de cabeza que suponía, él la quería exactamente como era—. No creo que eso sea posible aunque intentaré no arriesgarme ni perjudicar a mi hijo, pero no dejaré de montar a caballo mientras no entrañe un peligro para ambos. Ahora si me disculpas me marcho a casa. Sola. —La tentación de agarrarla y subirla a su lado en el caballo era poderosa, pero se habían dicho muchas cosas en pocos minutos que hacían la distancia entre ellos insalvable por el momento. Sería mejor no echar más leña al fuego. Así que apretó los puños para evitar el impulso y permitió que lo hiciese como deseaba. Y Lucifer gruñó fuerte en su interior.

Kana se paseaba furiosa por fuera del mirador mientras Godena la observaba con el entrecejo fruncido.

—Este matrimonio se ha vuelto intolerable, Dena. No puedo seguir con él. —La mujer se apartaba el pelo del rostro, nerviosa, cuando al cambiar con brusquedad de dirección le caía sobre los ojos.

—No seas dramática, Kana, no te pega. —La gitana intentaba quitarle hierro al asunto, pues era de la opinión que una madre, sobre todo primeriza, no debía alterarse, mucho menos en los primeros meses del embarazo, cuando era más propensa a perder el bebé.

—¿Crees que exagero? —preguntó ofendida—. Ese cerdo me ha dicho en mi cara que piensa que intento deshacerme del niño.

—¿Qué? Seguro que no quiso… Oh, Kana, ¿en serio?

—Pero aún no te he dicho lo mejor. Espera mantenerme en una nube, cosiendo y cantando baladas de amor y que sea un ejemplo de damita dulce y correcta. Y si no me someto a él *en cuerpo y alma*, no solo se largará sin ayudarme con esos dos cretinos, sino que me ha amenazado con arrebatarme a mi hijo y llevárselo consigo a Vadia. —El jadeo de incredulidad de su amiga pareció traerle algo de tranquilidad, como si contándoselo a alguien hubiese descargado parte del peso que la agobiaba desde hacía días, cuando tuvieron aquella confrontación. Desde entonces apenas se hablaban.

—Realmente no puede haber dicho eso.

—*Realmente* lo ha hecho. Con todas las palabras. Y no pienso aceptar su chantaje. Esta vez no.

—Vamos, Kana, tranquilízate. A veces se dicen cosas que no se sienten de verdad…

—¡Y un cuerno!

—Entonces, llegado el caso, tendríamos que meditar cómo proceder, pero de nada sirve que te agites ahora de ese modo… —Se calló al ver la expresión de la joven, la cara pálida como la cera, la mirada un tanto vidriosa, diría que hasta algo trastornada.

—Nadie me quitará a mi hijo. ¿Entiendes? ¡Nadie! —Su respiración se volvió pesada, errática. Abrió los ojos de golpe—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué ocurre?

—Mojado… —susurró mientras caía de rodillas entre la hierba. Godena corrió hasta ella, apoyó la espalda de la joven en su propio pecho y entonces se asustó. Su cuerpo transpiraba mucho y estaba demasiado caliente. Tocó su frente, que estaba húmeda y ardiendo.

—Kana, por Dios, ¿qué te pasa? —Ella abrió apenas los ojos y la miró con dificultad, sin poder enfocarla—. La humedad… entre mis piernas… —Y el mundo se volvió negro, haciéndolo todo más fácil.

Con aquella sencilla frase Godena tembló de miedo.

—¡Que alguien me ayude! —gritó con todas sus fuerzas, rezando por primera vez en su vida.

CAPÍTULO 22

Reskan se sentía como un león enjaulado y sabía que la culpa era por completo suya porque nadie más que él le había autoimpuesto aquel encierro en el estudio desde la bronca con Kana, pero aun así estaba irritado a más no poder.

Compartían la habitación, él no le había dado otra opción, pero ella se limitaba a meterse en la cama, en el extremo más alejado, por supuesto, y a simular que se dormía en el acto. Eso incumplía tácitamente su pacto, pero él no estaba de humor para reclamárselo, junto con sus derechos maritales, así que fingían no darse cuenta del enorme detalle.

También participaban de las comidas con el resto de la familia, donde mentían con total descaro, aparentando que no ocurría nada fuera de lo normal, pero aparte de eso su vida matrimonial era un absoluto fiasco.

Entendía cuáles eran los problemas principales, como haberle dado a entender que pensaba que ella detestaba tanto tener el niño que intentaba matarlo o haber sugerido que se lo quitaría si no se plegaba por completo a sus deseos, cosa que admitió para sí que había dicho en un momento de ardor. Él sería incapaz de causarle un daño de esa magnitud, sobre todo habida cuenta de su pasado, cuando a ella ya le habían arrebatado a tantos seres queridos, pero ella no sabía eso, sobre todo porque estaba tan enfadado y dolido que su orgullo le impedía confesárselo.

Admitía también que ella se había visto más que empujada a aquella boda del todo indeseada por su parte y que él había tenido mucho que ver en su caída, arrojándola a los perros aquella noche con su confesión sin remordimientos de que le había arrebatado la virginidad.

Suspiró, estaba claro que no habían comenzado con buen pie y habían continuado en la misma tónica desde entonces, así que no era de extrañar que su actitud fuera un tanto rebelde y enérgica al no entregarse de lleno a aquella relación.

¿Pero cómo cambiar aquello por el bien de ambos? ¿De su hijo en camino?

Los gritos angustiados, los pasos apresurados, despejaron su mente de sus sombríos pensamientos y alertaron sus sentidos frente al peligro inminente. La puerta del estudio se abrió de golpe, sin llamada alguna y la cara pálida y asustada de su padre se asomó por ella. Reskan se levantó de inmediato y empezó a correr para salir, pero Eidrian lo agarró del brazo, impidiéndoselo.

—Ahora no puedes hacer nada —dijo con voz triste. El hijo lo miró sin comprender, los ojos dos profundos charcos de dolor, cegados por la conmoción y el arrepentimiento.

—¿Ha…? —Fue incapaz de decir la palabra. Su cerebro se negó en redondo.

—No. —El alivio instantáneo le dobló las rodillas. Eidrian lo sujetó por los hombros, impidiéndole resbalar.

—¿Cómo está? —susurró. Las palabras costaban.

—No lo saben. Están valorándolo. —Otra vez intentó moverse, salir de allí, ir hacia ella, donde quiera que estuviese—. Hijo, ahora necesitan comprobar los daños y ver qué puede hacerse. El tiempo es el factor clave. Tú solo estorbarías. —Reskan luchó un poco más, a su padre le costó muchísimo frenarlo, al fin y al cabo era veinte años más joven que él, pero por fin las palabras penetraron en su mente aturdida y dejó de forcejear. Se tiró en un sillón y se cubrió la cara con las manos. El rey aprovechó para servir dos generosas medidas de whisky y colocarle una copa en la mano.

—Bebe. —Exigió, empujando el cristal hacia sus labios. Lo hizo por inercia y el líquido calmó un tanto sus destrozados nervios.

—¿Cuál de ellos? —preguntó, sin molestarse en cubrir lo más mínimo su ira.

—¿Perdón? —Su ignorancia le valió una mirada punzante.

—¿Quién la atacó? —Eidrian parpadeó.

—Nadie. Ella… comenzó a sangrar. —Reskan lo miró sin entender nada—. Creen que puede estar abortando —explicó con suavidad. La expresión del príncipe se volvió indescifrable, su cara era como de granito—. Un aborto espontáneo. —La rabia, oscura, intensa y mortífera se apoderó de él.

—Déjame solo.

—Pero…

—Ahora, padre. Por favor. —Sin poder explicarse qué le ocurría, aparte de que su esposa podía estar perdiendo a su primogénito en ese mismo momento e incluso morir ella misma, se levantó, con el entrecejo fruncido porque conocía lo suficiente a su hijo como para saber que había algo más que se le escapa, pero entendiendo que él se lo diría cuando estuviese preparado.

—Te avisaré si hay algún cambio. —Esperó a que su hijo dijera algo, pero cuando fue evidente que no lo haría salió, cerrando la puerta tras de sí.

—Hazlo —murmuró cuando se supo solo, segundos antes de que la gruesa copa se hiciera añicos entre sus dedos.

Kana estuvo al borde de la muerte durante cinco terribles días. La temida pérdida de sangre, aunque no muy abundante, fue constante durante los tres primeros y la fiebre la acompañó hasta el cuarto, momento en el que empezó a bajar y todos comenzaron a respirar.

El pánico y la desesperación habían crecido con cada día que pasaba sin mejoras, sin que recuperase la consciencia, con los delirios propios de la fiebre, llamando a gritos a un Reskan ausente en todo momento para consternación y gran cólera de los presentes.

—Maldito bastardo. ¿Por qué no estás a su lado? —gritó Dacross segundos después de estrellar la puerta de la biblioteca contra la pared.

—Te agradeceré que moderes el tono de tu voz —sugirió con los ojos semicerrados. Llevaba dos días bebiendo sin parar, los mismos que ella luchando por su vida y la cabeza parecía que iba a partírsele en dos—. Y que te largues. —La mirada de asco y de profundo rencor del tío de su mujer le llegó al alma.

—¿Acaso no la escuchas gritar? ¿No la oyes llamarte? ¿Cómo puedes quedarte aquí sentado día tras día mientras ella agoniza junto con tu hijo? —El mundo explotó, la rabia, hirviente, lo quemó. Aulló con todas sus fuerzas.

—¡Fuera! ¡Sal de aquí! —Dacross observó por primera vez sus ojos hundidos e inyectados en sangre, el dolor que los embargaba, su estado alcoholizado y percibió su sufrimiento como algo tangible. Su siguiente pregunta fue mucho más suave—. ¿Por qué no estás arriba?

—¡Porque no quiero! ¡Porque merece morir por lo que le ha hecho a mi hijo! —Dacross lo miró boquiabierto durante un rato y después, sin una palabra, le soltó un derechazo que le dio de lleno en el pómulo.

—Eres tú el que mereces lo que estás sufriendo por lo que estás pensando. Y ambos sabemos que obtendrás exactamente el infierno si finalmente muere mientras te lamentas aquí abajo —dijo saliendo de la habitación.

Reskan se frotó la mejilla dolorida, sabiendo que se había ganado todo lo que había recibido de su pariente político. Y siguió bebiendo como un poseso durante los siguientes tres días e

ignorando los angustiosos alaridos de su mujer en la habitación superior, los aterradores silencios que los seguían y los cada vez más continuos temblores de sus manos al agarrar la botella cuando la tentación de correr escaleras arriba se hacía verdaderamente insoportable.

Kana abrió los ojos despacio y aunque las cortinas estaban echadas y el sol del atardecer casi había desaparecido, tuvo que cerrarlos de inmediato porque la luz le produjo un dolor intenso.

Helailla se percató del leve gesto y corrió hacia ella, con una enorme sonrisa de bienvenida.

—¡Has vuelto! —«¿Vuelto? ¿De dónde?», quiso preguntar, pero aún no se atrevía más que a respirar—. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo? —Un pensamiento, leve pero intenso, se filtró en su conciencia.

—Reskan… —susurró entre sus labios agrietados. Un silencio pesado y frío, tan atípico de Lalla, la obligó a abrir los ojos con precaución y a tratar de fijar la mirada en la muchacha, la cual tenía una expresión muy seria y… llena de pena—. Oh, Kana, pídeme otra cosa, lo que sea. —Suspiró—. Pero eso no.

—¿Por qué? —preguntó en tono quedo, cansado.

—Lo hablaremos en otro momento, ahora descansa…

—Helailla. —Advirtió, con voz débil.

—Porque él no quiere estar aquí. —Soltó a su manera directa—. No ha venido ni una vez en todo el tiempo que llevas enferma, el maldito y me da igual que sea mi hermano. Creíamos que morirías, no parabas de sangrar y lo llamabas todo el tiempo, retorciéndote de dolor… Y él no apareció, en ningún momento. —La joven se limpió las lágrimas que asomaban por las comisuras de sus bonitos ojos y sonrió sin ganas—. Pero los demás no nos apartamos de tu lado.

—¿Por qué? —se limitó a preguntar.

—Porque te queremos, claro —contestó ofendida.

—¿Por qué él no? —Esa era la pregunta. Aquella para la que ninguno tenía respuesta.

—Él te quiere. Todos lo sabemos. Está hecho un asco, encerrado en algún rincón de la casa como un ermitaño, borracho como una cuba, sin comer desde hace días, pero algo le corroe las entrañas y lo está volviendo loco. —Kana la miró con expresión interrogante y ella negó con la cabeza, en actitud suplicante—. Por favor, no me presiones, esto es aún peor que el hecho de que no haya cuidado de ti.

—Necesito saberlo, Lalla. —Se le cerraban los ojos de agotamiento y la joven rezó para que se quedase dormida antes de tener que confesar el último y terrible pecado de su hermano—. Eres mi amiga, ¿no? —Aquella jugada fue muy sucia, hasta para ella.

—Veo que te encuentras mejor, qué bien —comentó con cierto sarcasmo—. Vale, alguien tendrá que decírtelo tarde o temprano. Res está convencido, equivocadamente por supuesto, de que el aborto no fue un accidente… sino que lo provocaste a propósito. —El silencio que siguió a la declaración fue profundo y apabullante. La expresión de Kana se llenó de comprensión, incredulidad y una angustia atroz. Sin saber de dónde, la mujer sacó fuerzas para levantarse.

—No, Kana, aún no puedes moverte, es muy pronto. —Ella no pareció verla al mirarla.

—Mi hijo… —Su cuñada intentó meterla otra vez en la cama, pero la apartó con violencia y salió a trompicones de la habitación.

—¡Kana!

Con las piernas apenas sosteniéndola, fue agarrándose a las paredes. No vio a Reskan, que se dirigía a su cuarto a cambiarse las arrugadas ropas con las que también había dormido y chocó con él. La atrapó en sus brazos, impidiendo que cayese del todo y al levantarla vio en sus ojos un dolor desnudo, tan lacerante que le paralizó el corazón. Toda ella parecía trastornada, ida,

poseída por algo extraño.

—¿Qué haces fuera de la cama? —Temblaba como una hoja, pero cuando lo empujó pareció que un coloso la ayudaba porque consiguió desplazarlo unos centímetros y salir corriendo entre zigzagueos.

—¡Kana! —Helailla apareció por el pasillo, frotándose las manos con evidente preocupación —. ¡Reskan, haz algo!

—¿Qué ocurre? ¿Adónde va?

—Oh, Res, creo que ella piensa que ha perdido al bebé. —Su hermano la miró un momento en silencio y después salió corriendo tras su mujer, recordando la expresión insana que había visto en su mirada y la dirección que había tomado. Por allí solo se podía ascender a las almenas. «Dios mío, no lo permitas», suplicó mientras subía los escalones de tres en tres y abría la puerta de golpe.

La imagen que lo recibió al llegar lo perseguiría el resto de sus días. Kana estaba de pie en la muralla, el pelo suelto alborotado por el viento, el blanco camisón ondeando en sus tobillos, sus pies descalzos asomando por debajo, los brazos abiertos en cruz, los ojos cerrados y su frágil y delgado cuerpo, consumido por la fiebre y la enfermedad y perfectamente visible a través del delgado camisón, meciéndose precariamente hacia delante y hacia atrás, como saboreando la terrible caída que se avecinaba. Se acercó muy despacio, en absoluto silencio, aguantándose las ganas de echar a correr hacia ella para poder cogerla a tiempo. Lo que más temía era que se sobresaltase y se lanzara hacia abajo, así que se contuvo y evitó respirar siquiera. Cuando la tenía a un palmo de distancia el pánico comenzó a ceder, pensando que lo peor había pasado.

Entonces ella abrió los ojos, lo miró y saltó.

Reskan jamás olvidaría esa sensación. Fría y sobrecogedora. El vacío absoluto que vio en los ojos de su esposa antes de que se tirase y la posterior imagen de ella colgando con todo el cuerpo por fuera de la muralla, salvada tan solo por su mano, que apretaba con firmeza su pequeña muñeca, lo marcarían con un hierro al rojo vivo cada vez que cerrara los ojos. De un veloz y fuerte tirón la subió y en el mismo movimiento la abrazó con fiereza, aun sabiendo que se había desmayado y entre sollozos entrecortados que nadie podía oír comprendió tres verdades terribles pero incuestionables.

La fiebre había regresado.

Ella no había intentado deshacerse de su hijo.

Y estaba irremediablemente enamorado de su mujer.

Los cuatro días siguientes fueron mucho peores que los anteriores porque Kana había perdido las ganas de vivir. Creía que había tenido un aborto y que su marido estaba convencido de que se lo había provocado ella y aquello debió de ser demasiado para la joven. Godena afirmaba que llevaba mucho tiempo soportando una gran tensión con todos los problemas que la acosaban y que en su estado de debilidad, provocado en su mayor parte por la fiebre tan alta, con los cambios hormonales producidos por el embarazo, la presunción del aborto, la falta de confianza y apoyo de su esposo… En fin, parecía que algo se había fragmentado en la confundida mente de la joven, trastornándola tanto como para cometer una locura semejante. Y todos, incluido Reskan, se inclinaban a estar de acuerdo con la gitana. Kana era demasiado fuerte y valiente como para pensar en suicidarse de haber estado lúcida. En ese momento se dejaba morir entre las sábanas húmedas de sudor de su cama, siempre vigilada por un hombre deshecho por los

remordimientos, el sufrimiento y la angustia que no comía, no dormía y sobre todo, no quería existir sin ella.

—¡Maldita seas, no te atrevas a dejarme! ¿Me oyes? ¡Reacciona! —Le gritó mientras la cogía de los hombros y la zarandeaba con violencia. Su hermana entraba en ese momento y se quedó quieta en el umbral, con el puño en la boca para intentar acallar el gemido de aflicción que pugnaba por escapársele ante aquella escena tan trágica—. ¡Vive, cabezota, vive para que puedas verme hincado de rodillas suplicando tu perdón y mendigando las migajas de tu amor! ¡Cualquier cosa será mejor que perderos a mi hijo y a ti! —Helailla se acercó a él y tocó su brazo con cautela porque temió que al final le haría daño a la mujer sin quererlo.

—Res, la vas a lastimar —susurró con lágrimas en los ojos. Cuando él se volvió pudo ver que estas también surcaban sus mejillas. El impacto fue tremendo. Nunca había visto llorar a su hermano, ni siquiera cuando con catorce años y después de vagar durante meses hasta encontrar el camino de vuelta a casa, les contó que habían asesinado a su madre.

—¿Y qué hago? —preguntó, del todo indefenso desde que ella recordara.

—No lo sé, Res, yo también estoy asustada —confesó y los dos se abrazaron, dándose fuerzas el uno al otro.

Reskan se despertó sintiendo que algo iba muy mal. El cuerpo que abrazaba estaba más frío de lo normal y eso lo asustó. Se incorporó de golpe y vio que Godena estaba al otro lado de la cama, mirando por la ventana.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz preocupada mientras se fijaba en que el pecho de su esposa apenas se movía al respirar. La respuesta tardó un poco en llegar y cuando lo hizo hubiese preferido no escucharla.

—No lo van a superar.

—¿Qué estás diciendo? —dijo con fiereza. La mujer lo enfrentó.

—Kana está exhausta. Ya no come y el bebé no está recibiendo lo que necesita.

—Pues haremos que coma —dijo con terquedad.

—Reskan, *he visto* que el pequeño no sobrevivirá… a hoy. —Sus ojos demostraban lo que le costaba hacer esa confesión—. Y ella…

—¡No! —Se negaba a escucharlo. No quería saberlo—. La forzaré a comer, no me importa si tengo que meterle los dedos hasta el esófago para obligarla a tragar. Ninguno va a morir. ¿Me oyes? ¡Ninguno! —Ella asintió, sin decir nada—. Así que dime qué tenemos que hacer. —Godena lo miró con fijeza un buen rato, sin una fórmula mágica que poder sacarse de la chistera y después, con resolución, se ató una cinta en el pelo, formando una larga coleta, para que no estorbase y se arremangó las largas mangas del vestido.

—Mientras no detengamos esta maldita fiebre seguirá debilitándola hasta matarla.

—¿Y cómo la paramos?

—Necesitamos agua tibia, tendiendo a fría. Mucha. —Miró la bañera y los ojos de él la siguieron.

—¿De verdad quieres sumergirla en agua helada con lo débil que está?

—No he dicho congelada, eso solo conseguiría que siguiese igual, pero el agua templada la ayudará a sudar, bajando su temperatura corporal. —Él la observó con expresión inexpresiva—. ¿Crees que se puede poner peor?

—Llenaremos la maldita bañera hasta los topes.

—Bien, la refrescaremos cada pocas horas. Cuando eso esté hecho deberemos obligarla a comer. El niño y ella necesitan alimento cuanto antes. —Reskan se detuvo un momento en la

tarea de desvestirla.

—Siempre dices niño. ¿Es una forma de hablar? —La gitana sonrió por primera vez en días.

—No.

—¿Así que voy a tener un hijo varón?

—Pensé que tú no creías en mis visiones.

—Siempre he sido un hombre de mente abierta, muy progre. —Se justificó.

—Ya. Hay que ver cómo el amor puede cambiarlo a uno, ¿eh?

—Uhmm. —Se limitó a gruñir.

Cuando la metieron en la bañera llena de agua, Kana solo gimió y se retorció un poco, pero no salió de su estado comatoso. La tuvieron allí un buen rato y después la secaron, cambiaron las sábanas y con un camisón limpio y un sabroso tazón de caldo de carne comenzaron la ardua tarea de forzarla a tragar. Parecía un cometido imposible porque se negó a colaborar, pero Reskan le tapó la nariz, lo que la obligó a abrir la boca y con la cabeza inclinada en el ángulo correcto, al líquido no le quedó más remedio que bajar por la garganta dolorida. No pararon hasta que el cuenco quedó vacío y sonrientes y agotados se dejaron caer en sendas sillas a ambos lados de la cama.

—Valdrá, de momento. —La mujer le tocó la frente—. La fiebre ha remitido, al menos por un rato. Pero tendremos que repetirlo en breve. Estoy pensando en una infusión de corteza de sauce que suministrada tres veces al día podría resultar muy efectiva. Y nada de taparla en exceso. —Estiró los doloridos músculos de la espalda en un gesto poco femenino aunque no exento de gracia—. Será mejor que descansemos un poco. —Se abrió la puerta y entró Sabon con un libro.

—Ya me quedo yo mientras coméis algo y echáis una cabezadita.

—No voy a moverme de aquí. —Se negó Reskan.

—Si quieres estar en forma para la siguiente ronda, haz lo que te ordenan los mayores —aconsejó Godena—. Yo pienso hacerlo. —El príncipe miró la cara pálida de su indomable mujer y sintió que se le encogía el corazón, pero su pecho ahora seguía un ritmo más regular al respirar y tenía la frente seca y fría.

—Está bien. Volveré en seguida. —Concedió reticente.

—Como quieras. Kana y yo vamos a leer un rato para distraernos, pero te lo advierto, es un poco picante en algunas escenas.

—Ya, no sé quién pervertiría a quién —contestó, recordando el episodio de la biblioteca, cuando lo ató al sillón y le obsequió una fantástica felación. Parecía que habían pasado siglos desde entonces.

Cuando se despertó había anochecido. Apartó de golpe las sábanas y se apresuró a lavarse la cara en un intento por despejarse. No había pensado dormir tanto, ni mucho menos las tres horas que calculaba que habían transcurrido desde que dejara el dormitorio de su mujer, pero antes de apoyar la cabeza en la almohada ya estaba profundamente dormido, al fin y al cabo llevaba nueve días sin apenas pegar ojo, salvo alguna que otra cabezada intranquila.

La tripa le rugió de hambre, pero la ignoró con determinación mientras atravesaba el vestidor que comunicaba ambas habitaciones, inspirando con fuerza cuando los magníficos recuerdos que aquella estancia siempre tendría impregnada lo asaltaron.

Sabon estada sentado en la cama, cogiendo la mano de su nieta. Cuando se acercó vio que tenía los ojos cerrados y juraría que estaba rezando. Carraspeó mientras se inclinaba para tocar la frente de su esposa, que de nuevo estaba caliente.

—¿Has comido? —preguntó el rey, levantándose.

—Sí. —Mintió. La mirada penetrante, tan parecida a la de su mujer, lo taladró durante unos segundos, pero era demasiado mayorcito para dejarse intimidar.

—Ya. De todos modos Godena ha ido por una bandeja para ti y ha amenazado con algo de meter los dedos hasta el esófago si te ponías difícil. Dijo que tú lo entenderías. —El príncipe sonrió ante el desconcierto del otro. La aludida llegó en ese momento cargada con la mencionada fuente, que depositó sin ceremonias en sus manos con una ceja arqueada a la que él contestó con otra sonrisa ladeada, de niño bueno. Un regimiento de criados entró tras ella con cubos de agua que empezaron a echar en la bañera. Reskan dejó la comida en una silla, dispuesto a ayudar, a pesar de que su estómago emitió otra sonora protesta.

—Tú, come, aún falta un rato para que todo esté listo. —Miró a Sabon—. Y tú, será mejor que nos dejes, seguro que te ruborizarías como una virgen si tuvieses que ver a tu nieta desnuda. —El guerrero curtido en mil batallas se sonrojó ante el mero pensamiento, para diversión de los otros dos.

—Está bien, pero si me necesitáis más tarde, llamadme. —Y salió casi patinando por las prisas. La gitana se volvió entonces hacia él.

—¿Aún no has empezado?

—Pareces un general. Al menos das órdenes como uno.

—Pero nadie me obedece como si lo fuese. —Reskan se sentó y destapó la bandeja. Aún estaba caliente y tenía una pinta buenísima, se le hizo la boca agua. Cuando iba a meterse la primera cucharada del espeso estofado en la boca escuchó de nuevo aquel ruido característico, pero esa vez estaba seguro de que no provenía de él. Levantó la mirada y vio que Godena estaba mirando a algún punto por encima de su cabeza, a un trozo vacío de la pared.

—¿Tú has comido?

—Por supuesto. —Reskan se relajó en su silla, estirando sus largas piernas y cruzando los tobillos, que tocaron el borde del vestido de ella, la cual lo miró al sentir el leve contacto.

—Has puesto suficiente comida aquí como para un regimiento. Podemos repartirla —sugirió.

—Te he dicho que ya he comido.

—Pero no te he creído. —Le lanzó una mirada furibunda y Reskan la observó, tan joven y tan hermosa, con aquellos ojos color avellana de mirada directa y franca y un cuerpo pensado para el pecado, abiertamente carnal y sensual, sin la restricciones que marcaban las damas de la sociedad y pudo entender qué había visto Dacross en ella para hacerla su amante permanente delante de las narices de toda la familia. Entonces otro fastidioso ruidito vino a arruinar el efecto creado con tanto cuidado—. ¿Y bien? —Su mirada la retó.

—Solo he traído una cuchara.

—También podemos compartirla. —Ella jadeó por la intimidad de aquel gesto—. ¿Compartimos el cuidado, el lavado y la alimentación de mi esposa, pero no la cuchara? —preguntó con una ceja arqueada.

Godena se dio cuenta de lo ridículo de su propia argumentación. Además aquel era un hombre que amaba a la mujer moribunda que yacía tumbada en aquella cama. Acercó una silla a la de él y se dejó dar de comer mientras se estrujaban la cabeza buscando posibles alternativas para sacar a Kana de aquel estado.

Dacross los observaba con el entrecejo fruncido, apoyado en el marco de la puerta abierta, pues los sirvientes entraban y salían con baldes de agua y otros utensilios.

Aquellos dos no parecían darse cuenta de la imagen que representaban, pero él sentía unos celos negros mientras veía cómo Godena bebía de la copa que momentos antes el príncipe se había llevado a los labios o sus hombros se tocaban al gesticular o él le metía un trozo de carne

particularmente sabroso en la boca y ella se relamía. Apretó los puños y separándose de la puerta entró, aún sin ser consciente de ello, listo para la batalla.

—Cross, ¿vienes a ayudar? —preguntó la muchacha con una sonrisa.

—Sí, Cross. ¿Cómo es de fuerte tu sensibilidad virginal? —Lo pinchó Reskan, desconociendo los pensamientos que lo rondaban. Se sorprendió cuando le dedicó una mirada rencorosa.

—¿Para qué es todo esto? —Hizo un ademán con la mano, abarcando la bañera y el pequeño alboroto de personas que ocupaban la habitación y ellos se lo explicaron—. ¿Por qué no la dejáis en paz? Está agotada y así no hacéis más que minarla aún más.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó la mujer, que lo conocía bien—. ¿No ves que no está mejorando? De hecho, está agonizando.

—¿Y quién eres tú para saber eso? ¿Eres médico acaso? —El ataque dolió y los dos hombres lo apreciaron. Los conocimientos de Godena eran muy extensos y desde su llegada el médico y ella se repartían los pacientes, para gran entusiasmo de este, pues había demasiados entre el castillo y los alrededores.

—Lo ha visto, Dacross y a mí me vale con eso. Mi hijo va a morir hoy. —El semblante del hombre se quedó pálido por la noticia—. Y haré lo que sea necesario para evitarlo. Los necesito a los dos —susurró al final. Cross miró a su amante, sintiendo que había sido un imbécil y aterrado buscó una confirmación por su parte. Ella nunca se equivocaba. La gitana encontró sus ojos.

—El futuro puede cambiarse —se limitó a contestar. Las mandíbulas de ambos hombres se endurecieron, sus ojos brillaron con férrea determinación y sus voces rugieron al unísono.

—Cambiémoslo.

Durante toda la noche, cada dos horas, la metieron en la bañera y la forzaron a comer y a beberse el sauce. A veces lo vomitaba todo, pero en esas ocasiones volvían a empezar y siempre conseguían que retuviese algo.

A lo largo de la interminable noche, todos los miembros de la familia se enteraron de la premura de hacerla mejorar y se fueron turnando con Godena y Reskan, quienes nunca abandonaron sus puestos. Incluso Sabon mandó al diablo sus escrúpulos por salvaguardar el pudor femenino y participó junto a un colorado Eidrian.

Cuando llegó la mañana la fiebre no había aparecido en tres horas y se mandó a todo el mundo a la cama, pero lo único que consintieron fue en bajar a desayunar, prometiendo subir una surtida fuente para los dos agotados enfermeros, que no se movían del cuarto.

—Mientras viene el sustento, ¿por qué no te acercas a tu dormitorio, te aseas un poco y te cambias? Tienes un aspecto horrible. —Mintió Reskan. Aparte de tener el pelo un poco despeinado y oscuras sombras bajo los ojos, se la veía tan apetitosa como siempre.

—Tú tampoco pareces un adonis, a decir verdad. —Contraatacó ella con una sonrisa cansada.

—Yo iré cuando hayas regresado. —Prometió. Echó una mirada a la tranquila mujer que dormía. Tenía mucho mejor color y su respiración era fuerte y segura. Aún no sabían si sobreviviría pero…—. Hoy es un nuevo día. —El significado estaba claro. La visión no se había cumplido. Habían cambiado el futuro.

—Sí, lo es —Lo miró a los ojos—. He fallado, entonces.

—No lo has hecho. Precisamente por ello tu pronóstico ha cambiado.

—Podría ser. —Concedió. Aún no se atrevía a prometerle nada. Salió de la alcoba y cerró la puerta con suavidad, dejándolo solo con su mujer por primera vez en mucho tiempo.

Kana abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos de inmediato, sintiendo que le pesaban demasiado. Además la imagen ya estaba grabada en su retina y la veía incluso con los párpados cerrados.

Reskan había colocado una silla del revés, con el respaldo hacia la cama y se había sentado a horcajadas en ella, con los antebrazos apoyados en el alto respaldo y la cabeza reclinada en ellos. Sus cansados ojos la observaban esperanzados y una hermosa sonrisa relajaba sus facciones. Apretó más fuerte los ojos, intentando con todas sus fuerzas, que reconoció que eran pocas, contener las lágrimas que pugnaban por escapar.

—No irás a rendirte ahora, ¿verdad? —preguntó, adivinando sus pensamientos. Pero sí iba a hacerlo. Nada importaba ya. Había perdido a su bebé, él estaba seguro de que se había deshecho de él a propósito y había intentado quitarse la vida. Supuso que la había salvado, pero no iba a darle las gracias, nunca había sido hipócrita—. Kana, mírame —pidió con suavidad. Ella lo hizo. Obligó a sus párpados a levantarse y a sus ojos a encontrarse con los grises—. Bienvenida.

—Debiste dejarme morir —dijo en tono duro. La sonrisa masculina se esfumó. La mirada de él reflejó estupefacción.

—Creí, *todos* creímos que tus actos fueron fruto de un desequilibrio momentáneo provocado por las terribles situaciones que estabas enfrentando, porque estabas enferma y en realidad no eras tú… Pero sigues pensando igual. —Su tono se había ido endureciendo a medida que las palabras se iban formando y las iba soltando. Se levantó y movió la silla, arrastrándola por el suelo y produciendo un desagradable sonido que hizo que Kana rechinase los dientes, molesta—. No te interesa nadie, ninguno de los que hemos estado diez días a los pies de tu cama enfermos de preocupación, pensando que morirías. Tan solo te importas tú. —Acusó.

—¡En efecto!

—¿Cómo puedes ser tan egoísta?

—¿Yo? ¿Quién no apareció por mi lecho de muerte durante días, tan *enfermo de preocupación* que estaba? —La puñalada fue certera, Reskan se sobresaltó y sintió cómo el cuchillo se clavaba en su pecho, justo en su corazón. Se lo tenía merecido, por supuesto, por eso dejó que el dolor se extendiese casi hasta ahogarlo. Después inspiró con fuerza.

—Yo… me equivoqué en eso. Te pido perdón. —Kana lo miró sorprendida, luego fortaleció su expresión.

—Claro, cuando me arrojé al vacío comprendiste tu error, pero no antes, ¿verdad, maldito bastardo? —Su marido no dijo nada y con ello confirmó su suposición.

—Dejémoslo. Sigamos adelante…

—¿Seguir adelante? —preguntó incrédula—. ¡Mi pequeño ha muerto! ¡No quiero continuar con nada! ¡Todos a mí alrededor mueren! ¡Tengo que…! —El llanto, fuerte, imparable, desgarrador en su intensidad, paralizante por su dolor, le destruyó el alma. Intentó calmarla con palabras suaves, con caricias leves en la espalda, mientras la abrazaba con fuerza, sujetando su delgado cuerpo, débil y sin fuerzas a causa de la larga enfermedad, pero ella no reaccionaba a nada. Los minutos pasaron sin que sus lágrimas remitiesen, como si las hubiese sujetado durante demasiado tiempo, como si la realidad de la pérdida fuese demasiado grande para poder soportarla. Por fin, después de mucho rato, cuando los gritos se convirtieron en gemidos agonizantes, cuando su voz se transformó en un graznido afónico y las pocas energías que había tenido la abandonaron y solo los fuertes brazos masculinos la mantenían erguida en la cama, el silencio absoluto cayó en la habitación. Reskan la separó solo un poco, lo suficiente para poder mirarla y observó con tristeza los ojos enrojecidos, semicerrados y muertos, la cara congestionada y besó su frente con cariño.

—Kana, escúchame. —Ella comenzó a mover la cabeza de un lado a otro—. No, escúchame

—pidió, cogiendo sus mejillas y dándole un ligero beso en los labios. Sus enormes ojos estaban fijos en los de él—. Nuestro hijo sigue dentro de ti. —Ella continuó mirándolo. Después, muy despacio, él fue testigo de cómo sus pupilas se dilataban, comprendiendo al fin. Un fuerte jadeo escapó de sus labios y pareció que iba a desmayarse, pero aguantó, como la mujer valiente que era.

—¿Cómo…?

—No lo sé, pero ese pequeñín se ha enganchado fuerte a tu matriz. Tiene ganas de vivir. —Jamás le diría que su amiga lo había visto muerto en una de sus visiones y que lo habían salvado por los pelos. Había descubierto que había cosas que no eran necesarias contar si ya no podían ser cambiadas. Los ojos de su esposa comenzaban a cerrarse y la depositó con cuidado en la almohada—. Descansa, en un rato te subiré algo de comer.

—No tengo hambre. —La miró con severidad.

—Pero mi hijo sí, así que tendrás que esforzarte por alimentaros a los dos. —Los ojos violetas se agrandaron.

—Lo había olvidado. Es tan reciente que a veces… —Su esposo supuso que era comprensible que a una mujer, al principio del embarazo, le costara pensar en ella misma como en dos.

—Prometo traer algo rico que tiente tu hastiado paladar. —Pero al mirarla sonrió con cariño pues ya se había quedado profundamente dormida.

Silbando bajito se dirigió a la puerta y al abrirla varios cuerpos se vencieron hacia dentro. Miró adusto a la familia, tanto a la suya como a la de ella, que a fin de cuentas era una ya y gruñó, disgustado. Un par de ellos se mostraron avergonzados, otros, como Dacross o Eclipse, sonreían mostrando todos los malditos dientes.

—Solo queríamos saber. —Se disculpó su hermana. Porque fue un disculpa, ¿no?

—Lo que tendríais que estar haciendo es pensar que le apetecerá cenar dentro de un rato y ha de ser algo sublime porque tiene poco apetito y hay que conseguir volver a poner algo de chicha en ese cuerpo. Está muy flaca.

—Y ya sabemos que a las flacas no hay por dónde cogerlas cuando… —Dacross se calló con una risotada cuando Reskan giró la cabeza para fulminarlo con la mirada, la cual desplazó luego hacia Helailla, la única dama sin experiencia en temas íntimos entre los presentes— caen desvanecidas por algún motivo. —Terminó su explicación el incorregible príncipe a favor de la joven, aunque todos sabían que no era eso lo que tenía en mente cuando comenzó la broma.

—Vosotros dos. —Llamó a los inseparables bufones, que aún sonreían por la última chanza—. Como tenéis tanta testosterona que quemar, podíais echarme una mano.

—¿A qué? —preguntó el tío de su mujer, suspicaz.

—Mi hijo necesitará una cuna. Una hermosa. —La cara de los otros dos se iluminó al instante. Eclipse se acercó a él y le dio una palmada en la espalda.

—Claro, hombre. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Había pensado en… violeta. —Las risas de los tres se escucharon fuertes y claras por todo el pasillo.

—¿Y qué tal un caballo balancín haciendo juego?

Kana miraba pensativa a través de la ventana de su habitación. Sentada en un cómodo diván, con la cabeza y los brazos apoyados sobre el alféizar y las piernas recogidas bajo su cuerpo, mientras sus pies descalzos asomaban bajo el casto camisón, Reskan opinaba que era la imagen misma de la juventud y de la inocencia. Nada daba a entender las cosas que ella había visto y vivido, la de experiencias que la habían marcado, corrompiendo, en parte, esa pureza.

Frunció el ceño mientras su mirada seguía recorriéndola. En la semana que había pasado sin verla no parecía haber conseguido engordar ni un gramo.

Suspiró en silencio para no alertarla aún de su presencia, estaba más cansado que un perro apaleado, pero lo primero que había hecho al desmontar de su caballo había sido subir a verla. Necesitaba con desesperación un baño humeante, una comida caliente y un sueño reparador, no era capaz de decidir en qué orden, sin embargo lo que más le apetecía era seguir apoyado en el marco de la puerta del vestidor y observarla en silencio, seguro de que se había recuperado. Se mesó el cabello, reconoció que su mayor temor había sido que al volver ella hubiese muerto, bien arrasada por la enfermedad, bien a manos de cualquiera de sus enemigos.

Cuánto le había costado marcharse, poco después de recobrar la consciencia, cuando aún existía el riesgo de que la fiebre volviese a aparecer, como en ocasiones anteriores, pero el ataque necesitaba acciones inmediatas y aunque podría habérselo encargado a Dacross, a Sabon o a su padre, era obligación suya calibrar personalmente la magnitud de los daños, por lo que había partido raudo con un contingente de soldados, a pesar de su inquietud.

Kana miró por enésima vez el camino de acceso al castillo hasta donde le alcanzaba la vista. Admitió para sí que echaba de menos a su marido.

Comprendía que había tenido que marcharse y no se sentía herida por ello, pero tantos días sin saber nada de él la preocupaban. Podía estar herido o muerto y ella no lo sabría, podría necesitar ayuda y estar incapacitado para pedirla. O quizás si forzaba un poco los ojos lo vería cabalgando a lo lejos, hacia ella, polvoriento pero feliz de volver a casa. Sacudió la cabeza, avergonzada de tener unos pensamientos tan románticos, del todo impropios de ella, convencida de que aquella completa inactividad a la que la sometían sus carceleros estaba afectándole el cerebro. Aquellos rufianes que se hacían llamar familiares no le permitían mover ni un alfiler, mucho menos salir de aquellas cuatro paredes que parecían cerrarse a su alrededor con cada minuto que pasaba.

—¡Aghrrr! —protestó sin mucho énfasis. Reskan sonrió, creyendo entender la situación, pues la conocía bien.

—Ya sabía yo que al final llegaría el momento en el que ansiarías mi presencia, aunque solo sea para salvarte de morir de aburrimiento. —Se burló juguetonamente, sin moverse de donde estaba.

Kana se volvió con rapidez hacia él, ocultando tras sus hermosas pestañas todo rastro de emoción, pero no antes de que su esposo pudiese apreciar la alegría y el alivio en sus ojos.

Sonrió con expresión lobuna mientras se separaba de la puerta y avanzaba con pasos felinos hacia ella, quien lo miró, suspicaz, sintiéndose atrapada por aquel león grandote… y con aparentes ganas de comer, de devorar, si tomaba al pie de la letra la expresión de sus ojos.

Se arrodilló en el suelo a su lado. Su mano derecha cogió su nuca, acercándola a él, mientras que la otra se deslizó por su cintura.

—Una esposa debe saludar a su marido de manera adecuada cuando este regresa de proteger sus tierras del malvado enemigo. —Su boca se apoderó de sus labios, incitando cuidadosamente. Quería ir despacio, ser cariñoso y no arrasar, como el señor de la guerra que era. Ella aún estaba convaleciente, no había recuperado las fuerzas, pero a medida que profundizaba el beso y ella le respondía con total abandono y las necesidades de ambos aumentaban, su plan, tan bien elaborado momentos antes, se desmoronaba como un castillo de naipes. Sus manos tenían voluntad propia y jadeó sorprendido cuando las encontró en sus pechos, sobándolos sin piedad. Su beso se volvió abrasador, voluptuoso y voraz, repleto de la terrible necesidad que lo acosaba desde hacía tantos días. Escuchó, como en un mundo lejano, el sonido de una tela rasgarse y solo cuando sintió los calientes y prietos pezones de ella entre sus dedos se apartó, horrorizado. Le

había destrozado el camisón desde el cuello hasta la cintura y se había sumergido dentro como el bárbaro que era. La miró, respirando entre espesos jadeos, igual que él, los ojos enormes—. Lo… lo siento —logró balbucear, pues apenas tenía voz. Tan solo quería seguir rompiendo esa maldita prenda hasta tener los dos trozos entre las manos para poder tirarlos bien lejos. Se levantó del suelo y comenzó a andar hacia su propio dormitorio.

—Res… —Aquello lo detuvo más efectivamente que una bala. Sonrió de espaldas a ella. Diabólicamente. Así que estaba excitada.

—¿Sí? —contestó sin inflexión alguna, de espaldas a ella.

—Todo está bien. El camisón no es tan importante. Era bastante viejo, créeme. —Reskan parpadeó de cara al vestidor. ¿De verdad había querido decir lo que él creía?—. Solo es… que no te preocupes. De todos modos estoy algo cansada. Si me disculpas, podemos vernos luego y me cuentas qué ha ocurrido estos días. —Reskan encorvó los hombros. Por supuesto había entendido mal. Ella nunca lo invitaría de buen grado a su cama.

—Por supuesto. —Accedió con voz helada y salió sin mirarla.

Kana quería tirarse de los pelos de tan furiosa que estaba consigo misma. Bullía de deseo insatisfecho y la culpa era de ella misma. Le habría bastado con alzar la mano y su marido se habría arrastrado como un gusano para saciarla de un modo sublime y absoluto. Pero el problema radicaba en que existían demasiados obstáculos que los separaban como para lanzarse alegremente a sus brazos. Sus principios le impedían solazarse con él un ratito en la cama para luego volver a alzar sus defensas. Malditos principios. Y maldita la quemazón que sentía entre las piernas y el ansia devoradora por tocar cada parte de su duro cuerpo. Sobre todo *aquella* dura parte. Recordar lo creativa que se había mostrado con esa región de su anatomía avivó el dolor en su propio sexo, que reclamaba con un furor desconocido hasta entonces por ella una satisfacción inmediata.

Asustada por las virulentas emociones que la acosaban, agarró lo primero que encontró a mano y lo arrojó contra la pared con todas sus fuerzas, intentando calmar sus nervios.

Reskan acababa de terminar un largo y muy, muy caliente baño para desentumecer los agotados músculos e iba a comenzar a vestirse cuando escuchó el estruendo en el dormitorio de al lado y salió corriendo hacia allí.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado. Ella no le respondió. En cambio le hizo un repaso visual… exhaustivo. Cuando la vio tragar saliva con dificultad varias veces bajó la mirada hacía sí mismo para descubrir que, con el susto, había olvidado que estaba desnudo. Sonrió para sí. Si lo hubiese hecho a propósito, no le habría salido mejor—. No me di cuenta, escuché ruidos… —Miró alrededor y vio los restos de algún frasco de cristal. Entonces el olor asaltó sus sentidos. El aroma de ella, a melocotón, naranja y flores silvestres y aspiró todo lo hondo que pudo, llenándose de su esencia—. ¿Por qué lo has roto? —Ella seguía sin perder detalle de su cuerpo, como si tuviese intención de hacerle una escultura y estuviese tomándole medidas mentalmente. Se acercó poco a poco para no alertarla—. Ahora todo huele a ti —susurró con voz seductora cuando se detuvo a su lado.

—Yo… Eh… Necesitaba desahogarme —admitió. Su cercanía le impedía pensar. Estaba tan cerca que sentía su calor corporal. Le picaban los dedos de las ganas que tenía de tocarlo.

—¿Desahogar qué? —Ella apretó los labios—. ¿Algún tipo de frustración? —sugirió. Creyó detectar en su voz un asomo de risa, pero al levantar la vista solo vio seriedad en aquellos ojos grises. Volvió a repasar su espléndida musculatura, aún en contra de sus deseos—. ¿Te sientes frustrada, Kana? —Dio un paso al frente, con lo que su torso se pegó al de ella y como seguía con el camisón roto, sus pezones rozaron la carne masculina. La mujer gimió de placer y cerró

los ojos.

—Sí, maldito seas —susurró. Reskan cogió uno de sus generosos pechos con fuerza y lo apretó.

—No pretendo que te humilles, preciosa, tan solo di sí y yo me encargaré del resto. Te juro que no me detendré hasta que no grites de placer, del todo satisfecha. Tres o cuatro veces. —La respiración de la joven era tan trabajosa que parecía que había estado corriendo durante kilómetros. Tenía tantas ganas de asentir y él se lo estaba poniendo taaan fácil. Abrió los ojos y miró a su apuesto marido.

—Ten la amabilidad de vestirte. —Él supo que había perdido. Los dos lo habían hecho, aunque aquella testaruda no lo supiese. Podía verlo en el brillo acerado de sus ojos, en la determinación de su mandíbula, en la rigidez de sus hombros.

—Iré por mi batín. —Asintió, en tono duro.

—No, vístete del todo, haz el favor. —Su esposo entornó los ojos y la clavó en el sitio durante unos instantes.

—Te sugiero que hagas lo mismo. —Y se marchó.

Cuando regresó, minutos más tarde, llevaba pantalones y camisa, pero eso era todo lo que estaba dispuesto a concederle. A cambio ella se había puesto un vestido ligero, pero sin corsé ni enaguas pues no estaba en condiciones de hacerlo por ella misma. El vestido mismo estaba sin abrochar ya que se hacía por detrás y como no estaba segura de lo que tardaría, no había querido perder tiempo en llamar a su doncella. Él entró acompañado de un criado que transportaba unas bandejas, las cuales depositó en la mesa situada cerca de las ventanas. En cuanto salió, Reskan se acercó a ella.

—Date la vuelta. —Su tono no era amable pero sí correcto.

—¿Para qué?

—Simplemente hazlo, mujer. Sería refrescante que por una vez te dejaras guiar sin protestar —dijo en tono cansado. Al fin lo hizo y sin otro comentario le abrochó los diminutos botones con una rapidez pasmosa. En cuanto terminó se alejó—. Si cuando necesites quitártelo no quieres hacer uso de tu doncella, házmelo saber. —Se sentó a la mesa y comenzó a destapar fuentes, una tras otra—. Si no te molesta, no he comido desde ayer. —Se mordió la lengua antes de admitir que si no se permitió parar fue por su prisa en llegar hasta ella.

—Adelante. —Concedió con un ademán.

—Siéntate y prueba alguna de estas exquisiteces. —Intentó tentarla.

—No, gracias. Comí en su momento.

—¿Qué fue hace dos semanas? —preguntó con una ceja levantada. Ella le lanzó una venenosa mirada a cambio—. Por tu aspecto escuálido es lo que parece.

—No parecía que te resultara particularmente repulsiva hace un rato. —Contraatacó ella.

—Cariño, después de semanas de sequía, hasta un charco de meado le parecería refrescante a un sediento. —El grito de indignación por el tremendo insulto pareció el resultado de una bofetada cruel. Incluso se echó hacia atrás como si de verdad la hubiese golpeado. Reskan quiso retractarse, había sido tan grosero por pura venganza, pero no sabía cómo hacerlo sin patinar aún más—. ¿Quieres sentarte y comer algo o vas a volver a poner en peligro al niño? —Esa vez ni siquiera parpadeó, lo digirió con admirable estoicismo aunque tuvo que apoyarse en la silla vacía —. Esto… no he querido decir que tú…

—Ya sé lo que has querido decir —contestó en tono glacial mientras tomaba asiento. Su cuerpo era un amasijo de nervios, la tensión palpable en cada uno de sus rasgos.

—Te pido disculpas. No he pretendido ofenderte, de hecho te deseo como a ninguna otra

mujer en mi vida. Te deseo cuando duermo, estando despierto a cada minuto del día y después de haberte poseído. Nunca tengo suficiente de ti. —Sus ojos demostraban tal pasión que ella podía ver la verdad de sus palabras, aun así…

—Pero has dicho…

—Un montón de tonterías, como vengo haciendo últimamente. Me tienes empalmado a todas horas y no puedo desfogarme, así que ando de los nervios. —Se pasó la mano por el pelo, desordenándolo de manera encantadora—. Anda, comamos un poco, aunque solo sea para saciar uno de mis apetitos. —Le costó relajarse, pero terminó haciéndolo mientras él la mimaba con pequeños manjares que le daba directamente en la boca, hablándole de banalidades y haciéndola sonreír. Cuando quiso darse cuenta había probado todos y cada uno de los platos que había en la mesa, incluidos los tres postres. Se sentía hinchada pero muy a gusto. Observó cómo su marido se repanchingaba en su silla, estirando las piernas y cruzando los tobillos, en esa postura tan habitual en él—. Y ahora supongo que querrás que te ponga al corriente de todo lo ocurrido desde que me marché —dijo guiñándole un ojo. Ella se dejó llevar por su buen humor.

—Si tienes a bien… —Una chispa de sorpresa cruzó los ojos grises.

—El ataque a la aldea de Grobsnor fue brutal. Hubo siete muertos y más del triple de heridos. Gracias a Dios no tocaron a las mujeres y a los niños, pero los destrozos materiales fueron inmensos. Destruyeron numerosas cabañas, el molino quedó arruinado, arrasaron los establos y quemaron hasta los cimientos la iglesia, aparte de robar los caballos y el trigo—. Kana se había ido poniendo pálida a medida que el relato iba encrudeciéndose. Se llevó una mano protectora al vientre y los ojos de él siguieron el movimiento, todavía sintiendo una sensación extraña al percatarse de gestos como aquel—. Tranquila, las pérdidas humanas son irreparables, pero el resto está solucionado o en vías de hacerlo muy pronto. Y conseguimos no perder a ninguno de los heridos. —La admiración que sentía cobró fuerza en su pecho y se reflejó en su mirada y por primera vez Reskan dejó que lo inundase, dispuesto a aceptarla. Al fin y al cabo, aquella mujer tenía un don especial para despojarle de su orgullo y dejarle hecho un guiñapo.

—Riork… Maldito bastardo… —La virulencia de sus emociones le impidió seguir hablando. Aquellas personas a las que él había masacrado sin ningún miramiento eran su gente, sus súbditos.

—Cuando pienso en el vocabulario tan florido que vas a enseñarle a nuestro hijo… —Fingió un escalofrío de puro pavor. Ella sintió otro ante la palabra nuestro. Después le dedicó una dura mirada por trivializar en un momento como aquel, que él supo interpretar a la perfección—. Soy un guerrero, lo de aquella aldea no es ni de lejos lo peor que he visto y no intento minimizarlo, pero los días que he pasado reconstruyendo los daños han contribuido a enfriar mi temperamento. —«También estar sentado a tu lado y ver cuánto te afecta a ti», quiso añadir aunque calló con prudencia—. Pero no dudes que cuando atrape a ese malnacido lamentará cada partícula de polvo que haya removido de esta tierra y cada gota de sangre vertida sin necesidad. —Y ella leyó en sus ojos una promesa que sabía que cumpliría.

—¿Necesitan ayuda en Grobsnor? —preguntó con voz queda.

—Lo primero que acometimos fueron las cabañas, las cuales están todas terminadas, así como los establos. Mientras estábamos allí mandé a algunos campesinos a reabastecerlos a un pueblo cercano que según me dijeron contaba con buenos caballos y podían permitirse venderlos. En cuanto al molino y la iglesia, las estructuras ya estaban levantadas cuando nos marchamos ayer, así que en breve espero que ambos edificios estén listos. Ahora mismo están cargando un carro con grano de nuestras provisiones y compraremos más si es preciso. Y creo conveniente dotar a las familias de los fallecidos de una cantidad económica que los ayude a superar estos momentos

tan trágicos. Sus mujeres han quedado desprotegidas y los que no estaban casados, tienen otros familiares y el dinero les vendría bien para volver a empezar. Pero no he puesto en marcha esa medida hasta comentarla contigo. —Kana estaba verdaderamente impresionada de los progresos que había conseguido realizar en tan solo una semana. También le agradó que se preocupase por el bienestar de los que quedaban detrás de los muertos y sobre todo que la incluyese a ella en las decisiones que no había sido necesario tomar con urgencia. Asintió con vehemencia.

—Por supuesto. Es lo que corresponde. —A fin de cuentas habían muerto por su culpa.

—Ni lo pienses. —Advirtió él—. Esas muertes son consecuencia de la sed de poder de tu padre. Considéralo el precio por gobernar, si quieres, por mantener a los otros miles a salvo. Sé que es duro, pero en lo que tienes que centrarte es en que tarde o temprano acabaremos con él y todo tu reino volverá a estar seguro. —Kana dejó que sus palabras de consuelo fluyeran a través de ella y la calmaran, después preguntó con voz resignada.

—¿Cuántos esta vez?

—Para un pueblo treinta soldados armados hasta los dientes —confirmó en tono hosco.

—A este paso nos quedaremos sin ejército antes de que llegue el invierno.

—El cual puedes estar segura de que es su propósito. En ningún caso atacará con los caminos atascados por la nieve o cubiertos de hielo. Pero otra cosa que me preocupa es que en el proceso parece que tiene intención de destruir medio país y de masacrar vidas inocentes por pura diversión.

—Riork es así. —Sintetizó ella.

—Yo mejor que nadie lo sé. —Levantó la cabeza para encontrar su acosada mirada—. Los dos lo hemos vivido en propia carne, pero eso no hace que dejemos de sorprendernos ante sus carnicerías —Kana sabía que era cierto y que cada día que pasaba su padre se volvía más sádico y sanguinario. Acarició su vientre plano y su mano se paralizó ante la espeluznante idea que se formó en su mente. Se sintió mareada y la habitación pareció girar a su alrededor. Notó cómo Reskan se arrodillaba a su lado—. ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal? —Sintió la preocupación en su voz y se obligó a respirar profundo—. Kana, dime algo. —Se mordió el labio, intentando encontrar las palabras precisas.

—¿Y si… y si la crueldad de Riork está en sus genes? —Enfrentó su mirada con otra aterrada —. ¿Qué pasa si es hereditario? —susurró tan bajito que tuvo que inclinarse hacia ella para escucharla.

—Tú no eres como él. —Sentenció con dureza. Ella agradeció tanto la afirmación como la contundencia.

—¿Pero y si se salta una generación? —preguntó con los ojos agrandados de miedo. Él bajó la mirada hasta su estómago y luego volvió a subirla hasta su rostro. Se obligó a permanecer impasible y a ocultar la sonrisa que le tiraba de los labios.

—Preciosa, tu padre es una víbora por decisión propia. Recuerda que no era hijo único y que no existían dos hermanos más diferentes. Tus abuelos eran maravillosos y sus propios padres eran “normales”, si quieres decirlo así. Él es la única manzana podrida y se ha corrompido por envidia, avaricia y pura maldad. —Posó su mano con suavidad sobre su vientre, casi con reverencia—. Mi hijo va a ser un niño consentido, sí, pero bueno, amable, cariñoso, leal, compasivo y justo, porque sus padres también lo son y porque van a criarlo sobre grandes valores y no van a permitir que se desvíe. —Kana había colocado su mano sobre la de su marido sin darse cuenta y las lágrimas nublaban sus ojos. El tiempo diría, por supuesto, pero él tenía razón. Riork era defectuoso, pero no tenía que ver con nada relacionado con su familia. Su pequeño se salvaría si le enseñaban a ser un buen hombre. Asintió a su ceja levantada y permitió

que la pusiera en pie—. Ven, quiero enseñarte algo. —Se sorprendió cuando la cogió en brazos.

—Reskan, déjame, soy perfectamente capaz de andar —protestó con energía, aunque en secreto muy a gusto de estar entre sus brazos.

—Si tu familia no te ha dejado salir de aquí es que no estás tan bien como aduces.

—Oh, todos os empeñáis en sobreprotegerme —se quejó mientras salían al pasillo—. ¿Adónde me llevas? —preguntó con curiosidad.

—A la planta de arriba.

—Pero está muy lejos para llevarme cargada. Bájame. —Exigió.

—Si no pesas más que una pluma. En serio te digo que tienes que recuperar tu peso habitual. —Recordó el jocoso comentario de Dacross al respecto—. Ahora no sabría por dónde cogerte si quisiera… —Dejó la frase en suspenso, pero el significado quedó claro. No volvieron a hablar hasta que llegaron a una de las puertas que Kana reconoció como el cuarto de los niños. Lo miró, sorprendida—. Si me haces el favor de abrirla… —pidió con ojos pícaros.

Ella bajó el picaporte y Reskan empujó con la cadera y se adentró en la habitación. Cuando llegaron al centro la depositó en el suelo y después se apartó para quitar la sábana que protegía aquello que deseaba mostrarle. Cuando acabó se giró para valorar su expresión y sonrió ante lo que vio.

Kana miraba extasiada lo que había expuesto ante sus ojos. Soltó un suspiro tembloroso y se dejó caer en la silla que él le puso detrás cuando sitió la leve presión que ejerció en su hombro.

Sus ojos se deleitaron en la magnífica cuna hermosamente tallada, el preciosísimo caballito balancín, la curiosa y pequeñita silla alta de patas altas, la aparentemente cómoda mecedora de grandes cojines y la amplia estantería de momento vacía, todo de un extraño tono violeta, que de repente reconoció con exactitud. Lo miró y él supo que lo había pillado, pero no le importó. La expresión de deleite de su esposa era tan franca, agradecida y encantada que bien había valido el esfuerzo.

—¿Cómo…? —preguntó, maravillada. Se levantó y caminó despacio hacia la cuna, pasando las yemas de los dedos con reverencia por los bordes finamente trabajados

—La idea surgió de repente y al poco todos los hombres de la casa estábamos trabajando en ello, con lo cual pudimos terminarlo rápido, antes de que tuviese que marcharme a Grobsnor. Es un regalo de toda la familia. Sabon, Dacross, Eclipse, Eidrian y yo hemos hecho los muebles y Llanatia, Godena, Kaileen y Helailla han creado estas maravillas. —Señaló el precioso edredón, los mullidos cojines de la mecedora, el pequeño de la sillita, incluso las crines y la cola del caballo, todo en un tono más suave que la madera. El conjunto era hermoso. Se aproximó a la silla que era obvio que había sido pensada para un bebé, pero a la que no le encontraba una función exacta y lo miró levantando una ceja. Él sonrió y se acercó—. Es para comer, cuando dejes de darle el pecho. —Su sonrisa se acentuó al ver el sonrojo de su mujer—. Es alta para que te sea cómodo darle la comida desde la mesa y la forma y la altura de las patas es para proporcionarle estabilidad. Fue idea mía. —Se jactó, orgulloso—. Tienes que sujetarlo con esa cuerda para que no se tire. —Kana asintió, comprendiendo y alabando la pieza, que le pareció muy útil e innovadora. Su mirada se posó en la mecedora. Su esposo cogió su mano y la condujo hasta ella—. Pruébala, esta es para que empieces a usarla ya, para que te relajes y también para que des de mamar al bebé. Cuando llegue ese momento puedes poner este otro cojín debajo de él para que no te pese tanto. —Procedió a demostrárselo. Cuando volvió a colocar la almohada sobrante en su sitio lo miró a los ojos.

—¿Cuánto tiempo has dedicado a planificar todo esto? —Entonces el que se mostró abochornado fue él. Se aclaró la garganta.

—Bueno… Algunas cosas son de mi cosecha, pero otras se nos ocurrieron en el momento, al fin y al cabo el proyecto original era construir una cuna, pero las cosas se nos fueron de las manos con la creatividad. —Kana pensó que intentaba justificarse, no obstante estaba segura de que casi todas las ideas eran suyas y las había planeado con mucho esmero, pensando en su comodidad.

—Gracias. —Él hizo un gesto con la mano, desechando la cuestión. Entonces abrió mucho los ojos. Se agachó y depositó un rápido beso en sus labios.

—Espera aquí. He olvidado algo. —Y salió dando grandes zancadas.

Kana borró la expresión de sorpresa de su cara y se permitió disfrutar de la sensación de sentirse cuidada. Cerró los ojos y se meció despacio en su nueva y práctica silla, tan cómoda. Los pasos apresurados le dijeron que su esposo volvía, con seguridad subiendo los escalones de tres en tres. Cuando levantó las pestañas él se estaba arrodillando a sus pies con la expresión de un niño que quiere mostrarle a su madre su último y mejor dibujo. Kana observó con curiosidad lo que llevaba en las manos. Era una de sus camisas, que parecía estar enrollada entorno a algo. Lo vio extenderla con cuidado y soltó un jadeo involuntario cuando depositó con extremo celo su contenido en su falda.

Reskan sintió un nudo en la garganta cuando vio caer las lágrimas silenciosas en los preciosos objetos.

—¿No te gustan? —preguntó en un susurro estrangulado. La joven observó con algo que rayaba en el embeleso el montón de juguetes, temerosa de tocarlos.

—Son lo más hermoso que he visto nunca. —Él volvió a respirar, inconsciente de haber dejado de hacerlo.

—¿Y por qué lloras, maldita mujer? —preguntó irritado. Ella era invulnerable y últimamente hacía cosas que lo descolocaban sobremanera.

—Porque eres un hombre maravilloso —susurró.

Sus ojos desorbitados decían que ella estaba más sorprendida que él de aquella declaración. Sobrecogida por su sorprendente revelación rompió el contacto visual y prestó toda su atención a las piezas esparcidas en su regazo.

La media docena de preciosos soldaditos, tallados con destreza y esmero y primorosamente pintados, el sonajero en forma de conejo con sus grandes orejas, la suave pelota de piel, la hermosa espada de madera, tan pequeña y perfecta… Las lágrimas se agolparon en sus ojos cuando descubrió la vaina de cuero para sujetarla a la cintura y el escudo, también de madera, haciendo juego. El oso de peluche era una obra de arte, con dos grandes botones negros como ojos, unas puntadas marrones en forma de boca y su gran barriga blandita. Incluso el perfecto tirachinas, tan habitual entre los niños, pero tan peligroso, le encantó.

Y supo, con una certeza absoluta, que todos aquellos juguetes eran obra exclusiva de él, que los había hecho con sus propias manos mientras pensaba en su hijo.

—¿Cuándo has tenido tiempo de hacer todo esto?

—En Grobsnor. —Ante la afilada mirada de ella, tuvo que admitir algo que hubiera preferido callar—. Cuando todos se habían ido a dormir. —A pesar de su turbación enfrentó la mirada femenina sin pestañear.

—¿Por qué? —Las palabras fueron claras, la pregunta aún más y Reskan se atrevió. Estaba harto de llevarse mal con su mujer, de que la vida se interpusiese entre ambos, separándolos. Deseaba, no, necesitaba vivir en armonía con ella, saborear cierta paz y consuelo en su relación. Eran una pareja y pronto formarían una familia. Inspiró con fuerza.

—Porque te quiero. —Kana sintió que él acababa de poner el mundo entero a sus pies, notó

una euforia inmensa apoderarse de su corazón, voltear sus emociones, ponerlo todo patas arriba y volver a estabilizarlo después. Cuando el vértigo disminuyó sabía que también ella había tomado su decisión.

—Hazme el amor, Reskan —susurró.

Los ojos del hombre se agrandaron, asombrados, aunque solo un momento. Aún de rodillas ante ella, pasó un brazo por debajo de sus piernas, el otro por su espalda y con un fluido movimiento se puso en pie, con ella en brazos y con rápidas zancadas salió de allí. Cuando la mujer quiso darse cuenta ya había bajado las escaleras y estaban en la masculina habitación. Lo miró, interrogante.

—Te quiero aquí, en mi cama —dijo en tono duro—. Es la primera vez que me pides que te tome y quiero que sea sobre mi colcha, entre mis sábanas de seda, en mi cama real. —Kana miró la citada cama, a la que había que subir mediante dos escalones para acceder a ella. Debía medir al menos dos metros de ancho por otros dos de largo y el dosel con sus cuatro columnas no tenía echadas las cortinas, por lo que el edredón azul y dorado, extendido con delicadeza, llamó su atención. Se imaginó tumbada allí, cuan larga era, expuesta con lujuria para él y sintió cómo la humedad empezaba a acumularse en aquella parte tan traicionera de su cuerpo. Miró a su hombre y comprendió que estaba teniendo las mismas visiones que ella. Él dejó que se deslizase hasta el suelo, resbalando por su duro cuerpo, haciéndola ser plenamente consciente del rígido bulto que presionó contra su pubis—. Me temo que va a ser rápido, preciosa. Te necesito desesperadamente desde hace demasiado tiempo. —Se disculpó. Ella sonrió, fue una sonrisa que cualquier hombre catalogaría como perversa.

—Pues que sea rápido entonces. Después me compensarás.

—Puedes estar segura, querida. —Y selló su promesa con un beso abrasador. La desnudó con infinito cuidado pero con extrema rapidez, sobre todo dada la escasa indumentaria que llevaba y luego procedió a desvestirse él mismo. Kana lo asistió, por supuesto, ayudando a que la camisa pasase por sus anchos hombros y por su cabeza y liberando su enorme erección cuando se abrió los pantalones. Escuchó con una risita traviesa la maldición masculina a los esfuerzos de él por quitarse estos y las botas mientras ella trajinaba con sus juguetonas manos en su agarrotado miembro y después el suspiro de alivio cuando se encontró desnudo por completo y se vio libre para tumbarla en la cama. La extrañó que lo hiciese en uno de los laterales y cuando iba a preguntarle él la sorprendió aún más cogiéndola de las caderas y arrastrándola hacia el borde, de forma que tenía apoyada la espalda y el trasero, con las piernas colgando por fuera de la cama y sin poder tocar el suelo a pesar de su estatura. Frunció el ceño y miró a su esposo, imponente de pie frente a ella. Él sonrió, hechizante y acto seguido se inclinó, puso una rodilla a cada lado de su cuerpo y se dedicó a rendir pleitesía con verdadero ahínco a sus necesitados pechos a la vez que con la mano hurgaba entre sus rizos y dejaba resbalar sus dedos por su húmedo clítoris mientras ella gemía sin parar. Le abrió más las piernas con la mano libre y hundió con fuerza dos dedos en la resbaladiza carne, sonriendo con satisfacción entre sus senos ante el agudo grito que le provocó.

Solo hicieron falta unos cuantos movimientos de su experta mano en su interior para que ella se rompiera en mil pedazos de absoluto placer. Cuando con un intenso gemido el clímax la alcanzó, Reskan la observaba, fascinado y luchando contra Lucifer por esperar a que se calmara un tanto antes de reclamar su propia satisfacción.

Tan solo cuando el último espasmo desapareció y la tensión de sus muslos cedió, él soltó las firmes riendas de entre sus dientes, volvió a ponerse de pie frente a la alta cama, cuyo colchón le llegaba a la altura de los testículos y con una mano sujetando una de sus caderas y la otra

asentada firmemente en su trasero, la embistió con abandono. Los músculos vaginales de la joven lo recibieron con entusiasmo, cerrándose con fuerza alrededor de su falo, haciéndole cerrar los ojos y rechinar los dientes de puro gozo. Ella era tan caliente, tan estrecha y suave. Tan excitante e inocente a la vez. Y él era un bruto insensible que necesitaba empujar con más y más fuerza, más rápido, más duro. Y lo hizo. Dios lo perdonara, no podía contenerse. La visión de su espectacular cuerpo, tan rosado y lascivo, así de expuesto para él, para su absoluto disfrute, como el dominador que sin lugar a dudas era, no le dejaba más opción que tomar todo lo que deseaba de ella y más, mucho más. Se inclinó un poco y apresó uno de sus pechos, apretándolo con fuerza, mientras sus caderas seguían descargando secas embestidas contra su pubis indefenso. En el silencio de la habitación solo se escuchaba el sonido de sus ásperas y entrecortadas respiraciones, el entrechocar de sus cuerpos en el mismo centro de su ser y el chapoteo que producía el lubricante natural que ella creaba, señal inequívoca de que a pesar de su crudeza, la excitaba.

Erguido del todo, la agarró con firmeza de la cadera, inmovilizándola y clavándola al colchón mientras la follaba con toda su alma.

—Envuelve mis caderas con tus piernas. —Ordenó con voz tensa. Kana no se movió. La miró y comprobó que estaba perdida en su propio mundo de sensaciones. Mientras seguía penetrándola vigorosamente comenzó a acariciar su clítoris con el dedo pulgar—. Hazlo —susurró junto a su oído. Con un aleteo de sus pestañas, como el batir de las alas de una mariposa, abrió sus hermosos ojos y después de conseguir enfocar su mirada, la fijó en él. Con renuencia hizo lo que le pedía. Reskan sonrió—. Ahora, engancha ambos pies por detrás de mi culo. Y no te sueltes. —Advirtió. Aquella postura la dejaba aún más indefensa que momentos antes, más a expensas de la voluntad de su marido, pero en aquel punto aquello apenas importaba. Tan solo la ansiada liberación podía calmarla.

Las arremetidas, largas y poderosas, incrementaron en velocidad e intensidad. Kana dejó de intentar ahogar sus gritos y permitió en cambio que estos fluyeran libres por el dormitorio. Aquello pareció acicatear al hombre, que se afanó en que los chillidos se sucediesen a partir de ese momento sin descanso hasta el final del interludio.

Su malévolo dedo seguía jugando con el pequeño botón entre sus piernas, ayudando a dejarla suspendida en el límite del clímax y deteniéndose cuando estaba a punto de alcanzarlo, para volver con su recorrido habitual cuando se calmaba.

Y de repente, sin previo aviso, este llegó y la desbordó en un mar de sensuales sensaciones difíciles de controlar. Esa vez el grito fue muy explícito, todos sus músculos se contrajeron, incluidos los de su sexo, que parecieron querer engullir el pene masculino. Reskan se tensó y jadeó y un gemido de victoria salió de su garganta junto a una última y violenta embestida.

Se dejó caer en la cama, de lado, con ella entre sus brazos, exhausto y alborozado, jadeando y satisfecho, de momento.

Kana pensaba que estaba muerta. No podía explicar de otra manera la exquisita languidez de todos sus miembros, la pesadez de sus párpados, lo liviano que sentía el corazón y la alegría burbujeante que experimentaba en aquel momento. Todo aquello después de haber conseguido aminorar sus latidos a un ritmo que pudiese considerarse saludable.

Sintió que su esposo se removía a su lado y abrió los ojos una rendija. Reskan se había incorporado un poco, lo suficiente para apoyar un codo en la cama y la cabeza en la mano y le dedicaba una mirada blanda y una sonrisa suave.

—¿Estás bien? —«Vaya momento para preguntarlo», se reprochó a sí mismo con una mueca interna.

—Uhmm —contestó ella, estirándose como una gatita satisfecha.

—¿No estás… dolorida?

—En absoluto. ¿Debería? —preguntó, con el ceño fruncido.

—No. Es solo que quería probar algo nuevo, pero me preguntaba si estarás preparada para ello. —Los ojos violetas mostraban una enorme sorpresa, casi tan enorme como la erección que corrió a buscar sin percatarse de ello. Mantuvo la mirada unos segundos más *allí*, con lo que consiguió que se pusiese más dura y grande. Con un rostro del todo inexpresivo que debió de costarle lo suyo alzó una ceja.

—¿Algo nuevo? —Reskan apretó los labios para ocultar la sonrisa que quería escapársele. Asintió—. ¿Cómo qué? —preguntó recelosa e interesada al mismo tiempo.

—Bueno, es algo bastante innovador, incluso para mí, pero creo que si dejas a un lado tus posibles prejuicios serás capaz de disfrutarlo inmensamente. —Kana comenzó a tensarse y él lo notó. Mantuvo su postura despreocupada y acarició su mejilla con suavidad—. Cariño, sexualmente nunca haremos nada que no te guste o que no te apetezca. Tan solo se trata de un juguete que pensé que podíamos probar. De hecho me lo dio Godena cuando nos casamos. En ese momento no entendí su sonrisa socarrona cuando nos deseó mucha dicha mientras me entregaba aquel paquete envuelto —comentó, riendo entre dientes—. La verdad es que no me he atrevido a sacarlo a colación hasta ahora —admitió. Observó a su esposa y vio una mirada intensa en sus preciosos ojos y pensó que quizá aquel fuera su día de suerte.

Por su parte Kana le daba vueltas al asunto, confusa. ¿Un juguete sexual? ¿Era posible? Vio cómo su marido se levantaba con agilidad y hurgaba en uno de los cajones de su cómoda. Cuando volvía se perdió lo que traía en las manos por comerse su cuerpo desnudo con la vista. De nuevo a su lado vio la pesada bolsita de terciopelo marrón oscuro, larga y estrecha y subió la mirada hasta encontrar la de él. Sus ojos grises se habían oscurecido de forma notable, como en un día de tormenta y reflejaban una pasión arrolladora. Desconocía el contenido de aquella bolsa, pero si solo pensar en utilizarla provocaba tales emociones en él, supuso que en un rato estaría suplicando clemencia. Y que él no tendría piedad.

—¿Y bien? —Lo enfrentó sin poder disimular el leve temblor de su voz, bien por temor, bien por excitación—. ¿No vas a decirme qué es? —Las pupilas masculinas se contrajeron y sin dejar de mirarla a los ojos abrió las cintas de la bolsa, la dio la vuelta y dejó caer el contenido con cuidado en su propia mano. Kana tardó unos segundos en desenganchar su mirada y bajarla hasta el objeto en cuestión y cuando lo hizo al principio parpadeó, confusa y después la respiración se le quedó atascada en la garganta y los ojos, literalmente, se le salieron de las órbitas mientras miraba con fijeza *aquello*. Reskan se mordió el labio para no partirse de risa delante de sus narices y se lo acercó un poco más. Ella retrocedió como si fuera una serpiente y al fin él tuvo que toser para que no lo oyese reír—. ¿Qué es eso, por el amor de Dios? —preguntó fascinada, muy a su pesar.

—Lo que estás pensando. —Ella levantó la vista para mirarlo y volvió a bajarla hacia… eso.

—¿Y para qué sirve? —susurró en voz muy baja, como si alguien pudiese oírlos.

—Para proporcionarte placer —dijo él en el mismo tono. La joven levantó la vista de golpe, los ojos agrandados de pavor. Sin poderlo evitar su atención regresó al objeto cilíndrico, alargado, grueso y ligeramente curvado hacia arriba desde la mitad de este hasta el final, rematado por una cabeza en forma de glande. Estaba realizado en mármol blanco y era una obra de arte.

—¿Cómo? —preguntó a su comentario, que aún resonaba en sus oídos.

—Eh… Sirve para consolar a las esposas cuando sus maridos están ausentes durante largo

tiempo, por ejemplo en la guerra. Pero se ha puesto muy de moda convertirlo en un juguete para animar las relaciones sexuales entre la pareja. —A esas alturas, como era de esperar, Kana estaba roja como la grana y Reskan disfrutaba de lo lindo poniéndola en ese estado. Levantó una ceja en actitud desafiante—. La pregunta es, ¿quieres probar?

—¿Y para qué lo necesitamos nosotros si disponemos del original?

—Su utilidad es la de excitar a los amantes mientras el hombre se recupera de un interludio anterior, ya que la mujer necesita de menos tiempo para estar preparada de nuevo. —Ella lo miró sin parpadear.

—Ah. —Él acercó la cabeza del consolador a uno de sus pezones y lo frotó contra él, endureciéndolo al instante—. Está frío —se quejó, pero no parecía demasiado molesta.

Reskan la miró pensativo unos momentos y después, sin desviar la mirada, lo agarró con firmeza y lo friccionó con lentitud de arriba abajo varias veces, como le había enseñado a hacérselo a él mismo. La imagen fue tan inmensamente erótica y subyugante que la mujer tuvo que apretarse los muslos de la necesidad que sentía entre ellos. Reskan sonrió, consciente de lo que estaba provocando. Detuvo el hipnótico movimiento y le separó las piernas con las rodillas. Sin dejar de mirarla a los ojos colocó la punta del falo de mármol en su entrada y despacio comenzó a introducírselo, saboreando tanto la expresión de su cara como la imagen que representaba su esposa siendo penetrada por aquel grueso pene de mentira. Aquella experiencia lo estaba poniendo más cachondo que en toda su vida y sabía que no podría demorarse mucho en sustituir aquella pieza por su propio miembro.

Kana soltó un pequeño gemido a pesar de intentar reprimirlo con todas sus fuerzas. Aquello era maravilloso. Una vez que su cuerpo se acostumbró a la invasión, algo más dura y menos adaptable que el pene de su esposo, no estaba nada mal. Y si se trataba de que disfrutase de aquello mientras él recuperaba fuerzas para otro asalto, ¿quién era ella para quejarse? De hecho, debía recordar darle sus más efusivas gracias a Godena por tan memorable regalo.

Cuando Reskan comenzó a penetrarla con más fuerza y rapidez olvidó hasta su nombre y solo pudo concentrarse en respirar de vez en cuando, lo suficiente para no perder el sentido.

De repente se detuvo y ella cogió su mano y lo instó a continuar. La suave carcajada debería haberla ofendido, pero se hallaba más allá de indignaciones tontas. Necesitaba un orgasmo y pronto. La mano masculina se negó a seguir y ella lo miró, los ojos destilando pasión insatisfecha.

—Continúa tú —le pidió él. Ella lo miró sin comprender. Él retiró la mano, dejando el objeto aún en su interior. Sus ojos se agrandaron, estupefactos y empezó a mover la cabeza de un lado a otro—. Quiero ver cómo tú misma te das placer. Estar seguro de que si no estoy aquí, sabrás hacerlo.

—Te esperaré… —dijo sin aliento.

—No quiero que lo hagas. Te quiero satisfecha. Así no tendré que preguntarme si algún calavera intentará hincar sus dientes en ti. —Eso le valió una mirada iracunda—. Anda preciosa, hazlo por mí. Para mí —dijo con ojos llenos de lujuria. Se preguntó si se atrevería. Ambos lo hicieron.

El universo pareció detenerse a su alrededor, se apagó todo sonido, tan solo importaban ellos, mirándose con intensidad en aquel precioso momento. Al fin Kana llegó a la conclusión de que habían llegado muy lejos juntos para perderse en rubores virginales y que como le había lanzado en una ocasión, en el amor todo valía. Sonriendo para sí por lo que aquel hombre sin pudores la impelía a hacer siempre, se incorporó sobre los codos y con descaro se lanzó en posesión de sus labios, los cuales reclamó a conciencia con un entusiasmo digno de la mejor de las cortesanas.

Cuando se separó de él, Reskan jadeaba sin resuello y sus ojos, oscuros en clara amenaza de tempestad, buscaban con frenesí su sensible carne, que ya estaba siendo atormentada por los lentos embates del consolador que ella misma se provocaba, al principio con delicadeza, para gradualmente ir subiendo el tono.

Reskan creyó que enloquecería viendo cómo su adorable y supuestamente tímida esposa se masturbaba frente a él. Jamás había sido testigo de un espectáculo semejante y le dolían las entrañas de las ganas que tenía de sacarle el artilugio y llenarla con su propia verga. La tenía tan rígida e hinchada y la necesidad de vaciarla dentro de ella era tan desesperante que le estaba costando hasta la última reserva de autocontrol que desconocía que poseyese no violarla con furia. No sabía lo que le ocurría con aquella mujer, siempre había sido un compañero de cama cariñoso y dulce, generoso y suave, pero con ella se convertía en un bárbaro dominador, agresivo, salvaje y brutal. No le hacía daño, salvo los innumerables cardenales que de forma constante surcaban su blanca y delicada piel y siempre la dejaba satisfecha, varias veces. Se aseguraba de ello antes de decidir que había terminado con ella, pero no se podía decir precisamente que fuese un amante amable. Ella nunca se había quejado, pero la pregunta que lo torturaba era ¿lo haría si no estuviese contenta?

Apretó los dientes, excitado como nunca mientras observaba cómo estaba disfrutando ella, tensa de anticipación en espera del ansiado premio. Acercó sus labios al oído femenino. Ella sintió su cálido aliento antes de escuchar su voz baja y ronca.

—Sabes cómo acelerarlo, cómo obtener antes lo que ansías. Te lo he enseñado. ¿Te atreves? —La desafió mientras acariciaba la parte superior de sus muslos. Ella abrió los ojos y lo miró, era una bruma violeta, atormentada y a punto de fragmentarse. Y se lanzó. Sus temblorosos dedos volaron a su hinchado capullo y lo rozaron con incertidumbre mientras hundía una vez más el falo de mármol en su cueva goteante y el suave alarido fue absorbido por la hambrienta boca de su hombre que succionó su lengua, intentando aplastar a Lucifer, que forcejeaba como el demonio que era porque lo dejasen libre y conquistar a esa mujer como solo él sería capaz de hacerlo. Cuando se sintió de nuevo en poder de sus facultades la miró y vio que estaba medio dormida, acurrucada a su lado. Le dio un cachete en el trasero que sonó más que dolió—. Nada de eso. Aún no he terminado contigo. —Ella abrió un ojo adormilado y frunció el ceño.

—Oh vamos, hasta una mujer tiene sus límites —se quejó.

—Ya. Y yo estoy más empalmado que un toro. No pensarás dejarme así, ¿verdad? —El ojo se abrió, bajó hasta el lugar cuestionado, abriéndose un poco más. Se cerró con un largo suspiro que quebró la tranquilidad del dormitorio.

—Eh… ¿No tienes en tu cajón libidinoso algún juguete que entretenga a los hombres insaciables mientras las frágiles mujeres se reponen de numerosos actos previos? —preguntó con mucha sorna.

—¿Mi… qué? —preguntó, algo desconcertado.

—Venga, seguro que no es el único cachivache que escondes allí —dijo con mirada escéptica.

—¡Eh, que este juguetito que tan útil te ha resultado fue un regalo de tu gran amiga la gitana! Supongo que en su pueblo será muy popular dormir con uno de estos bajo la almohada y en efecto había oído hablar de su existencia, pero nunca había visto uno de cerca, mucho menos había tenido el placer de probarlo.

—Ya, ya. ¡Veamos que más guardas en ese infame cajón! —Y salió corriendo hacia la cómoda. Reskan soltó una carcajada mientras la seguía. La atrapó allí, junto al mueble, pero la dejó hurgar a su antojo. Como él esperaba no encontró nada más que un montón de pañuelos para el cuello. Echó una mirada de reojo al armario, donde detrás de una tabla hábilmente

disimulada guardaba una pequeña caja con sus accesorios habituales. Cuando ella se giró, muy decepcionada, la cogió en brazos y en dos zancadas llegó de nuevo a la cama, donde la tiró sin muchas ceremonias. Kana aterrizó boca abajo. Se incorporó un poco, escupiendo su propio pelo y se encontró con unas fuertes manos cogiéndola de las caderas y poniéndola a cuatro patas. Las risas a su espalda habían cesado. Miró por encima de su hombro y vio los ojos de él, brillantes de deseo. Empezó a moverse, pero una mano de hierro en la parte baja de su espalda le indicó que no lo hiciese. Muy, muy despacio, él se subió a la cama y de rodillas fue acercándose a ella. Cuando estuvo a su lado, su sexo pegado a su trasero, se arqueó y por debajo de ella acarició sus senos, llenándose las manos con ellos. Fue un rato agradable, de proceder lento y sensual, atrapando sus pezones y pellizcándoselos, como sabía que a su mujer le gustaba, un poco más fuerte cada vez, despertando su necesidad con el paso del tiempo. Luego, mientras una de sus manos permanecía masajeando sus pechos, la otra se desvió a su pubis, lo acarició con delicadeza, rozándolo solo, pasando la yema del dedo por el clítoris, trazando la línea de los labios, muy sensibilizados por las dos penetraciones anteriores. Le dedicó a esa parte de su cuerpo varios valiosos minutos, inflamando su rosada carne, enardeciendo sus sentidos, mojando sus dedos con su néctar.

Sin poder resistirlo, se los llevó a la boca y los chupó, haciendo ruido para que ella supiese con exactitud lo que estaba haciendo. Kana cerró los ojos, avivando la imagen mental de lo que ocurría a su espalda, por lo que se perdió los instantes que tardó él en deslizarse bajo sus piernas y colocar la boca sobre su vulva para chuparla con fruición unas pocas veces, brevemente, tan solo para aumentar la necesidad de ser llenada a toda costa, en ese preciso instante. Después volvió a su posición, erguido sobre sus rodillas, detrás de ella y pasó sus manos por sus firmes nalgas, a través de la hendidura que las separaba, hasta su sexo otra vez, pero en esa ocasión, se lo separó con las palmas y con las rodillas le abrió las piernas para un segundo después notar la cabeza de su falo en su entrada, anunciando sus intenciones a punta de espada.

Kana aflojó los músculos, esperando la invasión, ansiándola y rogándola, aunque un tanto insegura de aquella posición que solo hablaba de sumisión, pero ella confiaba en su marido por lo cual meneó el trasero en clara invitación. Una que él no pensaba declinar. Con una potente acometida la ensartó hasta el fondo, echando la cabeza hacia atrás, extasiado.

En el fondo de su corazón, sabía que nunca se cansaría de aquella mujer. Por muchas veces que la poseyese, por muchos años que se dedicase a tan deliciosa tarea y mientras la embestía una y otra vez, agarrado a sus caderas para poder empujar más a fondo, disfrutó de la excitante vista que tenía ante sí, saboreando la dominación puramente masculina a la que la sometía. Había tenido innumerables fantasías de ellos dos en aquella postura, en la cual sabía que estimulaba perfectamente las paredes vaginales y un punto particularmente erógeno de su esposa y además la penetración era muy profunda y entonces, al hacer realidad ese sueño erótico, descubrió que era infinitamente mejor que en su imaginación.

La cogió de la nuca, obligándola a bajar la cabeza hasta la almohada y después a estirar los brazos por delante de esta, manteniendo sus manos unidas entre sí con una de las suyas, mucho más fuerte. Así colocada, la cabeza más baja que la espalda y el culo en pompa, los embates se volvieron más profundos, primitivos en su intensidad, frenéticos en su velocidad, acuciantes, ansiosos. Su vagina estaba tan ardiente que le quemaba la verga, quizá debido a la tremenda fricción, aumentada por la enorme marea de flujo que fluía de ella y caía por sus muslos. El constante y rítmico golpeteo de sus pesados testículos contra sus nalgas, junto con sus respiraciones desiguales y dificultosas, más el excitante sonido de los jugos de ambos en cada penetración y finalmente el embriagador aroma a sexo concentrado, practicado en la habitación

durante horas sin ventilar, que llenaba sus fosas nasales con cada inspiración, amenazaban con arrebatarle el escaso control que le quedaba y zambullirse en aquella hembra sin remordimiento ni pudor alguno.

Enganchó una mano a uno de sus pechos, estrujándolo cuando la llenaba, soltándolo cuando la vaciaba, disfrutando de aquel globo firme y duro entre sus dedos, así como de la sensación de posesión absoluta que aquella forma violenta y salvaje de copular le proporcionaba. Sabía que ella estaba disfrutando del juego, la facilidad con que la penetraba, dado lo mojada que estaba, los estruendosos alaridos de placer que salían a borbotones de la garganta femenina, las continuas contracciones de los músculos vaginales, que se cerraban codiciosos alrededor de él, le confirmaban que a pesar de la crudeza con que llevaba a cabo el acto, a ella le gustaba sobremanera. Suspiró, dando gracias al cielo por haberle dado una compañera tan complaciente, imaginativa y tan a su altura y no solo en aquel campo de batalla. Sumergió los dedos en su entrepierna, acariciando su flor repleta de rocío, agradeciéndole sin palabras también a ella.

Kana pensó que si ambos no llegaban a la culminación pronto iba a desmoronarse de un momento a otro. Tenía las rodillas desolladas del roce del maldito edredón. Era curioso que después del tiempo que llevaban haciendo el amor aún no lo hubiesen retirado, usando las suaves sábanas como sustitutas. Las piernas le temblaban como si fuesen de gelatina y el interior de su sexo le ardía como el demonio, ya que no estaba acostumbrada a tanta actividad sexual, pero no pensaba quejarse porque el placer que estaba obteniendo era tan arrollador y las molestias, en comparación, tan infinitesimales. Su cuerpo se tensionó involuntariamente, prueba de que su final estaba cerca y se preparó para afrontar aquella catarsis que siempre amenazaba con arrebatarle una parte de ella. Reskan lo sintió y un brazo de hierro rodeó su cintura, levantándola en vilo hacia él, hasta pegar su espalda contra su torso.

—Abrázame —susurró con una voz desgarrada que no parecía suya. Y ella obedeció. Se enganchó a él con brazos y piernas, los primeros a su espalda, las palmas de sus manos extendidas en los fuertes tendones, las segundas a sus duros glúteos, enlazando los empeines de sus pies para conseguir algo de estabilidad, aunque de todos modos quedando así suspendida en el aire, tan solo anclada a él por su rígida estaca clavada firmemente en el fondo de su vagina.

Reskan saboreó la maravillosa sensación que aquella posición le produjo, la misma que a ella y rodeándola aún con un brazo por la estrecha cintura y con el otro alternando entre sus senos y su necesitado clítoris, la embistió, una, dos, tres veces y perdió la cuenta mientras buscaba su boca para llenarla también allí, chupando su lengua, provocándola y siguió y siguió aun cuando ella se quedó rígida con los espasmos de su intenso y liberador orgasmo. Aun entonces, él continuó contrayendo las nalgas, empujando con fuerza, queriendo llegar hasta su matriz si era posible para que a ella no le quedase duda alguna de que era suya para siempre jamás.

Cuando su propio clímax sobrevino, soltó un bramido tan potente que Kana pensó que todos los habitantes del castillo debían de haberlo escuchado, pero en ese instante poco le importaba. Era más vital conseguir respirar y que su esposo no la aplastase ya que se había derrumbado sobre ella en la cama, agotado y con una arrogante sonrisa flotando en sus labios.

Mucho tiempo después, aún acurrucados uno en brazos del otro, cuando el sol comenzó a descender en el horizonte y los sonidos poco elegantes de sus estómagos les indicaron que era hora de complacer a algo más que las inclinaciones libidinosas de sus cuerpos, se decidieron a bajar a cenar.

Reskan cumplió lo prometido e hizo de doncella, ayudándola con sus ropas entre besos robados y caricias sugestivas. Sus risas y miradas risueñas los acompañaban mientras bajaban la escalera, procurando aparentar una dignidad que ambos sabían que en ese momento no tenían,

pero al llegar al salón todo el aplomo de Kana se vino abajo en cuanto se enfrentó a los que se reunían allí. Había de todo, ojos atónitos a su paso, risitas tontas de las mujeres, ceños fruncidos de sus parientes masculinos, miradas penetrantes y socarronas del lado familiar femenino… Pero sobre todo, sonrisas guasonas de la mayoría de los hombres, que felicitaban a su marido, palmeándole en la espalda como si hubiese conseguido un logro realmente importante y lo más irritante, él aceptaba las felicitaciones con una sonrisa llena de orgullo masculino. Furiosa se preguntó si en privado les hablaría de sus "hazañas" e inquieta dudó si quizá no sería tan en privado, mientras se detenía en varios grupos e intercambiaba breves frases y risueñas carcajadas. Entonces, como si presintiera su mirada se giró hacia donde estaba ella, como si en todo momento hubiese sabido donde localizarla y sus ojos, en ese momento azules como un día de verano, se clavaron en los suyos, reflejando aquella emoción pura, limpia e infinita que le había ofrecido durante toda la tarde solo a ella y que aún no había tenido tiempo de analizar ni aceptar por completo y supo que él jamás la traicionaría contando secretos de cama antes de la cena a un montón de brutos como aquellos. Su esposo la respetaba demasiado, a ella y a cualquier mujer, para actuar así. Le sonrió desde su posición y alzó la barbilla, de nuevo segura de sí misma.

—Así que es por ahí por donde sopla el viento —comentó su abuela, complacida, situándose a su izquierda.

—Es claro que sí. —Coincidió Godena, colocándose a la derecha de la joven y sin quitar tampoco los ojos del príncipe. Kana abrió la boca.

—Oh, dejadla en paz. —La defendió Helailla, siempre tan pacificadora—. Es obvio que mi hermanito ha caído en las redes del amor, pero no antes de engancharla fuertemente y tirar hacia lo más profundo. —Kana la miró con rencor. Caray con la pacificadora—. Nunca tuviste posibilidad alguna, querida, desde el mismo instante en el que él puso los ojos en ti. O lo que sea que pusiera —añadió mientras observaba con fijeza su pecho. Las otras dos damas se inclinaron para observar también y sus expresiones variaban del más puro asombro en la cara de la más mayor al regocijo en la de la gitana. Bajó la vista para no sentirse tonta y supo que estaba poniéndose como un tomate.

—¿Alguien podría buscarme un chal… rápido? —susurró acalorada, sin atreverse a mirar a nadie. Una risita burbujeante salió de la nada y ella cerró los puños—. Lalla…

—Oh, es que es tan emocionante y romántico… Apenas puedo esperar a conocer al hombre adecuado para estar convenientemente casada y… —Tres pares de ojos la taladraban, por lo que se abstuvo de seguir—. ¡Es que vosotras ya sabéis lo que me estoy perdiendo, pero yo solo puedo aventurar! ¡Bueno, gracias a Reskan y a ti, quizás me entere de algo! —Los colores volvieron a subir a la cara de Kana cuando recordó el mordisco, perfectamente visible en su pecho izquierdo. Entonces llegó la criada que había ido por la prenda solicitada y se la echó por los hombros, haciéndose un gracioso nudo entre los senos para ocultar la bochornosa señal durante la velada.

—Os lo habéis pasado en grande allí arriba, ¿eh? —Su abuela se rio entre dientes, al igual que su cuñada.

—¡Dena!

—Vamos, niña, *todo* el castillo ha sido testigo de los gritos durante horas, sobre todo *los tuyos*. No puedes hacerte ahora la estrecha. —Kana quería que se la tragara la tierra. Sí, eso era, que se abriera un agujero enorme en el suelo en ese preciso momento justo donde ella estaba parada y se cayese dentro. Suspiró, ya estaba hecho.

—Está bien, ha sido glorioso, estremecedor, enriquecedor e incluso agotador. A propósito, eso

me recuerda que aún no te he agradecido el presente que nos hiciste en nuestra boda. —Clavó su mirada penetrante en su amiga y sonrió con perversidad—. Fue muy útil y me atrevería a decir que lo será aún más en el futuro. —La hermosa gitana sonrió con sutileza e inclinó la cabeza, entendiendo a la perfección.

—¿Qué regalo? —preguntó Helailla, confundida, sintiendo que estaba perdiéndose algo que necesitaría saber.

—Cosas de adultos. Cuando seas mayor quizás me apiade de ti y te lo cuente. O quizás no. No sé por qué, pero me da la impresión de que este trocito de historia no debería ser transmitido a muchas mujeres o algún día los hombres no valdrán un pimiento. —Y con esa perla de sabiduría se marchó en busca de su esposo, que ya la había ignorado durante demasiado rato, mientras la espontánea y sensual carcajada de Godena resonaba a su espalda.

CAPÍTULO 23

Kana sostenía con ambas manos una enorme taza llena de leche fresca que iba tomando a grandes sorbos mientras observaba —arrellanada en su mecedora violeta, bajada por su solícito marido cada mañana a donde decidiese instalarse ese día— cómo su familia al completo, previa férrea discusión por formar dos equipos equilibrados, luchaba encarnizadamente por arrebatarse la pelota unos a otros.

Los hombres hacía rato que se habían deshecho de la chaqueta y el pañuelo, las mujeres, más previsoras, habían llegado ya provistas de pantalones masculinos, para absoluto asombro y total desconcierto de los caballeros, que las observaron ceñudos durante los primeros minutos. Incluso Reskan se encargó de dejarle muy claro a su esposa que pensaba que su influencia reformista estaba afectando negativamente en algunos aspectos a las damas, mientras observaba a su dulce hermanita, lo que le valió un "métete en tus propios asuntos" de las mencionadas damas y una sonrisa socarrona con bigote blanco por encima del vaso de leche de su desvergonzada mujercita, por lo que cerró la bocaza. Al final todos, llevados por el entusiasmo del juego, se olvidaron del asunto de la vestimenta y se dedicaron a pasárselo en grande, sobre todo los niños, que reían alborozados cuando conseguían encajar el balón entre las piernas del que guardaba la meta contraria.

Kana los miraba con envidia, había deseado participar, pero su esposo se lo había prohibido terminantemente, como casi todo en los últimos tiempos, alegando que podía sufrir una caída o peor aún, un balonazo. De todos modos tampoco habría podido ser de gran ayuda a su equipo, correteando mientras se sujetaba la panza, bastante abultada tras cinco meses de gestación. Así que se hallaba relegada a contemplar desde la sombra, protegida además por dos grandes sombrillas y acunándose en la mullida silla. Vio a su marido acercarse a ella con una gran jarra de espumosa cerveza mientras los otros hacían un merecido descanso, comentando excitados las mejores jugadas. Él se inclinó y con la punta de la lengua delimitó su labio superior, húmedo de leche y cuando se separó sus ojos ya no parecían bromistas sino deseosos de encontrarse a solas con ella y de quitarle toda esa ropa de encima.

—¿Te aburres? —preguntó con una sonrisa triste.

—No, veros soltar toda esa testosterona es muy estimulante. —Él alzó una ceja.

—Espero que sea solo mi testosterona la que te interese.

—Vamos. Si se trata de mi familia.

—No todos —masculló. Ella lo miró sorprendida.

—¿Nunca olvidarás el beso de Apol?

—Me cuesta bastante, la verdad —admitió a regañadientes. Kana recordó algo, ocurrido meses atrás.

—Siempre me he preguntado… ¿Lo hiciste pagar por aquello? —preguntó, en el fondo no muy segura de querer conocer la verdad. Él la estudió un momento, después desvió la mirada hacia el grupo que tomaba sus refrescos al otro lado.

—Simplemente le expliqué con una claridad meridiana que eras mía y que no toleraba que mis posesiones fuesen sobadas por nadie más que por mí —lo dijo con una sencillez tal, como si hubiese tenido todo el derecho del mundo a hacer una declaración semejante, que no encontró otro camino que tragarse el ultraje que aquellas asquerosas palabras le producían y sonreír, ya

que no la estaba mirando. Y por supuesto entendió que había molido a golpes al marqués. También ella prestó su atención a los otros.

—¿Entonces quizás es en tu padre donde ves el peligro? —preguntó solo para minimizar aquel absurdo ataque de celos. Res sonrió al fin, como había previsto.

—No te creas, tiene su buen número de admiradoras.

—Estoy segura. Es muy atractivo. Imagino que así te verás tú dentro de veinte años. De todos modos que puedas pensar que otros hombres se fijarían en mí en este momento… —comentó, echando un vistazo elocuente a su tripa.

—¿Qué? Estás más hermosa que nunca. Tus mejillas están sonrosadas como hermosos claveles, tus ojos brillan reflejando la luz del sol, tus pechos están aún más grandes y maduros que de costumbre… —Kana notó el bulto que empezaba a formarse tras los pantalones siempre ajustados de él y se asombró por milésima vez de lo veloz y frecuente que se excitaba. Cualquier excusa era buena para un rápido revolcón o un encuentro tranquilo y cuidado. Según avanzaba el embarazo él se mostraba más solícito con el tema del sexo. Si hasta estaba segura de que le pedía consejo de manera regular a Godena para no lastimarla en tan delicados meses.

—Y mi vientre está igual de liso que siempre, ¿no? —Lo cortó con una sonrisa socarrona.

—Tu hermosa barriga cobija a mi hijo en su interior y se hace más grande para darle cabida a medida que crece y se vuelve más fuerte —dijo con orgullo mientras la acariciaba con reverencia, igual que hacía después de hacerle el amor, cuando se pasaba largos minutos tocando su tripa, maravillado. Ella se sosegó. No tenía sentido intentar hacer ver a un ciego. Los demás lo llamaron a gritos, deseosos de reanudar el entretenimiento. Con un suspiro pesaroso se puso en pie—. ¿Necesitas algo? —preguntó solícito. «A ti», pensó asustada. Demasiado confundida aún por los sentimientos que él le inspiraba, sumados a los constantes cambios producidos por el bebé, se limitó a asentir con la cabeza.

—Un beso estaría bien. —Una sonrisa lobuna curvó los tentadores labios antes de arrodillarse de nuevo a su lado, apretarla contra su pecho y zambullirse en su dulce boca, llenándola con su lengua provocadora. Después de un buen rato se apartó, sin respiración y esperó a que aquellos hermosos ojos se abrieran, en esos momentos pozos de un insondable violeta. Solo entonces fue capaz de escuchar los vítores de los mayores y las protestas de los más pequeños por su tardanza. Sonrió, se obligó a soltarla y se levantó. Le hizo una perfecta y graciosa reverencia.

—A sus órdenes, mi señora. No dude en llamarme si necesita algún otro favor de mi parte. O partes —aclaró sin necesidad, pues esas partes apretaban con furia bajo la fina tela de los estrechos pantalones. De nuevo. O probablemente nunca habían dejado de hacerlo.

Kana paseaba por el cuidado jardín, disfrutando tanto de la agradable temperatura de aquel mes como de la paz que le proporcionaba la temprana hora.

Se detuvo un momento para recuperar el aliento, una mano sobre la abultada panza, la otra masajeando con furia la parte baja de la espalda, terriblemente dolorida.

Suspiró un tanto abatida, eran tantos y tan variados los tormentos físicos por los que pasaba una embarazada y ella había afrontado todos y cada uno con tranquila resignación, para sorpresa de todos, que al menos habían esperado un poco de rebeldía por su parte. Lo que ignoraban era que la adaptación a los muchos cambios de su cuerpo, la tremenda responsabilidad de prepararse para asumir el trono y la extrema paciencia que precisaba para afrontar su fascinante aunque a menudo desesperante nueva situación marital, la tenían tremendamente agotada, tanto a nivel físico como emocional. Por eso, enfrentarse al constante ardor de estómago, junto a la desagradable aversión a los olores y a determinadas comidas, habían eliminado casi por

completo su apetito. Además de la tirantez, la mayor sensibilidad y el aumento del pecho, los continuos cambios de humor, la aparición de las odiadas lágrimas por cualquier estupidez, la retención de líquidos que le producía pesadez e hinchazón en las piernas, la sensación de torpeza constante al andar y moverse, como si fuese un patito gordo o el pavo de Navidad, al que cebaban para zamparse en la cena, la horrible certeza de saberse fea…

Aunque a Reskan no parecían molestarle ninguno de ellos, por el contrario, a diferencia de muchos hombres, que huían despavoridos durante ese complicado periodo, su esposo, según avanzaban los meses y los malestares empeoraban, se esforzaba por pasar más tiempo en casa, preocupándose en todo momento por su comodidad y bienestar. Incluso insistía en darle cada noche aquella crema pastosa que Godena le había recomendado para evitar las feas estrías que el estiramiento de la piel de su vientre podría producir.

Desde que le había confesado que la quería y ella lo había aceptado por completo en su vida, habían firmado una tregua que dotaba a su unión de una consistencia de la que habían carecido hasta entonces. Todos habían apreciado el cambio y lo aprobaban con entusiasmo.

Ella aún se sentía algo renuente, sin embargo. Saber que alguien como su marido, un seductor experimentado, guapo hasta decir basta, con un cuerpo que haría saltar los botones del corpiño de más de una con una sola de sus intensas miradas, con un encanto natural y una gracia animal, rico y poderoso, heredero de un trono importante… Se detuvo para coger aire. En fin, cómo *él* se había enamorado de ella, que en síntesis era obcecada como una mula, amante del riesgo, incluso algunos la tachaban de irresponsable y temeraria, una consumada mentirosa durante gran parte de su vida, rencorosa y vengativa, que siempre actuaba por su cuenta, atrevida y demasiado sensual para ser una dama y… muchas más cosas que no iba a seguir enumerando o ese paseo duraría con seguridad hasta el día siguiente.

Por otro lado la angustiaban sus propios sentimientos hacia él. Admitía ante sí misma que eran fuertes y peligrosos, que era importante en su vida, pero cada vez que comenzaba a analizarlo una parte de su cerebro se negaba a seguir adelante, temerosa de lo que podría llegar a descubrir. Solo que en ese momento necesitaba encontrar respuestas.

Reconocía que si en un futuro decidía retomar su vida en Vadia para no regresar, aun sin hacer efectiva la amenaza de llevarse a su hijo con él, el sentimiento de vacío sería devastador. Y entonces venía la pregunta crucial. ¿Eso era el amor? ¿Aquella sensación de absoluto terror a perderlo? ¿El dolor lacerante de su corazón, como si alguien estuviese estrujándolo en un puño? ¿La angustia de pensar que podría perderlo en cualquier momento por cualquier motivo?

Se dio la vuelta y apoyó la espalda en el tronco del árbol que tenía más cerca, cerrando los ojos con fuerza.

Sabía que sí. Aquello tan violento que se agitaba en las profundidades de su alma, tironeando con insistencia de los jirones de su orgulloso espíritu era, sin lugar a dudas, el amor golpeando a las puertas de su pecho, clamando por entrar, no por la puerta de atrás, no, sino por la entrada principal, como el amo y señor del lugar que siempre había sido y que sería por siempre jamás.

Suspiró, mitad gemido tembloroso. Qué asustaba estaba. Y ella odiaba el miedo. Había convivido con él durante demasiado tiempo como para no reconocerlo sin necesidad de mirarlo a los ojos y no quería sentirse así nunca más. Deseaba, no, necesitaba, una vida ordenada, tranquila, segura. Aunque entonces sabía lo que estaría perdiéndose. A él. Porque entre ellos nunca nada sería ordenado y tranquilo. Los dos eran demasiado osados, vibrantes, autoritarios y exaltados. Sus temperamentos fuertes harían saltar chispas allí donde fueran y sus discusiones serían memorables, creando baladas y poemas que se escucharían a lo largo de los años, incluso en su propio salón después de la cena. Ella sabía eso. Y a pesar del terror por sus propias

emociones le gustaba. Porque aunque quería seguridad y paz por una vez, también ansiaba vivir y no simplemente esconderse detrás de una fachada o de una piedra, como llevaba años haciendo y solo con él podría conseguirlo.

Se sentó en un banco a la sombra, intentando aligerar la presión en la zona lumbar.

Pero para afrontar ese incierto y apabullante, aunque esperanzador futuro, aún tenían que afrontar dos peligrosos problemas sin resolver, meditó mientras cerraba el puño y apoyaba los nudillos en los labios, en actitud pensativa.

En los últimos cuatro meses habían tenido lugar seis ataques más, todos magistralmente planeados y ejecutados con la mayor saña posible.

Cuatro de ellos habían ocurrido en aldeas cercanas, pero distanciadas unas de otras, causando numerosos daños, así como la friolera de una treintena de muertos, pero en esas ocasiones los muy miserables también habían violado a algunas de las mujeres, dejando una sensación de bilis subiendo por las gargantas de todos, asqueados y dolidos.

Otro de los objetivos elegidos con sumo cuidado había sido la presa de Hotet, al noreste. Fabricada en piedra y construida en el desfiladero sobre el río, embalsaba el agua en el cauce fluvial para su posterior aprovechamiento y aquellos malnacidos habían abierto un tremendo agujero en ella, permitiendo que el agua se desbordase, inundando a todo un pueblo que vivía kilómetros más abajo. Pero no se limitaron a abrir las compuertas, no, porque quizás así alguien hubiese conseguido cerrarlas a tiempo de evitar aquella catástrofe. Se esforzaron mucho en desmoronar media pared para que nadie pudiese salvar a toda aquella buena gente. Recordó con horror las imágenes de aquel día, los tres niños de uno, dos y cuatro años que murieron ahogados, arrastrados por la corriente, los gritos histéricos de sus madres cuando recuperaron sus cuerpos, las otras diecisiete personas que también fallecieron por el agua, algunos de los cuales nunca fueron hallados.

Un sollozo escapó de sus labios, los aldeanos no sabían nadar, en su ajetreada jornada diaria no había tiempo para aprender algo tan poco práctico. Aquel día hubiese resultado útil, pensó mientras se llevaba la mano al cuello, angustiada.

Pero aquello no había sido todo. También estaban los campos de trigo. Los muy cabrones los habían prendido fuego, siendo un ingrediente clave en la alimentación del castillo y los alrededores, ya que el setenta y cinco por ciento de la producción se convertía en pan, pasteles, galletas, empanadas… Y una parte importante de esta se reservaba para nuevas siembras, destinando el resto para piensos y elaboración de cerveza. Incluso la paja del trigo tenía sus funciones, como lechos de ganado o alimentación animal.

Pateó el suelo desde la comodidad del banco, de no ser porque ella salía cada amanecer a pasear porque era cuando menos apretaba el calor, los campos habrían ardido por completo para cuando se hubiesen despertado todos.

Recordó que salió disparada hacia el castillo, gritando como una posesa y cuando llegó al salón, Reskan ya estaba en lo alto de la escalera, gloriosamente desnudo, con su enorme espada en alto.

Fue un milagro que consiguieran salvar los campos, con la mínima pérdida de estos, pero aquello supuso una gran lección. El bastardo de su padre no se detendría ante nada para apoderarse de lo que consideraba legítimamente suyo, aunque lo destruyese todo hasta los cimientos en el proceso.

Pero claro, su principal objetivo, mermar su enorme ejército, se había cumplido a la perfección, pues este se había reducido ya en doscientos cincuenta hombres, puesto que Reskan había mandado dos centenares a los diversos lugares asaltados, destinando los cincuenta

restantes a vigilar el perímetro del castillo, en parte para cuidar de las cosechas y las edificaciones adyacentes, pero estaba segura de que el motivo principal era el de mantenerla protegida y segura a *ella* debido a que su otro enemigo también había estado ocupado en aquel tiempo, colándose en el interior de la casa una madrugada especialmente oscura y entrando a hurtadillas en su cuarto. En el camino le había cortado la garganta de lado a lado a uno de los guardias que patrullaba por los pasillos, en previsión de que aquello pudiera pasar, arrastrando su cuerpo hasta un diminuto armario, escondido hasta la mañana, al menos. Aquella sombra silenciosa contaba con la ventaja añadida y planificada, estaba segura, de que Reskan no se encontraba en casa esa noche, ya que habían decidido solicitar ayuda a alguno de los reinos vecinos porque al ritmo que debían destinar hombres a vigilar los lugares ya asaltados se estaban quedando sin fuerza de ataque en caso de que aquel cobarde terminase dando la cara y finalmente hubiese lucha. Así que aunque reacio a marcharse, pero sin poder postergarlo más o el invierno se les echaría encima y ningún aliado mandaría a sus hombres en plena temporada de lluvias, heladas y nieve, Dacross se marchó a Rodan y Sabon y él a Siderian, los dos reinos más próximos a Traguian. Si los habían elegido era porque tardarían menos en ir y volver y porque el Consejo los había convencido de que a lo largo de los años de una u otra forma habían sufrido la crueldad de Riork en sus propias carnes, por lo que estarían más que dispuestos a ayudarlos. Reskan aún era un forastero para ellos y no podía presentarse sin más pidiendo prestados unos centenares de sus mejores soldados, pero Sabon era de los suyos, conocido por todos desde hacía décadas y a través de él escucharían a su marido.

Por eso aquella noche aciaga, después de haberse quedado dormida apenas una hora antes tras haber vomitado la cena por el olor del maldito pescado y con un terrible dolor de estómago y de espalda, ni se inmutó cuando la sombra alargada se recortó contra las sábanas de seda de su cama, ni tampoco cuando el afiladísimo cuchillo se acercó con lentitud a su garganta o cuando la enorme mano llegó hasta su boca, tapándosela por completo, mientras el pulgar y el índice le cerraban la nariz, impidiendo cualquier entrada de aire.

Entonces sí que reaccionó. Cuando la falta de oxígeno se hizo evidente se despertó sobresaltada y abrió los ojos, luchando con ambas manos por soltar aquella tenaza de hierro que iba a asfixiarla.

—Chi, chi, chi. —Chasqueó la lengua, divertido ante sus esfuerzos por respirar.

Kana empezó a dar patadas frenéticas con las piernas, pero el tipo no se inmutó. Por fin, apunto de desvanecerse se rindió y se quedó laxa como una muñeca de trapo. Fue entonces cuando él soltó los dedos y ella pudo inspirar con fuerza todo aquel maravilloso aire. Se mareó y él pareció notarlo porque se rio entre dientes. Aun tapándole la boca, retiró el puñal y la aferró del brazo, levantándola en vilo con una fuerza descomunal que provenía sin ninguna duda de aquellos brazos como jamones, que la incrustaron contra su pecho de granito mientras la acarreaba delante de él por los silenciosos pasillos sin permitirle tocar en ningún momento el suelo con los pies, evitando que hiciera algún ruido de alarma, algo bastante improbable ya que iba descalza.

Cuando salieron de la relativa seguridad de las paredes del castillo, el paralizante miedo que le atenazó las entrañas al pensar que si se resistía era probable que le terminase haciendo daño a su bebé o bien podía decidir matarla en ese mismo instante, no le permitió concentrarse durante lo que le pareció una eternidad y para cuando consiguió despejar su cerebro lo suficiente como para enfocar la vista a lo que la rodeaba comprobó, horrorizada, que debían haber pasado horas desde que la sacara de la cama, que además estaba amordazada y fuertemente atada por las muñecas y que iba montada en un enorme caballo delante de él, impidiendo cualquier vía de escape.

Aunque de todos modos, ¿cómo podría intentarlo, con su embarazo tan avanzado, helada de frío como estaba, vestida tan solo con su fino camisón y descalza, además de no disponer de ningún arma y teniendo que enfrentarse a aquel gigante forzudo? Estaba harta de sentirse acosada por aquellos malditos hombres sedientos de su sangre. Estaba segura de que aquel bestia solo era un sicario porque era evidente que ella le importaba muy poco, al contrario que a la persona que estaba detrás del telón, listo para acabar con su miserable vida, aunque no dudaba que el tipo lo pudiera hacer siguiendo sus órdenes. También Godena aseguraba que aquel enemigo potencial pertenecía a su círculo más cercano y tenía muy claro que jamás había visto a ese hombre antes de esa noche.

Llegaron a una pequeña cabaña y después de desmontar, la llevó como a un saco de patatas hasta el interior, en apariencia abandonado hacía tiempo y encendió una vela. Entonces sintió un largo escalofrío de temor en la columna. Su asaltante sonrió de manera perezosa mientras su mirada rebuscaba entre los pliegues del delgado camisón. Como no podía ocultarle nada pues no tenía con qué, cuadró los hombros y alzó la barbilla hasta que los músculos del cuello empezaron a dolerle. Los ojos del hombre subieron hasta su cara y soltó una risita ronca, dejándose caer en una de las sillas, que crujió bajo semejante peso. Por suerte no se acercó y ella volvió a respirar otra vez.

Cuando al rato se hizo evidente que él no iba a hacer nada más que sentarse a esperar, imaginó que a la persona que verdaderamente contaba en aquella cuestión, pensó que sus posibilidades menguarían mucho con el añadido de otro valor a la ecuación. Cómo si entonces tuviese alguna oportunidad, se dijo, con una innecesaria inyección de realismo. Gracias a la luz, podía verlo con claridad, y aquel gigante tenía unos brazos y unas piernas tan gruesos como su propio tronco, eso sin contar con que ella estaba muy embarazadísima, añadió presa de la histeria y además blandía ese siniestro y afilado cuchillo con el que se estaba limpiando las uñas.

Siempre se las había dado de intrépida y valerosa, pero ¿cómo, en nombre de Dios, iba a poderle a… eso? Ah, y atada, tuvo que añadir cuando intentó pasarse la mano por el pelo, ofuscada y se vio impedida a hacerlo por la cuerda.

Suspiró, derrotada por primera vez en su vida. Entonces era así como iba a terminar todo al fin…

La imagen de Traguian apareció en su mente. Todo un país que había depositado su confianza en ella solo para ver cómo les fallaba de nuevo un de Trarr, abandonándolos a su suerte y a Riork, que volvería para apoderarse de lo que quedase una vez que sus mercenarios lo destruyesen todo a su paso, y después descargaría su venganza sobre los supervivientes.

Con tristeza recordó a su familia, tan importante para ella aun haciendo tan poco que habían aparecido en su vida. Imaginó su dolor por la pérdida, su arrepentimiento por no haberla conocido antes, su rabia por aquel crimen sin sentido aparente y sus remordimientos por no haber sido capaces de cuidarla y evitar aquello. Los echaría mucho de menos, allí donde quiera que fueran los muertos.

Una gran pena la embargó al pensar que nunca pariría a su hijo, no vería su carita arrugada, no reconocería a su marido en él, no lo vería crecer, hacerse un niño sano y robusto, convertirse en un hombre elegante, enamorarse y tener sus propios hijos. Gobernar en su lugar.

Un rayo atravesó y rasgó su pecho cuando recordó a Reskan el día que se despidieron, su apasionado beso en el patio, su triste sonrisa, sus intensos ojos llenos de una emoción que siempre prefería no analizar. Pero no podía obviar sus palabras susurradas antes de girar su caballo y partir a buscar ayuda para su reino, para ella. «Te amo». Había intentado que no lo dijera, lo había distraído con bromas, le había acariciado el muslo con disimulo, había ocultado

sus ojos tras la cortina de sus largas y tupidas pestañas. Todo con tal de evitar que las pronunciara porque aún la aterraba oírselas decir, porque sabía que él esperaba que se las devolviera y no podía, aún no. Durante mucho tiempo no. Las cosas eran complicadas, Riork, la subida al trono, el bebé… Cosas como esa, que ahora impedirían para siempre volver a escuchar de sus labios que la quería más que a nada en el mundo. Como supuso, el dolor de saber que jamás volvería a verlo fue lo más desgarrador que había sentido nunca, tanto que se tambaleó en medio de la habitación y estiró las manos atadas en un intento por estabilizarse y no caer.

El hombre se levantó de un salto y la cogió de un hombro. Se fijó en la extrema palidez de su rostro, en la transpiración de su frente, en los mechones húmedos de su pelo y en la respiración más que agitada de la muchacha y pensó que estaba a punto de darle un síncope.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó con brusquedad. Y Kana decidió que aquella era su oportunidad, la única. Llevaban mucho tiempo esperando a la otra persona y no sabía de cuanto más dispondría y tenía que sobrevivir por todas las razones que acababa de recordar. Ella era intrépida y valerosa, qué demonios. Aunque estuviese aterrorizada.

—Me encuentro muy mal. Hace mucho calor aquí dentro. —Vio que él cerraba su expresión y supo que iba a negarse a dejarla salir y aunque lo hiciera seguiría con las manos atadas—. Por favor —dijo falseando el mejor tono lastimero que pudo—. Preciso… Estoy en estado… —Él fijó la vista en su abultado vientre—. Tengo ciertas necesidades muy a menudo… —explicó sin necesidad de fingir su arrobamiento pues era vergonzoso tener que confesarle aquello a un extraño, sobre todo a uno que pensaba entregarla a alguien que iba a liquidarla en cuanto le pusiera las manos encima. El tipo parecía bastante curtido, pero ante la simple mención de las necesidades femeninas se puso coloradote y arrastrándola del brazo la sacó fuera.

Kana parpadeó sorprendida, estaba empezando a amanecer, los criados del castillo ya se habrían levantado y su doncella pronto se daría cuenta de su ausencia. En breve darían la alarma, pero sabía que se encontraban muy lejos de allí, aunque no tenía ni idea de dónde.

—Venga, tienes un minuto. —Señaló unos arbustos demasiado cerca para su gusto. Alzó los brazos en actitud de súplica.

—Tiene que desatarme. —Él negó con la cabeza.

—Ni hablar. El amo me ha advertido sobre ti. Opina que eres de armas tomar. A pesar de esa carita dulce y tus modales finos dice que eres una víbora capaz de causarme muchos problemas y si te escapas no solo no me pagará lo que ha prometido sino que me castrará.

—Pero… no puedo… y con mi vientre… —Sollozó. Las lágrimas eran reales porque aquella era su única ocasión de escapar, pero nunca lo conseguiría atada. Después de lo que parecieron horas, él se acercó y cortó la cuerda.

—Recuerda lo del minuto —dijo cruzando los brazos.

«¿Y ahora qué?», se preguntó sin moverse del sitio. Si iba hacia los setos él la cazaría en esos segundos de tiempo que le daba, pero si apenas podía caminar sin tropezarse con la tripa. ¡No digamos correr!

—¿Qué, se te han pasado las ganas, moza? —preguntó, frunciendo el ceño con recelo. Ella se giró con rapidez y dio unos pasos hacia las plantas.

—No, claro. —Se volvió de nuevo y comenzó a desandar el camino, acercándose—. No se moverá de ahí, ¿verdad? Podría haber serpientes u otras alimañas entre esos matorrales y yo estaría sola con ellos…

Tropezó, aunque el hombre no supo muy bien con qué porque el camino estaba muy llano, y cayó al suelo. Se agarró la barriga y gimió. Con un gruñido él se agachó y la incorporó un poco, intentando comprobar los daños. No detectó en aquellos hermosos ojos violeta, de aquel color

que jamás había visto antes, indicio alguno que le llevase a pensar que ella, rápida como un rayo, se había apropiado del largo y afilado cuchillo que sin pensar había dejado en el suelo, a su lado, ni mucho menos que se lo iba a clavar con una fuerza inaudita y una certeza absoluta en la yugular y a empujarlo con todas sus fuerzas, desestabilizándolo. No contenta con eso, presumiblemente porque ya estaba empezando a incorporarse mientras intentaba sacarse la maldita hoja para clavársela en su negro corazón de perra mentirosa y traicionera, la muy hija de puta buscó frenética en los alrededores y volvió a donde él estaba, mareado y le arreó un tremendo golpe con una enorme piedra, dejándole inconsciente y desangrándose a borbotones pues al fin había conseguido extraerse la daga.

Kana no se detuvo a contemplar la dantesca escena, se tambaleó hasta el inmenso caballo, le susurró unas incoherentes palabras y consiguió llevarlo hasta un tocón para poder subirse a él. Nunca supo cómo lo hizo, pues aparte del tamaño del animal y de que estaba agotada, su flexibilidad y su tremendo cuerpo distaban mucho de ser los de antaño, tan solo tenía conciencia de que si no salía de allí de inmediato la iban a encontrar y todo aquel infierno no habría servido para nada.

Cuando, muchísimo más tarde, el sol se ponía en el horizonte, un destrozado Eidrian, pálido y hundido, sacaba una montura fresca de los establos para volver a salir en busca de su nuera, sin haber probado bocado desde la noche anterior, que fue cuando se despidiera de ella para ir a dormir. Helailla intentaba que se llevase unos emparedados envueltos para más tarde, pero él la miró enfadado.

—¡He dicho que no, Lalla! Estoy seguro de que a ella no le están dando de comer, así que yo no voy a vivir mejor —contestó, apartando de un manotazo la comida.

Estaba dando por sentado muchas cosas, como que la joven seguía viva después de tantas horas secuestrada, pero no pensaba considerar siquiera la posibilidad de que la hubiesen asesinado. Eso nunca. Tenía que encontrarla y hacerlo sana y salva porque si su hijo regresaba para encontrarse a su esposa muerta… Se giró con decisión, ignorando la mirada de súplica de su muchacha y entonces dilató los ojos y pensó que por primera vez en su vida podría estar fallándole la vista.

Un caballo desconocido avanzaba muy despacio por el camino, parecía que hasta la lenta marcha le costaba un esfuerzo supremo. En su grupa, un bulto blanco, medio derrumbado, se mecía a cada paso, pero la inconfundible cabellera roja lo impulsó a salir corriendo aun antes de escuchar el jadeo de reconocimiento de su hija.

Cuando estaba casi encima del gran caballo, la mujer empezó a deslizarse por el costado, demostrando su inconsciencia y él la agarró justo a tiempo y la abrazó con fuerza, sintiendo la sal de sus propias lágrimas en sus labios agrietados mientras pensaba que había que hacer sonar las campanas para avisar a todos de que regresasen de las partidas de búsqueda.

Otro pensamiento se filtró en su cerebro a la vez que el pequeño brazo de Helailla se enganchaba a su cintura, sonriendo. Reskan encontraría a su esposa en su cama cuando volviese, aunque estaría realmente furioso.

Cuando tres días más tarde este regresó, exhausto pero muy contento con el resultado de su viaje, su alarido se escuchó en todos los rincones del enorme castillo.

Kana apenas tuvo tiempo de incorporarse en la cama tras el espeluznante sonido cuando la puerta se estrelló contra la pared y la enorme y amenazadora figura de su marido, polvoriento y con el pelo revuelto, surgió como una tromba a través del hueco.

En dos zancadas llegó hasta ella, se sentó a su lado y sin mediar palabra la alzó en sus brazos y

la acomodó en sus muslos, apretándola con fuerza contra su torso.

Ella sintió el tronar de su pecho, fue capaz de apreciar su desesperación y absoluto terror y pudo hacerlo porque él no le ocultó nada. Lo sintió en los temblores incontrolados de su cuerpo, en la tensión de sus músculos, en el apretón de acero con que la cercaba a su cuerpo, en su corazón expuesto desnudo en sus ojos azules al observarla asustado y en la vulnerabilidad de su mirada al perforarla, queriendo asegurarse de que estaba sana y salva.

Enmarcó su cara con ambas manos y la besó hasta que creyó que no podría vivir nunca más sin seguir respirando su aliento, entrelazando sus lenguas en un duelo silencioso para ver quién podía dar más placer al otro o gemir más fuerte. Con manos temblorosas, Reskan la desnudó poco a poco, tomándose mucho tiempo para besar cada parte de su cuerpo que quedaba al descubierto. Dedicó especial atención a su tenso abdomen, más sensible a las caricias, como sabía él y le ofreció largas pasadas de su lengua por toda su longitud, causando pequeños escalofríos a su paso.

Aquel acto de amor fue lento y cuidadoso, dulce en su esplendor, intenso y avasallador y el orgasmo, cuando los alcanzó, juntos en esa ocasión, los atravesó como un relámpago de color, atronó en sus oídos, corrió por sus venas, marcó a fuego sus ingles y los hizo gritar de la más pura y simple satisfacción, la del amor compartido.

Mientras Reskan veía a su esposa durmiendo, agotada tras el suave y tierno apareamiento, reflexionó sobre la espléndida mujer que era. Cuando pensaba en lo terrorífico que debió ser verse arrancada de la cama por aquel cabrón y sacada por la fuerza de allí, alejándola durante horas, sabiendo que sin duda pretendían asesinarla... Imaginarla enfrentándose a esa mole, tres veces más corpulento que ella y al menos dos más pesado, no mejoraba su humor. Él había visto el cadáver y se maravilló al descubrir que aun con todo eso en contra, a pesar de su avanzado estado de gestación, se las había arreglado para quitarle el cuchillo y clavárselo con una puntería excelente en la mayor vena del cuello. Pero precavida como era, como si no se fiase de que aquello fuese a concederle el tiempo que precisaba para escapar, lo había rematado de una considerable pedrada en la cabeza.

Sacudió la suya, soltando una risilla entre dientes. Jamás, en toda su vida, había conocido a una mujer como la suya y estaba terriblemente agradecido de haberla empujado a ella y a toda su condenada familia a una precipitada boda aquella noche junto a los carromatos.

Ni siquiera el día entero vagando sin rumbo fijo, sin comer ni beber durante veinticuatro horas, había podido con ella. Al final había sabido volver a casa, aun a pesar de evitar las poblaciones por miedo a que sus perseguidores la buscasen allí, presuponiendo que buscaría ayuda, como si aquella cabezota alguna vez la pidiese. Molida y a punto de fracasar, había encontrado su hogar, junto a los suyos, a esperarlo a él, prohibiendo en cuanto pudo recuperarse, que le hablasen del "incidente" a su esposo. Por supuesto nadie le hizo caso pues se enteró en cuanto puso una de sus deslustradas botas en la propiedad. De hecho casi hubo tortas por ver quién se lo contaba primero.

Había estado a punto de perderla otra vez. Pero en esa ocasión no había sido una enfermedad la que casi se la arrebataba sino la mano de un hombre sin rostro y eso no iba a permitirlo, se dijo apretando los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Su mujer y su hijo eran sagrados y su máxima responsabilidad en la vida era protegerlos. Su seguridad estaba por encima de todo lo demás y olvidarlo por un segundo podía costarle muy caro, como había estado a punto de suceder, pensó mientras miraba arrugarse la tersa frente y el débil gemido de angustia rebotaba en la habitación. Él sabía lo que estaba soñando ella. Matar a un ser humano no era agradable, mucho menos de la manera en que se había visto obligada a hacerlo su mujer. Habría

habido mucha sangre, sin duda y había comprobado cómo la piedra le había hundido parte del cráneo y el rostro al maldito. Grotesca sería una palabra bastante adecuada para describir la escena que ella habría creado en su lucha por escapar. Llevaría algo de tiempo y mimos que lo enterrara lo suficiente en su memoria como para que las pesadillas desapareciesen.

Se volvió a tumbar a su lado y acomodó su cuerpo junto a la femenina espalda, pasando un brazo protector por su cintura. Al instante se tranquilizó, relajando todos sus músculos y suspirando volvió a sumirse en una calmada somnolencia. Eso mismo hizo él, inspiró su embriagador perfume y se dejó arrastrar de nuevo por el sueño, junto a ella.

Así que aquellos meses habían resultado agotadores en muchos aspectos, casi el menor de ellos la vida que crecía dentro de ella.

Habían reconstruido las casas y las edificaciones derribadas, repuesto las provisiones robadas con las suyas propias o con otras compradas cuando estas no eran suficientes para abastecer a todos, arreglado los enormes desperfectos de la presa, preparada de nuevo para las lluvias del próximo invierno, aunque ese verano la escasez de agua había sido tristemente evidente y las cosechas se habían resentido un tanto, no pudiendo regarlas con la frecuencia necesaria ya que el precioso líquido que consiguieron transportar en carros desde las poblaciones más cercanas que disponían de reservas suficientes para compartir, se destinaba en su mayor parte al consumo.

Se había enterrado dignamente a los muertos, ocupándose de sus familias y todos, soldados y aldeanos, procuraban vigilar a las mujeres y niños, estuvieran o no a cargo de un hombre, porque desde que el príncipe heredero había declarado a su regreso del país vecino que cualquiera que quisiese aprender a protegerse de aquellos cobardes que entraban en las casas de noche, secuestrando embarazadas, violando mujeres indefensas y asesinando niños, sería bienvenido en el campo de entrenamiento a partir del día siguiente, se habían sentido respetados, con una finalidad concreta en aquellos difíciles momentos y por lo tanto, útiles.

Así que cada mañana, indecisos al principio, pero con paso firme y palmadas en la espalda con el correr de los días, todos los hombres de los alrededores, tanto los de los pueblos atacados como de zonas mucho más lejanas, aparecían en el sitio indicado y aunque cansados por las faenas diarias que conllevaba cuidar las tierras y a sus familias, se instruían con ahínco para poder enfrentarse a aquellos enemigos que amenazaban el bienestar de todos. Y el fuego de la herrería no se apagaba nunca, el constante y rítmico sonido del martillo golpeando el hierro candente sobre el yunque se convirtió en una musiquilla de fondo aceptada por todos y el montón de espadas y escudos de cada día desaparecía con la misma rapidez con que se creaba, sin importar cuántos ayudantes colaboraran, repartiéndose entre los deseosos aprendices.

Y todo bajo la promesa de los cuatrocientos soldados que Rodan y Siderian habían acordado enviar a primeros de octubre, para lo que quedaban dos semanas.

La joven apoyó las manos con fuerza en el asiento del banco y consiguió levantarse con cierto esfuerzo, comprobando sorprendida que habían pasado al menos cuatro horas desde que se sentara allí a descansar unos momentos y con el ceño fruncido se preguntó, mientras se dirigía al interior, qué era lo que había evitado que su sobreprotector esposo no la hubiese buscado hacía mucho para darle los buenos días.

Kana recorría las estancias con los ojos cada vez más entrecerrados.

El mayordomo le había dicho que Reskan tenía visita, pero llevaba ya un buen rato buscándolos en las habitaciones habituales sin éxito. Entonces escuchó la risa sensual de su marido, aquella que reservaba únicamente para ella y con pasos decididos y una muy furiosa mirada se encaminó hacia la sala del placer, como malignamente la había bautizado él, desde que

descubriera el enorme espejo que ocupaba el techo de la espaciosa y bien iluminada habitación. Cuando consideró las excelentes posibilidades que aquel accesorio les proporcionaría a la hora de hacer el amor, declaró sin ningún pudor a la familia que aquella estancia pasaba a formar parte de sus habitaciones privadas, destinándose al uso exclusivo de la pareja, para el sonrojo y la vergüenza eterna de ella y ante las risas socarronas de los demás, que no tardaron en ponerse a elucubrar qué pensaba él hacerle bajo ese enorme espejo. Y estaba recibiendo a una visita en aquella sala.

Cuando llegó allí, casi sin aliento y vio la puerta entornada, se dijo que era una tonta. Cogió el picaporte, la abrió y entró lo suficiente para contemplar la escena que le destrozaría el corazón como pocas otras cosas podrían hacerlo de manera más rápida y efectiva.

Su marido y una deslumbrante belleza rubia, espigada como un junco, estaban abrazados frente a la ventana.

Ella le rodeaba el cuello con los brazos y apretaba su flexible y suave cuerpecito contra el duro y recio del hombre. En contrapunto, las manos masculinas aferraban las turgentes caderas mientras sus bocas estaban fundidas en un profundo encuentro de lenguas húmedas y ansiosas.

Debió hacer algún ruido, por pequeño que fuese, porque él rompió el beso y giró la cabeza en su dirección. Sus ojos se abrieron, sorprendidos.

—Kana. —Pero ella ya estaba saliendo de allí tan rápido como podía. Reskan soltó una fuerte palabrota y dejó plantada a la dama en mitad de la habitación para correr tras la estela de su dolida esposa.

Kana sabía que al ritmo que avanzaba la alcanzaría en dos segundos, así que se metió en la siguiente habitación, sabiendo que él pasaría de largo y que eso le concedería unos momentos, al menos hasta que se diese cuenta de que no había podido huir tan lejos.

Sentía un dolor tan enorme en ese momento… que no sabía cómo iba a poder superarlo, cómo haría para llegar a la tarde, a la noche, al día siguiente, al próximo mes. Se dijo que aquello era el pan de cada día en un matrimonio convencional, entonces ¿cómo se hacía para sobrellevar el sentimiento de traición? ¿La pena, la amargura? ¿Se recuperaba alguna vez el corazón de un daño así? ¿Era de esa manera como un matrimonio moría rápidamente, dejando una cáscara vacía en su lugar? ¿Por eso se llevaban a cabo los casamientos por conveniencia? ¿Para sentar unas bases más duraderas que el inconstante amor, que tan rápido desaparecía?

La puerta se abrió despacio, dando paso a la impecable figura de su marido, que no había tardado en llegar a la conclusión de su paradero.

El sonido del pestillo no logró desequilibrarla, pero verlo acercarse sí, así que se levantó y se colocó frente a la ventana, de espaldas a él. Con prudencia, Res dejó un buen espacio entre ellos, permitiéndola respirar.

—No es lo que crees —dijo con suavidad.

—No, claro. —Fue incapaz de ocultar la amargura que sentía.

—Por favor, dame una oportunidad.

—Ahórratelo, ¿quieres? —dijo, dándose la vuelta de golpe. De repente se sentía muy cansada, desorientada y le temblaban las piernas. No iba a poder enfrentarlo mucho más y maldito fuera si le iba a permitir verla hundirse.

—No, no quiero. Por Dios, vas a escucharme, mujer.

—Ah, ¿ahora soy tu mujer? No parecía que lo tuvieras en cuenta hace un momento. ¡Entonces *ella* parecía tu mujer!

—¡No seas boba! Conozco a Nicole desde hace años, y nunca podría haber representado ese papel en mi vida. Ella solo era mi… —Se detuvo abruptamente, sabiendo, por la mirada de

horror de ella, que había interpretado de forma correcta sus palabras.

—¿Te has traído a tu amante a mi casa? —preguntó mientras trastabillaba hasta chocar contra la ventana.

—De eso nada. Ella ha venido por su cuenta. —La incredulidad de los ojos violeta lo hirió en lo más hondo.

—¿Intentas hacerme creer que ha aparecido en Traguian de la nada? ¿Qué salió a dar un paseo por Vadia y sin pretenderlo apareció en nuestra puerta? —preguntó, su voz rezumando sarcasmo, el cual lo quemó como si fuese ácido.

—Entiendo que estés un poquito molesta, pero…

—¿Molesta? Asqueroso hijo de puta… —Las manos de él formaron sendos puños a los lados de su cuerpo. Avanzó un paso hacia ella con mirada asesina. Kana palideció y en contra de todo lo que era, sintió cierta inquietud. Si le pegaba podía dañar al bebé, ¿verdad? Reskan se detuvo en el acto cuando vio su expresión, igual que si le hubiese golpeado en el estómago con un mazo.

—Te prometí que jamás te pondría una mano encima.

—También fidelidad y amor eterno. —Contraatacó furiosa de nuevo, el leve momento de espanto ya superado.

—Sigues teniendo ambos —contestó ligeramente sorprendido.

—Sí, me lo pareció en la otra habitación —dijo alzando la barbilla. Reskan apretó con fuerza la mandíbula. Nunca le permitiría olvidar ese incidente. Se pasó la mano por el pelo, indeciso sobre cómo afrontar esa situación.

—Kana, querida. —Los dientes de ella rechinaron—. Nicole está pasando unos días con su marido, el conde de Dronan, en Rodan. Su señoría está tratando un asunto de negocios con el rey Roderik y ella lo ha acompañado puesto que él no deseaba pasar meses privado de su compañía, ya que sabes lo largo que resulta el viaje.

—Qué conveniente para vosotros dos. —El hombre se armó de paciencia, recordando el estado de buena esperanza de su mujer y la delicada situación en la que lo había pescado, pero se sintió herido de todos modos por su falta de fe.

—Por supuesto Nico no estaba enterada ni de mi matrimonio ni de que me hallaba en Traguian. Fue la casualidad y el charlatán de tu tío, que en su parada para solicitar tropas de apoyo mencionó mi nombre —aclaró muy satisfecho, como si aquello solucionase el tremendo problema.

—¿Y vino aquí a reanudar vuestro romance aun sabiendo que ahora eras un hombre casado? Qué seguridad en sí misma o en ti, puesto que te has echado en sus brazos en cuanto ha aparecido. Y en nuestra sala —añadió aún más enfadada. Él hizo un gesto de dolor ante el comentario.

—Yo no la llevé allí, Kana. Lo hizo la sirvienta nueva. —La joven recordó que esa criada era la hija de uno de los hombres asesinados por su padre en la última aldea asaltada y que aún le costaba horrores recordar la enorme cantidad de normas y reglas que regían el castillo, por no decir orientarse en este. Era muy probable que la hubiera metido en la primera cámara que encontró desocupada—. Y en cuanto al resto… —Hizo una pausa. ¿Cómo explicárselo a su obcecada esposa? Se alejó de ella y observó el paisaje que se extendía por la ventana, sin verlo en realidad—. Nico es una mujer complicada. Inteligente, de carácter fuerte y emociones intensas. Tanto ella como su marido son muy influyentes entre la alta sociedad. El conde la adora, pero es bastante mayor que ella y del todo ajeno a sus infidelidades. La condesa es muy discreta en sus aventuras, pero es una hembra apasionada, con grandes necesidades de afecto. —Se calló un momento, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Con esto quiero decir que

no se la puede descartar sin más —dijo con suavidad y se atrevió a mirarla.

—¿Por eso aceptaste lo que te ofrecía… de nuevo?

—No hice tal cosa.

—¡La estabas besando!

—Ella me besaba, querida. —Las cejas femeninas se alzaron, expresando su opinión sobre aquella pobre mentira.

—¿Y tú te dejabas hacer sin más? ¿Para no ofenderla? —Los labios masculinos se convirtieron en una delgada línea—. ¿Hasta dónde habrías llegado en tu afán de no molestarla, *Res querido*?

—Basta. Se me ofreció, sí, queriendo reanudar nuestra relación donde la dejamos hace tiempo. No tengo control sobre el pasado, Kana, no he vivido en el celibato, pero es solo eso, el ayer. Le dije que estaba felizmente casado y ella intentó convencerme y sí, correspondí a su beso desganado y sin ninguna efusividad, basándome en agradables recuerdos, esperando un momento prudente para propiciar el fin de aquel interludio, pero sin forzar la situación. Siento que lo presenciaras, pero no porque me pillases haciendo algo indebido o porque interrumpieses una situación que iba a ir a más, sino porque esta trivialidad te ha dañado, aunque haya sido muy efectiva para demostrar tu absoluta falta de confianza, que supongo se traduce en tu incapacidad por sentir un sentimiento profundo por mí. —El jadeo angustiado reverberó en el silencio que siguió a las palabras—. ¿Vas a negarlo? —Se acercó a ella y la cogió por los brazos, zarandeándola—. ¿Admitirás que me amas? —Exigió con violencia. Kana lo miró con sus grandes ojos violetas llenos de temor y duda, expresando sin palabras su desconfianza y recelo, sin lanzarse a afirmar lo que él más ansiaba oír. La soltó, herido de muerte por aquella mujer insensible con el corazón más duro que había conocido nunca y casi se palpó el pecho, buscando la sangre que sentía manar a chorro de la herida abierta en canal que ella le había provocado con su rechazo—. Ya veo. —Se giró y empezó a andar hacia la puerta. A medio camino se detuvo, aunque continuó de espaldas a ella—. He decidido que acompañaré a Nico de regreso a Rodan. No sería galante de otro modo, sobre todo teniendo en cuenta la horda de ataques que hay por la zona. Así quizás pueda matar dos pájaros de un tiro y adelantar la fecha que nos dio Roderik para la entrega de sus soldados y regresar con ellos en el bolsillo. —Y dicho eso salió, cerrando con suavidad la puerta tras él.

Kana sintió el escozor de las lágrimas, pero no hizo nada por evitarlas.

No tenía muy claro que todo lo que le había dicho lo redimiese a sus ojos ante lo que había visto en esa sala. La horrible sensación de sentirse traicionada seguía ahí, al igual que la certeza que había tenido siempre de que él era, en el fondo, un libertino y un seductor, que no podría conformarse con una sola mujer por mucho tiempo, más aún cuando esta había perdido su curvilínea figura hacía meses.

Revivió de nuevo el momento en que le pidió que confesase su amor por él, reconociendo que se había sentido acorralada, perdida, incluso desesperada. No podía concederle ese poder. Admitirle una debilidad tan grande a un hombre de sus características acabaría con ella. Él la destruiría. Por eso se había replegado. Había alzado todas sus defensas y había callado, ocultando su secreto más grande, el más doloroso. Que lo amaba más que a la vida misma.

Al otro lado de la habitación, Reskan estaba derrumbado contra la puerta con los ojos cerrados y el corazón roto, incapaz de ver cómo conseguiría sobrevivir a ese matrimonio.

Los días pasaron y se estiraron hasta convertirse en una semana sin que él hubiese vuelto.

El dolor sordo, absolutamente mutilante, le rasgaba el pecho con cada respiración, pero sabía

que necesitaría una cantidad considerable de tiempo para que este bajase a un nivel razonable para poder soportarlo. Posiblemente toda una vida.

Cada vez que pensaba en qué podía estar reteniéndolo en Rodan, veía los flexibles miembros de la rubia entrelazados con el hermoso y recio cuerpo desnudo de su marido mientras él pujaba con ímpetu en su interior, como tantas otras veces habría hecho antes. Nico, la llamaba.

Sintió el movimiento del bebé, fuerte e insistente y pensó que era probable que pudiese sentir su inquietud. Frotó su vientre, cerró los ojos y empezó una antigua canción que su madre le cantaba de pequeña, hacía muchos, muchos años. A medida que iba recordando la letra, la cual creía olvidada, su voz se fue haciendo más fuerte y segura y una lenta sonrisa dulcificó su tenso rostro, proporcionándole el único momento de paz que había tenido en días.

Así la encontró Reskan cuando entró en la biblioteca con intención de servirse un muy colmado vaso de whisky. Al principio se quedó parado en la puerta, indeciso, pero cuando vio que ella tenía los ojos cerrados y atraído por su voz como si del canto de una sirena se tratase, se fue acercando despacio, sus pasos amortiguados por la gruesa alfombra hasta detenerse a su lado, embebiéndose de su hermosura y su aparente tranquilidad, de la que últimamente andaba tan escaso.

Estaba preciosa con las mejillas sonrosadas, los labios abriéndose apetitosos con su dulce canción infantil, la sencilla trenza, de la que escapaban pequeños mechones rebeldes, el delicado vestido verde que se ajustaba a los cada vez más turgentes senos y desde allí caía en pliegues hasta el suelo, las manos masajeando su tripa… Era una imagen desgarradora que laceró su corazón sin piedad. Parpadeando observó cómo esas manos sufrían un leve espasmo y se obligó a mirar con fijeza. Al cabo de unos minutos volvió a suceder y ya no tuvo ninguna duda. Cuando levantó la vista en busca de su rostro, oyó el profundo retumbar del suelo, que cada vez era más fuerte. La canción terminó de forma abrupta y los ojos violetas se abrieron de golpe, enganchándose a los suyos.

Kana sintió que él podría escuchar el atronador golpeteo de su corazón desde donde estaba, a unos cinco metros de ella, apoyado con un hombro en una de las librerías, con los brazos y los tobillos cruzados y una mirada de absoluto desconcierto pintada en sus hermosos ojos azules.

Supuso que su confusión se debía, igual que la de ella, al tremendo caos que se desarrollaba en el exterior. Hizo un esfuerzo por salir de la prisión de aquel maldito sillón, sin conseguirlo a la primera.

—¿Qué demonios sucede ahí fuera? —preguntó malhumorada, en un intento por ocultar su desazón por la repentina aparición de aquel sinvergüenza y su malestar por no poder levantarse con dignidad de su asiento, que parecía querer tragársela viva.

Él puso una mano sobre su hombro y presionó lo justo para que desistiese y volviera a acomodarse. Después se arrodilló a su lado.

—Son los hombres de Rodan —se limitó a decir mientras miraba fijamente… su barriga. Empezó a sentirse incómoda.

—Sí… Uhmm… Iré a darles la bienvenida, entonces.

—No.

—¿Eh? —Él levantó la mirada con el ceño fruncido y la joven vio que la perplejidad de su expresión no había cambiado, pero casi al instante volvió a concentrarse en lo que fuera que le fascinaba tanto de su anatomía. En ese momento el niño dio otra patada, y Reskan levantó la cabeza como un rayo.

—¿Qué es *eso*?

—¿El qué? —Su esposo hizo un gesto con la mano indicando su vientre y levantó ambas cejas

para dar más énfasis. Abrió los ojos asombrada. ¡Así que era eso lo que lo tenía tan aturdido! Sintió deseos de troncharse de risa, pero en cambio se mordió el carrillo por dentro para aguantarse las ganas.

—El bebé se está moviendo —explicó con paciencia. La expresión de su cara merecía ser inmortalizada. Se quedó simple y llanamente pasmado, la boca abierta de par en par. No lo pudo evitar, de verdad, no lo pudo evitar. Cogió una almendra del cuenco que tenía a su lado y del que había estaba picando en la última media hora y se la lanzó. Su puntería siempre había sido excelente, así que claro, atinó, metiéndosela derechita en toda la bocaza. El semblante de espanto de su esposo en ese momento sí que no tenía precio y aunque se hubiese mordido el moflete hasta arrancárselo no hubiese sido capaz de aguantarse la carcajada que escapó de su boca al contemplar esos ojos casi fuera de órbita. Él se sentó sobre sus talones y dejó salir una sonrisa sesgada, masticando despacio la almendra mientras veía cómo su mujer intentaba secarse las lágrimas y contener la risa. Qué bonito espectáculo, por Dios. No recordaba haberla visto tan contenta nunca y su risa era tan plena, auténtica, cristalina y lujuriosa como toda ella. Sintió el conocido tirón de sus pantalones y su sonrisa se borró de golpe.

Kana logró controlarse cuando vio por la seriedad de su compañero que el momento había pasado. Así no eran las cosas entre ellos desde que cierta condesa rubia apareciera en escena.

—¿Los bebes se mueven? —preguntó, volviendo al tema anterior. Ella asintió con la cabeza.

—A partir de este mes sí. Apenas acaba de empezar, pero da unas patadas de aúpa. —Los labios masculinos se estiraron de manera imperceptible. La miró de reojo.

—¿Puedo? —preguntó con suavidad. Sabía lo que estaba pidiendo.

—Sí —susurró. Lentamente acercó su mano a su abultado abdomen y la colocó allí, apenas rozándolo. El pequeño embate lo pilló por sorpresa, aun habiéndolo esperado, y retiró la mano por inercia. Al momento la volvió a su lugar, esperando. Ella pudo sentir su insatisfacción de inmediato. Aquello no era suficiente, la sensación era escasa, carente de plenitud para alguien como él, que necesitaba sentirlo todo de manera apasionada. Respiró hondo varias veces, si bien era cierto que todos los malestares eran para la mujer, también lo eran las recompensas, aunque esta podía compartirla, si se lo permitía. Él la estaba observando, había notado el cambio en su respiración—. Echa el pestillo. —Reskan se quedó inmóvil, tan solo el fuego de sus ojos azules grisáceos y su pecho subiendo y bajando con rapidez hablaban con elocuencia de la intensidad de sus emociones. En cuatro zancadas estaba en la puerta y el ominoso sonido del pasador quebró los nervios de la mujer. No se atrevió a mirarlo, pero vio sus botas cuando regresó a su lado. Dios mío, era mucho más difícil hacerlo que pensarlo. Un dedo bajo su barbilla la obligó con suavidad a levantar la cabeza y la vista hacia él.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó con voz ronca. Por todos los… Realmente no estaría pensando en… Bajó la vista al enorme bulto de sus pantalones. Claro, él siempre estaba pensando en eso. Pues iba listo si creía que después de pasarse una semanita revolcándose con la rubita ahora se iba a servir ella misma en bandeja de plata. Iba a darle más de lo que merecía, el muy miserable, pero esa parte de él seguiría dentro de los pantalones.

—Por descontado, no lo mismo que tú. —La decepción pasó por su rostro, pero fue solo un momento. Había sido una esperanza loca de su parte. Se pasó la mano por el pelo.

—¿Entonces? —preguntó en tono cansado.

—¿No quieres sentir a tu hijo? ¿Sentirlo de verdad? —preguntó al ver la mirada escéptica de él. Ante esto último una chispa de curiosidad y expectación le recorrió.

—¿Cómo?

—¿Me ayudas a salir de esta monstruosidad, por favor? —Un asomo de sonrisa apareció en su

boca, a pesar de todo y le tendió la mano. Con extrema facilidad tiró de ella, poniéndola en pie y la joven respiró de nuevo, sintiéndose libre.

«Bien, ahora la parte difícil». Con las mejillas del color de las fresas le ofreció la espalda, donde el vestido tenía docena y media de diminutos botoncitos. Nada se movió tras ella, ni siquiera el aire. Miró por encima de su hombro y lo vio con las manos en los costados, apretadas con fuerza y un ceño amenazador y poco halagüeño.

—Creí que habías dicho que nada de sexo.

—Aghrrr, a veces eres tan frustrante. ¿Tan solo puedes desabrochármelo, quieres? —Creyó que no lo haría, del rato que pasó quieto, sin hacer nada. Por fin, cuando iba a mandarlo al diablo, notó sus manos volar por entre los botones y terminar en un nuevo record. Retrocedió un paso y esperó su próximo movimiento, no muy seguro de querer saber cuál sería este, el cual, se dijo que no debería haberse sorprendido, fue ni más ni menos que pasar las delicadas manos sobre sus dulces hombros y dejar resbalar el vestido por su cuerpo hasta que cayó en un charco verde bosque al suelo, quedando cubierta tan solo por una fina camisola semitransparente que le llegaba a medio muslo, ya que había renunciado a las enaguas con el embarazo.

Que Lucifer se apiadara de él, pensó mientras sus ingles rugían en respuesta a aquella descarada invitación. No sabía qué pretendía ella. Declaraba altiva que nada de relaciones, pero ahí estaba, maldita fuera su estampa, casi desnuda, las cimas rosadas de sus pechos perfectamente visibles a través de la delgada tela blanca, el triángulo de vello oscuro pujando inclemente contra esta y apostaría su maldita fortuna a que ella estaba tremendamente mojada entre sus largas y preciosas piernas, los duros muslos deseando abrirse para su invasión también.

¿Entonces a qué venía hacerse la estrecha? Porque él no podía más, llevaba un buen tiempo sin enterrarse en ella, la última maldita semana había sido un condenado infierno, enfrentado a la realidad de tener que huir de su esposa para que no viese cómo su incapacidad de amarlo lo había hundido en una profunda ciénaga y acorralado en los rincones del castillo de Rodan por la lujuriosa Nico, que no aceptaba un no por respuesta. Así que en ese momento estaba más tieso que un semental oliendo una yegua en celo y se sentía inseguro, ya que desconocía el jueguecito que se tenía entre manos la puñetera.

La siguió con la mirada cuando se tumbó en el diván y sus ojos se la comieron cuando comenzó a desabrocharse la hilera de botones que llegaba hasta el principio de sus muslos. Se entusiasmó preguntándose si los abriría todos. Su respuesta fue contestada pronto. Casi todos. Cuando con ambas manos cogió las dos partes resultantes y las abrió por completó, revelando los hermosos pechos y por completo el vientre, de pronto comprendió lo que ella pretendía y aun con el inmenso distanciamiento que los separaba en ese momento, el tremendo regalo que estaba haciéndole. Sus miradas se encontraron a través de la distancia que los separaba y algo intenso, poderoso y único pasó entre ellos.

Sin darse cuenta caminó hasta el diván y se dejó caer a su lado. Miró su cuerpo expuesto, con intenso deseo, sí, pero también con algo infinitamente más poderoso y duradero que la atracción física. Kana cogió su mano y la puso con resolución en su tripa y Reskan, acercándose cuanto pudo, también plantó la segunda, deseando sentirlo todo. Y allí estuvieron, mirándose a los ojos durante lo que pareció una eternidad hasta que la suave sacudida llegó y la expresión de placer y plenitud de su marido estuvo a punto de ahogarla y cuando vino la siguiente, las lágrimas cayeron sin control por sus mejillas. Y por las de él.

CAPÍTULO 24

Las campanas de alarma rasgaron la quietud de la noche, que invadieron el sueño de los ocupantes del castillo.

Reskan ya se había levantado y se estaba poniendo los pantalones antes de que ella se incorporara sobre los codos, con una mirada de temor empañando los suaves rasgos. Él cogió la camisa que un rato antes había dejado sobre la silla y le dio un rápido beso para calmarla.

—Iré a ver qué ocurre. Espérame aquí. —Y sin darle tiempo a nada más, desapareció como una exhalación, con las botas en una mano y la amenazante espada en la otra.

Tardó un minuto escaso en salir de la cama, ponerse la larga bata de seda azul y calzarse las suaves y blandas zapatillas. Un momento después salía presurosa por el pasillo hacía las escaleras, temiendo encontrarse los horribles ojos de su padre ya en el salón. Chasqueó la lengua, contrita consigo misma por su fértil imaginación y se agarró con fuerza a la barandilla. En los dos últimos meses había engordado hasta parecerse a un gorrino y su movilidad era muy reducida. ¡Y aún faltaban otros dos para el nacimiento!

En el salón ya se encontraban todos los hombres de la casa, así como los jefes del ejército y los miembros del Consejo, dispuestos alrededor de la mesa central. En mitad de esta, un muchacho sucio y herido, tan asustado y cansado que parecía que iba a derrumbarse en cualquier momento, miraba de uno a otro sin saber por dónde empezar su historia.

—¿Y bien? Dinos a qué viene todo este alboroto, hijo —le pidió Reskan con voz suave.

—Es mi pueblo, Alteza. Lo están atacando. —Todo quedó en silencio ante aquella simple declaración.

—¿Y cuál es el nombre de tu pueblo?

—Drawain —susurró. Al oír el nombre un revuelo de voces airadas se alzó en la sala. Aquella aldea estaba casi a las puertas del castillo. Tardarían menos de quince minutos en alcanzarla. Les extrañaba no escuchar el entrechocar de las espadas desde donde estaban. Reskan hizo un gesto con la mano, pidiendo orden y volvió a reinar el silencio.

—¿Quién? —se limitó a preguntar en tono feroz.

—Son ellos, pienso. —Tragó la cerveza que le habían puesto delante. Era demasiado pequeño para beber eso, pensaba Kana, observándolo tragar con avidez, un niño apenas. Le susurró unas palabras a la criada que pasó a su lado—. Pero están siendo extremadamente crueles esta vez —dijo frotándose el brazo, del que manaba un fino reguero de sangre. Su marido señaló con la cabeza el miembro a uno de sus hombres, que se apresuró a echarle un vistazo. Cuando él cogía la jarra para volver a echar un gran trago, una sirvienta se la quitó de la mano y en su lugar le puso otra. El jovencito echó una mirada a su contenido y puso cara de desagrado, pero encogiéndose de hombros, se la acercó a la boca y dio un buen sorbo. Cuando la dejó sobre la mesa tenía un gran bigote blanco sobre el labio superior. Reskan entrecerró los ojos hasta que se convirtieron en meras rendijas y después giró la cabeza en busca de su presa. A pesar de que se apretujó todo lo que pudo contra la pared, él la vio, por supuesto y su mirada penetrante la perforó unos segundos antes de volver su atención al muchacho.

—Sigue, chico. —Lo animó—. ¿Cuántos son?

—Muchos. Yo diría que cien o más. —Aquello sorprendió a los presentes. Riork nunca había mandado una tropa tan numerosa. Cierto era que Drawain era grande, pero tantos…—. Y… y

piensa ejecutar a los niños. —El gemido de angustia de su esposa le retorció el alma, a pesar de quedar rápidamente sofocado por los gritos indignados de los hombres—. A las mujeres ya las están violando… A todas. —Terminó de rematar el pequeño. Reskan no se atrevió a mirar a Kana. No debería haber bajado, en primer lugar—. Nos estábamos defendiendo bien, señor, como usted nos está enseñando, pero al fin y al cabo ellos son soldados profesionales y están mejor armados. Y al haberlos desafiado se han enfadado mucho, prometiendo una venganza extra contra nosotros. —Las lágrimas caían descontroladas por la infantil cara—. Nos van a masacrar, van a acabar con toda la maldita aldea —consiguió decir entre sollozos, derrumbado contra la mesa, la cara enterrada entre sus brazos laxos. Reskan se acercó al niño y puso su mano en su hombro.

—Eso no va a pasar —dijo con voz grave. El pequeño levantó su mirada hacia él, se sorbió los mocos y asintió, los enormes ojos esperanzados—. Vamos —dijo sin mirar a nadie y todos empezaron a abandonar el salón.

—Yo también voy —dijo el mocoso, su barbilla temblaba, pero su mirada se mantenía firme.

—Por supuesto. —Concedió. El mozalbete salió corriendo tras los robustos hombres con una sonrisa en los labios. Tan solo Sabon, Dacross, Eclipse y Eidrian seguían allí. Miró a uno de los cuatro hombres sobre los que no tenía ninguna jurisdicción.

—Dacross, debes quedarte. —No vio expresión alguna en su cara que reflejase lo que pensaba de esa orden.

—¿Por qué yo?

—No tengo que decir que esta no es una reyerta cualquiera. Se trata de una lucha a gran escala y necesitaré de toda la ayuda que dispongo, pero bajo ningún concepto dejaré a nuestras mujeres solas, sobre todo porque esta puede ser una trampa para cazarlas. Y tú eres mi mejor opción para protegerlas. —Todos, incluida Kana, fueron conscientes del tremendo esfuerzo que le supuso no mirarla—. ¿Lo harás? —pidió en voz baja, mirándole a los ojos. Dacross sabía que estaba poniendo lo que más le importaba en la vida en sus manos y la responsabilidad fue tan grande que casi lo abrumó. Casi. Era un guerrero, qué demonios, e iba a perderse la diversión de matar a unas decenas de cobardes.

—Cuenta conmigo.

—Y conmigo.

—Y conmigo.

—Conmigo también —dijo su padre, apoyando la mano en su hombro. Los miró a todos y sonrió con tristeza.

—Entonces vamos a cargarnos a esos cabrones.

Cuando llegaron el olor a muerte y desesperación fue tan intenso que impregnó sus fosas nasales, impidiéndoles respirar otra cosa que no fuese eso. Aquella carnicería era inaudita, incluso para un curtido luchador. Los atacantes habían huido y dejaron tras de sí la misma estela de siempre, dolor y destrucción.

Los pocos hombres que quedaban en pie procuraban socorrer tanto a la riada de heridos como a la terrible cantidad de mujeres forzadas por aquellos malnacidos. Algunas lloraban desconsoladas, otras gritaban histéricas y otras simplemente miraban al vacío, su mente perdida en la ignominia, todavía tumbadas en el suelo con la ropa levantada y las piernas abiertas.

Reskan sentía cómo se le revolvía el estómago ante tanta crueldad gratuita. Aquella era su gente y aunque no lo fuese, una rata merecía mejor trato que el que les habían dado a esas personas.

El corazón se saltó dos latidos cuando se dio cuenta de algo.

Los niños. Faltaban los niños. Se dio la vuelta tan rápido que se tambaleó y comprendió que de verdad le faltaba el aire.

—¡Sabon! —Tronó con angustia. A los pocos segundos lo vio llegar hasta él.

—¿Sí? —preguntó con voz ronca. Su estado no era mejor que el suyo.

—¿Dónde están los niños? —Los ojos del hombre se abrieron de asombro y después de miedo. Su cabeza giró en todas direcciones, incapaz de comprender lo que su cerebro le decía. Miró al joven, negando con la cabeza la evidencia.

—Por Dios, dime que no es cierto. —Reskan cogió del brazo a uno de los aldeanos que ayudaba a una muchacha llorosa.

—¿Dónde están los niños? —preguntó con voz queda. La mujer se desmoronó, sus lastimosos lamentos apagados por la chaqueta del joven, que palmeaba su espalda.

—Se los han llevado, Alteza. A su hijito también —dijo, bajando la vista hacia la joven.

—¿Para qué? —preguntó Sabon confundido.

—Para venderlos, dijeron, mano de obra barata y… prostíbulos —añadió en voz baja, aunque ella ya lo había oído de labios de esos carniceros.

Sabon y Reskan se miraron, los dos con la mandíbula fuertemente apretada y una fría determinación en la mirada.

—Ve a buscar a Eclipse y a mi padre. Nos llevamos a la mitad de los hombres. El resto se queda aquí para ayudar a los heridos y apagar los fuegos. Cuando lo más importante esté hecho que alguien vaya al castillo por lo más necesario. Mañana empezaremos a reconstruir este pueblo, pero antes vamos a recuperar a nuestros pequeños.

Aunque sabían que aquellos hijos de puta no podían llevarles mucha ventaja, la oscuridad no les permitía seguir bien las huellas, por lo que avanzaban a ritmo de tortuga. Tan solo cuando los primeros rayos de luz se filtraron entre las nubes, dieron la orden silenciosa a sus monturas de ponerse al galope.

A media mañana encontraron lo que buscaban en un pequeño claro y viendo que todo el groso estaba allí, con lo que quedaba descartada una emboscada, bajaron de los caballos, se despojaron de las chaquetas y se armaron hasta los dientes con espadas, cuchillos, mazas, hachas, lanzas… y una gran sonrisa de satisfacción.

El enemigo los observaba pasmado, al fin y al cabo los doblaban en número. Creyéndoles unos locos suicidas se sonrieron entre sí, muy pagados de sí mismos.

Reskan hizo un gesto con la mano a los tres que tenía delante, animándoles a que se acercaran. Ya había echado un vistazo rápido a los críos y aparte de estar atados y aterrados, no parecían haber sufrido daño alguno.

Pero aquellos imbéciles no se movían de su sitio. Frunciendo el ceño miró a ambos lados y comprobó que a sus compañeros les ocurría lo mismo y sus caras mostraban el mismo desconcierto que él. ¿A qué aguardaban?

Por supuesto debió haberlo esperado, se dijo cuando desde todas partes aparecieron hombres entre los árboles. Fue un error táctico garrafal no prever que el tema de los niños los conduciría derechos a una trampa que probablemente les costaría la vida a todos. Suspiró, pero no sin antes acabar con unas cuantas de esos miserables, prometió mientras levantaba la espada por encima de su cabeza.

Algo lo golpeó por detrás, haciéndolo caer de rodillas. Cerró los ojos un momento, intentando contener la arcada que amenazaba con llevarse también su conocimiento. Apoyó una mano en el

suelo para afirmarse mejor y levantó la vista.

Aquella masa humana ya había engullido a sus soldados, masacrándolos sin pestañear. En esa muerte no había gloria, era un exterminio nada más. También tenían a Sabon y a Eidrian con las manos atadas a la espalda. Eclipse les estaba costando un poco más, nadie se atrevía a lanzarse a por él, mucho menos con aquella enorme maza llena de pinchos que portaba en una mano y la gruesa y larga cadena en la otra.

Entonces un hombre de andar seguro y despreocupado y porte orgulloso surgió entre la muchedumbre y Reskan dejó de pensar en nada más.

Por fin.

Inspiró con tanta fuerza que un violento mareo le robó el sentido durante unos segundos. Apoyó el peso de todo su cuerpo en el brazo que aún descansaba en el duro terreno y con lentitud se fue poniendo de pie, sus ojos inyectados en sangre y su cara una máscara de odio tal que nadie podía dudar de cuáles eran sus intenciones. Su oponente dejó escapar una malévola sonrisa, anticipando el momento y se plantó frente a él, sin miedo.

—¡No, Reskan, es un suicidio! —gritó Eidrian desesperado mientras dos hombres lo derribaban al suelo y lo reducían, atado y todo—. ¡Hijo, escúchame, esta no es la forma, te va a ejecutar! —Él siguió avanzando, ajeno a todo lo que no fueran ese par de ojos oscuros, casi negros, llamándolo, tentándolo. Como si le leyese el pensamiento, la sonrisa se acentuó, demostrando trazas de la crueldad que cobijaba y le hizo un gesto con la mano, invitándolo a continuar, como había hecho él antes. No lo dudó. Aferró el cuchillo que se había sacado de la bota antes de levantarse y fue directo hacia él—. ¡Nooo! —aulló su padre, que veía cómo su primogénito iba directo a la muerte, justo lo que había evitado durante los últimos diez años, negándoles a ambos la oportunidad de una justa venganza—. ¡Eclipse, por Dios, detenlo! —suplicó desde el suelo mientras los soldados le pisaban la espalda, intentando someterlo.

Reskan solo tuvo una fracción de segundo para percatarse del cambio en la brisa antes de que el tremendo puño del gigante casi le fracturase la mandíbula. Entonces todo se volvió oscuro y frío y luego ya no sintió nada durante mucho tiempo.

Cuando se despertó, con un espeluznante dolor de cabeza, lo primero que vio fueron esos malditos ojos negros mirándolo con malevolencia y la burlona sonrisa que parecía reírse siempre de todo.

De inmediato se lanzó a su yugular, pero las cuerdas que le ataban muñecas y tobillos eran gruesas y estaban bien anudadas y solo consiguió caer de bruces al suelo. La maligna risa se le clavó en la carne más que las sogas.

—Ahora atisbo qué vio la perra de mi hija en ti. —Concedió Riork de Trarr mirándolo pensativamente—. Empezaba a dudar de su buen criterio ya que has demostrado una y otra vez tu ineptitud en la defensa de personas y propiedades. —Lo pinchó con efectividad.

—Así mismo tú has sido muy competente destruyendo todo lo que una vez juraste proteger. —Contraatacó el príncipe con sarcasmo.

—Daños colaterales. —Hizo un gesto vago con la mano, restando importancia al asunto—. Pero ahora estamos aquí, donde yo te quería y mi hijita pronto se reunirá con nosotros. —Reskan se revolvió con fiereza, tirando de sus brazos atados. Los mercenarios se instalaron alrededor suyo, con las armas listas.

—Está bien protegida. Tiene ochocientos cincuenta soldados dispuestos a dar sus vidas si es necesario. No conseguirás llegar hasta ella.

—Pero no será necesario, ¿verdad? Al fin y al cabo te tengo a ti. —Su suegro se acercó hasta

que ambos pudieron ver cada lunar en la cara del otro—. Y ella vendrá a buscarte. —Sentenció, jactancioso.

—Te equivocas en algo. —Contradijo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué podría ser?

—Que mi esposa no se va a mover de donde la he dejado —contestó con convencimiento—. Y no lo hará porque no tiene motivos para dejar su cómodo diván junto al agradable calorcito de la chimenea para recorrer estos parajes desiertos en busca de su indeseado marido.

—Está el amor, claro está. —Terció el rey, sardónico.

—Con la salvedad de que mi mujer no me ama —declaró Reskan con sequedad. Riork lo observó con detenimiento.

—¿De veras? —preguntó en voz baja.

—Nuestro matrimonio fue una cuestión puramente logística para que yo pudiese entrar en Traguian, ya que si recuerdas, fuiste tú quien me convirtió en el asesino de Atriana.

—Aquello fue uno de mis golpes maestros, ¿verdad? —Se jactó, pero su interlocutor fingió no escucharlo.

—Kana quería mi ayuda y yo apoderarme de todo lo que es tuyo, tu hija y tu reino. Esto último me concedía el poder de cazarte y acabar contigo desde dentro. Así que formamos una alianza basada en nuestras mutuas necesidades, no en estúpidos sentimientos. Ella no me quiere y no vendrá. —Sentenció con firmeza y convicción. La rabia había ido tornando de rojo escarlata el rostro de su suegro y sus ojos, dos rendijas profundas que parecían carbones encendidos, lo perforaban, intentando llegar a su alma.

—Entonces no tengo motivos para dejar que sigas viviendo, ¿no?

—¿No se lo has dicho? —preguntó con incredulidad Dacross. Kana meneó la cabeza, incapaz de hablar todavía—. ¿Por Dios, muchacha, por qué? —preguntó extrañado.

—Por miedo, supongo. —Su tío se mantuvo en silencio un momento.

—¿Y no te da miedo verlo ahí abajo? —susurró sin mirarla.

Muchísimo. Desde la colina, convenientemente protegida por el follaje, observaba horrorizada la escena, temiendo que en cualquier momento la furia de su padre se desatase y acabase con la vida de su esposo.

Claro que pensaba que no sentía nada por él, se lo había demostrado de mil maneras posibles, intentando proteger su corazón del destrozo que causaría cuando por fin él le fallase. Incluso se lo había preguntado directamente hacía un par de meses y había seguido callando por haber malinterpretado una situación que si bien se prestaba a la confusión, si hubiese confiado solo un poco en su hombre habrían podido superar en aquel mismo momento, pero había permitido que el problema continuase durante semanas hasta ese día, en que quizá ya era demasiado tarde.

Durante todo ese tiempo habían mantenido un trato frío y distante, sin apenas verse o hablarse, compartiendo tan solo la cama por las noches, a instancias de él, que insistía en que durmiese en su habitación, aunque no se tocasen.

Era una relación superficial e insatisfactoria y a menudo le parecía estar casada con un extraño, pero era ni más ni menos lo que se había buscado.

Y en ese momento contemplaba desde la distancia a aquel hombre arrogante que no se dejaría doblegar ni aun en las puertas de la muerte. Recordó, mientras una lágrima solitaria resbalaba por su pálida mejilla, la frase que él les repetía a los aldeanos cada mañana antes del entrenamiento diario. «Nadie se nos montará encima si no doblamos la espalda». Ella lo había sometido, él había doblado su espalda para ella. Y lo había hecho con generosidad, por amor, incondicionalmente, sin dudas ni temor. Valorando la vida y lo que había encontrado en esta. A

ella.

Era el turno de Kana de corresponder a todo lo que le había dado.

Empezó a enderezarse despacio, pero Dacross la cogió por el brazo.

—No me gusta nada este plan tuyo.

—Sabes que no es solo mío. Es lo único que se nos ocurrió de camino.

Y era cierto. Kana insistió en ir a Drawain a echar una mano y cuando llegaron se enteraron del secuestro de los niños y de que los hombres habían partido en una loca persecución en mitad de la noche. La espeluznante idea de una emboscada por parte de Riork apareció en la mente de ambos y decidieron llamar a cuatrocientos soldados del castillo para salir de inmediato tras todos ellos. Por supuesto su tío insistió ferozmente en que se quedase en casa, pero Kana se empecinó con igual tenacidad en que quizá fuera la única moneda de cambio que su padre aceptaría por la vida de los hombres, los cuales podrían después rescatarla a ella. O tal vez sirviese como distracción para liberarlos, añadió apresuradamente cuando Dacross compuso una expresión amenazante ante tan vil sugerencia.

Sea como fuere al final claudicó y siguieron las numerosas huellas hasta donde se encontraban ahora, decidida a seguir adelante hasta el final, para luchar por el hombre al que quería, al que tenía que confesar que amaba con cada aliento que respiraba.

—Pensemos otra cosa —pidió con urgencia cuando vio la determinación en su mirada.

—¿Antes o después de que le rebane el pescuezo? No hay tiempo. Y no tenemos tanta imaginación —dijo con una sonrisa y un beso rápido en los labios masculinos antes de incorporarse lo suficiente como para moverse despacio sin que la vieran abajo. Maldita tripa. Menos mal que cada cierto tiempo mandaba a hacerse pantalones y blusas de sus nuevas medidas porque en ese momento andar por la maleza con esa ropa le facilitaba bastante las cosas. A medio camino se quitó la chaquetilla corta porque a pesar de estar a finales de noviembre se sentía muy acalorada. Supuso que serían los nervios. «Más bien el pánico, tonta».

Reskan miraba a su enemigo con ojos desprovistos de toda emoción.

—Tú mismo. Vivir o morir nunca ha supuesto una diferencia importante, siempre que se haga con honor. —Mintió impertérrito. No quería morir sin ver a su esposa de nuevo, sin escucharla reír, sin perderse de nuevo en su glorioso cuerpo, enterrado hasta el fondo en su interior, reflejarse en sus profundos ojos violetas… Quería, sobre todas las cosas, vivir y ser testigo del nacimiento de su hijo y pasar el resto de su larga existencia junto a ella.

—Ah, pero la cuestión es si lo harás con honor. —Amenazó el rey con palabras arrastradas, pasando con cuidado el dedo por el filo de su cuchillo. Levantó la vista y se encaminó hacia él con paso decidido—. Comprobémoslo.

—¡Basta!

Todos se giraron hacia la voz femenina. Riork con una carcajada de satisfacción y Reskan con una mirada de anhelo y terror.

—¿Ves, muchacho? Te dije que vendría y ni siquiera he tenido tiempo de llamarla. ¿No es eso amor? —Ironizó mientras avanzaba hacia ella, cuchillo en mano. Kana levantó el brazo, mostrando la pistola que portaba. En el acto su padre se detuvo, revelando todo el odio que llevaba años acumulando para ese único momento. La jauría de hombres sedientos de sangre y por qué no, de una muchacha en extremo hermosa, sin importar lo embarazadísima que estuviese, se estrechó en torno a ella. La mujer movió el arma despacio en un semicírculo delante de ella, amenazándolos y se detuvieron, pero todos sabían que la contención duraría poco—. Dame eso, zorra. Sabes que es poco lo que puedes hacer frente a todos nosotros.

—Con matarte a ti sería suficiente, *padre*. —Razonó.

—Si me atinas sí, supongo —dijo estudiándose una uña, en apariencia indiferente. El sonido de la pistola al ser amartillada hizo que levantase la vista, furioso.

—Mi puntería es excelente, gracias.

—Cuando te coja voy a descuartizarte viva, cabrona…

—Sí, sí, sé de primera mano lo que les haces a tus mujeres. —Lo cortó. Desvió la vista a su marido, que la miraba derrotado, como si todo estuviese perdido—. Desátalo. —Ordenó a su padre. Él soltó una carcajada.

—Claro, faltaba más. ¿Tengo que recordarte que aquí hay trescientos hombres armados y tú solo eres una mujer con una pistolita de un solo disparo?

—Pero ese disparo irá directo a tu corazón. —Prometió ella clavando sus ojos violetas en los otros negros.

—¿Y qué? Merecería la pena morir sabiendo que detrás de mí iríais tú y tu amante. Y que jamás accederás al trono de Traguian —dijo en tono triunfal.

—Es mío por derecho propio.

—¡Traguian es mío! —graznó— ¡Y tú me lo has robado!

—Ni tan siquiera estaba aquí cuando te derrocaron —contestó confundida.

—Esos estúpidos del Consejo jamás habrían osado apartarme de un manotazo si no hubiese sido por la promesa de la heredera. ¡Eres una usurpadora! ¡Lo has sido todos estos años! Nunca entenderás lo que ha supuesto para mí saber que algún día el país iría a parar a tus manos por la incapacidad, primero de tu madre y después de Saggana, de procrear hijos varones.

—Quizás fueses tú el problema y no ellas. —Arremetió contra la joven con la mano levantada.

—¡Si la tocas te mataré, te lo juro! —aulló Reskan luchando contra sus ataduras mientras veía frenético cómo el rey seguía avanzando a pesar del arma que ella sostenía.

Cuando estaba a cinco pasos de distancia una flecha se clavó en el suelo a sus pies, arañando una de sus lustrosas botas. Aquello sí lo obligó a detenerse. Todos miraron en derredor, intentando averiguar de dónde había salido.

—Nunca dije que hubiese venido sola —contestó a la pregunta que leyó en los sorprendidos ojos de su padre. El asombro fue reemplazado de nuevo por la jactancia.

—Sí, he notado que falta tu querido tío entre mi deslustrado grupo de prisioneros —dijo señalando a los mencionados familiares. Ella les echó un breve vistazo, cerciorándose de que aún no los habían tocado. Después de superar el espanto de descubrir el montón de cuerpos desparramados unos encima de otros de los cincuenta hombres que habían llevado consigo, no había tenido muy claro en qué estado estarían, ya que desde la colina la vista no era tan buena como para apreciarlo—. Así que las apuestas suben a dos contra… ¿Trescientos? —preguntó con una ceja levantada.

—Me gusta apostar fuerte. —Fue todo lo que concedió ella.

—Pues mucho me temo que aquí vas a perder hasta los calzones —dijo con mirada asesina.

—Eso te excitaría, ¿eh? —Lo provocó.

Reskan cerró los ojos, incapaz de soportar la situación que su esposa estaba creando. Aquella estúpida desviaba, con una efectividad pasmosa, la rabia inmunda que aquel cabrón se moría por descargar en él, para proyectarla en ella. Como si no fuese consciente de que más que a Reskan, Riork odiaba sobre todas las cosas o personas, a su propia hija, con un rencor encarnizado y arraigado en su negro corazón, creciendo y haciéndose más fuerte con cada año que pasaba sin encontrarla. Y por supuesto no necesitaba que se le acercase una llama para que explotase, estaba en su exacto punto de ebullición, pero la imprudente de su mujer lo acicateaba con precisión,

como si supiese con exactitud qué teclas tocar para activar su peligrosa locura.

Si ella no se detenía de inmediato, su padre iba a pasar por encima de la pistola y la iba a matar con sus propias manos, que era lo que más ansiaba en el mundo, supuso que incluso más que Traguian.

Pero él no podía hacer absolutamente nada, inutilizado de pies y manos como estaba y custodiado por cuatro esbirros armados que no le quitaban ojo en ningún momento, tan solo rezar porque hubiese sido lo suficientemente inteligente como para no lanzarse a aquella aventura con tan solo la protección de Dacross.

Se consoló pensando que al menos este no sería tan temerario como para cometer una estupidez de ese calibre, pero claro, había que tener en cuenta que eran de la misma familia.

—No sé si te lo he dicho —dijo Riork con voz que destilaba veneno—. Pero pienso matarte la última. Antes voy a cargarme a toda tu familia, aquí presente y te voy a obligar a verlo todo. Y cuando solo quedes tú, palomita, te voy a follar como nunca te lo ha hecho este semental —añadió volviéndose hacia el príncipe con una sonrisa sesgada—. Al fin y al cabo nunca te he considerado mi hija y quién sabe, puede que ni lo seas. La perra de tu madre era muy capaz de haberme engañado. Y —Se acarició la entrepierna, que ya tenía muy abultada—, cuando haya acabado contigo, si es que queda algo, hay trescientas bestias deseando catarte. Dudo que haya necesidad de matarte después, ya que no sobrevivirás a ellos. —Terminó, extendiendo la mano hacia la muchedumbre, que gritaba exultante por la promesa del premio, aunque este fueran los despojos del rey.

Kana sentía unas nauseas atroces que retorcían su estómago una y otra vez. Las palabras revoloteaban en su conciencia y amenazaban con paralizarla. En verdad sabía que la despreciaba con todo su ser y que ansiaba matarla, pero desconocía que un padre pudiese… pudiese desear a una hija. Aunque pensándolo bien, quizá no era lujuria, sino otra forma de vengarse, de hacerle daño. Al fin y al cabo era la manera ancestral en la que un hombre dominaba y lastimaba a una mujer, pero un padre a una hija… repetía su cerebro sin cesar.

Puede que fueran ambas cosas, escarmiento y pasión juntos, unidos en una mente muy enferma.

Violación. La palabra restalló como un látigo en su cabeza. No, se dijo, violación masiva hasta la muerte, con toda seguridad desangrada.

Uno tras otro, esos mercenarios carniceros la montarían salvajemente hasta que expirase su último aliento. Pero antes lo haría Riork, el cual sería el peor de todos. Y no sin antes ver morir de manera brutal a su marido, a su abuelo, a su suegro, a su amigo y por supuesto a su tío, que bajo ningún concepto consentiría aquellas atrocidades sin salir de su escondite, aunque ambos sabían que aquello sería un suicidio.

Durante una fracción de segundo barajó la posibilidad de apuntarse con la pistola y descargar ese único tiro sobre sí misma. Y Reskan lo supo, lo vio en sus ojos, grises esa vez, cuando se encontraron con los suyos, mientras el rey recibía ánimos de su exaltado público. Y le pareció que aprobaba en silencio esa decisión, coincidiendo en que era lo más humano que podía hacer. Así se salvaría de aquella depravación. Pero no sería así, recordó de repente, ella tenía un plan. Así que le sonrió y él sintió que era la sonrisa más hermosa y luminosa que había recorrido sus entrañas nunca. La última que tocaría su corazón.

También Riork la vio.

—Parece que te complace tu destino.

—Pensaba qué ingenuos sois los hombres —contestó, volviendo su atención hacia él.

—Ah sí, siempre tan inferiores a ti, supongo. —Ironizó.

—Algunos. —Concedió.

—Por supuesto. Bueno, ya me he cansado de este jueguecito y quiero estar sentado en mi trono mañana a primera hora —Clavó sus horribles ojos en ella—. Matadle. —Ordenó. Los soldados se cerraron en torno a Reskan, con las espadas preparadas.

—¡No! —gritó Kana, apuntando con más firmeza a su padre, quien solo sonrió.

Tres de los hombres sujetaron a su esposo, el cual luchó cuanto pudo, pero frente a los tres, y atado como estaba, fue rápidamente reducido con un golpe de maza en las costillas y puesto de rodillas en el suelo. Allí uno de ellos lo tajeó en el costado, haciéndolo caer hacia delante sobre las manos. Otro lo cogió del pelo, volviendo a incorporarlo. La sangre manaba con fluidez de la herida, que era larga y estrecha.

—Hijo… —La joven escuchó el lamento susurrado del padre de Reskan, vio sus lágrimas silenciosas y el miedo ahogado en la mirada idéntica a la del joven. Cerró los ojos, aterrada y entumecida.

—Basta, detente —murmuró. Cuando volvió a mirar uno de los torturadores estaba frente al príncipe, rasgándole la camisa en dos y preparándose para ensartarlo—. ¡Para! —gritó, enloquecida.

—Ya sabes lo que quiero —dijo, levantando la mano hacia ella, con la palma hacia arriba.

—¡Nooo! —gritó Reskan, luchando desenfrenado.

Un golpe con la empuñadura de una espada en la nuca lo dejó medio inconsciente, con la cabeza colgando. Se mantenía recto porque dos hombres lo sujetaban por los hombros. El tercero se acercó de nuevo, con el arma firmemente agarrada, lista para destruir aquello que más amaba.

Por supuesto se la dio. No tenía otro remedio. Jamás, jamás en su vida había visto Kana una sonrisa más malévola que la que mostró su padre cuando tuvo la pistola en su poder. Y con esta, a ella.

Se acercó sin ninguna prisa, exprimiendo el momento que durante tantos años había esperado y la cogió del brazo, incrustándole los dedos en la tierna carne. La puso delante de él y su otra mano apretó su abultado vientre, haciéndole daño. Su gemido de dolor lo satisfizo porque significaba el primero de muchos.

—Qué bien lo vamos a pasar tú y yo —susurró junto a su oreja, mientras la lamía vorazmente y le mordía el lóbulo, pero Reskan lo escuchó y sintió que se combustionaría allí mismo si no encontraba la manera de liberarse y matar a aquel hijo de puta. Miró con fijeza el cuchillo que había colocado en el frágil y delgado cuello de su pálida mujer, del todo exhausta a esas alturas y se sintió tan desvalido como ella misma—. Bien, ahora rematarlo —mandó a sus secuaces.

—¡No, espera!

—¿Qué? ¿Creíste que honraría mi palabra? Tú mejor que nadie deberías saber que no tengo honor, querida. —Miró a los mercenarios que custodiaban al príncipe—. Hacedlo —dijo, señalando con la mano que sostenía el cuchillo a Reskan.

Kana se revolvió, rabiosa como una pantera y Riork, pillado por sorpresa, perdió el equilibrio, trastabillando hacia atrás, con lo que terminó pasando el puñal por su pecho, justo por debajo de sus senos. Ella jadeó, sintiendo el desgarro ardiente traspasando su carne y se dobló en el suelo.

A Reskan no le importaba que la espada se estuviese levantando para acabar con su vida. Esta terminó en el mismo instante en que vio la daga hundirse en el cuerpo de su esposa. No reaccionó a nada más, tan solo pudo pensar que ese bastardo al final la había matado, quitándole lo único que valía la pena de su mundo. Qué le importaba entonces su vida. Que se la llevara el diablo.

El caos se desató en ese momento en el pequeño claro. Cientos de hombres aparecieron entre

la espesura de los árboles, superando en número a los ya presentes y en unos pocos minutos dominaron la situación, aprovechando además que los mercenarios no cobraban lo suficiente para morir por una causa que no abrazaban como suya. Era lo que tenía trabajar por dinero nada más.

En medio de aquel infierno, durante esos primeros segundos, nadie se percató del sonido silbante que rasgó a toda velocidad el aire desde la distancia hasta que desapareció, dejando tan solo un pequeño ruido amortiguado por el clamor de aquella masa humana.

Kana sintió un ligero golpe en su espalda y creyó que aquel bastardo se preparaba para rematarla, pero al no sentir nada más se giró con cautela y se quedó mirando con estupefacción el cuerpo sin vida de su padre, a escasos centímetros de ella, caído como un guiñapo en el suelo, su cuello atravesado limpiamente de lado a lado por una flecha. Era obvio que su muerte había sido rápida, pero no tanto como para que él no tuviese la oportunidad de comprender lo que le estaba ocurriendo, como evidenciaba la expresión de sorpresa que reflejaba su rostro, en especial sus ojos, que quizá desde ese día dejarían de atormentarla.

Volvió a mirar al frente, buscando no sabía qué y sin pretenderlo captó el reflejo del sol en algo brillante, con toda seguridad la punta metálica de otra flecha, esa vez dirigida contra ella y por la puntería demostrada aún con la distancia que lo había separado de su anterior objetivo, supo sin lugar a dudas que le acertaría.

Sin poder evitarlo sonrió, así que de todos modos iba a morir ese día, en aquel insignificante claro. En ese momento vio como algo volaba rápido, rompiendo las hojas a su paso y el destello desapareció. Aunque no pudo distinguir nada, sí llegó a vislumbrar una figura que huía. Supuso, mientras su corazón latía desbocado, comprendiendo que había vuelto a nacer dos veces en cuestión de minutos, que había sido el arco de Dacross el que había impedido que aquella segunda flecha acabase con ella.

—¡Kana! —Escuchó a su marido gritar mientras aterrizaba en el suelo a su lado y la abrazaba con todas sus fuerzas, que eran muchas, a pesar de estar hecho una calamidad—. Dios mío, cariño, creí que… —No pudo acabar, las lágrimas y la congoja le impedían expresar en ese momento la magnitud de lo que había estado a punto de suceder en aquel lugar. La apartó lo suficiente como para ver su herida—. ¿Cómo estás? Ese corte es bastante feo, aunque limpio. Si hubieses llevado corsé apenas te habría tocado…

—Si hubiera llevado corsé habría tenido un colapso hace rato. —Bromeó, a pesar de las ganas que tenía de echarse a llorar, allí entre la protección de sus brazos—. Estoy bien, algo mareada, nada más, pero ya se acabó, por fin —dijo mientras echaba la cabeza hacia atrás. Reskan miró por encima de su hombro al que había sido su más encarnizado enemigo. Por un momento sintió el aguijón de la más amarga decepción al no haber podido cumplir su promesa de cargarse al hijo puta él mismo, pero la sofocó de inmediato porque lo importante era que estaba definitivamente fuera de sus vidas, que ya no podía diezmar más a su pueblo y que todos habían conseguido salir vivos de aquel dantesco suceso.

Su padre y el resto de familiares se reunieron a su alrededor, estrechándolos afectuosos y por qué no, también dichosos de seguir vivos.

—¿Entonces estamos de celebración? Porque no recordé meter champán en mis alforjas cuando salí disparado para salvar vuestros miserables culos —dijo Dacross al entrar en su campo de visión.

—¡Cross! —gritó su sobrina, lanzándose a sus brazos y haciendo una mueca de dolor.

—¿Estás bien, cielo? Cuando vi cómo te cortaba ese cabrón sanguinario…

—No te preocupes, no es más que un rasguño. —No era cierto, claro, pero ella siempre sería

su muchacha valiente—. Hoy me has salvado la vida —le dijo muy seria.

—¿Tú has matado a Riork? —preguntó Sabon intrigado.

—No, no ha sido él —contestó Reskan, mirándolos a ambos. Kana lo observó a su vez, pensativa—. ¿Quién era, señora?

—No lo sé, no pude verlo. Tan solo acerté a vislumbrar un reflejo y después la flecha de Cross golpeando el arco y desviando así la suya.

—¿Qué flecha? —preguntó su marido con voz de acero.

—La que iba a ejecutar también a tu mujer —declaró el momentáneo héroe sin inmutarse—. Al disparar a este despojo —dijo, señalando a Riork—, pude apreciar su disposición e intenté acercarme cuanto pude a él. Cuando fue evidente que no tendría tiempo de alcanzarlo busqué una posición que me permitiera neutralizarlo en caso de que se animase con eso de atravesar cuerpos.

—Y lo hiciste a las mil maravillas. —Lo felicitó la muchacha. Echó una mirada de reojo a su marido, que permanecía muy callado a su lado.

—Uf, niña, ha ido por los pelos —admitió una vez que la adrenalina hubo bajado a niveles soportables—. Me temblaba tanto el pulso que pensé que no le atinaría ni aunque se pusiese frente a mí a dos palmos y me sujetase la mano.

Todos le rieron la chanza. Su puntería era legendaria, era capaz de acertarle a una mosca justo entre las alas cuando los demás no podían ver la maldita mosca volando.

Kana se revolvió inquieta, incapaz de apartar la mirada de su esposo, que mantenía un extraño silencio. Quizás empezaba a sentir los efectos de la pérdida de sangre, que seguía fluyendo por su herida abierta. Se acercó a él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó. Los ojos grises se desplazaron a su rostro, pasando por su boca, su nariz, sus preocupados ojos, como si siguiese sorprendido de poder tenerla junto a él, sana y a salvo.

—Pensaba que es de suponer que el tipo que nos ha hecho el generoso donativo de despatarrar a tu papá, podría muy bien ser tu otra Némesis. —Todos se callaron ante esa nueva perspectiva, muy interesante, por cierto.

—¿Pero por qué iba a hacernos ese inmenso servicio? —Fue Sabon el que hizo la pregunta que todos tenían en la punta de la lengua—. ¿Por qué no sentarse a observar cómo se desarrollaban los acontecimientos? Este bastardo bien pudo matar a mi nieta en el alboroto final y haberle evitado el trabajo a él. O incluso haber destinado esa flecha a ella y ahora estaría… ahí —dijo, mirando el cuerpo de su yerno.

—¿Y si no fue un favor? —reflexionó Reskan. Cinco pares de ojos lo observaron con fijeza—. Quizás no era sino otro objetivo.

—¿Kana y Riork? —preguntó Dacross, negando con la cabeza—. ¿Quién puede haber estado relacionado con ellos que quiera verlos muertos a ambos?

—Esa es una muy buena pregunta.

CAPÍTULO 25

Dos días más tarde esa molesta incógnita aún no tenía respuesta y Reskan sabía que era imperativo que la hallasen pronto.

Presentía que el enemigo estrechaba el cerco en torno a su esposa, que toda la vigilancia del mundo no sería suficiente para mantenerlo alejado de ella, incluso aunque no se despegase de su lado en ningún momento. Intuía que ella se sentía inquieta, agobiada, prisionera en su propia casa, pero la necesidad de saberla segura era imperativa en esos momentos. No estaba seguro de que consiguiese superarlo nunca.

La impotencia que había sentido en aquel recóndito paraje por no haber sido capaz de cuidarla ni de protegerla le corroía las entrañas como un ácido corrosivo que lo abrasaba allí por donde pasaba, matando cuanto encontraba en su camino, salvo sus furiosas emociones, que luchaba por contener para que no se desbordaran. Pero Lucifer no se contentaba. Estaba rabioso, descontrolado, desquiciado. Pedía una venganza, que muerto Riork, no hallaba en quien descargar, salvo aquel enemigo invisible, que presentaba un insólito enigma, un nuevo giro de tuerca en el enorme acertijo en que se había convertido su vida.

Lucifer aulló y él echó otro trago a morro de la botella que lo acompañaba desde hacía más de una hora, tratando de calmar sus necesidades, que eran muchas y muy variopintas.

Estaba el sexo, claro, pensó irónico. *Siempre* estaba eso. Kana tenía razón cuando criticaba que los hombres eran unos animales libidinosos que no pensaban más que con la polla. Pero es que la suya estaba muy dura e hinchada, lloriqueó desdichado, después de dos meses sin usarla.

Y no podía olvidar lo ocurrido en el claro del bosque. Aquellas horas vividas en el infierno, con la absoluta certeza de que su padre no los dejaría salir vivos de allí y después creyendo que la había perdido para siempre, viendo el cuchillo cortando su carne… Desde entonces tenía la irrefrenable y absoluta necesidad de poseerla de todas las formas imaginables durante días, si era posible, de manera implacable para asegurarse de forma total y definitiva que estaban vivos. Pero claro, no podía, estaba herida y reponiéndose del trauma por el que había pasado.

Y estaba el insidioso detallito de que él se había apartado del brillante y cálido mundo de luz y esperanza que representaba aquella mujer porque aunque había logrado olvidar su encarnizado odio, nunca sería capaz de amarlo…

Apretó los puños, tanto que sintió el crujir del cristal del cuello de la botella. Observando que la había rajado echó otro trago que le abrasó la garganta.

A decir verdad, se había hecho tanto a un lado que al parecer no había entendido que no quería que se pusiese en peligro para ir en su rescate. Aquello había sido una locura, insensata y temeraria, igualita a su carácter, poniendo en riesgo su vida y la de su hijo para salvar su miserable pellejo, que en comparación no valía nada.

Y él no había podido echarle una mano, la sensación de absoluta indefensión que lo dominó en aquel lugar le era totalmente desconocida. Por primera vez en su vida no había sido capaz de defender a las personas que estaban a su cargo y como resultado de ello cincuenta buenos hombres habían muerto ese día y toda su familia, incluida su esposa, habían estado a punto de seguir el mismo camino.

La vergüenza y los remordimientos se lo estaban comiendo vivo, por lo que parte de esos dos días los había pasado con la cabeza metida en un vaso de whisky, pretendiendo ahogar sus penas,

tan numerosas.

Porque entre ellas otra que le pesaba como el plomo era que con el homicidio de Riork a manos del supuesto segundo enemigo de Kana, le habían arrebatado su ansiada oportunidad de desquitarse. Llevaba diez años soñando con ello, jurándole a su madre muerta que vengaría su asesinato, bebiéndose la sangre de aquel bastardo en una copa de oro, trago a trago. Y hasta eso le habían quitado.

Lucifer se revolvió, escupiendo fuego y azufre, incapaz de soportar sentirse tan poco hombre como se sabía en ese momento.

Kana miró indecisa la puerta de la biblioteca. Había llamado dos veces sin obtener respuesta, pero sabía que su marido se parapetaba en el interior. Llevaba haciéndolo los dos últimos días, desde que regresaran después de haber devuelto a los niños a sus familias. El motivo no lo tenía claro, pero ella tenía que entrar.

Una vez enfrentada de manera tan drástica a la certeza de que lo quería con desesperación y que debía decírselo pues la vida era corta e incierta y bajo ninguna circunstancia quería pasársela en las mismas condiciones que los últimos meses, tenía que traspasar los últimos jirones de su miedo y confesar, pero con su marido allí atrincherado, con la puerta cerrada a cal y canto, sin permitir la entrada ni tan siquiera a los criados para que le sirviesen comida, la tarea estaba resultado un tanto ardua. Y la determinación comenzaba a debilitarse.

Agarró el picaporte. «Ahora o nunca».

Reskan la sintió antes de verla. Estaba de espaldas a la puerta, pero olió su perfume, embriagando sus sentidos embotados, escuchó el roce de la seda con sus sinuosos movimientos y esos simples detalles fueron suficientes para provocarle una enorme erección. Entonces vislumbró su reflejo en el cristal de la ventana, donde había estado observando la noche y apreció su hermosura, como siempre y su bonito y sedoso cabello suelto, acariciando sus caderas. También como siempre le picaron los dedos de su creciente necesidad de pasarlos por su nuca y deslizarlos por esa lujuriosa melena cobriza, y la tela de sus pantalones le apretó un poco más.

—No estoy de humor, Kana. Hazme el maldito favor de irte. —Ordenó con voz dura.

—No has salido de aquí en días, ni tan siquiera para dormir. Tampoco has comido en ese tiempo, ni has permitido la entrada a nadie. —En contraste a sus palabras su voz era suave, aterciopelada.

—Razón por la cual la puerta permanece cerrada —declaró mirándola en el cristal. No se amilanó. Había pasado por demasiadas cosas para acobardarse en ese momento, pero había que reconocer que él estaba verdaderamente desconocido. Su mirada era febril, amenazante, mostrando un claro rechazo. Y era obvio que estaba borracho. Podía olerlo desde donde estaba.

—Yo… pienso quedarme. Al menos hasta que exprese lo que he venido a decir.

—¿Y si yo no quiero escucharlo? —Él se giró con rapidez y la enfrentó, los ojos grises echando chispas. La violencia que mantenía precariamente sujeta con unas riendas muy finas, perfectamente visible, como un aura a su alrededor. Si aflojase solo un poco esas correas, esta la alcanzaría, como un rayo.

—Pues te aguantas —dijo ella en voz muy baja. Reskan pareció percatarse entonces de la palidez de su rostro, de sus hombros caídos, de sus profundas ojeras negras, de la mano que apretaba su vientre y de sus piernas inestables. Sabía que estaba pasando mal esos dos últimos meses, que los síntomas estaban empeorando. Los dolores de espalda, abdominales y pélvicos, los ardores de estómago, la dificultad para respirar, los pinchazos leves en el útero, los calambres

en las piernas… Tampoco dormía bien y nunca parecía descansar lo suficiente. Bajaba continuamente de peso, en lugar de engordar, salvo en la tripa, claro. Él había intentado ayudar en lo que podía, dándole largos y relajantes masajes cuando se dejaba mimar, lo cual nunca era tan a menudo como a él le gustaría y procuraba que tomase leche, queso, legumbres, verduras y pescados ricos en calcio, como había aconsejado Godena, pero estaba siendo un embarazo difícil.

—Por todos los demonios, ¿quieres sentarte? —Como vio que seguía allí parada, soltó una maldición y en dos zancadas la alcanzó y la alzó en brazos. Cuando llegó al diván se detuvo con el ceño fruncido. Parecía que venía con intención de declararle la guerra, así que no tenía nada claro que fuese a quedarse donde él la quería, por lo que terminó sentándose en el canapé y depositándola con cuidado sobre sus propias piernas—. Y bien, ¿qué narices quieres? —preguntó malhumorado, pero en tono mucho más comedido que antes. Ella se mantuvo callada un momento, reacomodándose a la situación, que no estaba nada mal, meditó.

—He venido a disculparme. —Soltó mientras le quedase algo de coraje. Él la miró, aturdido. ¿Disculparse? Ahí el único que debía pedir perdón de rodillas hasta que estas le sangrasen era él, joder.

—¿Por qué, en el nombre de Dios, ibas a hacer semejante tontería? —Ella frunció el ceño. Con aquel humor de perros era difícil mostrarse romántica y arrepentida.

—Por ser una cobarde —susurró, evitando su mirada.

—¿Qué? —preguntó atónito.

—Ya me has oído, condenado —dijo entre dientes.

—Claro que te he oído, pero no puedo creer que esa blasfemia haya salido de tu boca. —Entonces sí alzó sus ojos hacia los suyos, totalmente furiosos—. Eres la persona más valiente que he conocido en mi vida. Teniéndote a mi lado estoy seguro de no precisar a una legión de soldados para proteger mi espalda porque mi fiera leona nunca permitiría que me ocurriese nada. Claro que por otro lado también eres la más absurda, imprudente, irreflexiva, audaz, peligrosa, problemática, independiente…

—Vale, vale, me hago una idea. —Lo cortó disgustada—. Pero… en cuanto al día que me preguntaste por mis sentimientos por ti… —Sintió cómo se ponía en guardia al instante, tensando todos los músculos del cuerpo.

—¿Sí? ¿Qué pasa con eso? —Los ojos grises volaron al escote de su vestido, donde el pecho femenino, blanco y cremoso, subía y bajaba con rapidez, delatándola. También él sintió cómo aumentaba su ritmo cardiaco, ansioso por escuchar su respuesta, aunque también temeroso de que sus expectativas solo fuesen sueños rotos, otra vez. Ella tragó saliva con dificultad.

—No tuve el valor entonces de decirte la verdad. —Intentó levantarse de encima de él, pero no se lo permitió. La sujetó con delicadeza, pero con decisión entre sus brazos y la clavó al sitio con su mirada.

—Por Dios, Kana, dilo ahora, pero déjate de subterfugios. Nunca has sido una mujer de medias tintas. —Tenía razón, pero mientras lo observaba con el corazón palpitando con fuerza comprendió cuánto había cambiado en el transcurso del poco más de un año que llevaba a su lado. Antes de volver a encontrarse era una mujer directa, envuelta en una realidad de sombras y desconfianza, escondida en un mundo de ilusiones para poder sobrevivir. Después, al principio de su relación, vivió sumida en su sed de venganza, metida de lleno en el papel de mujer dura, valiente, segura, que podía con todo y contra todos. Sin embargo, en ese momento se descubría a sí misma como una mujer más suave y femenina, como debiera haber sido de haber tenido una vida normal, en el papel de una futura madre al que empezaba a acostumbrarse a pesar de resultarle tan duro y se daba perfecta cuenta de que eran sus sentimientos por él los que la habían

cambiado, pulido, digamos. Siempre sería un tanto guerrera, infame tal vez, pero con su corazón ocupado por su marido e hijos probablemente le quedaría poco tiempo para lanzarse a locas aventuras como antaño. Aunque dudaba que fuera a echarlas de menos.

—Yo… te mentí. O callé la verdad, como quieras verlo. —Reskan estrechó los ojos y apretó la mandíbula, pero no dijo nada, esperando en silencio—. Te amo —confesó al fin y aquellas dos palabras trajeron consigo una liberación atroz y muy necesitada.

—¿Estás segura? —preguntó sin inflexión en la voz ni expresión alguna en el rostro.

—Completamente. —Él cerró los ojos y se recostó en el diván, apoyando la cabeza en el respaldo. Se mantuvo así un buen rato y ella no lo molestó. Sabía que necesitaba asimilarlo. Por fin abrió los ojos y comprobó que se había quitado la máscara de indiferencia que llevaba desde hacía meses, pues estos mostraban una descarnada pasión, no solo física, sino emocional, que la abrasó cuando la enfrentó desde su indolente postura.

—Repítelo si te atreves. —La retó. Una leve sonrisa apareció en los labios femeninos, aliviando parte de su tensión, como sin duda era su intención. Con seguridad él por fin había entendido los motivos que la habían llevado a la terrible omisión de sus sentimientos.

—Te amo desde hace demasiado tiempo, esposo, con una intensidad desbordante y sé que guardarás estas tiernas emociones con todo el celo del mundo porque tú las sientes en igual medida aquí —dijo, posando una mano en el corazón masculino. Él puso la suya encima e inspiró profundo, como si quisiese acercarlo a ella, poniéndolo a su disposición para toda la eternidad, prometían sus ojos.

—Te ha costado, pero es delicioso escuchar las palabras de tus labios —admitió con una sonrisa sesgada—. Y me propongo convencerte de confesarlas muy a menudo. —Prometió mientras abandonaba su relajada pose y envolviéndola en sus brazos la marcaba con un beso húmedo y caliente, introduciendo su audaz lengua en cuanto ella abrió la boca, buscando aire. Dos meses era mucho tiempo de abstinencia para alguien como él, con unas necesidades tan mundanas y exigentes. Y durante mucho, mucho rato, se dedicó por entero, en cuerpo y alma, a satisfacerse en el desvalido cuerpo de su temblorosa mujer. Por supuesto ella quedó convenientemente exhausta y… atiborrada.

Y Lucifer ronroneó, harto de placer.

La felicidad conyugal tenía su precio, pensó Reskan irritado a la mañana siguiente.

Hacerle el amor a su esposa durante las largas horas de la noche había sido sublime, por cierto, aunque enfrentarse a ella tras tres noches de insomnio, otras tantas resacas y las paredes del estómago pegadas entre sí de no haber comido en más de dos días no había sido lo más inteligente que hiciera últimamente, pero un comentario inocente llevó a otro algo más dañino y este a otro sin duda malicioso… En fin, todo confabuló hasta la situación actual.

—¿De verdad me estás regañando por salvarte la vida, miserable desagradecido? —exclamó indignada.

—¿Regañando…? Señora, yo no regaño. Te estoy advirtiendo, con mucho tacto, en consideración a tu delicado estado, que si vuelves a exponerte a un peligro similar al del otro día por el motivo que sea, me da igual lo importante que te parezca este, el fuego del infierno no te resultará lo bastante caliente en relación a cómo voy a dejarte el trasero, ni Satanás te parecerá lo suficientemente malo en comparación a mí. ¿He sido claro? —Ella le dedicó una mirada adusta al tiempo que echaba su larga melena hacia atrás, revelando su glorioso cuerpo desnudo.

—Meridiano. Pero ya te dije hace tiempo que no eres capaz de intimidarme, así que ahorra saliva. Estoy segura de que después de vaciar la mitad del mueble bar tendrás la lengua

estropajosa.

—Mujer, sobrepasas todos mis límites y los tuyos propios…

—Sí, sí, ahórrate eso también. Con un simple gracias bastará. —Reskan abrió y cerró las manos varias veces, convencido de que no aguantaría las ganas de estrangularla—. Venga, Cetriar, no te enfurruñes tanto. Te entiendo, de veras, porque yo sentí ese mismo miedo cerval que tú al creer que te vería morir allí, pero al igual que sacrificarías tu vida sin pensarlo un instante por salvar la mía, debes comprender que yo daría de igual modo la mía por ti. Esa generosidad forma parte del amor. Y tú aceptaste el mío, lo ansiabas, a decir verdad. No puedes coger lo uno sin tomar lo otro.

Reskan reconocía eso. Una cosa iba cogida de la mano de la otra. Pero que lo condenaran si le gustaba aquello. Haría cualquier maldita cosa que estuviera en su poder para evitar que asumiera otro riesgo semejante, aunque tuviera que mantenerla encerrada en una torre de marfil el resto de sus días. Ni qué decir tenía que se abstuvo de comentarlo. Siempre se había tenido por un chico listo.

—Por supuesto te agradezco sobremanera que salvaras mi pellejo y el del resto de la familia —admitió sin problemas. La muchacha se quedó boquiabierta.

—¿En serio?

—Pues claro. Sin tu intervención y la de tu tío, ninguno estaríamos aquí ahora. Eso es evidente. Aunque la cuestión sigue siendo que habría preferido que te hubieses quedado aquí mientras Dacross y los soldados hacían el trabajo. —La chispa de alegría que iluminaba sus ojos se extinguió con rapidez.

—Entiendo —musitó—. El problema es que las chocolatinas y los merengues se me habían acabado y como la última novela fue un tostón, no tenía nada más estimulante que hacer que darme un paseíto por ahí, es busca de tontos que hubiesen caído en aún más tontas emboscadas, incluso aunque se tratase de mi propio obtuso y neandertal marido. —La mirada violeta se había ido oscureciendo poco a poco. Parecía que había cambiado de opinión y que tenía ganas de asesinarlo ella misma.

—Kana…

—Dejémoslo, ¿quieres? No me vas a hacer cambiar de opinión.

—Para variar —murmuró.

—Hagamos un trato —dijo ella de pronto, demasiado contenta.

—¿Qué?

—Para poder instaurar una tregua en nuestra reciente burbuja de felicidad, que tú acabas de rasgar con tanta facilidad.

—Mujer…

—¿No deseas paz? —preguntó con inocencia. «Depende de a qué precio», iba a decir, pero sabía que no era cierto. A cualquier precio.

—Continúa —dijo con un movimiento de la mano.

—Yo no me expondré a ningún riesgo si tú te esfuerzas en mantenerte a salvo para mí. —Reskan se dejó caer en la cama, derrotado.

—Por los clavos de Cristo, Kana, prácticamente tengo dos países entre mis manos. En ciertos momentos tendré que participar en guerras. No puedo andar entre petunias solo para asegurarme tu seguridad.

—Entonces confía en mí —murmuró. La miró, consciente de su malestar.

—Ya lo hago. Más que en ningún otro ser humano sobre la faz de la tierra. —A ella le impresionaron esas palabras.

—Pues confía en que sabremos encontrar el equilibrio. Si estamos juntos. —Y agotado pensó que no les quedaba más remedio que tener fe en que sería así.

La familia al completo estaba reunida en torno a la chimenea, dispersa en los cómodos sofás colocados alrededor de esta o tirados en el suelo junto a los niños, que disfrutaban de sus juguetes nuevos, recuerdos recientes de la Navidad.

Reskan sorbió satisfecho su copa de whisky. Era una bonita estampa la que representaban todos ellos, reflejando sin proponérselo una imagen de unión y fuerza, de dicha y paz, a pesar del pequeño barullo que tenían montado.

Le guiñó un ojo a su esposa cuando interceptó su mirada sonriente desde donde estaba jugando a las princesas con Ivener. Sentía esa tranquilidad en el corazón, a pesar de que no todos los problemas estuviesen solucionados.

Escuchó pasos a su espalda. La calma nunca duraba mucho.

—Bonita fiesta —comentó Apol relajado, observando a todos con una media sonrisa. Reskan miró de reojo a Vasar, que se había situado a su otro costado.

—No vendréis a aguármela, ¿verdad? Apenas han terminado las fiestas navideñas —comentó en tono hosco.

—Me he percatado de que aún no has retirado el muérdago —dijo el marqués con una ceja arqueada. El príncipe dejó aflorar una sonrisa provocativa, recordando su rotunda negativa a que lo quitasen, ya que eso le daba la oportunidad de besar a su mujer bajo las ramitas cuando le apeteciese. No es que necesitase ninguna excusa para ese ejercicio en particular, pero era divertido en extremo y como el muérdago estaba colocado por todos sitios era habitual ver a la pareja a brazo partido en cualquier parte del castillo a todas horas. Intentó ponerse serio.

—Mi señora es una sentimental. ¿Y a qué debo vuestra agradable visita?

—¿Necesitamos una excusa? —preguntó el hombre mayor con fingido asombro.

—Si este tema va a estirarse mucho, necesitaré otra copa.

—Eres un aguafiestas, muchacho. Pero está bien, no solo hemos venido a bebernos tu excelente brandy, aunque ciertamente la ocasión sea para celebrar. —El viejo soltó una risita ante el gesto de impaciencia que asomó a los ojos de Reskan—. El caso es que ha llegado el momento de la coronación. —Lo miró un momento, sin comprender. Después su expresión se aclaró, sorprendida.

—¿Por fin las vais a hacer vuestra reina?

—*Os* vamos a convertir en nuestros soberanos —afirmó. Él desvió la vista a Apol, quien asintió con solemnidad. Por los ojos de ambos pasó fugazmente el recuerdo de aquellos días en que se detestaban con toda su alma, cuando el marqués no lo quería allí, mucho menos como monarca del país. Tiempos pasados y olvidados, parecía que hacía siglos.

—Me siento honrado —admitió con humildad.

—Deberías. Heredas un gran reino. Y será una inmensa responsabilidad mantenerlo como está, al menos. Aunque —añadió mientras observaba a la bulliciosa familia extendida ante ellos —, apostaría a que no te contentarás solo con eso y que bajo tu mano, Traguian prosperará como hace décadas que no ocurre —aseveró mirando el enorme y abultado vientre de su mujer.

Reskan soltó una sonora carcajada que atrajo la inmediata atención de su esposa, rozando su hermoso rostro con sus acariciantes ojos violentas.

La ceremonia de coronación se celebró dos semanas después. Se había dispuesto de poco tiempo

para avisar a las muchas personalidades tanto del propio reino como de los países vecinos, así como al monto del pueblo, pero no se atrevían a esperar más porque Kana ya estaba de nueve meses y podía ponerse de parto en cualquier momento.

Así que una fría mañana a finales de enero, bajo un diluvio de mil demonios, Reskan Cetriar y Kana de Trarr fueron investidos oficialmente reyes de Traguian bajo el beneplácito del Consejo y los gritos de entusiasmo del pueblo al que amaban, y por supuesto con la inmensa alegría de sus seres queridos.

El nuevo rey observó a su regia esposa, con aquella delicada y refulgente corona sobre su cabeza y la hermosa capa de zorro blanco encima del vestido de terciopelo morado, el enorme cetro también de oro apoyado sobre sus piernas, mientras se sentaba erguida en el trono que una vez perteneciera a su padre. Ella se lo había ofrecido, pero no le pareció justo quedárselo y en su lugar mandó construir uno idéntico. No habría distinciones en aquel matrimonio. Sonrió. De todos modos, ella no lo permitiría.

Kana volvió su mirada interrogante hacia él, un tanto divertida al contemplar su corona, más grande y pesada, también propiedad del anterior rey. Estaba muy guapo vistiendo los colores de la casa.

—Pensaba lo bella que estás.

—Claro. —Bufó con sarcasmo. Él era consciente de sus complejos sobre su físico desde que estaba embarazada. Personalmente cada día le parecía más hermosa, más exuberante y desbordante de luz, pero ella creía que se había vuelto gorda, patosa y fea. Sus temores eran infundados, por supuesto, pero nadie podía inculcar sensatez en la cabeza de una mujer cuando se le metía algo entre ceja y ceja. Sobre todo en *esa* mujer.

—Eres perfecta. Igual que el día que te reencontré, en aquella fiesta. —Rememoró con ojos soñadores.

—Parece que haya pasado toda una eternidad desde entonces. —Suspiró apenada.

—¿Tan dura ha sido la vida a mi lado? —Acusó, fingiéndose herido.

—No puede ni imaginarlo, Majestad. —Se inventó un escalofrío que le arrancó una carcajada a su esposo.

—Pequeña bribona, tú sí que has sido una espina en el culo. Me han salido un buen puñado de canas desde que estoy contigo. —Se quejó, en tono quejumbroso.

—¿En serio? ¿Me las enseñas? —preguntó, inclinándose juguetona sobre él, mostrándole así buena parte de sus pechos, bastante desbordados de por si del escote. Él se rio y agarrándola por debajo de los brazos la alzó sin esfuerzo y la puso en sus rodillas. Kana jadeó y le golpeó el hombro sin fuerza.

—¡Señor! Un poco de decoro. ¡Ahora soy la soberana de esta buena gente!

—¿Y a cambio esperan que te mantengas casta y pura? —cuestionó con expresión horrorizada.

—No, pero confían que espere a desmelenarme en mis aposentos y no en la sala de audiencias, sobre el trono real —dijo, sin poder aguantarse ya la risa. Su chanza fue recibida por un silencio sepulcral por parte de su marido. Lo miró por encima del hombro y lo pilló con una expresión calculadora en sus ojos azules—. ¿Qué? —preguntó con desconfianza.

—Uhmm. ¿Cuánto crees que tardará toda esta gente en vaciar este sitio?

—Un buen rato. ¿Por qué?

—Porque no es mala idea, una vez que ha echado raíces en mi imaginación. —Ella lo observaba aturdida.

—Confieso que me he perdido.

—Tu encantador plan de tomarme en el trono. —Lo miró fijo, sin parpadear—. Me siento, tú a

horcajadas sobre mí, me galopas con fuerza y frenesí… —La joven recuperó la voz al fin.

—¿Recuerdas que estoy a punto de parir? —La desilusión fue tan evidente que parecía que le habían quitado su juguete favorito a un niño de dos años—. Bueno, quizá… —dijo dubitativa, aunque incapaz de imaginarse haciendo aquello que había descrito en su actual estado.

—¿Un paseo lento y suave entonces? Habrá tiempo para las cabalgadas más adelante. —Sus ojos expectantes hicieron subir una risita por su garganta. Asintió con timidez.

—Ahora bájame, mientras aún me quede algo de dignidad frente a mi pueblo.

Él no se dejó convencer tan rápido. Probó sus labios, llenos y cálidos y ya no pudo parar durante unos minutos. Cuando la soltó, renuente, sonrió, esperando dichoso el interludio que le había prometido. De momento se contentaría con hacer de anfitrión mientras ella descansaba un rato, como era su costumbre en los últimos meses.

Pero cuando al cabo de dos horas aún no había bajado de la rápida siestecita que solía echarse para recuperar fuerzas hasta la noche, frunció el ceño. Después se regañó a sí mismo, probablemente estaba más cansada que de costumbre con toda esa historia de la coronación. Había insistido en participar de forma activa en la preparación del castillo, la realización de las invitaciones, la asignación de dormitorios, la elaboración de los menús… y el sinfín de cosas que aquella locura había implicado. Reconocía que aquello agotaría a cualquiera. Pero de todos modos se levantó del nuevo y aún extraño trono para ir a buscarla. Quizá, si la suerte estaba de su lado, ella se despertaría cariñosa y se mostraría caritativa con él, aflojando un poco la tensión de sus pantalones… Sonrió con anticipación mientras atravesaba la sala, saludando a los invitados, pero sin detenerse a hablar con ninguno.

Al llegar a su puerta la sonrisa se hizo más amplia mientras abarcaba las diferentes posibilidades que se extendían a sus pies, libres de miradas y en aquella zona poco transitada. No disponían de mucho tiempo, sin embargo era un experto en llevar a su mujer al frenesí en cuestión de minutos. Y ella en conducirlo a él a ese mismo estado. Soltó una risilla entre dientes y bajó el picaporte. Un pequeño nudo de tensión se apoderó de él cuando comprobó que estaba cerrada. ¿Por qué? Esa ala estaba reservada a la familia y cada milímetro del mismo plagado de guardias. ¿Y cómo había salido la doncella que la ayudase con el vestido? Recordaba la creación a la perfección y era del todo imposible que la joven hubiese podido quitárselo sin ayuda. Miró la siguiente puerta, la suya y supuso que esa era la respuesta.

Se encaminó hacia allí con mirada torva, diciéndose que su esposa solo estaba siendo más precavida de lo habitual, dada la cantidad de personas desconocidas que ocupaban el castillo. Entró y sin prestar atención a nada pasó de largo y cruzó también a grandes zancadas el vestidor, saliendo al dormitorio femenino. Allí se detuvo, escudriñando la cama, que tenía los cortinajes echados. Suspiró, se sentía un idiota y hasta le daba pena despertarla, la pobre había trabajado tanto…

Entonces lo olió y un escalofrío de miedo le atravesó el corazón de lado a lado mientras avanzaba muy despacio hacia el lecho, sintiéndose enfermo con cada paso renuente que daba. Cuando llegó, cerró los ojos un segundo, cogiendo fuerzas ante lo que podría encontrar dentro y sin poder postergarlo más echó las cortinas a ambos lados. Escuchó su propia exhalación de… ¿Alivio? ¿Pánico? Su mujer no estaba plácidamente acostada allí. De hecho, la cama no había sido deshecha desde esa mañana. Entonces, ¿dónde estaba ella?, se preguntó frenético mientras rodeaba el lecho y se sentaba en el borde, al lado de la mesilla donde aún estaba el libro que acostumbraba a leer cuando él no la convencía para dedicarse a cosas más interesantes, algo que no ocurría muy a menudo, claro estaba, razón por la cual la novela seguía sin empezar. Cuando lo depositaba en su sitio vislumbró algo en el suelo, entre la mesa y la cama y se agachó a

recogerlo. El corazón le martilleó en el pecho mientras se lo acercaba a la nariz, sabiendo lo que era aquel trozo de tela blanca. Cerró los ojos con asco y repugnancia al volver a oler el olor característico, dulzón y muy fuerte… del éter que aún contenía el pañuelo, aunque estaba seco y poniéndose de pie como un rayo calculó que ese cabrón le llevaba dos buenas horas de ventaja.

Cuando salió al pasillo iba a girar a la izquierda, el camino habitual a las escaleras principales, cuando el suave golpe de la puerta de servicio, a su derecha, al chocar contra el marco debido a la corriente, lo hizo dirigirse hacia allí.

Las manchas de barro seco de dos pares de botas masculinas lo convencieron de que aquel era el camino que habían utilizado para sacarla de la casa. Siguió las huellas con pasos rápidos, bajando los escalones de dos en dos y cuando llegó al vestíbulo de servicio se detuvo, indeciso. Las pisadas terminaban allí, imaginó que alguna de las criadas las había visto y se había apresurado a limpiarlas, sin percatarse, con el desbordante trabajado de aquel día, de que continuaban por la escalera.

Pero no había mucho donde elegir. O los asaltantes se habían adentrado en las dependencias de los criados, quienes podrían descubrirlos en cualquier momento o habían salido al exterior por la puerta lateral. Se giró para tomar la segunda alternativa.

—Majestad, ¿puedo ayudarle en algo? —preguntó un criado, completamente horrorizado de encontrarlo en aquel lugar tan poco acorde a su categoría. Reskan se quitó la larga capa blanca y se la tendió al desconcertado lacayo, quien recibió también la pesada corona.

—Ocúpate de esto —pidió—. ¿Tienes un abrigo que proteja de este maldito tiempo?

—¿El suyo? —Ofreció, dubitativo.

—No, hombre. No tengo tiempo para eso. Algo tuyo. O de algún compañero —dijo, cuando valoró el físico pequeño y delgado del joven. La barbilla del hombre cayó un poco más, casi hasta rozar el suelo.

—¿Qué ocurre, Mits? —interrogó Surrest, el mayordomo principal del castillo, viendo al sirviente con aquellos objetos en sus manos. Entonces reparó en su acompañante. Se paró en seco e hizo una profunda reverencia—. Majestad. —Saludó y tras mirarlo a los ojos un segundo añadió con voz algo tensa—. ¿Cuál es el problema? —Reskan lo miró a su vez, suspicaz.

—¿Cómo sabes que algo va mal?

—Solo hay que fijarse en su expresión. Y en sus ojos —dijo casi en contra de su voluntad—. Su majestad, milady, quiero decir —añadió al ver que el título podía dar lugar a equívoco—, comentó en cierta ocasión que cuando usted está tranquilo sus ojos son azules como el cielo en un día de verano, pero que en cambio, se vuelven grises acerados si se encuentra preocupado o… furioso —señaló en un murmullo avergonzado.

—¿Y debo entender que ahora son del color de la plata bruñida? —cuestionó, irónico. Debía reconocer dos cosas. Que a pesar de su pragmatismo, su mujer era una romántica incurable en lo que a él concernía. Y que aquel tipo tenía un par de cojones para ponerse a hablarle de sus ojos con el humor que tenía en ese momento.

—Ciertamente, mi señor. —Aunque él por supuesto no iba a decirle que estos parecían además el borde de una espada recién afilada dispuesta a pasar por su punta a cualquiera que lo hubiese agraviado. Aquel hombre parecía sediento de sangre y pobre del que hubiese dejado un pequeño rastro de ella que él pudiese seguir.

—Ya. Bien, como le iba diciendo a tu buen amigo —dijo mirando con fijeza al criado, el cual se encogió de forma visible—, necesito, *ipso facto*, un abrigo, el que sea, para salir fuera. Y no quiero oír nada de subir a buscar uno de los míos. Tengo prisa. —El mayordomo le sostuvo la mirada un instante, después bajó la vista a sus hombros y pecho para volver de nuevo a esos ojos

penetrantes.

—Deme un momento, Majestad. —Reskan rechinó los dientes. Empezaba a odiar ese título y lo llevaba encima desde hacía tan solo unas horas. Al cabo de un minuto el hombre regresó con un abrigo largo que se apresuró a ayudar a meter por sus brazos. Era de tela basta, pero grueso y le iba como un guante.

—Gracias. —Y se volvió para salir.

—Señor. —Lo miró por encima del hombro, impaciente.

—¿Sí?

—¿Necesita que pida ayuda?

—El tiempo es esencial. La traeré de vuelta o moriré intentándolo. —Juró. Y se marchó sin ver los ojos sorprendidos de ambos hombres.

Fuera el día era gris e inhóspito y hacía un frío de mil demonios. Se arrebujó cuanto pudo en el tosco abrigo prestado y se alzó el cuello, intentando cubrirse lo más posible.

«¿Y ahora qué?», se preguntaba muerto de miedo. ¿Cómo habrían sacado de allí a una mujer drogada y a punto de dar a luz? Era obvio que debieron desplazarse en carruaje ya que con ella inconsciente no podrían cabalgar y además en un coche cerrado pasarían más desapercibidos.

Se dirigió corriendo a los establos, donde encontró a Torsen, el jefe de cuadras, revisando unas bridas.

—Ensilla mi caballo y hazlo lo más rápido que puedas.

El hombre captó su mirada torva y fue de inmediato a cumplir sus instrucciones. Reskan se dirigió a su vez al diminuto despacho que tenía allí, en la planta superior y cogió el petate que guardaba para emergencias, listo para colgar de la montura. Lo revisó aunque sabía que no era necesario. La muda de ropa, la manta doblada, la espada, los víveres suficientes para un par de días, la cantimplora que llenó de agua fresca, el afilado cuchillo dentado dentro de su vaina, las dos pistolas relucientes, la pólvora, los proyectiles… Comprobó que ambas armas estaban cargadas y lo volvió a guardar todo en su sitio.

Cuando bajó, Torsen tenía listo a Senon, que resoplaba en clara bienvenida a su amo. Le acarició el hocico con cariño.

—¿Has visto salir a alguien hace un rato? ¿Unas dos horas?

—Sí, señor. O sea… Majestad… —Reskan hizo un gesto hastiado con la mano.

—Olvídate de eso, maldita sea. Cuéntamelo.

—No hay mucho que decir porque uno de los tipos me entretuvo hablando de cuanta gente estaba aquí reunida y todas esas tonterías y solo cuando oí cerrarse la puerta del coche me di cuenta de que iba acompañado. El otro se despidió con la mano por la ventanilla y luego echó la cortina y se largaron a toda pastilla.

—¿Cómo era el coche? —Al final, con unas pocas y precisas preguntas le sacó todo lo que quería saber, incluido el camino que habían tomado al marcharse.

Montó en el negro semental, que estaba ansioso por desfogarse y siguió las huellas de las ruedas en el barro, perfectamente claras ahora que sabía qué y dónde buscar.

Kana despertó con un desagradable olor dulzón en las fosas nasales, incapaz de quitarse ese aroma de encima.

Se sentía terriblemente mareada y con ganas de vomitar. La cabeza parecía que iba a partírsele en dos de lo que le dolía y tenía la garganta irritada. En resumen, estaba hecha una pena. Y suponía que debería de agradecérselo a alguien pues, al entreabrir los párpados, ya que la luz le producía un dolor atroz en la base del cráneo, comprobó con cierta angustia que esa no era su

habitación, donde se había retirado para echar un sueñecito. Pero salvo haber llegado hasta allí con ese fin, no conseguía recordar nada más, aparte de ese maldito tufillo que no se le iba de la nariz.

Por supuesto, aunque tenía la mente bastante embotada por lo que, estaba casi segura, eran los efectos narcotizantes del éter, sospechaba que una vez más había sido raptada. Por Dios bendito, ¿cuántas veces le podía pasar algo así a una persona?

Intentó serenar su cerebro atontado, procurando a la vez no dejarse llevar por el pánico, pero eran muchas cosas para hacerlas todas juntas y en su actual estado, además.

En esa ocasión estaba perdida y lo sabía. No solo habían pasado dos meses desde la última vez que intentaran liquidarla, tiempo en el cual su cuerpo había adquirido proporciones dantescas, con lo que le era imposible defenderse. ¡Estaba a punto de dar a luz! Además, su enemigo, el cual estaba segura de que era quien había orquestado todo eso, habría aprendido de la última vez, así que Kana tenía la certeza de que si su seguridad dependía exclusivamente de ella, no lo conseguiría.

La puerta se abrió con tal brusquedad en la quietud de la tarde que dio un respingo, abriendo los ojos sin querer y lo que vio la hizo dar un grito involuntario.

Un hombre alto y musculoso se adentraba en el dormitorio tambaleándose, los ojos vidriosos abiertos con asombro y espanto y las manos tirando con violencia de la flecha que le atravesaba el pecho. Cuando llegó al centro del cuarto se le doblaron las rodillas y finalmente cayó hacia delante y se quedó quieto.

La joven lo observaba pasmada, paralizada de la impresión, con la mente bullendo, buscando explicaciones.

Un pequeño cambio en el aire, una sombra que se alargaba en el suelo frente a la puerta abierta, el sonido de los tacones de unas botas que avanzaban con lentitud, fueron los débiles avisos de que el verdadero peligro se acercaba.

Kana tiró de las cuerdas que sujetaban sus muñecas al rudimentario cabecero de la simple cama, sin apartar la mirada del hueco de la puerta.

Alcanzó a vislumbrar la punta de una bota marrón y dejó de respirar. Entonces el hombre entró, avanzó despacio y con sigilo, el sombrero calado hasta las cejas. Era tan pequeño… bajito, incluso para una mujer y extremadamente delgado, aunque el largo abrigo ocultaba cualquier rasgo que después uno pudiera recordar. Alzó un poco la cabeza y entonces apreció la aterradora sonrisa que llenaba sus labios. Estiró una mano enguantada en piel marrón y tiró del sombrero, dejándolo caer al suelo, y Kana sintió que el suelo se abría a sus pies hasta el mismo infierno para tragarse la cama y a ella.

—Al fin… —Suspiró su oponente—. No sabes cuánto tiempo he esperado este preciso instante, amiga. Y ahora eres mía —dijo con una mirada cargada de odio, tan explícita que supo, sin lugar a dudas, que ese día iba a morir.

—¡Trea! —susurró horrorizada mientras devoraba aquel rostro tan conocido y amado y aquella melena rubia, visible entonces. «No solo tu padre te odia, muchacha. Tienes más de un enemigo que acecha aún en las sombras esperando el momento oportuno de saltar a tu yugular. Aquel al que consideras tu amigo es tu enemigo y está sediento de sangre. ¡Tu sangre, princesa!». Recordó con total claridad las palabras proféticas de la gitana, tanto tiempo atrás, mientras veía transformarse ese rostro que había creído conocer tan bien en una máscara de rencor que la cambió por completo. Aquella mujer era alguien a quien no conocía—. Dios, no. ¡Tú no! —A pesar de tenerla frente a ella, se negaba a creer lo que sus ojos le lanzaban al rostro, como una

bofetada.

—Ya ves que sí. —Alardeó la duquesa.

—¿Por qué? —preguntó, el sentimiento de traición evidente en esas dos palabras.

—Todo a su debido tiempo —se negó a contestar. En cambio se acercó a la mesa y se sirvió una medida de oporto. La miró con una sonrisa en los labios y le hizo un gesto con la copa—. ¿Quieres? —No contestó y la mujer sonrió—. Claro, al fin y al cabo estás *esperando* —dijo irónica y se tomó su bebida de un trago. Se apoyó en la mesa, cruzando las piernas en actitud varonil, mostrando los pantalones que llevaba bajo las botas, las manos apoyadas en la madera, a ambos lados de su cuerpo y observándola con mirada triunfante—. Ahora que te tengo donde quería me pregunto qué hacer finalmente contigo. —Meditó, toqueteándose los labios con la punta del índice, como si estudiase varias posibilidades. Volvió a centrarse en ella—. No te preocupes, querida. Solo bromeaba. Tengo muy claro cómo va a terminar este drama. Casi soy capaz de percibir el olor metálico de tu sangre esparcida por este mugriento suelo. —Y Kana podía sentir cuánto disfrutaba con la imagen mental que ese cuadro representaba en su mente, así como con la expectativa de ponerlo en marcha. Notó algo así como unos leves retortijones en el vientre, pero se dijo que ahora no podía encargarse de eso.

—Por Dios, Trea. ¿Por qué? ¡Éramos amigas!

—Algo más que eso —añadió con gesto tenso—. Somos hermanas. —La expresión de completa conmoción que mostró el rostro de la joven fue recompensa suficiente por algunos de los años de silencio que se vio obligada a vivir—. Así que no lo sabías, ¿eh? Siempre me he preguntado si el viejo te lo contó en algún momento.

—¿Riork conocía que tú… que tenía otra hija? —preguntó, azorada.

—Para su absoluto desconsuelo. Mi madre se lo contó en cuanto lo supo, pero él tenía otros planes, más ambiciosos. No quería nada por debajo de una princesa de sangre azul, de hecho ya había empezado las negociaciones con tus abuelos para conseguir la pálida mano de la intocable Atriana mientras se hundía una y otra vez entre los muslos de mi madre. Pobre ilusa, ella lo quería y pensó que su amor cambiaría a ese bastardo. En cuanto fue con el cuento del embarazo le dejó muy claro que estaba bien para unos cuantos revolcones, pero que ni por asomo estaba a la altura de un rey. Se rio en su cara, le dio unas monedas y le dijo que se comprase un marido que hiciese la vista gorda a su pérdida de moral. Le pagó como a una puta y la trató como tal. ¡Era hija de un marqués! Estaba destrozada, pero se marchó al poco tiempo para terminar siguiendo su consejo y buscar a alguien que se encargase de ella y del bebé que llevaba en su seno. —Hizo un alto en su relato, intentando respirar de forma más pausada, sin conseguirlo. Al final optó por llenarse otro vaso del barato vino tinto. Cuando lo terminó parecía más calmada, aunque no supo cuánto le duraría—. Mi madre había aprendido algo de ese malnacido y fue a no dejarse engañar por otro hombre. Conoció al conde y lo manipuló de manera magistral para encandilarlo y que a las dos semanas le ofreciera matrimonio. Ella quería una boda rápida, la necesitaba, de hecho, antes de que el embarazo se hiciera evidente y lo colocó en una posición difícil en una concurrida fiesta. A él no le importó, iban a casarse, así que cuanto antes mejor, pero sí le molestó sobremanera enterarse en el momento crucial de que no era virgen —contó la duquesa con voz grave—. Y cuando al poco tiempo le informó del bebé empezó a sospechar. Así que cuando nací, a los ocho meses de la boda, el daño estaba hecho, sobre todo teniendo en cuenta que los dos eran morenos de ojos claros. —Kana se fijó en la larga melena rubia y los grandes ojos marrones oscuros, casi negros, tan parecidos a los de Riork, ahora que conocía el parentesco—. Jamás nos lo perdonó —susurró—. A mi madre la trató con fría indiferencia durante el resto de su vida, pasando de una amante a otra ante toda la alta sociedad. Pero a mí…

Durante años no pude entender por qué papá no quería estar conmigo, verme, hablarme, contarme cuentos por las noches, llevarme al parque… Nada. Jamás buscaba mi compañía, si nos cruzábamos eludía mi mirada y actuaba como si no existiese y si era yo la que lo interceptaba, me miraba con odio y asco y salía de la habitación donde me encontraba. Un rato después, invariablemente, mi madre me mandaba llamar para ordenarme que no lo molestase, que fingiese que solo estábamos las dos, pero yo no quería, *tenía* un padre y necesitaba que me quisiese. —En aquel momento parecía aquella chiquilla perdida y herida que debió vivir un infierno por algo que nunca fue culpa suya—. Después, a los catorce años, mi madre enfermó. Llevaba sintiéndose mal mucho tiempo, perdida en la pena y la desesperación, sintiéndose traicionada por aquella basura. Sí, quizá ella no fue con toda la verdad por delante, pero todos sabemos qué habría ocurrido entonces. Si él hubiese sido más hombre, no habría dado tanta importancia a ese himen perdido y habría aceptado al bebé. Al fin y al cabo era una niña, no habría heredado el condado y aun en el caso de haber nacido varón, habrían podido contemplar otras alternativas. Pero nos repudió a ambas y aquello terminó matándola. —El silencio se extendió entre las dos. Entendía que lo había pasado mal, pero después se había casado y ahora era feliz. Además, ¿qué tenía ella que ver en aquel drama?

—¿Qué ocurrió entonces, Trea? —preguntó con suavidad.

—Tú —masculló con expresión asesina. Kana se echó hacia atrás en la cama cuando esos ojos la taladraron desde donde estaba. Ignoraba lo que le había hecho, pero estaba claro que pensaba hacérselo pagar muy caro—. Cuando ella murió el querido conde me lo contó todo. Estaba borracho como una cuba, yo creí que desolado por haberla tratado tan mal todos esos años. Necesitaba con desesperación que por una vez en la vida me abrazara y me dijera que todo iba a ir bien, que él cuidaría de mí, y cuando me acerqué, me empujó con repugnancia y me dijo que estaba celebrándolo, que al fin se había librado de una de las impostoras, quedando libre de volver a casarse y ponerse manos a la obra para engendrar al futuro heredero. Me contó que yo no era su hija, que era la bastarda de Riork. Mientras creía que moriría de dolor ante aquella revelación me confesó que en la noche de bodas, cuando descubrió que no era pura como la nieve, le sonsacó a mi madre el nombre de su amante y que él había callado todos los detalles escabrosos para salvaguardar su propia reputación y el buen nombre de su familia, no a mi madre ni a mí. No pude soportarlo más. Cuando se levantó al día siguiente había vaciado mi armario, el joyero de mi madre y la caja fuerte de la biblioteca y había desaparecido de su vida. Nunca lo volví a ver. Regresé al país seis meses después y me encontré con la noticia de que se había batido en duelo con el marido de su última amante y este lo había matado. No heredé el título ni las propiedades vinculantes, claro, pero el legado resultó una suma muy jugosa. El conde era rico como creso y al fin y al cabo salvo un tío más viejo que Matusalén no tenía familiar alguno, por lo que hasta que ese ansiado nuevo vástago existiese me dejaba una fortuna en su testamento. —Concluyó con una sonrisa malvada. Kana andaba dándole vueltas a otra cosa.

—¿Dónde estuviste esos seis meses?

—Ah, muchacha lista. Nunca te conformaste con la paja. Fui a ver a nuestro padre, claro. Era tan inocentona que esperaba que cuando me tuviese frente a él se le llenarían los ojos de lágrimas y se abalanzaría sobre mí, diciéndome que había pasado todos esos años buscándome. —Kana intuía aquella parte de la historia pues conocía de primera mano lo despiadado que había sido Riork —. Por supuesto no fue así. No solo le importaba un comino qué hubiese sido de mí, no me había dedicado un solo pensamiento desde que mi desdichada madre le comunicó mi existencia, sino que además me despreciaba con toda su alma por ser mujer. Por otro lado ya te tenía a ti —solo eres un año más joven que yo—, para sucederlo algún día, aunque no reparó en

revelarme cuánto detestaba la idea, de todos modos no me necesitaba para nada. Simplemente me echó a la calle, como a un perro. Me dijo que puestos a elegir, prefería con creces a su heredera legal, nacida dentro del matrimonio. Le supliqué que al menos me reconociera, para poder sentir que pertenecía a algo, pero se rio en mi cara, el puerco, y dijo que si hubiese reconocido a todos sus bastardos, medio país llevaría su apellido. No era nadie para él, me hizo sentir como basura. Al menos mi padrastro me vistió, me dio de comer, fingió ante la sociedad que pertenecíamos a la misma familia, pero él… no me tuvo en su casa ni una hora. Incluso me obligó a salir del país escoltada por si decidía quedarme a crear problemas. —Su voz se fue apagando, perdida en lejanos recuerdos que seguían doliendo mucho. Kana llevaba algunos minutos sintiendo calambres en el abdomen. Al principio eran pequeños y esporádicos, pero se iban haciendo más fuertes y regulares. Había algo que seguía sin entender.

—¿Por qué estoy aquí, Trea? —Las dos sabían que la pregunta abarcaba mucho más. «¿Por qué has intentado matarme en varias ocasiones?».

—¿No es evidente? Yo soy la mayor. El trono debiera ser mío y sin embargo él pensaba dártelo a ti por el simple hecho de hacer de tu madre una mujer decente y destruir a la mía en el proceso. Tú siempre te has interpuesto en mi camino, hermanita, hacia el lugar que me corresponde y si el corazón de ese cabrón era tan duro que no podía querernos a ninguna, al menos a ti te mantuvo a su lado. Me quitaste todo eso y es por ello que lo vas a pagar. —La joven se encontraba verdaderamente mal a esas alturas. Los dolores en la tripa y la parte baja de la espalda eran horribles y se temió que estaba poniéndose de parto. «¡Dios mío, ayúdame, no permitas que mi hijo muera según vea la luz del sol!»—. En cuanto a Riork, fue el responsable de la muerte de mi madre, acabó con ella en el instante en el que la repudió. Me hizo lo mismo a mí. Yo hubiese sido una buena hija, pero no me dejó intentarlo, así que estaba claro que tenía que matarlo. Sobre todo cuando estaba a punto de quitarme el placer de vengarme personalmente de ti. —La estupefacción se mostró, desnuda, en el rostro de la muchacha. La duquesa soltó una risita entre dientes, contenta con su última estocada.

—¿Tú mataste a Riork?

—Justicia poética. ¿No te parece? —Los ojos violetas volaron al hombre tirado en el suelo y a la flecha que tenía clavada.

—Es igual a la que acabó con él, puedes estar segura. —Le leyó el pensamiento. Le dio un pequeño empujón al muerto con la bota—. Este, al igual que el que yace despatarrado fuera, ya había hecho el trabajo para el que lo contraté y no lo iba a necesitar más. Aunque ahora que recuerdo no le pagué. —Se metió la mano por debajo del abrigo, en un bolsillo del chaleco y sacó unas monedas que tiró sobre el cuerpo. El sonido metálico contra el suelo le produjo un escalofrío. Aquella mujer estaba loca.

—¿Entonces siempre supiste quién era yo? —preguntó intentando ganar tiempo. Para qué, no tenía ni idea, pero si había una remota posibilidad de que Reskan la encontrara, ella debía dársela.

—Desde el primer día que te vi. Durante mi corta visita al castillo, mientras me hacían esperar a Riork, tuve ocasión de admirar el cuadro de Atriana en el salón. En aquel entonces no le di importancia, pero cuando te conocí… Sois como dos gotas de agua. Por eso me hice amiga tuya tan pronto, para tenerte vigilada. Y cuando recogiste todo supe de inmediato que venías aquí, a apoderarte de lo que es mío, pero no voy a permitírtelo, cariño. Yo seré la próxima reina de Traguian. —Prometió triunfante. ¿Así que no lo sabía? Consideró ocultárselo, pero ¿a qué le temía? ¿A las represalias? Demonios, si iba a matarla, de todas formas. Así al menos se desquitaría, aunque fuera de una forma tonta e infantil. Alzó la barbilla.

—Yo soy la soberana ahora —anunció con altivez.

—¿Qué tonterías dices?

—¿No te lo han dicho tus secuaces? La coronación ha sido hoy, por eso les ha sido tan fácil sacarme de allí. Había tanta gente, cientos de personas de todo el país, que han pasado desapercibidos. De todos modos, el reino no te habría aceptado, Trea, no a una hija bastarda con el corazón tan negro como el anterior rey. —La cara de la duquesa mostraba su confusión y espanto por sus crueles palabras. Permanecía de pie, anonadada, presa de una intensa conmoción.

—También me has quitado eso… —musitó, atormentada.

—Nunca fue tuyo. —La reprendió con suavidad.

Sintió una gran humedad entre las piernas y supo, pese a su inexperiencia, que había roto aguas. Las contracciones eran tan fuertes que tenía que apretar los dientes para sofocar el dolor y no ponerse a gritar, revelando su secreto. «¿Pero para qué ocultarlo?», se preguntaba frenética. El niño saldría con o sin su consentimiento y así lo único que conseguiría sería prolongar el sufrimiento. Otro calambre le atravesó el vientre como un relámpago y dejó escapar un gemido ahogado. Miró angustiada a su captora, que la observaba furiosa, captando su frente húmeda y los mechones mojados de su pelo, enroscados como zarcillos que enmarcaban su rostro contraído.

—No me digas que estás de parto —dijo, clavando su mirada en ella. No se atrevió a contestarle. Trea se separó de la mesa de un empujoncito y se acercó a ella despacio. Cuando llegó a su lado se sentó en el borde de la cama y con cuidado levantó la falda de su vestido. Lo que vio allí la hizo inspirar hondo. Volvió a encontrar sus ojos—. Le veo la cabeza. Al menos creo que es la cabeza. —Apuntó con cautela.

Kana quería gritarle que llamase al médico, pero sabía que era una petición ridícula, al fin y al cabo iba a matarla. Las lágrimas se agolparon en los bonitos ojos porque era muy probable que ni siquiera pudiera abrazar una única vez a su pequeño. La duquesa se levantó, se quitó el abrigo y la chaqueta con presteza y se arremangó las mangas de la camisa hasta los codos. Después de echarle una dura mirada salió, pasando por encima del cadáver.

La joven la escuchaba trajinando en algún lugar de la casa, parecía que hurgaba entre cacerolas o algo así. Por su parte, ya no era capaz de contenerse. Sus lamentos eran cada vez más estridentes, pues el sufrimiento era realmente insoportable.

Al cabo de un buen rato, cuando casi había llegado a creer que se había marchado, dejando que muriera desangrada allí en la más absoluta soledad, apareció con el cabello recogido en un nudo flojo, las mejillas arreboladas y una humeante taza desportillada en la mano, que acercó a sus labios agrietados de tanto mordérselos, intentando en un principio sofocar los quejidos. Cerró la boca con fuerza.

—Solo es té. Sin ningún aditivo adicional —afirmó con una sonrisa burlona pues sabía perfectamente que pensaba que quizá pretendía envenenarla—. No es así como pienso hacerlo. —Le aseguró. De todos modos se rindió, era indudable que estaba en sus manos y llevaba horas sin tomar nada. Le supo a gloria. Cuando lo terminó a pequeños sorbos, intentó relajarse un momento entre dos cadenas de contracciones. Trea posó la mano en su frente, casi con cariño—. Ahora vuelvo. —Prometió en voz baja. Cerró los ojos y aprovechó esos valiosos instantes de paz para suplicarle a su marido que la encontrase a tiempo, si no de salvarle la vida a ella, sí a su hijo. Por supuesto haría horas que él habría advertido su ausencia. Lamentaba mucho haberle causado esa agonía de nuevo, pero saber que iba a asestarle el golpe de dejarlo viudo y sin heredero al mismo tiempo… El siguiente espasmo la dejó sin aliento y el bramido espeluznante que salió de su garganta cruzó la noche, que se había cerrado sobre la casita, atravesando el

bosque circundante. Trea apareció por la puerta cargada con un barreño lleno de agua caliente y un montón de toallas bajo el brazo—. Aquí estoy —dijo, mirándola con inquietud, tras el prolongado alarido. Depositó los utensilios en el suelo, al lado del lecho y volvió a sentarse—. Vamos a ver —dijo levantándole la ropa de nuevo—. No ha cambiado mucho —comentó, con el entrecejo fruncido—. Vas a tener que empujar.

—No recuerdo que hayas parido nunca. —Refunfuñó Kana entre espasmos. Una sonrisa torcida escapó de los labios de Trea.

—Sí, bueno, tengo entendido que es así como se hace. Y habida cuenta de que no hay nadie más a mano, me temo que deberé hacer los honores. Considérame tu comadrona. Por el momento —añadió, sin necesidad, ya que tenía muy presente que eso solo era un respiro momentáneo. Cuando una nueva serie de lacerantes contracciones la pusieron al borde del desmayo, gritó y apretó con todas sus fuerzas, hasta que se desmadejó en el colchón, exhausta—. La cabeza ya está fuera. —Animó. Kana apretó y rugió durante lo que le parecieron horas mientras la duquesa la animaba y secaba su frente empapada una y otra vez, sin perder los nervios. Al fin el bebé terminó de salir y ella se dejó vencer por el cansancio, casi inconsciente—. Es un niño —anunció.

—Lo sé —susurró con un hilo de voz. En su actual estado comatoso no se percató de la mirada asombrada que le dirigió ante esa extraña afirmación. Al fin y al cabo, no había visto al pequeño.

Sintió cómo cortaba el cordón umbilical y escuchó como en la lejanía los ruidos que hacía, supuso que al limpiar al pequeño. El quejumbroso llanto infantil fue un bálsamo para sus oídos.

Trea se levantó con brusquedad de la cama. Kana levantó con esfuerzo la mirada hacia ella y lo supo. Sus ojos trasmitían con claridad sus intenciones. Miró la bolita que formaba su hijo envuelto en toallas que llevaba en sus brazos y el puño de la venganza le estrujó el corazón.

—Tiene que ser así, hermana. —Durante una milésima de segundo, una sombra de dolor, intensa y cegadora, cruzó los ojos casi negros de la joven y rompió la máscara maligna de aquel hermoso rostro, pero la borró tan pronto como apareció—. Tú me quitaste todo lo que era mío, así que ahora voy a devolverte el favor. Este será mi hijo, el heredero que yo nunca podré tener. —Algo en sus palabras y en el tono de su voz la puso alerta.

—¿Y tu marido? ¿Cómo es que llevas tantos meses aquí sin él? ¿Qué explicación le has dado? ¿Dónde… está él? —preguntó cada vez más alterada.

—Lo despaché. —Kana la miró con horror. Supuestamente aquel había sido un matrimonio por amor. De ambas partes. Y ahora ella admitía que… La sombra de calvario y padecimiento volvió a aparecer mientras abrazaba con más fuerza al bebé—. Como tú misma has planteado con tus cuestiones Kindal se habría interpuesto en mis planes, así que me deshice de él. Todos creyeron que fue un accidente, así que a su muerte hice correr la voz de que necesitaba hacer un viaje para cicatrizar las heridas. Cuando vuelva, dentro de tres o cuatro meses, lo haré con mi hijo, heredero indiscutible del duque. Afirmaré que hubo problemas en el parto y que por eso es algo más pequeño de lo normal. A su primo segundo le dará un infarto. Creo que ya se ha instalado en la mansión ducal —añadió con satisfacción.

—Creí que lo querías —dijo con voz ahogada por la emoción. Apreciaba mucho a Kindal. Era un buen hombre y adoraba el suelo por donde pisaba su esposa.

—Y lo hacía —confirmó con voz grave—. Pero esto era más importante que nosotros dos y Kin era demasiado íntegro para apoyarme en algo así. Hubiera sido inútil confiárselo. Solo había un camino y lo tomé. Ahora tengo a tu hijo para reponer mi terrible pérdida. Una vida por otra. —Se dio la vuelta para marcharse.

—¿Y yo? —preguntó incrédula—. ¿Vas a dejarme aquí? —Se giró de nuevo hacia ella.

—Por supuesto he tenido años para planear tu muerte de mil maneras diferentes, cada una más sangrienta y dolorosa que la otra. Pero este giro inesperado de los acontecimientos —dijo mirando brevemente al pequeño— me permite mostrarme más benévola en la victoria. Así que me conformaré con dejarte morir desangrada en esta casucha de mala muerte, consciente de que sabrás, hasta tu último aliento, que voy a criar a tu hijo a mi imagen y semejanza. Y que es probable que su padre se cruce con frecuencia con él y no lo reconozca jamás. —Y cogiendo su abrigo se marchó, sin echar siquiera una última mirada atrás.

—¡Nooo! —Kana intentó incorporarse, pero le fue imposible. Miró hacia abajo ya que no se había molestado en taparla y vio con angustia la enorme mancha carmesí que empapaba las sábanas. Ella se había limitado a cortar en dos el cordón para separar al niño, pero no había terminado el trabajo en su caso. En pocos minutos la pérdida de sangre la mataría. Ya empezaba a sentir los síntomas, la extrema debilidad, el mareo, la sed, la respiración acelerada, la confusión. No había nadie a quien pedirle ayuda, y ni siquiera tenía esa posibilidad, atada como seguía al cabecero.

Dios, iba a morir allí. Cerró los ojos, imaginando a su pesar la escena que su Némesis había descrito, su dulce e inocente hijo siendo educado por aquella maligna mujer hasta hacer de él un ser mezquino y aterrador, otro Riork, posiblemente, mientras Reskan pasaba por su lado, indiferente e ignorante. Y con aquella espantosa imagen se dejó llevar, permitiendo que la oscuridad se la tragara, para dejar de sufrir de una vez por todas.

CAPÍTULO 26

—Kana, Kana. —No quiso hacer caso, el dolor era cegador, el cansancio extremo, los recuerdos, negras pesadillas—. Kana, por favor, ayúdame. —La suave voz, teñida de un tinte de desesperación, seguía acicateándola para que volviese—. ¡Maldita sea, no te atrevas a morirte! ¿Me oyes? ¡Estoy asustada! —Al final se compadeció de ella y abrió un poco los ojos—. Oh, Dios mío —Suspiró con la voz entrecortada—. Sigues viva.

—No estoy segura —musitó a su joven cuñada.

—Hay mucha sangre —susurró.

—¿Crees que podrías ayudarme a salir fuera?

—Es de madrugada y no creo que sea conveniente moverte. —Advirtió.

—Ya. Pero la cama está encharcada y no quiero tenderme es este inmundo suelo… a su lado. —Aunque no lo miró, las dos sabían que se refería al tipo muerto de un flechazo.

—Lo conseguiremos. —Fue mucho más fácil decirlo que hacerlo, claro. Kana pesaba una barbaridad y no podía sostenerse sola.

—¿Cómo me has encontrado?

—El mayordomo me avisó. Bueno —añadió en tono arrepentido—, en realidad buscaba a Dacross, pero cuando le vi la expresión lo intercepté y como al parecer tu tío no estaba a la vista le prometí que le daría la nota. La verdad es que la leí en cuanto se dio la vuelta —confesó, para nada arrepentida—. El hombre decía que aunque mi hermano había dado órdenes de no decir nada, él se sentía obligado a solicitar ayuda porque presentía que te había ocurrido algo grave y Res se había marchado solo en tu busca. Como no conseguí dar con Dacross y la fiesta era un jaleo tremendo terminé viniendo yo. En cuando a hallar este lugar, llevo horas vagando por los bosques, pero hace un rato me topé con las huellas de un coche, así que las he seguido hasta dar con la casa. —Si Kana hubiese tenido fuerzas le habría echado una reprimenda de órdago o una mirada de las que mataban, pero solo podía concentrarse en poner un pie delante de otro, ignorando la desagradable sensación de la pegajosa sangre deslizándose por sus piernas y evitando estoicamente caer presa de las garras del desmayo. Le supuso un gran esfuerzo, pero sonrió apenas. Esa muchacha era muy parecida a ella. Excepto en la candidez, claro. Al final llegaron al exterior y Helailla la ayudó a sentarse en el suelo, con la espalda apoyada en un tocón. Levantó su vestido y suspiró, apenada—. Kana… Si no detenemos el flujo de sangre…

—Sí, lo sé. ¿Puedes ir dentro a buscar sábanas limpias o toallas? —pidió con amabilidad.

—Necesitaremos algo más que eso.

—¿Tienes idea de lo que hay que hacer?

—No, pero…

—Hazle un nudo al cordón. Eso nos dará un respiro hasta que regreses. Anda ve, empiezo a marearme otra vez. —La joven hizo lo que le pedía y, recogiéndose las faldas, salió disparada hacia la casa.

Pareció que pasaba una eternidad allí sola, supuso que Helailla estaba buscando material de urgencias o algo así, pero si no se daba prisa iba a volver a desvanecerse y quizá esa vez no se despertaría…

La explosión la despejó por completo. Comprobó con espanto que venía de la habitación donde había estado atada y que en ese momento se encontraba ardiendo.

—¡¡Lalla!! —Trató de ponerse en pie, pero solo consiguió quedar tendida en el suelo. Arañó la tierra con las uñas, medio arrastrándose en un vano intento de llegar hasta la construcción.

Un ruido de cascos a todo galope la hizo mirar por encima de su hombro y casi se desmayó del alivio cuando vio a Dacross saltar del caballo antes de que se detuviese y correr hacia ella.

—¡Kana! —Se arrodilló a su lado y miró su vestido chorreando sangre—. ¡Dios! —susurró mientras intentaba frenético subirle la falda. Ella le golpeaba las manos.

—¡No hay tiempo, Cross! ¡Lalla está allí dentro! —Señaló con la mano la casita, las llamas más altas en el dormitorio. El hombre la miró sin comprender.

—Está ardiendo.

—¡Sí! Entró a buscar algo para ayudarme y no ha salido. —Pareció que él despertaba de su estupor. Se levantó y salió corriendo hacia el edificio.

Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas mientras volvía a escuchar acercarse a alguien y cuando vio de quién se trataba los sollozos incontrolados le atenazaron el pecho.

Reskan se abalanzó hacia ella, pero cuando se fijó en la sangre se detuvo, paralizado. Cerró los ojos un momento, su cara transfigurada por un dolor atroz y después cayó de rodillas frente a su mujer.

—Dios, Kana, te estás desangrando. —No hacía falta ser un genio para saber eso. El charco en su ropa lo evidenciaba a las claras—. Hay que detenerlo o morirás.

—Reskan —dijo cogiéndole el brazo e impidiéndole rasgar su camisa, que era lo que pretendía hacer—. Mi tío está dentro de la casa, intentando encontrar a Helailla. —Él se puso tenso, pero siguió quitándose el raro abrigo y se desgarró la camisa en dos, desprendiéndosela del cuerpo—. ¿Me has oído? —preguntó con un punto de histerismo.

—Perfectamente. Le confiaría mi vida a Dacross, ahora le estoy encomendando la de mi hermana. Pero la tuya corre grave peligro de perderse —dijo mientras taponaba con los restos de su antaño hermosa prenda morada entre sus piernas, así como el cordón, aún anudado, pero aquello no haría gran cosa y ambos lo sabían.

En ese momento un tambaleante Dacross salió con Helailla en brazos y a trompicones se dejó caer junto a ellos, sin poder detener un fuerte ataque de tos.

—¿Cómo está? —preguntó Reskan con voz queda.

—Inconsciente. Ya estaba así cuando la encontré —contestó preocupado.

—Ahora nos encargaremos de eso. Kana necesita cuidados o no sobrevivirá. ¿Había algo en la casa? —preguntó a su esposa.

—Sí, pero no pensarás entrar ahí, ¿verdad? —Reskan lo sopesó, pero el fuego habría alcanzado casi toda la estructura en cuestión de minutos.

—Habría que apagarlo —confirmó.

—Id. Nosotras no vamos a movernos.

—Pero ese bastardo podría volver. —Aventuró su marido.

—No lo hará —afirmó ella tajante. Él la miró, interrogante, sin embargo no era el momento de contárselo. Sabía que cada minuto que pasaba su hijo se alejaba de ellos, pero se trataba de prioridades. Y sobrevivir era una de ellas.

—Bien. —Aceptó cuando comprendió que no le diría nada más—. ¿Vienes? —preguntó al otro hombre.

—Claro.

Entre los dos, luchando a brazo partido contra el fuego, consiguieron vencerlo al fin. Cuando acabaron estaban agotados, apestando a humo y cubiertos de hollín de la cabeza a los pies. Tardaron apenas unos minutos en reunir las cosas necesarias para detener la pérdida de sangre.

Mientras llegaba a su lado, con las primeras luces del alba, Reskan vio la pálida piel de su esposa, cenicienta como la muerte y no pudo percibir su respiración. Corrió hacia ella pensando que había llegado demasiado tarde.

—¡Kana, Kana, por Dios, no me dejes, amor! —le gritó, zarandeándola como a un muñeco. Los apagados ojos violetas se abrieron apenas una rendija, sin fuerza. Él la abrazó, incapaz de detener las lágrimas—. Aguanta un poco, mi vida —susurró entre sus cabellos—. Sé que estás derrotada porque no hemos podido salvar a nuestro pequeño, pero tendremos otros, te lo juro. Y esta vez os protegeré mejor. —Él lloraba como un niño, sintiéndose impotente ante la posible pérdida de lo que más amaba en el mundo, así como de la muerte del bebé.

—Ella tiene al niño —murmuró contra su cuello. Reskan la separó un poco, creyendo que no la había entendido bien.

—¿Qué?

—Trea. Se ha llevado a nuestro hijo. —La miró con lástima, pensando que todo lo que había vivido aquel día la había trastornado.

—Está bien, cielo. Todo se va a arreglar. —Prometió, confiando en que podrían lograrlo, con el tiempo.

—No, Reskan, aún no estoy tan rota. Es Trea quien ha andado tras de mí todo el tiempo y se ha quedado al bebé. —Se agarró a las solapas del deslustrado abrigo que él llevaba, alzándose en vilo con la fuerza que ejerció en ellas—. ¡Mi hijo necesita que lo alimente y no está vestido, tan solo lo ha envuelto en unas toallas! —Parecía una lunática, los ojos vidriosos a causa de la poca sangre que le quedaba en el cuerpo, pero sabía que decía la verdad, que su suposición inicial de que el niño había nacido muerto era un error.

—Tranquilízate, amor. Iré a buscarlo y te juro por lo más sagrado que lo traeré de vuelta, pero antes tenemos que ocuparnos de ti.

—¡No! Tienes que ir ahora. Ya te saca demasiada ventaja. Quién sabe lo que puede hacerle, si ha matado a su marido qué será capaz de hacerle a mi pequeñín, sobre todo si cae en la cuenta de que es otro heredero al trono que podría desbancarla a ella en la línea de sucesión. —Los dos hombres le dedicaron una mirada extraña.

—Kana…

—¡Es mi hermana! —confesó al fin. A esas alturas si un rayo les hubiese caído encima no lo habrían notado.

—Ahora no tenemos tiempo para esto. Ocupémonos de ti.

—¡Te he dicho que no! ¡Ve por él!

—No pienso moverme de aquí hasta que no estés fuera de peligro, mujer. Tu vida es lo más prioritario. Amo a mi hijo, pero vendrán otros, siempre y cuando tú sigas viva para dármelos. —Su postura era inflexible, sus ojos duros como el granito.

—Por favor, Reskan —suplicó mientras se le cerraban los ojos—. Dacross sabe lo que hay que hacer. Déjame en sus manos. Si mi hijo muere, no querré seguir viviendo. —Y él fue plenamente consciente de los músculos de su brazo estirándose por encima de la muralla del castillo, sosteniendo el cuerpo de su esposa porque ella se había arrojado al vacío, creyendo que había perdido a ese mismo bebé. Miró al otro hombre y supo que estaba recordando lo mismo. Este asintió, animándolo a tomar una de las decisiones más difíciles de su vida.

—Está bien. Te dejo a cargo de las dos mujeres más valiosas de mi miserable existencia —le confió a su amigo—. A fin de cuentas no es la primera vez que lo hago. —Pero ambos sabían que nunca las había dejado en tan lamentables condiciones.

—Haré honor a tal privilegio. —Prometió.

—Lo sé. —Se inclinó y besó los resecos y morados labios de su mujer, que estaba casi inconsciente—. No te duermas ahora, maldita o no me iré. —Los ojos violetas que aparecían cada noche en sus sueños se abrieron con un aleteo de sus largas pestañas y ella consiguió el milagro de dedicarle una sonrisa.

—Devuélveme a mi hijo —susurró tan bajito que Reskan tuvo que pegar la oreja a su boca para poder escucharla. Iba a hacerlo, costara lo que costase. Sabía que si algo podía retenerla en ese mundo era la posibilidad de verle la carita a su pequeño—. Y vuelve a mí. —Asintió a ambas órdenes.

—Te lo prometo. —Y se levantó, buscando el semental y saliendo al galope, antes de perder el valor que le quedaba y suplicarle que le permitiera quedarse a su lado. La idea de que muriese en brazos de su tío y no en los suyos lo aterrorizaba. «Qué coño», la sola idea de que muriese le helaba las venas, paralizándolo ante cualquier otro pensamiento racional.

Dacross sudaba copiosamente mientras arreglaba el desaguisado que aquella jodida carnicera había hecho con su sobrina. «Del tal padre, tal hija», pensaba malhumorado, sin percatarse, con los nervios, que en sus manos tenía a otra hija de aquel monstruo, tan diferentes eran ambas mujeres entre sí. La cosió lo mejor que pudo, lo que era ser bastante modesto, la verdad, porque al haber participado en diversas guerras y reyertas y al haber tenido que suturar a varios de los suyos, se había molestado en aprender el delicado arte de dar puntadas cortas y precisas. Tal vez, incluso podría empezar un tapiz o unos cojines, pensó sardónico. Cualquier cosa con tal de no hacerlo en la joven muchacha que aunque ya había dejado de sangrar, estaba blanca e inerte como un muerto, misericordiosamente sin conocimiento desde hacía un rato. Se había visto obligado a coserla a pelo ya que no se había atrevido a "anestesiarla" con un poco del whisky de su petaca pues dada la escasa sangre que conservaba en el cuerpo tuvo miedo de que el potente licor le envenenara el preciado líquido que aún corría por sus venas.

Cuando terminó la tapó con una manta y se acuclilló, pasándose la mano por el pelo, agotado. Observó a Helailla, confundido por su prolongado desvanecimiento. Kana le había dicho que estaba dentro de la casa cuando se produjo la explosión. De hecho, sus ropas chamuscadas y sus ojos heridos decían que con probabilidad se encontraba en el centro de la detonación. Estaba claro que tenía que sacarlas de allí, pero ¿cómo iba a viajar durante horas con sendas mujeres inconscientes en dos monturas?

Al final decidió que Lalla iría en su propia yegua, montada a horcajadas, con el torso apoyado en la cruz y el cuello del animal. Cuando la tuvo así, la sujetó con cuerdas, impidiendo que se cayera. No era muy ortodoxo, pero no se le podía pedir más en aquellas circunstancias. Subió a Kana delante de él y la acurrucó en sus brazos y con las riendas de ambos caballos cogidas con fuerza entre sus guantes de piel, se dispuso a recorrer los interminables kilómetros que los separaban de casa a un ritmo enloquecedoramente lento para conseguir que siguiesen respirando durante todo el camino.

Cuando llegó a las puertas del castillo, se sentía tan apaleado como un perro, los brazos agarrotados de sujetar el cuerpo inerte de su sobrina, el cuello tieso de vigilar que la otra muchacha no se deslizase subrepticiamente de la silla.

El caos que se desató a su llegada fue tan bienvenido por sus ojos y oídos como un buen plato de sopa de caliente. Cuánta hambre tenía. Y sueño…

—¡Dacross! —gritó su madre mientras corría hacia él, sujetándose las faldas, su marido unos pasos por detrás, seguido de cerca por Eidrian, ya que ambos habían salido de los establos al oír a la mujer. Eclipse apareció en la entrada del castillo, enganchando su mirada penetrante en la suya—. ¡Dios mío, las traes a las dos! —No hubo mención alguna a que ninguna de ellas estaba

consciente, si estaban vivas para su madre era suficiente. Significaba que había esperanza.

—¡Lalla, qué te ocurre! —Entre Eclipse y Eidrian soltaron a la joven y la recogieron, mientras su padre le quitaba a Kana de los entumecidos brazos.

—Acabamos de regresar todos de una partida de búsqueda. Íbamos a coger caballos frescos y volver a salir —le confió Sabon. Una vez que tuvo segura a su nieta, su fiel amigo de color se puso a su lado y lo ayudó a descabalgar, consciente de su estado. Le lanzó una mirada de gratitud.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó Llanatia, la ansiedad por el bienestar de todos reflejada en sus facciones.

—Un poco acalambrado, nada más. Las que me preocupan son ellas. —Señaló con la cabeza a las dos jóvenes que estaban siendo llevadas al interior de la fortaleza, delante de ellos.

—¡De momento llevadlas al mismo cuarto, hasta que sepamos a qué nos enfrentamos! —gritó su madre. Los hombres asintieron.

Una vez dentro del espacioso dormitorio de Reskan, que tenía la cama más grande, y con las mujeres instaladas en ella, Dacross les relató la pequeña parte de la historia que conocía.

—Yo… Eh… Me encontraba disfrutando de los placeres de la noche —dijo sin mirar a nadie, aunque todos podían imaginar en qué andaba el apuesto seductor pues hasta Godena se sonrojó, la cual se había incorporado a la reunión en los últimos minutos—, y cuando volvía al salón encontré un trozo de papel en la mesa del vestíbulo. No sé por qué reparé en él, pero acerté a ver mi nombre en el anverso y cuando lo leí resultó que Surrest, el mayordomo, me avisaba de que Reskan se había marchado en persecución de unos desgraciados que habían capturado a Kana. Busqué al hombre y le pedí explicaciones, al fin y al cabo no entendía por qué no me había dado personalmente algo tan importante y se había limitado a dejarlo tirado por ahí. El buen hombre me informó, indignado, que esa había sido su intención, pero que su Alteza, Doña Metomentodo —Gesticuló fastidiado hacia Helailla. Luego echó una mirada a su padre, allí presente, pero no parecía prestarle atención, sino que seguía concentrado en la joven—, lo había abordado y como no podían encontrarme y ante su insistencia, había terminado entregándole la nota. Conociendo su impulsividad fui directo a los establos y allí corroboraron que había pedido su yegua. La muy tonta… —dijo mientras la miraba con tristeza—. Seguí sus huellas, que gracias a Dios estaban frescas, aunque al final la perdí en algún punto. Si no hubiese sido por la explosión… —Todos lo miraron, sorprendidos.

—¿Explosión? —preguntó Eidrian, tragando con dificultad.

—Sí, ella estaba dentro cuando ocurrió, buscando con qué parar la hemorragia de Kana. —Acto seguido les contó todo lo que esta le había revelado de la duquesa.

—¿Trea Vastrok? ¿Es hija de Riork? —Sabon estaba estupefacto, igual que le había ocurrido a Kana al enterarse.

—Bastarda, pero sí. —Asintió.

—¿Y es la responsable de todo esto? —preguntó, abarcando a las dos muchachas con un gesto de la mano—. ¿Su propia hermana?

—Es un desecho humano, como su padre.

—Y ahora Reskan tiene que enfrentarse a ella y salvar a un recién nacido entremedias. Mientras mi pobre hija está perdida en otro mundo —musitó Eidrian, acariciando su pálido rostro. Las pestañas de la joven revolotearon con ligereza y todos aguantaron la respiración, expectantes. Al fin abrió los ojos con un gesto de dolor.

—Cariño, ¿cómo estás? —preguntó su padre preocupado. Ella siguió en silencio, completamente inmóvil. Tras un tenso minuto dos grandes lágrimas cayeron por sus mejillas.

—No puedo ver —susurró horrorizada.

Reskan obligaba a su mente a continuar mandando las instrucciones a su cuerpo para seguir adelante con aquella persecución.

Por supuesto quería recuperar a su hijo. El dolor desgarrador cuando llegó a la casa en llamas y vio a su esposa ensangrentada, creyendo que el bebé había nacido muerto, fue como si le hubiesen arrancado el corazón del pecho estando aún vivo. En aquel momento creyó que no lo soportaría, pero la seguridad de que vería morir a su esposa en breves minutos también, lo ayudó a no desmoronarse.

En ese momento la incertidumbre de no saber cómo estaba ella lo estaba mermando. Había estado a punto de perderla en tantas ocasiones que ya no podía soportarlo más. Sintió que su voluntad se desintegraba bajo el peso del dolor y el sufrimiento.

«Se lo has jurado», se forzó a recordarse, posiblemente en su tumba.

Y estaba la cuestión del niño. Él no sería capaz de no hacer todo lo humanamente posible por salvarlo. Era el hijo de ambos, el fruto de su amor… Rememoró lo feliz que se sintió cuando ella le dio la noticia y aquella lunática sedienta de venganza y poder pretendía arrebatárselo.

Lo primero que vio fue el humo en el cielo, después, al acercarse, la choza de la que provenía. Las huellas llevaban hasta allí, así que al menos había pasado por esa casa. Se fijó en la vaca que pastaba en el prado y una sonrisa maligna curvó sus labios. El niño tenía que comer o moriría y eso le había permitido darle alcance a esa puta. Se imaginó al pequeño berreando sin parar pidiendo alimento, las toallas chorreando pis y posiblemente algo más. Menudo viajecito estaría siendo para la gran duquesita.

Sacó las dos pistolas del petate, una se la metió en la cinturilla del pantalón, en la parte baja de la espalda, tapada por el abrigo, aunque podría cogerla sin dificultad a través de la abertura que tenía para que pudiese moverse con facilidad. La otra la amartilló mientras se acercaba despacio y en silencio, después de haber dejado atado a Senon allí para que no advirtiese de su presencia antes de tiempo.

Trea salió al frío día mientras estiraba los tensos músculos de la espalda y los hombros. Tenía que ponerse de nuevo en marcha, pero solo pensar en volver al camino soportando al montoncito maloliente y vociferante se le ponían los pelos como escarpias. Los bebés eran un verdadero incordio, no las criaturitas sonrosadas y adorables que ella siempre había pensado.

—Tienes un aspecto horrible, duquesa. Parece que la maternidad no te sienta nada bien —dijo Reskan con voz arrastrada, casi suave—. Claro que es el hijo de mi esposa el que andas dando tumbos por ahí. Y el mío —añadió en tono mucho más acerado.

La mujer se volvió despacio y casi no pudo creer que el tipo sucio, con la cara renegrida, la sombra de una incipiente barba, el pelo grisáceo a causa de las cenizas y aquel abrigo barato y desgastado, fuera el mismo hombre con el que había bailado en los más lujosos salones de varios países. Sus ojos inyectados en sangre la vigilaban desde la pared donde estaba apoyado en una postura indolente, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y una mortífera pistola apuntando al suelo, pero ella sabía que la encañonaría directo al corazón si se le ocurría pestañear.

—Mi querido príncipe Cetriar… Oh, ahora eres rey, ¿no es así? —Se inclinó en una graciosa y profunda reverencia.

Cuando volvió a levantarse le lanzó un puñal a toda velocidad que salió de la nada —de la

manga izquierda de su abrigo, ventaja de ser ambidiestra—, y que le clavó con destreza en el hombro, probablemente tocando algún nervio pues le hizo soltar el arma, que cayó al suelo con un golpe seco y se descargó en el vacío. Reskan tiró con fuerza del puñal para extraérselo mientras ella sacaba su propia pistola y le disparaba. El hombre se tiró al suelo, rodando mientras sentía el proyectil rozarle la sien. Cuando se incorporó Trea estaba a su lado, con un largo cuchillo frente a su cara. La puñetera llevaba encima todo un maldito arsenal. Su antaño hermoso rostro estaba contorsionado por la ira y era indudable que se moría por probar su sangre. Reskan sabía que no estaba dando todo de sí, al fin y al cabo luchaba contra una mujer y pensó que si seguía por ese camino era bastante posible que aquella en particular lo liquidara y Kana jamás conociera a su hijo. Estaba meditando sobre eso mientras intentaba deshacerse de esa jodida lunática cuando sintió que esta encontraba la pistola que tenía oculta en su espalda, la agarraba y con una horrible sonrisa de triunfo comenzaba a retroceder para conseguir la distancia que precisaba para obtener un buen tiro.

No lo pensó, el guerrero que era salió a la luz y antes de darse cuenta estaba sin resuello, mirando con incredulidad el cuerpo desmadejado en el suelo de la que fue su buena amiga durante años, la confidente de su esposa, con el cuello roto, la cola de su látigo aún enroscada alrededor de la fina y delicada garganta.

Inspiró con fuerza varias veces aquel aire helador, mientras desviaba la vista, sabiendo que esa imagen le perseguiría el resto de su vida.

Acto seguido se giró hacia la choza con un nuevo propósito en mente, encontrar a su hijo para poder entregárselo a su madre.

Cuando cinco minutos más tarde, después de poner patas arriba toda la maldita casa, salió dando tumbos y maldiciendo a la vida en general y a esa perra infernal en particular, seguía sin tener ni pajolera idea de dónde estaba el niño.

¿Es que al final se había deshecho de él?, se preguntaba asustado. No podía ser. No había llegado tan lejos para perderlo a esas alturas.

Mientras se hundía en un pozo de desesperación sus ojos se fijaron en el diminuto establo a unos metros de distancia y antes de darle la orden a sus piernas ya estaba corriendo como un loco hacia allí. Cuando abrió la chirriante puerta todo estaba silencioso y oscuro, pero la luz del día que se filtraba por las grietas de las paredes le permitía ver por dónde iba.

No parecía que nada se moviese, en aquella calma sepulcral, hasta que un leve sonido junto a la paja llamó su atención. Se dirigió hacia el montón muy despacio, procurando no hacer ruido para no alertar a quien quiera que estuviese escondido. Entonces la vio, la pequeña niña, de unos siete años, sucia y desaliñada, con grandes lagrimones rodando por sus pecosas mejillas, abrazaba con fiereza un bulto que él rezó porque fuese lo que creía. Sin acercarse demasiado a ella se acuclilló a su lado y le sonrió.

—Hola —dijo suavemente en voz baja—. No tengas miedo, pequeña. —La muchachita se encogió aún más, estrujando su posesión—. Soy el bueno —le confió. Ella no lo tenía muy claro, eso era evidente—. Me llamo Reskan y ahora soy el rey de este país. —Los ojos verdes se abrieron de asombro—. ¿Has oído hablar de mí? —Ella asintió—. ¿Te ha hecho algo la… señora? —preguntó con cautela.

—A mamá y papá —susurró. Las lágrimas volvieron a aparecer. Reskan profirió algunos insultos en varios idiomas, aunque solo para sí. ¿Había tenido que matarlos? ¿No había podido simplemente comprarles la leche, joder? «¿Y qué había hecho con los cuerpos?», se preguntó, porque dentro de la casa no estaban. Claro que ella habría visto las cosas de la pequeña y pensaría que podría volver, así que los habría ocultado. Bueno, ya no tenía importancia.

—¿Tú estás bien? —preguntó, fingiendo una calma que no sentía. La niña volvió a mover la cabeza en un gesto afirmativo.

—Estaba jugando detrás. Cuando entré ella estaba… con papá, así que me escondí en un arcón en el salón. Cuando salió al patio le cogí algo y vine a esconderme aquí. Eso fue cuando ustedes peleaban. —«Niña lista», pensaba orgulloso, con el corazón palpitándole con fuerza.

—¿Y qué le quitaste? —preguntó, demostrando con su sonrisa que no estaba en absoluto enfadado porque le hubiese robado algo a un miembro de la nobleza.

—El muñeco —musitó la jovencita. Reskan sintió que se le caía el alma a los pies. Entonces escuchó como un gorjeo y la mantita empezó a moverse. La miró a los ojos, esperanzado—. Es tan bonito y pequeño como un muñeco. Imagino, porque nunca he tenido uno.

—Yo te lo compraré, preciosa. —Prometió con una sonrisa desbordante de felicidad—. ¿Me lo dejas coger? —Ella lo estrechó más fuerte, recelosa.

—¿Vas a hacerle daño?

—No podría, nenita. Es mi hijo.

Cuando la amada fachada del castillo apareció ante él detuvo al semental negro para saborear el momento.

Estaba en casa. No es que se hubiese ido hacía mucho, unas cuarenta y ocho horas, a decir verdad, pero le parecían semanas.

Había ido directo a la casa donde Trea había tenido retenida a Kana, pero parecía que Dacross se las había ingeniado para trasladarlas a ambas pues la encontró vacía.

Hizo avanzar al caballo, deseoso de llegar al hogar, aunque una parte de él, muy grande, esperase muerta de miedo noticias de su esposa.

Cuando llegó a las caballerizas hubo gritos de júbilo que él aplacó porque quería que su llegada fuese una sorpresa. Entró en el castillo y de inmediato se encontró frente a Cross, que le miró boquiabierto.

—¡Cetriar! —Se abalanzó sobre él, cuidando de no aplastar su preciada carga y le palmeó la espalda mientras se abrazaban—. Amigo, qué bueno verte y en tan encantadora compañía —añadió con una sonrisa deslumbrante.

—Sí, yo también estoy contento de comprobar que llegasteis bien. —Lo miró a los ojos—. Lo hicisteis. ¿Los tres? —Era lo máximo que se atrevía a preguntar. A Dacross se le borró un tanto la sonrisa y Reskan se echó a temblar.

—Hubo algunos contratiempos, pero logré traerlas vivas. Las dos están recuperándose. —Un alivio inmediato corrió por sus venas, liberando una tensión insoportable que llevaba mucho sufriendo.

—Gracias, hermano.

—No hay de qué. Son mi familia. Y ahora déjame conocer a mi sobrino, ¿no? —Reskan se lo entregó, aunque con reticencia, aún le costaba horrores separarse de él. Y si eso le pasaba a él, no quería ni imaginar cómo sería con su mujer—. Fíjate, es tan guapo como su tío —proclamó, hinchándose como un pavo real. Él se rio entre dientes y se lo quitó, ante las escandalosas protestas del otro.

—Ya tendrás tiempo de sobra para mimarlo. Ahora debo llevarlo con su madre o me despellejará vivo. Y también quiero ver a mi hermana. —De nuevo los ojos del otro se velaron por un momento. Frunció el ceño, pero tenía una importante misión que cumplir. Ver sonreír a su esposa.

Cuando llegó a su puerta no llamó, se limitó a abrirla con suavidad y a introducirse con sigilo.

Las cortinas de las ventanas estaban corridas por lo que la habitación estaba en penumbra.

La vio allí, tan pequeña en la enorme cama, durmiendo para sanar su cuerpo, el pelo anaranjado desparramado con lujuria sobre la almohada… «Lujuria la que te embargaba cada vez que la ves», se dijo a sí mismo. Desenvolvió su regalo y con infinito cuidado lo colocó en la cama junto a ella, al lado de su corazón. Y ese corazón lo reconoció al instante porque su pecho se hinchó con una profunda inspiración, sus ojos violetas, oh, aquellos ojos violetas que tanto le fascinaban y afectaban, se abrieron para él como capullos de rosas y lo lanzaron a un mar de embravecidas aguas, donde el amor, la pasión y la descarada invitación reinaban a su antojo, más poderosos que Neptuno.

Su mirada lo abandonó para fijarse en el niño que, tranquilo y dormidito se estiraba sobre el terciopelo verde jade de su vestido, como si reconociera cuál era su sitio.

Por supuesto él esperaba ver las lágrimas que arrollaron esos fascinantes ojos, así que no le sorprendieron las ganas locas de reír cuando estas llegaron, raudas.

—Lo has traído —dijo, en su voz una nota de asombro.

—Lo prometí, ¿no? —contestó con una carcajada. Le dedicó una mirada nublada mientras abrazaba a su retoño.

—En efecto. ¿Y tú? ¿Estás herido? —preguntó, advirtiendo de inmediato la mancha pardusca y el desgarrón de su hombro.

—Una cuchillada sin importancia. El otro se llevó la peor parte. —Se jactó. Se cayó de forma abrupta. Era una frase típica cuando uno quería tranquilizar a un ser querido, pero en ese caso no había sido acertada. Aparte de ser su mejor amiga, aquella mujer había resultado su hermana, además.

—Ya me he reconciliado con eso —aseguró, aunque su voz hablaba de una tristeza oculta.

—Qué afortunada. Yo aún no. —Kana recordó que la duquesa también había gozado de la amistad de su marido y al tremendo golpe de perderla tenía que sumarle el varapalo de haber sido él quien la matara. Porque el destino final de la mujer era indiscutible.

—¿Cómo fue? —preguntó, mirando al diminuto niño que succionaba uno de sus dedos con fruición.

—No quieres saberlo, amor. —Ella alzó la vista hacia él, con dolor.

—Pero tengo que hacerlo, por ella. Era mi hermana y a pesar de todo lo que hizo, intentar acabar conmigo, llevarse al bebé, matar a Kindal… Todo eso no hace que duela menos y que me pregunte qué tengo de malo que nadie de mi propia sangre es capaz de quererme…

—¡No digas eso! —Le ordenó—. Esos dos eran un atajo de desequilibrados, unos lunáticos, borrachos de poder y maldad. Tu madre te amaba, tus abuelos, tus tíos… ¡Yo te amo! ¿Cómo puedes siquiera pensar que es culpa tuya, por el amor de Dios? —Ella lo miró con ternura, agradecida por su fervorosa defensa, pero sus hombros seguían caídos.

—Aun así… Si volviese la cabeza y estuviese aquí, frente a mí… *Era mi hermana*… —No era necesario que se lo explicara. Podía entender perfectamente la soledad que había vivido junto a aquel malnacido que le había tocado como padre. Enterarse de repente de que tenía una hermana que la odiaba tanto como para querer asesinarla… —Cuéntamelo, para tener otro motivo para poder olvidarla —suplicó. Y él lo hizo, sin dejarse absolutamente nada.

Dos semanas más tarde, cuando al fin Kana fue dada de alta por su dominante y sobreprotector marido, bautizaron a Drano Atrian Cetriar, el segundo nombre en honor de su querida madre, en una ceremonia íntima y acogedora, arropados por familiares y amigos, rebosantes de felicidad y de una merecida sensación de seguridad.

Todos menos Helailla, que permanecía prisionera por voluntad propia en su dormitorio, incapaz de soportar la tragedia que se había cernido sobre ella.

Reskan supo de su ceguera el mismo día de su regreso y sufrió al igual que todos por ello. Aún lo hacía, empezando a atisbar cómo iba a afectarle de ahí en adelante la pérdida de la visión, que el médico había pronosticado como "posiblemente permanente".

Suspiró con abatimiento. El cambio producido en la joven en los días transcurridos desde el accidente había sido drástico, rápido como el rayo e igual de demoledor.

La muchacha alegre y vivaracha de antaño, que hacía salir el sol con una de sus sonrisas y te entibiaba el corazón al son de su risa, había desaparecido, se temía él que para siempre. Si bien era cierto que el desastre había acontecido hacía muy poco, la conocía bien. Ella era una consumada lectora, devoraba las novelas románticas que la hacían fantasear despierta con héroes musculosos y arrogantes, seductores de jovencitas idénticas a ella, "alguien como él", solía decirle, con ojos soñadores. De repente se consideraba mercancía dañada, un artículo defectuoso, en mal estado, que ningún hombre que se preciara de serlo desearía para sí y mucho menos conservar.

Aquel maldito accidente… Días después les confesó que mientras buscaba medicinas para su cuñada había encontrado una botella que pensó que podría contener algún medicamento útil, entonces tropezó con el cuerpo del esbirro de Trea, asesinado cuando ya no le resultó de utilidad. Se enderezó y al abrirla con una mano, ya que en la otra sujetaba la luz, vio que salía una especie de niebla, como cayendo por los lados de la boca de la botella. Como tenía la vela tan cerca mientras la abría, los gases tocaron la llama y apenas alcanzó a ver un fogonazo. Fue el último retazo de su vista, desde entonces solo existía oscuridad.

Reskan sabía que la botella contenía el éter con el que habían dormido a Kana para sacarla del castillo y que en el mejor de los casos era un líquido inflamable, muy volátil, siendo aquellos vapores peróxidos explosivos, o lo que era lo mismo, óxido con una gran cantidad de oxígeno, por lo que existía un alto riesgo de fuego y detonación, sobre todo en un área cerrada. Por si no fuera bastante, al tropezar y agitar el contenido Helailla había sellado su destino.

—Cariño. —La femenina voz que siempre ponía en tensión todos los músculos de su cuerpo lo acarició a su espalda, reclamándolo. Se giró para admirarla—. Este bebé berreante es agotador. A todas horas reclama comida —protestó de mentirijillas. Era indudable que estaba encantada. Reskan observó con una sonrisa lujuriosa los marfileños y rebosantes pechos de su esposa.

—Es obvio que es un chico inteligente y a todas luces un privilegiado. Nunca se le niega el acceso a tan divino banquete. —La mirada hambrienta subió a su rostro, comprobando que se había sonrojado. Aunque era una completa descarada en muchos de sus escarceos amorosos, a veces, como en ese momento, todavía se comportaba como una virginal damita. Seguía pareciéndole un contraste encantador.

—No puede decirse que tú tengas muchas restricciones en ese sentido, señor. ¿O sí? —preguntó con una fina ceja arqueada.

—Podría mejorarse. —Presionó. Ella entrecerró los ojos, que se convirtieron en dos rendijas violetas y lo perforó durante un minuto entero. Cabía destacar que él aguantó con estoicismo. Sin reírse.

—Me gusta poder sentarme por las mañanas, sabes —dijo al fin. Y él se rio, claro. Y luego la abrazó con ternura, perdiéndose en sus labios como hacía cada vez que tenía oportunidad.

Cuando al fin levantó la cabeza, resollando, miró a su mujer e hijo y pensó en el largo camino que había recorrido para poder disfrutar en ese instante de aquella hermosa vista. Giró el cuello en busca de sus otros hijos, Ivener y Gilles, que corrían sin parar de reír tras la estela de la nueva

integrante de la familia, Adele, la preciosa pelirroja que saliera de su escondite en la choza tras ver como Trea masacraba injustificadamente a sus padres para esconder al bebé. Aquellos dos pilluelos ya la habían acogido bajo sus protectoras alas, al igual que su dulce esposa, que los miraba con ojos rebosantes de adoración maternal.

—Te amo, querida, más que a mi vida. Y haré cuanto esté en mi poder para cuidaros y para que seas feliz. —Kana se perdió en aquellos ojos, "azules como el cielo limpio de un día de verano", le pareció escuchar a su familia remedarla con sorna pues la frase ya se había convertido en una broma juguetona y mientras admiraba aquel incomparable físico y valoraba todo lo que su esposo le había dado, le pareció ridículo haber sentido tanto miedo de enamorarse de él.

—Yo también. Y te querré y te protegeré por el resto de mis días. Te lo juro. —Y entonces él supo que aquello era real y eterno.

NOTA DE AUTORA

Sí, lo sé, a lo largo de este libro me he permitido unas cuantas licencias literarias, de forma deliberada y a conciencia.

Como la preciosa trona que Reskan hace para el bebé, igualita a las que usamos en la actualidad, o la famosa frase de Martin Luther King, "*Nadie se nos montará encima si no doblamos la espalda*" —personalmente considero que tiene un mensaje importantísimo, y procuro mantenerme fiel a ella cada día, aunque a veces cueste—, y en aquella parte en la que el pueblo de Traguian estaba siendo acorralado sin descanso por un despiadado Riork me pareció el momento perfecto para introducirla, o el revolucionario concepto del consolador de mármol… Pero la idea de que los gitanos, una etnia con una cultura tan rica y diferente a cualquier otra, pudiesen haber inventado ese ingenioso aparatito, me pareció demasiado irresistible como para dejarla pasar.

Para eso son las licencias, supongo, para mezclar un poco de libertad propia con el rigor del momento.

Espero que hayas disfrutado con la historia de Kana y Reskan, ya que su amor impetuoso y audaz siempre tendrá un lugar de honor en mi corazón.

Después de ellos, —los primeros en conformar la serie *Los peligros de enamorarse de un libertino*—, vendrán otros, porque aún quedan un montón de maravillosos secundarios a los que darles la oportunidad de vivir una nueva aventura.

¿Te animas a intentar averiguar quién será el siguiente en protagonizar la próxima historia?

DEDICATORIA

Para ti, mamá.

Fuiste una mujer valiente, y mi referente en la vida.

Ya nadie me llama Raquelilla.

Para Pablo, con todo mi amor.

No dudes nunca que es el más grande y verdadero que pueda existir jamás.

Esta es mi primera novela, y en sí misma guarda su propia y bonita historia. *Prometí destruirte, amor* siempre ocupará un lugar especial en mi corazón, y sus personajes, a fuerza de vivirlos durante gran parte de mi vida, se han vuelto tan cómodos y queridos que resultó muy difícil decirles adiós.

Me siento muy feliz de compartirla contigo.

Espero que la disfrutes.